R-4757

FERNANDEZ DE AVELLANEDA, Alonso

[Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha: Segunda parte / compuesta por el licenciado Alonso Fernãndez de Avellaneda; y ora nuevamente añadido por... Isidro Perales y Torres]. — *[S.l.: s.n.], 1731

Ejemplar falto de portada
Falta tomada de la licencia del ordinario

NOS el Doctor DonFranciſco de Torme y de Liori, Canonigo de la Santa Igleſia de Tarragona, y por el Ilustriſsimo, y Reverendiſsimo Señor Don Juan de Moncada, por la gracia de Dios Arzobiſpo de Tarragona, y del Conſejo de ſu Mageſtad, en el eſpiritual, y temporal, Vicario General, y Oficial. Atendida la relacion del Doctor Rafaèl Orthoneda, à quien remitimos que vieſſe, y examinaſſe eſte libro, que ſe intitula, ſegundo tomo de Don Quixote de la Mancha, compueſto por el Licenciado Alonſo Fernandez de Avellaneda, que no contiene coſa deshoneſta, ni prohibida, damos, y otorgamos licencia que ſe pueda imprimir, y vender en eſte Arzobiſpado. Fecha de nueſtra propria mano en la dicha Ciudad de Tarragona à quatro de Julio de 1614.

Doct. y Canonigo, Franciſco de Torme y de Liori.
Vicario General, y Ofic.

PROLOGO.

COmo casi es Comedia toda la Historia de Don Quixote de la Mancha, no puede, ni debe ir sin Prologo; y assi sale al principio de esta segunda parte de sus hazañas, este menos cacareado, y agressor de sus Lectores, que el que à su primera parte puso Miguèl de Cervantes Saavedra; y mas humilde que el que segundò en sus Novelas, mas satiricas que exemplares, sì bien no poco ingeniosas, no le parecerán à èl lo son las razones de esta Historia que le prosigue, con la autoridad que èl la comenzò, y con la copia de fieles relaciones que à su mano llegaron; (y digo mano, pues confiessa de sì que tiene sola vna, y hablando tanto de todos, hemos de dezir de èl, que como Soldado tan viejo en años, quanto mozo en brios, tiene mas lengua que manos) pero quexesse de mi trabajo por la ganancia que le quito de su segunda parte, pues no podrà por lo menos dexar de confessar tenemos ambos vn fin, que es desterrar la perniciosa licion de los vanos libros de Cavallerias, tan ordinaria en gente rustica, y ociosa, si bien en los medios diferenciamos, pues el tomò por tales el ofender à mi, y particularmente à quien tan justamente celebran las Naciones mas Estrangeras, y la nuestra debe tanto por aver entretenido honestissima, y fecundamente tantos años los teatros de España con estupendas, è inumerables Comedias, con el rigor del arte que pide el mundo, y con la seguridad, y limpieza que de vn Ministro del Santo Oficio se debe esperar.

No solo he tomado por medio entremessar la presen-

ſente Comedia, con las ſimplicidades de Sancho Panza, huyendo de ofender à nadie, ni de hazer oſtentacion de ſinomomos voluntarios, sì bien ſupiera hazer lo ſegundo, y mal lo primero: ſolo digo, que nadie ſe eſpante de que ſalga de diferente Autor eſta ſegunda parte, pues no es nuevo el proſeguir vna hiſtoria diferentes ſugetos: quantos han hablado de los amores de Angelica, y de ſus ſuceſſos? Las Arcanas, diferentes las han eſcrito; la Diana no es toda de vna mano. Y pues Miguèl de Cervantes es yà de viejo como el Caſtillo de San Cervantes, y por los años tan mal contentadizo, que todo, y todos le enfadan, y por ello eſtà tan falto de amigos, que quando quiſiera adornar ſus libros con Sonetos campanudos, avia de ahijarlos (como èl dize) al Preſte Juan de las Indias, ò al Emperador de Trapiſonda (por no hallar titulo quizàs en Eſpaña, que no ſe ofendiera de que tomàra ſu nombre en la boca) con permitir tantos, baxan los ſuyos en los principios de los libros del Autor, de quien murmura; y plegue à Dios aun dexe aora, que ſe ha acogido à la Igleſia, y Sagrado. Contenteſe con ſu Galatea, y Comedias en proſa, que eſſo ſon las mas de ſus Novelas, no nos canſe. Santo Thomàs, en la 2.2. quæſt. 36. enſeña, que la embidia es triſteza de bien, y aumento ageno, doctrina que la tomò de S. Ju[illegible] Damaſceno: à eſte vicio dà por hijos San Gregori[illegible] lib. 31. cap. 31. de la expoſicion moral que hizo à l[illegible] toria del Santo Job, aludiò, ſuſurracion, y detr[illegible] del proximo; gozo de ſus peſares, y peſar de ſus bue[illegible] dichas; y bien ſe llama eſte pecado embidia: *A non vi-*

dendo quia invidus non potest videre bona aliorum; efectos todos tan infernales como su causa, tan contrarios à los de la caridad Christiana, de quié dixo S. Pablo. 1. Corint. 13. *Charitas patiens est, benigna est, non emulatur, non agit perperam: nam inflatur, non est ambitiosa, congaudet veritati, &c.* Pero disculpan los yerros de su primera parte en esta materia, el averse escrito entre los de vna carcel; y assi no pudo dexar de salir tiznada de ellos, ni salir menos que quexosa, murmuradora, impaciente, y colerica, qual lo estàn los encarcelados: en algo diferencia esta parte de la primera suya, porque tengo opuesto humor tambien al suyo, y en materia de opiniones, en cosas de historia, y tan autentica como esta: cada qual puede echar por donde le pareciere, y mas dando para ello tan dilatado campo la casilla de los papeles que para componerla he leìdo, que son tantos como los que he dexado de leer.

No me murmure nadie de que se permitan impressiones de semejantes libros, pues este no enseña à ser deshonesto, sino à no ser loco; y permitiendose tantas Celestinas, que yà andan madre, y hija por las plazas, bien se puede permitir por los campos vn DonQuixote, y vn Sancho Panza, à quienes jamàs se les conociò vicio, antes bien buenos deseos de desagraviar huerfanas, y hazer tuertos, &c.

DE

DE PERO FERNANDEZ.

SONETO.

Maguer que las mas altas fechorias,
Homes requieren doctos, è ſeſudos,
E yo ſoy el menguado entre los rudos;
De buen talante eſcrivo à mas porfias.
Pueſto que avia vna ſin fin de dias,
Que la fama eſcondia en libros mudos
Los fechos mas ſin tino, y cabezudos,
Que ſe han viſto de Illeſcas haſta Olias.
Yà vos endono Nobres leyenderos
Las ſegundas ſandezes ſin medida
Del Manchego Fidalgo Don Quixote;
Para que eſcarmemteis en ſus hazeros,
Que el que correr quiſiere tan al trote
Non puede aver mejor ſolàz de vida.

APRO-

APROBACION DE D. AGUSTIN DE MONTIANO y Luyando, Secretario de ſu Mageſtad, y de la Real Junta para dependiencias con Inglaterra.

POR comiſsion del Señor Licenciado Don Miguèl Gomez de Eſcobar, Vicario de eſta Villa de Madrid, y ſu Partido, &c. He reconocido la ſegunda parte de Don Quixote, compueſta por el Licenciado Alonſo Fernandez de Avellaneda; y confieſſo me ſirviò de ſumo guſto la ocaſion de leer lo que muchos años ha deſeaba, porque en medio de que en el Don Quixote de Cervantes, avia viſto ſus deſprecios, como no avia hallado en ellos la ſolidèz neceſſaria para perſuadirmelos juſtificados, anelaba encontrar el original, donde yo miſmo pudiera convencerme. No me ſucediò aſsi, ni creo que ningun hombre juizioſo ſentenciarà à favor de lo que Cervantes alega, ſi forma el cotejo de las dos ſegundas partes; porque las aventuras de eſſe Don Quixote ſon muy naturales, y que guardan la rigoroſa regla de la veroſimilitud; ſu caracter, es el miſmo que ſe nos propone deſde ſu primer ſalida, tal vez menos eſtremado, y por eſſo mas parecido: y en quanto à Sancho, quien negarà que eſtà en el de Avellaneda mas propriamente imitada la ruſticidad grande de vn Aldeano? En el de Cervantes no me parece facil de conciliar la ſuma ſimpleza que deſcubre algunas vezes, con la delicada picardia que vſa en otras, y particular diſcrecion que manifieſta en muchas, à menos que no digamos, que habla, y obra Sancho de quando en quando, como el Autor, en lugar de obrar,

y

y hablar eſte ſiempre como Sancho. Bien al contrario ſucede en el de Avellaneda, pues no deſmaya jamàs la mueſtra que dà de sì al principio, ni ſe adelanta à acciones, dichos, ò diſcurſos, que nos obligan à deſconocerle. No es frio, y ſin gracejo como Cervantes quiere; ſus ſales tiene no poco guſtoſas: y creo que en eſta parte aſſegurò el enojo, lo que ſin duda borraria ſu conocimiento, à aver eſcrito ſin la prevencion de ſu ofenſa, y ſin los crecidos aplauſos que mereciò à nueſtra Nacion, y à las Eſtrangeras; pero pocos ſaben contenerſe irritados, y menos favorecidos; con que no es de eſtrañar ſe alucinaſſe el clariſsimo entendimiento de Cervantes, en vn aſſumpto que imaginò contrario de todos modos à ſus intereſes.

No faltarán oy parciales de ſu dictamen, bien que por diferente cauſa como es, porque anda muy deſvalido el buen guſto, y la ignorancia de bando mayor. Deben dàr no obſtante poco cuydado tales contrarios, ſiquiera por ſer gentes que celebran ſolo lo que les haze reir, y no conocen donde peca la demaſiada gracioſidad. Proteſto ingenuamente me conduele infinito vèr los ingenios Eſpañoles dexarſe llevar de ſu fogoſidad, menoſpreciando todo lo que ſe ciñe à proporcion, y medio que conſtituye el acierto de la obra: no lo hizieron aſsi à buen ſeguro nueſtros mayores, como lo acreditan ſus libros, eſtudien preſuntuoſos de nueſtro ſiglo, y veràn imitan Autores del de Auguſto, que ſon los que ſe deben ſeguir, porque eſcrivieron con juizio, y delicadeza, y no

con

con libertad caprichosa, que es lo que apetecen los modernos.

Heme apartado en algun modo del assumpto de mi comission; pero sirvame de disculpa el celo de la verdad, que me introduxo à bolver por su causa: en lo demàs, solo debo assegurar que no he descubierto en esta obra cosa contraria à las buenas costumbres, y Christianos dogmas; con que me parece digno de que logre quien le reimprima la licencia que solicita, con muchos elogios, por lo que beneficia al publico, y por lo que de nuevo ilustra à Don Quixote. Madrid, y Septiembre à 26. de 1731.

Don Agustin de Montiano y Luyando.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NOS el Licenciado Don Miguèl Gomez de Eſcobar, Vicario de eſta Villa de Madrid, y ſu Partido, &c. Por la preſente, y lo que à Nos toca, damos licencia, para que ſe pueda imprimir, è imprima la ſegunda parte *del Ingenioſo Hidalgo Don Quixoté de la Mancha*, compueſta por el Licenciado Alonſo Fernandez de Avellaneda, y aora nuevamente añadido por el Licenciado Don Iſidro Perales y Torres, atento que de nueſtra orden, y comiſsion ha ſido viſto, y reconocido, y no contiene coſa opueſta à nueſtra Santa Fè Catholica, y buenas coſtumbres. Dada en Madrid à 27. de Septiembre de 1731.

Lic. Don Miguèl Gomez de Eſcobar.

Por ſu mand.
Iſidro Martinez.

APRO-

APROBACION DEL LICENCIADO Don Francisco Domingo, Presbytero Beneficiado de la Iglesia Parroquial de Aliaga, &c.

DE orden de V. A. he leìdo la segunda parte *del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*, compuesto por el Licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, natural de la Villa de Tordesillas, y no he visto en èl cosa contraria à los derechos, y regalias de su Magestad, ni à las Leyes Reales, buenas costumbres, y sociedad civil, por lo que me parece digno de la licencia que pide Don Isidro Perales, para darlo de nuevo à la Prensa, salvo, &c.

He cumplido con el orden del Consejo, y con todo à lo que se puede estender mi comisision; pero si me contengo en sus limites, quedarà sorprehendido el Lector, que esperaba, que siguiendo el abuso introducido en España, de hazer en vez de vna sencilla censura, vn largo elogio de la obra, ù del Autor, ò vna afectada demostracion de la erudicion del Aprobante: hiziera yo tambien vna pieza digna del libro que se me entrega, celebrando el ingenio, è invencion del Autor, su bien re-cibida Historia; y haziendo vn cotejo con la de Cer-vantes, en que saliesse victoriosa la nuestra, trayendo en esso las reglas de la Historia, y la Novela, las calidades que debe tener el estilo, y probando que todas concurren en esta Historia con la vltima perfeccion, sin

sin olvidar el problema sobre la vtilidad, y perjuizio de los libros de Cavallerias. Assi pudiera hazerlo, si el Autor de la obra viviera, y gustàra de mi adulacion; la obra no lo necessitarà para su despacho, ò el que la saca à luz no fuesse tan enemigo de lisonjas, que quisiera, que en nombre del publico le diera las gracias, por la vtilidad que le dà en la edicion de este libro. Y no me faltaràn para ilustrar el assumpto, y ostentar mi ingenio, centones de Luciano de hist. scrib. Casidoro, y Plinio, hemistichios de los mejores Poetas, y retazos de todos Autores, que para los lugares comunes que se pudieran ofrecer en el discurso de mi oracion me dieran Beyerlinck, Langio, Grutero, y otros muchos repertorios que cada vno tiene para su despensa. Pero como me hallo libre de esta especie de vanidad, y de los motivos que suelen obligar aun à los mas modestos, y prudentes, que conocen el error de esta costumbre; he querido no solo no executarlo, sino hazer este breve apostrofe, declamando de passo contra los que lo executan, que aunque no parezca muy del caso, ni de mi intento, se me ha de permitir este desvio, pues se les permite à todos los censuradores el hazer oraciones mas largas, y tal vez mas fuera de proposito que la mia, que à lo mas puede ser vna quixotada propria de este libro, pretendiendo deshazer vn tuerto, que el mesmo Don Quixote lo deshiziera. Y por quando no sirva de otro, que de hazer parar la ima-

gina-

gination à los Lectores, y que reflexionen sobre nuestro error, que no necesita mas de considerarse, para conocerse, puede ser, sea causa bastante, para que evitemos este motivo, que damos à las Naciones Estrangeras, de que hagan risa de nosotros. Pero tambien esto, como lo de arriba, lo dexo à la mejor censura. De este mi Estudio, Madrid, y Diciembre, 20. de 1730. años.

Don Francisco Domingo.

EL

EL REY.

POR quanto por parte del Licenciado Don Isidro Perales y Torres, Racionero de la Iglesia Parroquial, y Patrimonial de la Ciudad de Teruèl, se representò en el mi Consejo, deseaba reimprimir vn libro, intitulado, segunda parte *del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*, que contenia su tercera salida, su Autor, el Licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, natural de la Villa de Tordesillas, y aora nuevamente añadido, y corregido de las erratas de la vltima impression, por el referido Don Isidro. Y para poderlo hazer sin incurrir en pena alguna, se me suplicò fuesse servido concederle Licencia, y Privilegio para su reimpression, por tiempo de diez años, remitiendole à la censura en la forma acostumbrada. Y visto por los del mi Consejo, y como por su mandado se hizieron las diligencias que por la Pragmatica vltimamente promulgada sobre la impresion de los libros se dispone, se acordò expedir esta mi Cedula: por la qual concedo licencia, y facultad al expressado Licenciado Don Isid[illegible] Perales y Torres, para que sin incurrir en pena alg[illegible] por tiempo de diez años primeros siguientes, que[illegible] de correr, y contarse desde el dia de la fecha de e[illegible] susodicho, y la persona que su Poder tuviere, y [illegible] alguna, pueda reimprimir, y vender la referida se[illegible] parte de Don Quixote, con lo nuevamente añadido à e[illegible] por el que sirve de original, que en el mi Consejo se vió,

viò, que và rubricado, y firmado al fin de Don Miguèl Fernandez Munilla, mi Secretario, Escrivano de Camara mas antiguo, y de Govierno de èl, con que antes que se venda se trayga ante ellos, juntamente con el dicho original, para que se vea si la reimpresion està conforme à èl, trayendo asimismo fee en publica forma, como por Corrector por mi nombrado se viò, y corrigiò dicha reimpresion por el original, para que se tasse el precio à que se ha de vender. Y mando al Impressor que imprimiere el referido libro, con lo nuevamente añadido, no reimprima el principio, y primer pliego, ni entregue mas que vn solo libro con el que sirve de original al dicho Licenciado Don Isidro Perales y Torres, à cuya costa se reimprime para efecto de la dicha correccion, hasta que primero estè corregido, y tassado el referido libro por los del mi Consejo: y estandolo assi, y no de otra manera, pueda reimprimir el principio, y primer pliego, en el qual seguidamente se ponga esta Licencia, y la Aprobacion, Tassa, y Erratas, pena de caer, è incurrir en las contenidas en las Pragmaticas, y Leyes de estos mis Reynos, que sobre ello tratan, y disponen. Y mandò, que ninguna persona sin licencia [illegible] expressado Don Isidro Perales y Torres, pueda re[illegible]imir, ni vender el citado libro, pena que el que lo [illegible]primiere aya perdido, y pierda todos, y qualesquier [illegible]s, moldes, y aparejos, que dicho libro tuviere, y [illegible]incurra en la de cinquenta mil maravedis; y sea la tercia parte de ellos para la mi Camara, otra tercia parte para el Juez que lo sentenciare, y la otra para el Denun-

nunciador. Y cumplidos los dichos diez años, el referido Don Iſidro Perales, ni otra perſona en ſu nombre, quiero no vſe de eſta mi Cedula, ni proſiga en la reimpreſſion del citado libro, ſin tener para ello nueva licencia mia, ſo las penas en que incurren los Concejos, y perſonas que lo hazen ſin tenerla. Y mando à los del mi Conſejo, Preſidentes, y Oìdores de las mis Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la mi Caſa, Corte, y Chancillerias, y à todos los Corregidores, Aſsiſtente, Governadores, Alcaldes Mayores, y Ordinarios, y otros Juezes, Juſticias, Miniſtros, y perſonas de todas las Ciudades, Villas, y Lugares de eſtos mis Reynos, y Señorìos, y à cada vno, y qualquiera de ellos en ſu diſtrito, y juriſdicion, vean, guarden, cumplan, y executen eſtà mi Cedula, y todo lo en ella contenido, y contra ſu tenor, y forma no vayan, ni paſſen, ni conſientan ir, ni paſſar en manera alguna, pena de la mi merced, y de cada cinquenta mil maravedis para la mi Camara. Dada en Sevilla à diez y nueve de Noviembre de mil ſetecientos y treinta. YO EL REY. Por mandado del Rey nueſtro Señor, Don Franciſco de Caſtejòn.

FEE DE ERRATAS.

PAG. 1. col. 1. lin. 6. decendia, lee deſcendia, Pag. 7. col. 1. lin. 18. perfetiſsima, lee perfectiſsima, Pag. 27. col. 2. lin. 21. cornero, lee carnero, Pag. 38. col. 2. lin. 5. Crapio, lee Carpio. Pag. 66. col. 1. lin. 32. aguelo, lee abuelo. Col. 2. lin. 2. derredor, lee rededor. Pag. 104. col. 1. lin. 39. perlada, lee Prelada. Pag. 109. col. 2. lin. 10. apeſerado, lee apeſarado. Pag. 110. col. 1. lin. 25. contrapuſicion, lee contrapoſicion. Pag. 113. col. 1. lin. 4. ſoſpiro, lee ſuſpiro. Pag. 146. col. 1. lin. 29. avia, lee que avia. Pag. 163. col. 2. lin. 35. San Juſte, lee San Juſto. Pag. 183. col. 1. lin. 38. ella, lee en ella. Pag. 223. col. 2. lin. 26. deſamar, lee deſarmar. Pag. 262. col. 2. lin. 30. contando, lee cantando. Pag. 267. col. 1. lin. 4. ſimple èl, lee ſimple que èl.

He viſto la ſegunda parte *del Ingenioſo Hidalgo Don Quixote de la Mancha*, ſu Autor, Don Alonſo Fernandez de Avellaneda, y con eſtas erratas correſponde à ſu original. Madrid, y Diciembre 17. de 1731.



Lic. Don Manuel Garcia de Aleſſon.

Corrector General por ſu Mageſt.

SUMA DE LA TASSA.

MAndaron los Señores del Conſejo eſte libro iutitulado, ſegunda parte *del Ingenioſo Hidalgo Don Quixote de la Mancha*, à ſeis maravedis cada pliego, como mas largamente conſta de ſu original. Madrid, y Enero ocho de 1733.

JUI-

JHS

JUICIO DE ESTA OBRA.

LOS AUTORES DEL DIARIO DE LOS Sabios, en el Lunes 31. de Marzo, de 1704. al fol. 207. dizen:

LOS que han leìdo el Don Quixote de Cervantes, ſe acordaràn, que en ſu ſegunda parte, critìca eſte Autor otra hiſtoria de Don Quixote, que ſe avia yà publicado en ſu tiempo, y era la de Avellaneda: y no es de eſtrañar; porque Avellaneda yà ſe avia tomado la licencia de criticar la primera parte, de la obra de Cervantes.

Puede dezirſe, que la critica que eſtos dos Autores hazen, vno contra otro, no carece de fundamento. Avellaneda parece tener razon de reprehender à Cervantes por muchos motivos: y ſobre todo, por hazer dezir à Sancho, coſas que exceden à ſu capacidad: el Sancho de Avellaneda es mas natural. Tambien Cervantes reprehende juizioſamente defectos de la hiſtoria de Avellaneda, à quien llama *Aragonès*, como notandole de rudeza en el e[illegible] lo..... No podemos dezir ſi eſta traduccion es fiel, porque no avemos viſto el original Eſpañol.

El ſeñor L. S. en el Prologo, ò prefacion de

las nuevas aventuras del admirable Don Quixote de la Mancha, compueſtas por el Licenciado Alonſo Fernandez de Avellaneda, y traducidas de Eſpañol en Francès, impreſſas en Paris, año 1704. dize:

Veis aqui otro Don Quixote, diſtinto del de Cervantes; y para no confundir el vno con el otro, es neceſſario ſaber, que el año 1605. Miguèl de Cervantes, hizo imprimir la primera parte de ſu Quixote, que fue recibida con baſtante aceptacion; y como ſe deſcuydaſſe en componer la ſegunda parte, vn Autor Aragonès, llamado Alonſo Fernandez de Avellaneda, diò à luz en el año 1614. la continuacion del Don Quixote, que no fue mal recibida, intitulada: *Segunda parte de la Hiſtoria de Don Quixote de la Mancha*; y de eſta ſegunda parte ſe dà aora al publico la primera traduccion. Enfadado, y zeloſo Cervantes, de que otro Autor huvieſſe pueſto la hoz en ſu mies, continuò ſu obra, que parece la avia yà abandonado, y diò à luz la ſegunda parte de ſu Don Quixote.....

Si en eſtas dos ſegundas partes ſe encuentran algunas coſas, que tienen entre sì ſemejanza; es bien facil de juzgar quien ha copiado à quien; porque Cervantes compuſo la ſuya mucho tiempo deſpues averſe publicado la de Avellaneda.

No ſe ſi Avellaneda emprendiò eſte trabajo, por enfadar, y deſpechar à Cervantes, ſu enemigo: digo ſu enemigo, porque es conſtante, que le aborrecian

recian el vno al otro de antemano, como se puede juzgar por sus Prologos. No sè el motivo de su odio..... sea lo que fuere, me parece que Avellaneda no saliò mal de su empressa: sostuvo el caracter de Don Quixote; no le perdiò de vista; hizo de èl vn Cavallero andante, que es siempre grave, y que vsa siempre de palabras magnificas, pomposas, y floridas. Es preciso confessar, que su Sancho es excelente, y mas natural, y original, que el Sancho de Cervantes: aquel es vn rustico Labriego, que tiene el mismo entendimiento que este; pero es mas simple, y dize, à dè donde diere, mil cosas, que por la destreza del Autor, no desmienten su simplicidad, aunque las mas vezes encierren en sì pensamientos finos, y picantes. El caracter del Sancho de Cervantes no es tan vniforme: en tanto se le escapan algunas simples ingenuìdades, y en tanto tiene discursos malignos, en los que se vè bien, que siente, y conoce toda la malicia de ellos, y que son algunas vezes muy elevados, y estudiados para vn Labriego, y muy juiziosos para vn criado, que cree las locas visiones de su señor. Olvido que es Sancho quien habla, y siento, sin quererlo, que es Cervantes quien habla con nombre de Sancho. En fin, me parece que se puede dezir, que ay vna diferencia sensible entre los dos Sanchos: el de Cervantes, quiere de ordinario parecer bufon gracioso, y chocarrero, y no lo es de ningun modo; el de Avellaneda lo es casi siempre, sin quererlo ser.

He eſtrañado muchiſsimo que los exemplares del Don Quixote de eſte vltimo Autor ſean tan raros en Eſpaña. Ay quien dize, que los amigos de Cervantes quemaron la mayor parte de ellos. Pero yo creo, que ſe dexaron de reimprimir tal vez, porque el libro de Avellaneda no eſtà eſcrito con tanta pureza, y elegancia de lenguage, por ſer ſu Autor Aragonès, como el de Cervantes, que era Caſtellano. Lo que me confirma en eſta opinion, es, que Cervantes en ſu ſegunda parte llama à Avellaneda *el Aragonès*, para darle en roſtro con la rudeza de ſu eſtilo; pero eſto es lo mas fuerte que dize contra ſu obra, hablando en lo demàs con exceſsiva paſsion, y en terminos que de ningun modo prueban, que el libro de Avellaneda ſea malo: eſte, al contrario haze la critica de la primera parte de Cervantes, ſin agrura, y con equidad. Pero dado caſo que ſea verdad, que el vno eſcriba mas pura, y correctamente que el otro, no debe ſer eſto indiferente à los Eſtrangeros? Que el Aragonès no hable tan buen Eſpañol como el Caſtellano, què nos importa? Con tal que tenga el genio tan placentero, y gracioſo, y que nos divierta en nueſtra lengua, tanto el vno como el otro.

Don Iſidoro Perales, previene, que el Autor de [illegible]e Don Quixote no es Alonſo Fernandez de Avellaneda, natural de Tordeſillas; porque conſtando de lo que Cervantes dize, que el Autor es Aragonès; y no aviendo Lugar que ſe llame Tordeſillas, en Aragòn,

gòn, ſe debe conjeturar, que quien fingiò la Patria fingiria el nombre: à mas de que en todo el ſiglo diez y ſeis, no ſe bautizò en la Villa de Tordeſillas, en Caſtilla, hombre alguno à quien ſe llamaſſe Alonſo Fernandez de Avellaneda.

Imprimiòſe eſta obra en Tarragona, el año 1614. con licencia, y aprobacion: no parece ſe bolviò à imprimir; por eſſo han quedado muy pocos exemplares (ſin neceſsitarſe de adivinar otra cauſa) aunque no faltan algunos en las libretias de los curioſos: yo he viſto tres, y vno de ellos me lo preſtò generoſamente Don Pedro Manuel de Azebedo, Socio de la Real Academia Eſpañola, Cavallero bien conocido por ſu eſpada, y pluma.

Por el Prologo de eſta obra, ſe viene en conocimiento, de que ſu Autor era enemigo de Cervantes, y que no era ſolo, y de la cauſa de la enemiſtad; pero como eſſo ſea perſonal, no merece que nos detengamos en ello, ni tampoco que creamos, que las invectivas que ſe hallan en la ſegunda parte de el Quixote de Cervantes, cap. 54. y 72. y el apoſtrophe à ſu penola, ò pluma, tengan otro fundamento, que el enfado, y odio reciproco, ſin que individue Cervantes otro defecto que el del eſtilo; del qual ſolo dize, que no vſa de articulos, ò que los olvida algunas vezes. Tendria yo eſſo por notable falta de Gramatica, mayormente, quando los articulos hazen à nueſtra lengua menos equivoca, que la Latina, mas conciſſa, y aun mas elegante; pero la

Real

Real Academia Eſpañola eſtà por el fingido Avellaneda, y contra Cervantes en eſta parte, omitiendo muchas vezes en ſu Diccionario, los articulos, por mayor elegancia; y no haziendo caſo, de lo que exclaman ſobre eſto el Maeſtro Correa, y otros: y para mi el peſo de eſta autoridad es la vltima razon.

El decir los criticos Franceſes, que Cervantes moteja de Aragonès, al fingido Avellaneda; como ſi le dixeſſe, que no poſſeìa la lengua Eſpañola, y que tenia dureza en el eſtilo, ù otro defecto, que ſea comun à los naturales de aquel Reyno, parece no tiene fundamento; aſsi porque Cervantes, en muchos lugares de ſus obras, alaba, y enſalza la eloquencia, y ſabiduria de los Aragoneſes; como porque tenia à la viſta à los incomparables Leonardos de Argenſola, de quienes haze el mayor, y mas bello elogio, entre los que eſcrive en el viage de el Parnaſo: y yo no me atreviera à dezir lo que eſcrive Lope de Vega, de tan ſingulares Varones, que *parece que vinieron de Aragon, à reformar en nueſtros Poetas la lengua Caſtellana, que padece por novedad fraſes horribles, con que mas ſe confunde, que ſe iluſtra*; pero los Perez, los Auguſtines, los Zuritas, los Pellizeres, los Maneros, y otros muchiſsimos que les imitaron, bolverian por ſu Patria, y convencerian à Cervantes de injurioſo, ſi huviera ſido ſu animo motejar vna Nacion, que fue la primera de Eſpaña, que ſacudiò de sì la barbaridad, y que cultivò la elo-

quen-

quencia, y la buscò en el buen gusto de los Antiguos. Si se hallaren vozes, ù expresiones en el Avellaneda, que no tengan vso en Castilla por olvidadas, podria dezirse, que los distintos dialectos de la lengua Griega, no quitaron el precio, y estimacion à los Autores, que escrivieron, como se hablaba en sus Patrias, ni Hesiodo es malo, porque no escrive con el dialecto de Homero, ni Demostenes con el de Platon, ni el mismo Homero, porque vsa, digamoslo assi de expresiones, y vozes provinciales, ni la *Patavinidad* de Tito Livio pudo obstarle, para que le contemos entre los mas eloquentes Romanos.

Pero sea lo que fuere de esto, yo no pretendo hazer la apologia del Avellaneda, ni parangonar su Quixote, con el de Cervantes; porque no es mi animo preocupar el juizio de los Lectores. Toda la Europa està por Cervantes; el Avellaneda es casi desconocido, pues aunque corre vna, que llaman traduccion de su Quixote, en Francès, impressa en Paris el año 1704. y reimpressa en Olanda, y en Inglaterra, està muy lexos de ser traduccion, porque antepone, pospone, quita, y añade capitulos enteros, y largos episodios; y quando el Autor de esta obra, llama la traduccion, haze oficio de Traductor, dà señales evidentes, de que no entendiò su original; por lo que sin duda dexa de traducir muchas gracias aun quando se pone de proposito à ello; y no obstante consiguiò, que este Don Quixote se recibiesse con tanto aplauso, como el de Cervantes. No pue-

de

de negarſe ſin hazer agravio al que intentò la traduccion, que es muy bello, y feſtivo lo que añade deſde que dexa evaquado lo que es de la invencion del Avellaneda.

Puede tal vez atribuirſe parte del aplauſo, que ſe ha merecido de los Eſtrangeros eſta obra à las añadiduras con que la adornò.

No ſe puede diſputar la gloria de la invencion de Cervantes; aunque no es inferior la de la imitacion de Avellaneda: à aquella ſomos llevados por la naturaleza miſma; y aſsi parece, que el ingenio no neceſsita de hacer muy grandes esfuerzos para los primeros deſcubrimientos; pero neceſsita de mayor fecundidad, y eſtudio para añadir à lo inventado, porque la materia eſtà yà mas apurada, y lo que falta por deſcubrir, eſtà menos expueſto à los ojos. Aſsi como no ſe ha de dàr la gloria à nueſtros mayores, ni ſe han de tener por mas diſcretos que noſotros, porque bebieron primero el agua de nueſtras fuentes; tampoco ſe han de anteponer à los que añaden à lo inventado los miſmos inventores.

Pero no es en mi dictamen tan ſolido eſſe diſcurſo, que no vea que Avellaneda debiò ſu obra à la invencion de Cervantes. Es cierto, que es neceſſario mayor esfuerzo de ingenio, para añadir à las primeras invenciones, que para hazerlas; pero ſe encuentra mas facilidad para ello. El eſpiritu eſtà yà iluminado con las miſmas invenciones que ſe tienen delante de los ojos, y ſe toman, por dezirlo aſsi,

preſ-

preſtados, para vèr lo que ſe ſigue à la invencion; y no ſolo ſe les debe eſta luz à los primeros, ſino que los miſmos defectos de los inventores, nos ſirven de advertencias para evitarlos: Avellaneda no incurre en algunos que le notaron à Cervantes: *Quos aut incuria fudit, aut humana parum cavit natura.* Porque aquel

Reddere perſonæ ſcit convenientia cuique.

Y à eſte ſe le olvidò muchas vezes rompiendo el primer precepto de el arte de Horacio. Es prueba de todo lo dicho la miſma ſegunda parte del Quixote de Cervantes, que imita, y caſi copia la de Avellaneda, con ſer aſsi, que el miſmo Cervantes dize, en el viage del Parnaſo, que cederà à muy pocos en la invencion; y que ſe cree tuvo motivo de penſarlo, y que en ninguna ocaſion eſtuvo ſu animo mas apartado de ſer imitador, ò copiſta, que en la de componer ſu ſegunda parte.

Pero ſea lo que fuere de eſto, el paralelo de las dos ſegundas partes del Quixote, lo haràn los Lectores; y ſi la de Avellaneda divierte, y agrada, ſerà tan buena como la de Cervantes; porque ambos igualmente avràn logrado el fin que debieron tener para componerlas; pues lo que ſe dize, que el blanco de Miguèl de Cervantes, fue deſterrar los libros de Cavallerias, y que en eſto hizo vn gran beneficio al publico, no parece ſe compone con lo que aſsienta en el cap. 6. de la primera parte; y en el eſcru-

crutinio que haze de eſtos libros, entre los quales encuentra algunos muy excelentes, y de caſi todos, dize, pudieran enmendarſe: y ſi porque ſobre alguna materia ay libros mal eſcritos ſe avia de prohibir el tratarla, yà ſe vè, que ſobre nada podria eſcrivirſe.

No falta quien crea ha perdido la juventud vna enſeñanza muy vtil en los libros de Cavallerias (que ſon yà muy raros) por el heroiciſmo à que perſuadian la generoſidad, y valor que repreſentaban con las fabulas bien imaginadas; aſsi lo perſuadia aquel Sabio Varon, honor de nueſtra Eſpaña, Don Nicolàs Antonio, que ſupone facil la correccion, y enmienda de tales libros, y los tiene por muy oportunos para la enſeñanza de la juventud. Nadie ignora lo que Alexandro ſe inſtruìa, y animaba con la leccion del Homero; y ſon mas inveriſimiles las aventuras que cuenta el Homero, que las de nueſtros libros de Cavallerias; y aunque ſe burla de ello con mucha gracia Luciano, no ha dexado por eſpacio de mas de dos mil años de leerſe con vtilidad à Homero: y en nueſtros tiempos lo entendieron aſsi el Iluſtriſsimo, y Sabio Autor de las Aventuras de Thelemaco, la Señora de Scuderi, y el Abad de Terraſſon, y nos dieron para la enſeñanza de la juventud el *Thelemaco*, el *Ciro*, y el *Sethos*, ficciones ingenioſas, morales, y inſtructivas, que no ſon otra coſa, que libros de Cavallerias, y Aven-

tu-

turas puestas à la moda, y tal vèz, sacadas de los libros que se pretende, desterrò Cervantes.

Los Legisladores de España mandaron, que los Cavalleros leyessen, ò oyessen leer semejantes libros, por la razon de que *assi como en tiempo de guerra aprendiessen fecho de armas por vista, è por prueba, que otrosi en tiempo de paz lo aprendiessen por oìda, ò por entendimiento .... E aun sin todo esto facian mas, que non consentian, que los juglares dixessen ante ellos otras canticas si non de guerra, ò que fablassen de fecho de armas .... E esto era, porque leyendolas, les crecissen los corazones.* Y no se diga, que las leyes de la partida segunda, hablan de otros libros; porque se vè claro en ellas, que todo lo que previenen, que debe tener el Cavallero, es lo que fingieron en Amadis, en Belianis, en Rugero, los Autores de los libros de Cavallerias. La ley 22. del tit. 21. entre otras cosas à este proposito, dize: *E aun porque esforzassen mas, tenian por cosa guisada, que los que oviessen amigas, que las nombrassen en las lides, porque les crecissen mas los corazones, è oviessen mayor verguenza de errar.* Y aunque no copia esta clausula en su doctrinal de Cavalleros Don Alonso de Cartagena, de las demàs que trae, se infiere, que el Orador, de Ciceron, la Cyropedia de Xenofonte, y los libros de Cavallerias de España pintan al Orador, al Principe, y al Cavallero, como debe ser, y no como regularmente es; y assi como

las

las dos primeras obras se tienen por muy vtiles, no parece razon condenar las vltimas, despues de averse criado con ellas tantos valerosos Cavalleros en España, que hizieron Religion de imitar los bien fingidos hechos de los Cavalleros andantes.

QUIN-

QUINTA PARTE
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE DE LA MANCHA,
Y DE SU ANDANTESCA CAVALLERIA.

CAPITULO PRIMERO.

DE COMO DON QUIXOTE DE LA MANCHA BOLVIO A SUS desvanecimientos de Cavallero andante, y de la venida à su lugar del Argamesilla ciertos Cavalleros Granadinos.

EL Sabio Alifolan hiſtoriador, no menos moderno que verdadero, dize, que ſiendo expelidos los Moros Agarenos de Aragon, de cuya nacion èl decendia, entre ciertos Annales de hiſtorias hallò eſcrita en Arabigo la tercera ſalida que hizo del lugar de Argameſilla, el invicto hidalgo Don Quixote de la Mancha, para ir à vnas juſtas que ſe hazian en la inſigne Ciudad de Zaragoça, y dize de eſta manera. Deſpues de aver ſido llevado Don Quixote por el Cura, y el Barbero, y la hermoſa Dorotea à ſu lugar en vna jaula, con Sancho Panza ſu eſcudero fue metido en vn apoſento, con vna muy grueſſa, y peſada cadena al pie, adonde no con pequeño regalo de piſtos, y coſas conſervativas, y ſuſtanciales, le bolvieron poco à poco à ſu natural juizio; y para que no bolvieſſe à los antiguos deſvanecimientos de ſus fabuloſos libros de cavallerias, paſſados algunos dias de ſu encerramiento, empezò con mucha inſtancia à rogar à Madalena ſu ſobrina, que [redacted] buſcaſſe algun buen libro en que poder entretener aquellos ſet[redacted] años que èl penſaba eſtàr [redacted] duro encantamiento: la qual, p[redacted] conſejo del Cura Pedro Perez, y de Maeſe Nicolàs Barbero, le dio vn Flos Sanctorum de Villegas, y los Evan-

Evangelios, y Epiſtolas de todo el año en vulgar, y la Guia de pecadores de Fray Luis de Granada, con la qual licion, olvidandoſe de las quimeras de los Cavalleros andantes, fue reducido dentro de ſeis meſes à ſu antiguo juizio, y ſuelto de la priſion en que eſtava. Comenzò tras eſto à ir à Miſſa con ſu roſario en las manos, con las oras de nueſtra Señora, oyendo tambien con mucha atencion los Sermones; de tal manera, que yà todos los vecinos del lugar penſaban que totalmente eſtaba ſano de ſu accidente, y daban muchas gracias à Dios, ſin oſſarle dezir ninguno (por conſejo del Cura) coſa de las que por èl avian paſſado. Yà no le llaman Don Quixote, ſino el ſeñor Martin Quijada, que era ſu proprio nombre, aunque en auſencia ſuya tenian algunos ratos de paſſatiempo, con lo que de èl ſe dezia, y de que ſe acordaron todos, como lo del reſcatar, ò libertar los galeotes, lo de la penitencia que hizo en Sierra-Morena, y todo lo demàs que en las primeras partes de ſu hiſtoria ſe refiere. Sucediò, pues, en eſte tiempo, que dandole à ſu ſobrina el mes de Agoſto vna calentura, de las que los Phiſicos llaman ephimeras, que ſon de veinte y quatro oras, el accidente fue tal, que dentro de eſſe tiempo la ſobrina Ma[illegible] muriò, quedando el buen hi[illegible]lo, y deſconſolado; pero el [illegible]ura le diò vna harto devota vieja, y buena Chriſtiana, para que la tuvieſſe en caſa, le guiſaſſe la comida, le hizieſſe la cama, y acudieſſe à lo demas del ſervicio de ſu perſona; y para que finalmente les dieſſe aviſo à èl, ò al Barbero, de todo lo que Don Quixote hizieſſe, ò dixeſſe dentro, ò fuera de caſa, para vèr ſi bolvia à la necia porfia de ſu Cavalleria andanteſca. Sucediò, pues, en eſte tiempo, que vn dia de fieſta deſpues de comer, que hazia vn calor exceſſivo, vino à viſitarle Sancho Panza, y hallandole en ſu apoſento leyendo en el Flos Sanctorum, le dixo: Què haze ſeñor Quijada? Como và? O Sancho (dixo Don Quixote) ſeas bien venido, ſientate aqui vn poco, que à fè que tenia harto deſeo de hablar contigo. Què libro es eſſe (dixo Sancho) en que lee ſu merce, es de algunas cavallerias, como aquellas en que noſotros anduvimos tan neciamente el otro año? Lea vn poco por ſu vida, à vèr ſi ay algun eſcudero que medraſſe mejor que yo, que por vida de mi ſayo, que me coſtò la burla de la cavalleria mas de veinte y ſeis reales, mi buen rucio que me hurtò Ginesillo el buena voya, y yo me quedo tras todo eſſo ſin ſer Rey, ni Roque, ſi yà eſtas Carneſtolendas no me hazen los muchachos Rey de los gallos; en fin, todo mi trabajo ha ſido haſta agora en vano. No leo (dixo Don Quixote) el libro de cavallerias, que no tengo alguno; pero leo en eſte Flos Sanctorum, que es muy bueno. Y quien fue eſſe Flos Sanctorum (replicò Sancho) fue Rey, ò algun gigante de aquellos que ſe tornaron molinos aora vn año? Todavia Sancho (dixo Don Quixote) eres necio, y rudo. Eſte libro

libro trata de las Vidas de los Santos, como de San Lorenzo que fue asado, de San Bartholomè que fue desollado, de Santa Catalina que fue passada por la rueda de las navajas; y assimismo de todos los demàs Santos, y Martyres de todo el año. Sientate, y leertehe la vida del Santo que ay à veinte de Agosto; celebra la Iglesia, que es San Bernardo. Par Dios (dixo Sancho) que yo no soy amigo de saber vidas agenas, y mas de mala gana me dexaria quitar el pellejo, ni asar en parrillas; pero digame, à San Bartholomè quitaronle el pellejo, y à San Lorenzo pusieronle à asar despues de muerto, ò acabando de vivir? Oygan que necedad (dixo Don Quixote) vivo desollaron al vno, y vivo asaron al otro. Ho y de puta (dixo Sancho) y como les escoceria, pardiobre no valia yo vn higo para Flas Sanctorum, rezar de rodillas media dozena de credos, vaya en hora buena; y aun ayunar como comiesse tres vezes al dia razonablemente, bien lo podria llevar. Todos los trabajos (dixo Don Quixote) que padecieron los Santos que te he dicho, y los demàs de quien trata este libro, los sufrian ellos valerosamente por amor de Dios, y assi ganaron el Reyno de los Cielos. A fè (dixo Sancho) que passamos nosotros aora vn año hartos desafortunios para ganar el Reyno Miconico, y nos quedamos hechos Micos; pero creo, que V.m. querrà aora que nos bolvamos Santos andantes, para ganar el Paraìso terrenal; mas dexadò esto à parte, lea, y veamos la vida que dize de San Bernardo. Leyola el buen hidalgo, y à cada hoja le dezia algunas cosas de buena consideracion, mezclando sentencias de Philosofos, por donde se descubria ser hombre de buen entendimiento, y de juizio claro, sino le huviera perdido por averse dado sin moderacion a leer libros de cavallerias, que fueron la causa de todo su desvanecimiento. Acabando Don Quixote de leer la vida de San Bernardo, dixo: Què te parece Sancho, has leìdo Santo, que mas aficionado fuesse à nuestra Señora que este? Mas devoto en la oracion? Mas tierno en las lagrimas? Y mas humilde en obras, y palabras? A fe (dixo Sancho) que era Santo de chapa, yo le quiero tomar por devoto de aqui adelante, por si me viere en algun trabajo, como aquel de los batanes de marras, ò manta de la venta, y me ayude, yà que V. m. no pudo faltar las bardas del corral; pero sabe señor Quijada que me acuerdo, que el Domingo passado llevò el hijo de Pedro Alonso, el que anda à la escuela, vn libro debaxo de vn arbol junto al molino, y nos estuvo leyendo mas de dos horas en èl; el libro es lindo à las mil maravillas, y mucho mayor que esse Flas Sanctorum; tras que tiene al principio vn hombre armado en [illegible] cavallo, con vna espada mas ancha que esta mano, desemba[illegible] y da en vna peña vn golpe tal, que l[illegible]arte por medio de vn terrible porrazo, y por la cortadura sale vna serpiente, y èl le corta la cabeza. Este si,

cuerpo non de Dios, ques buen libro. Como se llama (dixo Don Quixote) que si yo no me engaño, el muchacho de Pedro Alonso creo que me le hurtò aora vn año, y se ha de llamar Don Florisbran de Candaria, vn Cavallero valerosissimo de quien trata, y de otros valerosos, como son Almiral de Zuazia, Palmerin del Pomo, Blastrodas de la Torre, y el Gigante Maleorte de Bradanca, con las dos famosas encantadoras, Zuldasa, y Dalphadea. A fe, que tiene razon, dixo Sancho, que essas dos llevaron à vn Cavallero, al castillo de no se como se llama. De Azofaros, dixo Don Quixote. Si à la fe, y que si puedo se le tengo de hurtar, dixo Sancho, y traerle acà el Domingo para que leamos, que aunque no se leer, me alegro mucho en oir aquellos terribles porrazos, y cuchillas que parten hombre, y cavallo. Pues Sancho, dixo Don Quixote, hazme placer de traermele; pero ha de ser de manera que no lo sepa el Cura, ni otra persona. Yo se lo prometo, dixo Sancho, y aun esta noche si puedo tengo de procurar traersele debaxo de la halda de mi sayo; y con esto quede con Dios, que mi muger me estarà aguardando para cenar. Fuesse Sancho, y quedò el buen hidalgo levantada la mollera con el nuevo refresco que Sancho le traxo à la memoria, de las desvanecidas cavallerias. Cerrò el libro, y comenzò à passearse por el aposento, haziendo en su imaginacion terribles quimeras, trayendo à la fantasia todo aquello en que solia antes desvanecerse. En esto tocaron à Visperas, y el tomando su capa, y rosario se fue à oirlas con el Alcalde, que vivia junto à su casa, las quales acabadas, se fueron los Alcaldes, el Cura, Don Quixote, y toda la demàs gente de quenta del lugar à la plaça, y puestos en corrillo començaron à tratar de lo que mas les agradava. En este punto vieron entrar por la calle principal en la plaça quatro hombres principales à cavallo con sus criados, y pajes, y doze lacayos, que traian doze cavallos de el diestro ricamente enjaezados, los quales, visto por los que en la plaça estavan, aguardaron vn poco à ver què seria aquello, y entonces dixo el Cura hablando con Don Quixote, por mi santiguada señor Quijada, que si esta gente viniera por aqui oy haze seis meses, que à V.m. le pareciera vna de las mas estrañas, y peligrosas aventuras, que en sus libros de cavallerias avia jamàs oìdo, ni visto, y que imaginàra V. m. que estos Cavalleros llevatian alguna Princesa de alta guisa forçada, y que aquellos que aora se apean, eran quatro descomunales gigantes, señores del castillo de Bramiforan el encantador. Yà todo esso señor Licenciado, dixo Don Quixote, es agua passada, con la qual, como dizen, no puede moler el molino; mas lleguemonos àzia ellos à saber quien son, que si yo no me engaño deven de ir à la Corte à negocios de importancia, pues su trage muestra ser gente principal. Llegaronse todos à ellos, y hecha la debida cortesia, el Cura como mas avisado, les dixo de esta manera.

nera. Por cierto señores Cavalleros, que nos pesa en estremo, que tanta nobleza aya venido à dàr cabo en vn lugar tan pequeño como este, y tan desapercebido de todo regalo, y buen acogimiento como Vs.ms. merecen, porque en èl no ay meson, ni posada capàz de tanta gente, y cavallos como aqui vienen; mas con todo, estos señores, y yo si de algun provecho fueremos, y Vs.ms. determinaren de quedar aqui esta noche, procurarèmos que se les dè el mejor recado que ser pudiere. El vno de ellos que parecia ser el mas principal le rindiò las gracias, diziendo en nombre de todos. En estremo señores agradecemos essa buena voluntad, que sin conocernos se nos muestra, y quedarèmos obligados con muy justa razon, à agradecer, y tener en memoria tan buen deseo; nosotros somos Cavalleros Granadinos, y vamos à la insigne Ciudad de Zaragoça, à vnas justas que alli se hazen, que teniendo noticia que es su mantenedor vn valiente Cavallero, nos avemos dispuesto à tomar este trabajo, para ganar en ellas alguna honra, la qual sin èl, es impossible alcançarse. Pensavamos passar dos leguas mas adelante; pero los cavallos, y gente viene algo fatigada, y assi nos pareciò quedar aqui esta noche, aunque ayamos de dormir sobre los poyos de la Iglesia, si el señor Cura diere licencia para ello. Vno de los Alcaldes, que sabia mas de segar, y de vnzir las mulas, y bueyes de su labrança, que de razones cortesanas, les dixo: No se les dè nada à sus mercedes, que aqui les harèmos merced de alojarles esta noche, que sietecientas vezes el año tenemos capitanias de otros mayores fanfarrones que ellos, y no son tan agradecidos, y bien hablados como Vs.ms. son, y à fe que nos cuesta al Concejo mas de noventa maravedis por año. El Cura por atajarle que no passasse adelante con sus necedades, les dixo: Vs. ms. mis señores han de tener paciencia, que yo les tengo de alojar por mi mano, y ha de ser de esta manera, que los dos señores Alcaldes se lleven à sus casas estos dos señores Cavalleros, con todos sus criados, y cavallos, y yo à V.m. y el señor Quijada à essotro señor, y cada vno conforme sus fuerças alcançaren, procure de regalar à su huesped, porque como dizen, el huesped quien quiera que sea, merece ser honrado, y siendolo estos señores, tanta mayor obligacion tenemos de servirles, si quiera porque no se diga, que llegando à vn lugar de gente tan politica, aunque pequeño, se fueron à dormir, como este señor dixo lo harian, à los poyos de la Iglesia. Don Quixote dixo à aquel que por suerte le cupo, que parecia ser el mas principal: Por cierto señor Cavallero, que yo he sido muy dichoso en que V.m. se quiera servir de mi casa, que aunque es pobre de lo que es necessario para acudir al perfeto servicio de vn tan gran Cavallero, serà à lo menos muy rica de voluntad, la qual podrà V. merced recebir sin mas ceremonias. Por cierto se-

ñor hidalgo, reſpondiò el Cavallero, que yo me tengo por bien afortunado en recebir merced, de quien tan buenas palabras tiene, con las quales es cierto conformaràn las obras. Tras eſto, deſpidiendoſe los vnos de los otros, cada vno con ſu hueſped ſe reſolvieron al partir en que tomaſſen vn poco la mañana, por cauſa de los exceſivos calores, que en aquel tiempo hazia. Don Quixote ſe fue à ſu caſa con el Cavallero que le cupo en ſuerte, y poniendo los cavallos en vn pequeño eſtablo, mandò à ſu vieja ama que aderezaſe algunas aves, y palominos, de que èl tenia en caſa no pequeña abundancia, para cenar toda aquella gente que conſigo traìa, y mandò juntamente à vn muchacho llamaſſe à Sancho Pança, para que ayudaſſe en lo que fueſſe meneſter en caſa, el qual vino al punto de muy buena gana. Entretanto que la cena ſe aparejava, començaron à paſſearſe el Cavallero, y Don Quixote por el patio que eſtava freſco; y entre otras razones, le preguntò Don Quixote la cauſa que le avia movido à venir de tantas leguas a aquellas juſtas, y como ſe llamava: à lo qual reſpondiò el Cavallero, que ſe llamaba Don Alvaro Tarfe, y que decendia del antiguo linage de los Moros Tarfes de Granada, deudos cercanos de ſus Reyes, y valeroſos por ſus perſonas, como ſe lee en las hiſtorias de los Reyes de aquel Reyno, de los Abencerrajes, Zegries, Gomeles, y Mazas, que fueron Chriſtianos, deſpues que el Catholico Rey Fernando ganò la inſigne Ciudad de Granada; y aora eſta jornada, por mandado de vn ſeraphin, en habito de muger, el qual es Reyna de mi voluntad, objecto de mis deſeos, centro de mis ſuſpiros, archivo de mis penſamientos, paraiſo de mis memorias; y finalmente, conſumada gloria de la vida que poſſeo. Eſta como digo, me mandò que partieſſe para eſtas juſtas, y entraſſe en ellas en ſu nombre, y le truxeſſe alguna de las ricas joyas, y preſeas, que en premio ſe les ha de dàr à los venturoſos aventureros vencedores, y voy cierto, y no poco ſeguro de que no dexarè de llevarſela, porque yendo ella conmigo, como và dentro de mi corazon, ſerà el vencimiento infalible, la vitoria cierta, el premio ſeguro, y mis trabajos alcanzaràn la gloria, que por tan largos dias he con tan inflamado afecto deſeado. Por cierto ſeñor Don Alvaro Tarfe, dixo Don Quixote, que àquella ſeñora tiene grandiſsima obligacion à correſponder à los juſtos ruegos de V.m. por muchas razones. La primera, por el trabajo que toma V.m. en hazer tan largo camino en tiempo tan terrible. La ſegunda, por el ir por ſolo ſu mandado, pues con èl aunque las coſas ſucedan al contrario de ſu deſeo, avra cumplido con la obligacion de fiel amante, aviendo hecho de ſu parte todo lo poſsible: mas ſuplico à V.m. me dè cuenta de eſſa hermoſa ſeñora, y de ſu edad, y nombre, y de el de ſus nobles padres. Meneſter era, reſpondiò Don Alvaro, vn muy grande Calapino, para declarar vna de

de las tres cosas que V.m. me ha preguntado, y passando por alto las dos postreras, por el respeto que devo à su calidad, solo digo de sus años, que son diez y seis, y su hermosura tanta, que ha dicho de todos los que la miran, aun con ojos menos apasionados que los mios, afirman de ella no aver visto, no solamente en Granada; pero ni en toda la Andaluzia mas hermosa criatura, porque fuera de las virtudes del animo, es sin duda, blanca como el Sol, las mexillas de rosas rezien cortadas, los dientes de marfil, los labios de coral, el cuello de alabastro, las manos de leche; y finalmente, tiene todas las gracias perfetissimas, de que puede juzgar la vista; si bien es verdad, que es algo pequeña de cuerpo. Pareceme señor Don Alvaro, replicò Don Quixote, que no dexa essa de ser alguna pequeña falta, porque vna de las condiciones que ponen los curiosos para hazer à vna dama hermosa, es la buena disposicion del cuerpo, aunque es verdad, que esta falta muchas damas la remedian con vn palmo de chapin Valenciano; pero quitado este, que no en todas partes, ni à todas horas se puede traer, parecen las damas quedando en zapatillas algo feas, porque las vasquiñas, y ropas de sedas, y brocados, que estàn cortadas à la medida de la disposicion que tienen sobre los chapines les vienen largas, de tal modo, que arrastran dos palmos por el suelo; y assi, no dexarà esto de ser alguna pequeña imperfeccion en la dama de V.m. Antes ses ñor hidalgo, dixo Don Alvaro, essa la hallo yo por vna muy grande perfecion; verdad es, que Aristoteles en el quarto de sus Ethicas, entre las cosas que ha de tener vna muger hermosa, qual èl alli la describe, dize, que ha de ser de vna disposicion que tire à lo grande; mas otros ha avido de contrario parecer, porque la naturaleza, como dizen los Philosofos, mayores milagros hazen las cosas pequeñas que las grandes, y quando ella en alguna parte huviesse errado en la formacion de vn cuerpo pequeño, serà mas dificultoso de conocer el yerro, que si fuesse hecho en cuerpo grande. No ay piedra preciosa que no sea pequeña, y los ojos de nuestros cuerpos son las partes mas pequeñas que ay en èl, y son las mas bellas, y mas hermosas; assi, que mi Serafin es vn milagro de naturaleza, la qual ha querido darnos à conocer por ella, como en poco espacio puede recoger con su maravilloso artificio, el inumerable numero de gracias que puede produzir, porque la hermosura, como dize Ciceron, no consiste en otra cosa, que en vna conveniente disposicion de los miembros, que con deleyte mueve los ojos de los otros à mirar aquel cuerpo, cuyas partes entre sì mesmas, con vna cierta ociosidad se corresponden. Pareceme señor Don Alvaro, dixo Don Quixote, que V.m. ha satisfecho con muy sutiles razones, a la objeccion que contra la pequeñez del cuerpo de su Reyna propuse; y porque me parece que yà la cena por

ser poca estarà aparejada, suplico à V.m. nos entrèmos à cenar, que despues sobre cena tengo vn negocio de importancia que tratar con V.m. como con persona que tambien sabe hablar en todas materias.

CAPITULO II.

DE LAS RAZONES QUE passaron entre Don Alvaro Tarfe, y Don Quixote, sobre cena, y como le descubre los amores que tiene con Dulcinea del Toboso, comunicandole dos cartas ridiculas, por todo lo qual el Cavallero cae en la cuenta de lo que es Don Quixote.

DEspues de aver dado Don Quixote razonablemente de cenar à su noble huesped, por postre de la cena, levantados yà los manteles, oyò de sus cuerdos labios las siguientes razones. Por cierto señor Quijada, que estoy en estremo maravillado, de que en el tiempo que nos ha durado la cena, he visto à V.m. algo diferente del que le vi quando entrè en su casa, pues en la mayor parte de ella le he visto tan absorto, y elevado en no se que imaginacion, que à penas me ha respondido jamàs à proposito, sino tan ad Ephesios, como dizen, que he venido à sospechar, que algun grave cuydado le aflige, y aprieta el animo, porque he visto quedarse à ratos con el bocado en la boca, mirando sin pestañear à los manteles, con tal suspension, que preguntandole si era casado, me respondiò rocinante. Señor, el mejor cavallo es que se ha criado en Cordova, y por esto digo, que alguna passion, ò interno cuydado atormenta à V.m. porque no es possible nazca de otra causa tal efecto; y tal puede ser, que como otras muchas vezes he visto en otros, pueda quitarle la vida, ò à lo menos si es vehemente apurarle el juizio; y assi, suplico à V.m. se sirva comunicarme su sentimiento, porque si fuere tal la causa de èl, que yo con mi persona pueda remediarla, lo harè con las veras, que la razon, y mis obligaciones piden; pues assi como con las lagrimas, que son sangre del corazon, èl mesmo desfoga, y descansa, y queda aliviado de las melancolias que le oprimen, vaporeando por el venero de los ojos; assi, ni mas, ni menos el dolor, y afliccion, siendo comunicado se alivian algun tanto, porque suele el que lo oye, como desapassionado dàr el consejo que es mas sano, y seguro, al remedio de la persona afligida. Don Quixote entonces le respondiò: Agradezco señor Don Alvaro essa buena voluntad, y el deseo que muestra tener V.m. de hazermela; pero es fuerza, que los que professamos el orden de caval'eria, y nos hemos visto en tanta multitud de peligros, yà con fieros, y descomunales jayanes, yà con malendrines sabios, ò Magos, desencantando Princesas, matando grifos, y serpientes, Rinocerontes, y Endrigos, llevados de alguna imaginacion de estas, como son negocios de honra, quedèmos suspensos, y elevados, y puestos en vn honroso extasi, como

el en que V. m. dize averme visto, aunque yo no he echado de verlo; verdad es, que ninguna cosa de estas por aora me ha suspendido la imaginacion, que yà todas han passado por mi. Maravillòse mucho Don Alvaro Tarfe, de oìrle dezir que avia desencantado Princesas, y muerto gigantes, y començò à tenerle por hombre que le faltava algun poco de juizio; y assi, para enterarse de ello, le dixo: Pues no se podrà saber què causa por aora aflige à V.m. Son negocios, dixo Don Quixote, que aunque à los Cavalleros andantes, no todas las vezes es licito dezirlos, por ser V.m. quien es, y tan noble, y discreto, y estàr herido con la propria saeta, con que el hijo de Venus me tiene herido à mi. Le quiero descubrir mi dolor, no para que me dè remedio para èl, que solo me le puede dàr aquella bella ingrata, y dulcissima Dulcinea, robadora de mi voluntad, sino para que V. m. entienda, que yo camino, y he caminado por el camino real de la cavalleria andantesca, imitando en obras, y en amores à aquellos valerosos, y primitivos Cavalleros andantes, que fueron luz, y espejo de todos aquellos que despues de ellos han por sus buenas prendas merecido professar el sacro Orden de cavalleria que yo professo, como fueron el invicto Amadis de Gaula, Don Belianis de Grecia, y su hijo Esplandian, Palmerin de Oliba, Tablante de Ricamonte, el Cavallero del Pueblo, y su hermano Roscler, con otros valentissimos Principes, aun de nuestros tiempos, à todos los quales, yà que les he imitado en obras, y haziendas, los sigo tambien en los amores; assi, que V.m. sabrà que yo estoy enamorado. Don Alvaro, como era hombre de sutil entendimiento, luego cayò en todo lo que su huesped podia ser, pues dezia aver imitado à aquellos Cavalleros fabulosos de los libros de cavalleria; y assi, maravillado de su loca enfermedad, para enterarse cumplidamente de ella, le dixo: Admirome no poco, señor Quijada, que vn hombre como V.m. flaco, y seco de cara, y què à mi parecer passa yà de los quarenta y cinco ande enamorado, porque el amor no se alcança sino con muchos trabajos, malas noches, peores dias, mil disgustos, zelos, zoçobras, pendencias, y peligros, que todos estos, y otros semejantes, son los caminos por donde se camina al amor; y si V.m. ha de passar por ellos, no me parece tiene sujeto para sufrir dos noches malas al sereno, aguas, y nieves, como yo se por experiencia que passan los enamorados; màs digame V.m. con todo, essa muger que ama es de aqui del lugar, ò forastera, que gustaria en estremo, si fuesse possible verla antes que me fuesse, porque hombre de tan buen gusto, como V.m. es, no es creible, sino que ha de aver puesto los ojos en no menos que en vna Diana Ephesina, Policena Troyàna, Dido Cartaginense, Lucrecia Romana, ò Doralize Granadina. A todas essas, respondiò Don Quixote, excede en hermosura, y gracia; y solo imita en fiereza, y crueldad à la inhuma-

humana Medea; pero yà querrà Diõs, que con el tiempo que todas las cosas muda, trueque su corazon diamantino, y con las nuevas que de mi, y mis invencibles fazañas terna, se mollifique, y sujete à mis no menos importunos que justos ruegos. Assi que señor, ella se llama Princesa Dulcinea del Toboso (como yo Don Quixote de la Mancha) si nunca V.m. la ha oìdo nombrar que si avrà, siendo tan cèlebre por sus milagros, y celestiales prendas; quiso reirse de muy buena gana Don Alvaro quando oyò dèzir la Princesa Dulcinea del Toboso; pero dissimulò, porque su huesped no lo echasse de vèr, y se enojasse, y assi le dixo: Por cierto señor hidalgo, ò por mejor dezir, señor Cavallero, que yo no he oìdo en todos los dias de mi vida nombrar tal Princesa, ni creo la ay en toda la Mancha, sino es que ella se llame por sobrenombre Princesa, como otras se llaman Marquesas. No todos saben todas las cosas, replicò Don Quixote; pero yo harè antes de mucho tiempo que su nombre sea conocido, no solamente en España; pero en los Reynos, y Provincias mas distantes del mundo. Esta es, pues, señor, la que me eleva los pensamientos, esta me enagena de mi mismo, por esta he estado desterrado muchos dias de mi casa, y patria, haziendo en su servicio heroycas hazañas, embiandole Gigantes, y bravos Jayanes, y Cavalleros rendidos à sus pies, y con todo esso ella se muestra à mis ruegos, vna leona de Africa, y vna tigre de Hircania, respondiendome à los papeles que le embio llenos de amor, y dulzura, con el mayor desabrimiento, y despego que jamàs Princesa à Cavallero andante escriviò, yo le escrivo mas largas arengas, que las que Catalina hizo al Senado de Roma, mas heroycas poesìas que las de Homero, ò Virgilio, con mas ternezas que el Petrarcha escriviò à su querida Laura, y con mas agradables Episodios que Lucano, ni Arioso pudieron escrivir en su tiempo, ni en el nuestro ha hecho Lope de Vega à su Filis, Celia Lucinda, ni à las demas, que tan divinamente ha celebrado, hecho en aventuras vn Amadis: en gravedad, vn Cevola: en sufrimiento, vn Perineo de Persia: en nobleza, vn Eneas: en astucia, vn Vlises: en constancia, vn Belisario: y en derramar sangre humana, vn bravo Cid campeador: y porque V.m. señor Don Alvaro, vea ser verdad todo lo que digo, quiero sacar dos cartas que tengo alli en aquel escritorio, vna que con mi escudero Sancho Panza, la escrivì en los dias passados, y otra que ella me embiò en respuesta suya. Levantòse para sacarlas, y Don Alvaro se quedò haziendo cruzes, de vèr la locura del huesped, y acabò de caer en la cuenta de que èl estava desvanecido con los vanos libros de cavallerias, teniendolos por muy autenticos, y verdaderos. Al ruydo que Don Quixote hizo abriendo el escritorio, entrò Sancho Panza, harto bien llena la barriga de los relieves que avian sobrado de la cena. Y como Don Quixote se assentò con las dos car-

cartas en la mano, èl se puso repantigado tras las espaldas de su silla para gustar vn poco de la conversacion; vè aqui dixo Don Quixote, V.m. à Sancho Panza mi escudero, que no me dexarà mentir à lo que toca al inhumano rigor, de aquella mi señora. Si à fe, dixo Sancho Panza, que Aldonza Lorenzo, alias Nogales, (como assi se llamava la Infanta Dulcinea del Toboso por proprio nombre, como consta de las primeras partes de esta grave historia) es vna grandissima, tengaselo por dicho, porque cuerpo den Ciruelo, ha de andar mi señor hendo tantas cavallerias, de dia, y de noche, y hendo cruel penitencia en Sierra Morena: Dandose de calabazadas, y sin comer por vna? Mas quiero callar, allà se lo aya, con su pan se lo coma, que quien yerra, y se enmienda, à Dios se encomienda, que vna anima sola, ni canta, ni llora, y quando la perdiz canta, señal es de agua, y à falta de pan, buenas son tortas. Passàra adelante Sancho con sus refranes, si Don Quixote no le mandàra, imperativo modo, que callàra, mas con todo replicò, diziendo: Quiero saber señor Don Tarfe, lo que hizo la muy zurrada quando la llevè essa carta, que aora mi señor quiere leer, estavase en la cavalleriza la muy puerca, porque llovia, hinchendo vn seron de basura, con vna pala, y quando yo le dixe que le traìa vna carta de mi señor, (infernal torçon le dè Dios por ello) tomò vna gran palada del estiercol, que estava mas hondo, y mas remojado, y arrojomele de boleo, sin dezir agua và, en estas pecadoras barbaras. Yo como por mis pecados las tengo, mas espesas que escobilla de barbero, estuve despues mas de tres dias sin poder acabar de agotar la porqueria, que en ellas me dexò. Perfetamente diòse, oyendo esto, vna palmada en la frente Don Alvaro, diziendo: Por cierto señor Sancho, que semejante porte, que esse no le merecia la mucha discrecion vuestra. No se espante V.m. replicò Sancho, que à fe que nos ha sucedido à mi, y à mi señor, andando por amor de ella en las aventuras, ò desventuras del año passado, darnos passadas de quatro vezes, muy gentiles garrotazos. Yo os prometo, dixo (colerico) Don Quixote, que si me levanto Don Vellaco, desvergonzado, y coxo vna estaca de aquel carro, que os muela las costillas, y haga que se os acuerde per omnia secula seculorum. Amen respondiò Sancho. Levantàrase Don Quixote, à castigarle la desverguenza, si Don Alvaro no le tuviera el brazo, y le hiziera bolver à sentar en su silla, haziendo con el dedo señas à Sancho, para que callasse, con que lo hizo por entonces, y Don Quixote abriendo la carta dixò, vè aqui V.m. la carta que este mozo llevò los dias passados à mi señora, y juntamente la respuesta de ella, para que de ambas colija V.m. si tengo razon de quexarme de su inaudita ingratitud.

So-

Sobre eſcrito de la carta.

A la Infanta Dulcinea del Toboſo.

Si el amor afincado, ò bella ingrata, que aſſaz bulle por los poros de mis venas, diera lugar à que me enſeñàra contra vueſtra fermoſura, cedo tomàra vengança de la ſandez con que mis cuytas os dàn enojoſo reproche, cuydades dulce enemiga mia, que non atiendo con todas mis fuerças en al, que en desfazer tuertos de gente meneſteroſa, maguer que muchas vezes ando embuelto en ſangre de jayanes, cedo el penſamiento ſin polilla eſtà à demàs ledo, y tiene remenbrança que eſtà preſo por vna de las mas altas fembras, que entre las Reynas de alta guiſa fallar ſe puede. Empero lo que ſeràn vos demando, es, que ſi alguna deſmeſuranza he tenido me perdonedes, que los yerros por amare, dignos ſon de perdonare. Eſto pido de finojos ante vueſtro imperial acatamiento, vueſtro haſta el fin de la vida.

El Cavallero de la triſte figura Don Quixote de la Mancha.

Por Dios, dixo Don Alvaro, riendoſe, que es la mas donoſa carta que en ſu tiempo pudo eſcrivir el Rey Don Sancho de Leon, à la noble Doña Ximena Gomez, al tiempo que por eſtar auſente de ella, el Cid la conſolava; pero ſiendo V. m. tan corteſano, me eſpanto que eſcrivieſſe eſſa carta aora tan à lo del tiempo antiguo, porque yà no ſe vſan eſſos vocablos en Caſtilla, ſino es quando ſe hazen comedias de los Reyes, y Condes de aquellos ſiglos dorados. Eſcrivola de eſta ſuerte, dixo Don Quixote, porque yà que imito à los antiguos en la fortaleza; como ſon al Conde Fernan Gonçalez, Peranzules, Bernardo, y al Cid, los quiero tambien imitar en las palabras. Pues para què, replicò Don Alvaro, puſo V. m. en la firma, el Cavallero de la triſte figura? Sancho Pança que avia eſtado eſcuchando la carta, dixo: Yo ſe lo aconſejè, y à fe en toda ella no và coſa mas verdadera que eſſa. Puſeme el de la triſte figura, añadiò Don Quixote, no por lo que eſte necio dize, ſino porque la auſencia de mi ſeñora Dulcinea me cauſava tanta triſteza, que no me podia alegrar, de la ſuerte que Amadis ſe llamò Beltenebros, otro el Cavallero de los fuegos, otro de las imagenes, ò de la ardiente eſpada. Don Alvaro le replicò: y el llamarſe V. m. Don Quixote, à imitacion de quien fue? A imitacion de ninguno, dixo Don Quixote, ſino como me llamo Quijada, ſaquè de eſte nombre el de Don Quixote, el dia que me dieron el orden de cavalleria; pero oyga V. m. le ſuplico la reſpueſta, que aquella enemiga de mi libertad me eſcrive.

Sobre eſcrito.

A Martin Quijada el Mentecapto.

El portador de eſta avia de ſer vn hermano mio, para darle la reſpueſta en las coſtillas con vn gentil garrote; no ſabe lo que le digo ſeñor Quijada, que por el ſiglo de mi madre, que ſi otra

vez me escriue de Emperatriz, ò Reyna, poniendome nombres burlescos, como es, à la Infanta Manchega Dulcinea del Toboso, y otros semejantes que me suele escrivir, que tengo de hazer que se le acuerde. Mi nombre proprio es Aldonza Lorenzo, ò Nogales por mar, y por tierra.

Vea V.m. si avrà en el mundo Cavallero andante por mas discreto, y sufrido que sea, que pueda sin morir tolerar semejantes razones. Ho y de puta, dixo Sancho Panza, comigo las avia de aver la relamida, à fe, que la avia de her peer por ingeño, que aunque es moza forzuda, yo fio que si la agarro, no se me escape de entre las vñas; mi señor Don Quixote es muy demasiado de blando. Si èl la embiasse media dozenas de cozes, dentro vna carta, para que se la depositassen en la barriga, à fe que no fuera tan repostona; sepa V.m. que estas mozas yo las conozco mejor que vn huevo vale vna blanca, si las hablan bien, dàn al hombre el pescozon, y passagonzalo, que le hazen saltar las lagrimas de los ojos; sobre mi, que conmigo no se burlan, porque luego es arrojo vna coz mas redonda que de mula de Frayle Hieronimo: y mas, si me pongo los zapatos nuevos, malaño para la mula del Preste Juan, que mejor las endilgue. Levantòse riendo Don Alvaro, y dixo: Por Dios, que si el Rey de España supiesse que este entretenimiento avia en este lugar, que aunque le costasse vn millon, procurara tenerle consigo en su casa. Señor Don Quixote ello emos de madrugar, por lo menos vna hora antes del dia, por huir del Sol; y assi, con licencia de V.m. querria tratar de acostarme. Don Quixote dixo, que su merced la tenia, y assi començò à desnudarse para hazerle la cama que en el mesmo aposento estava, y mandò à Sancho Panza que le descalcazasse las botas. Llegaron en esto à quererlo hazer dos pajes del mesmo Don Alvaro, que avian estado oyendo la conversacion desde la puerta; pero nó consintiò Sancho Panza, que otro que èl hiziesse tal oficio, de que gustò en estremo Don Alvaro; el qual le dixo mientras Don Quixote saliò à fuera por vnas peras en conserva para darle, tira hermano Sancho bien, y tened paciencia. Si tendràn, respondiò Sancho, que no son bestias, y aunque no soy Don, mi padre lo era. Como es esso, dixo Don Alvaro, vuestro pàdre tenia Don? Si señor, dixo Sancho; pero teniàle à la postre. Como à la postre, replicò Don Alvaro? Llamavase Francisco Don, Juan Don, ò Diego Don? No señor, dixo Sancho, sino Pedro el remendon. Rieron mucho del dicho los pajes, y Don Alvaro, que prosiguiò preguntandole si era aun su padre vivo; y èl respondiò: No señor, que mas ha de diez años q̃ muriò de vna de las mas malas enfermedades que se puede imaginar. De què enfermedad muriò, replicò D. Alvaro? De savañones, respondiò Sancho. Santo Dios, dixo D. Alvaro, con grandissima risa; de savañones? El primer hombre q̃ en los dias de mi vida oì dezir que muriesse de essa enfermedad, fue vuestro padre,

dre, y assi no lo creo. No puede cada vno, dixo Sancho, morir la muerte que le dà gusto? Pues si mi padre quiso morir de sabañones, que se le dà à V.m. en medio de la risa de Don Alvaro, y sus pajes, entrò Don Quixote, y su ama la vieja, con vn plato de peras en conserva, y vna garrafa de buen vino blanco, y dixo V.m. mi señor Don Alvaro, podrà comer vn par de estas peras, y tras ellas tomar vna vez de vino, que le darà mil vidas. Yo beso à V.m. las manos, respondiò Don Alvaro, señor Don Quixote, por la merced que me haze; pero no podrè servirle, porque no acostumbro comer cosa alguna sobre cena, que me daña, y tengo larga esperiencia en mi, de la verdad del aforismo de Avicena, ò Galeno, que dize que lo crudo sobre lo indigesto, engendra enfermedad. Pues por vida de la que me pariò, dixo Sancho, que aunque esse Azucena, ò Galena, que su merced dize, me dixesse mas latines que tiene todo el a, b, c, assi dexasse yo de comer, aviendolo à mano, como de escupir? Mira que cuerpo de San Iorge? El no comer, para los Castraleones, que se sustentan del ayre. Pues por vida de la que adoro, dixo Don Alvaro, tomando vna pera con la punta del cuchillo, que os aveis de comer esta, con licencia del señor Don Quixote. Hi no por su vida señor Don Tarfe, respondiò Sancho, que estas cosas dulces siendo pocas me hazen mal, aunque es verdad, que quando son en cantidad me hazen grandissimo provecho: con todo la comiò, y tras esto se puso Don Alvaro en la cama, y à los pajes les hizieron otra junto à ella, do se acostassen como lo hizieron. En esto, dixo Don Quixote à Sancho, vamos Sancho amigo al aposento de arriba, que alli podremos dormir lo poco que de la noche queda, que no ay para que irte aora à tu casa, que yà tu muger estarà acostada, y tambien que tengo vn poco que comunicar contigo esta noche, sobre vn negocio de importancia. Pardiez, señor, dixo Sancho, que estoy yo esta noche para dàr buenos consejos, porque estoy redondo como vna chueca, solo serà la falta que me dormirè luego, porque yà los bostezos menudean mucho. Subieronse arriba tras esto ambos, à acostar, y puestos en vna misma cama, dixo Don Quixote. Hijo Sancho, bien sabes, ò has leìdo, que la ociosidad, es madre, y principio de todos los vicios, y que el hombre ocioso, està dispuesto para pensar qualquier mal, y pensandolo, ponerlo por obra, y que el diablo de ordinario acomete, y vence facilmente à los ociosos, porque haze como el cazador, que no tira à las aves mientras que las vè andar volando, porque entonces seria la caza incierta, y dificultosa, sino que aguarda à que se assienten en algun puesto, y viendolas ociosas, les tira, y las mata; digo esto amigo Sancho, porque veo que ha algunos meses que estamos ociosos, y no cumplimos, yo con el orden de ca-

valleria que recibi, y tu con la lealtad de escudero fiel, que me prometiste. Querria, pues, (para que no se diga que yo he recibido en vano el talento que Dios me diò, y sea reprehendido, como aquel del Evangelio, que atò el que su amo le fiò en el pañizuelo, y no quiso grangear con èl) que bolviessemos lo mas presto que ser pudiesse à nuestro militar exercicio, porque en ello harèmos dos cosas; la vna, servicio muy grande à Dios; y la otra, provechò al mundo, desterrando de èl los descomunales jayanes, y sobervios gigantes, que hazen tuertos de sus fueros, y agravios à Cavalleros menesterosos, y à donzellas afligidas, y juntamente ganarèmos honra, y fama para nosotros, y nuestros succesores, conservando, y aumentando la de nuestros antepassados; tras que adquirirèmos mil Reynos, y Provincias en vn quita alla essas pajas, con que serèmos ricos, y enriquecerèmos nuestra Patria. Señor, dixo Sancho, no tiene que meterme en el caletre essos guerreamientos, pues yà vè lo mucho que me costaron esse otro año, con la pèrdida de mi rucio, que buen siglo aya; tras que jamàs me cumpliò lo que mil vezes me tenia prometido, de que nos veriamos dentro de vn año, yo adelantado, ò Rey por lo menos, mi muger Almiranta, y mis hijos Infantes, ninguna de las quales cosas veo cumplidas por mi (oye V.m. ò duermese) y mi muger tan Marigutierrez ses oy, como aora vn año; assi, que yo no quiero perro con cencerro, y fuera de esso, si nuestro Cura el licenciado Pero Perez, sabe que querèmos tornar à nuestras cavallerias, le tiene de meter à V.m. con vna cadena, por vnos seis, ò siete meses en domus Getro, que dizen, como la otra vez; y assi digo, que no quiero ir con V. m. y dexeme dormir por vida suya, que yà se me vàn pegando los ojos. Mira Sancho, dixo Don Quixote, que yo no quiero que vayas como la otra vez, antes quiero comprarte vn asno en que vayas como vn Patriarca, mucho mejor que el otro que te hurtò Ginesillo; y en fin, irèmos ambos con mejor orden, y llevarèmos dineros, y provisiones, y vna maleta con nuestra ropa, que yà he echado de vèr que es muy necessario, porque no nos suceda lo que en aquellos malditos Castillos encantados nos sucediò. Aun de essa manera, respondiò Sancho, y pagandome cada mes mi trabajo, yo ire de muy buena gana. Oyendo su resolucion, alegre Don Quixote, prosiguiò, diziendo: Pues Dulcinea sè me ha mostrado tan inhumana y cruel, y lo que peor es desagradecida à mis servicios, sorda à mis ruegos, incredula à mis palabras; y finalmente, contraria à mis deseos, quiero probar, (a imitacion del Cavallero del Phebo, que dixo à Claridana, y otros muchos que buscaron nuevo amor) y vèr si en otra hallo mejor fe, y mayor correspondencia à mis fervorosos intentos; y vèr juntamente, duermes Sancho? Hà Sancho? En esto Sancho recordò, diziendo: Digo, señor, que tiene razon, que essos jayanazos son gran-

grandiſsimos bellaços, y es muy bien que les hagamos tuertos. Por Dios, dixo Don Quixote, que eſtàs muy bien en el cuento, eſtoyme yo quebrando la cabeça, diziendote lo que à ti, y à mi mas (deſpues de Dios) nos importa, y tu duermes como vn liron. Lo que digo Saucho, es, entiendes? O reniego de la puta que me pariò, dixo Sancho, dexeme dormir con Barrabàs, que yo creo bien, y verdaderamente quanto me dixere, y pienſa dezir todos los dias de ſu vida. Harto trabajo tiene vn hombre, dixo Don Quixote, que trata coſas de peſo con ſalvajes como eſte, quierole dexar dormir, que yo mientras que no diere fin, y cabo à eſtas honradas juſtas, ganando en ellas el primero, ſegundo, y tercero dia, las joyas de mas importancia que huviere, no quiero dormir, ſino velar, traçando con la imaginacion, lo que deſpues tengo de poner por efecto, como haze el Sabio Architecto, que antes que comience la obra, tiene confuſamente en ſu imaginativa todos los apoſentos, patios, chapiteles, y ventanas de la caſa, para deſpues ſacallos perfetamente à luz. En fin, al buen hidalgo ſe le paſsò lo que de la noche quedava, haziendo grandiſsimas quimeras en ſu deſvanecida fantaſia, yà hablando con los Cavalleros, yà con los Juezes de las juſtas, pidiendoles el premio; yà finalmente, ſaludando con grandiſsima meſura à vna dama hermoſiſsima, y ricamente adereçada, à quien preſentava deſde el cavallo con la punta de la lanza vna rica joya. Con eſtos, y otros ſemejantes deſvanecimientos, ſe quedò al cabo dormido.

CAPITVLO III.

DE COMO EL CURA, Y DON Quixote ſe deſpidieron de aquellos Cavalleros, y de lo que à èl le ſucediò con Sancho Panza deſpues de ellos idos.

VNa hora antes que amanecieſſe llegaron à la puerta de Don Quixote el Cura, y los Alcaldes à llamar, que venian à deſpertar al ſeñor Don Alvaro, à cuyas vozes Don Quixote llamò à Sancho Panza, para que les fueſſe à abrir, el qual deſpertò con harto dolor de ſu coraçon. Entrados que fueron al apoſento de Don Alvaro, el Cura ſe aſſentò junto à ſu cama, y le comenzò à preguntar como le avia ido con ſu hueſped; à lo qual reſpondiò, contandole brevemente lo que con èl, y con Sancho Panza le avia paſſado àquella noche: y dixo, que ſino fuera el plazo de las juſtas tan corto, ſe quedàra alli quatro, ò ſeis dias, à guſtar de la buena converſacion de ſu hueſped; pero propuſo de eſtarſe alli mas de eſpacio à la buelta. El Cura le contò todo lo que Don Quixote era, y lo que con èl le avia acontecido el año paſſado, de lo qual quedò muy maravillado; y mudando platica, fingieron hablavan de otro, porque vieron entrar à Don Quixote, con cuyos buenos dias, y apaci-

ble

ble vision, se levantò Don Alvaro, y mandò apreſtar los cavallos, y demàs recado para irſe. Entre tanto los Alcaldes, y el Cura bolvieron à dàr de almorçar a ſus hueſpedes, quedando concertados que todos bolverian à caſa de Don Quixote, para partirſe deſde alli juntos. Idos ellos, y veſtido Don Alvaro, dixo à parte à Don Quixote: Señor mio, V.m. me la ha de hazer, de que vnas armas gravadas de Milàn que traygo aqui en vn baul grande, ſe me guarden con cuydado en ſu caſa haſta la buelta, q̃ me parece que en Zaragoça no ſeràn menester, pues no faltaràn en ella amigos que me provean de otros que ſean menos ſutiles, pues eſtas lo ſon tanto, que ſolo pueden ſervir para la viſta, y es notable el embaraço que me cauſa el llevarlas. Hizolas ſacar luego alli todas en diziendo eſto, y eran peto, eſpaldar, gola, brazaletes, eſcarcelas, y morrion; y Don Quixote quando las viò, ſe le alegrò la pajarilla infinitamente, y propuſo luego en ſu entendimiento lo que avia de hazer de ellas, y aſsi le dixo: Por cierto mi ſeñor Don Alvaro, que eſto es lo menos en que yo pienſo ſervir à V. m. pues eſpero en Dios vendrà tiempo en que V. m. ſe holgarà mas de verme à ſu lado, que no en el Argameſilla; y proſiguiò preguntandole (mientras ſe bolvian à poner en el baul las armas) que diviſa penſava ſacar en las juſtas, què libreas, què letras, ò què motes; à todo lo qual por complacerle, le reſpondiò Don Alvaro, no entendiendo que le paſſava por la imaginacion el ir à Zaragoça, ni hazer lo que hizo, que adelante ſe dirà. En eſto entro Sancho muy colorado, ſudandole la cara, y diziendo: Bien puede mi ſeñor Don Tarfe ſentarſe à la meſa, que yà eſtà el almuerço à punto; à lo qual reſpondiò Don Alvaro: Teneis buen apetito de almorçar Sancho amigo: eſſe (dixo èl) ſeñor mio gloria tibi domine, nunca me falta, y es de manera, que (en ſalud ſea mentado, y vaya el diablo para ruìn) no me acuerdo en todos los dias de mi vida averme levantado harto de la meſa, ſino fue aora vn año, que ſiendo mi tio Diego Alonſo mayordomo del Roſario, me hizo à mi repartidor del pan, y queſo de la caridad, que dà la confadria, y entonces alli huve de aflojar dos àgujeros el cinto. Dios os conſerve, dixo Don Alvaro, eſſa diſpoſicion, que ſolo de ella, y de vueſtra buena condicion os tengo embidia. Almorçò Don Alvaro, y luego llegaron los tres Cavalleros con ſu gente, y con el Cura, porque yà amanecia, y viendolos Don Alvaro, ſe puſo al momento las eſpuelas, y ſubiò à cavallo, tras lo qual ſacò Don Quixote del eſtablo à rocinante enſillado, y enfrenado, para acompañarles, y dixo (teniendole por el freno) à D. Alvaro: Vè aqui V. m. ſeñor D. Alvaro, vno de los mejores cavallos, que à duras penas ſe podrian hallar en todo el mundo; no ay Bucefalo, Alfama, Sayano, Babieca, ni Pegaſo que ſe le iguale. Por cierto, dixo D. Alvaro, mirandole, y ſonriendoſe, q̃ ello puede ſer como V.m. dize; pero no lo mueſtra en el talle, porque

es demaſiado de alto, y ſobrado de largo, fuera de eſtar muy delgado; pero deve ſer la cauſa del eſtar tan flaco, el ſer de ſu naturaleza algo Aſtrologo, ò Philoſofo, ò la larga experiencia que tendrà de las coſas del mundo, que no deven aver paſſado pocas por èl, ſegun los muchos años que deſcubre tener encubiertos baxo la ſilla; pero como quiera que ſea èl es digno de alabança, por lo que mueſtra ſer diſcreto, y pacifico. En eſto ſalieron todos à cavallo, y el Cura, y Don Quixote les acompañaron caſi vn quarto de legua del lugar, iba el Cura tratando con Don Alvaro de las coſas de Don Quixote, el qual ſe maravillava en eſtremo de ſu eſtraña locura. Deſpidieronſe forçados de los ruegos de los Cavalleros, y bueltos al argameſilla, el Cura ſe fue à ſu caſa, y llegando a la ſuya Don Quixote, lo primero que hizo en apeandoſe, fue, embiar luego à llamar con ſu ama à Sancho Pança, con orden de que le dixeſſe traxeſſe conſigo quando vinieſſe, aquello que le avia dicho le traeria, que era Florisbian de Candaria, libro no menos necio, que impertinente. Vino luego bolando Sancho, y cerrando el apoſento por adentro, y quedando en èl ſolos, y el Don Quixote. Sacò el libro debaxo de las aldas del ſayo, y diòſele, el qual le tomò en las manos con mucha alegria, diziendo: Vès aqui Sancho vno de los mejores, y mas verdaderos libros del mundo, donde ay Cavalleros de tan grande fama, y valor, que malaño para el Cid, ò Bernardo del Carpio, que les lleguen al zapato. Al punto le puſo ſobre vn eſcritorio, y bolviò de nuevo à repetir à Sancho muy por eſtenſo, todo lo que la noche paſſada le avia dicho, y no avia podido entender por eſtàr tan dormido, concluyendo la platica con dezir queria partir para Zaragoça à las juſtas, y que penſava olvidar à la ingrata Infanta Dulcinea del Toboſo, y buſcar otra dama que mejor correſpondieſſe à ſus ſervicios, y que de alli penſava deſpues ir à la Corte del Rey de Eſpaña, para darſe à conocer por ſus fazañas, y travarè amiſtad (añadia el buen Don Quixote) con los Grandes, Duques, Marqueſes, y Condes, q al ſervicio de ſu Real Perſona aſsiſten, do verè ſi alguna de aquellas fermoſas damas que eſtàn con la Reyna, enamorada de mi tallazo, en competencia de otras, mueſtra algunas ſeñales de verdadero amor, yà con aparencias exteriores de la perſona, y veſtido, yà con papeles, ò recados embiados al quarto, que ſin duda el Rey me darà en ſu Real Palacio, para que de eſta manera, ſiendo embidiado de muchos Cavalieros de los del tuſon, procuren todos por varios caminos deſcomponerme con el Rey, à los quales en ſabiendolo, deſafio, y reto, matando la mayor parte de ellos, con que viſta mi gran valentia por el Rey nueſtro Señor, es fuerça que ſu Magcſtad Catholica me alàbe por vno de los mejores Cavalieros de Europa. Todo eſto dezia èl, con tanto brio, levantando las cejas con voz ſonora, y pueſta la mano ſobre la guarnicion de la eſpa-

eſpada (que no ſe avia aun quitado deſde que avia ſalido à acompañar à Don Alvaro) que parecia que yà paſſava por èl todo lo que iba diziendo. Quiero, pues Sancho mio, (proſeguia luego) que veas aora vnas armas que el Sabio Alquife, mi grande amigo, eſta noche me ha traìdo eſtando yo trazando la dicha ida de Zaragoça, porque quiere que con ellas entre en las aplazadas juſtas, y lleve el mejor precio que dieren los Juezes con inaudita fama, y gloria de mi nombre, y de los andantes Cavalleros antepaſſados, à quien imito, y aun excedo, y abriendo vna arca grande adonde las avia metido, las ſacò. Quando Sancho viò las armas nuevas, y tan buenas, llenas de trofeos, y gravaduras Milaneſas, acicaladas, y limpias, penſò ſin duda, que eran de plata, y dixo paſmado: Por vida del fundador de la torre de Babylonia, que ſi ellas fueran mias, que las avia de hazer todas de reales de à ocho, de eſtos que corren aora, mas redondos que hoſtias, porque ſolamente la plata (fuera de las imagines que tienen) vale al menorète, à quererlas echar en la calle, mas de ſoventa mil millones, ho y de puta, traydoras, y como reluzen; y tomando el morrion en las manos, dixo: Pues el ſombrero de plata es bovo, por las barbas de Pilatos, que ſi tuviera quatro dedos mas de falda, ſe le podria poner el meſmo Rey, y aun juro, que el dia de la proceſsion del Roſario, ſe le avemos de poner en la cabeça al ſeñor Cura, pues ſaldrà con èl, y con la capa de brocado por eſſas calles hecho vn relox; mas diganle ſeñor, eſtas armas quien las hizo? Hizolas eſſe Sabio Eſquife, ò nacieronſe aſsi del vientre de ſu madre? O gran necio, dixo Don Quixote, eſtas ſe hizieron, y forjaron junto al rio Leteo, media legua de la barca de Acaronte, por las manos de Vulcano, herrero del infierno. O peſtilencia en el herrero, dixo Sancho, el diablo podia ir à ſu fragua, à ſacar la punta de la reja del arado; yo apoſtarè, que como no me conoce, me echaſſe vna grande eſcudilla de aquella pez, y trementina, que tiene ardiendo ſobre eſtas virginales barbas, tal, que fuera harto peor de quitar, y aun de ſanar, que la baſura que me echò en el as Aldonça Lorenço los otros dias. Tomò en eſto las armas Don Quixote, diziendo: Quiero amigo Sancho, que veas como me eſtàn, ayudamelas à poner; y diziendo, y haziendo, ſe puſo la gola, peto, y eſpaldar, y dixo Sancho: Par diez, que aqueſtas planchas parecen vn capote, y ſino fueran tan peſadas, eran lindiſsimas para ſegar, y mas con eſtos guantes, lo qual dixo tomando las manoplas en la mano. Armòſe Don Quixote de todas piezas, y luego hablò con voz entonada à Sancho, de eſta manera. Què te parece Sancho, eſtanme bien, no te admiras de mi gallardia, y brava poſtura? Eſto dezia paſſeandoſe por el aposento haziendo piernas, y continentes, piſando de carcaño, y levantando mas la voz, y haziendola mas grueſſa, grave, y repoſada, tras lo qual le vino luego ſubitamente vn

accidente tal en la fantasia, que metiendo con mucha presteza mano à la espada, se fue acercando con notable colera à Sancho, diziendo: Espera dragon maldito, sierpe de lybia, basilisco infernal, verás por esperiencia el valor de Don Quixote, segundo San Jorge en fortaleza; verás digo, si de vn golpe solo puedo partir, no solamente à ti, sino a los diez mas fieros gigantes que la nacion gigantea jamàs produxo. Sancho que le viò venir para sì tan desaforado, començò à correr por el aposento, y metiendose detràs de la cama, andava al derredor de ella, huyendo de la furia de su amo, el qual dezia (dando muchas cuchilladas, à tuertas, y derechas por el aposento, cortando muchas vezes las cortinas, mantas, y almohadas de la cama) espera jayàn sobervio, que yà ha llegado la hora en que quiere la Magestad Divina que pagues las malas obras que has hecho en el mundo. Andava en esto tras el pobre de Sancho al derredor de la cama, diziendole mil palabras injuriosas, y juntamente con cada vna, arrojandole vna estocada, ò cuchillada larga, que si la cama no fuera tan ancha como era, lo passara el pobre de Sancho harto mal; el qual le dixo: Señor Don Quixote, por todas quantas llagas tuvieron Job, el señor San Lazaro, el señor San Francisco, y lo que mas es, nuestro Señor Jesu Christo, y por aquellas benditas faetas que sus padres tiraron al señor San Sebastian, que tenga compassion, piedad, lastima, y misericordia de mi anima pecadora. Embraveciase mas con esto Don Quixote, diziendo: O sobervio, agora piensas con tus blandas palabras, y ruegos aplacar la justa ira que contigo tengo; buelve, buelve las Princesas, y Cavalleros que contra ley, y razon en este tu Castillo tienes; buelve los grandes tesoros que tienes vsurpados, las donzellas que tienes encantadas, y la Maga encantadora, causadora de todos estos males. Señor, pecador de mi, dezia Sancho Pança, que yo no soy Princesa, ni Cavallero, ni essa señora Maga q̃ dize, sino el negro de Sancho Pança su vezino, y antiguo escudero, marido de la buena Mari-Gutierrez, que yà V.m. tiene media viuda, desventurada de la madre que me pariò, y de quien me metiò aquì. Sacame aqui luego (añadia con mas colera Don Quixote) sana, y salva, y sin lision, ni detrimento alguno la Emperatriz que digo, q̃ despues quedarà tu vil, y superba persona à mi merced, dandote me primero por vencido. Si harè con todos los diablos, dixo Sancho, abrame la puerta, y meta la espada en la vayna primero, q̃ yo le traerè luego, no solamẽte todas las Princesas q̃ ay en el mundo, sino al mesmo Anàs, y Cayfàs, cada, y quando su merced los quiera. Embaynò Don Quixote con mucha pausa, y gravedad, quedando molido, y sudado de dàr cuchilladas en la pobre cama, cuyas mantas, y almohadas dexò hechas vna criba, y lo mesmo hiziera del pobre Sancho si pudiera alcançarle, el qual saliò de detràs de la cama descolorido, ronco, y lleno de lagrimas de miedo;

y hincandose de rodillas delante de Don Quixote, lo dixo: Yo me doy por vencido señor Cavallero andante, su merced mande perdonarme, que yo serè bueno todo lo restante de mi vida. Don Quixote le respondiò con vn verso latino que èl sabia, y repetia muchas vezes, diziendo: *Parcere prostratis, docuit nobis ira leonis.* Y tras èl, le dixo: Sobervio jayàn, aunque tu arrogancia no merecia clemencia alguna, à imitacion de aquellos Cavalleros, y Principes antiguos, à quien imito, y pienso imitar, te perdono, con presupuesto, que del todo dexes las mala obras passadas, y seas de aqui adelante amparo de pobres, y menesterosos, deshaziendo los tuertos, y agravios, que en el mundo con tanta sinrazon se hazen. Yo lo juro, y prometo, dixo Sancho, de her todo esso que me dize; pero digame, en lo de deshazer essos tuertos, ha de entrar tambien el licenciado Pedro Garcia, beneficiado del Toboso, que es tuerto de vn ojo, porque no me quisiera meter en cosas de nuestra Santa Madre la Iglesia? Levantò entonces Don Quixote à Sancho, diziendo: Què te parece amigo Sancho? Quien haze esto en vn aposento cerrado con vn hombre solo como tu, mejor lo hiziera en vna campaña con vn exercito de hombres, por bravos que fuessen. Lo que me parece, dixo Sancho, que si estas experiencias quiere her muchas vezes conmigo, que me echarè con la carga. Don Quixote le respondiò: No vès Sancho que todo era fingido, no mas de por darte à entender mi grande esfuerço en el combatir, destreza en el derribar, y maña en el acometer. Mal aya el puto de mi linage, replicò Sancho; pues por què me arrojava aquellas descomunales cuchilladas? Que sino fuera porque quando tirò vna, me encomendè al glorioso San Anton, me llevàra medias narizes, pues el ayre de la espada me passò zorriando por las orejas; essos ensayamientos quisiera yo que V.m. huviera hecho, quando aquellos pastores de marras, de aquellos dos exercitos de ovejas, le tiraron con las hondas aquellas lagrimas de Moysen, con que le derribaron la mitad de las muelas, y no conmigo; pero por ser la primera vez, passe, y mire lo que haze de aqui adelante, y perdone que me voy à comer. Esso no Sancho, dixo Don Quixote, desarmame, y quedate à comer conmigo, para que despues de comer tratemos de nuestra partida. Acetò facilmente el combite Sancho, y despues de comer le mandò que de casa de vn zapatero le truxesse dos, ò tres badanas grandes, para hazer vna fina adarga, la qual èl hizo con ciertos papelones, y engrudo, tan grande como vna rueda de hilar cañamo. Vendiò tambien dos tierras, y vna harto buena viña, y lo hizo todo dineros, para la jornada que pensava hazer. Hizo tambien vn buen lançon, con vn hierro ancho como la mano, y comprò vn jumento à Sancho Pança, en el qual llevava vna maleta pequeña, con algunas camisas suyas, y de Sancho, y el dinero, que seria mas de

trecientos ducados, de suerte, que Sancho con su jumento, y Don Quixote con rocinante, segun dize la nueva, y fiel historia, hizieron su tercera, y mas famosa salida del Argamesilla, por el fin de Agosto, del año que Dios sabe, sin que el Cura, ni el Barbero, ni otra persona alguna los echasse menos, hasta el dia siguiente de su salida.

CAPITULO IV.

COMO DON QUIXOTE DE LA Mancha, y Sancho Pança su escudero salieron tercera vez del Argamesilla de noche, y de lo que en el camino de esta tercera, y famosa salida le sucedió.

TRes horas antes que el rojo Apolo esparciesse sus rayos sobre la tierra, salieron de su lugar, el buen hidalgo Don Quixote, y Sancho Pança, el vno sobre su cavallo rocinante, armado de todas piças, y el murrion puesto en la cabeça con gentil talante, y postura, y Sancho con su jumento enalbardado, con vnas muy buenas alforjas encima, y vna maleta pequeña, en que llevavan la ropa blanca. Salidos del lugar, dixo Don Quixote à Sancho, yà vès Sancho mio como en nuestra salida todo se nos muestra favorable, pues como vès, la luna resplandece, y està clara, no hemos topado en lo que hasta aqui avemos andado, cosa de que podamos tomar mal aguero, tras que nadie nos ha sentido al salir; en fin, hasta aora todo nos viene à pedir de boca. Es verdad, dixo Sancho; pero temo que en hechandonos menos en el lugar, han de salir en nuestra busca el Cura, y el Barbero con otra gente, y topandonos, à pesar nuestro nos han de bolver à nuestras casas agarrados por los cabeçones, ò metidos en vna jaula, como el año passado; y si tal fuesse, pardiez que seria peor la cayda, que la recayda. O Barbero covarde, dixo Don Quixote, juro por el orden de cavalleria que recebì, que solo por esso que has dicho, y porque entiendas que no puede caber temor alguno en mi coraçon, estoy por bolver al lugar, y desafiar à singular batalla, no solamente al Cura, sino à quantos Curas, Vicarios, Sacristanes, Canonigos, Arcedianos, Deanes, Chantres, Racioneros, y Beneficiados tiene toda la Iglesia Romana, Griega, y Latina, y à todos quantos Barberos, Medicos, Cirujanos, y Albeytéres militan debaxo de la bandera de Esculapio, Galeno, Hypocrates, y Avicena. Es posible Sancho, que en tan poca opinion estoy acerca de ti, y que nunca has echado de vèr el valor de mi persona? Las invencibles fuerças de mi braço? La inaudita ligereza de mis pies? Y el vigor intrinseco de mi animo? Ossariate apostar (y esto es sin duda) que si me abriessen por medio, y sacassen el coraçon, que le hallarian como aquel de Alexandro Magno, de quien se dize, que le tenia lleno de vello, señal evi-

evidentisima de su gran virtud, y fortaleza; por tanto Sancho, de aqui adelante no pienses assombrarme, aunque me pongas delante mas Tigres que produce la Hircania, y mas Leones que sustenta la Africa, mas sierpes que habitan la Lybia, y mas exercitos que tuvo Cesar, Anibal, ò Xerxes; y quedèmos en esto por aora, que la verdad de todo veras en aquellas famosas justas de Zaragoça, donde aora vamos. Alli verás por vista de ojos lo que te digo; pero es menester Sancho para esto, en esta adarga que llevo (mejor que aquella de Fez, que pedia el bravo Moro Granadino, quando à vozes mandava que le ensillassen el potro rucio del Alcalde de los Velez) poner alguna letra, ò divisa, que denote la passion que lleva en el coraçon el Cavallero que la trae en su braço; y assi, quiero que en el primer lugar que llegaremos, vn pintor me pinte en ella dos hermosissimas donzellas, que estèn enamoradas de mi brio, y el Dios Cupido encima, que me estè assestando vna flecha, la qual yo reciba en el adarga, riendo de èl, y teniendolas en poco à ellas, con vna letra, que diga al derredor de la adarga.

El Cavallero desamorado.

Poniendo encima esta curiosa, aunque agena, de suerte, que estè entre mi, y entre Cupido, y las damas.

Sus flechas saca Cupido,
De las venas del Pyrù,
A los hombres dando el Cu,
Y à las damas dando el pido.

Y què avemos de her, dixo Sancho, nosotros con essa Cu, es alguna joya de las que avemos de traer de las justas? No, replicò Don Quixote, que aquel Cu, es vn plumaje de dos relevadas plumas, que suelen ponerse algunos sobre la cabeça, à vezes de oro, à vezes de plata, y à vezes de la madera que haze Diafano encerrado à las linternas, llegando vnos con dichas plumas hasta el signo Aries, otros al de Capricornio, y otros se fortifican en el Castillo de San Cervantes. Par diez, dixo Sancho, que yà que yo me huviesse de poner essas plumas, me las avia de poner de oro, ò de plata. No te convienen à ti, dixo Don Quixote, essos dixes, que tienes la muger buena (bristiana, y fea. No importa esso, dixo Sancho, que de noche todos los gatos son pardos, y à falta de colcha, no es mala manta. Dexèmos esso, replicò Don Quixote, porque delante de nosotros tenemos yà vno de los mejores Castillos, que ha duras penas se podràn hallar en todo los Paises altos, y baxos, y Estados de Milàn, y Lombardìa, (esto dixo por vna venta, que vn quarto de legua lexos se divisava) respondiò Sancho: en buena fe que me huelgo, porque aquello que V.m. llama Castillo, es vna venta, para la qual, pues yà el Sol se và poniendo, serà bueno que enderecèmos el camino para passar en ella la noche muy à nuestro plazer, que mañana proseguirèmos nuestro viaje. Porfiava D. Quixote en que era Castillo, y Sancho en que era venta. Acertaron en es-

so à passar dos caminantes à pie, los quales maravillados de ver la figura de Don Quixote, armado de todas piezas, y con morrion, haziendo el calor que hazia, que no era poco, se detuvieron mirandole, à los quales se llegò Don Quixote, diziendo: Valerosos Cavalleros, à quien algun sobervio jayàn contra todo orden de cavalleria, haziendo batalla con vosotros ha quitado los cayallos, y alguna fermosa donzella, que en vuestra compañia traìades, hija de algun Principe, ò Señor de estos Reynos, la qual avia de ser casada con vn hijo de vn Conde, q̃ aunq̃ mozo, es valeroso Cavallero por su persona, fablad, y dezidme punto por pũto vuestra cuyta, que aqui està en vuestra presencia el Cavallero desamorado, si nunca le oìstes nombrar, (que si abreis, pues tan conocido es p. r sus fazañas) el qual os juro por las ingratitudes de la Infanta Dulcinea del Toboso, causa total de mi desamor, de vos fazer tambien vengados, y tan à vuestro sabor, que digais que en buen dia la fortuna os ha ofrecido en este camino, quien vos desfaga el tuerto que se os ha fecho. Los dos caminantes no supieron que les responder, sino mirandose el vno al otro, le dixeron: Señor Cavallero nosotros con ningun sobervio jayàn hemos peleado, ni tenèmos cavallos, ni donzellas que se nos ayan quitado; pero si su merced habla de vna batalla que avemos tenido alli debaxo de aquellos arboles, con cierto numero de gente, que nos daba harto fastidio en el cuello del jubon, y pliegues de los calçones, yà hemos avido cumplida vitoria de semejante gente, y sino es que alguno se nos aya escapado por entre los bosques de los remiendos, todos los mas han sido muertos por el Conde de Viñate. Antes que respondiesse Don Quixote, saliò Sancho, diziendo: Digan nos señores caminantes, aquella casa que alli se vè es venta, ò Castillo? Replicò Don Quixote: Majadero insensato no vès desde aqui los altos chapiteles, la famosa puente llevadiza, y los dos muy fieros Grifos que defienden su entrada à aquellos que contra la voluntad del Castellana pretenden entrar dentro. Los caminantes dixeron: Si V. m. es servido señor Cavallero armado, aquella es la venta que llaman del ahorcado, desde que junto à ella ahorcaron aora vn año al ventero, porque matò à vn huesped, y le robò lo que tenia. Aora, pues, andad en hora mala, dixo Don Quixote, que ello serà lo que yo digo, à pesar de todo el mundo. Los caminantes se fueron muy maravillados de la locura del Cavallero, y Don Quixote yà que llegavan à tiro de arcabuz de la venta, dixo à Sancho: Conviene mucho Sancho, para que en todo cumplamos con el orden de cavalleria, y vamos por el camino que la verdadera milicia enseña, que tu vayas delante, y te llegues à aquel Castillo, como si fuesses verdadera espia, y adviertas en èl con mucho cuydado la anchura, altura, y profundidad del fosso, la disposicion de las puertas, y puen-

tes

tes levadizas, los torreones, plataformas, estradas encubiertas, diques, contradiques, trincheas, rastrillos, garitas, plaças, y cuerpos de guardia que ay en el artilleria que tienen los de dentro, què bastimentos, y para quantos años, què municiones, si tienen agua en las cisternas; y finalmente, quantos, y què tales son los que tan gran fortaleza defienden. Cuerpo de quien me pariò, dixo Sancho, esto es lo que me agota la paciencia en estas aventuras, ò desventuras que andamos buscando por nuestros pecados, tenemos la venta aqui al ojo, donde podemos entrar sin embaraço ninguno, y cenar con nuestros dineros muy à nuestro plazer, sin tener batalla, ni pendencia con nadie, y quiere V.m. que yo vaya à reconocer puentes, y fossos, y estrañas cubiertas, ò como diablos llama essa letania que ha nombrado, adonde salga el ventero viendome andar al rededor de la casa, midiendo las paredes, con algun garrote, y me muela las costillas, pensando que le voy à hurtar por los trascorrales las gallinas, ò otra cosa. Vamos por vida suya, que yo salgo por fiador à todo aquello que nos puede suceder, sino es que nosotros mismos nos tomemos las pendencias con las manos. Bien parece Sancho, dixo Don Quixote, que no sabes lo que à la buena espìa toca de hazer, pues porque lo sepas, entiende, que lo primero ha de ser fiel, que si es espìa doble, dando aviso à vna parte, y à otra de lo que passa, es muy perjudicial al exercito, y digno de qualquier castigo. Lo segundo, ha de ser diligente, avisando con presteza de todo lo que ha oìdo, y visto en los contrarios, pues por venir tarde el aviso, se suele à vezes perder todo vn campo. Lo tercero, ha de ser secreta, de tal manera, que à persona nacida, aunque sea grande amigo, ò camarada, no ha de dezir el secreto que trae en su pecho, sino es al proprio General en persona. Por tanto Sancho vè al momento, y haz lo que te digo sin replica alguna, que bien sabes, y has leìdo, que vna de las cosas por donde los Españoles son la nacion mas temida, y estimada en el mundo, fuera de su valor, y fortaleza, es por la prompta obediencia que tienen à sus superiores en la milicia, esta los haze victoriosos casi en todas las ocasiones, esta desmaya al enemigo, esta dà animo à los covardes, y temerosos; y finalmente, por esta los Reyes de España han alcançado el venir à ser señores de todo el Orbe, porque siendo obedientes los inferiores à los superiores, con buen orden, y concierto se hazen firmes, y estables, y dificultosamente son rompidos, y desbaratados, como vemos lo son con facilidad muchas naciones, por faltarles esta obediencia, que es la llave de todo suceso prospero en la guerra, y en la paz. Aora bien, dixo Sancho, no quiero mas replicar, pues nunca acabariamos, V. m. se venga tras mi poco à poco, que yo voy con mi jumento à her lo que me manda, y sino ay nada de lo que V.m. me di-

ze,

ze, podrèmos quedar alli, porque à fe que me zorrian yà las tripas de pura hambre. Dios te dè ventura en lides, dixo Don Quixote, para que en esta empressa que aora vas, falgas con mucha honra, y alcances por los Maeses de Campo, ò Generales de algun exercito, alguna ventaja honrosa para todos los dias de tu vida, y mi bendicion, y la de Dios te alcance; y mira, que no te olvides de lo que te he dicho, deve hazer la buena espia. Començò Sancho à harrear su asno, de tal manera, que llegò brevemente à la venta, y como vio que no avia fossos, puentes, ni chapiteles, como su amo dezia rióse mucho entre sì, diziendo: Sin duda que todos los torreones, y fossos que mi amo dezia que avia en esta venta, los deve èl tener metidos en la cabeça, porque yo no veo aqui sino solo vna casa con vn corralazo, y es sin duda venta como yo dixe. Acercòse à la puerta de ella, y preguntò al ventero si avia posada, dixole que si, con que baxò luego de su asno, y diò al ventero la maleta, para que le diesse cuenta de ella quando se la pidiesse, tras lo qual le preguntò si avia que cenar; y respondiendole el ventero que avia vna muy buena olla de baca, carnero, y tocino, con muy lindas verças, y vn conejo āsado. Diò dos saltos de contento en oìr nombrar aquella devota olla el buen Sancho, pidiò al punto cebada, y paja para su jumento, y llevòle con esta provision à la cavalleriza, y mientras estava ocupado en ella en darsela, llegò Don Quixote cerca de la venta sobre su rocin, con la figura yà dicha. El ventero, y otros quatro, ò cinco que estavan con èl à la puerta, se maravillaron infinito de vèr semejante estantigua, y esperaron a vèr lo que haria, ò diria. Llegò èl, sin hablar palabra, à dos picas de la puerta, y mirando de medio lado, y con grave continente à la gente que en ella estava, passò sin hablar palabra, y diò vna buelta al rededor de toda la venta, mirandola por arriba, y por abaxo, y à vezes midiendo con el lançon la tierra desde la pared por defuera, y aviendo dado la buelta, se puso otra vez delante la puerta, y con vna voz arrogante, puesto de pies sobre los estribos, començò à dezir. Castellano de esta fortaleza, y vosotros Cavalleros, que para defenderla con todos los soldados que dentro estàn atalayais, puestos en perpetua centinela dias, y noches, invierno, y verano con intolerables frios, y fastidiosos calores, los enemigos que os vienen à dàr assaltos, y à hazer salir en campaña a provar ventura, dadme luego aqui sin replica alguna, vn escudero mio, que como falsos, y alebosos contra todo orden de cavalleria aveis prendido, sin hazer batalla primero con èl, que yo sè por experiencia que èl es tal por su persona, que à hazerlo, no tenia para empeçar en diez de vosotros; y pues estoy certificado de que le prendistes como alevosos, con la fuerça del encantamiento de la vieja Maga que dentro teneis, ò por traycion, demasiado de comedimiento os hago en pediroslo, con el termino

mino que os le pido. Bolvedmele digo otra vez al punto, si quereis quedar con las vidas, y escusar de que no os passe à todos con los filos de mi espada, y deshaga este Castillo, sin dexar en él piedra sobre piedra: ea entregadmelo luego (dezia levantando la voz con mas colera) aqui sano, salvo, y sin lesion alguna, juntamente con todos los Cavalleros, donzellas, y escuderos, que en vuestras escuras mazmorras con crueldad inhumana teneis presos; y sino salid todos juntos, no desarmados como aora os veo, sino con vuestros preciados cavallos, puestas vuestras coraças fuertes, y vuestras blandeadoras lanças de recio fresno, que à todos os espero aqui: y con esto tirava à cada passo à rocinante de las riendas àzia atras, porque se fatigava mucho por entrar en la venta, que tambien tenia picado el molino como Sancho Pança. El ventero, y los demàs maravillados de las razones de Don Quixote, y viendo que la lança baxa les desafiava à batalla, llamandoles gallinas, y cobardes, haziendo piernas en su cavallo. Llegaronse à él, y dixole el ventero: Señor Cavallero, aqui no ay castillo, ni fortaleza, y si alguna ay es la del vino, que es tan bravo, y fuerte, que basta no solamente para derribar, sino para hazer dezir mucho mas de lo que V.m. nos ha dicho; y assi dezimos, y respondemos todos en mi, y yo por todos, que aqui no ha venido escudero alguno de V. m. si quiere posada entre, que le darèmos buena cena, y mejor cama, y aun si fuere menester, no faltarà vna moça Gallega que le quite los zapatos, que aunque tiene las tetas grandes, es yà cerrada de años, y como V. m. no cierre la bolsa, no aya miedo que ella cierre los braços, ni dexe de recebirle en ellos. Por el orden de cavalleria que professa, replicò Don Quixote, que si como digo no me dais el escudero, y aquessa Princesa Gallega que dezis, que aveis de morir la mas abatida muerte que vuestros andantes ayan muerto en el mundo. Al ruido salió Sancho, diziendo: Señor Don Quixote bien puede entrar, que al punto que yo llegué se dieron todos por vencidos; baxe, baxe, que todos son amigos, y avemos echado pelillos à la mar; y nos estan aguardando con vna muy gentil olla de vaca, tocino, cornero, nabos, y verças, que està diziendo comeme, comeme. Como Don Quixote viò à Sancho tan alegre, le dixo: Dime por Dios Sancho amigo, si esta gente te ha hecho algun tuerto, ò desaguisado, que aqui estoy como vès à punto de pelear. Señor, dixo Sancho, ninguno de esta casa me ha hecho tuerto, que como V.m. vè los dos ojos que tengo sanos, y buenos que saquè del vientre de mi madre, ni tampoco me han hecho desaguisado, antes tienen guisada vna olla, y vn conejo, tal, que el mismo Juan de espera en Dios la puede comer. Pues toma Sancho, dixo Don Quixote, esta adarga, y tenme del estribo mientras me apeo, que me parece esta gente de buena condicion, aunque pa-

pagana. Y como si es pagana, respondiò Sancho, pues en pagando tres reales y medio serèmos señores disolutos de aquella grasissima olla. Baxò en esto del cavallo, y Sancho le llevò à la cavalleriza con su jumento. El ventero dixo à Don Quixote que se desarmasse, que en parte segura estava, donde pagando la cena, y cama no abria pendencia alguna; pero èl no lo quiso hazer, diziendo, que entre gente pagana, no era menester fiarse de todos. Llegò en esto Sancho, y pudo acabar con èl à puros ruegos se quitasse el morrion, tras lo qual le puso delante vna mesa pequeña con sus manteles, y dixo al ventero que truxesse luego la olla, y el conejo asado, lo qual traìdo en vn punto; de todo lo qual cenò harto poco Don Quixote, pues lo mas de la cena se le fue en hazer discursos, y visages; pero Sancho sacò de verguença à su amo, pues à dos carrillos se comiò todo lo que quedava de la olla, y conejo, con la ayuda de vn gentil azumbre de lo de yepes; de suerte, que se puso hecho vna trompa. Alçada la mesa llevò el ventero à Don Quixote, y à Sancho à vn razonable aposento para acostarse; y despues que Sancho le huvo desarmado, se fue à echar el segundo pienso à rocinante, y à su jumento, y à llevarles à la agua. Mientras, pues, que Sancho andava en estos bestiales exercicios, llegò vna moza Gallega (que por ser muy cortès era facil en el prometer, y mucho mas en el cumplir) y dixo à Don Quixote: Buenas noches tenga V.m. señor Cavallero, manda algo en su servicio, que aunque negras no tiznamos, gusta V.m. le quite las botas, ò le limpie los zapatos, ò que me quede aqui esta noche, por si algo se le ofreciere, que por el siglo de mi madre, que me parece averle visto aqui otra vez, y aunque en su cara, y figura me parece à otro que yo quise harto; pero agua passada no muele molino, dexòme, y dexèle libre como el cuchillo, no soy yo muger de todos como otras disolutas. Donzella; pero recogida, muger de bien, y criada de vn ventero honrado, y engañòme vn traydor de vn Capitan que me sacò de mi casa, dandome palabra de casamiento, fuesse à Italia, y dexòme perdida como V.m. vè, llevòme todas mis ropas, y joyas, que de casa de mi padre avia sacado. Començò la moza à llorar tras esto, y dezir: Ay de mi, ay de mi, huerfana, y sola, y sin remedio alguno sino del Cielo, ay de mi; y si Dios deparasse quien à aquel vellaco diesse de puñaladas, vengandome de tantos agravios como me ha hecho. Don Quixote que oyò llorar aquella moza, como era compassivo de suyo, le dixo: Cierto fermosa donzella, que vuestras dolorosas cuytas, de tal manera han ferido mi corazon, que con ser para las lides de azero, vos me le avedes tornado de cera; y assi, por el orden de cavalleria, os juro, y prometo como verdadero Cavallero andante, cuyo oficio es desfazer semejantes tuertos, de no comer pan en manteles, nin con la Reyna folgare, nin peynarme barba, ò cabello, nin

nin cortarme las vñas de los pies, ni de las manos, y aun de non entrar en poblado, passadas las justas donde agora voy à Zaragoça, fasta fazeros bien vengada de aquesse desleal Cavallero, ò Capitan tan à vuestro sabor, que digais que Dios vos ha topado con vn verdadero desfazedor de agravios; dadme doncella mia essa mano, que yo vos la doy de Cavallero, de cumplir quanto digo, y mañana en esse dia subid sobre vuestro preciado palafren, puesto vuestro velo delante de vuestros ojos, sola, ò con vuestro enano, que yo vos seguirè, y aun podria ser en las justas reales donde agora voy à defender con los filos de mi espada contra todo el mundo vuestra fermosura, y despues faceros Reyna de algun estraño Reyno, ò Isla, adonde seais casada con algun Principe poderoso; por tanto, idos agora à acostar, y reposad en vuestro blando lecho, y fiad de mi palabra que no puede faltar. La disoluta mozuela que se viò despedir de aquella manera contra la esperança que ella tenia de dormir con Don Quixote, y que le daria tres, ò quatro reales, se puso muy triste con tan resoluta respuesta, tras tan prolija arêga; y assi le dixo: Yo por agora señor no puedo salir de mi casa por cierto inconveniente, lo que à V.m. suplico si alguno me piensa hazer, es, se sirva de prestarme hasta mañana dos reales, que los he mucho menester, porque fregando ayer quebrè dos platos de Talavera; y sino los pago, me darà mi amo dos dozenas de palos muy bien dados. Quien à vos os tocare, dixo Don Quixote, me tocarà à mi en las niñas de los ojos, y yo solo serè bastante para desafiar à singular batalla, no solamente à esse vuestro amo que dezis, sino à quantos amos oy goviernan castillos, y fortalezas. Andad, y acostadvos sin temor, que aqui està mi braço, que faltarvos non puede. Assi lo tengo yo creìdo, dixo la moza, y mire si me haze merced de essos dos reales agora, que aqui estoy para lo que V.m. mandare. Don Quixote no entendia la musica de la Gallega, y assi le dixo: Señora Infanta, no digo yo los dos reales que me pedis, sino dozientos ducados os quiero dàr luego à la hora. La moza que sabia que quien mucho abraza poco aprieta, y que mas vale pajaro en mano, que buytre bolando, se llegò à èl para abrazarle, por vèr si por alli le podia sacar los dos reales que le avia pedido; pero Don Quixote se levantò, diziendo: Muy pocos Cavalleros andantes hè visto, ni leìdo, que puestos en semejantes trances, qual este en que yo me veo, hayan caìdo en deshonestidad alguna, y assi, ni yo tampoco imitandoles à estos pienso caer en ella. Començò tras esto à llamar à Sancho, diziendo: Sancho, Sancho, sube, y traeme essa maleta. Subiò Sancho (que avia estado hasta entonces ocupado en vna grande platica con el ventero, y los huespedes, alabandole la singular fortaleza de su señor, echando de la gloriosa como estava tan relleno con la olla podrida que avia cenado) subiens

biendo juntamente la maleta; y dixole Don Quixote: Sancho abre essa maleta, y dale à esta señora Infanta à buena cuenta dozientos ducados, de essos que ay traemos, que en haziendola vengada de cierto agravio que contra su voluntad le han fecho, ella te dará no solamente esso; pero muchas, y muy ricas joyas, que vn descortès Cavallero à pesar suyo la ha robado. Sancho que oyò el mandato, le respondiò colerico: Como dozientos ducados, por los huessos de mis padres, y aun de mis aguelos, los puedo yo dàr, como dar agora vna testarada en el Cielo; mirese la muy zurrada, hija de otra, no es ella la que denantes me dixo en la cavalleriza, que si queria dormir con ella, que como le diesse ocho quartos estava alli para herme toda merced; pues à fe, que si la agarro por los cabellos, que ha de saltar de vn brinco las escaleras. Como la pobre Gallega viò tan enojado à Sancho, le dixo: Hermano, vuestro señor ha mandado que me deis dos reales, que ni pido, ni quiero los dozientos ducados, que bien veo que este señor lo dize por hazer burla de mi. Estava en esto Don Quixote, maravillado de vèr lo que Sancho dezia, y assi le dixo: Haz Sancho luego lo que te digo, dale luego los dozientos ducados, y si mas te pidiere dale mas. que mañana irèmos con ella hasta su tierra, donde serèmos cumplidamente pagados. Aora sus, dixo Sancho, baxe acà baxo señora, assi señora seais de la mala perra que os pariò, y agarrando de la maleta baxò la moza delante de el, y diòle quatro quartos, diziendo: Por las armas del Gigante Golias, que si dezis à mi amo que no os he dado los dozientos ducados, que os tengo de hazer mas tajadas que ay puntos en la albarda de mi asno. Señor, dixo la Gallega, deme essos quatro quartos, que con ellos quedo contentissima. Sancho se los diò, diziendo: Y aun pagada queda la muy zurrada de lo que no ha trabajado, y el ventero en esto llamò à Sancho, para que se acostasse en vna cama que de dos jalmas le avia hecho, y Sancho lo hizo echando su maleta por cabecerà, con que durmiò aquella noche muy de repapo.

CAPITULO V.

DE LA REPENTINA PENdencia, que à nuestro Don Quixote se le ofreciò con el huesped al salir de la venta.

LLegada la mañana, Sancho echò de comer à rocinante, y à su jumento, y hizo poner à asar vn razonable pedazo de carnero, sino es que fuesse de su madre, que de la virtud del ventero todo se podia presumir; y tras esto se fue à despertar à Don Quixote, el qual en toda la noche no avia podido pegar los ojos, sino al amanecer vn poco, desvelado con las trazas de sus negras jullas, que le sacavan de juizio, y mas aquella noche, que avia imagi-

nado

nado defender la hermosura de la Gallega, contra todos los Cavalleros estrangeros, y naturales, y llevarla al Reyno, ò Provincia de donde imaginava que era Reyna, ò señora. Despertò Don Quixote despavorido à las vozes que diò Sancho, diziendo: Date por vencido, ò valiente Cavallero, y confiessa la hermosura de la Princesa Gallega, la qual es tan grande, que ni Policena, Porcia, Albana, ni Dido fueran dignas si vivieran de descalçarle su muy justo, y pequeño zapato. Señor, dixo Sancho, la Gallega està muy contenta, y bien pagada, que ya yo le he dado los dozientos ducados que V.m. me mandò, y dize que besa à V.m. las manos, y que la mande, que alli està pintipintada para helle toda merced. Pues dile Sancho, dixo Don Quixote, que apareje su preciado palafren, mientras yo me visto, y armo para que partamos. Baxò Sancho, y lo que primero hizo, fue, ir à ver si estava aderezado el almuerço, ensillò à rocinante, y enalbardò à su jumento, poniendo à punto el adarga, y lançon de Don Quixote, el qual baxò muy de espacio con sus armas en la mano, y dixo à Sancho que le armasse, porque queria partir luego. Sancho le dixo que almorçasse, que despues se podria armar, lo qual èl no quiso hazer en ninguna manera, ni quiso tampoco sentarse à la mesa, porque dixo que no podia comer en manteles hasta acabar cierta aventura que avia prometido; y assi, comiò en pie quatro bocados de pan, y vn poco de carnero asado, y luego subiò en su cavallo con gentil continente, y dixo al ventero, y à los demàs huespedes que alli estayan: Castellano, y Cavalleros, mirad si de presente se os ofrece alguna cosa en que yo os sea de provecho, que aqui estoy prompto, y aparejado para serviros. El ventero respondiò: Señor Cavallero, aqui no avemos menester cosa alguna, salvo que V.m. ò este labrador que consigo trae me paguen la cena, cama, paja, y cevada, y vayanse tras esto muy en hora buena. Amigo, dixo Don Quixote, yo no he visto en libro alguno que aya leìdo, que quando algun Castellano, ò Señor de fortaleza merece por su buena dicha hospedar en su casa algun Cavallero andante, le pida dinero por la posada; pero pues vos, dexando el honroso nombre de Castellano, os hazeis ventero, yo soy contento que os paguen, mirad quanto es lo que os devemos. Dixo el ventero, que se le devian catorce reales, y quatro quartos. De vos hiziera yo essos, por la desverguença de la quenta (replicò Don Quixote) si me estuviera bien; pero no quiero emplear tan mal mi valor: y bolviendose à Sancho le mandò se los pagasse. A la que bolviò la cabeça para dezirselo, viò junto al ventero à la moza Gallega, que estava con la escoba en la mano para barrer el patio, y dixola con mucha cortesia: Soberana señora, yo estoy dispuesto para cumplir todo aquello que la noche passada vòs he prometido, y sereis sin duda alguna muy presto colocada

en

en vuestro precioso Reyno, que no es justo que vna Infanta como vos ande assi de essa suerte, y tan mal vestida como estais, y barriendo las ventas de gente tan infame como esta es; por tanto, subid luego en vuestro vistoso palafren, y si acaso por la buelta que ha dado la enemiga fortuna no le teneis, subid en este jumento de Sancho Pança mi fiel escudero, venios conmigo a la Ciudad de Zaragoça, que alli despues de las justas defenderè contra todo el mundo vuestra estremada fermosura, poniendo vna rica tienda enmedio de la plaça, y junto à ella vn cartel, junto el cartel vn pequeño, aunque bien rico tablado, con vn precioso sitial, adonde vos esteis vestida de riquissimas vestiduras, mientras yo peleare contra muchos Cavalleros, que por ganar las voluntades de sus amantes damas, vendràn alli con infinitas cifras, y motes, que declararàn bien la passion que traeràn en sus fogosos corazones, y el deseo de venceme, aunque les serà dificultosa empressa (por no dezir imposible) emprender, ganar la presa, y honra que yo les ganarè con facilidad, amparado de vuestra beldad; y assi, digo señora, que dexando todas las cosas, os vengais luego conmigo. El ventero, y los demàs huespedes, que semejantes razones oyeron à Don Quixote, le tuvieron totalmente por loco, y se rieron de oìr llamar à su Gallega Princesa, y Infanta; con todo el ventero se bolviò à su moza colerico, diziendola: Yo os boto à tal doña puta desvergonçada, que os tengo de hazer que se os acuerde el concierto que con este loco aveis hecho, que ya yo os entiendo; assi me agradeceis el averos sacado de la puteria de Alcalà, y averos traìdo aqui à mi casa, donde estais honrada, y averos comprado essa sayuela que me costò diez y seis reales, y los zapatos tres y medio, tras que estava de oy para mañana, para compraros vna camisa, viendo no teneis andrajo de ella; pero no me la haga yo en bacin de Barbero, fino me la pagarades todo junto, y despues os tengo de embiar como vos mereceis, con vn espigon (como dizen) en el rabo, aver si hallareis que nadie os haga el bien, que yo en esta venta os he hecho. Andad aora en hora mala vellaca à fregar los platos, que despues nos verèmos; y diziendo esto alçò la mano, y diòla vna bofetada, con tres, ò quatro cozes en las costillas, de suerte, que la hizo ir tropezando, y medio cayendo. O santo Dios, y quien pudiera en esta hora notar la inflamada ira, y encendida colera que en el corazon de nuestro Cavallero entrò. No ay aspid pisado con mayor rabia, que la con que èl puso mano à su espada, levantandose bien sobre los estrivos, de los quales, con voz sobervia, y arrogante, dixo: O sandio, y vil Cavallero, assi has ferido en el rostro à vna de las mas fermosas fembras, que à duras penas en todo el mundo se podrà fallar; pero no querrà el Cielo que tan grande follonia, y sandez quede sin castigo. Arrojò en esto vna terrible cuchillada al ventero, y diòle con toda su fuerça sobre la cabe-

ça, de suerte, que à no torcer vn poco la mano Don Quixote, lo passara sin duda mal; pero con todo esso le descalabrò muy bien. Alborotaronse todos los de la venta, y cada vno tomò las armas que mas cerca de sì hallò. El ventero entrò en la cocina, y sacò vn assador de tres ganchos bien grande, y su muger vn medio chuzo de viñadero. Don Quixote bolviò las riendas à rocinante, diziendo à grandes vozes: Guerra, guerra. La venta estava en vna cuestecilla, y luego à tiro de piedra avia vn prado bien grande, enmedio del qual se puso Don Quixote, haziendo gambetas con su cavallo, la espada desnuda en la mano, porque Sancho tenia la adarga, y lançon, al qual luego que viò todo el caldo rebuelto, se le representò que avia de ser segunda vez manteado, y assi peleava quanto podia por sossegar la gente, y aplacar aquella pendencia; pero el ventero como se sintiò descalabrado, estava hecho vn leon, y pedia muy aprisa su escopeta, y sin duda fuera, y matara con ella à Don Quixote, si el Cielo no le tuviera guardado para mayores trances. Estorvòlo la muger, y los huespedes con Sancho; diziendo, que aquel hombre era falto de juizio, y pues la herida era poca, que le dexasse ir con todos los diablos. Con esto se sossegò, y Sancho, escusandose que no tenia culpa de lo sucedido, se despidiò de ellos muy cortesmente, y se fue para su amo, llevando al jumento del cabestro, y la adarga, y lançon; llegando à D. Quixote, le dixo: Es posible señor, que por vna moça de soldada peor que la de Pilatos, Anas, y Cayfas, que està hecha vna picara, quiere V.m. que nos veamos en tanta rebuelta, que casi nos costàra el pellejo, pues queria venir el ventero con su escopeta à tirarle, y à hazerlo, sobre mi, que no le defendieran sus armas de plata, aunque estuvieran aforradas en terciopelo. O Sancho, dixo Don Quixote, quanta gente es la que viene? Viene vn esquadron volante, ò viene por tercios? Quanta es la artilleria, còrazas, y morriones que traen, y quantas compañias de flecheros? Los soldados son viejos, ò visoños? Estan bien pagados? Ay hambre, ò peste en el exercito? Quantos son los Alemanes, Tudescos, Franceses, Españoles, Italianos, y Esguizaros? Como se llaman los Generales, Maeses de Campo, Prebostes, y Capitanes de campaña? Presto Sancho, presto dilo, que importa, para que conforme à la gente, hagamos en este grande prado trincheas, fossos, contrafossos, revellines, plataformas, bastiones, estacadas, mantas, y reparos, para que dentro les echemos naranjas, y bombas de fuego, disparando todos à vn tiempo nuestra artilleria, y primero las pieças que estàn llenas de clavos, y medias balas, porque estas hazen grande efecto al primero impetu, y assalto. Respondiò Sancho: Señor aqui no ay peto, ni salto, pecador de mi, ni ay exercitos de Turquescos, ni Animales, ni borricadas, ni bestrones, bestias si que lo serèmos nosotros, sino nos vamos al punto.

Tome ſu adarga, y lança, que quiero ſubir en mi aſno; y pues nueſtra Señora de las dolores nos ha librado de los que nos podian cauſar los palos, que tambien merecidos teniamos en eſta venta, huyamos de ella, como de la ballena de Jonàs, que no le faltaràn à V. m. por eſſos mundos otras aventuras mas faciles de vencer que eſta. Calla Sancho, dixo Don Quixote, que ſi me vèn huir diràn que ſoy vn gallina covarde; pues pardiez, replicò Sancho, que aunque digan que ſomos gallinas, capones, ò fayſanes, que por eſta vèz que nos tenemos de ir, arre acà ſeñor jumento. Don Quixote que viò reſuelto à Sancho, no quiſo contradezirle mas, antes començò à caminar tras èl, diziendo: Por cierto Sancho, que lo emos errado mucho en no bolver à la venta, y retar à todos aquellos por traydores, y alevoſos, pues lo ſon verdaderamente, dandoles deſpues de eſto à todos la muerte, porque tan vil canalla, y tan ſoez, no es bien viva ſobre la haz de la tierra, pues quedando còmo vès quedan vivos, mañana diràn que no tuvimos animo para acometellos, coſa que ſentirè à par de muerte ſe diga de mi. En fin Sancho, noſotros avemos ſido en bolvernos grandiſsimos borrachos. Borrachos ſeñor, reſpondiò Sancho, borrachos ſeamos delante de Dios, que para lo de eſte mundo, ello hemos hecho lo que toca à nueſtras fuerças; por tanto, caminemos antes que entre mas el Sol, que dexa V. m. bien caſtigados todos los de la venta.

CAPITULO VI.

DE LA NO MENOS ESTRAÑA, que peligroſa batalla, que nueſtro Cavallero tuvo con vna guarda de vn melonar, que èl penſava ſer Roldàn el furioſo.

CAminaron la via de Zaragoça el buen hidalgo Don Quixote, y Sancho Pança ſu eſcudero, y anduvieron ſeis dias ſin que les ſucedieſſe en ellos coſa de notable conſideracion, ſolo que por todos los lugares que paſſavan, eran en eſtremo notados, y en qualquiera parte davan harto que reir las ſimplicidades de Sancho Pança, y las quimeras de Don Quixote, porque ſe ofreciò en Ariza hazer èl proprio vn cartel, y fixarle en vna poſte de la plaça, diziendo, que qualquier Cavallero natural, ò andante, que dixeſſe que las mugeres merecian ſer amadas de los Cavalleros mentia, como èl ſolo ſe lo haria confeſſar vno à vno, ò diez à diez; bien, que merecian ſer defendidas, y amparadas en ſus cuytas, como lo manda el orden de Cavalleria; pero que en lo demàs, que ſe ſirvieſſen los hombres de ellas para la generacion, con el vinculo del ſanto Matrimonio, ſin màs arrequives de feſteos; pues deſengañavan bien de quan gran locura era lo contrario, las ingratitudes de la infanta Dulcinea del Toboſo, y luego firmava al pie del cartel. El Cavallero deſamorado. Tras eſte paſſaron otros

otros tan apacibles, y mas estraños cuentos en los demàs lugares del camino, hasta que sucediò, que llegando èl, y Sancho cerca de Calatayud, en vn lugar que llaman Ateca, à tiro de mosquete de la tierra, yendo platicando los dos sobre lo que pensava hazer en las justas de Zaragoça, y como desde alli pensava dàr la buelta à la Corte del Rey, y dar en ella à conocer el valor de su persona; bolviò la cabeça, y viò enmedio de vn melonar vna cabaña, y junto à ella vn hombre que la estava guardando, con vn lançon en la mano. Detuvose vn poco mirandole de hito à hito, y despues de aver hecho en su fantasia vn desvariado discurso, dixo: Detente Sancho, detente, que si yo no me engaño, esta es vna de las mas estrañas, y nunca vistas aventuras, que en los dias de tu vida ayas visto, ni oìdo dezir; porque aquel que alli vès con la lança, ò venablo en la mano, es sin duda el señor de Anglante Orlando el furioso, que como se dize en el autentico, y verdadero libro, que llaman Espejo de Cavallerias, fue encantado por vn moro, y llevado à que guardasse, y defendiesse la entrada de cierto castillo, por ser èl el Cavallero de mayores fuerças del vniverso, encantandole el moro de suerte, que por ninguna parte puede ser ferido, ni muerto, sino es por la planta del pie. Este es aquel furioso Roldàn, que de rabia, y enojo, porque vn moro de Agramante llamado Medoro le robò Angelica la bella, se tornò loco, arrancando los arboles de rayz, y aun se dize por muy cierto (cosa que yo la creo rebien de sus fuerças) que asiò de vna pierna à vna yegua, sobre quien iba vn desdichado pastor, y bolteandola sobre el braço derecho la arrojò de sì dos leguas, con otras cosas estrañas semejantes à esta, que alli se cuenta por muy estenso, donde las podràs tu leer. Assì que Sancho mio, yo estoy resuelto de no passar adelante, hasta provar con èl la ventura; y si fuere tal la mia, (que si serà, segun el esfuerço de mi persona, y ligereza de mi cavallo) que yo le venciere, y matare, todas las glorias, victorias, y buenos sucessos que tuvo, seràn sin duda mios, y à mi solo se atribuyràn todas las fazañas, vencimientos, muertes de gigantes, desquixaramientos de leones, y rompimientos de exercitos, que por sola su persona hizo; y si èl echò (como se cuenta por verdad) la yegua con el pastor dos leguas, dirà todo el mundo, que quien venciò à este que tal hazia, bien podrà arrojar à otro pastor como aquel à quatro leguas, con esto serè nombrado por el mundo, y serà temido mi nombre; y finalmente, sabiendolo el Rey de España me embiarà à llamar, y me preguntarà punto por punto: como fue la batalla, què golpes le dì, con què ardides le derribè, y con què estratagemas le falsee, las tretas para que diessen en vazio; y finalmente, como le dì la muerte por la planta del pie con vn alfiler de à blanca. Informado su Magestad de todo, y dandote à ti por testigo ocular, serè sin duda creìdo, y llevando, co-

mo llevarèmos la cabeça en essas alforjas, el Rey la mirara, y dirà: Ha Roldan, Roldan, y como siendo vos la cabeça de los doze Pares de Francia, aveis hallado vuestro par; no os valiò, ò fuerte Cavallero, vuestro encantamiento, ni el aver rompido de sola vna cuchillada vna grandissima peña. O Roldan, Roldan, y como de oy mas se lleva la gala, y fama el invicto Manchego, y gran Español Don Quixote. Assi que Sancho, no te muevas de aqui hasta que yo aya dado cabo, y cima à esta dudosa aventura, matando al señor de Aglante, y cortandole la cabeça. Sancho que avia estado muy atento à lo que su amo dezia, le respondiò diziendo: Señor Cavallero desamorado, lo que à mi me parece, es, que no ay aqui à lo que yo entiendo ningun señor de Argante, porque lo que yo alli veo, no es sino vn hombre que està con vn lançòn guardando su melonar, que como và por aqui mucha gente à Zaragoça à las fiestas, se le deven de festear por los melones; y assi digo, que mi parecer es, no obstante el de V.m. que no alborotemos à quien guarda su hazienda, y guardela muy en hora buena, que assi hago yo la mia: quien le mete à V.m. con Giraldo el furioso, ni en cortar la cabeça à vn pobre melonero, quiere que despues se sepa, y que luego salga trás nosotros la santa hermandad, y nos ahorque, y asaetee, y despues eche à galeras por sietecientos años, de donde primero que salgamos ternemos canas en las pantorrillas. Señor Don Quixote, no sabe lo que dize el refran; que quien ama el peligro mal que le pese ha de caer en èl, delo al diablo, y vamos al lugar que està cerca, cenarèmos muy à nuestro plazer, y comeràn las cavalgaduras, que à fe que si à rocinante que và vn poco cabizbajo, le preguntasse donde querria mas, ir al meson, ò guerrear con el melonero, que dixesse que mas querria medio celemin de cevada, que cien anegas de meloneros: pues si esta bestia siendo insensitiva lo dize, y se lo ruega, y yo tambien en nombre de ella, y de mi jumento se lo suplicamos mal, y caramente, razon es nos crea; y mire V. m. que por no aver querido muchas vezes tomar mi consejo, nos han sucedido algunas desgracias. Lo que podemos her es, yo llegarè, y le comprarè vn par de melones para cenar, y si èl dize que es Gayteros, ò Bradamonte, ò esotro demonio que dize, yo soy muy contento que le despanzorremos, sino dexemosle para quien es, y vamos nosotros à nuestras justas reales. O Sancho, Sancho, dixo Don Quixote, y què poco sabes de achaque de aventuras, yo no sali de mi casa sino para ganar honra, y fama, para lo qual tenemos aora ocasion en la mano, y bien sabes que la pintavan los antiguos con copete en la frente, y calva de todo el celebro, dandonos con esso à entender, que passada ella no ay de donde asirla: Yo Sancho, por todo

todo lo que tu, y todo el mundo me dixere, no he de dexar de provar esta empressa, ni de llevar el dia que entrare en Zaragoça, la cabeça de este Roldàn en vna lança, con vna letra debaxo de ella, que diga vencì al vencedor. Mira, pues, tu Sancho quanta gloria se me seguirà de esto, pues serà ocasion de que en las justas todos me rindan vassallage, y se me dèn por vencidos, con la qual todos los precios de ellas seràn sin duda mios; yà voy Sancho encomiendame à Dios, que voy à meterme en vnò de los mayores peligros, que en todos los dias de mi vida me he visto; y si acaso (por ser varios los peligros de la guerra) muriere en esta batalla, llevarmehas à San Pedro de Cardeña, que muerto, estando con mi espada en la mano como el Cid, sentado en vna silla, yo fio que si como à èl algun Judio, acaso por hazer burla de mi, quisiere llegarme à las barbas, que mi brazo yerto sepa meter mano, y tratarle peor que el catholico Campeador tratò al que con èl hizo lo proprio. O señor, respondiò Sancho, por el Arca de Noè le suplico, que no me diga esso de morir, que me haze saltar de los ojos las lagrimas como el puño, y se me haze el corazon añicos de oirselo, de puro tierno que soy de mio, desdichada de la madre que me pariò; què haria despues el triste Sancho Pança, solo, en tierra agena, cargado de dos bestias, si V.m. muriesse en esta batalla. Començò Sancho tras esto à llorar muy de veras, y dezir: Ay de mi señor Don Quixote, nunca yo le huviera conocido por tan poco, què haràn las doncellas desaguisadas, quien hara, y deshará tuertos, perdida queda de oy mas toda la nacion Manchega; no abrà fruto de Cavalleros andantes, pues oy acabò la flor de ellos en vuessa merced; mas valiera que nos huvieran muerto aora vn año con aquellos desalmados Yanguessos, quando nos molieron las costillas à garrotazos. Ay señor Don Quixote, pobre de mi, y què tengo de her solo, y sin V. m. ay de mi. Don Quixote lo consolò, diziendo: Sancho no llores que aun no soy muerto, antes he oìdo, y leìdo de infinitos Cavalleros, y principalmente de Amadis de Gaula, que aviendo estado muchas vezes à pique de ser muertos, vivian despues muchos años, y venian à morir en sus tierras, en casa de sus padres, rodeados de hijos, y mugeres; con todo esso estese dicho, hagas si muriere lo que te digo. Yo lo prometo señor, dixo Sancho, si Dios le lleva para sì, de llevar à enterrar su cuerpo, no solamente à San Pedro de Cerdeña que dize, sino que aunque me cueste el valor del jumento, le tengo de llevar à enterrar à Constantinopla; y pues và determinado de matar esse melonero, arrojeme acà antes que parta su bendicion, y deme la mano para que se la bese, que la mia, y la del señor San Christoval le cayga. Diòsela Don Quixote con mucho amor, y luego començò à espolar à rocinante, que de cansado yà no se podia mover. Entrando por el melo-

nar, y picando derecho àzia la cabaña donde estava la guarda, iba dando à cada passo à la maldicion à rocinante, por vèr que cada mata, como era verde, le dava apetito (aunque tenia freno) de provar algunas de sus ojos, ò melones fatigado de la hambre. Quando el melonero viò que se iba allegando mas à èl aquella fantasma, sin que reparasse en el daño que hazia en las matas, y melonés, començòle à dezir à vozes, que se tuviesse à fuera, sino que le haria salir con todos los diablos del melonar. No curandose Don Quixote de las palabras que el hombre le dezia, iba prosiguiendo su camino, y yà que estuvo dos, ò tres picas de èl, començò à dezirle puesta la lança en tierra: Valeroso Conde Orlando, cuya fama, y cuyos hechos tiene celebrados el famoso, y laureado Arioslo, y cuya figura tienen esculpida sus divinos, y heroycos versos, oy es el dia invencible Cavallero, en que tengo de provar contigo la fuerça de mis armas, y los agudos filos de mi cortadora espada; oy es el dia valiente Roldan, en que no te han de valer tus encantamientos, ni el ser cabeça de aquellos doze pares, de cuya nobleza, y esfuerço la gran Francia se gloria, que por mi has de ser (si quiere la fortuna) vencido, y muerto, y llevada tu sobervia cabeça, ò fuerte Francès, en esta lança à Zaragoça. Oy es el dia en que yo gozarè de todas tus fazañas, y vitorias, sin que te pueda valer el fuerte exercito de Carlo Magno, ni la valentia de Reynaldos de Montalvan tu primo, ni Montesinos, ni Oliveros, ni el hechizero Malgisi, con todos sus encantamientos; vente, vente para mi, que vn solo Español soy, no vengo como Bernardo del Crapio, y el Rey Marsilio de Aragon, con poderoso exercito contra tu persona, solo vengo con mis armas, y cavallo contra ti, que te tuviste algun tiempo por afrentado de entrar en batalla con diez Cavalleros solos. Responde, no estès mudo, sube sobre tu cavallo, ò vente para mi de la manera que quisieres; mas porque entiendo, segun he leìdo, que el encantador que aqui te puso no te diò cavallo, yo quiero baxar del mio, que no quiero hazer batalla contigo con ventaja alguna, y baxò en esto del cavallo, y viendolo Sancho començò à dàr vozes, diziendo: Arremeta nuestramo, arremeta, que yo estoy aqui rezando por su ayuda, y he prometido vna missa à las benditas animas, y otra al señor San Anton, que guarde à V. m. y à rocinante. El melonero que viò venir para sì à Don Quixote con la lança en la mano, y cubierto con el adarga, començòle à dezir que se tuviesse afuera, sino que le mataria à pedradas. Como Don Quixote prosiguiesse adelante, el melonero arrojò su lançon, y puso vna piedra poco mayor que vn huevo en vna honda, y dando media buelta al braço, la despidiò como de vn trabuco contra Don Quixote, el qual la recibiò en el adarga; mas falsòla facilmente como era de solo badana, y papelones, y diò à nuestro Cavallero tan terrible golpe en el brazo izquierdo, que

à

si no cogelle armado con el brazalete, no fuera mucho quebrarsele, aunque sintiò el golpe bravìssimamente. Como el melonero viò que todavia porfiava para acercarsele, puso otra piedra mayor en la honda, y tiròla tan derecha, y con tanta fuerça, que diò con ella à Don Quixote enmedio de los pechos, de suerte, que à no tener puesto el peto gravado, sin duda se la escondiera en el estomago; con todo, como iba tirada por buen braço, diò con el buen hidalgo de espaldas en tierra, recibiendo vna mala, y peligrosa caìda; y tal, que con el peso de las armas, y fuerça del golpe quedò en el suelo medio aturdido. El melonero, pensando que le avia muerto, ò mal parado, se fue huyendo al lugar. Sancho que viò caìdo à su amo, entendiendo que de aquella pedrada avia acabado Don Quixote, con todas las aventuras, se fue para èl, llevando al jumento del cabestro, lamentandose, y diziendo: O pobre de mi señor desamorado, no se lo dezia yo que nos fueramos muy en hora mala al lugar, y no hizieramos batalla con este melonero, que es mas luterano que el gigante Golias; pues como se atreviò à llegarse à èl sin cavallo, pues sabia en Dios, y en su conciencia que no le podia matar, sino metiendole vna aguja, ò alfiler de à blanca por la planta del pie. Llegòse en esto à su señor, y preguntòle si estava mal herido, èl respondiò que no; pero que aquel sobervio Roldàn le avia tirado vna gran peña, y le avia derribado con ella en tierra; añadiendo, dame Sancho la mano, pues yà he salido con muy cumplida victoria, que para alcançarla bastame que mi contrario aya huìdo de mi, y no ha ossado aguardarme, y el enemigo que huye hazerle la puente de plata, como dizen. Dexemosle, pues, ir, que yà vendrà tiempo en que yo le busque, y à pesar suyo acabe la batalla començada, solo me siento en este brazo izquierdo mal herido, que aquel furioso Orlando me debiò tirar vna terrible maza, que tenia en la mano, y sino me defendieran mis finas armas, entiendo que me huviera quebrado el brazo. Maza, dixo Sancho, bien sè yo que no la tenia; pero le tirò dos guijarros con la honda, que si con qualquiera de ellos le diera sobre la cabeça, sobre mi, que por mas que tuviera puesto en ella esse chapitel de plata, ò como le llama, huvieramos acabado con el trabajo que avemos de passar en las justas de Zaragoça; pero agradezca la vida que tiene, à vn romance que yo le rezè del Conde Perançules, que es cosa muy provada para el dolor de hijada. Dame la mano Sancho, dixo Don Quixote, y entremonos vn rato à descansar en aquella cabaña, y luego nos irèmos, pues el lugar està cerca. Levantòse Don Quixote tras esto, y quitò el freno à rocinante, y Sancho quitò la maleta de encima de su jumento, juntamente con la albarda; metiòlo todo en la cabaña, quedando rocinante, y el jumento señores absolutos del melonar, del qual cogiò Sancho dos melones harto buenos, y con vn mal

cuchillo que traìa, los partiò, y puſo encima la albarda, para que comieſſe Don Quixote; ſi bien, èl tras ſolos quatro bocados que tomò de ellos, mandò à Sancho que los guardaſſe para cenar en el meſon à la noche; pero apenas avia Sancho comido media dozena de revanadas, quando el melonero vino con otros tres harto bien diſpueſtos mozos, trayendo cada vno, vna gentil eſtaca en la mano; y como vieron el rocin, y jumento ſueltos, piſando las matas, y comiendo los melones, encendidos en colera, entraron en la cabaña, llamandolos ladrones, y robadores de la hazienda agena, acompañando eſtos requiebros con media dozena de palos, que les dieron muy bien dados, antes que ſe pudieſſen levantar, y à Don Quixote (que por ſu deſgracia ſe avia quitado el morrion) le dieron tres, ò quatro en la cabeça, con que le dexaron medio aturdido, y aun muy bien deſcalabrado; pero Sancho lo paſsò peor, que como no tenia reparo de coſelete, no ſe le perdiò garrotazo en coſtillas, braços, y cabeça, quedando tambien atordido como lo quedava ſu amo. Los hombres ſin curar de ellos, ſe llevaron al lugar en prendas el rocin, y jumento, por el daño que avian hecho. De alli à vn buen rato, buelto Sancho en sì, y viendo el eſtado en que ſus coſas eſtavan, y que le dolian las coſtillas, y braços, de ſuerte, que caſi no ſe podia levantar, començò à llamar à Don Quixote, diziendo: Ha ſeñor Cavallero andante, andado ſe vea èl con todos quantos diablos ay en los infiernos; parecele que queda, mos buenos? Es eſte el triunfo con que avemos de entrar en las juſtas de Zaragoça? Ques de la cabeça de Roldàn el encantado, que hemos de llevar eſpetada en lança? Los diablos le eſperen en vn aſador, plegue à Santa Apolonia; eſtoyle diziendo ſietecientas vezes, que no nos metamos en eſtas batallas impertinentes, ſino que vamos nueſtro camino ſin hazer mal à nadie, y no ay remedio? Pues tomeſe eſſos peruetanos que le han venido, y aun plegue à Dios, ſi aqui eſtamos mucho, no vengan otra media dozena de ellos à acabar la batalla, que los primeros comença ron. Alceſe, peſia à las herraduras del cavallo de San Martin, y mire que tiene la cabeça llena de chinchones, y le corre la ſangre por la cara abaxo, ſiendo aora de veras el de la triſte figura, por ſus bien merecidos diſparates. Don Quixote bolviendo en sì, y ſoſſegandoſe vn poco, començò à dezir: Rey Don Sancho, Rey Don Sancho, no diràs que no te aviſo, que del cerco de Zamora vn traydor avia ſalido. Mal aya el anima de Antichriſto, dixo Sancho, eſtamos con las nueſtras en los dientes, y aora ſe pone muy de eſpacio al romance del Rey Don Sancho; vamonos de aqui por las entrañas de todo nueſtro linage, y curemonos, que eſtos Barrabaſes de Gayteros, ò quien ſon, nos han molido mas que ſal, y à mi me han dexado los braços de ſuerte, que no los puedo levantar à la cabeça. O buen eſcudero, y amigo,

go, respondiò Don Quixote, has de saber, que el traydor que de esta suerte me ha puesto, es Bellido de Olfos, hijo de Olfos Bellido. O reniego de esse Bellido, ò vellaco de Olfos, aun de quien nos metiò en este melonar. Este traydor, dixo Don Quixote, saliendo conmigo mano à mano, camino de Zamora, mientras que yo me baxè de mi cavallo, para proveerme detras de vnas matas (este alevoso, digo de Bellido) me tirò vn venablo à traycion, y me ha puesto de la suerte que vès; por tanto, ò fiel vassallo, conviene mucho que tu subas en vn poderoso cavallo, llamandote Don Diego Ordoñez de Lara, y que vayas à Zamora, y en llegando junto à la muralla, veràs entre dos almenas el buen viejo Arias Gonçalo, ante quien retaràs à toda la Ciudad, torres, cimientos, almenas, hombres, niños, y mugeres, el pan que comen, y el agua que beben, con todos los demàs retos, con que el hijo de Don Bermudo retò à dicha Ciudad, y mataràs à los hijos de Arias Gonçalo, Pedro Arias, y los demàs. Cuerpo de San Quintin, dixo Sancho, si V.m. vè quales nos han puesto quatro meloneros, para què diablos quiere que vamos à Zamora, à desafiar toda vna Ciudad tan principal como aquella? Quiere que salgan de ella cinco, ò seis millones de hombres à cavallo, y acaben con nuestros bienes, sin que gozemos de los premios de las reales justas de Zaragoça? Deme la mano, y levantese, y iremos al lugar que està cerca, para que nos curen, y à V. m. le tomen essa sangre. Levantòse Don Quixote, aunque con harto trabajo, y salieron los dos fuera de la cabaña; pero quando no vieron el rocinante, ni el jumento, fue grandissimo el sentimiento que Don Quixote hizo por èl, y Sancho, dando buel-tas al rededor de la cabaña, buscando su asno, dezia llorando: Ay asno de mi anima, y què pecados has hecho para que te ayan llevado de delante de mis ojos; tu eres la lumbre de ellos, asno de mis entrañas; espejo en que yo me mirava, quien te me ha llevado. Ay jumento mio, que por ti solo, y por tu pico, podias ser Rey de todos los asnos del mundo; adonde hallarè yo otro tan hombre de bien como tu, alivio de mis trabajos, consuelo de mis tribulaciones: tu solo me entendias los pensamientos, y yo à ti, como si fuera tu proprio hermano de leche. Ay asno mio, y como tengo en la memoria, que quando te iba à echar de comer à la cavalleriza, en viendo cerner la cevada rebuznavas, y reìas con vna gracia como si fueras persona; y quando respiravas àzia dentro, davas vn gracioso sylvo, respondiendo por el organo trasero con vn gamaut, que malaño para la guitarra del Barbero de mi lugar, que mejor musica haga, quando canta el passacalles de noche. Don Quixote le consolò, diziendo: Sancho no te aflijas tanto por tu jumento, que yo he perdido el mejor cavallo del mundo; pero sufro, y disimulo hasta que le halle, porque le pienso buscar por toda la redondez del vni-

verso,

verso. O señor, dixo Sancho, no quiere que me lamente pecador de mi, si me dixeron en nuestro lugar, que este mi asno era pariente muy cercano de aquel gran Retorico asno de Balan, que buen siglo aya; y bien se ha echado de ver en el valor que ha mostrado en esta reñida batalla, que con los mas sobervios meloneros del mundo avemos tenido. Sancho, dixo Don Quixote, para lo passado no ay poder alguno, segun dize Aristoteles; y assi, lo que por aora puedes hazer, es, tomar esta maleta debaxo del braço, y llevar esta albarda à cuestas hasta el lugar, y alli nos informarèmos de todo lo que nos fuere necessario, para hallar nuestras bestias. Sea como V. m. mandare, dixo Sancho, tomando la maleta, y diziendo à Don Quixote que le echasse la albarda encima. Mira Sancho, replicò èl, si la podràs llevar, sino lleva primero la maleta, y luego bolveràs por ella. Si podrè, dixo Sancho, que no es esta la primera albarda que he llevado à cuestas en esta vida. Pusosela encima, y como el ataharre le viniesse junto à la boca, dixo à Don Quixote que se la echasse tras de la cabeça, porque le olia à paja mal mascada.

CAPITULO VII.

COMO DON QUIXOTE, y Sancho Pança llegaron à Ateca, y como un caritativo Clerigo llamado Mossen Valentin los recogiò en su casa, haziendoles todo buen acogimiento.

COmençaron à caminar Don Quixote con su adarga, y Sancho con su albarda, que le venia como anillo en dedo, y en entrando por la primera calle del lugar, se les començò à juntar vna grande multitud de muchachos, hasta que llegaron à la plaça, donde en viendo llegar aquellas estrañas figuras, se empezaron à reir los que en ella estavan, y llegaronseles los Jurados, y seis, ò siete Clerigos, y otra gente honrada que con ellos estavan. Como se viò Don Quixote en la plaça, cercado de tanta gente, viendo que todos se reìan, començò à dezir: Senado ilustre, y Pueblo Romano invicto, cuya Ciudad es, y ha sido cabeça del Universo; mirad si es licito, que de vuestra famosa Ciudad ayan salido salteadores (los quales vosotros jamàs consentistes en vuestra clara Republica, en los antiguos siglos) y me ayan robado à mi mi preciado cavallo, y à mi fiel escudero su jumento, sobre quien trae las joyas, y precios, que en diferentes justas, y torneos he ganado, ò podido ganar; por tanto, si aquel valor antiguo ha quedado en vuestros corazones de piadosos Romanos, dad-

nos

nos aqui luego lo que se nos ha robado, juntamente con los traydores, que estando nosotros à pie, y descuydados, nos han ferido de la suerte que veis, sino yo os reto a todos por alevosos, y hijos de otros tales; y assi, os aplazo à que salgais conmigo à singular batalla, vno à vno, ò todos para mi solo. Dieron todos en oyendo estos disparates vna grandissima risada, y llegandoseles vn Clerigo, que mas discreto parecia, les rogò callassen, que èl poco mas, ò menos conocia la enfermedad de aquel hombre, y le haria dàr de sì con entretenimiento de todos; y tras esto, y el vniversal silencio que los circunstantes le dieron, se llegò à Don Quixote, diziendo: V.m. señor Cavallero, sabranos dezir las señas de los que le han descalabrado, y hurtado esse cavallo que dize, porque dando aqui à los Ilustres Consules los malhechores, no solamente serán por ellos castigados, sino que juntamente se le bolverà à V. m. todo lo que se hallare ser suyo. Don Quixote le respondiò: Al que hizo batalla conmigo dificultosa cosa serà hallarlo, porque à mi parecer dixo que era el valeroso Orlando el furioso, ò por lo menos el traydor de Bellido de Olfos. Rieronse todos; pero Sancho que estava cargado con su albarda à cuestas, dixo: Para què es menester andar por zorrinloquios, el que derribò à mi amo con vna pedrada, es vn hombre que guardava vn melonar, mozo lampiño, de barba larga, con vnos mostachos rehondidos, à quien Dios cohonda, este nos hurtò señores el rocin, y à mi me ha llevado el jumento, que mas quisiera me huviera llevado las orejas que veo. Mosen Valentin, que assi se llamava el Clerigo, acabò de conocer de què pie coxeavan Don Quixote, y su escudero; y assi, como era hombre caritativo, dixo à Don Quixote: V.m. señor Cavallero se venga conmigo, y este su mozo, que todo se harà à su gusto. Llevòlos luego à su casa, y hizo acostar à Don Quixote en vna harto buena cama, y llamò al Barbero del lugar, que le curasse los chinchones que tenia en la cabeça, aunque no eran heridas de mucho peligro; mas como viò Don Quixote al Barbero que yà le queria curar, le dixo: Huelgo mucho en estremo, ò maestro Elizebad, en aver caydo oy en vuestras venturosas manos, que yo sè, y he leìdo, que vos las teneis tales, juntamente con las medicinas, y yervas, que à las heridas aplicais, que Avicena, Averroes, y Galeno, pudieran venir à aprender de vos. Assi, que, ò sabio maestro, dezidme si essas penetrantes feridas son mortales, porque aquel furioso Orlando me hiriò con vn terrible tronco de encina, y assi es imposible no lo sean; y siendolo, os juro por el orden de cavalleria que professo, de no consentir ser curado, hasta que tome entera satisfacion, y vengança de quien tan à su salvo me hiriò à traycion, sin aguardar como Cavallero à que yo metiesse mano à la espada. El Clerigo, y el Barbero que semejantes razones oyeron dezir à Don Quixote, acabaron

baron de entender que estava loco, y sin responderle dixo el Clerigo al Barbero, que le curasse, y no le respondiesse palabra, por no darle nueva materia de hablar. Despues que fué curado, mandò Mossen Valentin, que le dexassen reposar, lo qual se hizo assi. Sancho que avia tenido la candela para curar à su amo, estava rebentando por hablar; y assi, en viendose fuera del aposento, dixo à Mossen Valentin: V.m. ha de saber, que aquel Girnaldo el furioso me diò no sè si era con la mesma encina que diò à mi amo, ò con alguna barra de oro; y si haria, pues dizen de èl està encantado, y segun me duelen las costillas, sin duda me debiò de dexar alguna endiablada calentura en ellas; y es de suerte mi mal, que en todo mi cuerpo, que Dios aya, ninguna cosa me ha dexado en pie, sino es quando mucho, alguna poquilla gana de comer, que si esta me quitàra, al diablo huviera yà dado à todos los Roldanes, Ordoños, y claras del mundo. Mossen Valentin, que entendiò el apetito de Sancho, le hizo dar de cenar muy bien, mientras èl iba à informarse de quien seria el que llevò à Don Quixote el cavallo, y à Sancho su jumento, y averiguado quien les hizo el salto, diò orden en cobrar, y bolver à su casa à rocinante con el jumento, al qual como vio Sancho que estava sentado al zaguan, se levantò de la mesa, y abrazandolo le dixo: Ay asno de mi alma, tu seas tan bien venido como las buenas pascuas, y detelas Dios à ti, y à todas las cosas en que pusieres mano, tan buenas, como me las has dado à mi con tu buelta; mas dime como te ha ido à ti en el cerco de Zamora con aquel Rodamonte, à quien rodado vea yo por el monte abaxo, en que Satanas tentò à nuestro Señor Jesu Christo. Mossen Valentin que viò à Sancho tan alegre, por aver hallado su asno, le dixo: No se os dè nada Sancho, que quando vuestro asno no pareciera, yo por lo mucho que os quiero, os diera vna burra tan buena como èl, y aun mejor. Esso no podia ser, dixo Sancho, porque este mi jumento me sabe ya la condicion, y yo sè la suya; de suerte, que apenas ha començado à rebuznar quando le entiendo, y sè si pide cevada, ò paja, ò si quiere beber, ò que le desalbarde para echarse en la cavalleriza; y en fin, le conozco mejor que si le pariera. Pues como (dixo el Clerigo) señor Sancho entendeis vos, quando el jumento quiere reposar? Yo señor Valentin, respondiò Sancho, entiendo la lengua asnuna muy lindamente. Riyò el Clerigo mucho de su respuesta, y mandò que le diesse muy buen recado assi à èl como à su jumento, y à rocinante, pues yà Don Quixote reposava, lo qual fue hecho con mucha puntualidad. Despues de cena llegaron otros dos Clerigos amigos de Mossen Valentin à su casa, à saber como le iba con los huespedes, el qual les dixo: Por Dios señores, que tenemos con ellos el mas lindo passatiempo agora en esta casa que se puede imaginar, porque el principal, que es el que està en la cama, se fin-

finge en su fantasía Cavallero andante, como aquellos antiguos Amadis, ò Febo, que los mentirosos libros de Cavallerías llaman andantes, y assi, segun me parece, èl piensa con esta locura ir à las justas de Zaragoça, y ganar en ellas muchas joyas, y premios de importancia; pero gozarèmos de su conversacion los dias que aqui en mi casa se estuviere curando, y aumentará nuestro entretenimiento la intrinseca simplicidad de este labrador, à quien el otro llama su fiel escudero. Tras esto començaron à platicar con Sancho, y preguntaronle punto por punto de todas las cosas de Don Quixote; el qual les contò todo lo que con èl avia passado el otro año, y los amores de Dulcinea del Toboso, y como se llamava Don Quixote de la Mancha, y agora el Cavallero desamorado, para ir à las justas de Zaragoça, y à este compàs desbuchò Sancho todo lo que Don Quixote sabia; pero rieron mucho con lo de los galeotes, y penitencia de Sierra Morena, y encerramiento de la jaula, con lo qual acabaron de entender lo que Don Quixote era, y la simplicidad con que Sancho le seguia alabando sus cosas; de suerte, que estuvieron en casa de Mossen Valentin casi ocho dias Sancho, y Don Quixote, al cabo de los quales, pareciendole à èl que estava ya bueno, y que era tiempo de ir à Zaragoça, à mostrar el valor de su persona en las justas, dixo vn dia despues de comer à Mossen Valentin: A mi me parece, ò buen sabio Lirgando, pues por vuestro gran saber he sido traìdo, y curado en este vuestro insigne Castillo, sin tenerlo servido; que ya es tiempo de que con vuestra buena licencia me parta luego para Zaragoça, pues vos sabeis lo mucho que importa à mi honra, y reputacion, que si la fortuna me fuere favorable (y si serà siendo vos de mi parte) yo pienso presentaros alguna de las mejores joyas que en ellas huviere, y la aveis de recebir por me hazer merced; solo os suplico, que no me olvideis en las mayores necesidades, porque muchos dias ha que el sabio Alquife (à cuya cuenta està el escrivir mis fazañas) no lo he visto, y creo que de industria haze el dexarme solo en algunos trabajos, para que assi aprenda dellos à comer el pan con corteza, y me valga por mi pico como dizen: por tanto, yo me quiero partir luego à la hora, y si fois servido de embiar conmigo algun recado en mi recomendacion à la sabia Vrganda, la desconocida, para que si fuere herido en las justas, ella me cure, y me hareis muy grande merced en ello. Mossen Valentin despues de averle escuchado con mucha atencion, le dixo: V.m. señor Quijada se podrà ir quando fuere servido; pero advierta, que yo no soy Lirgando esse mentiroso sabio que dize, sino vn Sacerdote honrado, que movido de compassion de ver la locura en que V.m. anda con sus quimeras, y cavallerías, le he recebido con fin de dezirle, y aconsejarle lo que le haze al caso, y ad-

advertirle à solas de las puertas adentro de mi casa, como anda en pecado mortal, dexando la suya, y su hazienda con aquel sobrinito que tiene andando por essos caminos como loco, dando nota de su persona, y haziendo tantos desatinos; y advierta, que alguna vez podrà hazer alguno, por el qual le prenda la justicia, y no conociendo su humor, le castigue con castigo publico, y publica deshonra de su linage: ò no aviendo quien le favorezca, ò conozca, quizà por aver muerto alguno en la campaña tomado de su locura, le cogerà tal vez la hermandad, que no consiente burlas, y le ahorcarà, perdiendo la vida del cuerpo, y lo que peor es la del alma. Tras que anda escandalizando, no solamente los de su lugar, sinò todos los que le vèn ir de essa suerte armado por los caminos, sino V.m. lo vea por el dia en que entrò en este pueblo, como le seguian los muchachos por las calles como si fuera loco, diziendo à vozes: Al hombre armado muchachos, al hombre armado. Bien sè que V.m. ha hecho lo que haze por imitar, como dize, à aquellos Cavalleros antiguos Amadis, y Esplandian, con otros, que los no menos fabulosos, que perjudiciales libros de cavallerias fingen, à los quales V.m. tiene por autenticos, y verdaderos, sabiendo (como es verdad) que nunca huvo en el mundo semejantes Cavalleros, ni ay historia Española, Francesa, ni Italiana, (à lo menos autentica) que haga de ellos mencion, porque no son sino una composicion ficticia, sacada à luz por gente de capricho, à fin de dàr entretenimientos à personas ociosas, y amigas de semejantes mentiras; de cuya licion se engendran secretamente en los animos malas costumbres, como de los buenos buenas, y de aqui nace, que ay tanta gente ignorante en el mundo: que viendo aquellos libros tan grandes impressos, les parece (como à V.m. le ha parecido) que son verdaderos, siendo como tengo dicho composicion mentirosa; por tanto señor Quijada, por la passion que Dios passò le ruego, que buelva sobre sì, y dexe esta locura en que anda, bolviendose à su tierra; y pues me dize Sancho, que V.m. tiene razonablemente hazienda, gastela en servicio de Dios, y en hazer bien à pobres, confessando, y comulgando à menudo, oyendo cada dia su Missa, visitando enfermos, leyendo libros devotos, y conversando con gente honrada; y sobre todo, con los Clerigos de su lugar, que no le diràn otra cosa de lo que yo le digo, y verà con esto como serà querido, y honrado, y no juzgado por hombre falto de juizio como todos los de su lugar, y los que le vèn andar de essa manera le tienen; y mas, que le juro por las ordenes que tengo, que irè con V.m. (si de ello gusta) hasta dexarle en su propria casa, aunque aya de aqui à ella quarenta leguas, y aun le harè todo el gasto por el camino, porque vea V.m. como deseo yo mas su honra, y el bien de su alma que V.m. proprio, y dexe essas vanidades de aventuras, ò por

mejor dezir desventuras, que ya es hombre mayor, no digan que se buelve à la edad de los niños, hechandose à perder à sì, y à este buen labrador que le sigue, que tampoco ha cerrado la mollera como V.m. Sancho que à todo lo que Mossen Valentin avia dicho, avia estado muy atento sentado sobre la albarda de su caro jumento, dixo: Por cierto señor licenciado, que su Reverencia tiene grandissima razon, y lo proprio que V.m. le dize à mi señor, le digo yo, y le ha dicho el Cura de mi tierra, y no ay remedio con èl; sino que avemos de ir buscando tuertos por esse mundo; el año passado, y este jamàs avemos hallado, sino quien nos sacuda el polvo de las costillas, viendonos cada dia en peligro de perder el pellejo, por los grandes desaforismos que mi señor haze por essos caminos, llamando à las ventas castillos, y à los hombres à vnos Gayteros, à otros Guirnaldos, à otros Bermudos, à otros Rodamontes, y à otros diablos que se los lleven; y es lo bueno, que son, ò meloneros, ò harrieros, ò gente passagera; tanto, que el otro dia à vna moza Gallega de vna venta, hecha vna picarona, que me brindava por quatro quartos, con los que sacò del vientre de su madre, llamava à boca llena à la Infanta Galiciana, y por ella aporreò al ventero, y nos pensamos vèr en vn inflicto de la maldicion, y creame V.m. y plegue à Santa Barbara abogada de los truenos, y relampagos, que si miento en quanto digo, esta albarda me sale à la hora de mi muerte, y tengo quebrada ya la cabeça de predicarle sobre estos avisos; pero no ay remedio con èl, sino que quiere que aunque me pese le siga, y para ello me ha comprado este mi buen jumento, y me dà cada mes por mi trabajo nueve reales, y de comer, y mi muger que se lo busque, que assi hago yo, pues tiene tan buenos quartos. Don Quixote avia estado cabizbajo à todo lo que Mossen Valentin, y Sancho Pança avian dicho, y como quien despierta començò à dezir de esta manera: Afuera pereza. Mucho señor Arçobispo Turpin me espanto, de que siendo V.S. de aquella Ilustre casa del Emperador Carlos, llamado el Magno por excelencia, y pariente de los doze Pares de la noble Francia, sea tanta su pusilanimidad, y covardia, que huya de las cosas arduas, y dificultosas, apartandose de los peligros, sin los quales es imposible poderse alcançar la verdadera honra: nunca cosas grandes se adquirieron sin grandes dificultades, y riesgos, y si yo me pongo à los presentes, y venideros, solo lo haga como magnanimo, por alcançar honra para mi, y quantos me sucedieren; y esto es licito: pues quien no mira por su honra, mal mirarà por la de Dios; y assi, Sancho dame luego à la hora mis armas, y cavallo, y partamos para Zaragoça, que si yo supiera la covardia, y pusilanimidad que avia en esta casa, nunca jamàs la ocupàra; pero salgamos della al punto, porque no se nos apegue tan mala polilla. Sancho fue luego

à

à enfillar à rocinanté, y albardar juntamente fu rucio; pero el buen Clerigo que viò tan reſuelto, y empedernido à Don Quixote, no le quiſo replicar mas, antes eſtava eſcuchando todo quanto dezia. Cada pieça que Sancho le ponia del arnès, que eran coſas graciofiſsimas, enſartando mil principios de romances viejos, ſin ningun orden, ni concierto; y al ſubir en el cavallo, dixo con gravedad: Ya cavalga Calaynos, Calaynos el infante; y luego bolviendoſe à Moſſen Valentin, con ſu lança, y adarga en la mano, le dixo con voz arrogante: Cavallero iluſtre, yo eſtoy muy agradecido de la merced que en eſte vueſtro Imperial Alcaçar ſe me ha hecho à mi, y à mi eſcudero; por tanto, mirad ſi yo os ſoy de algun provecho para hazeros vengado de algun agravio que algun fiero gigante os aya hecho, que aqui eſtà Mucio Cevola, aquel que ſin pavor, ni miedo, penſando matar al Porſena, que tenia cercada à Roma, puſo intrepido ſu deſnudo braço ſobre el braſero de fuego, dando mueſtras en el hecho de tan grande eſfuerço, y valentia, quanto las diò de corrimiento en la cauſa de èl; y eſtad cierto, que os harè vengado de vueſtros enemigos, tan à vueſtro ſabor, que digais que en buena hora me recebiſtes en vueſtra caſa; y diziendole tras eſto ſe quedaſſe con Dios, ſin aguardar reſpueſta diò de eſpuelas à rocinante, y llegando à la plaça, en viendole los muchachos començaron à gritar, al hombre armado, al hombre armado, y ſeguido de ellos paſsò adelante à medio galope, haſta que ſaliò del lugar, dexando maravillados à todos los que le miravan. El bueno de Sancho enalbardò ſu jumento, y ſubiendo en èl, dixo: Señor Valentin yo no le ofrezco à V.m. peleas, como mi amo ha hecho, porque mas sè de ſer apaleado, que de pelear; pero yo le agradezco mucho el ſervicio que nos ha hecho, por muchos años lo pueda continuar, mi lugar ſe llama el Argameſilla, quando yo eſtè allà, eſtarè aparejado para helle toda merced, y mi muger Mari Gutierrez sè de cierto que le beſa à V. m. las manos en eſte punto. Sancho hermano, dixo Moſſen Valentin, Dios os guarde, y mirad que os ruego, que quando vueſtro ſeñor buelva à ſu tierra, vengais por aqui, que ſereis vos, y èl bien recebidos, y no aya falta. Reſpondiò Sancho: Yo ſe lo prometo à V.m. y quedeſe con Dios, y plegue à la ſeñora Santa Agueda avogada de las tetas, que viva V.m. tan largos años como viviò nueſtro padre Abraham. Començò tras eſto con toda prieſſa à harrear ſu aſno, y paſſando por la plaça, le cercaron los jurados, y todos los que en ella eſtavan por reir vn poco con èl; el qual como los viò juntos, les dixo: Señores mi amo và à Zaragoça, à hazer vnas juſtas, y torneos reales, ſi matamos alguna grueſſa de aquellos gigantones, ò Fierablaſes, que dizen ay allà muchos, yo les prometo, pues nos han hecho ſervicio de bolvernos à rocinante, y al rucio, de traelles vna de aquellas ricas joyas que

que ganaremos, y vna media dozena de gigantones en escabeche, y si mi amo llegare à ser (que si harà, segun es de valiente) Rey, ò por lo menos Emperador, y yo tras èl me viere Papa, ò Monarca de alguna Iglesia, les prometemos de hellos à todos los deste lugar, quando menos Canonigos de Toledo. Dieron todos con el dicho de Sancho vna grandissima risada, y los muchachos que estavan detras de todos, como vieron que los jurados, y clerigos hazian burla de Sancho, el qual estaua cauallero en su asno, començaron à silvarle, y juntamente a tirarle con pepinos, y berengenas, de suerte, que no bastaron todos los que alli estavan à detener su furia, y assi à Sancho le fue forçoso baxar del asno, y darle con el palo muy aprisa, hasta que saliò del lugar, y topò à Don Quixote que le estava esperando, el qual le dixo: Quès Sancho, què has hecho? En què te has detenido? Respondiò Sancho: O reniego de los zancajos de la muger de Job, como se vino V.m. y me dexò en las manos de los caldereros de Sodoma: que le prometo (assi yo me vea Arçobispo de aquella Ciudad que me prometiò el año passado) que me agarraron en yendose V.m. entre seis, ò siete de aquellos Escribas, y Fariseos, y me llevaron en casa del Boticario, y me echaron vna melecina de plomo derretido, tal que me haze venir despidiendo perdigones calientes por la puerta falsa, sin que pueda reposar vn punto. No se te dè nada, dixo Don Quixote, que ya vendrà tiempo en que nos hagamos bien vengados de todos los agravios que en este lugar por no conocernos nos han hecho, pero aora caminemos para Zaragoça, que es lo que importa, que alli oyràs, y veràs maravillas.

CAPITULO VIII.

DE COMO EL BUEN HIDALgo Don Quixote llegò à la Ciudad de Zaragoça, y de la estraña aventura, que à la entrada della les sucediò, con vn hombre que llevavan açotando.

TAN buena maña se dieron à caminar el buen Don Quixote, y Sancho, que à otro dia à las once se hallaron vna milla de Zaragoça, toparon por el camino mucha gente, de pie, y de à cavallo, la qual venia de las justas que en ella se avia hecho: que como Don Quixote se detuvo en Ateca ocho dias curandose de sus palos, se hizieron sin que èl las honrasse con su presencia como deseava: de lo qual informado en el camino de los passageros, estava como desesperado, y assi iba maldiziendo su fortuna por ello, y echava la culpa al Sabio encantador su contrario, diziendo, que èl avia hecho por donde las justas se huviessen hecho con tanta presteza, para quitarle la honra, y gloria, que en ellas era forçoso ganar, dando la vitoria à èl devida, à quien èl maliciosamente

favorecia. Con esto iba tan mohino, y melancolico, que à nadie queria hablar por el camino, hasta tanto que llegò cerca de la Alxaferia, adonde como se le llegassen pòr verle de cerca algunas personas, con deseo de saber quien erá, y à que fin entrava armado de todas pieças en la Ciudad, les dixo en voz alta: Dezidme Cavalleros quantos dias ha que se acabaron las justas que en esta Ciudad se han hecho, en las quales no he merecido poderme hallar, cosa de que estoy tan desesperado, quanto descubre mi rostro, pero la causa ha sido el estar yo ocupado en cierta aventura, y encuentro que con el furioso Roldan he tenido, (nunca yo con èl topàra) pero no serè yo Bernardo del Carpio, si ya que no tuve ventura de hallarme en ellas, no hiziere vn publico desafio à todos los Cavalleros que en esta Ciudad se hallaren enamorados, de suerte, que venga por èl à cobrar la honra que no he podido ganar, por no averme hallado en tan celebres fiestas: y serà mañana el dia del, y desdichado aquel que yo encontrare con mi lança, ò arrebataren los filos de mi espada, que en èl, por ellos pienso quebrar la colera, y enojo con que à esta Ciudad vengo, y si ay aqui alguno de vosotros, ò estan algunos en este vuestro fuerte castillo, que sean enamorados, yo los desafio, y reto, luego à la hora, por covardes, y fementidos, y se lo harè confessar à vozes en este llano: y salga el justicia q̃ dizen ay en esta Ciudad, con todos los Jurados, y Cavalleros della, que todos son follones, y para poco, pues vn solo Cavallero los reta, y no salen como buenos Cavalleros, à hazer batalla conmigo solo: y porque se que son tales, que no tendràn atrevimiento de aguardarme en el campo, me entro luego en la Ciudad, donde fixarè mis cartes, les por todas sus plaças, y cantones, pues de miedo de mi persona, y de embidia de que no llevasse el premio, y honras de las justas, las han hecho con tanta brevedad. Salid, salid, malendrines Zaragoçanos, que yo vos fare confessar vuestra sandez, y descortesia. Dezia esto bolviendo, y rebolviendo acà, y acullà su cavallo, de suerte, que todos los que le estavan mirando (siendo mas de cinquenta los que se avian juntado à hazello) estavan maravillados; y no sabian à que atribuirlo, vnos dezian: voto à tal, que este hombre se ha buelto loco, y que es lunatico, otros no, sino que es algun grandissimo vellaco, y à fe que si le coge la justicia que se le ha de acordar para todos los dias de su vida, miéntras èl andava haziendo dar saltos à rocinante, que quisiera mas medio celemin de cevada. Dixo Sancho à todos los que estavan hablando de su amo: Señores, no tienen que dezir de mi señor, porque es vno de los mejores Cavalleros que se halle en todo mi lugar, y le he visto con estos ojos hazer tantas guerreaciones en la Mancha, y Sierra Morena, que si las huviesse de contar seria menester la pluma del Gigante Golias, ello es verdad, que no todas vezes

nos

nos salian las aventuras como nosotros quisieramos, porque quatro, ò cinco vezes nos santiguaron las costillas con vnas raxas, mas con su pan se lo coman, que à fe que tiene jurado mi señor, que en topandolos otra vez como los cojamos solos, y dormidos, atados de pies, y manos, que los emos de quitar los pellejos, y hazer dellos vna adarga muy linda para mi amo. Començaron todos con esto à reir, y vno dellos le preguntò que de adonde era: à lo qual respondiò Sancho: Yo señores, hablando con devido acatamiento de las barbas honradas, soy natural de mi lugar; que con perdon se llama la Argamesilla de la Mancha. Por Dios, dixo otro, que entendia que vuestro lugar se llamava otra cosa, segun hablastes de cortesmente al nombralle, pero què lugar es la Argamesilla que yo nunca le he oydo dezir. O cuerpo de quien me comadreò al nacer, dixo Sancho, vn lugar es harto mejor que esta Zaragoça, ello es verdad, que no tiene tantas torres como esta, que no ay en mi lugar mas de vna sola, ni tiene esta tapia grande de tierra que la cerca al derredor, pero tiene las casas ya que no son muchas, con lindisimos corrales, que caben en cada vno dos mil cabeças de ganado, tenemos vn lindisimo herrero que aguza las rejas, que es para dar mil gracias à Dios. Aora quando salimos de èl, tratavan los Alcaldes de embiar al Toboso, que no lo ay en mi lugar, tenemos tambien vna Iglesia que aunque es chica, tiene muy lindo Altar mayor, y otro de nuestra Señora del Rosario, con vna Madre de Dios que tiene dos varas en alto; con vn gran Rosario al rededor, con los padres nuestros de oro, tan gordos como este puño, ello es verdad que no tenemos relox, pero à fe que ha jurado el Cura, que el primer año santo que venga, tenemos de her vnos riquisimos organos. Con esto el buen Sancho queria irse adonde estava su amo cercado de otra tanta gente, mas asiendole vno del braço le dixo: Amigo dezidnos como se llama aquel Cavallero, para que sepamos su nombre. Señores, para dezilles la verdad (dixo Sancho) èl se llama Don Quixote de la Mancha, y agora vn año se llamava el de la triste figura, quando hizo penitencia en la Sierra Morena, como ya deven de saber por acà, y aora se llama el Cavallero desamorado, yo me llamo Sancho Pança su fiel escudero, hombre de bien, segun dizen los de mi pueblo, y mi muger se llama Mari Gutierrez, tan buena, y honrada, que puede con su persona dàr satisfacion à toda vna Comunidad: con esto baxò del asno, dexando riendo à todos los que presentes estavan, y caminò para donde estava su amo, cercado de mas de cien personas, y los demàs dellos Cavalleros, que avian salido à tomar el fresco, y como avian visto tanta gente junta en corrillo, y en hombre armado en medio, llegaron con los cavallos à vèr lo que era, à los quales co-

mo vieſſe Don Quixote, les començò à dezir, puesto el cuento de la lança en tierra: Valeroſos Principes, y Cavalleros Griegos, cuyo nombre, y cuya fama del vno haſta el otro Polo, del Artico al Artantico, del Oriente al Poniente, del Setentrion al medio dia, del blanco Aleman haſta el aduſto Scyta eſtà eſparcida, floreciendo en vueſtro grande imperio de Grecia, no ſolamente aquel grande Emperador Trebacio, y Don Belianis de Grecia, pero los dos valeroſos, y nunca vencidos hermanos, el Cavallero del Febo, y Roſicler, ya veis el porfiado cerco que ſobre eſta Ciudad famoſa de Troya por tantos años avemos tenido, y que en quantas eſcaramuças avemos travado con eſtos Troyanos, y Hector mi contrario (à quien ſiendo yo como ſoy Aquiles vueſtro capitan general, nunca he podido coger ſolo para pelear con èl cuerpo à cuerpo, y hazerle dar à peſar de toda ſu fuerte Ciudad à Elena, con la qual ſe nos han alçado por fuerça) conviene, pues, ò valeroſos Heroes, que tomeis agora mi conſejo, (ſi es que deſeais ſalgamos con cumplida vitoria deſtos Troyanos, acabandolos todos à fuego, y à ſangre, ſin que dellos ſe eſcape, ſino el piadoſo Eneas, que por diſpoſicion de los Cielos, ſacado del incendio à ſu padre Anchiſes en los hombros, ha de ir con cierta gente, y naves à Cartago, y de alli à Italia, à poblar aquella feltil Provincia con toda aquella noble gente que llevará en ſu compañia) el qual es, que hagamos vn paladion, ò vn cavallo grande de bronze; y que metamos en èl todos los hombres armados que pudieremos, y le dexemos en eſte campo con ſolo Synon (à quien los mas conoceis) atado de pies, y manos, y que noſotros finjamos retirarnos del cerco, para que ellos ſaliendo de la Ciudad informados de Synon, y engañados por èl con ſus fingidas lagrymas, à perſuaſion ſuya metan dentro della nueſtro gran cavallo, à fin de ſacrificarle à ſus dioſes, que lo harán ſin duda rompiendo para ſu entrada vn lienço de la muralla, y deſpues que todos ſe ſoſſieguen, ſeguros ſaldràn à la media noche de ſu preñado vientre los Cavalleros armados, que eſtaràn en èl, y pegaràn fuego à ſu ſalvo à toda la Ciudad, acudiendo deſpues noſotros de improviſo como acudirèmos à aumentar ſu fiero incendio, levantando los gritos al Cielo, al compàs de las llamas que ſe cevarian en torres, chapiteles, almenas, y balcones, diziendo: Fuego ſuena, fuego ſuena, que ſe nos alça Troya con Elena, y con eſto diò de eſpuelas à rocinante, dexandolos à todos maravillados de ſu eſtraña locura. Sancho tambien començò à arrear ſu aſno, y fueſſe tras ſu amo: el qual en entrando por la puerta del Portillo començò à detener ſu rocin, è ir la calle adelante muy poco à poco, mirando las calles, y ventanas con mucha pauſa. Iba Sancho detras del con el aſno del cabeſtro aguardando vèr en que meſon paraba ſu amo, porque rocinante à

cada

cada tablilla de meſon que veìa ſe parava, y no queria paſſar, pero Don Quixote lo eſpoleava haſta que à peſar ſuyo le hazia ir adelante, lo qual ſentia Sancho à par de muerte, porque rabiava de canſacio, y hambre. Sucediò, pues, que yendo Don Quixote la calle adelante dando harto que dezir à toda la gente que le veìa ir de aquella manera: traìa la juſticia por ella à vn hombre cavallero en vn aſno, deſnudo de la cintura arriba, con vna ſoga al cuello, dandole dozientos açotes por ladron, al qual acompañavan tres, ò quatro Alguaciles, y Eſcrivanos, con mas de docientos muchachos detras. Viſto eſte eſpectaculo por nueſtro Cavallero deteniendo à rocinante, y pueſto en mitad de la calle con gentil continente la lança baxa, començò à dezir en alta voz de eſta manera: O voſotros infames, y atrevidos Cavalleros, indignos deſte nombre, dexad luego al punto, libre, ſano, y ſalvo, à eſte Cavallero, que injuſtamente contraycion aveis prendido, vſando como villanos inauditos eſtratagemas, y enredos para cogerle deſcuydado, porque èl eſtava durmiendo cerca de vna clara fuente, à la ſombra de vnos frondoſos aliſos, por el dolor que le devia de cauſar el auſencia, ò el rigor de ſu dama, y voſotros follones, y malendrines, le quitaſtes ſin hazer rumor ſu cavallo, eſpada, y lança, y las demas armas, y le aveis deſnudado ſus precioſas veſtiduras, llevandole atado de pies, y manos à vueſtro fuerte Caſtillo, para metelle con los demàs Cavalleros, y Princeſas que alli ſin razon teneis en vueſtras tan obſcuras, quanto humedas mazmorras, por tanto dadle luego aqui ſus armas, y ſuba en ſu poderoſo cavallo, que èl es tal por ſu perſona, que en breve eſpacio darà cuenta de vueſtra vil canalla gigantea: ſoltadle, ſoltadle preſto vellacos, ò venios todos juntos como es vueſtra coſtumbre, para mi ſolo, que yo os darè à entender à voſotros, y à quien con èl os embia, que todos ſois infames, y vil canalla. Los que llevavan el açotado, que ſemejantes razones oyeron dezir à vn hombre armado con eſpada, y lança, no ſupieron que le reſponder, pero vn Eſcrivano de los que iban à cavallo, viendo que eſtavan detenidos enmedio de la calle, y que aquel hombre no dexava paſſar adelante la execucion de la juſticia, dando de eſpuelas al rocin en que iba, ſe llegò à Don Quixote, y aſiendole de la rienda à rocinante, le dixo: Què diablos dezis hombre de ſatanàs? Tiraos afuera, eſtais loco? O ſanto Dios, y quien pudiera pintar la encendida colera que del coraçon de nueſtro Cavallero ſe apoderò en eſte punto, el qual haziendoſe vn poco atras arremetiò con ſu lançon para el pobre del Eſcrivano, de ſuerte, que ſino ſe dexara caer por las ancas del rocin, ſin duda le eſcondiera Don Quixote en el eſtomago el hierro mohoſo del lançon, mas eſto fue cauſa de que nueſtro Cavallero errаſſe el golpe. Los Alguaciles, y demàs

màs miniſtros de juſticia que alli venian, viendo vn caſo tan no penſado, ſoſpechando que aquel hombre era pariente del que iban açotando, y que ſe le queria quitar por fuerça, començaron à gritar favor à la juſticia, favor à la juſticia. La gente que alli ſe hallò que no era poca, y algunos de à cavallo que al rumor llegaron, procuravan con toda inſtancia de ayudar à la juſticia, y prender à Don Quixote, el qual viendo toda aquella gente ſobre sì, con las eſpadas deſnudas, començò a dezir à grandes vozes: Guerra, guerra, a ellos Sanctiago, San Dionis, cierra, cierra, mueran, y arrojò tras las vozes la lança à vn Alguacil, con tal fuerça, que ſino le acertara à paſſar por debaxo del braço izquierdo, lo paſſara harto mal; ſoltò luego la adarga en tierra, y metiendo mano la eſpada, de tal manera la rebolvia entre todos con tanta braveza, y colera, que ſi el cavallo le ayudàra, que à duras penas ſe queria mover ſegun eſtava canſado, y muerto de hambre, pudiera ſer no paſſar lo tan mal como lo paſsò. Pero como la gente era mucha, y la grita que todos davan ſiempre de favor à la juſticia, ahegaſſe ſiempre mas las eſpadas que ſobre Don Quixote caìan, eran infinitas: con lo qual, y con la pereza de rocinante, junto con el canſacio con que nueſtro Cavallero andava, pudieron todos en breve rato ganarle la eſpada, y quitandoſela de la mano le abajaron de rocinante, y à peſar ſuyo ſe las ataron ambas atràs, y agarrandole cinco, ò ſeis corchetes, le llevaron à empellones à la carcel: el qual viendoſe llevar de aquella manera dava vozes, diziendo: O ſabio Alquife, ò mi Vrganda aſtuta, aora es tiempo que moſtreis contra eſte falſo hechizero, ſi ſois verdaderos amigos, y con eſto hazia toda reſiſtencia que podia para ſoltarſe, pero era en vano. El açotado proſiguiò adelante ſu proceſsion, y à nueſtro Cavallero por las miſmas calles que èl le avia empeçado le llevaron à la carcel, y le metieron los pies en vn cepo, con vnas eſpoſas en las manos, aviendole primero quitado todas ſus armas. En eſto llegando vn hijo del carcelero cerca de èl, para dezir à vn corchete que le echaſſe vna cadena al cuerpo, oyendolo alçò en alto las manos con las eſpoſas, y le diò con ellas al pobre moço tan terrible golpe ſobre la cabeça, que no valiendole el ſombrero que era nuevo, le hizo vna muy buena herida, y ſegundàra con otra ſi èl padre del moço que eſtava preſente no levantara el puño, y le diera media dozena de moxicones en la cara, haziendole ſaltar la ſangre por las narizes, y boca, dexando con eſto al pobre Cavallero, que aun no ſe podia limpiar, hecho vn retablo de duelos. Las coſas que dezia, y hazia en el cepo, no habrà Hiſtoriador por diligente que ſea, que baſte à contarlas. El bueno de Sancho que ſe avia hallado preſente à todo lo paſſado, con ſu aſno del cabeſtro, como viò llevar à ſu amo de aquella manera, començò à llorar amargamen-

mente, profiguiendo el camino por donde le llevavan, sin dezir que era su criado, maldecia su fortuna, y la hora en que Don Quixote avia conocido, diziendo: O reniego de quien mal me quiere, y de quien no se duele de mi en tan triste trance, quien demonios me mandò à mi bolver con este hombre, aviendo passado la otra vez tantos desafortunios, siendo yà apaleado, yà amanteado, y puesto otras vezes à peligro de que si me cogiera la santa hermandad, me pusiera en quatro caminos, para que despues no pudiera ser Rey, ni Roque; què harè pobre de mi, que estoy por irme desesperado por essos mundos, y por essas Indias, y meterme por essos mares entre montes, y valles, comiendo aves del Cielo, y alimañas de la tierra, haziendo grandissima penitencia, y tornandome otro Fray Juan Guarismas, andando à gachas como vn osso selvatico, hasta tanto que vn niño de setenta años me diga: levantate Sancho, que yà Don Quixote està fuera de la carcel. Con estas endechas, y mesandose las espesas barbas, llegò à la puerta de la carcel en que viò meter à su amo, y èl se quedò arrimado à vna pared con su asno del cabestro, hasta vèr en que parava el negocio: Llorava de rato en rato, particularmente quando ohia dezian los que baxavan de la carcel, à quantos passavan por delante de ella, como ya querian sacar à açotar al hombre armado, de quien vnos dezian que merecia la horca por su atrevimiento, otros le condenavan solo (movidos de mas piedad) à docientos, y galeras; por el breve rato que con su buena platica detuvo la execucion de la justicia, otros dezian, no quisiera yo estar en su pellejo, aunque ponga por escusa de su insolencia que estava borracho, ò loco. Todo esto sentia Sancho à par de muerte, pero callava como vn Santo. Sucediò, pues, que los dos Alguaciles, el carcelero, y su hijo se fueron juntos à la justicia, ante quien acriminaron de suerte el caso, que el justicia mandò que luego en fragante, sin mas informacion, le sacassen à la verguença por las calles, y le bolviessen despues otra vez à la carcel, hasta saber juridicamente la verdad del delicto. Quando los Alguaciles venian de buelta à executar la dicha repentina sentencia, acabava de bolver el açotado en su asno à la puerta de la carcel, con el acompañamiento de muchachos, que los tales suelen: y al punto que le viò vno de los Alguaciles, dixo à vista de Sancho al verdugo: Ea baxad esse hombre, y no bolvais el asno, porque en èl aveis de subir luego à passear por las mismas calles aquel medio loco, que ha pretendido estorvar la justicia, que esto manda la mayor de la Ciudad se le dè luego, como por principio de las galeras, y açotes que se le esperan. Infinita fue la tristeza que en el corazon del pobre Sancho entrò, quando oyò semejantes palabras al Alguacil, y mas quando viò que todo se aparejava para sacar à la verguença à su amo, y que toda aquella gen-

te estava à la puerta de la carcel, diziendo: Bien se merece el pobre Cavallero armado los açotes que le esperan, pues fue tan necio que metiò mano, sin para que, contra la justicia, y sin esso, en la misma carcel ha descalabrado al hijo del carcelero. Estas, y otras semejantes razones tenian à Sancho hecho loco, sin saber que hazer, ni dezir: y assi, no hazia otra cosa sino escuchar aqui, y preguntar alli; pero en todas partes oìa malas nuevas de las cosas de su amo, al qual començavan yà de hecho à desherrar del cepo, para sacarle à la verguença.

CAPITULO IX.

DE COMO DON QUIXOTE por vna estraña aventura fue libre de la carcel, y de la verguença à que estava condenado.

ESTando el pobre de Sancho llorando lagrimas vivas, y esperando echo ojos, quando avia de vèr à su señor desnudo de medio arriba, y cavallero en su asno, para darle los docientos açotes, que avia oydo le avian de dar de presente. Passaron siete, ò ocho Cavalleros de los principales de la Ciudad por alli à cavallo, y como vieron tanta gente à la puerta de la carcel, à hora tan extraordinaria, pues eran mas de las quatro: preguntaron la ocasion de la junta, y vn mancebo les contò lo que aquel hombre armado que dezian avian de baxar para açotarle por las calles, avia hecho, y dicho, dentro, y fuera de la Ciudad, y en la carcel, y como avia querido quitar vn açotado à la justicia enmedio de la calle: de lo qual se maravillaron, y mucho mas quando supieron que no avia hombre, ni muger en toda la Ciudad que le conociesse. Tras este llegò otro, y les dixo todo lo que antes de entrar en la Ciudad avia dicho à vna tropa de Cavalleros, los quales alli nombrò, con lo qual rieron mucho; pero maravillaronse de que no huviesse persona que les dixesse à que proposito iba armado, con adarga, y lança. Estando en esto quiso la suerte, que Sancho se llegasse à escuchar lo que alli se dezia de su amo, y mirando bien à los Cavalleros, conociò entre ellos à Don Alvaro Tarfe, el qual aunque avia seis dias que las justas se avian hecho, èl no se avia ido, por aguardar vna sortija, que vnos Cavalleros de la Ciudad, de los mas principales, y èl, tenian ordenada para el Domingo siguiente. Soltò Sancho el asno del cabestro en viendole, y puesto de rodillas en mitad de la calle, delante de los Cavalleros, con su caperuça en la mano, llorando amargamente, començò à dezir: Ha Señor Don Alvaro Tarfe, por los Evangelios del señor San Lucas, que V.m. tenga compassion de mi, y de mi señor Don Quixote, el qual està en esta carcel, y le quieren sacar à açotar quando menos, si señor San Anton, y V.m. no le remedian: porque dizen que ha hecho aqui à la justicia no sè que sin justicia, y desaguisado,

lado, y por ello le quieren echar à galeras, por treinta, ò quarenta años. Don Alvaro Tarfe luego conociò à Sancho Pança, y sospechò todo lo que podia ser; y assi, maravillado de verle, le dixo: O Sancho, què es esto? Què vuestro señor es para quien se apareja todo este carruage: pero de su locura, y vana fantasia, y de vuestra necedad todo se puede presumir; pero no lo acabo de creer, aunque me lo afirmais con los estremos con que me lo aveis representado. El es señor, pecador de mi, dixo Sancho, entre V.m. allà, y hagale vna visita de mi parte, diziendo, que le beso las manos, y que le advierto, que si le han de sacar en aquel asnillo que metieron aora, que de ninguna manera suba en èl, porque yo le tengo aparejado aqui el rucio, en que podra ir como vn Patriarca, el qual como ya sabe, anda llano, de tal manera, que el que và encima puede llevar vna taça de vino en la mano vazia, sin que se le derrame gota. Don Alvaro Tarfe riendose de lo que el simple de Sancho le avia dicho, le mandò que no se fuesse de alli hasta que èl bolviesse à salir, y hablando con dos Cavalleros de aquellos se entrò con ellos en la carcel, donde hallaron al buen hidalgo Don Quixote, que le estavan desherrando para sacarle à la verguença, al qual como viò Don Alvaro tan mal parado, llena de sangre la cara, y manos, y con vnas esposas en ellas, le dixo: Què es esto señor Quijada? Y què aventura, ò desventura ha sido la presente, parecele à V.m. que es aora bueno tener amigos en la Corte? Pues yo lo serè esta vez tal de V.m. como verà por la esperiencia; pero digame, què desgracia ha sido esta? Don Quixote le mirò en la cara, y luego le conociò, y con vna risa grave le dixo: O mi señor Don Alvaro Tarfe, la V.m. sea bien venido, maravillome en estremo de la estraña aventura que V.m. ha acabado, digame luego por Dios de què suerte ha entrado en este inespugnable castillo, adonde yo por arte de encantamiento he sido preso, con todos estos Principes, Cavalleros, doncellas, y escuderos, que en estas duras prisiones hemos estado tan largo tiempo; de què manera ha muerto los dos fieros gigantes que à la puerta estan, levantados los braços con dos maças de fino azero, para estorvar la entrada à los que à pesar suyo quisieren entrar dentro? Como, ò de què suerte matò aquel ferocissimo grifo, que en el primer patio del castillo està, el qual con sus rapantes garras coge vn hombre armado de todas piezas, y le sube à los vientos, y alli le despedaçan? Embidia tengo sin duda à tan soberana hazaña, pues por manos de V.m. todos serèmos libres. Este sabio encantador mi contrario serà crudelissimamente muerto, y la Maga su muger, que tantos males ha causado en el mundo, ha de ser luego sin misericordia açotada con publica verguença. Sacaranle à ella, à V.m. dixo Don Alvaro, sin duda, si su buena fortuna, ò por mejor dezir Dios que dispone todas las cosas con suavidad,

vidad, no huviera ordenado mi venida; pero como no quiera que sea, yo he muertos todos essos gigantes que dize, y dado la libertad deseada à essos Cavalleros que le acompañan; pero conviene por agora, pues yo he sido su libertador, que V.m. obedeciendome, como lo pide el agradecimiento que me deve, se este solo aqui en esta sala con essas esposas en las manos, hasta que yo ordene lo contrario, que assi importa para el buen remate de mi feliz aventura. Mi señor Don Alvaro (dixo Don Quixote) serà V.m. obedecido en esso puntualmente, y quiero por hazer algun nuevo servicio à V.m. permitirle que de aqui adelante se acompañe conmigo, cosa que jamàs pense hazer con Cavallero del mundo; pero quien ha dado cabo, y cima à vna tan peligrosa hazaña como esta, juntamente merece mi amistad, y compañia, porque vaya viendome en mi como en vn espejo, lo que por todos los Reynos del mundo, insulas, y peninsulas he hecho, y pienso hazer, hasta ganar el grandissimo Imperio de Trapisonda, y ser casado alli con vna hermosa Reyna de Ingalaterra, y tener en ella dos hijos avidos por muchas lagrimas, promessas, y oraciones. El primero de los quales, porque nacerà con vna señal de vna espada de fuego en los pechos, se llamarà el de la ardiente espada; el otro, porque en el lado derecho tendrà otra señal parda de color de azero, à modo de vna maça, significadora de las terribles maçadas que ha de dar en este mundo, se llamarà Mazin Bruño de Trapisonda. Dieron todos vna gran risada, mas Don Alvaro Tarfe dissimulando, los mandò salir à todos fuera, y rogò à vno de los dos Cavalleros que con èl avian entrado se quedasse alli, para que ninguno hiziesse mal à Don Quixote, mientras èl con el otro que era deudo muy cercano del justicia mayor iban à negociar su libertad, pues seria cosa facil el alcançarsela, constando tan publicamente à todos de su locura. En salir de la carcel subieron en sus cavallos, y dixo Don Alvaro à vn paje suyo, que llevasse à Sancho Pança pues ya le conocia à su casa, y le diesse luego en ella muy bien de comer, sin permitirle saliesse de ella vn punto, hasta su buelta. Replicò Sancho à vozes: Mi señor Don Alvaro, advierta V.m. que mi rucio està tan melancolico, por no vèr à rocinante su buen amigo, y fiel compañero, como yo, por no vèr yà por essas calles à mi señor Don Quixote; y assi V.m. pida cuenta à los Fariseos que prendieron à mi amo, de dicho noble rocinante, porque ellos se lo llevaron, sin que el pobre en la pendencia huviesse dicho à ninguno, ninguna mala palabra, y sepa V.m. tambien nuevas (que ellos se las daràn) de la insigne lança, y preciosa adarga de mi señor, que à fe que nos costò trece reales de hazerla pintar toda al olio à vn pintor viejo, que tenia vna gran barruga en las espaldas, y vivian en no sè que calle de las de Ariza, que mi amo me daria à la landre, sino le diesse cuen-

cuenta de ello. Andad Sancho (dixo Don Alvaro) comed, y reposad, y descuydad de lo demàs, que todo tendrà buen recado. Fuesse Sancho con el paje, tirando del cabestro à su jumento poco à poco, y llegados à casa le pusieron en la cavalleriza con bastante comida, y à Sancho se la dieron tan buena en cantidad, quanto èl la diò graciosa con mil simplicidades à los pajes, y gente de casa; à todos los quales, contò quanto por el camino les avia sucedido à èl, y à su amo; assi con el ventero, como con el melonero, y en Ateca, lo qual todo refirieron ellos despues à Don Alvaro, que à estas horas estava con el otro Cavallero, informando al justicia mayor de lo que era Don Quixote, y de quanto le avia sucedido, assi con el açotado, como con el carcelero, y con ellos en la carcel. El justicia mandò luego con mucho gusto a vn portero fuesse a la carcel, y mandasse de su parte, assi al carcelero, como à los Alguaciles, entregassen aquel preso libre, y sin costas, con el cavallo, y todo lo demàs que le avian quitado, al señor Don Alvaro Tarfe, lo qual todo fue hecho assi. Llegò Don Alvaro à la carcel, à la que bolvian a armar à Don Quixote, ya libre de las prisiones, y à la que le entregaron la adarga rieron mucho, quando la vieron con la letra del Cavallero desamorado, y figuras de Cupido, y damas, y aguardando que anochecieste, para que no fuesse visto, le hizo llevar a su posada con vn paje, à cavallo en rocinante. Cenaron en ella con èl los Cavalleros amigos de Don Alvaro con mucho gusto, haziendo dezir à Sancho Pança sobre cena, todo lo que por el camino les avia sucedido; y quando Sancho dixo que avia burlado à su amo, en no aver querido dar à la Gallega los dozientos ducados, sino solos quatro quartos, se metiò Don Quixote en colera, diziendo: O infame vil, y de vil casta, bien parece que no eres Cavallero noble, pues à vna princesa como aquella, à quien tan injustamente hazes moça de venta, diste quatro quartos; yo juro por el orden de Cavalleria que recebi, que la primera Provincia, insula, ò peninsula que gane ha de ser suya, à pesar tuyo, y de quantos villanos como tu ay en el mundo. Maravillaronse todos aquellos Cavalleros de la colera de Don Quixote, y Sancho viendo enojado à su amo, le respondiò: O pesia à los viejos de Santa Susana, y no conocia V. m. en la filomia, y andrajos de aquella moça, que no era Infanta, ni Almiranta; y mas, que le juro a V. m. que sino fuera por mi, se la llevara vn mercadante de trapos viejos, para her della papel de estraça, y la muy sucia no me lo agradece agora, pues à fe que sino fuera porque le tuve miedo, que la huviera hecho à moxicones, que se acordara de Sancho Pança, flor de quantos escuderos andantes ha avido en el mundo; pero vaya en hora buena, que si vna vez me diò vna bofetada, y dos coces en estas espaldas, buen pedaço de queso le comi,

comi, que tenia escondido en el basar. Levantòse Don Alvaro riendo de lo que Sancho Pança avia dicho, y con èl los demàs, y diò orden que llevassen à Don Quixote à vn buen aposento, donde le hizieron vna honrada cama; en la qual estuvo reposando, y rehaziendose dos, ò tres dias, y à Sancho se le llevaron los pajes à su quarto, con el qual tuvieron donosissima conversacion.

CAPITULO X.

COMO DON ALVARO TARFE combidò ciertos amigos suyos à comer, para dar con ellos orden què libreas avian de sacar en la sortija.

VEnida la mañana entrò Don Alvaro Tarfe en el aposento de Don Quixote, y sentandose junto à su cama en vna silla, le dixo: Como le và à V. m. mi señor Don Quixote, flor de la Cavalleria Manchega en esta tierra? Ay alguna aventura de nuevo, en que los amigos podamos ayudar à V.m. porque en este Reyno de Aragon se ofrecen muchas, y muy peligrosas cada dia à los Cavalleros andantes, y en los dias passados en las justas que aqui se hizieron, vinieron de diversas Provincias muchos, y muy membrudos gigantes, y descomunales jayanes, y huvo aqui algunos Cavalleros, à quien dieron bien en que entender, y solo faltò que V.m. se hallasse aqui, para que diera à semejante gente el castigo, que por sus malas obras merecen: pero yà podrà ser que V.m. los tope por el mundo, y les haga pagar lo de antaño, y lo de ogaño. Mi señor Don Alvaro, respondiò Don Quixote, yo estoy, y he estado con grandissima pena por no averme hallado en essas Reales justas, pues si en ellas me hallara, creo que ni essos gigantazos se fueran riendo, ni algunos de los Cavalleros llevaran las preciosas joyas, que à falta mia llevaron, pero yo sospecho *que nondam sunt completa peccata Amorreorum*, quiero dezir que no deve de ser cumplido, aun el numero de sus pecados, y que Dios querrà que quando lo sea yo los castigue. Pues señor Don Quixote, dixo Don Alvaro, V.m. ha de saber, que para despues de mañana, que es Domingo, tenemos concertada vna famosa sortija entre los Cavalleros de esta Ciudad, y yo: en la qual ha de aver muy ricas joyas, y premios de importancia, han de ser juezes della los mismos que lo fueron de las justas, que son tres Cavalleros, de los mas principales de este Reyno, vn titular, y dos de encomienda. Assistirán tambien à ellas muchas, y muy hermosas infantas, princesas, y camareras de peregrina belleza, bolviendo en cielo, las ventanas, y balcones de la famosa calle del Coso, adonde podrà V.m. hallar à manos llenas dos mil aventuras: todos avemos de salir en ella de librea, echàndo al entrar de la calle sus motes volantes, ò escritos en las targetas de los escudos, que contengan dichos de risa, y de passa-

tiem-

tiempo, si V.m. se dispone, y esfuerça para entrar en ella, yo me ofrezco de acompañarle, y darle librea, para que quede con su lado participante de su buena fortuna, y para que entienda esta Ciudad, y Reyno que tengo vn amigo tal, y tan buen Cavallero, que basta por sì solo à ganar todos los precios de la sortija. Yo soy dello muy contento (dixo Don Quixote sentandose en la cama) solo porque V.m. vea por vista de ojos las cosas que ha oydo de mi esfuerço, que aunque es verdad como dize el refran latino, que la alabança pierde dicha por la boca del sujeto à quien se encamina, con todo puedo, y quiero dezir de mi lo que digo por ser tan publico: yo lo creo assi, dixo Don Alvaro, pero vuessa merced se estè quedo en la cama, y repose, para que lo haga con mas comodidad. Aqui delante della pondrèmos la mesa, y comeremos yo, y algunos Cavalleros de mi quadrilla, y sobre mesa trataremos de lo que se ha de hazer, guiandonos todos en todo por el discreto voto de quien tanta experiencia tiene de semejantes juegos, como V.m. Fuesse Don Alvaro, y quedò el buen hidalgo con la fantasia llena de quimeras, y sin poder reposar se levantò, y començò à vestirse, imaginando ahincadamente en su negra sortija, y con la vehemente imaginacion se quedò mirando al suelo sin pestañear, con las bragas à medio poner, y de alli à vn buen rato arremetiò con el braço muy derecho àzia la pared dando vna carrera, y diziendo: De la primera vez he llevado el anillo metido en la lança, y assi vuessas Excelencias rectissimos juezes me manden dar el mejor premio, pues de justicia se me deve à pesar de la imbidia de los circunstantes aventureros, y miradores. A la voz grande que diò, subieron vn paje, y Sancho Pança, y entrando dentro del aposento, hallaron à Don Quixote las bragas caydas, hablando con los juezes mirando al techo, y como la camisa era vn poco corta por delante, no dexava de descubrir alguna fealdad, lo qual visto por Sancho Pança, le dixo: Cubra señor desamorado pecador de mi, el etcetera, que aqui no ay juezes, que le pretendan echar otra vez preso, ni dar docientos açotes, ni sacar à la verguença, aunque harto saca V.m. à ella las suyas sin para que, que bien puede estar seguro. Bolviò la cabeça Don Quixote, y alçando las bragas de espaldas para ponerselas, baxòse vn poco, y descubriò de la trasera, lo que de la delantera avia descubierto, y algo mas asqueroso. Sancho que lo viò, le dixo: Pesia à mi sayo, señor que haze, que peor està que estava, esso es querer saludarnos con todas las inmundicias que Dios le ha dado. Riòse mucho el paje, y Don Quixote componiendose lo mejor que pudo se bolviò à èl, diziendo: Digo que soy muy contento señor Cavallero, que la vuestra batalla se haga de la suerte que à vos os parece, sea à pie, ò sea à cavallo, con armas, ò sin ellas, que

à

à todo me hallareis dispuesto, que aunque estoy seguro de la victoria, con todo me huelgo en estremo de hazer batalla con vn tan nombrado Cavallero, y delante de tanta gente, que veran por vista de ojos el valor de persona tan desamorada como yo soy. Señor Cavallero, respondiò el paje, aqui no ay alguno que pretenda hazer batalla con V.m. y si alguna avemos de hazer ha de ser de aqui à dos horas con vn gentil pavo, que està aguardandonos para ser nuestro combidado à la mesa. Esse Cavallero, replicò Don Quixote, que llamais pavo, es natural de este Reyno, ò estrangero, porque no querria por todas las cosas del mundo que fuesse pariente, ni paniaguado del señor Don Alvaro. Oyendo esto saliò de traues Sancho, diziendo: Por vida del soguero, que hizo el lazo con que se ahorcò Judas que no lo entiende V.m. con todos sus libros que ha leydo, y latines, ò ledanias que ha estudiado, baxe acà abaxo, y verà la cocina llena de asadores, con dos, ò tres ollas, como medias tinagillas de las que vsamos en el Toboso, tanto pastel en bote, pelotas de carne, y empanadas, que parece toda ella vn parayso terrenal, y aun à fe que si me pidiesse vn poco de saliva en ayunas, que no se la podria dar, que tengo en el cuerpo tres de maluasia que llaman en esta tierra, y à fe con razon, porque està mal la taça quando està vazia della, y es mejor que el de Yepes que V.m. tambien conoce, y este señor; porque el beber no me hizieste mal me diò vn panecillo blanco de cinco libras, y media, dos pescuezos el cozinero cojo, que no se si eran de abestruzes, y si serian, porque yo me comia las manos tras ellos, con todo lo qual en vn instante hize la cama à la bebida, y refozilè el estomago: Estas me parecen à mi señor, que son las verdaderas aventuras pues las topo yo en la cozina, dispensa, y boticaria, ò como la llaman, muy à mi gusto, y le perdonaria à V.m. el salario que me dà cada mes, si nos quedassemos aqui sin andar buscando meloneros que nos santiguen el espinazo, y creame V.m. que esto es lo mas acertado, que alli està el cozinero cojo, que me adora, y todas las vezes que entro à velle, que no son pocas, me hinche vn gran plato de carne friatica, que en her assi me la espeto, como quien se sorbe vn hueuo, y èl no haze sino reir de vèr la gracia, y liberalidad con que como, que es para dar mil gracias à Dios, ello es verdad, que à noche vno destos señores pajes, ò pajaros, ò que son, me dixo que sorbiesse vna escudilla de caldo que traìa en la mano, porque me daria la vida despues de Dios, y yo no cayendo en la vellaqueria la agarrè con ambas manos, y por hella servicio di tres, ò quatro sorbiscones (que no deviera) porque el grandissimo (y tengaselo por dicho) del paje, avia puesto la escudilla sobre las brasas, de manera, que me iba zorriando por el estomago abaxo, y me hizo saltar de los ojos otro tanto caldo como el que sorbi, y el cozinero, y èl,

y

y este señorete se reìan que se desquixaravan, mas à fe que no me burlen otra vez de aquella manera, porque como quedè escarmentado, denantes me diò el cozinero vna gentil revanada de melon, y la tentè muy bien primero poco à poco, por vèr si estava abrasando. O grau bestia, dixo Don Quixote, y la revanada avia de abrasar? Pero aì se hecha de vèr, que eres goloso, y que no es tu principal intento buscar la verdadera honra de los Cavalleros andantes, sino como Epicùreo henchir la pança. Hago en esso como quien soy, dixo Sancho. Estando en esto sintieron que venia à comer Don Alvaro con cinco, ò seis Cavalleros principales, de los que avian de salir à la sortija, à los quales avia combidado para dar orden en las libreas que cada vno avia de sacar en ella, y para que gustassen de Don Quixote, como de vnica pieça: y assi, se subieron derechos à su aposento, y hallandole medio vestido, y con la figura que queda dicho, rieron mucho: pero riñòle Don Alvaro porque se avia levantado contra su orden, y mandòle se bolviesse à acostar luego, porque no comeria de otra suerte. Hizolo à puras porfias, tras lo qual se puso la mesa, y traxò la comida, llamandole siempre todos ellos soberano Principe à Don Quixote. Passaron en el discurso de ello graciosos cuentos, haziendole todos estrañas preguntas de sus aventuras, à las quales respondia èl con mucha gravedad, y reposo, olvidandose muchas vezes de comer, por contar lo que pensava hazer en Constantinopla, y Trapisonda, ya con tal infanta, y yà con tal Gigante, diziendo vnos nombres tan estraordinarios, que con cada vno de ellos, davan mil arqueadas de risa los combidados, y sino fuera por Don Alvaro, que bolvia siempre por Don Quixote, abonando sus cosas, con discreto artificio, y disimulacion, algunas vezes se enojara muy de veras: Con todo les dezia, que no era de valientes Cavalleros, reirse sin proposito de las cosas que cada dia suceden à los Cavalleros andantes, qual èl era: y Don Alvaro les dixo: Bien parece señores, que Vs.ms. son noueles, y que no conocen el valor del señor Don Quixote de la Mancha como yo, pues sino saben quien es, preguntenselo à aquellos Cavalleros, que llevavan açotando por las calles el otro dia aquel soldado, que ellos diràn lo que hizo, y dixo en su presencia, y en defensa del açotado, à fin de deshazer el tuerto que le hazian, como verdadero Cavallero andante. Acabòse en estas platicas la comida, y alçaronse las mesas, y començaron à tratar de las libreas que cada vno tenia para la sortija, y las cifras, y motes que avian de llevar. Despues dixo el vno: Y el señor Don Quixote que librea ha de sacar, no dexèmos al mejor jugador sin cartas, porque à mi me parece que la saque de verde, de color de alcazel, que es esperança, pues èl la tiene de alcançar, y ganar todos premios de la sortija. Otro dixo que no, sino pues se llamava el Cavallero desamorado, saliesse de

de morado, con algun mote con que picasse à las damas. Antes por ser desamorado, dixo otro Cavallero, ha de llevar la librea blanca, en señal de su gran castidad, que no es poco, vn Cavallero de tantas prendas, estar sin amor, si ya no es, que dexe de amar, por no aver en el mundo quien le merezca. El vltimo Cavallero replicò, diziendo: Pues mi voto señores es, que pues el señor Don Quixote es hombre que ha muerto, y mata tantos Gigantes, y jayanes, haziendo viudas à sus mugeres, que salga con librea negra, que assi darà à entender à todos los que con èl pretendieren entrar en batalla, que han de tener negra la ventura. Aora sus, dixo Don Alvaro, que con licencia de Vs. ms. tengo de dar mi parecer, y ha de ser singular, como lo es el señor Don Quixote, y assi me parece, que su merced no saque librea alguna, antes como verdadero Cavallero andante, es bien salga en la plaça armado de todas pieças, y armas: y porque sean proprias las que sacare, le hago donacion de las que trae, que son las famosas de Milan, que en el Argamesilla le dexè en guarda, pues solo estan honradas en su poder, como en el mio ociosas, y porque estan algo deslustradas del polvo del camino, y de la sangre que ha derramado de diversos Gigantes, en diferentes batallas, darè orden se le limpien, y açicalen para que salga mas lucido. Por empressa baltale la que trae en el cuerpo de su adarga, que pues nadie la ha visto en Zaragoça, y desde Ariza donde la pintò hasta aqui, la ha traydo cubierta de vn cendal todo el camino, porque no se le deslustrasse: nueva serà, y bien mirada, sirviendole de alma el lançòn proprio que llevarà con ella, su gallardo talle, y la ligereza del famoso rocinante, señas bastantes para que por ellas entiendan todos, que su merecer es el ilustre Cavallero andante, que el otro dia bolviò publicamente por la honra de aquel houcado açotado, y quien ha hecho las aventuras del melonero, con las demas que mucho ignoran: Dixeron todos que era muy acertado lo que el señor Don Alvaro avia pensado, y à Don Quixote le pareciò de perlas, y assi dixo: Lo que el señor Don Alvaro ha dicho, es verdaderamente lo que importa, porque suele suceder en semejantes fiestas, venir algun famoso gigante, ò descomunal jayan, Rey de alguna isla estrangera, y hazer algunos descomedidos desafios, contra la honra del Rey, ò Principes de la Ciudad, y para abatir semejante soberbia, es bien que yo estè armado de todas pieças, y armas, y beso al señor Don Alvaro mil vezes las manos, por la liberalidad con que me haze merced, de las que venia à restituille en esta ocasion, y tierra, pero yo asseguro que con ellas haga que el traydor alevoso, de cierto Gigantazo, que và haziendo grandes desaguisados por el mundo, no se alabe que en este famoso Reyno de Aragon, no ay quien se atreva à hazer singular batalla con èl. Y saltando en vn brinco de la cama con vna repen-

repentina, y no pensada furia, se salió del aposento, y cama à la sala, con su camisa corta como estava, y metiò mano a la espada que tenia en el mismo aposento, començò à dezir à vozes, (sin que los circunstantes tuviessen tiempo de reconocerse, ni detenerle) pero aqui estoy yo, ò sobervio Gigante, contra quien no valen arrogantes palabras, ni valerosas obras, y dando seis, ò siete cuchilladas en los tapizes, que estavan colgados por las paredes, dezia: O pobre Rey, si lo eres, llegado es el tiempo en que Dios està yà cansado de tus malas obras. Los Cavalleros, y Don Alvaro, que semejante accidente vieron, se levantaron, y retiraron todos a vna parte, pensando que Don Quixote daria tambien tras ellos, y los tendria por jayanes de allà, de aliende la insula Maleandrica. Con todo Don Alvaro le asiò del braço (con notable passion de reir èl, y los demàs, de vèr la infernal vision del Manchego) diziendo: Ea flor de la Cavalleria de la Mancha, meta V.m. la espada en la vayna, y buelvase à costar, que el gigante ha huydo por la escalera abajo, y no ha osado aguardar los filos de su cortadora espada. Assi lo creo yo, dixo Don Quixote, que estos, y otros semejantes, mas temen de vozes, y palabras à vezes, que de obras, yo por amor de V.m. no le he querido seguir, pero viva, que para mayor mal suyo serà, pero yo fio, que èl se guarde de encontrar otra vez conmigo. Quedò con esto, como estava tan flaco, y debilitado, y jadeando, de suerte, que no le alcançava vna respiracion à otra: y dexandole puesto en la cama, con orden de que no se moviesse della, hasta el dia de la sortija, mandò Don Alvaro subir a Sancho para que le hiziesse compañia: y èl con los demàs Cavalleros se despidieron del, diziendo iban a vèr à los otros sus amigos Granadinos, en la posada de cierto Cavallero principal, donde posavan, para saber dellos como pensavan salir à la sortija: al qual fueron de hecho, y à dar parte à mucha gente principal, y de humor, del estraordinario que gastava Don Quixote, y de lo que con èl pensavan holgarse, y dar que reir à toda la plaça, el dia de la sortija.

CAPITULO XI.

DE COMO DON ALVARO Tarfe, y otros Cavalleros Zaragoçanos, y Granadinos jugaron la sortija en la calle del Coso, y de lo que en ella sucediò à Don Quixote.

TRes dias estuvo violentado en la cama, à puros ruegos, y guardas Don Quixote, pues tenia siempre como taies, à Sancho Pança, y algunos pajes de Don Alvaro, y dos Cavalleros amigos suyos, assi Granadinos como de los naturales de Zaragoça, con las quales passaron historias donosissimas, porque por momentos se le representava salia à la sortija, disputava con los jueces, reñia con gigantes forasteros,

teros, y otros cien mil disates, porque estava rematadamente loco, y Sancho ayudava mas à todo con sus simplicidades, y boverias. Solo tenia de bueno Don Quixote el recado, y regalo, porque se le dava bonissimo en presencia de Don Alvaro, que siempre comia, y cenava con èl acompañado de diferentes Cavalleros cada vez. Llegò, pues, el Domingo que en los que avian de jugar la sortija, para vniversal passatiempo se aprestaron, y adereçaron lo mejor que pudieron de sus ricas libreas, llevando todos solamente à la entrada del Coso vnos escudos, ò targetas blancas, y en ellas escrita cada vno la letra que mas apropósito venia à su pensamiento, y al fin de alegrar la fiesta. Pero no quiero passar en silencio, lo que avia en dos arcos triumphales, que estavan costosa, y curiosamente hechos à las dos bocas de la calle. El primero de la primera entrada como venimos de la plaça, era todo de damasco azul, de color de cielo, y estava en el medio del, por lo alto, el Invictissimo Emperador Carlos Quinto, aguelo gloriosissimo de nuestro Catolico, y gran Monarca el tercero Philipo Herminigildo, armado à la Romana, con vna guirnalda de laurel sobre la cabeça, y vn baston de General sobre la mano derecha, ocupando lo mas alto del arco dos versos latinos, que dezian desta manera:

Frena quod imperij longo moderaris ab ævo.
Austria, non hominis numinis extat opus.

El pie derecho tenia puesto sobre vn mundo de oro, y al derredor de èl vna letra, que dezia:

Mandò su medio Alexandro,
Mas nuestro Cesar de veras,
Sus tres partes mandò enteras.

El pie izquierdo tenia sobre tres, ò quatro Turcos rendidos, con vna letra latina que dezia:

Qui oves amat, in lupos sævit.

Al pie del arco de la mano derecha, arrimado à la mesma coluna del arco, estava sobre vna pequeña peaña el famoso Duque de Alva, Don Fernando Alvarez de Tolédo, armado con su baston de General en la mano derecha, y al pie de èl la fama como la pintan con vna trompa, y en ella escrito:

A solis ortu vsque ad occasum.

Al pie de la otra coluna del arco, que era la izquierda, sobre otra pequeña peaña, estava Don Antonio de Leyva armado, y con baston de General como el Duque, y tenia esta letra sobre la cabeça:

Si bien à mi Rey servi,
Bien tambien premiò mi amor,
A mi Don, dando vn señor.

El segundo arco era todo de damasco blanco bordado, y sobre lo alto de èl estava el prudentissimo Rey Don Phelipe Segundo, riquissimamente vestido, y à sus pies este famoso epigrama, del excelente Poeta Lope de Vega Carpio, familiar del Santo Oficio.

Philippo Regi cesari invictissimo,
Omnium maximo Regum triumphatori,
Orbis vtrisq; & maris felicissimo

Ga-

Catholici Charoli ſucceſſori,
Totius Hiſpaniæ principo digniſſimo,
Eccleſiæ Chriſti, & fidei deffenſori
Fama (præcingens tempora alma, lauro)
Hoc ſimulacrum dedicat ex auro.

A la mano derecha eſtava ſu Chriſtianiſsimo, y vnico Phenix, Don Phelipe tercero nueſtro Rey, y ſeñor veſtido todo de vna tela riquiſsima de oro, con dos verſos juntos aſsi, que en lengua latina dezian:

Nulla eſt virtutis ſpecies quæ maxime Princeps,
Non colat ingenium nobilitate tuum.

A la ſinieſtra mano eſtava el inviciſsimo Principe Don Juan de Auſtria, armado de todas pieças, con el baſton de General en la mano, y pueſto el pie derecho ſobre la rueda de la fortuna, y la meſma fortuna que con vn clavo, y martillo, clavava la rueda haziendola immoble, y eſta letra:

El merecimiento inſigne,
Que te levantò en mi rueda
Qual clavò la tiene queda.

Otras muchas curioſidades de enigmas, y cifras avia en los arcos, que por evitar prolixidad, y no hazer à nueſtro propoſito ſe dexan. Solo digo, que el dia que la ſortija ſe avia de jugar, eſtuvo en comiendo la calle del Coſo riquiſsimamente adereçada, y compueſtos todos ius balcones, y ventanas, con brocados, y tapizes muy bien bordados, ocupandolos infinitos ſeraphines, con eſperanças cada vno de recebir de la mano de ſu amante, de la de alguno de aquellos Cavalleros aventureros la joya que ganaſſe. Vino à la fieſta la nobleza del Reyno, y Ciudad, Viſorrey, Juſticia mayor, Diputados, Jurados, y los demas titulos, y Cavalleros, poniendoſe cada vno en el pueſto que le tocava. Vinieron tambien los juezes de la ſortija muy acompañados, y galanes, que como hemos dicho, eran vn titular, y dos Cavalleros de habito, y puſieronſe en vn tablado no muy alto, curioſamente compueſto. A cuyo recibimiento començaron à ſonar los meneſtriles, y trompetas, y al miſmo ſon començaron à entrar por la ancha calle de dos en dos los Cavalleros que avian de correr. Los primeros fueron dos gallardos mancebos con vna meſma librea, ſin diferenciar en cabellos, ni veſtidos, que eran de raſo blanco, y verde, con plumas en los bonetes, de lo alto de las quales ſacò el vno vna mano con vn rico ſalero, cuya ſal iba derramando ſobre las miſmas plumas, que davan al viento eſta letra:

En mi alma, el Sol divino
Los rayos con que me inflama
Qual ſol de gracias derrama.

El otro que era recien caſado con vna dama muy hermoſa, venia pintado en el eſcudo trayendola el miſmo de la mano, como que la eſcudereava, con vna letra qual la ſiguiente.

Della gozo, y me ha quedado
Por ſer tan vnica, y bella,
Solo el temor de perdella.

Tras eſtos ſalieron otros dos, entrambos veſtidos de damaſco azul, ricamente bordado: traian eſta librea

brea, porque ambos eran moços enamorados, y zelosos, el vno traia en el escudo pintada vna ferocissima leona, vestida de piel de oveja, y èl mismo venia pintado, y puesto de rodillas delante della, y con esta letra.

Solo con piel de cordero
De palabras me corona,
Que en las obras es leona.

El otro llevava en campo negro el retrato de su dama, à quien èl quitava la gorra, pedia la mano negandosela ella con desden, causa por la qual avia venido à la sortija, y siendo mancebo desbarbado saliò con barbà blanca postiza, disfraz que diò harta suspension à toda la gente que le conocia, pero quitavasela esta siguiente letra, que traìa en el escudo.

Amando tan desamado
Caducando juzgo estoy,
Y assi dello muestras doy.

Tras estos dos entraron otros dos, tambien gallardos moços, totalmente diferentes en las libreas, porque el vno venia vestido de tela de plata, ricamente bordado sobre vn cavallo blanco, no menos ligero que el viento, trayendo en el escudo en campo tambien blanco, el retrato de su dama, la qual abaxandose dava la mano à vn muerto, que estava ya con la mortaja puesta, y venia por Cruz en los pechos esta letra.

Matòme su vista sola
Mas por su divina mano,
Nueva vida, y gloria gano.

El segundo era vn mancebo recien casado, rico de patrimonio; pero grandissimo gastador, y tan prodigo, que siempre andava lleno de deudas, sin aver mereader, ni oficial à quien no devielle, porque aqui pedia, acullà engañava, aqui hazia vna moatra, alli empeñava, yà la mas rica cadena de oro que tenia, ya su mejor colgadura, de suerte, que despues que el padre le faltò, andava tan empeñado, que la necessidad le obligava à no vestir sino vayeta, atribuyendolo al luto, y sentimiento de la muerte de su padre, y para satisfazer à la murmuracion del vulgo, traìa pintada en el campo negro de la adarga vna beata, cubierta tambien de negro, mas obscura que el del campo de la adarga, con esta letra.

Pues beata es la pobreza
Cubrame la mia bien,
Vayeta, y vaya me den.

Tras estos entraron veinte, ò treinta Cavalleros de dos en dos, con libreas tambien muy ricas, y costosas, y con letras, cifras, y motes graciosissimos, y de agudo ingenio, que dexo de referir, por no hazer libros de versos, el que solo es Coronica de los quimericos hechos de Don Quixote, y assi de sola su entrada harèmos mencion, lo qual fue en la retraguardia de todos los aventureros, al lado del señor Don Alvaro Tarfe, que esta traça avian dado para su entrada los juezes. Venia Don Alvaro en vn buen caval o Cordovès, rucio, rodado, enjaezado ricamente, el vestido de tela de oro, bordado de azuçenas, y rosas enlazadas,

y

y en el campo blanco de ſu eſcudo traìa pintado à Don Quixote, con la aventura del açotado muy al vivo, y eſta letra en èl.

Aqui traygo al que ha de ſer,
Segun ſon ſus diſparates,
Principe de los Orates.

Con la letra rieron todos, quantos ſabian las coſas de Don Quixote, èl qual venia armado de todas pieças, trayendo haſta ſu morrion en la cabeça. Entrò con gentil continente ſobre rocinante, y en la punta del lançon traìa con vn cordel atado vn pergamino grande tendido, eſcrita en èl con letras goticas el Ave Maria, y ſobre los motes, y pinturas que traìa en ſu adarga, avia añadido à ellas eſte quartete, en explicacion del pergamino que traìa pendiente de la lança.

Soy muy mas que Garcilaſo,
Pues quitè de vn Turco cruel,
El ave, que le honra à èl.

Maravillavaſe mucho el vulgo de vèr aquel hombre armado para jugar la ſortija, ſin ſaber à que propoſito traìa aquel pergamino atado en la lança, ſi bien de ſolo vèr ſu figura, flaqueza de rocinante, y grande adarga llena de pinturas, y figuras de vellaquiſsima mano, ſe reìan todos, y le ſilvavan. No cauſava eſta admiracion ſu viſta à la gente principal, pues ya todos los que entravan en eſte numero, ſabian de Don Alvaro Tarfe, y demas Cavalleros amigos ſuyos, quien era Don Quixote, ſu eſtraña locura, y el fin para que ſalia à la plaça, pues era para regozijarla con alguna diſparatada aventura, y no es coſa nueva en ſemejantes regocijos, ſacar los Cavalleros à la plaça, locos veſtidos, y adereçados, y con humos en la cabeça, de que han de hazer fuerte, tornear, juſtar, y llevarſe premios como ſe ha viſto algunas vezes, en Ciudades principales, y en la miſma Zaragoça. Con preſupueſto, pues, de regocijar la plaça, paſſaron todos aquellos Cavalleros delante de ſus damas, haziendoles la devida corteſia, qual hazia hincar al enſeñado cavallo de rodillas, delante de aquella que era ſeñora de ſu libertad, qual le hazia dàr ſaltos, y corcovos con mucha ligereza, qual le hazia hazer caracoles, y finalmente todos hazian todo lo que con ellos podian para parecer bien. Solo el de Don Quixote iba pacifico, y manſo, el qual llegando con Don Alvaro à emparejar con el balcon donde eſtavan los juezes, haziendo vna cumplida corteſia los dos al titulo, y a los demàs: vno dellos que era el de mejor humor ſe echò ſobre el antepecho del tablado, y hablò à Don Quixote deſta manera en voz alta, con riſa de los circunſtantes. Famoſo Principe, eſpejo, y flor de la Cavalleria andanteſca, yo, y toda eſta Ciudad eſtamos en eſtremo agradecidos de que V. m. aya tenido por bien, el avernosla querido honrar, con ſu valeroſa perſona, ello es verdad, que algunos deſtos ſeñores Cavalleros eſtan triſtes, porque tienen por coſa cierta, que V. m. les ha de ganar en eſta ſortija las mas precioſas joyas, pero yo he

determinado aunque V. m. las merezca, y gane todas, no darle fino solamente vna de las mas preciosas, para mejor poder assi satisfazer à todos estos Principes, y Cavalleros. Don Quixote con mucho sossiego, y gravedad, le respondiò, diziendo: Por cierto ilustrissimo juez, mas recto que Rodamonte, espejo de los juezes, que estoy tan pesaroso en no averme hallado en las justas passadas, que estoy para rebentar, mas la causa fue el estar ocupado en no se que aventuras de no pequeña importancia: pero ya que en ellas no pude por mi ausencia mostrar el valor que ay en mi persona, quiero que en esta sortija (aunque ello es cosa de juguete, para mis exorbitantes brios) V. m. vea con sus ojos, si todo lo que ha oydo dezir de mi, y de mis cosas, son tan firmes, y verdaderas como las de Amadis, y las de los demàs Cavalleros antiguos que tanta honra ganaron por el mundo: aunque bien se echarà de vèr mi valor, pues yà esta mañana al asomar por los balcones de nuestro orizonte, el ardiente enamorado de la esquiva Daphnes, me corone con el ave de la fortaleza de Dios, que es dezir, de la que traxo à la Virgen el Angel San Gabriel, aviendola quitado como muestra la letra de mi adarga, à vn desaforado Turco que la traìa colgando de la cola de vn sobervio frison, con quien passò delante de mi balcon, irritando mi Christiana paciencia. Pero topò en mi otro Manchego Garcilaso, con mas brios, y años que el primero, que vengò tal insolencia. Con esto tomò el juez que hablava con Don Quixote su pergamino, y adarga, y enseñandolo todo à los otros dos juezes, y demàs Cavalleros que los acompañavan, despues de averlo mirado, y bien reìdo, se lo bolviò todo. Passò adelante Don Quixote, tomadas sus prendas, pomponeandose, y mirando muy hueco à todas partes, y llegando al cabo de la calle, donde los demas que avian de jugar la sortija estavan parados, començaron à sonar las chirimias, y trompetas, en señal de que los primeros Cavalleros querian ya empeçar à correrla. Avian ordenado los juezes, que despues de aver corrido todos la sortija, se darian cada vez quatro joyas, à los quatro Cavalleros, que mejor lo huviessen hecho: assi desta vez se las dieron à quatro, aunque solo el vno dellos se llevò el anillo en la lança, que fue Don Alvaro Tarfe, que quiso correr con los primeros. El qual por orden de los juezes, dixo à Don Quixote, que no corriesse hasta la postre, porque assi convenia. Llevaron aquellos Cavalleros los precios que avian ganado, cada vno à su dama, y Don Alvaro que tenia el sujeto de sus passiones en Granada, diò el suyo, que era vnos guantes de ambar, ricamente bordados, à vna doncella, harto hermosa, hermana de vn titular de aquel Reyno, la qual la recibiò con muestras de gran cortesia, y agradecimiento. Corrieron segunda vez, y fueles dado el premio à otros quatro, de los quales los dos se llevaron el anillo,

y

y estos como los primeros, les presentaron à sus damas: de suerte, que muy pocos, ò ningun Cavallero huvo, que no presentasse joyas à la dama que mejor le parecia. Pues como ya se hiziesse tarde, y Don Quixote diesse prisa à Don Alvaro, que le dexasse correr su lança, sino que à pesar de quantos juezes avia en la Europa correria. Advertida su locura de los juezes, hizieron señas à Don Alvaro para que le dexasse correr dos carreras: y assi, tomandole èl por la mano, lo puso enmedio de la calle, frontero del anillo, aguardando la seña de las trompetas, al son de las quales, partiò nuestro Cavallero, solo con su adarga en el braço izquierdo, espoleando muy aprisa à rocinante, que con toda la que èl le dava, corria poco mas de à medio galope, pero fue tan desgraciado, que llegando à la sortija, echò el lançon cosa de dos palmos mas arriba della, por encima de la cuerda, y acabando la carrera baxò muy à prisa la lança, mirando con mucha atencion si llevava en ella el anillo: lo qual causò notable risa en toda la gente, y mas viendo, que como èl no la hallò en ella, començò con gran colera à bolver el cavallo al principio de la carrera, adonde estava Don Alvaro, que le dixo con dissimulacion: V.m. señor Don Quixote, dè luego al punto segunda carrera, porque el cavallo no se le resfrie, que aunque V. m. no llevò la sortija, el golpe ha sido estremado, pues fue por arriba, no mas de media vara. Don Quixote sin responderle palabra bolviò la rienda à rocinante, y començò à correr, no con poca risa de los que le miravan, yendo Don Alvaro à medio galope tras èl: llegò, pues, Don Quixote à la sortija segunda vez, y con la colera, y turbacion que llevava, errò la por parte de abaxo otra media vara, pero el discreto Don Alvaro, viendo quan desgraciadamente lo avia hecho su compañero, puesto de pies sobre los estribos, alargò quanto pudo la mano desde el cavallo, y asiendo la sortija, y llegandose à Don Quixote con mucha sutileza se la puso en el hierro de la lança, que lo pudo hazer sin que èl lo echasse de vèr, por llevarla puesta sobre el ombro, desque hizo el golpe en señal de gala, y dixole: Ha mi señor Don Quixote, lustre de la Mancha, victoria, victoria, que la sortija lleva V. m. en la lança sino me engaño. Mirò arriba Don Quixote (el qual no pensava aver topado en ella como era la verdad) y dixo: Yà yo me maravillava señor Don Alvaro, de que dos vezes la huviesse errado, pero la culpa de la primer carrera la tuvo rocinante, que mala Pascua le de Dios, pues que no passò con la velocidad que yo quisiera. Todo se ha hecho muy bien, dixo Don Alvaro, y assi vamos à los juezes, y pidales V.m. la justicia q̃ tiene. Iba el buen hidalgo tan ancho, y vanaglorioso, que no cabia en toda la calle, y puesto delante los juezes, dixo levantãdo la lança cõ la sortija puesta en ella: Miren vuessas señorias lo que pide esta lãça, y el anillo q̃ della cuelga, y adviertan, q̃ ella mesma por si

demanda el premio que justamente se me deve. El juez que al entrar de la plaça avia hablado con è, avia hecho traer à vn paje dos dozenas de agujetas grandes, de cuero, que valdrian hasta medio real, y tomandolas en la mano, llamando primero à todos los Cavalleros, para que oyessen lo que dezia à Don Quixote, se las atò en el lançon, diziendole en voz alta: Yo segundo Rey Fernando, os doy con mi propria mano, à vos el invicto Cavallero andante flor de la andantesca cavalleria, esta insigne joya, que son vnas cintas traydas de la India, hechas del pellejo del ave Fenix, para que las deis, pues sois Cavallero desamorado, à la dama que os pareciere que tiene menos amor de quantas ocupan essos balcones, y fuera de esso os mando sopena de mi desgracia, que vos, y Don Alvaro Tarfe ceneis conmigo en mi propria casa esta noche, juntamente con vn escudero vuestro, de quien sè que es fidelissimo, y digno de servir à persona de vuestras prendas. Tocaron luego las chirimias, y Don Quixote al son dellas fue mirando à todos los balcones, y ventanas, y viò en vna que estava algo baxa, à vna honrada vieja, que debia saber mas de la propriedad de la ruda y berbena, que de recebir joyas: la qual estava con dos doncellas afeytadas, de las que se vsan en Zaragoça: à esta, pues, llegò nuestro Cavallero, y poniendole las agujetas en el poyo de la ventana con el lançon, la dixo en voz q̃ todos lo pudieron oir. Sapientissima Vrganda la desconocida, este vuestro Cavallero à quien tanto siempre vos aveis favorecido en todas las ocasiones, os suplica le perdoneis el atrevimiento, y recibais estas peregrinas cintas, hechas segun estoy informado, del mismo ave Fenix, y tenedlas en mucho, porque valen vna Ciudad. Las dos mugeres que semejantes razones oyeron dezir à aquel hombre armado, y veìan que todo el mundo se estava riendo de verle presentar las agujetas de cuero à vna vieja, tal qual la que las acompañava, que passava de los sesenta, corridas, y medio riendose, le dieron con la ventana en los ojos cerrandola, y entrandose dentro sin hablarle palabra. Quedò algo corrido Don Quixote del suceso, pero Sancho Pança, que desde el principio de las justas avia estado con dos moças de cozina, à vèr la sortija, y los premios que su amo avia de ganar, como viò que dava las agujetas a aquella vieja, y no las avia querido recebir, antes le avia cerrado la ventana, levantò la voz, diziendo: Cuerpo de quien la pariò à la muy puta vieja, del tiempo de Mari Castaña, muger del gran judio, y mas puto viejo de los dos de Santa Susana, assi ha de cerrar la ventana à vno de los mejores Cavalleros de todo mi lugar, y no ha de querer recebir las agujetas que le dan, y mal provecho le hagan si buena no ha de ser: pero que ha de ser, quien como mi señor dize, se llama Vrganda, y siendolo, mal puede merecer tales agujetas, que segun ellas son de grandes, y buenas, sin duda deven de ser de perro, pues

pues à fé que si agarro vn medio ladrillo, que yo las haga à todas que abran aunque les pese. Y bolviendose à Don Quixote, le dixo: Echelas acà V.m. pues no las quieren, ni merecen, que yo las guardarè, y esso nos ahorraremos, y mas que yo he menester vna como el pan de la boca, para mis çaraguelles, que ya tengo esta de delante llena de ñudos: muesse acà digo, cuerpo non de Dios, pues servirán para esta mejor ocasion. Don Quixote abaxò la lança, diziendo: Toma Sancho, guarda estas preciosas cintas, y metelas en nuestra maleta hasta su tiempo: Sancho las tomò, diziendo, miren cuerpo de barrabàs lo que no quiso. la muy hechizera, pues en buena fe que no me las saquen de las viñas aora por menos de veinte maravedis, aunque no los valgan, que por el menorete son de liebre, ò trucha, ò no sè de que diablos. Llegaronse diez, ò doze personas à ver las joyas de las agujetas, que aquel labrador tenia en la mano, y fue el caso, que entre aquella gente que se juntò, llegò vn moço de harta poca ropa, no menos ligero de pies, que sutil de manos, el qual con suma presteza, asiò de dichas agujetas, y tomando las armas del conejo, en quatro brincos se puso fuera de la calle del Cosso. Esto no lo viò Don Quixote, que à verlo, la mayor tajada del moço fuera la oreja. Pero el bueno de Sancho Pança, que estava seguro à su parecer, de caso tan repentino, començò à dar vozes, diziendo: Tenganle señores, tenganle pecador de mi, que me lleva hurtada la mejor joya del Torneo. Mas quando el pobre viò las esperanças perdidas de poderle alcançar, començò à llorar amargamente, mesandose las espesas barbas, juntando vna mano con otra, y diziendo: O desventurado de la madre que me pariò, ò dia aziago para mi, pues en èl he perdido vnas agujetas tan preciosas, y las mejores de toda la Lombardìa: ay de mi que harè? Y què cuenta darè à mi señor de la joya que me encomendò? Què escusa tendrè para huir de su andantesca colera, para que no me sacuda con ella las costillas con algun ñudoso roble. Si le digo que las he perdido, tendrame por escudero desmazalado, y si le digo que me las hurtò vn picaro, tomarà tanto enojo, que desafiarà luego à batalla campal; no solamente al que las hurtò, sino à quantos picaros se pueden hallar en toda la picardia, no vendria ya la muerte à llevarme para sì, antes que passar tan gran dolor. Yo digo, que de muy buena gana me mataria, sino fuera porque temo hazerme mal: alto, manos à la labor, yo quiero ir luego al cozinero coxo de Don Alvaro, y pedirle dos quartos prestados, para comprar vna soga, y ahorcarme con ella, que despues se los tornarè doblados, y si acaso hallo algun arbol (como sea tal, que desde èl pueda llegar los pies al suelo) echarè el cordel en la primera rama, y aguardarè à que passe algun hombre caritativo, à quien rogarè con muchas lagrimas me haga limosna, y charidad de ayudarme à ahorcar

por

por amor de Dios, que soy vn pobre hombre, huerfano de padre, y madre, y assi alto, quedate con Christo Don Quixote de la Mancha, el mas valiente Cavallero de quantos andantes cria el cierço, y la tramontana, quedate en paz tambien rocinante de mi alma, y acuerdate de mi, pues yo me acordava de ti todas las vezes que te iba à echar de comer, y acuerdate tambien de aquel dia en que passando descuydado por junto tu postigo trasero, diziendote, amigo rocinante como và, y tu que no sabias aun hablar romance, me respondiste con dos pares de castañetas, disparando por el puerto muladar vn arcabuçazo, con tanta gracia, que sino le recibiera entre ozicos, y narizes no se que fuera de mi. Quedate, pues, rocin de mis ojos con la bendicion de todos los rocines de Ronces Valles, que si supiesses la tribulacion en que estoy puesto, yo fio me embiaràs algun consuelo, para alivio de mi gran dolor. Aora sus, yo voy à contar mi desgracia, como digo, à mi amigo el cozinero, de quien espero algun remedio, pues mas vale que lo que se ha de hazer temprano se haga tarde, que al que Dios madruga mucho se ayuda, en fin allà daras sayo en casa el rayo, pues mas vale buytre volando, que pajaro en mano, y a este compàs se fue ensartando mas de quarenta refranes à despropòsito.

***

CAPITULO XII.

COMO DON QUIXOTE, y Don Alvaro Tarfe fueron combidados à cenar con el juez que en la sortija les combidò, y de la estraña, y jamàs pensada aventura que en la sala se ofreciò aquella noche à nuestro vàleroso hidalgo.

ACabada de jugar la sortija, y de aver corrido en ella los Cavalleros de dos en dos, delante de toda la Ciudad. Desocuparon todos sus puestos, bolviendose à sus casas, por venir la noche, para hazer pues lo mesmo Don Alvaro asiò de la mano à Don Quixote, diziendole: Vamos mi señor Don Quixote à dar vn par de bueltas por essas calles, mientras se haze hora de acudir à cenar con el señor que V.m. sabe, que como juez liberalissimo nos ha combidado esta noche. Vamos, dixo Don Quixote, donde V. m. mandare, y sin que huviesse remedio con èl de que diera la adarga, y lançon à vn page, para que, como Don Alvaro queria, lo llevasse à su casa, se fue con con todo este carruage acompañandole. Llegaron à muy buena hora en la noble casa del huesped que los avia combidado à cenar, y tomando en el zaguan vn page suyo la lança, y adarga de Don Quixote se apearon, y subieron al punto al aposento de Don Carlos, (que assi se llamava el juez) el qual se levantò (con otros Cavalleros amigos que tenia tambien

bien combidados) para ir à abraçar à Don Quixote, como lo hizo, diziendole: Bien ſea venido el ſeñor Cavallero andante, y con la ſalud que todos deſeamos, como lo hazemos tambien, que para mayor alivio del trabajo paſſado, ſe quite V.m. las armas, pues eſtà en parte ſegura, y entre amigos, que deſean ſervir à V.m. y aprender de ſu valor todo buen orden de milicia, que creo lo avemos bien meneſter ſegun lo mal que los Cavalleros lo han hecho en la ſortija, que ſi V.m. no remediara ſus faltas, quedaran las fieſtas harto frias. Don Quixote le reſpondiò: Señor Don Carlos, yo no tengo por coſtumbre en ninguna parte que vaya, ſea de amigos, ò enemigos quitarme las armas, por dos razones. La primera, porque trayendolas ſiempre pueſtas ſe haze el hombre à ellas, que como dizen los Philoſophos, *ab aſſuetis non fit paſſio.* Pues la coſtumbre como V. m. ſabe, convierte las coſas en naturaleza, con que ningun trabajo ay que dè peſadumbre. La ſegunda, porque no ſabe el hombre de quien ſe ha de fiar, ni lo que le puede acontecer, por ſer varios los ſuceſſos de la guerra, y me acuerdo aver leìdo en el autentico libro de las hazañas de Don Belianis de Grecia, que yendo èl, y otro Cavallero armados de todas pieças, perdidos por vn boſque llegaron à cierto prado donde hallaron diez, ò doze ſalvages que eſtavan aſando vn venado, los quales por ſeñas les combidaron à comer del. Los Cavalleros que llevavan no poca neceſsidad, y hambre, viendo la humanidad que moſtravan aquellos barbaros, baxaron de ſus cavallos quitandoles los frenos, para que paciſſen, pero ellos no ſe quiſieron quitar las celadas, ſino levantadas vn poco las viſeras, ſentados en las yervas comieron de vna pierna del venado, que los ſalvajes les puſieron delante, y apenas huvieron comido media dozena de bocados, quando concertados entre sì, en lenguage que no entendieron los foraſteros, llegando paſsito por detràs dos dellos con dos maças, y aun tiempo les dieron tan fuertemente ſobre las cabeças, que à no llevar pueſtas las celadas, fueran ſin duda fatal ſuſtento de aquellos barbaros, con todo cayeron en tierra aturdidos, y ellos con grande algazara començaron à deſarmarlos, pero como no ſabian de aquel meneſter, no hazian ſino rebolverlos por aquel prado acà, y acullà. De ſuerte, que dandoles vn poco el viento, y viendo el triſte eſtado en que ſus coſas eſtavan, ſe levantaron muy ligeramente, y metiendo mano en ſus ricas eſpadas, començaron à dar tras los ſalvajes como en real de enemigos, ſin dar revès con que no hizieſſen de vn ſalvaje dos, por eſtar deſnudos. Dezia eſto Don Quixote con tanta colera, que metiendo èl tambien mano en ſu eſpada, proſiguiò diziendo: Dando aqui tajos, acullà cuchilladas, aqui partian vno haſta los pechos, allì dexavan otro en vn pie como grulla, haſta que mataron la mayor parte dellos. Don Carlos le hizo embaynar

baynar riendo con aquellos Cavalleros, de la colera que avia tomado contra los salvajes, pues parecia que los tenia delante, y asiendole por la mano, y entrandole en otra sala, hallaron puestas las mesas para cenar: donde bolviendo la cabeça Don Carlos, dixo à vn paje suyo de los que alli estavan: Id volando à la posada del señor Don Alvaro, pues ya sabeis, y llamad al escudero del señor Don Quixote, Sancho Pança, diziendole, que su amo le manda se venga luego con vos, que tambien està combidado, y no vengais sin èl de ninguna suerte. Tomò el paje la capa, fue por èl al momento, y hallandolo en la cozina con el cozinero, à quien con mucha melancolia estava contando la desgracia del hurto de las preciosas agujetas, le dixo: Señor Sancho V. m. se venga conmigo al instante, porque el señor Don Quixote le llama, viendo que mi señor Don Carlos no se quiere assentar à la mesa con los combidados hasta verle à V.m. en la sala. Señor paje (respondiò con mucha flema Sancho) V. m. podrà dezir à essos señores, que les beso las manos, y que no estoy en casa, y que por esto no voy: y porque ando por la plaça buscando vn cierto negocio de importancia que se me ha perdido. Pero que si Dios me alumbra con bien para que lo halle, les doy palabra de ir luego. Esso no, dixo el paje, V. m. ha de venir conmigo, que assi me lo han mandado, porque es tambien combidado à la cena. Hablàra yo para mañana, respondiò Sancho, que siendo assi, claro està que iré de muy buena gana al punto, y à fe que me coge en tiempo que no tengo muy mala disposicion, porque ha mas de tres horas, que no ha entrado en mi cuerpo cosa alguna, sino es vn platillo de carne fiambre, y vn panecillo que me diò aqui el señor cozinero, que Dios guarde, con que me tornò el alma al cuerpo, pero vamos, que no quiero hazer falta, ni que me tengan por descuydado. Fueronse ambos, en diziendo esto, despidiendose primero del cozinero, llegaron à la sala donde estavan ya cenando, Don Carlos à la cabecera de la mesa con Don Quixote à su lado, y los demàs Cavalleros por su orden, que serian mas de veinte. Llegò Sancho junto à su amo, y quitandose la caperuça con entrambas manos, haziendo vna gran reverencia, dixo: Buenas noches dè Dios à vuessas mercedes, y los tenga en su santa gloria. O Sancho, dixo Don Carlos, seais bien venido, pero como dezis que Dios nos tenga en su santa gloria, pues aun no somos muertos, sino es que estos Cavalleros lo estèn de hambre, segun es la cena poca, aunque si es assi, su falta suplirà mi voluntad, que es mucha. Mi señor, dixo Sancho, como para mi no ay otra gloria, sino quando està la mesa puesta, tengola grande, viendo sobre esta tantos platos, llenos de abestruzes, y carne, y de pastel en botes, que no puedo tragar la salvia de contento. Tomò Don Alvaro Tarse en esto vn melon que estava en la mesa, y le diò à Sancho, diziendo: Provad

San-

Sancho este melon, y si sale bueno, yo os darè su peso de carne de la deste plato. Davale con el vn cuchillo para que le hiziesse la cala, y èl dixo que no le avia ido bien en el melonar de Ateca, en partir con cuchillo los melones, y que assi le partiria con su licencia, como los partia en su tierra, y diziendo esto le dexò caer de golpe en el suelo, y luego le levantò hecho quatro pieças, diziendo: Hele aqui partido de vna vez à V. m. sin andar hendo revanadicas con el cuchillo. A fe Sancho, dixo Don Carlos, que sois curioso, y me huelgo de vuestra discrecion, pues hazeis de vna vez, lo que otros no hizieran de ocho. Tomad, que por mi os aveis de comer este capon, (esto dixo dandole vno famoso que avia en vn plato) que me dizen que para hazello os ha dado Dios particular gracia. La santa Trinidad se lo pague à V. m. replicò Sancho, quando deste mundo vaya. Tomò el capon, el qual estava ya partido por sus junturas, y espetosele casi invisiblemente. Viendo la sutileza de sus dientes los pajes, dieron en vaziarle en la caperuça, quantos platos alcançavan de la mesa, con lo qual se puso en breve rato Sancho vna trompa de Paris: pero Don Carlos tomando vn gran plato de albondiguillas dixo: Atreveros heis Sancho à comer dos dozenas de albondiguillas, si estuviessen bien guisadas. No sè, respondio Sancho, que cosas son albondiguillas, albondigas si, que las ay en mi pueblo, pero no son essas de comer, sino el trigo que està dentro despues de amasado. No son sino estas pelotillas de carne, dixo Don Carlos, dandole el plato, el qual tomò Sancho, y vna à vna, como quien come vn razimo de vbas se las metiò entre pecho, y espaldi, con harta maravilla de los que su buena disposicion veìan: y en acabando de comerlas, dixo: O hi de puta traydores, y que bien me han sabido, pardiez que pueden ser pelotillas con que jueguen los niños del limbo; à fe que si torno à mi lugar, que en vn huerto que tengo junto à mi casa, he de sembrar por lo menos vn celemin dellas, porque sè que no se siembran en todo el Argamesilla, y aun podrà ser si el año se acierta, que los Regidores me las pongan à ocho maravedis la libra, y si es assi no serà oydas, ni vistas. Dezia esto Sancho tan sencillamente, como si en realidad de verdad fuera cosa que se pudiera sembrar, y viendo que todos se reìan, dixo: Solo vn desconveniente hallo yo en sembrar estas, y es, que como soy de mi naturaleza aficionado à ellas, me las comeria antes que llegassen à madurar, fino es que mi muger me pusiesse algun espantajo, para que no llegasse à ellas, y aun Dios, y ayuda que bastasse. Casado sois Sancho, dixo Don Carlos, segun esso. Para servir à V. m. con mi muger lo soy, replicò Sancho, la qual le besa muchas vezes las manos, por la merced que me haze. Rieron todos de la respuesta, y preguntòle de nuevo Don Carlos si era hermosa: à lo qual respondiò: Y como, cuerpo de San Ciruelo si es hermosa, ello

es

es verdad, que si bien me acuerdo hará por estas yervas que vienen cincuenta y tres años, y está vn poco la cara prieta de andar al Sol, con tres dientes que le faltan arriba, dos muelas abaxo: mas con todo esso, no ay Aristoteles que le llegue al çapato, solo tiene que en llegando à su poder los dos, ò tres quartos, luego los deposita en casa de Juan Perez tabernero de mi lugar, para llevallos despues de agua de cepas; en vn jarro grande que tenemos desbocado, de puro boquearle ella con la boca. Vuestra muger buena bevedora, dixo Don Carlos, y vos siempre con buena disposicion de comer, hareis muy buenos calados, y alargando la mano tras esto a vn plato grande que tenia seis pellas de manjar blanco, le dixo: Aveis dexado Sancho algun rincon desembaraçado para comer estas seis pellas? Que segun aveis comido no tendreis apetito dellas. Beso à V.m. las manos (dixo Sancho alargando las suyas, y tomandolas) por la que me haze, y fie de mi que me las comerè siendo Dios servido, y su bendita madre, y apartandose à vn lado se comiò las quatro con tanta prisa, y gusto, como dieron señales dello las barbas que quedaron no poco enxaluegadas del manjar blanco, las otras dos que del le quedavan, se las metiò en el seno con intencion de guardarlas para la mañana. Acabada la cena se sentaron todos, quitadas las mesas por su orden, al rededor de la sala, y Don Alvaro Tarfe, y Don Quixote à la mano izquierda de Don Carlos, que hizo sentar à sus pies à Sancho Pança. A la que platicavan Don Alvaro con Don Quixote (haziendole dezir mil disla-tes, por lo que en la cena avia estado mudo, parte por dar lugar à que gustassen de Sancho los combidados, y parte por las quimeras que rebolvia en su entendimiento, sobre la vengança que seria bien tomasse de la sabia Vrganda, que tan en publico le avia desfavorecido, cerrandole la ventana sin aceptar las preciosas agujetas que le presentava) y Don Carlos con Sancho Pança, y los demàs Cavalleros entre si. Entraron por la sala dos estremados musicos con sus instrumentos, y vn moço que traian los representantes, gallardo çapateador: Cantaron muchas y muy buenas letras, y tonos los musicos, y despues çapateò, y volteò el moço por estremo, y mientras lo iba haziendo, baxò Don Carlos la cabeça, y preguntò à Sancho, de manera que todos lo pudieron oìr, si se atreveria à dar algunas bueltas de las que aquel moço dava; el qual respondiò bostezando, y haziendose la cruz con el dedo pulgar en la boca, porque le cargava el sueño con la mucha cena: Pardiobre señor que voltearia yo indifsimamente recostado aora sobre dos, ò tres jalmas, este diablo de hombre no deve de tener tripas, ni asadura, pues tan ligero salta, y si està hueco por de dentro, no ay mas que meterle vna candela encendida por el organo trasero, y servirà de linterna. En esto llamò Don Carlos à vn paje, y le hablò al oydo, diziendo: Andad, y dezid al Secretario que ya

es hora. Hase de advertir, que entre Don Alvaro Tarfe, Don Carlos, y el mismo Secretario avia concierto hecho de traer aquella noche à la sala vno de los Gigantes que sacan en Zaragoça el dia del Corpus en la procesion, que son de mas de tres varas en alto, y con serlo tanto, con cierta invencion los trae vn hombre solo sobre los ombros. Pues estando la gente como he dicho en la sala, en recibiendo el recado de Don Carlos, el Secretario, entrò con el Gigante por vn cabo della, que de proposito estava ya sin luz, y encima de la puerta por donde entrò, estava en lo alto junto al techo vna ventana pequeña à modo de claraboya, que venia à dar en la cabeça del mismo Gigante, por ser de su misma altura, y por la qual arrimado à ella, avia sin ser visto, de hablar el Secretario, que en sacando, y poniendo en dicho puesto, al que traìa sobre sus ombros dicho Gigante, se bolviò à entrar, para ponerse en dicha ventanilla. A la vista primera, que todos tuvieron del Gigante, hizieron de industria como que se alborotavan, poniendo las manos sobre las guarniciones de las espadas. Mas Don Quixote se levantò, diziendo: Las Vs. ms. se sosiegen que esto no es nada, y yo solo se que cosa puede ser, que destas aventuras cada dia sucedian en casa de los Emperadores antiguos: sientense todos digo, y veremos lo que este Gigante quiere, y conforme à ello se le dara la respuesta. Todos se assentaron, y el Secretario que era vn hombre muy discreto, y estava bien enseñado de lo que avia de hazer, quando viò toda la gente sossegada, començò à dezir en voz alta: Quien de vosotros aqui, es el Cavallero desamorado. Todos callaron, y Don Quixote con vna voz muy reposada, le respondiò, diziendo: Sobarvio, y descomunal Gigante, yo soy esse por quien preguntas. Gracias doy (dixo el Secretario, hablando desde lo alto, metida la cabeça dentro lo hueco de la del Gigante) à los dioses inmortales, y principalmente al gran Marte, que lo es de las batallas, pues al cabo de tan largo camino, y de tantos trabajos he venido à hallar en esta Ciudad, lo que con tanta solicitud, mil dias ha que ando buscando, que es el Cavallero desamorado. Sabed Principes, y Cavalleros, que en este vuestro real palacio os aveis juntado, que yo soy, si nunca le oystes dezir Bramidan de Trajayunque, Rey de Chipre, el qual Reyno ganè por sola mi persona, quitandosele a su legitimo señor, y aplicandomele à mi, como quien mejor que èl le merecia: y llegando en dicho mi Reyno à mis oydos las nuevas de las inauditas fazañas, y estrañas aventuras del Principe Don Quixote de la Mancha, llamado por otro nombre el de la triste figura, ò desamorado, sintiendo por gran mengua mia que aya en toda la redondez de la tierra, quien à mi valor, y fortaleça iguale, he dexado mi Reyno, passando por otros muchos estraños, à pesar de los que los governavan, buscando, inquiriendo, y preguntando con assombro, y miedo de quantos me

yian,

vian, adonde, ò en que Reyno, ò Provincia estaria dicho Cavallero, que tanta fama tenia por todo el mundo: porque como es verdad, y no lo puedo negar, por do quiera que he passado, no se trata, ni se habla de otra cosa, en las plaças, templos, calles, hornos, tavernas, y cavallerizas oy, sino de Don Quixote de la Mancha. Yo, pues, como digo, estimulado de la embidia de tantas fazañas tuyas, ò gran Don Quixote, he venido à buscarte solamente para dos cosas. La primera, para hazer batalla contigo, y quitarte la cabeça, y llevarla à Chipre, para ponerla en la puerta de mi Real palacio, haziendome con esto señor de todas las victorias que has avido con tantos Gigantes, y jayanes: para que acabe el mundo de entender, que yo solo soy sin segundo, y solo quien merece ser alabado, estimado, honrado, y nombrado en todos los Reynos del vniverso, por mas bravo, mas valiente, y de mayor fama que tu, y quantos antes de ti fueron, y despues de ti serán. Por tanto, si te quieres escusar del trabajo de entrar conmigo en batalla, manda luego à la hora sin escusa ninguna darme tu cabeça, para que la lleve en mi lança, y quedate à la buena ventura. La segunda cosa à que vengo, es, que tambien he oydo dezir, como tiene Don Carlos, dueño deste fuerte Alcaçar, vna hermana de quinze años, de peregrina hermosura, y gracia, la qual quiero, y es mi voluntad que juntamente con tu cabeça se me dè al punto, para que me la lleve à Chipre, y la tenga por mi amiga, todo el tiempo que me pareciere, pues dello le resultarà sobrada honra, y sino lo quisiere hazer, le desafio, y reto à èl, y à todo el Reyno de Aragon junto, y à quantos Aragoneses, Cathalanes, y Valencianos ay en su corona, que salgan contra mi à pie, ò à cavallo, que à la puerta deste gran palacio tengo mis fortissimas, y encantadas armas, las quales tiran de vn carro seis pares de robustissimos bueyes de Palestina, porque mi lança es vna entena de vn navio, mi celada iguala en grandeza al chapitel del campanario del gran templo de santa Sophia de Constantinopla, y mi escudo vna rueda de molino. Responde, pues, luego à todo, tu el desamorado Cavallero, porque estoy de prisa, y tengo mucho que hazer, y hago falta en mi Reyno. Callò en esto el Gigante, y todos los que la maraña sabian, dissimularon quanto pudieron, aguardando à vèr lo que Don Quixote responderia al Gigante. El qual levantandose de su assiento, hincò las rodillas en tierra delante de Don Carlos, diziendole: Soberano Emperador Trebacio de Grecia, la vuestra Magestad sea servida, pues me aveis acetado en este vuestro Imperio por hijo, de me dar licencia de hablar, y responder por todos, à esta endiablada bestia, particularmente por vos, y por todo este nobilissimo Reyno, para que assi pueda mejor despues darle el castigo, que sus blasfemias, y sacrilegas palabras merecen. Don Carlos mordiendose los labios de risa,

y disimulando quanto pudo le echò los braços al cuello, y le levantò, diziendo: Soberano Principe de la Mancha, esta causa no solamente es mia sino tambien vuestra, pero yo he cobrado tan gran temor al Gigante Bramidan de Tajayunque, que el coraçon se me quiere saltar del cuerpo; y assi digo, que si à vos os parece, serà bueno para librarnos de la vniversal traycion que nos amenaça, concederle las dos cosas que nos pide, y es, que vos le deis vuestra cabeça, que ya yo de mi parte estoy dispuesto, mas por fuerça que por grado, de dalle tambien à mi bella hermana Lucrecia, y que se vaya con todos los diablos, antes que haga mayores males, y aunque este es mi voto, con todo dexo al vuestro, la resolucion del caso, y assi conforme à èl dadle amado Principe la respuesta que os pareciere, pues serà la mas acertada. Sancho que avia cobrado grandissimo temor al Gigante, como oyò lo que Don Carlos avia dicho à su amo, le dixo hecho ojos: Ea mi señor Don Quixote, por los quinze auxiliadores, de quien es Miguèl Aguileldo, sacristan de la Argamesilla, que es muy devoto, le suplico haga lo que el señor Don Carlos le dize. Para què quiere hazer batalla con este Gigante, que dizen dèl que parte por medio vn ayunque mayor que la del herrero de nuestro lugar, que por esso refieren graves Autores, se llama Tajayunque, y mas que segun èl dize (y lo creo, porque tan gran hombre de bien, no dirà vna cosa por otra) trae vna rueda de molino por escudo, delo pues esto es assi à los Satanases, y despachemosle con lo que pide de vna vez, y no perdamos mas tiempo con èl, ni demos que reir al diablo. Don Quixote le diò vn puntillon terrible en las nalgas, diziendo: O villano Sandez, y Soez, harto de ajos desde la cuna, y quien te mete à ti en lo que no te và, ni te viene, y poniendose en medio de la sala, frontero del Gigante, le dixo con voz grave desta manera: Sobervio Gigante Bramidan de Tajayunque, con atencion he escuchado tus arrogantes palabras, de las quales entiendo tus locos, y desvariados deseos, y ya huvieras llevado el pago dellas, y dellos, antes que desta real sala salieras, sino fuera porque guardo el devido respeto al Emperador, y Principes que presentes estan, y porque quiero darte el castigo merecido en publica plaça, delante todo el mundo, y porque sirva de escarmiento, para que otros tales como tu, no se atrevan de aqui adelante à semejantes disparates, y locuras, con que respondiendo aora à tus demandas, digo que aceto la batalla que pides, señalando por puesto della para mañana despues de comer, la ancha plaça que en esta Ciudad llaman del Pilar, por estar en ella el sacro templo, y dichoso Sanctuario, que es felicissimo depossito del Pilar divino, sobre quien la Virgen benditissima hablò, y consolò en vida à su sobrino, y gran Patron de nuestra Espana el Apostol Santiago: En esta plaça,

pues podràs salir con las armas que quisieres, seguro, de que si tu tienes por escudo vna rueda de molino, yo tengo vna adarga de Fez, que no le haze ventaja la mesma rueda de la fortuna, y en cambio de la cabeça que me pides. Juro, y prometo, de no comer pan en manteles, ni holgarme con la Reyna, (y en suma, juro todos los demàs juramentos que en semejantes trances suelen jurar los verdaderos Cavalleros andantes, cuya lista hallaràs en la historia que refiere el amargo llanto que se hizo sobre el mal logrado Valdovinos) hasta cortarte la tuya, y ponerla sobre la puerta deste gran palacio del Emperador mi señor, y padre. O dioses inmortales (dixo el secretario con voz gruessa, y tremenda) y como consentis que semejantes afrentas me diga vn hombre solo, sin que le haga, y convierta luego mi colera en albondiguillas? Yo juro por el orden de secretario que recebi, de no comer pan en el suelo, ni folgar con la Reyna de espadas, copas, bastos, ni oros, ni dormir sobre la punta de mi espada, hasta tomar tan sanguinolenta vengança del Principe Don Quixote de la Mancha, que los braços le queden colgados de los ombros, y las piernas, y muslos, asidos à las caderas, y la cabeça se le ande à todas partes, y la boca (à pesar de quantos ni han nacido, ni han de nacer) le ha de quedar debaxo de las narizes. Aturdido Sancho del tropel de tan graves amenaças, y execraciones, se levantò del suelo donde estava assentado, y poniendose entre Don Quixote, y el Gigante, quitandose primero la caperuça con ambas manos, le dixo con mucha cortesia: A señor Bramidan de Partejunques no por la passion que Dios passò, no le haga tanto mal à mi amo, que es hombre de bien, y no quiere her batalla con V.m. porque no està hecho à hazerla con semejantes Comejunques, traygale V.m. media dozena de meloneros, que à fe q̃ con ellos se entienda el lindissimamente, y aun con todo es menester el favor del señor san Roque, abogado de la pestilencia. El gigante sin hazer caso de lo que Sancho dezia, sacò vn guante de dos pellejos de cabrito, que traìa ya hecho para aquel efeto, y dixo arrojandole à D. Quixote, levanta Cavallero covarde esse mi estrecho, y pequeño guante, en señal, y gaje, de que mañana te espero en la plaça, que dixiste despues de comer. Y con esto bolviò las espaldas por la puerta que avia entrado. Don Quixote alçò el guante que era sin duda de tres palmos, y diòsele à Sancho, diziendo: Toma Sancho guarda esse guante de Bramidan hasta mañana despues de comer, que veràs maravillas. Tomòle Sancho, y santiguandose, dixo: Valgate el diablo por Balandran de Tragajunques (ò como es tu gracia) y que terribles manos que tienes, ò y de puta traydor, el vellaco que le esperasse vn bofeton: à fe señor que tenemos bien en que entender con este demonio, segun es de grande, y despavorido, y acuerdese lleva jurado le ha de hazer como aquellas albondiguillas

llas que comimos esta noche. Pero V. m. antes que llegue esse tiempo hagale à èl pellas de manjar blanco, que tambien las emos cenado, y me saben bien: y aun yo tengo dos dellas en el seno para vn menester. En esto se levantò Don Carlos de la silla, y mandando encender hachas para acompañar con ellas aquellos Cavalleros à sus casas, y por ser tarde, se despidiò dellos, y de Don Quixote, y de Don Alvaro, que asiendole de la mano, se le llevò juntamente con Sancho Pança à su casa, adonde el buen hidalgo passò vna de las peores noches que jamàs avia passado, pensando en la peligrosa batalla en que otro dia avia de entrar, con aquel desproporcionado gigante que èl imagina ser verdadero Rey de Chipre, como èl mismo avia dicho.

Aquì dà fin la quinta parte del ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha.

SEXTA PARTE
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

CAPITULO XIII.
COMO DON QUIXOTE SALIO DE ZARAGOZA, PARA IR A la Corte del Rey Catholico de Èspaña à hazer la batalla con el Rey de Chipre.

ATormentaron tanto las traças de la desvanecida fantasia del desamorado Manchego, su triste juizio, y desvelado sossiego, que quando empeçavan sus ojos à tomar alguno à la madrugada, tocaron al arma de tal suerte las fantasmas de los dislates quimereados en el sentido comun, que siendolo en todos sus miembros la alteracion, que por esta causa, y la que dio con ella vn sueño que tuvo de que avia entrado por traycion en aquel Castillo el sobervio Bramidan, para matarle con ella, mas à su salvo cogiendolo descuydado, se levantò furiosissimo en su busca, como si realmente supiera que estava en casa, y con la vehemente aprehension, y colera desto, iba diziendo: espera traydor, que no te valdran traças, estratagemas, embustes, ni encantamientos para librarte

de mis manos. En esto se puso la celada, peto, y espaldar, y tomando la adarga, y lançon, iba mirando por todas partes. Salió luego à la sala, en la qual vió claridad que salia por la puerta de vn aposentillo, que por amanecer ya, y estar la ventanilla dèl entreabierta, entrava la primera luz de la clara Aurora por ella. Entróse ciego de rabia en el dicho aposento, y quiso la desgracia que era el en que dormia el triste Sancho, y como se avia acostado cansado, y tarde, aviase dormido medio cubierta la cabeça, junto à la qual se avia dexado el grande guante, que le avia èl mesmo encomendado, y era el saje del desafio, que el Rey de Chipre Tajayunque avia hecho con èl la noche antes. Antojòsele à Don Quixote en viendo el guante, que era el compañero del que èl avia dado en guarda à Sancho, y que el que dormia era el mismo Gigante, que de cansado de escalar el castillo por la ventana, se avia echado à reposar, hasta hallar ocasion de poder executar lo que pensava à su salvo, con muerte del mismo Don Quixote. Con esta quimera, pues, le diò luego con el lançon vn terrible porrazo en las costil as, diziendo: Asi pagan los traydores, y alevosos las trayciones que vrden. Muere vil Tajayunque, pues lo merece hazer quien teniendo tales enemigos como tu en mi tienes duerme descuydado. Despertò Sancho à las vozes, y golpe medio atordido, y apenas se sentò en la cama para levantarse, y vèr quien le dava tan buenos dias; quando ya Don Quixote que avia arrojado el lançon, le diò vna grande puñada en los ozicos, diziendo: No ay que levantarte traydor, que aqui moriràs. Empeçò Sancho à vozear, saltando de la cama lo mejor que pudo, y saliendo à la sala, dezia: Que haze señor, que ni yo he escalado el castillo, ni soy sino su escudero Sancho. No eres sino Bramidan traydor, dixo Don Quixote, que bien se echa de vèr en el guante, con que te he hallado, compañero del que ayer me arrojaste, quando aplazaste el desafio. Estavan los dos en camisa, porque Don Quixote con la imaginacion vehemente, con què se levantò, no se puso mas de celada, peto, y espaldar, como queda dicho, olvidandose de las partes, que por mil razones piden mayor cuydado de guardarse. Sancho tambien saliò en camisa, y no tan entera como lo era su madre el dia que naciò, la sala estava algo escura, y como con esto, y con la colera no acabasse Don Quixote de conocer à Sancho, mas porfiava en que se avia de matar, y estava tan terco en esto, quanto Sancho lo estava en invocar Santos en su ayuda, en vozear, y pedir socorro. Alborotòse la casa à las vozes de ambos (que eran tantas, que bien se podia llamar casa de locos, pues lo eran los principales que la regozijavan,) y saliendo de sus aposentos en camisa algunos criados para apaziguar la question, y vèr quien la movia, fue su salida echar

leña

leña al fuego, porque en viendolos Don Quixote à todos de vna librea, antojòsele que eran Gigantes de nuevo venidos alli, por arte de encantamiento, para ayudar al encantado Bramidan, y con esta quimera empeçò à jugar del lançon por todas partes, con tanto desatino, que aqui derribava al vno, acullà descalabrava al otro, y todo tan à su salvo, por aver salido sin ningunas armas, que era vn juyzio oìr los gritos, y maldiciones de los heridos, y lo peor fue, que para assegurarse de ellos, cerrò tras si el aposento de Sancho, y se puso con el lançon en la puerta de los criados, diziendo: Veamos si todos juntos, ò viles malandrines, me ganareis la famosa puente deste inexpugnable baluarte. Levantava Sancho las vozes al Cielo, llamando à Don Alvaro, el qual sospechando todo lo que podia ser, abriendo las ventanas de su aposento, y tomando la espada en la mano, vestido de vna ropa larga de damasco, saliò con chinelas à la sala, y pasmado de las figuras que viò, y del miedo, y llanto de tres, ò quatro pajes suyos, y de ver que Don Quixote estava echando bravatas con el guante en la mano, se puso para apaziguar aquella tragedia al lado de Sancho, diziendo: Ea señor Don Quixote mueran los vellacos, que aqui estamos Sancho, y yo prestos para dar la vida en servicio de V. m. y en defensa de su honra, y en vengança de sus agravios, pero para que lo podamos hazer todo como deseamos, refieranos V. m. luego los que ha recebido, y de que gente; que por vida de quanto puedo jurar, juro de tomar vengança exemplar de sus contrarios, al punto. Quienes han de ser los mios, dixo Don Quixote, sino los descomunales jayanes, insolentes Gigantes, que tienen por oficio ir por el mundo, haziendo tuertos, forjando desaguisados, agraviando Princesas, ofendiendo dueñas de honor, y finalmente traçando otras trayciones iguales, à la que contra mi persona, y valor avia traçado esta noche, el insolente Bramidan de Trajayunque, que por arte de encantamiento acompañado dessos Malendrines que V. m. ay vee, avia escalado este fuerte Castillo, para darme muerte à traycion, medroso de la que tenia por cierto, le daria yo esta tarde en la plaça del Pilar, si conmigo saliz en la aplazada batalla: pero no se le han logrado sus intentos, que por secreto aviso del sabio Lirgando (en cuyo Castillo estuve en Ateca, y por cuyas manos recebi la salud, y fuerças, que las del furioso Orlando con mil desaforadas feridas me avia quitado) he sabido que avia escalado esta fortaleza, para cogerme à su salvo, y descuydado: pero estandolo èl, mi buena diligencia se ha cogido con el hurto en las manos, y con este guante adorno de las suyas, y compañero del que tiene Sancho, y por ello las mias se han dado la debida priessa, y diligencia en acabar con èl, y hizieralo [illegible]

si V.m. no saliera à enfrenar mi furia en compañia de Sancho, pero devo al vno por mercedes recibidas, y al otro, por fidelissimos servicios, toda buena correspondencia, y paga. A fe que me la diò (dixo Sancho) bonissima, tal se la dè Dios à V.m. y à sus huessos, què le deven los mios señor, para molermelos à palos al amanecer, que ni yo soy Bramidan, ni parteyunques? Bramidos si, que los dan todos mis miembros al Cielo, cansados de verse molidos, ya en castillos, ya por caminos, y ya en melonares. Essa es mi quexa, dixo Don Quixote, hijo Sancho, ques posible, que à ti te ha aora aporreado el desaforado Bramidan. O perro vil soez, y de ruìn ralea, que en mi fidelissimo escudero has puesto las manos, por todos los doze signos del Zodiaco te juro, que me lo has de pagar al momento. Iba en esto à segundar los palos en los pajes, con vna furia infernal, pero baxandose por la escalera ellos, y deteniendole Don Alvaro à èl, huvo de dar los golpes en vazio, y assi, con esto, y con la impaciencia de Sancho, que se dava à treinta mil diablos de vèr que su amo, despues de averle muy bien aporreado echava la culpa à Bramidan, vino à dezir à Don Alvaro con mucha humildad Don Quixote, en trance tan preciso, negocio tan arduo, peligro tan grave, y sucesso tan estraño, deme V m. el consejo que le pareciere serà bien siga, que no saldrè del vn punto. Mas de espacio (dixo Don Alvaro) se ha de hazer la consulta de tan inaudito caso. Y assi hasta el devido tiempo, y hasta saber con resolucion deste mal Gigante, y la que ha tomado, acerca de si saldrà, ò nò à la plaça, me parece deve V.m. recogerse en su aposento, sin mostrarse en publico para mas assegurarle, que en lo demàs yo harè los oficios que devo en buscarle, y espiarle, y lo mismo harà Sancho por su parte, que harto por contento se deve V.m. tener por aora de averle ahuyentado, y obligado à que se dexasse en su poder esse guante, que serà perpetuo testigo, assi de su covardia, como del valor desse braço. Pareciòle bien à Don Quixote el consejo, y sin mas replicar se entrò en su aposento, adonde bolviendose à desarmar se acostò muy satisfecho de la vitoria alcançada: cerròle la puerta Don Alvaro, para mas assegurarle, y estandolo de que no podia salir, llamò à los pajes que estavan no poco desatinados de la pesada burla, y consolandolos lo mejor que pudo, con representacion de que no avia que hazer caso, ni que quexarse de cosas de vn loco, sino guardarse del, y dellas, les mandò se vistiessen para acompañarle fuera de casa, los que estavan menos descalabrados, para poderlo hazer. Entròse hecho esto en su aposento à vestirse, y mandò à Sancho truxesse en èl su ropa, de aquel en que avia dormido, porque queria le hiziesse compañia, y le entretuviesse en èl mientras se vestia, pues podria hazer èl alli lo proprio: pero estava Sancho tan medroso, que

que le dixo: V.m. perdone, que por las encias barras, y hueſſos de mi rucio, le juro, de no entrar mas en eſſe apoſento, ni tomar la ropa que tengo en èl, en todos los dias de mi vida, aunque ſepa andarme en cueros, que mas valia nueſtro Padre Adam, y lo andava. Cuerpo de mi ſayo, aviendome ſucedido dentro lo que me ha ſucedido, quiere V.m. que en entrando buelva otra vez mi amo hecho vn Roldàn, y me acabe de moler por el lado derecho, como ha hecho por el izquierdo, para igualar la ſangre, penſando que otra vez ha buelto à reveſtirſe en mi parte junques, bonita ha ſido la burla, yo ſe la darè à V.m. de quatro la vna, que ſe ponga en mi lugar, en mi cama, y ſufra de mi amo lo que yo he ſufrido, harto hago en no ſalirme luego de caſa, y dexarle, pero no quiero perder lo que tengo ganado por mi buena lança (ò por la mala de mi amo, que mala ſe la dè Dios) que es el govierno de la primera peninſula, que conquiſtarà, que tantos dias ha me tiene ofrecido. Rioſe Don Alvaro infinito de ſu ſimplicidad, y miedo, y entrando èl mismo en el apoſento le arrojò à fuera la ropa: la qual tomandola Sancho baxo el ſobaco, ſe entrò con Don Alvaro en ſu apoſento, ſiguiendole, y viſtiendoſe dentro con la miſma ſorna que lo iba haziendo Don Alvaro: pero iba diziendo tantas ſimplicidades todo el dicho tiempo, con que durò mas de hora y media el detenerſe ambos dentro, ſe le hizo vn inſtante à Don Alvaro. Apenas ſe avia acabado de veſtir, y ſalir del apoſento, para tratar de hazer lo de caſa con fin de ir à la de Don Carlos à darle cuenta de la ſucedida aventura, y à reir della con èl, tomando ocaſion para nuevos entretenimientos del deſvanecimiento de Don Quixote, en materia de tener ojeriza con Bramidan. Quando viò ſubir por la eſcalera de ſu caſa al Secretario de Don Carlos, autor de la burla primera, que venia de parte de ſu amo (bien ageno deſta) à tratar con èl de vna ida que à la Corte ſe le ofrecia de repente, para concluir el caſamiento de ſu hermana con vn titular de la camara, deudo ſuyo, por cartas que para emprenderla acabava de recebir con vn proprio. Holgòſe D. Alvaro con la nueva, por ſer de tanto guſto para ſu amigo, y tambien porque ſe le ofrecia la mejor compañia que podia deſear para ſu buelta haſta la Corte, que penſava hazer luego: y deſpues de aver hablado en eſte negocio, y de coſas concernientes à èl, le dixo: El mayor inconveniente que hallo para efectuar mi partida es, el no ſaber como deſembaraçarme de Don Quixote, porque es impoſsible yendo con èl, ir con la diligencia neceſſaria, pues à cada paſſo ſe le ofreceràn aventuras, y hiſtorias, que avrà menester muchos dias para reirlas, y apaziguarlas, como la que aora ſe le acaba de ofrecer la mas donoſa del mundo, con que me

ha dado tanto què reir à mi, como à otros que llorar, y contandoſela muy por eſtenſo, ſe hizo cruzes el ſecretario del diſparate, y eſſo miſmo le diò pie para dezirle: antes es de importancia que demos orden (ſi à V.m. le parece) què pieça tan ſingular, y que es tan de Rey, entre por nueſtra induſtria en la Corte, para regozijarla, y eſſo avemos de procurar todos. No holgaria yo poco, dixo Don Alvaro, de que èl allà llegaſſe como fueſſe yendo por diferente camino, y no con noſotros, ſino de ſuerte que hizieſſe el viage à ſu modo con Sancho, de manera, que quando llegaſſemos allà, ò dentro de breves dias topaſſemos con èl, para darle à conocer. Traça ſe me ofrece à mi luego (dixo el Secretario) para hazer ſe haga todo, muy à nueſtro guſto, y mas aora que èl eſtà con la quimera de que Bramidan ſe le ha eſcapado de miedo por los pies, y para efetuarla dexeme V.m. diſfraçar, y poner en trage de negro, que con èl entrarè delante de todos los de caſa, à darle vn recado como criado del miſmo Bramidan, deſafiandole con èl de ſu parte, para que dentro de quarenta dias, ſo pena de covarde ſe preſente en la Corte, à executar en ella la batalla, y deſafio aplazado, atento que no tiene para èl por ſiguro eſte lugar, donde tiene tantos amigos, padrinos, y aficionados. Pareciò tan aguda la invencion à Don Alvaro, que alabando por ella al ſecretario, le rogò ſe entraſſe luego en ſu apoſento, para hazer el diſfraz de la ſuerte que mejor le pareciеſſe. Hizolo aſsi en vn inſtante, porque hallò muy à mano en èl quanto podia deſear para el efeto. Diſfraçado, pues, y ſalido à la ſala, llamò Don Alvaro à todos ſus criados, con vno de los quales embiò à ſacar de la cozina tambien à Sancho (que ya eſtava en ella, dando buenos dias à ſus tripas, con lo que le avia ofrecido el cozinero coxo, compadecido en parte de la laſtima, con que le avia contado los palos que ſu amo le avia dado, porque por iluſion del demonio, le avia topado en ſu cama en figura de Bramidan) y ſubido èl, y puеſto al lado dellos (que no ſabiendo el myſterio eſtavan paſmados de vèr aquel hombre veſtido con vna ropa de terciopelo negro, y debaxo della vna calça de color de obra, con bonete muy adereçado de camafeos, y plumas, cargado el cuello de cadenas, y joyas, con dorados tyros, y eſpada, grande cuello, y el roſtro tiznado todo, y lo meſmo las manos, llenos ſus dedos de ſortijas, y anillos, y eſtava en fin tal, que parecia vn Rey negro, de los que pintan en los retablos de la Adoracion) dixo Don Alvaro, aora que ay teſtigos, y tan abonados, podreis noble menſajero dezir quien ſois, y lo que quereis. Al invicto Principe Manchego Don Quixote (replicò el ſecretario) buſco, à quien trayго vna importante embaxada, y sè que poſa en eſte gran palacio. Si poſa (añadio Don Alvaro) y en eſte

quarto

quarto le podreis hablar, y abriendo luego la puerta del apofento de Don Quixote, le entrò en el con todos los demàs, diziendo: Aqui tiene V.m. ſeñor Don Quixote vn embaxador de no sè que Principe, y dicho eſto levantò Don Quixote la cabeça, y viſto el negro, le preguntò que embaxada traìa, y de parte de quien, diziendo todo eſto con voz deſentonada. El ſecretario reſpondiò, eres tu por ventura el Cavallero deſamorado. Eſſe ſoy yo, replicò Don Quixote, què es lo que quieres. Cavallero deſamorado (dixo luego con grande voato el ſecretario) Bramidan de Tajayunque, Rey potentiſsimo de Chipre, y ſeñor mio, me embia à ti (principe) para que te haga ſaber como ſe le ha ofrecido cierta aventura de ayer acà, en la Corte del Rey de Eſpaña, à la qual no puede dexar de acudir luego, y en parte huelga dello, por ſacarte para el deſafio en la plaça mayor de Europa, y donde tengas menos padrinos, que tendrias en la deſta Ciudad para aquella, pues te deſafia, y reta con plaço de que ayas de comparecer en ella armado de todas armas dentro de quarenta dias, que alli quiere provar ſi todas las cotas que el mundo publica, y dize de ti, ſon verdaderas, pues confirmara tu opinion, el animo que moſtrares en no faltar à tan preciſa obligacion, y juſto reto, donde no, irà por todos los Reynos, y Provincias del Orbe publicando tu covardia, y la poca opinion que mereces por eſſo: ocaſion ſe te ofrece de augmentarla (lo que no creo que hagas, peleando con vn Principe de las fuerças que tiene mi Rey) y en pueſto en que ſaliendo con vitoria, ſeràn la nobleza de Eſpaña teſtigos, de como quedas por legitimo Rey, y ſeñor, por la fuerça de tu invencible eſpada, del iluſtre, y ameno Reyno de Chipre, en el qual podràs hazer Governador de Famaguſta, ò Belgrado, que ſon las dos principales Ciudades ſuyas, à vn fiel eſcudero que me dizen tienes, llamado Sancho Pança, proprio por ſu buen natural, y eſcuderil vigilancia para regirles, pues en ellas ſe crian los fertiles arboles, que produzen las ſabroſas Albondiguillas, y dulces pellas de manjar blanco. Sancho que avia eſtado eſcuchando al menſagero, haziendoſele la boca agua de oìr nombrar Albondiguillas, y manjar blanco, le dixo: Digame ſeñor negro, aſsi tales Paſquas le dè Dios, como èl tiene la cara, eſſas dos benditas Ciudades de buen grado, y ſambre ajuſta, eſtan paſſado mas allà Sibilla, y Barcelona, ò de eſta otra parte àvia Roma, y Conſtantinopla, que daria vn ojo de la cara, porque nos partieſſemos luego para ellas. Por ventura (dixo el ſecretario) ſois vos el eſcudero del Cavallero deſamorado. El entonces poniendoſe muy derecho, haziendo piernas, y adereçandoſe los vigotes, le dixo, con voz arrogante, ſoñandoſe yà por Governador de Chipre: Sobervio, y deſcomunal eſcudero, yo ſoy eſſe

esse por quien preguntas, como se echa de vèr en mi Philosomocozia. Aqui se le agotò à Don Alvaro todo el sufrimiento de disimulacion que avia tenido, y huvo de bolver el rostro, diziendo: O mi Don Carlos, y que passo te pierdes. Disimulò quanto pudo con todo esso la risa, y prosiguiò el secretario, diziendo: Respondeme con brevedad Cavallero desamorado, porque tengo de alcançar al Gigante mi señor, que và ya camino de Madrid con mucha prisa. Tal se la han dado mis manos, dixo Don Quixote, para no ir por la posta, pero dezilde, que vaya seguro de que acudirè dentro del aplaçado tiempo, que las mismas manos, y brios me terne alli, que he tenido aqui esta madrugada: pero bien haze de dilatar la batalla quarenta dias, para tener siquiera essos de vida, quien la ha tenido tan jugada poco ha. Id con esto en paz, y agradeced sois mensagero, y por serlo teneis salvo conducto, segun buenas leyes en todas las naciones, por mas contrarias que sean, que sino sobre mi que pagarades la traycion de vuestro amo, y el mal tratamiento que ha hecho à mi fiel escudero, cogiendole durmiendo. El secretario se despidiò medio riendo, y à la que llegava à la puerta del aposento, le llamò Sancho, diziendo: Ha señor negro, por los palos que dize mi amo que el suyo me diò, lo qual no creo, que me diga si el Governador de essas Ciudades que tengo de ser yo, es señor disoluto de todas essas Alondiguillas que dize? Si hermano, respondiò el secretario. Pues andad con Dios, dixo Sancho, que presto irèmos allà mi señor, y yo con Marigutierrez, que es mi muger, como saben Dios, y todo el mundo. Bien podeis, dixo el secretario, que tambien ha de governar con el que rige la tierra, la muger suya, à las mugeres de Chipre. Pardiez, dixo Sancho, mi muger no sabrà mas governar que mi racio, y màs, que si yo me empieço a entretener entre aquellas alhondiguillas, no se me acordarà mas de la governaduria, que sino naciera para ello. Fuesse el secretario, y bolviendose al aposento de Don Alvaro, le desnudò, y lavò, y bolviò à vestir sus vestidos sin que los criados lo echassen de vèr, porque de industria su amo los avia entretenido con Sancho, y Don Quixote, hablando de la embaxada, y haziendo mil disparatados discursos, y traças sobre ella, hasta que le pareciò abria tenido tiempo el secretario de hazer lo que avemos dicho hizo, y de bolverse a su casa, à dar cuenta de todo à Don Carlos, como realmente lo avia ya hecho. Desde este dia, siempre dava Sancho prisa à su amo que fuessen à Chipre, y cada mañana se levantava con esta oracion, hasta què le dixo Don Quixote que no podia ir allà sin matar primero en publica batalla, en la plaça de Madrid, al grã Tajayunque Rey de aquel Reyno. Don Alvaro se fue a vèr con D. Carlos, y à tratar assi de la partida; como

mo de los dislates de Don Quixote, y de la determinacion con que quedava por la embaxada del negro, escudero de Tajayunque: y concertados de que se partirian ambos con los demàs Cavalleros Granadinos amigos suyos dentro de dos dias, se bolviò à casa à dar calor à la partida de Don Quixote, para desembaraçarse del. Llegò de buelta à casa, y hablò en ella à Don Quixote, y apressando su viàge con tanta diligencia, que poca necessidad tuvo de valerse de la suya Don Alvaro para despedirle, porque en viendole le dixo Don Quixote: No permite mi reputacion señor Don Alvaro que me detenga mas vn dia en esta Ciudad, sino que me es forçoso salir luego della, y ir à los alcances de mi sobervio contrario, V.m. me tenga por escusado, si con tan pocos cumplimientos agradezco las mercedes recibidas: pero viva seguro de que por ellas tendrà en mi vn alquitran de sus enemigos, vn rayo de sus emulos, y mil Hercules Hectores y Aquiles en este braço invencible, para castigar las injurias, que solo con el pensamiento le hizieren los que mal le procuraren, aunque sean los mesmos Gigantes que fundaron la Torre de Babylonia, si de nuevo bolviessen à resucitar solo para ello. Y bolviendose à Sancho, le dixo: Ea Sancho enalla presto à rocinante, pues te va tanto a ti en la brevedad del negocio como a mi, por la feliz governacion que esperas. Si espero, dixo Sancho, pero tambien nos espera abaxo vna muy buena comida, y no es razon perderla, ni hazer agravio de no comerla al cozinero coxo mi grande amigo, que por mi respecto me dixo denantes, la ha adereçado con la mayor elegancia, y policia que pueden imaginar quantas imagines ay en las boticas, y tiendas de todos los pintores del nuevo mundo, y à fe que por ello le he ya ofrecido llevar à Chipre, y helle allà Rey de los cozineros, y adelantado de las cazuelas, pues es mas sabio, en cosas de platos, que lo fue Platon, ò Pluton, ò como diablos le llaman los boticarios. Alabò mucho Don Alvaro el parecer de Sancho, y assi mandò poner las mesas por su voto, que si aguardaran el de Don Quixote en esta parte, jamàs se tratara de comer. Hizieronlo todos juntos con gusto luego, dandoles vna muy buena comida el cozinero, que estava prevenido de que lo hizieste, porque aguardava Don Alvaro nuevos combidados, y de consideracion, si bien despues se le quedò con ellos Don Carlos, quando fue à visitarle, porque ya les hallò con èl tratando de su partida, cuya nueva se iba publicando. Acabado de comer, ensillò Sancho à rocinante, y armò à su amo, el qual subiendo con lança, y adarga luego à cavallo, se salió de casa con vna presteza increible, despedido de Don Alvaro con esperanças de verle en la Corte, adonde le avia ofrecido acudir para apadrinarle sin falta en el desafio. Enalbardò tambien Sancho à su jumento, y echando en sus alforjas, por mandado de Don Al-

Alvaro, los relieves de pan, y carne, que de la mesa avian sobrado, que no eran pocos, embueltos en vna toalla, se despidiò con mil Aleluyas, disparates, y promesas de su governacion de Chipre, de amo, y criados, y tras esto cargò al rucio de las alforjas, y maleta, y de sus repolludos quartos, harreandole à prisa, para ir como èl dezia, en busca de su señor Don Quixote, y en alcance del sobervio Bramidan.

CAPITULO XIV.

DE LA REPENTINA PENdencia que tuvo Sancho Pança, con vn soldado que de buelta de Flandes, iba destroçado à Castilla, en compañia de vn pobre hermitaño.

NO pudo Sancho alcançar à su amo (por mucha diligencia que se diò, para hazello) hasta à la salida de la Ciudad, donde le hallò parado, frontero el Aljaferia, que de corrido de la grita de los muchachos que llevava tras sì, no se atreviò irle aguardando, pero hizolo en dicho puesto seguro dellos con la compañia de vn pobre soldado, y venerable hermitaño, que iban à Castilla, y Dios le deparò con quienes le hallò hablando, iban ambos à pie, y empeçaron à caminar, viendo lo hazia Don Quixote: luego que llegò Sancho, el qual se maravillò de verle platicar con mucha atencion con el soldado, preguntandole de donde venia, coligiendolo de q̃ oyò dezir al soldado, venia de servir à su Magestad, en los estados de Flandes, donde le avia sucedido cierta desgracia, la qual le forçò à salir del campo sin licencia, y que en los confines de los estados, y del Reyno de Francia le avian desbalijado ciertos fragutes, y quitado los papeles y dineros que traìa. Quantos eran ellos, dixo D. Quixote. Quatro respondiò èl, y con bocas de fuego. Saliò Sancho oyendo la respuesta, diziendo: O y de puta traydores, y bocas de fuego traìan, yo apostarè que eran fantaimas del otro mundo, si ya no eran animas de Purgatorio, pues que dezis que echavan fuego por las bocas. Bolviò el soldado à mirar à Sancho, y como le viò con las barbas espesas, cara de bovo, y rellenado en su jumento, pensando que era algun labrador zafio de las aldeas vezinas, y no criado de Don Quixote, le dixo: Quien le mete al muy villano en echar su cucharada, donde no le và, ni le viene, yo le boro à tal, que le dè si meto mano, mas espaldaraços, que cerdas de puerco espin tiene en la barba, que no deve de saber tengo yo mas villanos como èl apaleados, que he bevido tragos de agua desde que naci. Sancho que oyò lo que el soldado avia dicho, dando muchos palos à su asno, arremetiò para èl, con intento de atropellarle, diziendo: Vos sois el puerco espin, y medio celemin, y el tragador de puercos espines, y medio celemines. El soldado q̃ no sabia de burlas metiò mano, y sin que el hermitaño, ni Don Qui-

Quixote lo pudiessen estorvar, le diò media dozena de espaldaraços, y asiendole de vn pie le echò del asno abaxo, y prosiguiera en darle de cozes, si Don Quixote no se pusiera en medio, el qual dando con el cuento del lançon al soldado en los pechos, le dixo: Teneos mucho en hora mala para vos, y tener respecto siquiera, à que estoy yo presente, y que este moço es mi criado. El soldado reportandose, dixo: Perdone V.m. señor Cavallero, que no entendi que este labrador era cosa suya. Ya se avia Sancho levantado en esto, y con vn gentil guijarro, que avia cogido del suelo, començò à dezir à grandes vozes: Quitese mi señor Don Quixote de delante, y apartese dexandome solo con èl, que yo le harè de la primer pedrada, que se acuerde de la grandissima puta que le pariò. El hermitaño se asiò del, y no podia detenerle, segun estava de colerico. Mas ya que reportò su furia vn poco, dixo: Cuerpo de mi sayo señor Don Quixote, yo no le dexo à V. m. en sus aventuras, sin hazerle ningun estorvo? Pues por què siendo assi, no me dexa à mi tambien con las que Dios me depàra? Como quiere que aprenda yo à vencer los Gigantes, y aunque este picaro no lo es, bien sabe V.m. que en la barba del ruin se enseña el barbero. El hermitaño le dixo: Hermano no aya mas por charidad, soltad la piedra. Sancho respondiò, que no queria, si primero aquel jayan no se dava por vencido. Llegò al soldado el hermitaño, diziendole: Señor soldado este labrador es medio tonto, como ha podido colegir de sus razones, no aya mas por amor de Dios. Digo señor (dixo el soldado) que yo quiero ser su amigo, por mandarlo su reverencia, y este señor Cavallero. Llegaronse todos à Sancho, y dixo el hermitaño: Ya este soldado se da por vencido como V.m. quiere, solo falta sean amigos, y que le dè la mano. Quiero, pues, antes, y es mi voluntad (respondiò Sancho) ò sobervio, y descomunal Gigante, ò soldado, ò lo que diablos fueres, ya que te me has dado por vencido, que vayas à mi lugar, y te presentes delante de mi noble muger, y fermosa señora Mari Gutierrez, Governadora que ha de ser de Chipre, y de todas sus Ahondiguillas, à quien ya sin duda deves de conocer por su fama; y puesto de rodillas delante della, le digas de mi parte como yo te vencì en batalla campal, y si tienes por ay à mano, ò en la faltriquera alguna gruessa cadena de hierro, pontela al cuello para que parezcas à Ginesillo de Pasamonte, y à los demàs galeotes que embiò mi señor desamorado, quando Dios quiso fuesse el de la triste figura, à Dulcinea del Toboso, llamada por su proprio nombre Aldonça Lorenço, Fija de Aldonça Nogales, y de Lorenço Corchuelo, y bolviòse dicho esto à Don Quixote, diziendo: Que le parece señor Don Quixote à V. m. han se de her desta manera las aventuras, parecele que les voy dan-

dando en el hito: pareceme Sancho, dixo Don Quixote, que el que se llega à los buenos ha de ser vno dellos, y quien anda entre leones, à bramar se enseña; esso si, dixo Sancho, pero no à rebuznar quien va entre asnos, que de otra suerte, dias ha que podria ser ya Maesse de Capilla, de semejantes monazillos, segun ha tiempo que ando con ellos, pero he aqui la mano con el diablo, tomela con mucha alegria, y vanagloria señor soldado, y seamos amigos vsque ad mortuorum, y en lo de la ida al Toboso, averse con mi muger, yo le doy licencia para que lo dexe por aora, y abraçandole, sacò de las alforjas vn pedaço de carnero fiambre de los relieves que traìa en ellos, y se la diò, y el soldado con vn çoquete de pan que tenia guardado en la faltriquera refozilò su debilitado estomago, subiò luego Sancho en su rucio, y començaron à caminar todos poco à poco, y Don Quixote dixo à Sancho: Reflection he estado haziendo hijo Sancho, de lo que acabo de vèr has hecho agora, y de ello colijo, que con pocas aventuras destas te podràs graduar meritissimamente de Cavallero andante. O cuerpo de Aristoteles, dixo Sancho, jurole por el orden de escudero andante, que recebi el dia que mantearon mis guessos à vista de todo el cielo, y de la honestissima Mari Tormes, que si V.m. me dize cada dia dos, ò tres dozenas de liciones en ayunas, que està el ingenio mas quillotrado de lo que tengo de her, que me obligasse dentro de veinte años, à salir tan buen Cavallero andante, como le aya de Zocodovèr al alcana de la imperial Ciudad de Toledo. El soldado, y hermitaño, començaron à ir conociendo el humor de los compañeros con quien iban. Pero al fin D. Quixote los convidò à cenar aquella noche, y otras dos que anduvieron juntos, y poco à poco, hasta tanto que cerca de Ateca les dixo à boca de noche. Señores, yo, y Sancho mi fiel escudero tenemos de ir forçosamente esta noche alojar en casa de vn amigo Clerigo, Vs.ms. se vengan con nosotros, que èl es hombre de tan buenas entrañas, y tan cumplido, que à todos nos harà merced de recebir, y dar posada: como iban los dos tan flacos de bolsa, acetaron facilmente el embite, y assi se fueron juntos para el lugar, y Don Quixote preguntò antes de llegar à èl, al hermitaño como se llamava; el qual le respondiò que su nombre era Fray Esteban, y que era natural de la Ciudad de Cuenca, y por averse le ofrecido cierto negocio, avia ido forçosamente à Roma, pero que ya se bolvia à su tierra, donde seria bien recebido, y podria ser ofrecerse ocasion en que le pagasse en ella la merced que le hazia en este camino. El soldado le dixo luego (preguntando tambien de su nombre) que se llamava Antonio de Bracamonte, natural de la Ciudad de Avila, y de gente ilustre della. Tras lo qual llegaron juntos al lugar, y fueronse derechamente en casa de Mossen Valentin, y llegando à su puerta, se apeò Sancho de su asno, y entrando en el zaguan

guan començò à dar vozes, diziendo: Ha señor Mossen como se llama, aqui estàn sus antiguos huespedes, que buelven à herle toda merced, y honra, como se lo rogò hiziessen quando ibamos a las justas Reales de Zaragoça. Saliò la ama à las vozes con vn candil en la mano, y como conociò à Sancho, entrò corriendo à su amo, diziendole: Salga señor, que aqui està nuestro amigo Sancho Pança. Saliò el Clerigo con vna vela en la mano, y como viò à D. Quixote, y à Sancho que ya estavan apeados, diò la à la ama, y fuesse para Don Quixote, y abraçandole, le dixo: Bien sea venido el espejo de la cavalleria andantesca, con el bueno, y fiel escudero suyo Sancho Pança. Don Quixote le abraçò tambien, diziendo: A mi me pareciò señor licenciado, que fuera cometer vn grave delito, si passando por este lugar no viniera à posar, y recebir merced en su casa, con estos reverendo, y señor soldado que conmigo vienen, haziendome bonissima compañia. A lo qual respondiò Mossen Valentin, diziendo: Aunque yo no conozca à estos señores sino para servirles, basta venir con V.m. para que les haga el servicio que pudiere. Y bolviendose a Sancho, le dixo: Pues Sancho como và? Bien à su servicio, respondiò Sancho, pero la mula castaña de su merced està buena, que me dixeron personas de mucho credito en Zaragoça, que avia estado malissima de ciatica, y pasacolica, de vna gran colera que avia tomado con el macho del medico, y que à causa desso no podia atravesar bocado de pan. Mossen Valentin se reyò mucho, y le respondiò: Ya le passò essa indisposicion, y enojo, y està aora bonissima, y à vuestro servicio, besandoos las manos, por el cuydado. Y tras esto dixo à los huespedes, entren todos Vs.mes. en mi aposento, y adereçarse ha mientras reposan en èl, de cenar. Entraron todos, y el buen Mossen Valentin hizo adereçar vna muy buena cena, regalando à Don Quixote, y à los huespedes con mucho amor, y voluntad. Servia Sancho à la mesa, sin desembarazar jamàs el pajar, porque siempre traìa la boca llena. Al qual dixo Mossen Valentin: Què es de aquella joya hermano Sancho, que me prometistes traer de las justas de Zaragoça, assi cumplen su palabra los hombres de bien? Solo prometo à V.m. dixo Sancho, que si huvieramos muerto aquel Gigantazo del Rey de Chipre Bramidan, que yo le la huviera traydo tal, y tan buena, como la ayan tenido Gigantes en este mundo. Pero yo creo, que antes de muchos dias llegarèmos à Chipre, que ya no puede estar muy lexos, y en matandole, dexeme à mi el cargo. Què Gigante es esse, preguntò Mossen Valentin, ò que Chipre? Es por desgracia como la aventura del morisco melonero, que los dias passados llamavades Bellido de Olfos. Y tomando la mano Don Quixote para responderle, contò punto por punto todo lo que en Zaragoça les avia sucedido con el Gigante, en casa de Don Carlos, juez de la sortija en que èl ganò en pu-

bli-

blica plaça, vnas agujetas del cuero de la ave Fenix, y lo que despues à la madrugada le avia sucedido con el mismo Gigante Bramidan, en la posada de su amigo D. Alvaro Tarfe, la qual avia escalado por encantamiento, para matarlos à todos dentro della, à traycion, y escusar assi el aver de salir al desafio que con èl tenia aplaçado, para la tarde del mismo dia en la plaça del Pilar, de donde temia avia de salir vencido: pero saliòlo (sino de la plaça dicha) à lo menos de la posada de Don Alvaro, en la qual le dì mil lançadas, y palos. A mis costillas las diò, cuerpo non de mis zaraguelles, dixo Sancho, y muy buenos. Esse fue Sancho el Gigante, (replicò Don Quixote) que no pudiendose bolver al asno, se bolviò à la albarda. Es verdad, que al asno no pudo llegar, porque estava en la cavalleriza, (añadiò Sancho) pero pluguiera à Dios huviera yo tenido encima la albarda, quando me diò los palos el Gigante, V. m. ò la puta que los pariò à ambos, como la tuve quando venimos desde el melonar bien aporreados, hasta esta misma casa santa, y sacerdotal (huerfanos) yo de mi rucio, y V. m. de rocinante. Celebraron todos las verdaderas simplicidades de Sancho: y Mossen Valentin, como ya conocia el humor de Don Quixote, cayò en quanto podia ser, y dixo al hermitaño, y soldado: Que me maten, si algunos Cavalleros de buen gusto, no han hecho alguna invencion de Gigante, para reir con Don Quixote. Oyòlo Sancho, que estava tras su silla, y dixo: No señor, no crea tal, que yo mesmo le vi, por estos ojos, que saquè del vientre de mi madre, entrar por la sala de Don Carlos, y mas, que le traen las armas cinco, ò seis dozenas de bueyes en carros, y la adarga es vna grandissima rueda de molino, segun èl mismo dixo: y es imposible mienta vn tan gran personage, de quien se lee en las Mapamundis, se come cada dia seis, ò siete hanegas de cevada. Acabaron de conocer en esto, el soldado, y hermitaño, que Don Quixote era falto de juyzio, y Sancho simple de su naturaleza, y viendolos Mossen Valentin mirar con mucha atencion à Don Quixote, dixo al soldado le hiziesse merced de dezirle su patria, y nombre, todo à fin de divertir las locuras, y quimeras que tenia Don Quixote, si continuavan en darle pie. El soldado que tenia tanto de discreto, y noble, quanto de platica militar, conociò luego el blanco à que tirava con la pregunta su cortès huesped, y assi dixo: Yo soy señor mio de la Ciudad de Avila, conocida ya famosa en España, por los graves sujetos con que la ha honrado, y honra en letras, virtud, nobleza, y armas, pues en todo ha tenido ilustres hijos, vengo aora de Flandes, adonde me llevaron los honrados deseos que de mis padres heredè, con fin de no degenerar dellos, sino aumentar por mi lo que de valor, y inclinacion à la guerra me comunicaron, con la primera leche: y aunque V. m. me vè desta manera roto, soy de los Bracamontes, linage tan cono-

conocido en Avila, que no ay alguno en ella que ignore aver emparentado con los mejores que la ilustran. Hallòse (dixo Mossen Valentin) V. m. acaso en Flandes, quando el sitio de Ostende? Desde el dia en que se començò (dixo el soldado) hasta el en que se entregò el fuerte, me hallè señor alli, y aun tengo mas de dos balaços que podria mostrar en los muslos, y este ombro medio tostado de vna bomba de fuego que arrojò el enemigo sobre quatro, ò seis animosos soldados Españoles, que intentavamos dar el primer assalto al muro, y no fue poca ventura no acabarnos. Mandò acabada la cena, Mossen Valentin alçar la mesa, y tras esto èl, y Don Quixote (que començò à gustar de la miel de la batalla, y assalto, cosas todas muy conformes à su humor) rogaron al soldado, les contasse algo de aquel tan porfiado sitio. El qual lo hizo assi con mucha gracia, porque la tenia en el hablar assi latin como romance. Mandò antes de empeçar tender sobre la mesa vn ferreruelo negro, y que le traxessen vn pedacito de yeso, y traydo les dibuxò con èl sobre la capa el sitio del fuerte de Ostende, distinguiendo con harta propriedad los puestos de sus torreones, plataformas, estradas encubiertas, diques, y todo lo demàs que le fortificava, de suerte, que fue el verlo de mucho gusto para Mossen Valentin, que era curioso: dixoles tras esto de memoria los nombres de los Generales, Maestros de Campo, y Capitanes, que sobre el sitio se hallaron, y el numero, y calidad de las personas, que assi de parte del enemigo, como de la nuestra alli murieron, que por no hazer à nuestro proposito, no se dizen aqui: solo referirèmos lo que de Sancho Pança cuenta la historia en esta parte, y es, que como huviesse escuchado con mucha atencion lo que el soldado dezia, de Ostende, y como era tan fuerte, y que nos avia muerto tantos Maestres de Campo, y vn numero infinito de soldados, y que costò el ganarle tanto derramamiento de sangre, saliò tan à des-proposito como solia, diziendo: Cuerpo de quien me hizo, y es imposible que no huviesse en todo Flandes algun Cavallero andante, que à esse vellaconaço de Ostende, le diera vna lançada por los hijares, y le passara de parte à parte, para que otra vez no se atreviera à hazer tan grande carniceria de los nuestros. Dieron todos vna gran risada y Don Quixote le dixo: Pues no vès animalaço, que Ostende es vna gran Ciudad de Flandes, puesta à la marina. Hablara yo para mañana, dixo Sancho, pardiez que pense que era otro Gigantaço como el Rey de Alifre que vamos à buscar à la Corte donde le toparèmos, si ya no es que de miedo nos huya por arte de encantamiento, que ya todas nuestras cosas, ha dias que van tan encantadas, que temo que no se nos encante alguna vez el pan en las manos, la bevida en los labios, y todas las vascosidades cada vna en el baul en que la depositò naturaleza. Mossen

Valentin interrumpiendo la platica se levantò de la mesa, por parecerle se hazia tarde, y que si se dava lugar à las preguntas, y respuestas de amo, y escudero, abria para mil noches, y assi les dixo: Señores vuessas mercedes vienen cansados, y pareceme será hora de reposar, el señor Don Quixote ya de la otra vez sabe el aposento en que lo ha de hazer. Este señor, y el Reverendo, pues son compañeros de camino, no se les hará mal de serlo esta noche de cama, pues la falta dellas me obliga à suplicarselo. Sancho con esta candela vaya, y desarme à su amo, y despues subase à su camaranchon, y finalmente vamonos todos à dormir. Fuesse Sancho alumbrando à su amo, y el soldado, y hermitaño siguieron à Mossen Valentin, asiendoles por la mano les passeò vn breve rato por la sala, contandoles todo lo que la otra vez le àvia passado con Don Quixote, de que quedaron maravillados, pero no tanto quanto lo quedàran à no averle visto hazer de Zaragoça hasta alli por los caminos, y en todas las posadas cosas, que vn insensato no las hiziera, poniendoles con ellas, y con sus desaforadas palabras en mil contingencias à cada passo. Con todo quedaron de comun acuerdo, de procurar provar con todas sus fuerças por la mañana si le podrian reduzir à que dexasse aquella vanidad, y locura en que andava, persuadiendole con razones eficàzes, y Christianas lo que le convenia, y dexarse de caminos, y aventuras, y bolverle à su tierra, y casa, sin querer morir como bestia en algun barranco, valle, ò campo descalabrado, ò aporreado. Reposaron la noche con harta comodidad todos, y venida la mañana apretaron el negocio de la reduccion de Don Quixote, pero todo fue trabajar en vano, antes le dieron motivo sus amonestaciones, à que se levantasse mas temprano (que en la cama le cogieron para con mas quietud poderle hablar) y mandasse como mandò con mucho ahinco à Sancho ensillasse à rocinante, queriendose partir sin desayunarse: y viendo Mossen Valentin que era perder tiempo el darle consejo, huvo de callar, y dandoles de almorçar à todos, diò à Don Quixote ocasion de hazer lo que deseava, que era salir de su casa como lo hizo con los demàs. Despedidos todos primero con mucho comedimiento del honrado Clerigo, y de su ama, pusieronse camino de Madrid, pero apenas huvieron andado tres leguas, quando començò à herir el sol, (que entonces estava en toda su fuerça) de manera, que les dixo el hermitaño, como mas cansado, y mas anciano. Señores, pues el calor como vuessas mercedes vèn, es excessivo, y no nos faltan para hazer la concertada jornada mas de dos pequeñas leguas, pareceme que lo que podriamos, y aun deberiamos hazer, es, irnos à festear hasta las tres, ò quatro de la tarde, alli donde se vèn apartados del camino, aquellos frescos sauzes, que ay vna hermosa fuente al pie dellos, si bien me acuer-

acuérdo, que deſpues caydo el ſol proſeguirèmos nueſtro camino. A todos agradò el conſejo, y aſsi guiaron àzia allà los paſſos, y quando llegaron cerca de dichos arboles, vieron ſentados à ſu ſombra dos Canonigos del ſepulchro de Calatayud, y vn Jurado de la miſma Ciudad, los quales por eſperar como ellos, à que paſaſſe el calor del ſol, ſe acabavan de aſſentar alli. Llegaron todos, y el hermitaño ſaludandoles muy corteſmente, les dixo: Con licencia de vueſſas mercedes mis ſeñores, y eſtos Cavalleros nos aſſentaremos en eſta freſcura, à paſſar en ella vn rato la ſieſta, mientras la inclemencia del calor ſe modera, à la qual reſpondieron ellos con mueſtras de guſto, que le tendrian grandiſsimo en gozar de tan buena compañia, las quatro, ò cinco horas que alli penſavan eſtar, y vno dellos maravillado de vèr aquel hombre armado de todas pieças, preguntò al hermitaño al oydo que coſa fueſſe, à lo qual reſpondiò, que no ſabia otra caſa mas que cerca de Zaragoça avia topado con èl, y aquel labrador ſu criado hombre ſimpliciſsimo, y que à lo que imaginava ſe avia buelto loco leyendo libros de Cavallerias, y con aquella locura, ſegun eſtava informado, avia vn año que andava de aquella ſuerte por el mundo, teniendoſe por vno de los Cavalleros andantes antiguos, que en tales libros ſe leen, y que ſi queria guſtar vn poco del, que le dieſſe materia en aſſentandoſe alli, y oyria maravillas. En eſto llegaron à ellos Don Quixote, y Sancho, que avian eſtado quitando el freno à rocinante, y la albarda al rucio, y deſpues de averſe ſaludado todos, le dixo vno de aquellos Canonigos, que ſe quitaſſe las armas porque venia muy caluroſo, y alli eſtava en parte ſegura donde todos eran amigos. A lo qual reſpondiò Don Quixote le perdonaſſe, que no ſe las podia quitar jamàs, ſino era para acoſtarſe, que à eſſo le obligavan las leyes de ſu profeſsion. En eſto ſe aſſentò con gravedad, y ellos que vieron ſu reſolucion no quiſieron porfiarle mas, y aſsi deſpues de aver tratado de lo que mas les agradava vn rato, dixo Don Quixote: Pareceme ſeñores, yà que avemos de eſtar aqui quatro, ò ſeis horas, que paſſemos el tiempo de la ſieſta con el entretenimiento de algun buen cuento, ſobre la materia que mejor les pareciere à vueſſas mercedes. Sentòſe en eſto Sancho, diziendo: Sino es mas deſto, yo les contarè riquiſsimos cuentos, que à fe que los sè lindos, à pedir de boca. Eſcuchen, pues, que ya comiençó. Eraſe que ſera en hora buena ſea, el mal que ſe vaya, el bien que ſe venga, à peſar de Menga. Eraſe vn hongo, y vna honga, que iban à buſcar mar abaxo Reyes. Quitate allà beſtia, dixo Don Quixote, que aqui el ſeñor Bracamonte nos harà merced de dar principio à los cuentos, con alguno digno de ſu ingenio de Flandes, ò de la parte que mejor le pareciere. El ſoldado reſpondiò que no queria replicar, ni eſcuſarſe, porque

deseava servirles, y dar juntamente materia para que alguno de aquellos señores contasse algo curioso supliendo la falta que de serlo tenia el siguiente tragico sucesso.

CAPITULO XV.

EN QUE EL SOLDADO Antonio de Bracamonte dà principio à su cuento del Rico desesperado.

EN el ducado de Brabante en Flandes, en vna Ciudad llamada Lovayna, principal Vniversidad de aquellas provincias, avia vn Cavallero mancebo, llamado Monsiur de Iapelin, de edad de veinte y cinco años, buen estudiante en ambos derechos civil, y Canonico, y dotado tan copiosamente de los bienes, que llaman de fortuna, que pocos avia en la Ciudad, que se le pudiessen igualar en riqueza. Quedò el mancebo por muerte de padre, y madre, señor absoluto de toda ella, y assi con la libertad, y regalo (à las que sacan à volar, y precipitarse mocedades prodigas, con peligrosos pronosticos de infelizes fines,) començò à aflojar en el estudio, y à andar embuelto en mil generos de vicios, con otros de su edad, y partes, sin perder ocasion de combites, y borracheras, que en aquella tierra se vsan mucho. Sucediò, pues, andando en estos passos, que vn Domingo de Quaresma, dirigiò acaso los suyos, à oìr vn Sermon en vn Templo de Padres de Santo Domingo, por predicarle vn Religioso eminente en doctrina, y espiritu, donde tocandole Dios al libre, y descuydado oyente en el coraçon, con la fuerça, y virtud de las palabras del predicador, saliò de la Iglesia trocado, de suerte, que començò à tratar consigo propio de dexar el mundo, con toda su vanidad, y pompa, y entrarse en la insigne, y grave Religion de los Predicadores. Encargò en este presupuesto toda su casa, y hazienda, à vn pariente suyo, para que se la administràsse algunos dias en que pensava hazer vna preciosa ausencia, con cargo de que le diessse fiel cuenta della, quando se la pidiesse. Tras esto se fue à Santo Domingo, y hablando con el Religioso predicador le descubriò su pecho. En resolucion, como era hombre de prendas singulares, y conocido por ellas de todos, fue facil darle luego el habito, como en resolucion se le diò en dicho Convento. Viviò en èl con mucho gusto, y muestras de exemplar Religioso por espacio de diez meses: pero nuestro General adversario, (que anda dando buel-tas, como leon rabioso buscando à quien tragarse, como dize en no sè que parte la Escritura) para daño de su conciencia traxo à aquella Vniversidad, dos amigos suyos, que avian estado ausentes de

de Lovayna, algunos meses no poco vicioſos, y aun ſoſpechoſos de la fe, (plaga que ha cundido no poco por nueſtros pecados en aquellos eſtados, y en los circunvezinos ſuyos) ſabido por ellos como Iapelin ſu amigo, ſe avia entrado Religioſo Dominicano, lo ſintieron en el alma, y propuſieron de ir al Convento, y perſuadirle con las mayores veras que les fueſſe poſsible, dexaſſe el camino que avia començado à ſeguir, y bolvieſſe à ſus eſtudios. Efectuaronlo de ſuerte, que lo determinaron, y la meſma tarde del concierto fueron à verle, y obtenida licencia para ello del Prior (que por allà no ſe obſerva el rigor que en nueſtra Eſpaña, en hazer guardar el devido recogimiento a los novicios, el año de ſu noviciado) le abraçaron con mucho amor, y deſpues de aver hablado mil coſas diferentes, y de guſto, el que devia de ſer mas libre, començò à dezirle las ſiguientes razones: Maravillado eſtoy Monſiur de Iapelin, de vèr que ſiendo vos tan prudente, y diſcreto, y vn Cavallero en quien toda eſta Ciudad tiene pueſtos los ojos, ayais dexado vueſtros eſtudios contra la eſperança que todos teniamos de veros antes de muchos años Catedratico de prima, y celebrado por vueſtra rara abilidad, no ſolo en Lovayna, ſino en todas las Vniverſidades de Flandes, y aun en las de todo el mundo, porque vueſtro divino entendimiento, y feliz memoria, claros preſagios davan de que aviades de alcançar eſto, y todo lo demas à que aſpiraſſedes: y lo que aumenta el eſpanto, es, vèr ayais querido contra el guſto de toda eſta Ciudad, y aun contra vueſtra reputacion, y la de vueſtros deudos, tomar el habito de Religioſo, como ſi fuerades hombre à quien faltaſſen bienes de fortuna, ò fuerades perſona ſimple, y deſemparentada, y por eſſo obligado à tomar ſemejante profeſsion de pobreza. No ſabeis ſeñor, que la coſa mas precioſa que el hombre poſſee es la libertad, y que vale mas como dize el Poeta, que todo el oro que la Arabia cria? Pues por què la quereis perder tan facilmente, y quedar ſujeto, y hecho eſclavo de quien ſiendo menos docto, y principal que vos, os mandara mañana como dizen à çapatazos, y por cuyas manos abràn de llegar à las vueſtras, haſta las cartas, y papeles, que para conſuelo vueſtro os eſcrivirèmos los amigos. Miradlo ſeñor bien, y acordaos que vueſtro padre, que buen ſiglo aya, no podia vèr pintados los Religioſos, y aſsi amigo del alma os ſuplico, por la ley del amiſtad que os devo, que bolvais ſobre vos, y deſiſtais deſta necedad, ò por mejor dezir ceguera, y bolvais à vueſtra hazienda, que anda toda como Dios ſabe por faltarle vos. Bolved à vueſtros eſtudios, pues ſi os pareciere ſiendo vos como ſois tan principal, y rico, os podeis caſar con vna de las damas hermoſas, y de hazienda deſta tierra, en el qual eſtado os podeis muy bien ſalvar, y alegrar à vueſtros parientes, los quales eſtan muy

triſtes por lo que aveis hecho, teniendoos ya por muerto en vida. No os quiero ſeñor dezir mas de que metais la mano en vueſtro pecho, que sè que con eſto echareis de vèr, que os digo la verdad, y como amigo que deſea en todo vueſtro bien, y pues agora teneis tiempo: que no ha mas de diez meſes que entraſtes aqui, para enmendar el hierro empeçado, y dar contento à los que os amamos: dadnosle cumplido con vueſtra ſalida, que os prometo à fe de quien ſoy, que no os arrepintais de aver tomado mi conſejo, cómo dirá el tiempo. Eſtuvo el Religioſo mancebo callando à todo lo que el miniſtro del demonio le dezia, y mirando al ſuelo con ſuma turbacion, y melancolia, y en fin como era flaco, y eſtava poco fundado en las coſas tocantes à la perfecion, y mortificacion de ſus apetitos convencieronle las razones frivolas, y peſtilenciales aviſos, q̃ aquel falſo amigo, y verdadero enemigo de ſu bien le avia dado, y aſsi le reſpondiò, diziendo: Bien echo de vèr ſeñor mio, que todo lo que me aveis dicho, es mucha verdad, y eſtoy yo ya tan arrepentido de lo hecho, mas ha de ocho dias, que ſino fuera por el que diran, y por mi propria reputacion, me huviera ya ſalido deſte Convento: pero con todo eſſo eſtoy determinado de ſeguir el conſejo, y parecer de quien tan ſin paſsion, y con tan buenas entrañas me dize lo que me eſtà bien: yo en ſuma me reſuelvo de pedir oy por todo el dia mis veſtidos, y bolver à mi caſa, y hazienda, que ya tengo echado de vèr lo que me importa, y con eſto nō ay ſino que os vais, y me aguardeis à cenar eſta noche en vueſtra poſada, ſeguros de que no faltarè à la cena, pero tenedme ſecreta os ſuplico eſta mi reſolucion. Con notable alegria abraçandole ſe deſpidieron todos del, por la buena nueva, y el engañado mancebo ſe fue derecho à la celda del Prior, y le dixo le mandaſſe bolver luego ſus veſtidos de ſecular, porque le importava à ſu reputacion bolver à ſu caſa, y hazienda, tras que no podia llevar los trabajos de la Orden, de veſtir lana, no comer carne, levantarſe todas las noches à Maytines, y los demàs que en ella ſe profeſſavan: demàs deſto le dixo (mintiendo) como avia dado palabra de caſamiento à vna dama, y que forçoſamente ſe la avia de cumplir caſandoſe con ella, à que le obligava la conciencia, y las recebidas prendas de ſu honra. Maravillòſe no poco el Prior de oìr lo que el novicio le dezia, y lleno de ſuſpenſion le reſpondiò, diziendo: Eſpantome Monſiur de Iapelin de vueſtra indiſcrecion, y que tan poco os ayan aprovechado los exercicios Eſpirituales, en que en diez meſes de Religioſo aveis tratado, y los buenos conſejos mios, que como padre os he ſiempre dado: no os acordais hijo averme oydo dezir muchas vezes, que miraſſedes por vos, principalmente eſte año de noviciado, porque el demonio os avia de hazer crudeliſsima guerra en èl, procurando con todas ſus aſtucias, y fuerça perſuadiros como aora lo ha hecho, q̃ que dexeis

la

la Religion, bolviendo à las ollas de Egypto, que esso es bolver à la confusion del siglo, en que él sabe que con facilidad os podrá engañar, y hazer caer en graves pecados, à manos de los quales perdais, no solo la vida del cuerpo, sino lo que peor es la del alma: acordaos tambien hijo que me aveis oydo dezir, como hasta oy ninguno dexò el habito que vna vez tomò de Religioso que aya tenido buen fin, que justo juyzio es de Dios, que quien siendo llamado por su divina vocacion à tu servicio, si despues le dexa de su voluntad en vida, que el mismo Dios le dexe à èl en muerte. Siendo esto lo que èl dixo à los tales por su Profeta, *Vocavi, & renuistis, ego quoque in interitu vestro ridebo.* Verdad es que he visto por mis ojos mil esperiencias, y plegue à Dios, como se lo ruego, no la haga su divina justicia en vuestra ingratitud, y precipitada determinacion, que lo temo por veros tan engañado del demonio, que las razones que vos me dezis, claramente descubren, no ser forjadas en otra fragua, sino en la infernal que èl habita: advertid, que si al principio hallais la dificultad que dezis en la religion, no ay que maravillarse dello, pues como dize el Philosofo, todos los principios son dificultosos, y mas los que lo son de cosas arduas. Los hijos de Israèl, despues de aver passado a pie enjuto el mar Bermejo, embiaron ciertas espias, à reconocer la tierra de Promission, para la qual caminavan, y bolviendo ellas con vn grandissimo racimo de vbas tan grande, que menos que en vn palo traydo en ombros de dos valerosos soldados, no le podian traer, dixeron: Amigos esta fruta lleva la tierra que vamos à conquistar: pero sabed, que los hombres que la defienden, son tan grandes como vnos pinos, con que dixeron, que el principio de la conquista de aquella fertilissima tierra, era dificultoso, siendo sus habitadores Gigantes: dessa manera hijo mio os ha acontecido à vos, me parece al principio de vuestra conversion, en la qual ha permitido Dios, sintais las presentes dificultades con que pretende provar vuestra perseverancia, à fin de obligaros à que acudais à él solo à pedirle favor para salir con vitoria, si bien veo aveis dado por vencido de vuestros enemigos à los primeros encuentros, dexandoos atar por ellos las manos, sin aver acudido à quien las tiene liberalissimas, y prompras, para remediaros, de lo qual nace el venirme à pedir con tan ciega resolucion vuestros vestidos: por la passion que Christo padeciò por vos os ruego amado Iapelin, que hagais vna cosa por mi, y es, que os reporteis por tres, ò quatro dias y en ellos hagais oracion à Dios, que yo de mi parte os prometo de hazer lo mesmo con todos los Religiosos desta casa, y vereis como vsa su Magestad con vos de misericordia, haziendoos salir vitorioso desta infernal tentacion. Todas estas razones, que el santo Prior dixo al inquieto novicio, no fueron bastantes para apartarle de su proposito, antes al cabo dellas, le

dixo: No ay Padre mio que dàr, ni tomar mas sobre este negocio, que estoy resuelto en lo que tengo dicho, y lo tengo muy bien mirado, y tanteado todo. El en efeto se saliò aquella noche del Convento, y se fue derecho como lo tenia concertado, à la posada de sus dos amigos, donde le esperavan à cenar: dieronle vn bravo combite, y brindaronse en èl con mucho contento, y abundancia los vnos à los otros. Bolviò tras esto Iapelin à tomar posseśion de su hazienda, y començò à seguir de nuevo el humor de sus compañeros, andando de dia, y de noche con ellos, sin hazerse combite, ò fiesta en toda la Ciudad, donde los tres disolutos mancebos no se hallassen. Sucediò, pues, que vn dia se fue à hablar muy de pensado con vn Cavallero, algo pariente suyo, el qual tenia vna sobrina, en estremo hermosa, discreta, y rica, y pidiòsela por muger, atento que ya antes que entrasse à ser Religioso, le avia hecho muchos dias del galan, con demostraciones de aficion en vn monasterio de Religiosas, donde avia estado encomendada. Viendo el Cavallero quan bien le venia el casamiento à su sobrina, por ser Iapelin en todo su igual, se la prometiò con gusto suyo, y della, à la qual su mismo tio, aun no avia vn mes entero que tambien la avia sacado del Convento de Religiosas, en que como queda dicho avia estado encomendada à vna prima suya perlada, sin averle consentido que fuesse monja en èl, como sus padres avian deseado, y procurado en vida, sin para el qual desde niña la avian hecho criar baxo de la clausura. Casaronse en efeto los dos reyzien salidos de sendos Conventos, con grandes fiestas, y vniversales regozijos, y estuvieron casados tres años, al cabo de los quales concibiò la dama, y viendola su marido preñada, perdia el juyzio de contento, sin quer regalo en el mundo, que no fuesse para su muger, acariciandola, y poniendola sobre su cabeça, con increible desvelo, y mil amorosas ternuras: pero sucediò, que à los seis meses de su preñez vn tio deste Cavallero, que era Governador de vn lugar en los confines de Flandes, que se llama Cambray, muriò, y sabido por el sobrino, partiò para Brucelas, donde està la Corte, y negocio sin mucha dificultad (representadas sus prendas, y los buenos servicios de su tio) le diessen aquel govierno, del qual fue luego à tomar posseśion, con intento de bolver despues por toda su casa, y hazienda: antes de la partida se despidiò de su muger, con harto sentimiento de entrambas partes, diziendo: Señora mia, yo voy à dar asiento à las cosas de mi difunto tiò el Governador, y à poner en cobro la hazienda que por su muerte heredo, cosa que como sabeis no la puedo escusar: de alli pienso llegarme a Brucellas, à pretender succederle en el cargo, y à que me hagan sus Altezas merced del, por los buenos servicios de mi tio, cosa que creo me serà facil de alcançar: lo que os suplico, es, mireis por vos en esta ausen-

ſencia, y que al punto que parieredes me aviſeis, para que me halle en el Bautiſmo, que lo harè ſin falta, y creo ſerà de igual regozijo para mi vueſtra viſta, que la del hijo, ò hija que parieredes. Prometiòſelo ella, de quien deſpidiendoſe con mil abraços, y amoroſas lagrymas ſe partiò para Cambray, donde, y en Brucellas negociò muy à ſu guſto lo que pretendia como queda dicho, tardando en los negocios, y en bolver à ſu caſa caſi tres meſes. Antes que lo hizieſſe le dieron à la ſeñora los dolores del parto, la qual luego que ſe le ſintiò, deſpachò vn correo à ſu marido, rogandole partieſſe viſta la preſente, pues ya lo eſtava el dia de ſu parto. No tardò Iapelin à ponerſe à cavallo, y dar la buelta para ſu caſa, de lo que tardò en leer la deſeada carta. A la que llegava cerca de la Ciudad de Lovayna, encontrò por el camino vn ſoldado Eſpañol, à quien preguntò en emparejando con èl adonde caminava, y reſpondiendole el ſoldado que iba à Amberes à holgarſe con ciertos amigos, que le avian embiado à llamar, y que eſtava de guarnicion en el Caſtillo de Cambray, le fue preguntando por el camino muchas coſas acerca de como lo paſſavan los ſoldados en el Caſtillo, à todo lo qual reſpondia el Eſpañol con mucha diſcrecion, porque era no poco practico, aunque moço. Ya que llegavan à las puertas de la Ciudad le dixo Iapelin: Señor ſoldado ſi V. m. eſta noche no ha de paſſar adelante, podrà ſi guſtàre venirſe conmigo à mi caſa, adonde ſe le darà alojamiento, y aunque no ſerà conforme ſu valor merece, recibirà à lo menos el buen deſeo deſte ſu ſervidor, dueño de vna razonable caſa, y del caudal, que para ſuſtentarla con el adereço, y fauſto que V. m. verà en ella es neceſſario, porque ſepa ſoy muy aficionado à la nacion Eſpañola, y el ſer della V. m. y ſus prendas me obligan à vſar deſta llaneza: Repoſarà, y por la mañana podrà emprender la jornada con mas comodidad, aviendo precedido el deſcanſo de vna acomodada noche. El ſoldado le reſpondiò, que le agradecia la merced que le ofrecia, no poco, y que por ella, y la voluntad con que iba embuelta, le beſava las manos mil vezes, y que le pareceria paſſar los limites de la corteſia, que ſu nacion profeſſava el dexar de aceptar el ofrecimiento, con que ſe reſolviò quedar eſſa noche en Lovayna, aunque por ello perdiera la comodidad de ſu jornada. Llegaron ambos, yendo en eſtas platicas à la deſeada puerta de la caſa de Iapelin, de la qual ſalia à caſo vna criada, que viendole bolviò corriendo ſin hablarle palabra la eſcalera arriba, dando vna mano con otra, con muestras de regozijo, y diziendo turbada: Monſiur de Iapelin, Monſiur de Iapelin, y tras eſto bolviò à baxar à ſu amo con las miſmas muestras de contento, diziendole: albricias ſeñor, albricias, q̃ mi ſeñora ha parido eſta noche vn niño como mil flores. Apeòſe del cavallo con la nueva, èl como vn viento, y ſubiò

biò en dos ſaltos la eſcalera, ſin que el gozo le dieſſe lugar de hazer comedimientos, con el ſoldado, y puesto en la ſala viò à ſu muger que eſtava en la cama, y ſaludandola, y abraçandola (llegado à ella) muchas vezes, le dixo: Dad mi bien vn millon de gracias al Cielo por la merced que nos ha hecho agora, en darnos hijo, que ſiendo heredero de nueſtra hazienda, pueda ſer baculo de nueſtra ſenectud, conſuelo de nueſtros trabajos, y alegria de todas nueſtras afliciones. Sentòſe en eſto en vna ſilla, que eſtava en la cabecera de la cama, teniendola ſiempre aſida de la mano, platicando los dos, ya del camino, y buen ſucceſſo de ſus negocios, ya del venturoſo parto, y coſas de ſu caſa. A la que ſe hizo de noche mandò que le puſieſſen alli junto à la cama la meſa, porque guſtava de cenar con ſu muger, hizo llamar al ſoldado luego, para que ſe aſſentaſſe à cenar tambien con ambos, lo qual èl hizo con mucha corteſia, y no con el recato que deviera tener en los ojos, en orden à mirar à la dama, porque le pareciò deſde el punto que la viò la mas bella criatura que huviesse viſto en todo Flandes. (y eralo ſin duda, ſegun me refirieron los que me dieron noticia del cuento, que eran perſonas que la conocieron.) Traxeron abundantiſsimamente de cenar, pero el Eſpañol que avia hecho paſto de ſus ojos à la hermoſura de la partera, y la gracia con que eſtava aſſentada ſobre la cama, algo deſcubiertos los pechos, (que vſan mas llaneza las Flamencas en eſte particular, que nueſtras Eſpañolas,) còmiò poquiſsimo, y eſſo con notable ſuſpenſion. Acabada la cena, y quitados los manteles, mandò Iapelin à vn paje que le traxeſſe vn clavicordio, que èl tocava por eſtremo, (que en aquellos payſes ſe vſa entre Cavalleros, y damas, el tocar eſte inſtrumento, como en Eſpaña la arpa, ò vihuela) traydo, y templado començò à tañer, y à cantar en èl con eſtremada melodìa, las ſiguientes letras, de las quales èl miſmo era Autor, porque como queda dicho, tenia gallardo ingenio, y era vniverſal en todo genero de ſciencias.

Celebrad inſtrumento,
el vèr que no podrà el tiempo variable
alterar mi contento,
ni hazerme con ſus fuerças miſerable;
pues oy con regozijo,
me ha dado vn Angel bello, vn bello hijo.
Alçòme la fortuna
ſobre lo mas conſtante de ſu rueda,
y aunque ella es como luna,
le manda mi ventura que eſtè queda,
y que là tenga firme,
y ſu poder en mi favor confirme.

Y aſsi ſeñora mia,
no temais que ella nueſtro bien altere
jamàs, porque eſte dia,
el miſmo Cielo nueſtro aumento quiere,
que eſſo dize el juntarnos,
en vno ambos, para mas amarnos.
Sin duda fuy dichoſo,
quando me aconſejaron dos amigos,
no fueſſe Religioſo,
pues los guſtos que gozo ſon teſtigos,
de que ſu triſte ſuerte,
en vida les iguala con la muerte.
Razon es, pues ſoy rico,
que viva alegre, coma, y me regale,
y que el avaro iniquo,
me tema ſiempre, y nunca eſſe me igualé,
pues puedo en paz, y en guerra,
honrar à los mas nobles deſta tierra.
Que viva ſin çoçobras,
tambien mil años, libre de cuydados,
es juſto, pues mis ſobras
imbidian muchos de los mas honrados,
viendo como de renta,
mas de diez mil el año, à buena cuenta.
Y ſobre todo aqueſto,
mi braço, mi fortuna, y buena eſtrella
echaron oy ſu reſto,
en darme vn hijo de vna dioſa bella,
por quien es noble, y moço,
mil parabienes, y contentos gozo.

Acabòſe la muſica con la letra, y començò la ſuſpenſion del Eſpañol a ſubir de punto, por aver oydo los ſuaviſsimos de garganta del rico Flamenco, dichoſo dueño del Seraphin por quien ya ſe abraſava; llegò vn paje por mandado de ſu amo, en dando fin al canto, à quitarle de delante el clavicordio, que ya era tarde, y tiempo de dar lugar al ſoldado à que deſcanſaſſe, y para que lo hizieſſe, mandò luego tras eſto a otro criado, tomaſſe vno de los candeleros de la meſa, y le fueſſe alumbrando con èl al apoſento primero del quarto, en que ſolia dormir ſu paje de Camara, que era vezino de la quadra en que la dama eſtava acoſtada, con orden de que le dieſſe al mayordomo, ò diſpenſero, para que tuvieſ-

ſen

sen en amaneciendo adereçando vn buen almuerço, para aquel señor soldado, con deseo de que pudiesse salir de madrugada de Lovayna, y hazer de vn tiron la jornada, llevando hecha la alforja, y saliendo desayunado. Despidióse agradecidíssimo deste cuydado, y de la merced y regalo recibido del Cavallero, y de su esposa. El soldado con mil corteses ofrecimientos, y puesto en su aposento, y acostado en èl, fue tal la bateria que le dierón las memorias del bello Angel que adorava, que totalmente estava fuera de sì, reprehendia su temeridad, representandosele la imposibilidad del negocio à que aspirava, y procurava desechar de su animo vna imaginacion tal qual lo que dava garrote à su sossiego. El Cavallero al cabo de breve rato que se huvo ido à reposar, el soldado hizo lo proprio, despidiendose de su esposa con las muestras de amor, que del suyo tras tan larga ausencia, se puede creer, guardando el devido decoro al parto rezien sucedido, que para nò ponerse en ocasion de lo contrario, se entrò en otro aposento mas adentro del, en que la partera estava. Tuvo el paje que llevò à acostar al soldado consideracion à que venia cansado, y por no averse de obligar à darle mala noche, le dixo, se iria à dormir en otro aposento con otros criados, y assi que sin cuydado de su buelta reposasse, pues lo haria mejor estando solo, que para el mismo efecto su señor tambien avia apartado cama, y se avia acostado en vna que avia en otra pieça mas adentro. Fuesse con esto, dexando sus vltimas razones con mas confusion, al amartelado Español: porque del entender dormia la dama sola, y tan vezina del, y del verse (contra el orden de Iapelin) sin compañia en el aposento, naciò la resolucion diabolica, que tomò en ofensa de Dios, infidelidad de su nacion, y en agravio del honrado hospedage que le avia hecho su noble huesped, que à todo le precipitò el vehemente fuego, y rabiosa concupiscencia en que se abrasava. Resolviòse, pues, en levantarse de su cama, de ir à la de la dama sin ser sentido, persuadido de que ella por su honra, y por no dar pesadumbre à su marido, ni alborotar la casa callaria, y aun podria ser que se le aficionasse, de manera, que yendose su marido le diesse libre entrada, y le regalasse, y si bien considerava el peligro de la vida que corria, si acaso ella (como era justo) dava vozes, pues à ellas era fuerça saliesse el marido, y se matassen el vno al otro: de lo qual sucederian notables escandalos, y graves inconvenientes. Toda via su gran ceguera rompiò con todas estas dificultades. Levantòse, pues, à media noche en camisa, y entrò en la sala de la dama, y llegandose à ella sin çapatos por no ser sentido, estuvo vn rato en pie sin acabarse de resolver, pero hizolo de bolver à su aposento, y de tomar la espada que tenia en èl, y sacandola desembaynada bolviò muy passito à la cama de la Flamenca, y poniendo la espada en tierra, alargò la mano, y metien-

tiendola debaxo de las savanas muy quedito la puso sobre los pechos de la señora, que despertò al punto alborotada, y asiendosela pensando que fuesse su marido (que no imaginava ella que otro que èl, en el mundo podiesse atreverse à tal) le dixo: Es posible señor mio, que vn hombre tan prudente como vos aya salido à estas horas de su aposento, y cama para venirse à la mia, sabiendo estoy parida de ayer noche, y por ello imposibilitada de poder por aora acudir à lo que podeis pretender: tened por mi vida señor vn poco de sufrimiento, y pues soy tan vuestra, y vos mi marido, y señor, lugar abrà en estando como es razon, para acudir à todo aquello que fuere de vuestro gusto, como lo devo por las leyes de esposa. No avia acabado ella de dezir estas honestas razones, quando el soldado la besò en el rostro sin hablar palabra, y pensando ella siempre fuesse su marido, le replicò: Bien sè señor, que de lo que intentais hazer, teneis harta vèrguença, pues por tenerla no me osais responder palabra, y echo de vèr tambien, que el intentar tal, proceda del grandissimo amor que me teneis, y de la represa de tan larga ausencia, pues à no ser esso no salierades de vuestra cama para venir à la mia, sabiendo me aviais de hallar en ella de la suerte que me hallais. Oyendo el soldado estas razones, y coligiendo dellas el engaño en que la dama estava, alçò la ropa callando, y metiòse en la cama, do puso en execucion su desordenado apetito; porque viendo ella su resolucion, no quiso contradezirle, por no enojarse, como le tenia por su marido. Si bien quedò maravillada no poco de vèr que no le huviesse hablado palabra, porque sin dezirle cosa se levantò hecha su obra, y tomando con todo el silencio que pudo su desnuda espada, se bolviò a su aposento, y cama, harto apeserado de lo que avia hecho, que en fin como se consigue à la culpa el arrepentimiento, y al pecado la verguença, y pesar, tuvole tan grande luego de su maldad, que maldezia por ello su poco discurso, y sufrimiento, y su maldita determinacion: imaginando el delito que avia cometido, y el peligro en que estava, si acaso el ofendido marido se levantasse antes que èl. Tambien à la dama assaltaron sus pensamientos, poniendola en cuydado el no averle hablado palabra quien con ella avia estado, si seria su marido, ò no. Pero resolviòse en que seria èl, y que la verguença de aver hecho cosa tan indecente, en tiempo que lo estava ella para semejantes burlas, le abria cerrado la boca. Con todo propuso (que no deviera) en su coraçon, darle por lo hecho à la mañana, vna reprehension amorosa, afeandole su poca continencia. Llegada la madrugada, y apenas vistas sus primeras luzes, se levantò el soldado, que no avia podido pegar las de sus ojos, con la rabia que tenia de lo hecho, y estando aun la dama durmiendo pidiò à los primeros criados que topò le abriessen la puer-

puerta, y le escusassen con su señor de no aceptar el preparado almuerço, y provisiõn, pues la prisa de la jornada, no le dava lugar para detenerse, ni sus obligaciones permitian aumentasse las muchas con que quedava à toda aquella casa, y aunque los criados porfiaron con èl queriendo ponerle en la alforja, lo que para almorçar le tenian aparejado, no huvo remedio consintiesse lo hiziessen, diziendo, no era de su humor el ir cargado, y que assi le tuviessen por escusado; à mas de que vna legua de alli en el camino avia vna famosa hosteria, y en ella pensava detenerse à almorçar, con lo qual se despidiò dellos, y saliò del lugar.

CAPITULO XVI.

EN QUE BRACAMONTE dà fin al cuento del rico desesperado.

ESTuvieron con atencion los Canonigos, y Jurados al cuento, y Don Quixote aunque lo estuvo, dava de quando en quando assomos de querer salir con algo en contrapusicion de los malos consejos que los estudiantes dieron à Iapelin quãdo era novicio, ya en abono de su buena eleccion en averse casado con muger hermosa, y particularmente en loa de su valor, por aver pretendido seguir la milicia en prosecucion de la governacion de su tio, pero ibale à la mano à todo el venerable hermitaño, que le tenia al lado. Pero como no lo estava al suyo Sancho, no pudo obviar à que no saliesse de traves, quando oyò la vellaqueria del soldado, y particularmente su poco estomago en no querer llevar el matalotaje que le davan los criados, para acudir à las necessidades venideras, y assi dixo con vna colera donosa: juro à Dios, y à esta Cruz que merecia el muy grandissimo vellaco mas palos, que tiene pelos mi rucio, y que si le tuviera aqui, me le comiera à bocados: donde aprendiò el muy grandissimo hideputa, à no tomar lo que le davan, siendo verdad, que no està esso prohibido, no digo yo à los soldados, y Reyes, pero ni à los mismos señores Cavalleros andantes, que son lo mejor del mundo: en mi anima, que creo que ha de arder la suya en el infierno, mas por esse pecado, que por quantas cuchilladas ha dado à Luteranos, y moriscos: pero no me espanto fuesse el muy follon tan mal mirado, y tan poco quillotrado, si como V.m. dize, venia de Cambray, que juro à los años del Gigante Golias, que deve de ser essa la mas mala tierra del mundo, pues segun dizen por las calles, y plaças, chicos, y grandes, hombres, y mugeres, no se coge en ella pan, ni vino, ni cosa que lo parezca, sino estopilla, de lo qual se quexan con vn perpetuo ay, ay, que es señal que deve de ser malissima, y que deve de causar torçon à quantos la comen. Rieron destas boverias los Canonigos, y Bracamonte, pero no Don Quixote, que con vna melancoli-

lia, y sentimiento, digno de su honrado zelo, dixo: Dexate Sancho hijo de llorar el descuydo, y poca prudencia del soldado, y de si el ay, ay, ay, que dizes, se dize por la estopilla maldita; que en Cambray se coge, ò no: llora lagrimas de sangre por el agravio, y tuerto fecho à aquella noble princesa, y por la ofensa, y mancha que en la honra del famoso Iapelin cayò por industria, ò inconsideracion: ò por la maldad, que es lo mas cierto, de aquel soldado, infamia de nuestra España, y deshonra de todo el arte militar cuyo aumento procuran tantos nobles, y yo entre ellos, à costa de la hidalga sangre de mis venas, pero yo sacarè la alevosa de las suyas, antes de muchos dias si le topo como deseo. Deste cuydado queda ya libre V.m. (dixo Braçamonte) como verà si me la haze de oìr con paciencia lo que queda de la historia. Rogaron todos à Don Quixote reprimiesse su justa colera, y à Sancho le pidieron callasse sin meterse en dibujos de averiguar lo que oyria: y prometiendolo ambos con mucha seguridad, y algunos juramentos, prosiguiò Bracamonte la tela de su cuento, diziendo: Ido el soldado con la cortedad referida, y cargado de miedo, y verguença. Saliò de su aposento el noble, y descuydado Iapelin, à la hora en que el bullicio de la gente de casa, dio muestras de que era ya la de levantarse, y llegandose à la cama de su esposa à darle los buenos dias, y cuydadoso de saber como avia passado la noche, asegurandola de que con el contento de verse èl en su cama, y con heredero della, no avia podido apenas sossegar. Rièse su muger de la dissimulacion que mostrava en sus razones, y en tomarle la blanca mano, y mostrando vn fingido enojo con su risa, le dixo, retirando àzia adentro el braço: Por cierto señor mio, que sabeis dissimular lindamente, y que anda aora bien ligera essa lengua, que à noche tan muda tuvistes conmigo, idos de ay con Dios, y no me hableis por lo menos oy en todo el dia, que bien lo avrè menester todo para desenojarme del enojo que tengo con vos, tan justamente, y aun despues de passado os serà menester me pidais perdon, y no serà poco si os lo concedo. Rièse Iapelin del descuydo, y cayendole en gracia, à pesar suyo la besò en el rostro, diziendo: Por mi vida señora, que me digais el enojo que os he hecho, que gustarè infinito de sabello; si bien ya poco mas, ò menos sospecho yo, serà porque avreis imaginado que he dormido dentro con compañia, en ofensa vuestra, y muera yo en la de Dios, si jamàs os la he hecho, ni con el pensamiento: y assi quiteseos del vuestro, os suplico, esse temerario juyzio, que con èl me ofendeis no poco. Por cierto (dixo ella de nuevo) que sabeis encubrir bien, y negar mejor aora lo que fuera justo negarais à vuestro apetito antes de executalle, tan sin consideracion, que si la tuvierais, no efectuàra vn hombre tan prudente, y discreto como vos, lo que tan contra

tra toda razon os pedia vuestro desordenado deseo. Corrida estoy no poco, de vèr no lo esteis mas de lo que lo estais, de aver tenido atrevimiento de llegar à mi cama esta noche à tratar conmigo, sabiendo de la suerte que estoy, y siento muchissimo vèr ayan podido tan poco con vos mis justos ruegos, que no bastassen à obligaros à que bolviendoos à vuestra cama, dexasseis de entrar en la mia con los excessos de aficion, que la primer noche de nuestras bodas. Y añadiendo agravio, à agravio, aveisme dexado sin hab'ar palabra: si bien doy por disculpa de vuestro silencio, el justo empacho que os causò el atrevimiento. No ignoro señor direis naciò èl, del sobrado amor que me teneis, y aunque essa parezca bastante disculpa, no la admito por tal, pues aviais de considerar el tiempo, y indisposicion mia, teniendo algun respeto, y sufrimiento à tan justo obstaculo, que no se perdia el mundo en ser continente, siete, ò ocho dias mas, quando mucho: pero passe esta, que os la perdona mi grande amor, con esperanças de enmienda en lo por venir. No se puede pintar la suspension que cayò en el animo de Iapelin, quando oyò à su esposa tales razones, y dichas con tantas veras, y circunstancias, y como era de agudo ingenio, sospechò luego todo lo que podia ser, imaginando (como era la verdad) que el soldado Español abria dormido. Solo por inconsideracion del paje de guarda, el qual pensava èl le haria compañia en el aposento, sin dexarle à solas, y que assi, con la ocasion, que es madre de graves maldades, abria cometido aquel delito con artificioso silencio, y disimulando quanto pudo, le dixo à la dama: No aya mas mis ojos, por vida de los vuestros, que del amor excessivo que os tengo, ha nacido el desorden de que os quexais, pero yo os prometo à ley de quien soy, corregirme, y aun vengaros cabalmente de todo. Y bolviendose à otro lado, dezia entre dientes bramando de colera: O vil, y alevoso soldado, por el Cielo santo juro, de no bolver à mi casa sin buscarte por todo el mundo, y hazerte pedaços do quiera que te encontrare: tras lo qual, disimulando con su muger, con notable artificio se despidiò della, fingiendo cierta necessidad precisa. Llamò luego à parte vn moço, diziéndole: ensillame al punto sin dezir cosa el alazan Español, que me importa ir fuera en èl con brevedad. Mientras el cavallo se ensillava se acabò de vestir, y entrando en vn aposento do tenia diferentes armas, sacò del vn famoso venablo. Viòlo la dama, y rezelosa le preguntò que pensava hazer de aquel venablo. Quierole (dixo èl) imbiar à vn vezino nuestro, que ayer me le pidiò prestado. Què vezino puede ser nuestro (replicò ella) que no tenga armas en su casa, y necesita de venir por ellas à la nuestra? En verdad mi bien, que sino lo recibis por enojo, que me aveis de dezir para que es. El la respondiò, que no le importava nada à ella el saberlo, pero que con todo

lo

lo sabria dentro de breves horas. Salióse tras esto fuera de la sala, demudado el rostro, y despidiendo vn sospiro tras otro, se baxò la escalera abaxo, y se puso à passear delante la cavalleriza, aguardando le sacassen el cavallo, y mientras el criado tardava à hazello, dezia con rabioso despecho entre sì: ò perverso, y vil Español, que mal me has pagado la buena obra que te hize, en darte alojamiento que no deviera! Aguarda traydor adultero à costa de la inocencia de mi engañada esposa, que te juro por las vidas della de mi hijo, y mia, que te cueste la tuya la alevosia: buela infame, y mueve los pies, que yo harè que los de mi cavallo igualen al pensamiento con que voy en tu busca con determinacion de no bolver à mi patrio suelo, hasta hallarte aunque te escondas en las entrañas del mismo Siciliano Ætna. No avia bien dicho estas razones, quãdo el criado que las avia oido todas, estando en la cavalleriza, sacò della el cavallo, en el qual subiò Iapelin como vn viento, diziendole à èl, que se quedassen todos sin acompañarle ninguno, pues no necesitava de compañia en la breve jornada que iba à hazer, y tomando el venablo saliò de casa, dando de espuelas al cavallo hecho vn frenetico, guiandole assi, à la parte, y camino que entendia llevava el Soldado, dexando maravillados à los criados de su casa, la furia, y repentina jornada con que la dexava, sì bien de las palabras que dezia, averle oido el que le ensillò el cavallo colegian, iba tras el Soldado por averle hurtado algo de casa, ò por aver dicho al salir della, algunas palabras deshonestas à su esposa, y que como tan zeloso, y noble pretendia tomar vengança de quien con solo el pensamiento le agraviava. El Cavallero, en fin, se diò tã buena maña en caminar tras el Soldado, que dentro de vna hora le alcançò, y calandose el sombrero antes de emparejar con èl, porque no le conociesse, en medio de vn valle sin que se rezelasse el Soldado, ni tener testigos aquienes poder remitir la disposicion de su violenta muerte, con la mayor presteza que pudo sin hablar palabra, le escondiò el robusto, y agraviado Iapelin, la ancha cuchilla, ò penetrante hierro, del milanes venablo, por las espaldas, sacandosele mas de dos palmos por delante, à vista de los lascivos ojos, que en su honestissima esposa puso, sin darle lugar de meter mano, ni defenderse de tan repentino assalto. Cayò luego en tierra el misero Español: O buena Pasqua le dè Dios, y buen S. Juan (dixo Don Quixote) esse sì que fue buen Cavallero, en verdad que puede agradecer à su buena diligencia el averme ganado por la mano, la toma de la vengança de esse delito, que si no juro por la vitoria que espero presto alcançar del Rey de Chypre, que la tomàra yo dèl tan inaudita, que pusiera terror hasta à las narizes de los miseros, y nefandos Sodomitas, à quien abrasò Dios: Pues à fe que si V.m. mi señor no lo hiziera, que yo acudiera à mi

obligacion (dixo Sancho) y que quando esso de Sodoma, y Gorroma que V.m. dize faltàra, le ahogàra yo con vn diluvio de gargajos, como aquel del tiempo de Noe. Pues no pàra en esto señores la tragedia, dixo Bracamonte, ni vengança que Lapelin tomò del Soldado, porque luego tras lo dicho se apeò del cavallo, y sacando el venablo del cuerpo del cadaver, le bolviò à herir con èl, cinco, ò seis vezes, haziendole pedaços la cabeça, y hechos con vna crueldad inexplicable, pagando bien con muerte de las dos vidas (à lo que se puede presumir) y con fin tan aziago el pequeño gusto de su desenfrenado apetito, quedando alli rebolcado en su propria sangre, para exemplo de temerarias deliberaciones, y comida de aves, y bestias. El Cavallero algo aconsolado con la referida vengança q̃ de su ofensor avia tomado, se bolviò poco à poco àzia su casa. En el tiempo que èl tardò della, quiso la desgracia que su muger viendo eran mas de las diez, y no le veìa, ni sabia adonde estava, preguntò à vn paje por èl, y respondiendole el indiscreto criado luego, le dixo: señora, mi señor ha ido fuera à cavallo, con vn venablo en la mano, mas ha de dos horas sin criado alguno, y no podemos imaginar adonde, ni à donde no, solo sè què iba demudadissimo de color, y dando algunos pequeños suspiros, mirando al Cielo. Llegaron estando en estas razones, el moço de cavallos, vna criada, y la ama que criava el niño, y la dixeron: V.m. mi señora, ha de saber, que ay algun grande mal, porque mi señor ha estado passeandose à la puerta de la cavalleriza, todo el rato que yo tardè (dixo el moço) a ensillarle el cavallo, suspirando, y quexandose de aquel Soldado Español, que esta noche durmiò en la cama, y aposento del paje de Camara, llamandole (aunque pensò que nadie le oìa) perverso, y vil traydor, y adultero à costa de la inocencia de su engañada esposa, tras lo qual jurò por su vida, la de V.m. y de su hijo, de hazerle pedaços, siguiendo hasta alcançarle, pero no le oì jamas quexar de V. m. antes me parece que en sus razones la iba disculpando, tras lo qual en sacandole el cavallo, subiò en èl, y saliò de casa como rayo en busca suya. Quando la noble Flamenca oyò los vltimos acentos desta sospechosa nueva, cayò sobre la almohada (de los braços de la criada que la avia levantado, y sentada en la cama) con vn mortal desmayo, y bolviendo en sì, al cabo de breve rato, començò a llorar amargamente, sospechando (como era assi) que aquel que la noche antes avia llegado à su cama, sin duda avia sido el Soldado Español, con quien (como ella misma tenìa confessado a su marido) avia cometido adulterio, teniendole por su esposo. Començò, pues, con esta imaginacion à maldezir su fortuna, diziendo: O traydora, perversa, y adultera de mi, con que ojos osare mirar à mi noble, y querido esposo, aviendole quitado en vn instante la honra, que en tantos

años de proprio valor, y natural nobleza heredado tenia. O ciega, y desatinada hembra! Como es posible no echasses de vèr, que el que con tanto silencio se metia en tu honesto lecho, no ser tu marido, sino algun aleve, tal qual el falso Español. Desdichada de mi! Y con que cara osarè parecer delante de mi querido Iapelin, pues no ay duda sino que no serè creìda dèl (por mas que con mil juramentos, le assegure de mi inocencia) aviendo dado lugar à que otros pies violassen su honrado talamo. Con razon dulce esposo mio, podràs quexarte de mi de aqui adelante, y negarme los amorosos favores que me solias hazer, en correspondencia de la fè grande que siempre he professado guardarte: pero ya justamente, pues he desdicho de mi fidelidad, aunque tan sin culpa, quanto sabe el Cielo, serè aborrecible à tus ojos, pesada à tus oìdos, desabrida à tu gusto, enojosa à tu voluntad, è inutil finalmente, à todas las cosas de tu provecho. Buelve presto señor mio, si acaso has ido à matar al adultero Español, con el mismo venablo con que le castigares, trasspassa este desconocido, y desleal pecho, que pues fuy complice en el adulterio, justa cosa es iguale tambien con èl en la muerte: vèn digo, y toma entera vengança de mi desconcierto, con la seguridad que puedes tener, de quien por muger, y culpada no sabra hazerte resistencia: pero no es bien aguarde que tu vengas à vengarte, nì à castigar con el hierro del venablo el mio, sino que es justo que yo te vengue, de suerte, que digas lo estàs al igual de mi alevosia, y de la ofensa hecha: y diziendo esto la desesperada señora, (que lo estava de passion, colera, y corrimiento) saltò de la cama, mesandose las rubias, y compuestas trenças, y esmaltando sus honestas mexillas, con vn diluvio de menudo, y espeso aljòfar, que de sus nublados ojos salia, y poniendose vn faldellin, se començò à passear por la sala con tan descompuestos passos, acompañados de suspiros, sollozos, y quexas, por lo hecho, que no bastavan à consolarla todos los de casa, antes su pena les tenia à todos necessitados de consuelo, por lo mucho que les enternecia. Estàndo, pues, de la suerte que digo, turbados ellos, el marido ausente, el adultero muerto, y ella fuera de sì, se saliò al patio à vista de todos, y despues de aver hecho vna nueva repeticion de las quexas dichas, se arrojò de cabeça en vn hondo pozo, que enmedio del patio avia, sin poder ser socorrida de los que presentes estavan, haziendosela dos mil pedaços, de suerte, que quando llegò al suelo el cuerpo, avia ya llegado su alma libre dèl, en bien diferente lugar del en que yo querria llegasse la mia, à la hora de mi muerte. Aumentaronse las vozes, y gritos de los de casa, con el nuevo, y funesto espectaculo, y con la turbacion vnos acudian a mirar el pozo, otros à dar gritos à la calle, con los quales se alborotò toda, de suerte, que en vn instante se viò la ca-

sa llena de gente, afligida toda, y toda ocupada, ò en consolar à los de ella, ò en echar sogas, y cuerdas (aunque en vano) pensando podria ser socorrida quien ya no estava en estado de poderlo ser. Entre esta vniversal turbacion, sucediò llegar à su casa el desdichado Lapelin, ignorante de la desgracia que acabava de suceder en ella, y maravillado de vèr tantas personas juntas en su patio, vnas de pies sobre el brocal del pozo, otras al derrodor dèl, y todos llorando, entrò con su cavallo, y el venablo ensangrentado en la mano, y preguntando que avia de nuevo, llegaron los criados de casa, dando vna mano con otra, y arañandose la cara, diziendo, ay mi señor, que acaba de suceder la mayor desgracia que los nacidos ayan visto, pues mi señora sin que sepamos porque, quexandose de aquel maldito Español, que esta noche durmiò en casa, llamandose engañada, y adultera, y diziendo palabras que moviera à compassion à vna peña, arrancandose à puños los cabellos, se echò (sin que la pudiesemos remediar) de cabeça en este hondo pozo, donde se hizo pedaços antes de llegar al suelo. El Cavallero en oyendo tal, se quedò atonito sin hablar palabra por grãde rato, y de alli à poco buelto en sì, se arrojò del cavallo, y teniendose en el suelo, empeçò à lamentarse amargamente suspirando, y arrancandose con dolor increible las barbas, diziendo en presencia de todos. Ay muger de mi alma, què es esto? Como te apartaste de mi? Como me dexaste, serafin mio, solo, y sin llevarme contigo? Ay esposa mia, y bien mio, que culpa tenias, si aquel enemigo Español te engañò, fingiendo ser tu amado marido. El solo tenia la culpa, pero ya pagò la pena: ay prenda de mis ojos, como serà posible que yo viva vn dia entero sin verte? A donde te fuiste señora de mis ojos: aguardàras si quiera, à que yo bolviera de vengarte como agora vengo, y matàraste despues, que yo te acompañàra en la muerte, como lo he hecho en vida, ay de mi, què harè? Triste de mi, adonde irè, ò que consejo tomarè? Pero ya le tengo tomado conmigo, y diziendo esto, se levantò muy furioso, y metiendo mano à la espada dezia, juro por Dios verdadero, que el que llegare à estorbarme lo que voy à executar, ha de provar los filos de mi cortadora espada, sea quien se fuere. Llegòse tras esto al brocal del pozo, haziendo vna grandissima lamentacion diziendo, si tu, ò muger mia, te desesperaste sin razon ninguna, y tu anima està en parte à donde no puedo acompañarla sino te imito en la muerte, razon serà, y justicia (pues tanto te amè, y quise en vida) que no procurè estàr eternamente, sino en la parte en que estuvieres, y assi no temas dulcissima prenda mia, que tarde en acompañarte. Como la gente que presente estava, que no era poca, y entre quien avia muchos

Cas

Cavalleros, y nobles de la Ciudad oyeron lo que dezia, porque no fucediesse alguna desgracia, se llegaron à èl à darle algun consuelo, el qual estuvo escuchando echado de pechos sobre el brocal del pozo, y bolviendo la cabeça de alli à vn rato viò cerca de sì à la ama que criava su hijo, llorando amargamente con el niño en los braços, y llegandose à ella con vna furia diabolica, se le arrebatò, y asiendole por la faxa, diò con èl quatro, ò seis golpes sobre la piedra del pozo, de suerte, que le hizo la cabeça, y braços dos mil pedaços, causando en todos esta desesperada determinacion increible lastima, y espanto, si bien con todo ninguno ossava llegarsele, temiendo su diabolica furia. Con lo qual començò tras esto à darse de bofetadas, diziendo: No viva hijo de vn tan desventurado padre, y de madre tan infeliz, ni aya tampoco memoria de vn hombre qual yo en el mundo, y diziendo esto començò à llamar à su muger, y à dezir: Señora, y bien mio, si tu no estàs en el Cielo, ni yo quiero Cielo, ni Paraìso, pues donde tu estuvieres estarè yo consoladissimo, siendo imposible, que la pena del infierno me la dè estando contigo, porque donde tu estàs, no puede estar sino toda mi gloria. Ya voy señora mia, aguarda, aguarda, y con esto sin poder ser detenido de nadie, se arrojò tambien de cabeça en el mismo pozo, haziendosela mil pedaços, y cayendo su desventurado cuerpo sobre el de su triste muger. Aqui fue el renovar los llantos quantos presentes estavan, aqui el levantar las vozes al Cielo, y el hinchirse la casa, y calle de gente, maravillados quantos llegavan à ella de semejante caso. A las nuevas dèl, vino luego el Governador de la Ciudad, y, informado del desdichado sucesso, hizo sacar los cuerpos del pozo, y con parecer del Obispo los llevaron à vn bosque vezino à la Ciudad, do fueron quemados, y echadas sus cenizas èn vn arroyo, que cerca dèl passava. En verdad que merece, dixo Sancho, el señor Bracamonte remojar el gaznate, segun se le ha enjugado, en contar la vida, y muerte, osequias, y cabo de año de toda la familia Flamenca, de aquel mal logrado Cavallero: yo reniego de su vengança, y mi anima con la de San Pedro. No dize mal Sancho, dixo vno de los Canonigos, porque muy de temer es el fin triste de todos los interlocutores dessa tragedia, pero no podràn tenerle mejor (moralmente hablando) los principales personages della, aviendo dexado el estado de Religiosos, que avian empeçado à tomar; pues como dixo bien el sabio Prior, al galàn, quando quiso salirse de la Religion, por maravilla acaban bien los que la dexan. En verdad, dixo Don Quixote, que si el señor Iapelin acabàra tambien su vida, quanto honrosamente acabò la del adultero soldado, que diera por ser èl, la mitad del Reyno de Chipre, que tengo de

ganar, pues como muriera, no deſeſperado como muriò, ſino en alguna batalla, quedàra glorioſiſsimo, que en fin vn bel morir, toda la vida honora. Quiſo Sancho ſalir à contar otro cuento, y impidieronſelo los Canonigos, y ſu amo, diziendo, que deſpues le contaria, que aora era bien, guardando el decoro à los habitos Religioſos de aquel venerable ſeñor hermitaño, darle la primer tanda, y aſsi le ſuplicaron la aceptaſſe, contandoles algo que fueſſe menos melancolico, que el cuento paſſado, y que no puſieſſe como èl las almas de todas ſus figuras en el infierno, porque era coſa que los avia dexado triſtiſsimos, ſi bien todos alabaron al curioſo ſoldado, de la buena diſpoſicion de la hiſtoria, y de la propriedad, y honeſtidad, con que avia tratado coſas, que de ſi eran algo infames. Eſcusòſe el hermitaño quanto pudo, y viendo era en vano, con proteſto de que nadie interrompería el hilo de ſu hiſtoria, empeçò la ſiguiente, diferente en todo de la paſſada, y mas en el fin.

CAPITULO XVII.

EN QUE EL HERMITAÑO dà principio à ſu cuento, de los felizes amantes.

CErca los muros de vna Ciudad, de las buenas de Eſpaña, ay vn Monaſterio de Religioſas de cierta Orden, en el qual avia, vna entre otras; que lo era tanto, que no era menos conocida por ſu honeſtidad, y virtudes, que por ſu rara belleza: llamavaſe Doña Luiſa, la qual yendo cada dia creciendo de virtud en virtud, llegò à ſer tan famoſa en ella, que por ſu oracion, penitencia, y recogimiento mereciò, que ſiendo de ſolos veinte y cinco años, la eligieſſen por ſu prelada las Religioſas del Convento de comun acuerdo, en el qual cargo procediò con tanto exemplo, y diſcrecion, que quantos la conocian, y tratavan, la tenian por vn Angel del Cielo. Sucediò, pues, que cierta tarde eſtando en el locutorio del Convento vn Cavallero llamado Don Gregorio, moço rico, galan, y diſcreto, hablando con vna deuda ſuya, llegò la Priora, à quien èl conocia bien, por averſe criado juntos quando niño, y aun querido algo con ſencillo amor, por la vecindad de las caſas de ſus padres, y viendola èl ſe levantò con el ſombrero en la mano, y pidiendola de ſu ſalud, y ſuplicandola empleaſſe la cumplida de que gozava, en coſas de ſu ſervicio, le dixo ella: Eſtè V. m. mi ſeñor Don Gregorio muy en hora buena, y ſepamos de ſu boca lo que ay de nuevo, ya que ſabemos de ſu valor, con la merced que nos haze. Ninguna, reſpondiò èl, puede hazer, quien naciò para ſervir haſta los perros deſta dichoſa caſa: ni sè nuevas de que aviſar à V. m. pues no lo ſeràn de que de las obligaciones que tengo

à mi prima, nacen mis frequentes visitas, y la que oy hago, es, à cuenta de vn deudo, que le suplica en vn papel le regale con no sè que alcorças, en cambio de ocho varas de vn picotillo famoso, ò perpetuan vareteado, que le embia. Bien me parece, dixo la Priora, pero con todo V.m. me la ha de hazer à mi, de que en acabando con Doña Cathalina se sirva de llevar de mi parte este papel à mi hermana, que basta dezir esto, para que sepa en que Convento, pues no tengo mas que la Religiosa, de la qual aguardo ciertas floreras, para vna fiesta de la Virgen, que tengo de hazer, con obligacion de que ha de dar orden V. m. en que se me traygan esta tarde con la respuesta, que por ser el recado de cosa tan justificada, y V.m. tan señor mio casi desde la cuna, me atrevo à vsar esta llaneza. Puede V. m. respondiò el Cavallero, mandarme mi señora cosas de mayor consideracion, que pues no me falta para conocer mis obligaciones, tampoco me faltarà mientras viva el gusto de acudir à ellas, que mas en la memoria tengo los pueriles juguetes, y los asomos que entre ellos di, de muy aficionado servidor, de esse singular valor, de lo que V. m. puede representarme. Riòse la Priora, y medio corriòse de la preñèz de dichas razones, con que se despidiò luego, diziendo lo hazia por no impedir la buena conversacion, y porque le quedasse lugar de hazerle la merced suplicada, cuya respuesta quedava aguardando. Apenas se huvo despedido ella, quando Don Gregorio hizò lo mismo de su prima, deseosissimo de mostrar su voluntad, en la brevedad con que acudia à lo que se le avia mandado: fue al Monasterio do estava la hermana de la Priora, cuyas mèmorias fueron representando de suerte à la suya, su singular perfeccion, hermosura, cortesia de palabras, discrecion, y la gravedad, y decoro de su persona, juntamente con la prudencia, con que le avia dado pie, para que sirviendola en aquella niñeria la visitasse, que con la bateria deste pensamiento se le fue aficionando en tanto estremo, que propuso descubrille muy de proposito el infinito deseo que tenia de servilla, luego que bolviesse à traelle la respuesta. Llegò con esta resolucion al torno del Convento de la hermana, llamòla, diòle el papel, y prisa por su respuesta, y ofreciòsele quanto pudo, y agradeciendo su termino Doña Inès, (que este era el nombre de la hermana de la Priora) diòle la deseada respuesta à èl, y à vn paje sus yo las curiosas flores de seda que pedia, compuestas en vn açafate grande de vistosos mimbres. Bolviò luego contentissimo con todo, Don Gregorio à los ojos de la discreta Priora, y llegando al torno de su Cõvento, y llamandola, passò al mismo locutorio en que la avia hablado, por orden della. No poco loco del gozo q̃ sintiò su animo, por la ocasiõ q̃ se le ofrecia de explicarle su deseo en la platica, q̃ de proposito pensava alargar para este efecto, como quien totalmente estava ya enamorado della

ella. Apenas entrò en la grada el rezien amartelado mancebo, quando acudiò à ella la Priora, diziendole: à fe mi Señor Don Gregorio, que haze fielmente V. md. el oficio de recaudero, pues dentro de vna hora me veo con las deseadas flores, respuesta de mi hermana, y en presencia de V. md. à quien vengo à agradecer como devo tan extraordinaria diligencia. Señora mia, respondiò èl, por esso dize el refran, al moço malo, ponedle la mesa, y enviadle al recaudo. Està bien dicho, replicò ella, pero esse proverbio no haze (à mi juizio) al proposito, porque ni à V. md. tengo por malo, ni en esta grada ay mesa puesta, ni es hora de comer, sino es que V. md. lo diga, (que à esso obligan essas razones) porque le sirva con algunas pastillas de boca, ò otra niñeria de dulce, y si à esse fin se dirige el refran, acudirè presto à mi obligacion con grande gusto. No ha dado V. md. en el blanco, respondiò Don Gregorio, que sin que hable de pastillas, ni conservas, sustentarè facilmente se halla, y verifica en este locutorio quanto el refran dize. Como, respondiò Doña Luisa, me provara V. md. que es mal mozo. Lo mas facil de provar, dixo èl, es esso, pues malo es todo aquello, que para el fin deseado vale poco, y valiendolo yo para cosas del servicio de V. md. que es lo que mas deseo, y à quien tengo puesta la mira, bien claro se sigue mi poco valor, y no teniendole, que puedo tener de bondad, si ya no es que la de V. md. me la comunique, como quien està riquissima della, y de perfecciones. Gran retorico, dixo la Priora, viene V. md. y mas de lo que por acà lo somos para responderles que en fin somos mugeres, que no vamos por el camino carretero, hablando à lo sano de Castilla la vieja, aunque con todo no dexarè de obligarle a que me prueve, como se salva, lo que dixo: que dexò la mesa puesta, quando fue con el papel, que le suplique llevasse à mi hermana. Yà que aparentemente me ha provado que es mal mozo. Esso señora mia, respondiò èl, tambien me serà cosa poco dificultosa de provar, porque donde se vè el alegria de los convidados, y el contento, y regoçijo de los moços perezosos, juntamente con el concurso de pobres que se llegan à la puerta, se dize: que està ya la mesa puesta, y que ay combite, lo mismo colegì yo del gozo que sentì quando mereciì vèr essa generosa presencia de V. md. que se me ofrecia con ella, pues vì en esse bello aspecto, digno de todo respecto, vna explendidissima mesa de regalados manjares, para el gusto, pues le tuve, y tengo el mayor que jamàs he tenido en vèr la virtud, que resplandece en V. m. pan confortativo de mis desmayados alientos, acompañada de la sal de sus gracias, y vino de su risueña afabilidad, si bien me acobarda el cuchillo del rigor con que espero, ha de tratar su honestidad mi atrevimiento, si yà essa singular hermosura, despertador concertado dèl, no le disculpa. Quedòsela mirando sin pestañear, di-

dichas estas razones, saltandosele tras ellas algunas lagrimas de los amorosos ojos harto bien vistas, y mejor notadas de Doña Luisa, à cuyo coraçon dieron no pequeña batería, aunque disimulandola, y encubrieudo quanto pudo la turbacion que le causaron, le respondiò con alegre rostro, diziendo: Jamàs pensara de la mucha prudencia, y discrecion de V.m. señor Don Gregorio, que conociendome tantos años ha pudiesse juzgarme por tan boçal, que no llegue à conocer la doblez de sus palabras, el fingimiento de sus razones, y la falsedad de los argumentos, con que ha querido provar la suficiencia de mi corto caudal, mas passe por agora el donayre (que por tal tengo, quanto V.m. ha dicho) y pues tiene en esta casa prima de las prendas de Doña Catalina, que le desea servir en estremo, nō tiene que pretender mas, pues quando lo haga, no sacarà de sus desvelos, sino vn alquitran de deseos, dificiles de apagar, si vna vez cobran fuerça, pues la mesma imposibilidad les sirve à los tales de ordinario incentivo, en quien se cevan: pues de contino el objeto presente, que mueve con mas eficazia, que el ausente à la potencia, muestra la suya quando lucha con los imposibles, que tenemos las Religiosas. Con esto (pues V.m. me entenderà como discreto) pienso he bastantissimamente satisfecho à las palabras, y muestras de voluntad de V. m. y con ello le despide la mia, pero no de que me mande cosas de su servicio, mas conformes à razon, y de menos imposibilidad, que haziendolo, podrà V.m. acudir vna, y mil vezes, à provar las veras de mi agradecimiento, y quando las ocupaciones de mi oficio me tuvieren ocupada, no faltaran Religiosas de buen gusto que no lo esten, para acudir en mi lugar à servir, y entretener à V.m. Avia estado Don Gregorio oyendo esta despedida equivoca con estraña suspension, mirando siempre de hito en hito à quien se la dava, y desocupado de oìr, respondiò, agradecia mucho la merced ced que se le hazia, pues qualquier por pequeña que fuesse le sobrava, pero que entendia quedava de suerte con la llaga, que la vista de sus blancas tocas, y bellissimo rostro, (manteles ricos de la mesa, que de sus gracias avia puesto à su voluntad) le avia causado, que tenia su vida por muy corta si su mano en quien ella estava no le concedia algun remedio para sustentarla. Despidiòse la Priora tras esto del, diziendole se reportasse, y fiasse lo demàs del tiempo, y de la frequencia de las visitas, para las quales de nuevo le dava licencia. Bolviòse Don Gregorio à su casa tan enamorado de Doña Luisa, que de ninguna manera podia hallar sosiego, acostòse sin cenar lamentandose lo mas de la noche de su fortuna, y de la triste hora en que avia visto el bello Angel de la Priora, la qual luego tambien que se apartò del se subiò con el mismo cuydado à su celda, do començò à rebolver en su coraçon las cuerdas razones que

Don

Don Gregorio le avia dicho, las lagrimas que en su presencia, y por su amor avia derramado, la aficion grande que le mostrava tener, y el peligro de la vida con que à su parecer iba, sino le hazia algun favor, y el ser èl tan principal, y gentil hombre, y conocido suyo desde niño, ayudò à que el demonio, (que lo que à las mugeres se dize vna vez, se lo dize à solas èl diez) tuviesse bastante leña con ello para encender, como encendiò el lascivo fuego con que començò à abrasarse el casto coraçon de la descuydada Priora, y fue tan cruel el incendio, que passò con èl la noche, con la misma inquietud que la passò Don Gregorio, imaginando siempre en la traça que tendria para declararle su amoroso intento. Venida la mañana baxò luego con este cuydado al torno, y llamando vna confidente mandadera, le dixo: Id luego à casa del señor Don Gregorio, primo de Doña Catalina, y dezilde de mi parte que le beso las manos, y que le suplico me haga merced de llegarse acà esta tarde, que tengo que tratar con èl vn negocio de importancia. Fue al punto la recaudera, cuyo recado recibiò Don Gregorio con el gusto que imaginar se puede, assentado en la cama, de la qual no pensava levantarse tan presto, y dixo à la muger: Dezid à la señora Priora, que beso à su merced las manos, y que me aveis hallado en la cama, en la qual estava de suerte, que à no mandarmelo su merced, no me levantara della en muchos dias, porque el mal con que sali de su presencia ayer tarde, me ha apretado esta noche con increible fuerça, pero ya con el recado cobro la necessaria para poder acudir, como acudirè à las dos en punto à vèr lo que manda su merced. Fuesse la mandadera, y quedò el amante Cavallero totalmente maravillado de aquella novedad, y no sabia à que atribuirla, por vna parte considerava el rigor con que el dia passado le avia despedido, y por otra el embiarle à llamar tan de prisa para comunicarle (como la mandadera le avia dicho) vn negocio de importancia le asseguravа, ò prometia algun piadoso remedio, aguardava con sumo deseo el fin de la visita, y llegada la hora de hazella, fue puntualissimamente al Convento, y avisando en el torno, y cobrada respuesta en èl, de que passasse à la grada fue à ella do estuvo esperando à que la Priora saliesse, haziendosele cada instante de su tardança vn siglo: pero saliò dentro de breve rato risueña, y con muestras de mucha afabilidad, diziendole, no sin turbacion interior: No quiere tan mal à V. m. como piensa mi señor Don Gregorio, quien le ha embiado à llamar en amaneciendo con tanto cuydado, pero hamele causado tan grandes muestras de indisposicion con que V. m. se ~~fue anoche~~, que temiendo no naciesse ella del cansancio tomado, en ir, y venir del Convento de mi hermana à este, à mi cuenta, me ha parecido quedava tambien à ella, el saber lo vno de su salud, y lo otro el divertille esta tarde de la

passa-

passada melancolìa, causada de mi inadvertencia, que sin duda de la que devi tener en el hablar tomò V. m. ocasion para dezirme aquellas tan amorosas, quanto estudiadas razones, con que pretendiò darme à entender à bueltas de aquellas fingidas lagrimas, le desvelavan mis memorias, y enamoravan mis cortas prendas, pero no le ha salido mal el intento, si le tuvo de obligarme con esso à que le embiasse à llamar, pues en efecto ha salido con èl, y si esse ha sido el artificio motriz de aquel fingimiento. Digame V. m. agora sin èl (pues me tiene presente) su pretension, que para ello le dà cumplidissima licencia mi natural verguença, pues (como dizen) el oìr no puede ofender, y hago esto, porque como me dixo V. m. al despedirse avia yo de ser causa de su temprana muerte, no me ha parecido devia dar lugar à que el mundo me tuviesse por homicida, de quien tantas partes tiene, y es por ellas digno de vivir los años que mi buen deseo suplica à Dios le dè de vida, confiada en que no perderèmos nada los desta casa en que la tenga larguissima, quien tan bien hechor es della. Respondiòle Don Gregorio cobrando vn nuevo, y cortes atrevimiento, diziendo: Ha sido tan grande señora mia, la merced que oy le me ha hecho, y và haziendo agora, y hallome tan incapàz de merecerla, que me parece que aunque los años de mi vida llegassen à ser tantos, quantos prometen los nobles, y religiosos deseos de V. m. no podia pagar en ellos por mas que los empleasse en servicio de esta casa, la minima parte della: pero ya que no la puedo pagar con caudal equivalente, pagarèla à lo menos con el que agora corre entre discretos, que es con notable agradecimiento, y confession de perpetuo reconocimiento: aunque quiero que V. m. entienda (y esto sabe el Cielo quanta verdad es) que sino acudiera con la brevedad que acudiò con el recaudo, y esperanças de su vista, ya no la tuviera yo, ni vida con ella, à la hora presente, segun me apretava la passion amorosa que las gracias de V. m. me causan, pero ya de aqui adelante pretendo mirar por mi vida, para tener siquiera que emplear en servicio de quien tan bien sabe darmela, quando menos la confio, y porque acabe de conocer, prosiguirà V. m. el hazerme la. Quiero atrevidamente pedir otra de nuevo, confiado en lo que acaba de dezir, de que gusta de mi vida. Veamos, dixo la Priora, que cosa es, y conforme à la peticion se podrà facilmente juzgar si serà justo concederla, ò no. Diga V. m. Yo señora no pido nada, replicò èl, que no querria me sucediesse lo de anoche de dar pesadumbre à V. m. Sin duda, dixo ella, que deve de ser, segun se le haze de mal el dezirlo, algun pie de monte de oro. No es, respondiò Don Gregorio, sino vna mano de plata (q̃ tales son las blanquissimas de V. m.) para besarla por entre esta reja. Aunque aya sido atrevimiento señor Don Gre-

Gregorio, replicò la Priora, no dexarè de vsar dessa llaneza, y libertad por averlo prometido, y sacando de vn curioso guante la mano, la metiò por la reja, y Don Gregorio loco de contento la besò, haziendo, y diziendo con ella mil amorosas agudezas, y ella le dixo: Agora estarà V. m. contento? Estoylo tanto, replicò el nuevo amante, que salgo de juizio, pues con esto cobro nueva vida, nuevo aliento, nuevo gozo, y sobre todo, nuevas esperanças de que se lograrán mas de cada dia las mias, y assi podrè dezir està todo mi sèr en la mano de V. m. en la qual como pongo los ojos, pongo, y pondrè mientras viva mis deseos, y memorias. Pues señor Don Gregorio, dixo Doña Luisa, ya no es tiempo de dissimulacion, ni de que V. m. ignore, que si me ama con las veras que finge, no haze cosa que no me la deva, y si he dissimulado hasta agora, ha sido no con poca violencia de mi voluntad, pero forçavanla el ser muger, y Religiosa, y cabeça de quantos lo son en esta grave casa, y tambien que deseava enterarme, y vèr si la perseverancia confirmava los assomos del amor que con palabras, y lagrimas me començò à mostrar: pero ya que mi ceguera me obliga à que crea lo que tan dificil es de averiguar, digo, que soy contentissima de que todos los dias me viste, y aun le suplico lo haga, variando las horas para mayor dissimulacion, y advierta V. m. hago mas en confessarme ciega, y amàte, que en quanto tras esso diere lugar à V. m. pues el mayor imposible que sentimos las mugeres, es, el aver de otorgar amamos à quien con sola essa confessiòn suele tomar animo para condenarnos à perpetuo desprecio, y desesperados zelos, plegue à Dios no me suceda à mi assi. Libertad tendrà V. m. de hablarme sin impedimento, que el ser Priora me dà aquella, y me quita estos, y crea V. m. que perseverando pienso serle autora de mayores servicios, y baste por agora, y V. m. se vaya, que quedo confusissima de mi determinaciò, y de la poca fuerça que en mi siento para resistir à mayores baterìas, y lo demàs quede para otro dia. Despidieronse con esto, quedando los dos tan enamorados, como dirà el sucesso del verdadero cuento. Luego començaron à andar los recados, los villetes, y à frequentarse las visitas, embiandose regalos, y presentes de vna parte, y otra, con tanta frequencia, que ya davan de sì no poca nota: si bien, como todos veìan la autoridad de la Priora, no reparavan tanto en ello como fuera razon. Duròles este trato por mas de seis meses, hasta que estando los dos vn dia hablando en el locutorio, començò Don Gregorio à maldezir las rejas, que eran estorvo de que èl gozasse del mejor bien que gozar podia, y deseava, y lo mesmo dezia ella que era de suerte su amor, y estava tan perdida por el moço, y tan otra de lo que solia, y èra tan frequentadora de villetes, y ternuras, que hasta el mismo Don Gregorio se espantava

tava de verla tal, y fue de manera, que ella fue quien diò principio à su misma perdicion, pues le dixo essa mesma tarde: Es posible señor que mostrandome el amor que me mostrais, seais tan pusilanimo, y tan para poco, que no deis traça de entrar de noche por alguna secreta parte, adonde podamos gozar ambos sin zoçobras, el dulce fruto de nuestros amores: no advertis que soy Priora, y que tengo libertad para poderlo hazer con el devido secreto, yo à lo menos de mi parte, si vos os disponeis para ello, harto bien traçado lo tengo con mi deseo, y facilitado con vuestra covardia, y aun sino fuera ella tanta, podriais sacarme de aqui, y llevarme adonde os diesse gusto, pues vivo, y estoy en todo dispuesta de seguir el vuestro. Maravillado Don Gregorio desta determinacion, la respondiò: Ya prenda mia os he dicho muchas vezes, que estoy aparejado para todo aquello que fuere de vuestro entretenimiento, y regalo, y assi, pues me enseñais lo què devo hazer, serà el negocio desta manera. Yo tomarè dos cavallos de casa de mi padre, recogiendo juntamente della todo el mas dinero que pudiere, y vendrè à la media noche, por la parte del Convento, que mejor, y mas secreto os pareciere, y saliendo dèl subireis en el vno, yo en el otro, y assi nos iremos juntos à media posta, à algun Reyno estraño, donde sin ser conocidos podremos vivir todo el tiempo que nos diere gusto, y vos pues teneis las llaves del dinero, plata, y depositos deste Convento, podreis tambien recoger la mayor suma de cosas de valor que podais, para que vamos assi seguros de no vernos jamàs en necessidad. Assi me parece bien, replicò ella, que se deve hazer. Quedaron desde luego de concierto, de que su ida fuesse à la vna de la noche del siguiente Domingo, despues de dichos los maytines, hora en que el galan sin falta estaria aguardando à la puerta de la Iglesia con los cavallos, que pues ella se quedava las noches con las llaves de casa, facilmente podria abrir la sacristia, y salir por ella al dicho puesto, por la puerta principal de la Iglesia, con presupuesto de caminar la misma noche diez, ò doze leguas à toda diligencia, para que quando los echassen menos, fuesse mas dificultoso el hallarlos. Con este concierto, y con el de que Don Gregorio le embiaria bien embueltos, como si fuesse colgadura, vnos curiosos vestidos de dama con que saliesse: se despidieron, y en haziendolo, començò la Priora à dar orden en su partida, cosiendo en vn honesto faldellin que avia de llevar debaxo, las doblas que pudo recoger, que no fueron pocas, poniendo en vna bolsa otra gran cantidad de moneda de plata, para llevarla mas à mano, de suerte, que sacò del Convento, entre moneda, y joyas mas de mil ducados. La mesma prevencion hizo Don Gregorio, el qual contrahaziendo las llaves de ciertos cofres de su padre, sacò dellos mas de otros mil ducados,

cados, sin otra gran cantidad de dineros que pidiò prestados à amigos, que con la confiança, de que era hijo vnico, y mayorazgo de Cavalleros, de mas de tres mil de renta, fue facil hallar algunos que se los prestassen. Llegado el concertado Domingo, à las doze de media noche, hora de vniversal silencio, por la seguridad que dan los primeros sueños, que por serlo, son mas profundos, se baxò Don Gregorio con la apreſtada maleta, de lo que avia de llevar à la cavalleriza, y ensillando en ella dos de los mejores cavallos, sin ser de nadie sentido, se salìò de casa, y fue al Monasterio, do estuvo aguardando en la puerta de la Iglesia, à que su querida Doña Luisa saliesse, la qual acabados los maytines se bolviò à su celda, y quitandose en ella los habitos, se vistiò las ropas de seglar, que Don Gregorio le avia embiado, y tenia en vn arca, como queda dicho; y poniendo las de religiosa sobre vna mesa, y dexando alli vna bien larga carta, escrita de la causa que sus amores le dieron para irse (como se iba) con Don Gregorio, dexò ni mas, ni menos alli vna vela encendida, con el breviario, y rosario, de quien siempre avia sido devotissima, y por èl lo avia sido en sumo grado de la Virgen Señora nuestra, toda su vida: y tomando tras esto vn gran manojo de llaves, las quales eran de toda la casa, y de la Iglesia, se salìò de la celda lo mas passito que le fue posible, y se fue por el claustro, y baxò à la sacristia, y abriendola sin ser sentida, salìò al cuerpo de la Iglesia, con las llaves en la mano, y aviendo de passar al salir della, por delante de vn altar de la Virgen benditissima, de cuya Imagen era particular devota, y le celebrava todas las fiestas suyas, con la mayor solemnidad, y devocion que podia: à la que llegò delante della, se hincò de rodillas, diziendo con particular ternura interior, y notable cariño de despedirse della, privandose del verla, porque era la cosa que mas queria en esta vida: Madre de Dios, y Virgen purissima, sabe el cielo, y sabeis vos quanto siento el ausentarme de vuestros ojos: pero estàn tan ciegos los mios por el mozo que me lleva, sin hallar fuerças en mi con que resistir à la passion amorosa que me lleva tras sì, voy tras ella, sin reparar en los inconvenientes, y daños que me estan amenazando, pero no quiero emprender la jornada sin encomendaros Señora, como os encomiendo, con las mayores veras que puedo, estas religiosas, que hasta aora han estado à mi cargo: tenedle, pues, dellas, madre de piedad, pues son vuestras hijas, a las quales, yo como mala madrastra dexo, y desamparo: amparadlas digo Virgen santissima, por vuestra Angelica puridad, como verdadero manantial de todas las misericordias, siendo como sois la madre de la fuente dellas: de Christo digo nuestro Dios, y Señor, bolved, y mirad os suplico otra vez, en mi lugar, por estas siervas vuestras, que aqui quedan, mas cuydadosas de su limpieza, y salvacion que yo, que voy despeñandome tras lo

que

que me ha de hazer perder lo vno, y lo otro, si vos Señora no os apiadais de mi: pero confio que lo hareis obligada de vuestra inexplicable, y natural piedad, y de la devocion con que siempre he rezado vuestro santissimo rosario, y dicha esta breve oracion, y hecha tras ella vna profunda reverencia à la Imagen, abriò el postigo de la Iglesia, y abierto se bolviò à dexar las llaves delante del dicho altar de la Virgen: tras lo qual se saliò à la calle, entornando tras sì la puerta. Apenas estuvo fuera della, quando le saliò al encuentro Don Gregorio, que la estava aguardando hecho ojos, y tomandola en braços (tras averla tenido vn breve rato entre los suyos amorosos, haziendo desembolturas, que el rezelo de no ser vistos le consintiò) la subiò en el cavallo que le pareciò mas manso, con que còmençaron luego à caminar, de suerte, que los vino à tomar el dia seis, ò siete leguas lexos de adòde avian salido, y en el primer lugar se proveyeron de todo lo necessario, tocante à la comida, con fin de no entrar en poblado, sino fuesse de noche, para hartar assi el cuerpo à la mucha gente, que tenian por fin duda iria en su busca. En efeto señores, que aquella que avia professado, y prometido castidad à Dios, y la avia guardado hasta entonces, con notables muestras de virtud, permitiendolo assi su divina Magestad, por su secreto juizio, y por dar muestras de su omnipotencia (la qual manifiesta, como canta la Iglesia en perdonar à grandes pecadores, gravissimos pecados) y por mostrar tambien lo que con el vale la intercessiòn de la Virgen gloriosissima, madre suya, y con quantas veras la interpone ella, en favor de los devotos de su santissimo rosario, la perdiò por vn deleyte sensual, y momentaneo yendo à rienda suelta por el camino fragoso de sus torpezas, olvidada de Dios, de su profession, y de todos los buenos respetos, que à quien eran devian: mas no ay que maravillarse hiziesse esto, dexada de la mano de Dios, pues como dize San Agustin, mas ay que espantarse de los pecados que dexa de hazer el alma à quien desampara su divina misericordia, que de los q̃ comete, que esso dize David: vozean los demonios, enemigos de nuestra salvacion, al hombre que llega à tal miseria, tomando animo por ello de perseguirle, y prometiendose vencerle en todo genero de vicios: *Deus dereliquit eum persequimini, & comprehendite eum, quia non est qui eripiat.* Continuaron su camino los ciegos amantes, con los justos miedos, y sobresaltos que imaginar se pueden, de quien anda en desgracia de Dios algunos dias, sin parar jamàs, hasta q̃ llegaron à la grân Ciudad de Lisboa, cabeça del ilustre Reyno de Portugal. Alli, pues, hizo Don Gregorio vna carta falsa de matrimonio, y alquilando vna buena casa, comprò sillas, tapizes, bufetes, camas, y estrado, con almohadas para su dama, con el demàs ajuar necessario para moblar vna honrada casa, comprando juntamente para el servicio della vn negro, y vna negra: cargò tras esto

esto de galas, y joyas para adorno suyo, y de su bella Doña Luisa. Passaron la vida muchos dias, acudiendo en aquella Ciudad à todo quanto apetecian sus ciegos sentidos, como fuesse de entretenimiento, dissolucion, y fausto, sin perder fiesta, ni Comedia la gallarda forastera, que assi la llamavan los Portugueses, de quantos en Lisboa se hazian. Passeava tambien sus calles Don Gregorio de dia, ya con vna gala, y cavallo, y ya con otro, gozando sin escrupulo ninguno de conciencia de aquella pobre apostata prelada, olvidado totalmente de Dios, y sin rastro de temor de su divina Justicia, porque como dize el Espiritu Santo por boca de Salomon, lo que menos teme el malo, quando llega à lo vltimo de su maldades à Dios. Dos años estuvieron en Lisboa los ciegos amantes, gastandolos en la vida mas libre, y deleytosa, que imaginarse puede, pues todo fue galas, combites, fiestas, y sobre todo juegos, à que Don Gregorio se diò sin moderacion alguna.

CAPITULO XVIII.

EN QUE EL HERMITAÑO cuenta la baxa que dieron los felizes amantes en Lisboa, por la poca moderacion que tuvieron en su trato.

ES infalible que se llegue al cabo de adonde se saca algo, (como dize el refràn) y no se heche. Digolo señores, porque como dieron tanta prisa las libertades de Don Gregorio, y sus juegos, y las galas de su Doña Luisa, y sus saraos, à desembolsar los dineros que avian traido de su tierra, sin que de ninguna parte, ni de ningun modo les viniesse ganancia, començaron al cabo de los dos años dichos, à echar de vèr ambos se iban empobreciendo, y hizieronlo tan por la posta, que en breve les fue forçoso vender las colgaduras, y aun muchas, ò todas las joyas de casa, tras lo qual vendiò el tres, ò quatro cavallos que tenia: pero remediòse poco con su venta, porque con el dinero que sacò della, codicioso de ganar, ò picado de lo perdido, se fue à vna casa de juego, do tras perderle todo, vino à perder hasta vn famoso ferreruelo que traìa, siendole necessario detenerse hasta la noche sin bolver à su casa, porque no le viessen los que le conocian, ir (como de hecho fue) en cuerpo por las calles, y llegando apesarado, corrido, pobre, y sin capa, à los ojos de su Doña Luisa, que le

le aguardava con harta necesidad, no tuvo animo la triste dama de reprehenderle su inconsideracion, temerosa de no darle materia para que la dexasse, ò hiziesse alguna baxeza, antes consolandole diò orden de que vendiessen los negros como lo hizieron, pero acabaronse presto los dineros que sacaron dellos, parte con el gasto ordinario, y parte con los excessos del juego de Don Gregorio, que eran grandes, (quizà por permision divina para reduzirlos à su conocimiento mediante la necesidad,) y llegaron al cabo à verse tales, que ni prenda que empeñar, ni pieça que vender tuvieron, con que el dueño de la casa, conociendo el peligro que corria la cobrança de sus alquileres diò orden de executarlos por ellos, sino le davan por seguro algun abonado fiador: fueles imposible hallarle, y assi huvo el galan de rematar con los vestidos de su Doña Luisa, à la qual viendo llorosa, desnuda, corrida, y medio desesperada, dixo el prodigo moço vn dia: Ya veis mi bien lo que passa, y quan imposible nos es vivir en esta Ciudad sin notable nota della, y verguença nuestra, por ser tan conocidos de la gente principal, de quien no tengo cara para ampararme. Muy sin consideracion hemos andado en gastar tan sin tino lo que de nuestras tierras sacamos, y sin mirar en lo que adelante nos podia suceder; pero pues para lo hecho no ay remedio, parece me que lo que agora devemos hazer previniendo mayores daños, es, que pues nos vemos tales, nos salgamos vna noche sin ser vistos de Lisboa, y vamos à dar cabo à la primer Ciudad de Castilla, que es Badajòz: do por no conocernos, ni avernos visto con la pompa, y fausto que los de Lisboa, podremos passarlo mejor, y con menos gasto, que pues vos teneis tan buenas manos para cosas de labor, facil serà el ganar con ellas con que moderadamente vivamos, ya enseñando à labrar à algunas niñas, y ya labrando para otros. Respondiòle con no pocas lagrimas, y sentimiento la triste dama, que hiziesse della quanto fuesse de su gusto, pues estava ya dispuesta à seguirle en todo sin contradicion alguna. Salieronse qual pueden pensar vuessas mercedes de la gran Lisboa, haziendo su viage à pie, y sin mas provision, ni ropa que la que llevavan à cuestas. Yendo sin espada, y en cuerpo Don Gregorio, por la pèrdida que avia hecho de su capa en el juego, pero lo que èl mas sentia, era verse imposibilitado de poder llevar à cavallo à su Doña Luisa, que por la aspereza de los caminos, y delgadeza de sus pies, los llevava abiertos, y crivillados, por ir como iba con pobrisimo calçado, y necesitada, en fin de pedir limosna por las puertas de las casas, de los pueblos por donde passava, como tambien lo iba haziendo èl, llenas sus plantas de vegigas. Llegaron al cabo de algunos dias à Badajòz, despeados, do llegandoles fue forçoso irse à alojar por su gran pobreza al Hospital, que era

I tan

tanta que si algunos compasivos pobres del, no les dieran de los mendrugos que por las casas avian recogido de limosna, quedàran la noche que llegaron sin cenar. Aqui fue el llorar hecha otro hijo prodigo, de la afligida Doña Luisa, y el considerar la abundancia que tenia en el Monasterio de donde era Priora, aqui el arrepentirse de aver salido tan inconsideradamente del, con Don Gregorio, con tan grave ofensa de Dios, y tan en deshonra de los linages de entrambos. Aqui finalmente el sollozar por la perdida de la irrecuperable joya de la virginidad. Passò la noche en efeto la aburrida señora, lamentando con estraño sentimiento su desventura, tanto que el afligido Don Gregorio no le ossava hablar, antes corredissimo, y melancolico, se estava escuchandola en vn rincon del mismo aposento, y si algo dezia, eran tambien endechas, y pesares por los que padecia, y esperava padecer sin esperanças de poder bolver en toda su vida à su tierra, en la qual era rico, y regalado mayorazgo. Con cuya consideracion, y con la que tenia del sentimiento de sus padres, deudos, y amigos: arrancava de rato en rato vn doloroso suspiro del centro de su afligida alma, con que enterneciera las piedras, maldiziendo su desconcierto, ciega determinacion, locos amores, y a los infernales gustos, y finalmente la primer vista de quien avia sido causa total de tan fatales principios, y del fin peligroso que ellos, las vidas de su cuerpo, y alma amenazavan. Passada la noche en estas ocupaciones, y sentimientos, y venida la mañana; entrò en el Hospital vn Cavallero mancebo, à quien tocava reconocer aquella semana, que gente avia entrado, y dormido en èl, (que para no dar lugar à que se poblasse de vagamundos tenia esta cuerda providencia, aquella Ciudad, de tener administradores, que por semanas visitassen los peregrinos, y se informassen de sus necessidades) y llegandose à Doña Luisa, luego que la viò moça, y hermosa, aunque mal vestida, le preguntò que de donde era, y respondiendo ella con muestras de verguença, que de Toledo, replicò èl, si conocia à tales, y tales personas bien señaladas en dicha Ciudad, respondiò la dama luego, que no, porque avia mucho tiempo que avia salido de allà: estando en esta platica se les juntò Don Gregorio, diziendo: Esta muger señor mio es natural de Valladolid, y es mi esposa: pues para què, dixo el Cavallero, es menester mentir aqui, muestrenme acà la carta del casamiento, porque si no son marido, y muger, serán muy bien castigados. Sacò luego su carta falsa Don Gregorio, y enseñòsela, de la qual el Cavallero quedò satisfecho, y les preguntò que adonde caminavan, porque alli no podian estar mas de solo vn dia. Respondiò Don Gregorio, que venian à aquella Ciudad de assiento para vivir en ella. Pues què oficio teneis, replicò el administrador? Respondiòle que no tenia oficio, pero que su muger era labran

branderа, y queria alli aviendo comodidad enseñar à labrar algunas niñas. De suerte, dixo el Cavallero, que ella os ha de sustentar à vos, harto trabajo tendreis ambos: con todo, por amor de Dios os llevarè oy à mi casa, y os darè en ella de comer hasta buscaros alguna comodidad con que vos, y vuestra muger, que parece honrada, podais vivir en esta tierra. Mandò tras esto à vn paje que los llevasse à su casa. Agradecieronselo mucho ellos, y por el camino preguntando por las prendas, de quien tanta merced les hazia, respondiò el paje, que era vn mancebo rico, y tan caritativo, que hazia los mas de los dias muchas limosnas, y assi, que confiassen que èl sin duda les buscaria adonde pudiessen vivir, y aun si fuesse menester les pagaria el alquiler de la casa: nueva fue esta que les diò à ambos notable contento. El Cavallero les buscò en saliendo del Hospital vna razonable posada en que vivian vnas costureras, y les hizo dar alquiladas vna buena cama, y algunas alhajas de casa, saliendo èl à pagar el alquiler de todo quanto los huespedes para quien avia de servir no le pagassen. Hecha esta diligencia, se fue à medio dia à su posada, en la qual les hizo dar bien de comer, y en comiendo les llevò èl proprio à la que les avia buscado, donde le besaron las manos por ello, y por vn real de à ocho que les diò de limosna, con que passaron aquella noche razonablemente: à la mañana, començò Doña Luisa à preguntar à aquellas vezinas, que quien le daria que labrar, porque ella no conocia à nadie en aquella Ciudad, las quales la respondieron: nosotras con ser naturales de aqui, y hazer como dizen pajaritos de nuestras manos, morimos de hambre, mirad que harcis señora vos venida de ayer acà? A la fe hermana mia, que aveis llegado à muy ruin puesto para ganar de comer, como os enseñara la experiencia. Con todo esso para dos, ò tres dias, dixo la vna, yo os darè con que ganeis siquiera para pan. Agradecioselo ella, y començò à labrar en cierta obra que le puso en las manos, quedandose Don Gregorio en la cama, pensando passar mejor la hambre en ella, que passeando. Essa mesma mañana se llegò el Cavallero, despues de aver visitado el Hospital, à saber de los dos forasteros, y hallando acostado à Don Gregorio, le dixo: Ques gentil hombre, como và, adonde està vuestra muger? Bien hasta agora me và, respondiò èl, y ay con la vezina està mi muger por quien pregunta V.m. à quien suplico no se espante de no hallarme levantado, que el no tener andrajo de çapatos me obliga à ello. No serà tanto essa la causa, dixo el administrador, quanto poltroneria, y bolviendo las espaldas se saliò à ver à Doña Luisa, y sentandose en vn taburete junto à ella, se la puso a mirar de proposito à las manos, y rostro, y reparando en sus facciones, y en la modestia con que estava le pareciò la mas hermosa muger, y mas digna de ser

amada que en su vida huviesse visto, aficionòsele luego, que es impossible dexe la voluntad de amar à aquello que se le representa vestido de bondad, hermosura, ò gusto, y rendido ya à sus partes le preguntò con maestras de aficion por su nombre, y la causa porque avia dexado su patria. Respondiò ella sin levantar el rostro con alguna turbacion, que se llamava Doña Luisa, y que por aver sucedido cierta desgracia à su marido en Valladolid, avian salido ambos huyendo à vña de cavallo (cosa que le pesava confessar, y que por no hazerlo avia dicho al principio que eran de Toledo) y aviendo dado cabo en Lisboa avian vivido alli dos años, en el qual tiempo avian gastado no poca suma de dinero, que consigo avian traìdo. Por cierto señora Doña Luisa, que siento en el alma (dixo el Cavallero) veros empleada en quien tan poco os merece, como este picaronaço de vuestro marido, pues por vna parte os veo hermosa, y discreta, y considero por otra, que èl os ha de consumir, y gastar lo poco que aqui ganaredes: con todo, si quereis hazer por mi lo que os suplicare, os juro à fe de Cavallero de remediaros, y favoreceros à ambos en quanto pudiere, pues no puedo negar sino que os he mirado con buenos ojos, y de suerte estan los mios enamorados de los vuestros, que ya vivo con deseo intenso de serviros, y agradaros en quanto pudiere, y assi desde luego os suplico me mandeis todo lo que fuere de vuestro gusto, que à todo acudirà el mio, sin querer mis fieles deseos mas premio, que verse admitidos de vuestra memoria, pues con solo essa gloria juzgarè verme en la mayor que puedo desear, no perdais bellissima forastera la ocasion que à vuessas desdichas ofrece, en mis dichosos cuydados la fortuna, y advertid no es cosa que os pueda estar mal el hazerme merced. Agradezco quanto puedo señor (respondiò ella) la que esse valor me ofrece sin averla yo servido, ni merecido, pero siendo muger casada, y estando mi marido presente, en gravissimo yerro, y peligro caeria si le ofendiesse, y assi por esto, y lo mas principal, por lo que devo à Dios, y à mi misma, suplico à V. m. desista de tal pretension, y en quanto no tocarè à ella: mandeme, que en todo verà mi devido agradecimiento. Miraldo señora bien, dixo el mancebo, que yo me encargo en dar orden como vuestro marido no lo sepa, ni entienda, y veis aqui por agora esse doblon, para que ceneis esta noche, que dobles os los darè las que vinieren, como gusteis emplearlas en darme gusto, y no le tendrè hasta que mañana me deis la respuesta que deseo, y me le puede solo causar el ser ella qual mi fe merèce, y essa beldad assegura. Constreñida Doña Luisa de la necessidad, que es poderoso tiro para derribar las flacas almenas de la mugeril verguença, tomò el doblon dandole por èl no pocas gracias, ni pocas esperanças con recebirle, pues siempre quien lo ha-

zefe obliga à mucho. Levantòse tras esto el administrador, y llamò à parte à la vezina mas vieja de la casa, y le dixo, si acabais con Doña Luisa que corresponda a mis ruegos, y acete mis ofertas, os prometo à ley de quien soy, de daros una saya de famoso paño, sin otras cosas de consideracion; pero esso rogadselo, y persuadidselo con las mayores veras que pudierdes, y si salis con la empressa, venid bolando con la nueva a mi casa, que della llevareis al punto las ofrecidas albricias. Aseguròle la astuta tercera, serlo con las veras que dirian las obras, y llegandose el Cavallero oyda esta respuesta, à la descuydada dama, le asiò la mano, y se la besò sin que lo pudiesse ella impedir, partiendose luego. Comenzò tras su ida la solicita vieja, a persuadir eficazmente à la perplexa señora, por saber ella mas de estos ensalmos, que de los Psalmos de David, y fue de suerte la bateria que le diò, q convencida della Doña Luisa: le vino à responder, que como el negocio fuesse secreto, procuraria servir quanto pudiesse à aquel Cavallero, con tal que el hiziesse tambien por ella lo que le avia ofrecido. Encargòse la vieja agradecida à la respuesta de tratar el negocio, con igualdad, y satisfacion de ambas partes como el efecto mostraria. Entròse Doña Luisa en su quarto por ser hora de comer, do contò punto por punto à Don Gregorio, quanto con el Cavallero le avia passado: el qual le respondiò, que atento que padecian estrema necessidad, y que era imposible remediarla por otro camino, que condescendiesse con su gusto, que para todo dava su consentimiento, y daria el lugar necessario, con tal que le sacasse quanto pudiesse, assi en dineros, como en joyas, fingiendo siempre, temor, y rezelo, y encargandole el secreto. Yà en esto avia ido corriendo la vieja à ganar las albricias del enamorado Cavallero, y teniendolas, y concertado con ella, tratase con Doña Luisa se viessen la siguiente noche, donde, y como ella mandasse, se efetuò todo assi, porque fingiendo Don Gregorio salir se de la Ciudad, dò ella entrada en su propria casa al Cavallero, el qual durmiò con ella, aquella, y otras noches, dandole dineros, y todo lo necessario para su sustento, y reparo, con que pùdieron ambos vestirse razonablemente. Publicòse el negocio con escandalo del pueblo, que de vèr el toldo de la dama, la bizarria de Don Gregorio, y la familiaridad con que tratava con el Cavallero, frequentando las entradas de casa, el vno del otro, que à todo lo allanò el gusto del natural, y necessidad del forastero, naciò el echar de vèr todos, tenia tienda la forastera de entretenimientos, la qual aumentò la ocasion de la murmuracion con el engalanarse, ponerse à la ventana, y gustar de ser vista, y visitada, todo con consentimiento de Don Gregorio, que yà no se le dava nada del medrar a costa de la votada honestidad (pero profanada escandalosamente) de

la ciega Religiosa: de quien de nuevo començaron à picarse otros tres mancebos ricos de la Ciudad, admitiendo sus presentes, billetes, y recados la dama, sin reparar en comprarlos à costa de su honra. Llegò el negocio à termino que vna noche encontrandose todos en su calle, travaron zelosos vna tan cruel pendencia, que della saliò muerto vn hijo de vezino principal, prendiò luego la justicia por indicio à todos los de la riña, depositando à Doña Luisa en casa de vn letrado, y al cabo de vn mes que corriò la causa, no pudiendose averiguar quien fuesse el homicida, los sacaron à todos en fiado, dandoles la Ciudad por carcel. Don Gregorio fue quien peor librò, pues salio el postrero della, con sentencia de destierro perpetuo de Badajòz, y su tierra, y huviera de salir à la vergueça por las calles, si la buena diligencia del administrador, su amigo, no lo remediàra con dinero, diòle en viendole libre, todo lo que fue necessario para salirse de la Ciudad, y irse à la de Merida, do le aconsejò se entretuviesse regalando vn par de meses, mientras èl en ellos negociava se le alçasse el destierro, ofreciendo e se encargava de mirar en ellos por Doña Luisa, como si fuera su propria hermana: aceto de muy buena gana Don Gregorio el partido, porque viò en èl la puerta abierta para hazer lo que pretendia, que era dexar à Doña Luisa, de quien ya estava cansado y arrepentido de la locura que avia hecho, de encargarse de tan impertinente carga, temiendo si perseverava en tal vida, no lo viniesse à ser èl de algun burro, por las calles publicas de algun pueblo, ò de alguna horca, si se descubria su delito. Con todo disimulò con ella, de quien se despidiò, encargandole el recato, y honestidad, y la diligencia en procurar se le alçasse el destierro, ò se fuesse tras èl a Merida, do la esperaria, sino se podia negociar. Toda esta platica passò delante del administrador, que gustava ya de verle ausente, no menos que la dama, que deseava lo mismo por tener mas libertad, para sus disoluciones: todos en efeto deseavan vna misma cosa, aunque por diferentes fines. Tomò Don Gregorio de mano de su amigo, mas de quinientos reales, y con ellos, y muy bien vestido, se saliò de Badajòz à pie, para Merida, Ciudad que dista poco della. Par Dios, dixo Sancho, que esso de badajos, y essotro que por su mal olor no lo oso nombrar, declaran bien quan gran puerco, y badajo era esse Don Gregorio, que dexò la Monja entre tantos cuervos, ò demonios: el tuerto de essa pobre señora, mi señor Don Quixote, sera bien deshazer, pues ganariamos en ello las catorce obras de misericordia, y mas le digo, que si quiere ir luego alla, le acompañarè de muy buena gana, aunque sepa perder, ò dilatar la possession del Govierno de la gran Insula, y Reyno de Chipre, que me toca por linea recta, en virtud de la palabra de V.m. y de la muerte que ha de dar al sobervio Ta-

jayun-

jayunque su Rey, cuyo guante traygo bien guardado en essa malera. No se le encaxava mal à Don Quixote, el consejo de Sancho, y ya con èl se le començava à levantar la mollera, de suerte, que si los circunstantes, que gustavan infinito de saber el fin del cuento, no le apaziguaran con buenas razones, echara el bodegon por la ventana, y se fuera luego de alli, dexandoles en porreta: pero diziendole el soldado Bracamonte, que en acabando de oir, donde, y como quedava aquella señora, le dava palabra de irle à acompañar en tan santa empresa (pues no teniendo noticia mas clara de sus cosas, y successos, no le parecia acertado hazer la jornada, porque podria ser que quando ellos llegassen à Badajoz, ya ella estuviesse en otra parte) se sossegò Don Quixote, y ofreciò grata atencion à todo, obligandose à hazer la tuviesse tambien su escudero: con esto, y con agradecerselo todos, y rogar tras ello al discreto hermitaño prosiguiesse tan suspensa historia, seguro de que aunque larga no les cansaria, la prosiguiò, diziendo.

CAPITULO XIX.

DEL SUCESSO QUE TUVIERON los felizes amantes hasta llegar à su amada Porcia.

NO se fue Don Gregorio à Merida como avia prometido al Cavallero, y à Doña Luisa, sino à Madrid, donde por la Babylonia de la Corte, facilmente se encubre, y disimula qualquier desdichado, y como èl lo era tanto, vino à parar con toda su nobleza, en servir à vn Cavallero de habito, mudado el nombre, sin acordarse mas de su dama, que si jamàs la huviera visto, la qual le pagò con la mesma moneda los primeros dias de su ausencia, empleandolos todos en nuevos gustos, y en tratar de estafar à quantos podia, teniendo por blanco solo el interès: pero conociendo todos el suyo, començaron à hazer alto divulgandose entre ellos la pena, ley, y libertad de la forastera, por lo qual viendose sin muñidores, y sobre todo viendo que le hazia algunos malos tratamientos, el administrador enfadado de su ingratitud, y disolucion, cayò en la cuenta del peligro en que estava su alma, y cuerpo, advirtiò tambien luego, como aviendo tantos dias que Don Gregorio faltava, jamàs le avia escrito, siendole facil el hazerlo, estando en Merida, por la vezindad, y forçoso el procurarlo por las

nia, si como hombre en fin no huviera mudado de intento, y dexadola como lo tenia por fin duda lo avia hecho. Començò à cavar en la consideracion de su mal estado tras esto, y Dios à obrar secretamente en su conocimiento, como aquel que la queria dexar por exemplo de penitentes, y de lo que con su divina misericordia puede la intercesion de su electissima madre; y finalmente de lo que à ella la obligan los devotos de su santissimo Rosario, con la frequentacion de tan eficaz, y facil devocion, que se encendiò de suerte su espiritu en amor y temor de Dios, que empeçò à deshazerse en lagrimas, apesarada de las ofensas cometidas contra su Magestad, confusa por no saber como, ni en quien hallar remedio, ni consejo que tan cargada estava de desatinos. Advirtieron su llanto algunos de sus galanes, y deseando enjugarsele, le preguntavan la causa con gran cuydado, y deseo de saberla, pero era en vano, porque ya espirava la reconocida señora à superior consuelo, y assi despidiendo les lo mejor que pudo (que no le fue facil por ser las arremetidas de los amartelados, mas fogosas en prosecucion de lo que despues de amado han procurado dexar, y mas si vèn desvio en el sujeto) propuso alumbrada de Dios bolverse à su Ciudad, y presentarse en ella secretamente à vn Cavallero deudo suyo, y descubrirle todo el suceso de su vida, con fin de que el la ayudasse à ir sin ser conocida à Roma, à procurar alli echada à los pies de su Santidad algun modo para bolver à su monasterio, ò à otro qualquiera de su misma orden, con fin de tener donde enmendar como deseava la infernal vida que hasta entonces avia tenido. Con este pensamiento, y encomendandose de coraçon à Maria Sacratissima Madre de piedad, y fuente de misericordia, recogiendo quanto dinero tenia, y haziendo de sus vestidos, y alhajas todo lo que pudo, se vistiò de peregrina con sombrero, esclavina, bordon, y vn grueso Rosario al cuello, y alpargatas à los pies, y cubierta deste penitente trage, arreboçado el rostro, se saliò vna noche obscurissima de Badajoz, tomando la derrota àzia su tierra, acompañada solo de suspiros, lagrimas, y deseos de salvarse, desviandose quanto le era posible de los caminos reales, y procurando caminar casi siempre las noches, en las quales entrava en las posadas de menos bullicio, à tomar dellas lo mas necessario para su sustento, saliendose luego al campo. No le faltaron algunos trabajos, y desassosiegos de gente libre en el camino, pero venciòles à todos su modestia, y sacudimiento, y sobre todo la santa resolucion, que la eficaz gracia le avia hecho hazer de no ofender mas à su Dios en toda su vida, aunque la supiera perder mil vezes à manos de vn millon de tormentos. Padeciò tambien hambre, sed, y frio, por ser tiempo en que le hazia grande el en que caminava, y por la misma causa, la molestaron las aguas, y arroyos,

royos, pero acompañavase en ellos de la gente mas pobre que hallava, hasta passarlos, à quien despues dava buenas limosnas. Hazia las jornadas cortas, por el cansancio, y tiempo, siendo esto la causa de que fuesse tan largo el que gastò en el camino, pues tardò en llegar à su tierra mas de quatro meses, visitando en ellos algunos pios santuarios que le venian à cuento. Quiso el Cielo apiadarse della, y dar fin à su prolija jornada, y assi llegando à la vltima antes de entrar en su Ciudad, à la que descubriò, y reconociò el campanario de su monasterio, fue tal el sentimiento que hizo postrada en tierra, que no ay lengua (ò discretos señores) que lo acierte à pintar, resolviòse en lagrimas, y resolvió juntamente de quedarse alli en el campo hasta el anochecer, por entrar à media noche para mayor seguridad: hizolo assi, y llegado el plazo, començò à endereçar los turbados passos àzia la casa del deudo de quien pensava valerse. Pero llegando à passar por delante su monasterio, (que no sè si la obligò tanto à ello la necessidad, quanto el cariño, y deseo de vèr sus paredes, pero no deviò de ser lo vno, ni otro, sino inspiracion de Dios para que tuviesse su viage el feliz fin que se sigue) al punto que davan las once, y emparejando con el mismo postigo de la puerta de la Iglesia la viò abierta, y assombrada de semejante caso, començò à dezir entre sì: Valgame Dios que descuydo ha sido este de las monjas, ò del sacristan que tiene cargo de cerrar la Iglesia, es posible que se ayan dexado abierto el postigo de su puerta. Mas si acaso han robado algunos ladrones los frontales, y manteles de los altares, ò la corona de la Virgen, que ha de ser de plata sino me engaño, por mi vida, que tengo de llegar passito (aunque aventure en ello la vida, pues en dichosa parte la perderè, quando aqui la pierda) y mirar si ay alguna persona dentro, y avisar por si ha sido descuydo, de quien tiene cargo de cerrarle. Metiò en esto la cabeça àzia dentro con gran tiento, y estuvo vn rato escuchando, pero no sintiendo ruydo, ni viendo mas que dos lamparas encendidas, vna delante del Santissimo Sacramento, y otra delante del altar de la Virgen benditissima. Estuvo suspensa vna gran pieça, sin que osasse determinarse à entrar, temiendo no estuviesse alguna mònja rezando acaso en el coro, y viendola alli hiziesse algun rumor, por do se viesse en peligro de ser conocida, y por consiguiente rigurosamente castigada, pero no obstante este miedo se resolviò à seguir la primera deliberacion, aunque fuesse con el riesgo de la vida. Entrò tras esto ossadamente, y passando por delante del altar de la Virgen, tropeçò en vn gran manojo de llaves que delante del estavan en el suelo, del qual sucesso maravillada, se abaxò para verlas, y levantarlas con notable turbacion, y apenas lo huvo començado à poner por obra, quando la devo-

tissi-

tiſsima imagen de la Virgen, la nombrò por ſu nombre, con vna voz como de reprehenſion, de la qual quedò tan atemorizada Doña Luiſa, que cayò medio muerta en tierra, y proſiguiendo la Virgen Sacratiſsima, le dixo: O perverſa, y vna de las mas malas mugeres que han nacido en eſte mundo, como has tenido atrevimiento para oſar parecer delante de mi limpieza, aviendo tu perdido deſenfrenadamente la tuya à bueltas de tantos, y de tan ſacrilegos pecados como ſon los que has cometido? De què ſuerte di ingrata ſoldaràs la irreparable quiebra de tan precioſa joya? Y con què penitencia inſolentiſsima profeſſa, ſatisfaràs à mi amado hijo, à quien tan ofendido tienes? Què enmienda pienſas emprender, ò atrevida apoſtata para bolver por medio della, à recuperar algo de lo mucho que tenias merecido, y has perdido, tan ſin conſideracion bolviendo las eſpaldas à las infinitas miſericordias que avias recibido de mi divinaiſsimo hijo? Eſtava en eſto la afligidiſsima Religioſa acobardada, de ſuerte, que ni oſava, ni podia levantar el roſtro, ni hazia otra coſa ſino llorar acerbiſsimamente, pero la piadoſa Virgen conſolandola deſpues de la reprehenſion, no ignorando la amargura, y el dolor de ſu animo, incitandola à verdadera penitencia, le dixo: Con todo para que eches de vèr que es infinitamente mi hijo mas miſericordioſo, que tu mala: y que ſabe mas perdonar, que ofenderle todo el mundo, y què no quiere la muerte de los pecadores, ſino que ſe conviertan, y vivan, le he yo rogado por tu reparo, obligada de las fieſtas, ſolemnidades, y roſarios que en honra mia celebraſte, feſtejaſte, y me rezaſte quando eràs la que devias, ſin que tu lo merezcas; y èl como piadoſiſsimo que es, ha puſto tu cauſa en mis manos, y yo por imitarle en quanto es hazer miſericordias, deſeando verificar en ti el titulo que de madre de ellas me da la Igleſia, como à èl le la da de padre de tan grande atributo, he hecho por ti, lo que no pienſas, ni podràs pagarme, aunque vivas dos mil años, y los emplees todos en hazerme los ſervicios que me ſolias hazer en los primeros años de tu profeſsion. Acuerdate, que quando deſta caſa ſaliſte agora haze quatro años, paſſando delante deſte mi altar, me dixiſte que te ibas ciega del amor de aquel Don Gregorio, con quien te fuiſte, y que me encomendavas las religioſas de eſta caſa, tus hijas, para que miraſſe por ellas como verdadera madre, quando tu les eras madraſtra, y que las rigieſſe, y governaſſe pues eran mias, tras lo qual arrojaſte en mi preſencia eſſas miſmas llaves del Convento, que en la mano tienes: èntiende, pues, que yo como piadoſa madre he querido hazer para confuſion tuya, lo que me encomendaſte, y aſsi has de ſaber, que deſde entonces haſta aora he ſido yo la Priora deſte Monaſterio en tu lugar, tomando tu propria figura, envejeciendome al parecer, al compàs que tu lo has ido haziendo, tomando juntamente tu habla, nom-

nombre, y vestido, con que he estado entre ellas todo este tiempo, assi de dia como de noche, en el claustro, coro, Iglesia, y refitorio, tratando con todas como si fuera tu propria: por tanto, lo que aora has de hazer, es, que tomes essas llaves, y cerrando la puerta de la Iglesia con ellas, te vayas por la sacristia, y demàs passos por donde te saliste à tu celda, la qual hallaràs de la propria forma, y manera que la dexaste, hallando hasta tus habitos doblados sobre el bufete, ponelos en llegando, y guarda essos de peregrina en la arca, y advierte, que hallaràs tambien sobre la propria mesa, el breviario, y la carta que dexaste escrita, sin que nadie la aya abierto, ni leyda, y la vela encendida junto à ella. En efeto hallaràs todas las cosas por mi piadosa diligencia, en el estado en que las dexaste sin hallar novedad en alguna, y sin que se aya echado de vèr tu falta, ni la del dinero que has desperdiciado: vete por tanto a recoger antes que despierten à Maytines, y enmienda tu vida como deves, y lava tus culpas con las lagrimas que ellas piden, que lo mismo han hecho, quantas tras tan graves pecados, han merecido el ilustre nombre de penitentes que les da la Iglesia. Quedò la en que estava Doña Luisa (acabando estas razones la celestial Princesa de todas las Gerarchias) llena de vn olor suavissimo, y ella contrita, y tan consolada en su espiritu, quanto corrida de aver obligado à la madre del mismo Dios, a ser lo de sus subditas, pero obedeciendo à su celestial mandato, receloía de que no se llegasse la hora de los Maytines, se levantò del suelo cubierta de sudor, y lagrimas, y haziendo vna profunda inclinacion à la preciosissima Imagen, y otra al Santissimo Sacramento, y tomando las llaves cerrò la puerta de la Iglesia, y se fue à su celda por los mismos passos que avia salido della, en la qual lo hallò todo del modo que lo avia dexado, y la Virgen le avia dicho. Pusose en entrando dentro sus habitos, guardando en el arca los de peregrina, y apenas lo avia acabado de hazer quando tocaron à Maytines, y enjugandose el rostro, tomò el breviario, y estuvo aguardando hasta q̃ vino la monja, que solia llamarla, la qual tomando el candelero de la mesa como cada noche tenia de costumbre, le fue delante alumbrando hasta el coro, donde estuvo aguardando de rodillas (con no pequeña turbacion, por parecerle sueño quanto veia) à que se juntassen las Religiosas, y en aviendolo hecho hizo la señal acostumbrada, tras que començaron los Maytines, y acabados ellos, y la oracion que de ordinario suelen dezir, se bolvieron à salir todas, y se fueron à sus celdas, al postrer señal de la Priora. La qual tambien hizo lo proprio acompañandola con luz à la suya la mesma Religiosa que la avia sacado della. Quando se viò sola començò de nuevo à derramar lagrimas, parte de dolor por sus culpas, y parte de agradecimien-

miento, por la nunca oyda merced que la misericordiosissima Maria le avia hecho, y haziendole vna breve oracion, llena de fervorosos deseos, y celestiales conatos, descolgò de la cabecera de su cama, vnas gruessas disciplinas, que solia tener en ella, y tomandolas se diò con ellas por espacio de media hora, vna crueliſsima diciplina sin ninguna piedad, por principio de la rigor[illegible] penitencia que pensava hazer todos los dias de su vida, de aquel sacrilego, y deshonesto cuerpo, de cuya roja sangre quedò el suelo esmaltado en testimonio del verdadero dolor de sus pecados. Acabado este penitente acto, abriò vna arca de adonde sacò vn aspero cilicio que solia ponerse en las Quaresmas, quando era la que devia, hecho de cerdas, y esparto machacado, el qual le tomaba desde el cuello a las rodillas, con sus mangas justas hasta la muñeca, pusose juntamente debaxo del vna cadenilla que en la mesma arca tenia que le dava eres bueltas, y apretandosela con todo rigor al delicado cuerpo dezia, agora traydor me pagaras los agravios que al espiritu has hecho, no esperes lo poco que la vidame durare, otro regalo mas que este, y agradece à la Madre de afligidos, y fuente de consuelos Maria, y à su clementisimo Hijo, que no te ayan embiado à los infiernos, à hazer esta penitencia, donde fuera sin fruto forçosa, y tan eterna, que durara lo que el mismo Dios, sin la esperanza del perdon, y remedio que agora tienes en la mano, teniendole tan poco merecido: y saliendose luego de su celda se bolviò otra vez al coro, donde estuvo passando el Santissimo Rosario delante de la misma imagen que la avia hablado, hasta la hora de prima, la qual acabada hizo al instante llamar al Confessor del Convento, con quien hizo vna general confession, con nuevistas muestras de dolor, y arrepentimiento, contandole todo el suceſso de su vida, y las abominaciones, y pecados, que contra su divina, y inmensa Magestad avia cometido, los quatro años que avia estado fuera del Convento: refiriòle juntamente el milagro, y merced que por la devocion del Rosario, la Reyna de los Cielos, su patrona le avia hecho, supliendo su falta, y acudiendo à todas sus obligaciones, movida de su virginea piedad, salvandole la honra, en que no se echasse de ver su falta. El secreto del milagro encargòtras esto, quanto fue posible, para mientras le durase la vida, al Confessor, el qual quedò sumamente maravillado de su grandeza, y lleno de ternura, y devocion en el espiritu: cosa que le asseguraba de la verdad del caso, y pasmavase quando considerava avia merecido su indignidad, confessar, y comulgar por su mano, no vna, sino muchisimas vezes à la puridad, ante quien, y en cuya comparacion no la tienen los mas puros Angeles del Cielo. Con todo quiso ver el rostro de la penitente prelada, y certificarse de que era ella misma, y no demonio (como temia) que en figura su-

ya

ya le queria engañar, y vistas sus lagrimas, y enterado de la verdad, la consolò quanto pudo, y animò para la continuacion de la empezada penitencia, y devocion del Santissimo Rosario: y perseverò ella en todo, haziendose mil ventajas cada dia à sì misma, de suerte, que las que la veìan con tan repentina mudança, en el retiro de gradas, assistencia continua à la oracion, y mortificacion, y ordiñario curso de lagrimas, estavan pasmadas por no saber la causa, como la sabian, ella, y su Confessor con que se confessaba los mas de los dias, recibiendo el Santissimo Sacramento muy amenudo. Perseverò en estos exercicios toda la vida, y al cabo de meses que los continuava: quiso Dios apiadarse de su perdido galan, como lo avia hecho della, tomando por medio vn sermon que acaso oyò, à vn Religioso Dominico, de soberano espiritu, en vna Parroquia de la Corte, que moviendo el Cielo la lengua en el, se engolfò à deshora en las alabanzas de la Virgen, y en las misericordias que avia hecho, y hazia cada dia con infernados pecadores, por la suave devocion de su benditissimo Rosario, trayendo en consequencia desto el sabido milagro del desesperado hombre, que aviendo hecho donacion de su alma al demonio, con cedùla escrita y firmada de su mano, y sangre, por la dicha devocion fue libre de todo, y acabò su vida perseverando en ella santissimamente, tras vna bien premeditada, y horosa Confession general, de todos los cometidos desatinos. Cayò en la cuenta de los suyos el ciego de Don Gregorio, luego que oyò el docto sermòn, y acordandose tambien de lo mucho que à cerca del celestial poder del Rosario, le avia dicho diversas vezes su Doña Luisa, premeditando las razones del Predicador, y confiriendolas, con las que de su dama en esta parte, le trajo Dios à la memoria, le pareciò que arrimandose à la frequentacion de tan soberano rezo, hallaria en èl brazo que le sacasse del cieno de sus torpezas, y otra escala qual la de Jacob, con que pudiesse llegar al Cielo por mas entumecido, que estuviesse en la fragosa, y mal cultivada tierra de sus bestiales apetitos: propuso tras esto irse al Religioso Convento de la Virgen de Atocha, y confessarse luego con el santo Predicador, cuyo nombre yà sabia, por averlo preguntado à su còpañero, al baxar del Pulpito. Efectuòlo eficazmente, que no es perezosa la divina gracia, ni admite tardanzas, fue al Convento, entròse en la Iglesia, postròse delante la Imagen milagrosa de la Virgen, derritiòse puesto alli en lagrimas, pedia perdon à Dios, piedad à su madre, y aynda à ambos para enmendar los yerros de la passada, y hazer de ellos vna general Confession. Alçòse luego, entròse en el claustro, pidiò por el Predicador, y puesto en su presencia: empeçaron sus ojos à dezirle lo que su lengua no acertava: con todo, quando las lagrimas le dieron lugar, le dixo, remedio padre, socorro varon de Dios, para

ra esta alma, que es la mas mala de quantas la misericordia, y caridad inmensa de Jesu Christo ha salvado. Entròse al instante el Predicador à su celda, y apenas estuvo dentro, quãdo postrado à sus pies, empezò à hazer con acerbo llanto vna confession general de sus excessos, tal que estava el Confessor igualmente compungido, confuso, y consolado de vèr tal trueco en vn mozo de los años, y prendas de aquel: consolòle quanto pudo animandole à la continuacion de sus propositos, y del rezo del Santo Rosario, cuya era tan feliz mudanza. Y asseguran-dole del perdon de sus culpas, y de la largueza de las perpetuas misericordias, que Dios con celestial regozijo de todos los Cielos, y sus Angeles ha vsado, y vsa de cada dia, con los pecadores rezien convertidos, de verdadero corazon; le embiò absuelto, consolado, y lleno de mil santos propositos, y fervores, y no fue el menor, el con que propuso de ir à Roma à visitar los Santos Lugares, besar el pie à su santidad, y obtener para mayor bien suya, su plenissima absolucion. Bolviò al salirse del Convento à hazer oracion à la Virgen, y hecha con las demostraciones del agradecimiento, que tan gran merced como la que acabava de recibir, se bolviò à la Villa, y en ella trocò luego sus vestidos, por vnos de peregrino, hechos de sayal basto. Y sin despedirse de su amo, ni de persona, empezò à caminar àzia à Roma, do llegò cansado, pero no menoscabado el fervor con que emprendiò tan santa peregrinacion: cumpliò en aquella grandiosa Ciudad, con quanto los deseos que le avian llevado à ella pedian, y obtenido el fin dellos, diò la buelta azia su tierra, deseando saber con aquel disfraz, y sin ser conocido de sus padres, que bien seguro iba de no poderlo ser, segun iba de flaco, macilento, triste, y desfigurado, assi de los trabajos del camino, como de las penitencias que iba haziendo en èl, y no fue la menor el sufrimiento con que llevò las vexaciones que ciertos salteadores le hizieron en vn peligroso passo. Entrò al cabo de dias, cubierto de confusion, lagrimas, y sobresalto en su amantissima patria, y lo primero que hizo llegado a ella, fue irse a pedir limosna al torno del Convento, de do sacò la Priora, queriendo fuesse teatro del primer acto de su penitencia, en su patrio suelo, el mismo que lo avia sido, del que diò principio à su tragica perdicion, y ciego desatino. Dieronle facilmente honrada limosna, las caritativas torneras, y en recibiendola, se llegò à la misma mandadera que le avia llevado el primer recado de Doña Luisa, la mañana en que se principiaron sus locos amores: y preguntòle quien era Priora de aquella casa, y diziendole ella que Doña Luisa lo era años avia, porque continuavan las Religiosas en reelegirla siempre, no sin gusto de sus superiores, por su gran virtud. Doña Luisa (replicò èl, atonito) dezis que es Priora, como es posible? Ella es digo (añadiò la muger.) Sin duda que os burlais de mi (porfiò el.) He de pen-

penſar, pues quereis perſuadirme es Priora deſta caſa Doña Luiſa, de quien he oydo dezir eſtava muy lexos de poderlo ſer? Doña Luiſa, reſpondiò ella, es, ha ſido, y ſerà Priora muchos años, à peſar de quantos imbidian ſu virtud, y aumento, pues no faltan muchos que lo hazen. Baxò la cabeça Don Gregorio, con la confuſion, y perplexidad que penſar ſe puede, ſin oſar replicar mas con la muger, que ya conocia ſe iba encolorizando en defenſa de ſu ſeñora, temiendo por vna parte no le conociesſe en la voz, y por otra, que deſcuydandoſe no deſcubriesſe algo de lo mucho que con la Priora le avia paſſado: y aſsi, ſaliendoſe de alli, ſe fùe por diferentes partes de la Ciudad fuera de sì, y pidiendo igualmente limoſna, y en el nòbre de la Priora de tal Convento, y dandole vnos, y otros, la miſma reſpueſta que le avia dado la mandadera, por ſalir del todo de la confuſion en que ſe veìa, determinò irſe de redondon à caſa de ſus padres, para eclarſe alli con la carga (como dizen) y deſcubriendo ſeles fiar (como era juſto hazerlo) dellos el paſſo de tan grave ſuceſſo. Entrò por ſus puertas, y al primer criado que viò en ellas, preguntò ſi le darian limoſna los dueños de la caſa, y reſpondiendole que ſi harian (q̃ eran muy caritativos marido, y muger) le replicò ſe ſirvieſſe dezirle ſus nombres, y ſi tenian hijos, y ſabido dèl por la reſpueſta vivian ſus padres, aunque afligidiſsimos, por la auſencia de vn ſolo hijo que tenian, y ſe les avia ido ſin ſaber donde, con quien, ni por què, por el mundo: y que lo que mas les entriſtecia era, no ſaber ſi vivia, ni en què parte avia dado cabo para poderle remediar. Saltaronſele las lagrimas de los ojos à Don Gregorio con la reſpueſta, y bolviendo el roſtro à la otra parte, y enjugandolas, y diſsimulandolas quanto pudo, dixo de nuevo al criado: Llamavaſe por dicha el hijo deſtos ſeñores Don Gregorio? Porque ſi tenia eſſe nombre, es ſin duda, vn ſoldado que he conocido en Napoles, en el quartel de los Eſpañoles, y ſi ſeria, que por las ſeñas que èl me dava de ſus calidades, y de que era vnico mayorazgo en eſte lugar, y de la diſpoſicion de las caſas de ſus padres (que todo me lo comunicava por ſer muy mi camarada) eſtas han ſer las dellos, y el de quien habiò ſu hijo, y ſabraſſe preſto ſi es èl, ſi ay quien me diga ſi ſe fue deſte lugar, con alguna muger de calidad. No eſtava yo aun en ſervicio deſta caſa, quando èl faltò della, ni le conoci, pero sè que ſu nombre era como dezis Don Gregorio, y que no hizo otra baxeza, ni ſe tiene dèl otra quexa, que averſe llevado algun dinero preſtado de amigos, aunque ya todo lo han pagado ſus padres: que de dos cavallos que à ellos les llevò, y otra gran cantidad de moneda, nunca han hecho caſo, porque en fin todo avia de venir à ſer ſuyo. Pues amigo por las entrañas de Dios os ruego, que digais à eſſos ſeñores, ſi guſtan de hazerme limoſna, ſiquiera por lo que pienſo aver conocido à ſu hijo. Y como ſi os la haràn de

bonissima gana (dixo el criado) yo fio que no solo esso hagan por vos, sino que os regalarán muy mucho, y tendrán à merced de que les deis nuevas de prenda que tanto quieren, y assi aguardadme, os ruego, mientras subo bolando à darles el aviso, y recado. Subióse, dicho esto, el criado arriba sin curarse con el contento de mirar en el rostro al peregrino, que si lo hiziera fuera imposible no leyera en su turbacion, y lagrimas, que el mismo era su señor, y el mayorazgo de la casa.

CAPITULO XX.

EN QUE SE DA FIN AL cuento de los felizes amantes.

NO avia bien subido à dàr el aviso el criado à sus amos, quando se arrepintió Don Gregorio de ello, porque como venia con intencion de saber de solo de la vida de ellos, y sin darselos à conocer, irse luego à meter Religioso en la misma Religion en que lo era la Priora, para hazer alli vna condigna penitencia, con que en parte satisfaciesse sus graves culpas: pareciòle que todo se lo impidiria lo que avia empezado à intentar. Con la melancolia que esto le causò, y deseando obviar los inconvenientes que de vèr à sus padres se le podian seguir, bolviò las espaldas para retirarse de la puerta, pero à penas lo avia començado à hazer, quando yà el criado estuvo en ella à buscarle, y los padres salieron à la ventana à llamarle. No se pudo escusar de entrar el turbado peregrino en su casa, y haziendolo, y subido arriba en vna quadra, le rogaron los venerables viejos se sentasse en vna silla, y poniendosele cada vno à su lado; le hizieron mil preguntas del Don Gregorio que avia dicho al criado, avia conocido, y tratado en Napoles, haziendole tras cada vna vn millon de ofrecimientos: dezianle con no pocas lagrimas, ay hermano mio, y que dieramos por aver visto como vos essa vnico, y amantissimo hijo nuestro, absoluto señor de nuestra hazienda, y total causa del llanto con que passamos la vida. Està bueno? Tiene que comer? Sirve, ò es Soldado? Hase casado, ò que vida tiene, quien tan sin piedad es verdugo de las nuestras? Estaba Don Gregorio quando oìa estas razones mas muerto que vivo de ternura, y sentimiento: pero disimulando quanto pudo les dixo. Lo que del, (ò ilustres señores) os puedo dezir, es, que segun me comunicò, ha padecido infinitos trabajos, desde que saliò de vuestra casa, y obediencia (pero quando los dexò de dar al Cielo al hijo) que saliendo de la que deve à sus padres ofende su valor, lastima sus canas, menoscabando su propria salud, fuerzas, y reputacion: digolo, porque en todo se, que ha padecido Don Gregorio mucho, y creo que bolviera de buena gana à vuestros ojos, si lo permitiera la verguenza que se lo impide. De que la ha de tener Gregorio, replicò la madre, pues en su vida ha he-

hecho baxeza, ni ay en la Ciudad quien se pueda quexar dèl. No significavan sus razones (añadiò el peregrino) quando me hablava esso, antes siempre colegi dellas, se avia ausentado por alguna aficion que tenia à no sè què Religiosa, à quien èl llamava Doña Luisa, y temi algunas vezes no huviesse escandalo por ella el Convento, ò sacadola dèl, segun andava de rezelo de quantos le podian conocer. La mejor seña que nos podiais dar (dixo el padre) de que el que aveis conocido es nuestro hijo, es dezirnos nombrava èl à Doña Luisa, porque es vna Religiosa gravissima deste lugar, y Priora ha años de tal Convento, à quien èl visitava à menudo: pero aveisle hecho agravio à ella, y à su valor en pensar cosa de su persona, que desdiga della, y de su virtud singular que professa. Quando Don Gregorio oyò el abono que sus padres davan de la Priora, en confirmacion de lo que toda la Ciudad avia dado della, y reparò por otra parte en la ternura, y sentimiento con que hablavan dèl, se demudò de suerte, que dandole vn parasismo mortal, quedò como muerto reclinado à la silla. Acudieron de improviso los padres à darle algo confortativo, pensando era desmayo de hambre el que le avia tomado, y quitandole el sombrero que tenia calado, y desabrochandole con piedad Christiana, reparando en el rostro la madre que hazia este oficio, y le enjugava el sudor dèl, le conociò, y levantò los gritos al Cielo, diziendo: Ay hijo de mis ojos, y què disfràz es, el con que has querido entrar en esta tu propria casa. El padre que oyendo los gritos de la madre, percibiò llamava de hijo al peregrino, se llegò tan desmayado como èl lo estava à mirarsele, y conociendole ayudò tambien à las endechas de la madre, diziendo: Què peregrina invencion ha sido esta Gregorio mio, de querer dissimulartenos, dandotenos à conocer tan por rodeos: pensarias hazer con tus padres sin duda, lo que con los suyos hizo San Alexo: mas no creo tal, pues tan lexos està de parecerse à aquel Santo, quien tan sin ocasion, ni violencia de casamientos, ha vsado tan peregrino rigor. Alborotòse luego la casa, corriendo las nuevas de la buelta de Don Gregorio por el barrio, y antes que èl bolviesse del desmayo en sì, estava rodeado de criados, y vezinos, y corrido quando bolviò à cobrar sus sentidos, de vèr la publicidad de su buelta, abraçò à sus padres, postrandoseles luego à sus pies, y pidiendoles le dexassen reposar à solas, despidiendo los circunstantes, pues bastava huviessen sido testigos de su corrimiento, y del perdon que les pedia por los enojos causados. Fueronse quantos esto le oyeron contentos de vèr lo quedavan los padres, los quales luego dieron tambien orden en que se acostasse, y reposasse. Hizolo, y preguntando à su madre en la cama, quanto avia que no se avia visto con la Priora, supo della que tres dias; y como hablandole en la conversacion dèl, y

representandole el sentimiento con que vivian todos en su casa por su ausencia, y no saber si era muerto, ni vivo: avia en ella vertido no pocas lagrimas, y despedido del pecho algunos lastimosissimos suspiros, indicio claro del sincero amor que le tenia, y de lo que sentia su perdicion. Mas le crecia el assombro à D. Gregorio quando estas cosas oìa, porque como no sabia el milagro, y estava cierto por otra parte de su maldad, y de lo que con la Priora le avia acontecido, pareciale todo sueño, y que era ilusion del demonio el pensar verse en casa de sus padres, y buelto tan à su salvo en su patria, y assi à ratos con la vehemencia desta imaginacion se suspendia, de suerte, que no acertava à responder. Con todo rogò à su madre despues de aver reposado algunos dias, le hiziesse merced de llegar al Convento, y verse con la Priora, dandole aviso de su buelta, y de como avia sido con habito penitente de peregrino, despues de aver estado en Roma a pedir absolucion à su Santidad de las mocedades avia cometido en los años que avia faltado de su casa, en cuyo conocimiento avia venido por sus oraciones, à lo que creìa, y por aver oìdo vn sermon de las alabanças del Santissimo Rosario, y de las misericordias, què por su devocion hazia la Virgen benditissima en grandissimos pecadores. Rogòla juntamente instasse con ella le diesse licencia en todo caso, para ir à besarle las manos, y darle cuenta de los successos de su persona, sola aquella vez, pues en hazello, ò dexarlo de hazer estava su consuelo, y quietud. Fue la madre luego à hazer la visita, encargadissima de sacar la licencia que deseava su hijo, cuyo alivio procuravan ella, y todos los demas deudos, por ver quanto necessitava dello la melancolìa con que le veìan. Hablò en llegando al Convento à la Priora, y quando le huvo dado las referidas nuevas, y recado, viò en las lagrimas que de contento derramò tras èl (q̃ à esso atribuìa la madre de Don Gregorio, las que Doña Luisa derramava de confusion, y verguença) el gozo que mostrava de su buelta, y mudança, y alegre de vèr que ya por su instancia permitia le hablasse, enterada primero della, de quan otro venia de la fuente de las Indulgencias, y perdones que da Dios à los pecadores por manos de su Supremo Vicario (cosas todas que se las asseguravа ser assi el embiarle à dezir el mismo Don Gregorio venìa de Roma) lo qual, y el entender juntamente que avia alcançado tan grande misericordia por el mismo medio q̃ ella, del Santissimo Rosario, fueron bastantes causas para obligarla à concederle sin escrupulo la licencia que le pedia para llegar à hablarla el dia siguiente: porque siempre el coraçon le dixo avia de ser tan felìz el fin desta segunda visita, quanto le avia sido nocivo el de la primera. Bolviòse la madre con esta respuesta contentissima à su casa, y con raçon, pues en ella llevava (aunque sin entenderlo assi) la medicina que mas convenia al consuelo de su

su hijo, y à su salvacion: el qual, deseandola con las veras, que lo suele hazer aquel à quien Dios abre los ojos del alma. Passò la noche toda en oracion, suplicando à su divina Magestad por la puridad de su Santissima Madre (cuyo Rosario nunca se le cayò de las manos) se sirviesse de darle en la esperada visita el espiritu para cosas de edificacion de su alma, que convenia tuviesse quien en aquel puesto en que se avia de vèr, tan desatinado avia andado. La misma oracion hizo en su coro la santa Priora, y preparandose venida la mañana ambos con recebir los divinos Sacramentos de la Confession, y Eucharistia, se pusieron, llegandoel plazo en el locutorio, do se avian de vèr, con iguales deseos de saber el vno el sucesso del otro. No tiene señores mi ruda lengua palabras con que explicar bastantemente la turbacion de las con que se saludaron al primer encuentro los dos felizes amantes, porque en viendose el vno al otro (si es que las lagrimas les dexaron mirarse) se turbò èl, y encalmò ella, de suerte, que por muy gran rato no supieron, ni de sì, ni de adonde estavan. Las galas con que Don Gregorio entrò à verla con vn vestido de paño liso, sin gorbion alguno, el sombrero puesto en los ojos, sin espada, ni mas compañia que bonissimos deseos, y vnas planchas grandes de hoja de lata, hechas rallo, en pecho, y espaldas, y vna Cruz entre la ropilla, y jubon, con Rosario, y horas en la faltriquera. Sacando la Priora el adorno q̃ queda dicho, se puso la primera noche q̃ llegò al Convento, y con que en ella diò principio à su rigurosa penitencia. Puestos pues, de la suerte dicha, quando la suspension, y llanto les diò lugar, empeçò èl à dezirle: Por la Cruz en que remediò mi Eterno Dios pecadores tales, qual yo soy, y por las lagrimas, afrentas, y angustias con que en ella espirò, y por las que al pie de tan salutifero arbol sintiò su purissima Madre, que por serlo tanto, pudo ser solo su hechura de su omnipotencia, os pido me digais (ò Religiosa señora) si sois vos la Priora Doña Luisa, que quatro años ha con vuestra vista me cegastes, perdistes, y enamorastes, de suerte, que loco, desatinado, y sin temor de Dios me resolvì en sacaros de aqui, y llevaros à Lisboa, y à Badajòz, cometiendo las ofensas, y sacrilegios contra el Cielo, que solo vn merecido infierno puedo; y si acaso sois la que pienso, dezidme tambien como yendoos conmigo os quedastes acà, y quedandoos acà os fuistes conmigo, que cierto estoy (y ojalà no lo estuviera tanto) q̃ os vì, hablè, amè, y solicitè, y saquè deste Convento sin temor de hazer à vuestro estado, y profession la ofensa que se siguiò, por postre de tan infernales principios: porque veo me asseguran quãtos de vos pregunto por otra parte (cosa que buelvo loco) que jamàs aveis faltado de esta casa, antes dizen que siempre la aveis regido con notables exemplos, y mil virtuosas medras. Yo soy Don Gregorio, el malo, el sacrilego, el aleve, el traydor, y finalmente, el

peor de los hombres, y el igual à Lucifer en los penſamientos, pues los puſe en quien era eſpoſa de mi miſmo Dios, cielo ſuyo, y niñas de ſus ojos. A la Virgen bendita del Roſario devo el conocimiento de mis culpas, pues dexandoos (ſi ſois la que pienſo, y no fantaſma) en Badajòz, y dando cabo en la Corte deſcuydado de mi bien, mereci vn dia oìr acaſo vn ſermon de vno de los Apoſtoles, que la predicacion de ſu Santo Roſario tiene Maria en el mundo, en que pintando las miſericordias, que por tal devocion haze ſu clemencia, pintò mi ceguera, y dibujò mi perverſa vida, dando juntamente remedio à todos mis males, que todo lo hizo predicando vn milagro, y la eficazia de la dicha devocion, ſenti tras ſus palabras, la de la divina gracia, pues ſupe confeſſarme luego, y dexar la Corte del Rey de Eſpaña, y buſcar la de quien es Vicario de aquel, por quien los Reyes reynan, y en cuyo ſervicio conſiſte ſolo el verdadero reynar: alcancè abſolucion de aquella ſanta filla, y bolviendo peregrino à ſaber disfraçado de mis padres, y à ſaber la nota, y eſcandalo que de vueſtra perſona, y de la mia avia en eſta Ciudad, he hallado en ella, que en boca de todos ſois vos la ſanta, la recogida, y exemplar, ſin averſeos notado falta, ni auſencia, ſiendo yo ſolo el que os he pintado, y ſaben los Cielos, y vos (ſi ſois la que pienſo) y mi miſma conciencia, que es el mas riguroſo fiſcal, y quien me trae à ſombras de tejado, de temor de la divina Juſticia, de quien ſolo pienſo eſcapar recogido en el templo de la divina miſericordia, mediante la interceſsion de quien es madre dellas. Acabò en eſto la lengua de D. Gregorio las raçones, y començaron de nuevo ſus ojos à confeſſar ſus yerros, y à moſtrar el ſentimiento que tenia dellos. Conſoladiſsima quedò la Priora quando huvo oydo del autor de ſus deſventuras, el conocimiento que tenia dellas, y mas quando ſupo que le avia venido tan grande bien, por las manos clementiſsimas, de quien avia buelto por ſu honra, y ſuplido ſu falta en el govierno, los años que dexada de Dios avia ſeguido deſenfrenadamente ſus apetitos, y las ſendas de ſu condenacion. Y conſolandole, y dandole cuenta de ſus ſuceſſos, y de lo que devia à Maria benditiſsima, y como penſava pagarle en parte tan grande deuda, con vna verdadera, y perpetua penitencia de ſus culpas, y vn privarſe de verle jamàs à èl, le rogò fueſſe el que devia, miraſſe por ſu alma, y huyeſſe del mundo quanto le fueſſe poſsible, y de vanas converſaciones, y platicas, que le dava palabra ella de hazer lo miſmo, como tambien ſe la dava de callar el ſuceſſo mientras vivieſſe: pero no muerta, pues antes de morir le penſava dexar eſcrito, en manos de ſu confeſſor, con orden de que le divulgaſſe el meſmo dia, para gloria de Dios, y recomendacion de la celeſtial autora de tal miſericordia. Ofreciòle Don Gregorio hazer las miſmas dili-

gen-

gencias, y de no quedar en el mundo, sino entrarse en vn retirado Convento de su propria Orden, do pagasse su sensualidad el devido escote de los excessos passados à fuerça de ayunos, y diciplinas: y tras celebrar èl con mil alabanças de la Virgen, y vn millon de assombros, y admiraciones, la merced milagrosa, y favor inaudito que su infinita clemencia avia vsado, por la devocion del santo Rosario, con la Priora, y con èl mesmo: se despidiò del Convento para nunca mas llegar à el, y della para jamàs verla, y lo proprio hizo ella pidiendose ambos con lagrimas perdon reciproco, y las oraciones el vno del otro. Continuò siempre como queda dicho la Priora sus mortificaciones, consoladissima de la conversion de Don Gregorio, dando por ella iguales gracias à la Virgen, que por la suya propria, à quien le encomendò toda su vida. Bolviòse de alli èl à su casa, do estuvo algunos dias assentando cosas, y comunicada al cabo dellos à sus padres su devocion, y representandoles las obligaciones q̃ tenian de consolarle con averle visto buelto vivo, les pidiò su bendicion, y licencia para ser Religioso, pues lo devia à Dios, y à su madre, rogandoles ahincadamente se la diessen, y tuviessen à bien tomasse tan divino estado: tras lo qual tambien los rogò dexassen sus bienes despues de sus dias à pobres, que son los verdaderos depositos, y en quien mejor se guardan, pues en su poder jamas se menoscaban las haziendas. Alcançaronlo todo dellos sus lagrimas, y raro espiritu, con que se fue contentissimo à ser Religioso en la misma Ciudad, professando en la Religion que tomò, con notables demonstraciones de virtud, y llegando por ellas à ser Prelado de su Convento: quiso Dios acabasse sus dias, ordenando juntamente el Cielo fuesse el de su muerte, en el mesmo en que fue la de la Priora, y à la misma hora, haziendo cada vno antes de espirar vna devotissima platica à su Comunidad, murieron con notables señales de su salvacion, recibidos todos los divinos Sacramentos. Hallaronse en poder de los confessores de ambos, luego que espiraron, las relaciones de los amores, sucessos conversiones, milagros, y de los favores que la Virgen les avia hecho: y publicandose el caso, y verificandose, acudiò toda la Ciudad à vèr sus santos cuerpos, que estavan hermosissimos en los feretros. Hizoseles sumptuosissimo entierro, imbidiando todos la buena suerte de los padres de Fray Gregorio, los quales tuvieron honradissima, y consolada vejèz, con su feliz fin. Llegado el de su vida dellos, repartieron su hazienda en los Conventos de la Priora, y de su hijo, con exemplo de todos, murieron cargados de años, y de buenas obras. De los de la santa Priora no digo nada, porque assi ellos, como la otra hermana que tenia Religiosa, murieron mucho antes que ella.

CAPITULO XXI.

DE COMO LOS CANONIGOS, y Jurados se despidieron de Don Quixote, y su compañia, y de lo que à èl, y à Sancho les passò con ella.

APenas huvo el Hermitaño dado fin à las razones del cuento, quando diò principio à las de su alabança, y encarecimiento vno de los Canonigos, diziendo: Maravillado, y suspenso en igual grado me dexa padre el sucesso de la historia referida, y el concierto guardado en su narracion, pues èl la haze tan apacible, quanto ella de sì es prodigiosa, si bien otra igual à ella en la sustancia tengo leyda en el milagro veinte y cinco de los noventa y nueve, que de la Virgen Sacratissima recogiò en su tomo de sermones, el grave autor, y maestro, que por humildad quiso llamarse el Discipulo, libro bien conocido, y aprovado, por cuyo testimonio, à nadie parecerà apocrifo el referido milagro, por el qual, y por los infinitos que andan escritos, recogidos de diversos, graves, y piadosos autores, en confirmacion del santo vso, y devocion del Rosario, protesto ser toda mi vida, de aqui adelante, muy devoto de su santa cofadria, y en llegando à Calatayud, tengo sin duda de assentarme en ella, y procurar ser admitido en el numero de los ciento y cincuenta, que se emplean en servirla, y administrarla, trayendo visiblemente el Rosario, por el interès de las muchas indulgencias que he oìdo predicar se ganan en ella. No dexò Sancho con sus dislates ordinarios proseguir al Canonigo los devotos encomios que iba diziendo de la santa cofadria del Rosario, y de la Virgen santissima su singular Patrona, porque saliendo de través, dixo: Lindamente señor Hermitaño, ha departido, y devisado la vida y muerte dessa bendita Monja, y penitente Frayle, juro non de Dios, que diera quanto tengo en las faltriqueras, que son cinco, ò seis quartos por saberla contar de la suerte que la ha contado, à las moças del horno de mi lugar, y desde aqui protesto, que si Dios me diere algun hijo en Mari-Gutierrez, que le tengo de imbiar à estudiar à Salamanca, do como este buen Padre aprendia Theologia, y poco à poco llegue por sus puntos contados à decorar toda la Gramatica, y Medicina del mundo: porque no quiero se quede tan grande asno como yo, pero no piense el grandissimo vellaco gastar en el estudio la hazienda de su padre, yendose à jugar con otros tales como èl, que por las barbas que en la cara tengo, juro, que le tengo de dar fin tal haze con este cinto mas açotes, que caben higos en vn seron de arroba. Dezia esto èl, quitandose el cinto, y dando con èl con vna colera desatinada en el suelo, repitiendo: ser bueno, ser bueno, estudiar, estu-

estudiar mucho en hora mala para èl, y para quantos le valieren, y me le quitaren de las manos. Rieron mucho los circunstantes de su boveria, y no obstante su necia maldicion, le tuvieron del braço, diziendo: Baste ya hermano Sancho, no mas por amor de Dios, que aun no està engendrado el rapàz que ha de llevar los açotes. Con esto lo dexò, diziendo: A fe que lo puede agradecer à vuessas mercedes, pero otra vez lo pagarà todo junto, passe esta por primilla. Don Quixote le dixo: Què tonteria es essa Sancho, aun no tienes el hijo, ni esperanças de tenelle, y ya le açotas porque no va à la escuela? No vè V.m. replicò èl, que estos muchachos si desde chiquitos no se castigan, y se amoldan antes de tener sèr, se buelven haraganes, y respostones: es menester, pues, para evitar semejantes inconvenientes, que [illegible]n desde el vientre de su madre, [illegible]e la letra con sangre entra, que assi me criò mi padre à mi, y si algun buen entendimiento tengo, me le embeviò èl en el caletre à duros açotes, tanto, que el Cura viejo de mi lugar, santa anima aya su gloria, quando me topava por la calle, poniendome la mano sobre la cabeça, dezia à los circunstantes: Si este niño no muere de los açotes con que le crian, ha de crecer por puntos. Esso Sancho, respondiò el Hermitaño, tambien me lo dixera yo. Pues sepa V.m. replicò èl, que aquel Cura era grande hombre, porque avia estudiado en el Alcana toda la latrineria del pe à pa. Alcalà diràs, dixo Don Quixote, que en el Alcana de Toledo, no se aprenden letras, sino como se han de hazer compras, y ventas de sedas, y otras mercancias. Esso, ò essotro, replicò Sancho, lo que sè es, que era medio adevino, pues conocia vna muger de buena cara entre veinte feas, y era tan docto, que passando vna vez por mi lugar vn estudiante, argumentaron bravamente ambos de las Epistolas, y Evangelios del Missal, y le vino nuestro Cura à cohondir, porque le preguntò, tratando de no sè que latin de la Iglesia, que ya no se me acuerda, no sè que hunduras, y le dexò patas arriba hecho vn cesto, confessando del que era hombre preheminente. Por cierto, dixo vn Canonigo, señor Sancho, que V.m. tiene bravo ingenio, y que gustarè no poco, y lo mismo creo harán todos estos señores, de oirle contar algun cuento, igual a los que nos han referido el señor Soldado, y Reverendo Hermitaño, pues siendo tanta su memoria, y habilidad, no dexarà de ser el que nos contare muy curioso. Yo les prometo à vuessas mercedes, dixo Sancho, que tocan tecla, à la qual correspondèran mas de dos dozenas de flautas, porque sè los mas lindos cuentos que se pueden imaginar, y si gustan les contarè vno diez vezes mejor que los referidos, aunque muy mas corto, y verdadero. Quitate allà animalazo, dixo D. Quixote, que has de contar que sea de consideracio, saldrasnos à moler con alguna frialdad à mi, y à estos señores, como me molliste en el bosque, en

que encontrè con aquellos seis valerosos gigantes en figura de batanes, con la necia historia de Lope Ruiz, cabrerizo estrameño, y de su pastora Torralba vagamunda, perdida por sus pedaços hasta seguirle, enamorada dellos, despues de reconocida, y llorosa por los melindrosos desdenes con que le tratò, ordinario efecto del amor en las mugeres, que buscadas huyen, y huydas buscan, desde Portugal, hasta las orillas de Guadiana, en las quales atollaron sus cabras, tu cuento, y mis narizes con el mal olor, con que atrevido las sahumaste. Malillo, pues, era el cuento, dixo Sancho, y à fe que me huelgo que à V. m. se le acuerden tambien sus circunstancias, para que por ellas, y las del que agora referirè, si me dàn grato silencio todos, conozca la diferencia que ay del vno al otro. Rogaron todos à Don Quixote le dexasse contar su cuento, y dandole èl licencia para ello, y entonando Pança su voz, començò à dezir: Erase que sera, que en hora buena sea, el bien que viniere para todos sea, y el mal para la manceba del Abad, frio, y calentura, para la amiga del Cura, dolor de costado, para la ama del Vicario, y gota coral, para el rufo Sacristàn, hambre, y pestilencia, para los contrarios de la Iglesia. No lo digo yo, dixo Don Quixote, que este animal es afrenta buenos, y no ha de dezir sino dislates, miren la arenga de los diablos que ha tomado para su cuento, tan larga como la Quaresma. Pues son malos los arenques para ella, cuerpo de mi fayo, dixo Sancho, no me vaya V. m. à la mano, y verà si digo bien: yo me iba engolfando en lo mejor de la historia, y agora me la ha hecho desgarrar de la mollera, escuchen si quieren con barrabàs, pues yo les he escuchados à ellos. Erase como digo, bolviendo à mi cuento, señores de mi alma, vn Rey, y vna Reyna, y este Rey, y esta Reyna estavan en su Reyno, y todos al que era macho llamavan el Rey, y à la que era hembra la Reyna, este Rey, y esta Reyna tenian vn aposento tan grande como aquel que en mi lugar tiene mi señor D. Quixote para rocinante, en el qual tenian èl Rey, y la Reyna muchos reales amarillos, y blancos, y tantos, que llegavan hasta el techo: yendo dias, y viniédo dias, dixo el Rey à la Reyna: Ya veis Reyna deste Rey, los muchos dineros q̃ tenemos, en que pues os parece seria bueno emplearlos, para que dentro de poco tiempo ganassemos muchos mas, y mercassemos nuevos Reynos. Dixo luego la Reyna al Rey: Rey, y señor, pareceme que seria bueno que los comprassemos de carneros. Dixo el Rey: No Reyna, mejor seria que los comprassemos de bueyes. No Rey, dixo la Reyna, mejor serà si bien lo mirais emplearlos en paños, llevarlos à la feria del Toboso. Anduvieron en esto haziendo varios arbitrios, diziendo la Reyna no, à quanto el Rey dezia si, y el Rey si, à quanto la Reyna dezia no. A la postre postre, vinieron ambos en que seria bueno ir con los dineros à Castilla la Vieja, ò tierra de Campos, do por aver muchos ganados los

pos

podriamos emplear en ellos, mercandolos à dos reales, y añadia la Reyna que diò eſte conſejo, y luego mercados, los llevarèmos à vender à Toledo, do ſe venden à quatro reales, y à pocos caminos multiplicarèmos aſsi infinitamente el dinero en breve tiempo. Al fin, el Rey, y la Reyna llevaron todos ſus dineros à Caſtilla en carros, coches, carroças, literas, cavallos, azemilas, machos, mulas, jumentos, y otras perſonas deſte compàs. Tales como la tuya ſerian todas, dixo Don Quixote, maldigate Dios à ti, y à quien tiene paciencia para oìrte. Ya es la ſegunda vez que me deſbarata, replicò Sancho, y creo que es de imbidia de vèr la gravedad de la hiſtoria, y la elegancia con que la refiero, y ſi eſſo es dela por acabada. Que no permitieſſe tal, rogaron todos à Don Quixote, y à Sancho pidieron con inſtancia la proſiguieſſe. Hizolo, diziendo, porque eſtava de buen humor: Conſideren ſeñores con tãto real, q̃ tantos ganſos cõprarian el Rey, y la Reyna, q̃ yo sè de cierto que eran tantos, que tomavan mas de veinte leguas: en fin, eſtava Eſpaña tal de ganſos, qual eſtuvo el mundo de agua en tiempo de Noè, y ſi fuera quales eſtuvieron de fuego, Sodoma, y Gomorra, y las demàs Ciudades. Dixo Bracamonte, quales quedaran los ganſos ſeñor Pança? Para la mia buenos, y bien aſados ſeñor Bracamonte, pero ni eſſo fue, ni ſe me da nada, pues no me hallè en ello: lo que sè, es, que el Rey, y la Reyna iban con ellos por los caminos, haſta que llegaron à vn grandiſsimo rio (que ſin duda, dixo el Jurado, ſeria Mançanares, pues ſu gracioſa puente Segoviana mueſtra que antiguamente ſeria caudaloſiſsimo) ſolo sè, replicò Sancho, que por no aver en èl paſſadiço, llegados el Rey, y Reyna à ſu orilla, dixo el vno al otro: Como avemos de paſſar agora eſtos ganſos, porque ſi los ſoltamos, ſe iràn nadando rio abaxo, y no los podrà deſpues coger el diablo de Palermo: por otra parte, ſi los querèmos paſſar en barcas, no los podrèmos recoger en vn año. Lo que me parece, dixo el Rey, es, que hagamos hazer luego en eſte rio vna puente de palo, tan angoſta, que ſolo pueda paſſar por ella vn ganſo, y aſsi yendo vno tras otro, ni ſe nos deſcarriaràn, ni tendrèmos trabajo de paſſarlos todos juntos. Alabò la Reyna la traça, y efectuada, començaron vno à vno à paſſar los ganſos: callò Sancho en eſto, y Don Quixote le dixo: Paſſa tu con ellos con todos los diablos, y acabèmos ya con ſu paſſage, y con el cuento: para què te paras? Haſete olvidado? No reſpondiò palabra Sancho à ſu amo, lo qual viſto por el Hermitaño, le dixo: Paſſe V. m. ſeñor Sancho adelante con el cuento, que en verdad que es lindiſsimo. A eſto reſpondiò èl, diziendo: Aguardenſe cuerpo hon de Dios, y que ſupitos que ſon, dexen paſſar los ganſos, y paſſarà el cuento adelãte. Dadlos por paſſados, replicò vno de los Canonigos. No ſeñor, dixo Sancho, ganſos que ocupan veinte leguas de tierra, no paſſan tan preſto, y aſsi reſuelvanſe en que no paſſa-

passarè adelante con mi cuento, ni lo puedo hazer con buena conciencia que los ganſos no eſtèn de vno en vno, de eſſotra parte del rio, en que no tardarán mas que vn par de años quando mucho. Con eſto ſe levantaron del ſuelo riendo todos como vnos locos, ſino Don Quixote que le quiſo dàr à todos los diablos: pero apaziguaronle los de la compañia, deſpues de lo qual ſe deſpidieron del, diziendole, ſirvaſe V.m. ſeñor Cavallero andante, de darnos licencia, que pues el Sol yà negandonos ſu luz por comunicarla a los antipodas, dexa la tierra ſin la moleſtia que ſu riguroſo calor le cauſava, razon ſerà le moſtremos en el caminar por tener la jornada algo mas larga que V.m. y ſu compañia, à la qual ſuplicamos nos mande, y emplee en ſu ſervicio, que à todo acudirèmos como pide la obligacion en que nos ha pueſto la merced recibida, y la buena compañia que ſe nos ha hecho. Eſſe agradecimiento noble, eſtimo yo en nombre de eſtos ſeñores, en lo que es raçon, replicò Don Quixote, y por èſ, y en nombre de ellos, rindo las devidas gracias, ofreciendo en ſervicio de vueſſas mercedes, quanto nueſtras fuerças valieren, y acompañaremoslos todos, con la priſa, aunque voy à la Corte por vn forçoſo deſafio, igualaràn los pies de eſte ſeñor Soldado, y Reverendo Hermitaño, con cuyo canſancio me acomodo, obligado de ſu buen termino, y mi natural piedad. Deſpidieronſe en eſto con mucha cortesia los vnos de los otros, y Don Quixote puſo el freno à rocinante, en que ſubido començò à caminar con el Hermitaño, y Soldado, por diferente parte, poco à poco àzia vn lugarejo, donde tenian determinado quedarſe aquella noche, yendo aguardando à Sancho, que ſe quedò enalbardando ſu rucio, entre tanto que llegavan al Pueblo, platicaron el Hermitaño, y el Soldado ſobre los referidos cuentos, y como eran agudos, y Eſtudiantes, pudieron facilmente meterſe en puntos de Theologia, y vno de ellos fue (admirandoſe del ſinieſtro fin que tuvo lapelin, y el feliz Don Gregorio, y la Priora.) En eſto bolvieron todos las cabezas, y mas Don Quixote que con mucha atencion les iba eſcuchando, y vieron à Sancho Pança, que venia muy repantigado ſobre ſu aſno, y llegandoſeles cerca, dixo: por la vida de Matuſalen, juro, que aunque muriò muy buena muerte aque Don Gregorio, con todo por el camino he venido penſando en quan mal lo hizo en dexar à la pobre Doña Luiſa en Badajoz ſola, y en las manos de aquellos Phariſeos, que tan enamorados andavan de ella, con que le diò ocaſion de ſer peor de lo que era ya. No veis Sancho, reſpondiò el Hermitaño, que todo fue permiſsion de Dios, el qual de muy grandes males ſuele ſacar mayores bienes, y no permitiera aquellos, ſino fuera por ocaſionarſe con ellos, para moſtrar ſu omnipotencia, y miſericordia en eſtos otros, que en fin de lo meſmo que el demonio traça para perdernos, toma nueſtro buen Dios ocaſion

de

de ganarnos, que son el demonio, y Dios, como la araña, y abeja, que de vna misma flor saca la vna ponçoña que mata, y la otra miel suave, y dulce, que regala, y dà vida.

CAPITULO XXII.

COMO PROSIGUIENDO su camino Don Quixote con toda su compañia, toparon vna estraña, y peligrosa aventura en vn bosque, la qual Sancho, quiso ir à provar como buen escudero.

YEndo nuestro buen hidalgo caminando con toda su compañia, y platicando de lo dicho, ya que llegavan vn quarto de legua del Pueblo, do avian de hazer noche, oyeron en vn pinar, à la mano derecha, vna voz como de muger afligida, y parandose todos, bolvieron à escuchar lo que seria, sintieron la misma voz lamentable, que dezia: ay de mi! La mas desdichada muger de quàtas hasta agora han nacido, y no avrà quien me socorra en esta tribulacion, en que la fortuna por mis grandes pecados me ha puesto: ay de mi! Que sin duda avrè de perecer aqui esta noche entre dientes, garras, y colmillos de alguna de las muchas fieras que semejantes soledades suelen poblar, ò traydor perverso, y porque me dexaste con vida, pues me fuera harto mejor, que con los filos de tu cruel espada, me cortaràs el cuello, que no averme dexado desta suerte con tanta inhumanidad: ay de mi! Don Quixote que semejantes razones oyò, sin vèr quien las dezia, dixo à los compañeros, señores, esta es vna de las mas estrañas, y peligrosas aventuras que jamàs he visto, ni provado desde que recibì el orden de Cavalleria: porque este pinar es vn bosque encantado, donde no se puede entrar sin grandissima dificultad, en medio del qual tiene el sabio Freston, mi contrario antiguo, vna cueva, y en ella muchos, y muy nobilissimos Cavalleros, y doncellas encantadas: entre los quales por saber que en ello me haze singular agravio, y sinsabor ha traìdo presa à mi intima amiga la sabia Vrganda la descorocida, y la tiene llena de cadenas atada à vna rueda de molino de azeyte, la qual voltean dos ferocissimos demonios, y cada vez que la pobre sabia, llega à baxo, y la coge la piedra por el cuerpo, dà aquellas terribles vozes: por tanto, ò clementissimos heroes atended, que sola à mi persona atañe, y de juro pertenece provar esta insolita aventura, y libertar à la afligida sabia, ò morir en la demanda. Quando el Hermitaño, y Bracamonte, oyeron semejantes dislates à Don Quixote, y ponderaron los visajes, y afectos con que lo dezia, le tuvieron totalmente por loco: pero con todo dissimulando este concepto que dèl tenian, le dixeron: mire V.m. señor Don Quixote, que por esta tierra no se vsan encantamientos, ni este pinar està encantado, ni puede aver cosa de las que V.m. dize, y solo se puede bue-

namente colegir de las vozes que se oyen, que algunos salteadores avràn robado alguna muger, y dadola de puñaladas, la avràn dexado en medio de este pinar, y desto se deve de lamentar. A pesar de quantos lo contradizen, replicò Don Quixote, son las vozes de la persona, y por las causas que dicho tengo, viendo Sancho Pança lo que altercavàn, sobre decenir quien, y porque razon pronunciava los confusos lamentos que oìan, se llegò à su amo muy repolludo en el rucio, y quitandose la caperuça, puesto en su presencia, le dixo: Yà los dias passados viò V.m. mi señor Don Quixote saliendo de Zaragoça, como me las tuve tiessas con el señor Bracamonte, que està presente, y que sino fuera por V. m. y por el respeto que tuve à la venerable presencia deste señor Hermitaño, no dexàra de dàr zimatronco (ò como diablos lo llaman los Cavalleros andantes) à la aventura, ò batalla que con èl tuve: pero batalla que se me diò por vencido, y assi para que merezca venir à ser por mis pulgares, andando los tiempos, tenido por essos mundos Insulas, y Peninsulas, por Cavallero andante como V. m. lo es, y haga à quantos toparè tuertos, y coxos, le pido descarecidamente se estè aqui con estos señores, que yo irè quedito, subido en mi rucio, sin permirirle diga en el camino palabra buena, ni mala, à vèr si es la que ay dentro se quexa la sabia Vrgada, ò como se llama, y si cojo descuydo el vellaconazo del sabio que V. m. dize, verà como dessues de averle dado media dozena de gentiles moxicones, se le traygo aqui agarrado de los cabeçones: pero si acaso murieremos en la demanda, yo, y mi fidelissimo jumento, suplico à V. m. por amor del señor San Julian, Abogado de los Caçadores, que nos haga entrar juntos en vna sepultura, que pues en vida nos quisimos como si fueramos hermanos de leche, bien es que en la muerte tambien lo seamos, y mandame enterrar en los montes de Oca: y si por mi ventura fuere camino para llevarnos à ellos al Argamesilla de la Mancha, nuestro lugar, detenganos en ella siete dias con sus noches, en honra, y gloria de las siete cabrillas, y de los siete Sabios de Grecia: lo qual hecho, iremos alegres nuestro camino, aviendo empero almorzado primero lindamente. Riose Don Quixote, diziendo, ò Sancho, y que grande necio que eres, pues si te he de llevar muerto con tu rucio, como quieres descansar siete dias con sus noches en la Argamesilla, y despues almorzar para ir adelante? Par diez replicò Sancho, que tiene razon V. m. perdone que no avia caìdo en que iba muerto: pues Sancho, dixo entonces Don Quixote, porque veas que deseo tu aprovechamiento en las aventuras, te doy plenaria licencia, para que vayas, y prueves esta, y ganes la honra della, que se me devia, y me la quito para dartela, con fin de que comiençes à ser Cavallero novel, prometiendote que si la das qual confio de tu brazo, à esta peligrosa hazaña que emprendes, en lle-

llegando à la Eſpañola Corte, tengo de hazer con ſu Catholico Monarca, que por fuerça, ò por grado te dè el orden de Cavalleria, para que dexando el ſayo, y la caperuça, ſubas armado de todas pieças en vn Andaluz cavallo, y vayas à juſtas, y torneos, matando fieros gigantes, y deſagraviando opreſſos Cavalleros, y tiranizadas Princeſas, con los filos de tu eſpada, ſin trepidar los ſobervios gigantes, y fieros grifos que te hizieren reſiſtencia. Señor Don Quixote, dixo Sancho, dexeme à mi que à cachetes harè yo mas en vn dia, que otros en vna hora; y ſi puedo poner vn poco de tierra en medio, como aya abundancia de guijarros, quedarà la vitoria por mia, y muertos todos los gigantes, aunque topè vn caiz dellos: y con eſto à Dios que voy à vèr en que pàra eſta aventura, mas deme primero ſu bendicion. Don Quixote le ſantiguò, diziendo, dete Dios en eſte trance, y ſemejantes lides, la ventura, y acierto que tuvieron Joſuè, Gedeon, Sanſon, David, y el ſanto Macabeo, contra ſus contrarios, por ſerlo de Dios, y de ſu pueblo. Començò luego Sancho à caminar, y andados quatro paſſos, bolviò à ſu amo, diziendo: Mire V.m. ſeñor, que ſi acaſo diere vozes, viendome en algun peligro, que acuda luego, y no demos que reir al mal ladron, pues podria V. m. llegar tan tarde, que ya Sancho huvieſſe llevado quando llegaſſe media dozena de maçadas de gigantes. Anda Sancho, dixo Don Quixote, y no tengas miedo, que yo acudirè à tiempo: con eſto ſe fue, y apenas huvo andado otros ſeis paſſos, quando bolviò, diziendo, y mire V.m. tome eſto por ſeña, de que me va mal con eſte ſabio, que encomendado ſea à las furias infernales, que quando yo diga dos vezes ay, ay, venga como vn penſamiento, porque ſerà ſeñal infalible, de que ya me tiene en tierra atado de pies, y manos, para quitarme el pellejo, como vn San Bartolomè. No haràs coſa buena, dixo Don Quixote, pues tanto temor tienes. Pues peſia à la madre que me pariò, dixo Sancho, eſtaſſe V. m. arrellanado en ſu cavallo, y eſſotros dos ſeñores riendoſe, como ſi fueſſe coſa de burla, el irme yo triſte à meter ſolo entre millones de gigantes, mas grandes que la torre de Babylonia, y no quiere que tema? Yo le aſſeguro, que ſi alguno de ſus mercedes viniera, hiziera peor, cuerpo non de Dios con ellos, y aun con la puta perra q̃ me hizo pedir tal licencia, ni tratar de meterme en eſtos ruydos, y buſcar perro con cencerro. Tras eſto ſe entrò el pinar adentro, y aviendo andado medroſiſſimo coſa de veinte paſſos, començò à dar gritos en ſeco, diziendo, ay, ay, q̃ me matan. Apretò las eſpuelas D. Quixote à rocinante en oyendo las vozes, y tras èl, el hermitaño, y ſoldado, y llegando todos à Sancho, que eſtava cavallero en ſu aſno, le dixo ſu amo: Què es, ò què has avido mi fiel eſcudero, que aqui eſtoy. Eſſo ſi, dixo Sancho, no he viſto aun nada, y ſolo he gritado por vèr ſi acudiriã al primer repiquete de broquèl:

quel: bolvieron atras todos riendo, y Sancho se emboscò: pero à poco trecho oyò, como no muy lexos dèl, se quexavan, y dezian, ay Madre de Dios, y es posible que no aya en el mundo quien me socorra. Sancho que iba con mas miedo que verguença, alargando el cuello acà, y acullà, oyò de nuevo, cerca de sì, la mesma voz, que entre vnos arboles le dezia: ha hermano labrador, por amor de Dios quitadme de aqui: bolviendo en esto turbado la cabeça Sancho, viò vna muger en camisa, atada de pies, y manos à vn pino, y apenas la huvo visto, quando dando vna gran voz, se arrojò del asno abaxo, y bolviendose à pie corriendo, y tropeçando por donde avia venido, iba diziendo à vozes, socorra, socorra, señor DonQuixote, que matan à Sancho Pança. Don Quixote, y los demàs que oyeron à Sancho, entraron el pinar adentro, donde toparon con èl, que se bolvia turbadisimo, mirando àzia tras de quando en quando, y tropeçando en vna mata, y dando de ojos en otra, el qual asiendole del braço el Soldado, y no pudiendole detener, segun se dava prissa por salir del pinar, le dixo: que es esto señor Cavallero novel: quantos gigantes ha muerto à mochicones? Reportese, pues queda con vida, y nos ha escusado el trabajo de llevarle a enterrar à los montes de Oca. Ay señor, respondiò Sancho, no vaya allà por las llagas de Iesus Nazureno Rex Iudeorum, porque le asiguro he visto por estos ojos pecatrizes, los quales no soy digno de jurar: vna anima de Purgatorio, vestida de blanco como ellas, segun dezia el Cura de mi lugar, y à fe que no estè sola, que siempre estas, andan à bãdadas como palomas, lo que se dezir es, que la que yo acabo de vèr, està atada à vn pino: y sino me encomendàra à prisa à San Longinos benditissimo, y apretàra los pies, me tragàra sin duda, como se ha tragado yà al triste rucio, y à mi caperuça, que no la hallo. Començò Don Quixote à caminar, poco à poco, y los demàs tras èl: y Sancho que apenas se podia mover, segun iba de cortado: dixo, ha señor Don Quixote, mire por amor de Dios lo que haze, no tengamos que llorar para toda nuestra vida. En esto como la muger que estava atada, sintiò rumor de gente, començò à levantar la voz, y à dezir, ay señores, por reverencia del que muriò por todos, que me quiten deste tormento en que estoy puesta, y si son Christianos ayan misericordia de mi: Don Quixote, y los demàs que vieron aquella muger atada de pies, y manos, al pino llorosa, y desnuda, tuvieron gran compasion de ella: pero Sancho asido del habito del Hermitaño, y puesto tras èl, medio acechando con el miedo que tenia, le dixo: Doña anima de Purgatorio, purgada os vea yo con todos los diablos del infierno, à vos, y à quien acà os truxo, supuesto que no puedo creer sea cosa buena, dad acà el rucio que os aveis comido, sino por vida de quantos verdugos ay

en

en el Flas Sanctorum, que mi señor Don Quixote os le saque del buche à puras lançadas. El Soldado le respondiò, callad Sancho, que alli anda vuestro asno paciendo, y la caperuça que se os cayò, està junto à èl. O bendito sea Dios dixo Sancho, y como me huelgo, y asiendo del asno le abraçò, y dixo: Bien se has venido de los otros mundos, asno de mi alma, mas dime como te ha ido en ellos, y llegandose tras esto à su amo, le dixo: mire V.m. señor, lo que haze, y no la desate: porque esta anima me parece pintiparada à la anima de vna tia mia, que muriò avrà dos años de sarna, y mal de ojos, en mi lugar, y nos importa à todos los de mi linage no verla mas que à la landre, porque era la mas maldita vieja que ayan tenido todas las Asturias de Oviedo, que ay en todo el mundo. No curò Don Quixote de las boverias de su escudero, y assi bolviendose al Hermitaño, y à Bracamonte les dixo: Aveis de saber señores, que esta dama que veis aqui atada con tanto rigor, y crueldad, es sin duda la gran Zenobia, Reyna de las Amazonas, si nunca la oisteis dezir, la qual aviendo salido à caça con la muchedumbre de sus muy diestros caçadores, vestida de verde, en vn hermoso cavallo rucio, rodado con su arco en la mano, y vna rica aljava al ombro, llena de doradas, y herboladas flechas, aviendose apartado de su gente, por aver seguido vn ferocissimo javali, se perdiò en estos obscuros bosques, y siendo hallada por alguno, ò algunos jayanes de los que vàn por el mundo, haziendo dos mil alevosias, le robaron su preciado cavallo, quitandole sus ricos, y bordados vestidos, y todas las joyas, perlas, axorcas, y anillos, que en su cuello, braços, y blancas manos traìan, y la dexaron, como veis, desnuda en camisa, y atada à esse pino: por tanto señor Soldado V.m. la desate luego, y sabremos de su boca elegantissima toda la historia. La muger era tal, que passaba de los cincuenta, y tras tener vellaquissima cara, tenia vn rasguño de agena me en el carrillo derecho, que le devieron de dàr siendo moça por su virtuosa lengua, y santa vida. El Soldado la fue à desatar, diziendo: yo le juro à V.m. señor Cavallero, que la dueña que està aqui, no tiene cara de Reyna Zenobia, si bien tiene el talle de Amazona, y sino me engaño, me parece averla visto en Alcalà de Henares, en la calle de los Bodegones, y se ha de llamar Barbara la de la cuchillada, y llegandola à desatar, dixo ella, que era la verdad, y que aquel era su nombre, en esto se quitò el manto que traìa el Hermitaño, y se le puso à la pobre muger, para que assi con èl llegasse hasta el lugar con mas decencia, la qual en viendose cubierta, se llegò à donde estava Don Quixote, y viendole armado de todas pieças, le dixo: Infinitas gracias señor Cavallero, rindo à V.m. por la que me acaba de hazer, pues con ella, y por sus manos, quedò libre de las de la muerte, en las quales, sin duda viera esta noche, si por piedad de los Cielos no huviera V.

m. passado por aqui con esta noble compañia. Don Quixote con mucho reposo, y gravedad, le respondiò diziendo: Soberana señora, y famosa Reyna Zenobia, cuyas fazañas estàn yà tan sabidas por el mundo, y cuyo nombre, y valor conocieron tambien los famosos Griegos, à costa de su sangre generosa, pues vos con vuestras fermosas, quanto intrepidas Amazonas, fuistes poderosa para dàr la victoria à la parte que favoreciades de los dos luzidos exercitos del Emperador de Babilonia, y Constantinopla, yo me tengo por muy felice, y dichoso en averos hecho oy este pequeño servicio, principio de los que à vuestra Real persona de aqui adelante pienso hazer, en la grandiosa Corte del Catholico Monarca de las Españas, en la qual tengo aplacada vna peligrosa, y dudosa batalla con el gigante Bramidan de Tajayunque, Rey de Chypre, yo os juro, y prometo desde aqui, coronaros por Reyna, y Señora de aquella amenissima Isla, y regalado Reyno, despues de aver por quarenta dias defendido contra todos los Cavalleros del mundo vuestra rara, y peregrina fermosura. El Hermitaño, y Bracamonte que semejantes disparates oyeron dezir à Don Quixote, no se podian valer de risa: pero considerando la obligacion en que le estavan por lo que cuydava de su regalo, y quanto por no perderle les importava el sobrellevarle, dissimulavan quanto podian, siguiendole el humor como discretos, aunque quãdo se hallavan ambos à solas, lo reian todo por junto. La buena muger que se viò tratar de Reyna, no supo que le responder, sino dezir: yo señor mio, si bien soy moçona, no soy la Reyna Zenobia como V. m. me llama, si bien sino lo dize fisgando por verme tan fea, pues à fe que en mi tiempo no lo fuì, que vivido he en Alcalà de Henares toda mi vida; donde quando era muchacha, era bien regalada, y querida de los mas galanos Estudiantes que ilustravan entonces aquella celebre Vniversidad, sin aver rotulada por todos sus patios, y casa otra que Barbara, y hasta en todas las puertas de los Conventos, y Colegios, estava mi nombre escrito con letras coloradas, y verdes, cubierto de coronas, y ladeado de palmas, diziendo Barbara victor: pero ya por mis pecados, despues que vn Escolastico capigorron me hizo esta señal en el rostro, que mala se la de Dios en el anima, no ay quien haga caso de mi, pues à fe que aunque fea no espanto. A esto, respondiò Sancho, por vida de mi madre, que estè en el otro mundo por muchos años, y buenos, señora Reyna Zenobia, que aunque le parece à V. m. que no espanta, que me espantò denantes quando la vì con tan mala catadura, que avia de la cera que destilava la colmena trasera, que naturaleza me diò para hazer bien hechas media dozena de hachas de à quatro pavilos. Don Quixote que ya en su fantasia idolatrava en Barbara, teniendola por la Reyna Zenobia le dixo, dando vn empujon à Sancho, con que le hizo

callar. Vamos ſereniſsima ſeñora al lugar que ya eſtà cerca, y dezirnos heis por el camino, como os ſucediò la deſgracia de ſer robada, y atada de pies, y manos en aquel pino. Y bolviendoſe à Sancho, le dixo: Oìs eſcudero, traed vueſto jumento, y ſubireis en èl luego à la ſeñora Reyna Zenobia de aqui al lugar. Traxole Sancho, y poniendoſe à gachas à quatro pies para que ſubieſſe, bolviendo la cabeça, le dixo: Suba ſeñora Reyna, y ponga los pies ſobre mi. Hizolo ella con mucha deſemboltura, y ſin hazerſe de rogar, y pueſta à cavallo començaron à caminar para el pueblo: à pocos paſſos que avia andado, le dixo Bracamonte: Diganos ſeñora Barbara por vida de eſſa ſuya, que tantas ha penſado coſtar en la mocedad, quien fue aquel vellaco que la dexò de tal ſuerte, y quien el que la ſacò de la calle de los bodegones de Alcalà, donde eſtava como vna Princeſa, y tan viſitada de eſtudiantes novatos, que le henchian las medidas, y bolſas. Ay ſeñor ſoldado, reſpondiò ella, conociòme à mi alli en mi proſperidad? Entrò alguna vez en mi caſa? O acaſo comiò jamàs del mondongo que yo guiſava, que le ſolia algunas vezes hazer tan bueno, que ſe comian los eſtudiantes las manos tras ello. Yo ſeñora, reſpondiò èl, jamàs comi en caſa de V. m. porque eſtava en el Colegio Trilingue, donde dan de comer à los Colegiales: pero acuerdome bien, de que alabavan mucho las agujas de V. m. y ſu limplieza, la qual ſegun me dezian, era tanta, que con ſolo vn caldero de agua, lavava por el penſamiento dos, y tres vientres: de manera, que ſalian de ſus manos vnas morcillas verdinegras, que era gloria mirallas, que como la calle es angoſta, y obſcura, no ſe podia echar de vèr la ſuperabundancia del mugre, con que combidavan al mas ambriento machuca de Alcalà. Ay mal aya èl, replicò Barbara, y que gran vellaco, y ſocarron me parece: pues à fe, que ſino me engaño, que ha èl comido de mis manos mas de quatro vezes, porque ſu talle, y veſtido no es para hazerme creer, que ha eſtado en el Colegio Trilingue, como dize: digame la verdad, acabe. Bracamonte le ſatisfizo, diziendo: Antes que yo entraſſe en el Colegio agora quatro años, eſtava con otros ſeis eſtudiantes amigos en la calle de Santa Vrſula, en las caſas què ſe alquilan alli junto à la Igleſia mayor del mercado, y me acuerdo q̃ V.m. ſubiò à ellas con vna olla no muy pequeña llena de mondongo, y vn eſtudiante que ſe llamava Lopez, la cogiò en ſus braços ſin derramarla, y la metiò en ſu apoſento, donde èl con todos los amigos comimos de la olla que V.m. ſe traìa, baxo ſus mugrientas ſayas ſin tocar à la del mondongo. Por el ſiglo de mi madre, reſpondiò Barbara; que me acuerdo deſſo, como de lo que he hecho oy, pues à fe que toda era gente honrada, que aunque no tuvieron razon de hazer lo que hizieron, ſiendo yo muger de mis prendas, toda via tuvieron reſpeto de no tocarme à la olla. Jeſus, Jeſus, que

estava allì? Pues sepa V.m. que Lopez es ya Licenciado, y vn grandissimo vellaco enamoradizo, mas con todo esso, à fe que las vezes que yo subia à su aposento que no me escupia. Pues señora Reyna mia, dixo Sancho, si tan buena oficiala es de hazer mondongo, sepa, que si mi amo la lleva, como dize, al Reyno de Chipre, alli tendrà bastantissima ocasion de mostrar su abilidad, porque avrà tripas infinitas de los enemigos que mataremos, de los quales podrà hazer pasteles, pelotas de carne, y ollas podridas, y echarles toda la capa roza que quisiere, pues es lo que da mejor gusto à los guisados. Ay amarga de mi, respondiò Barbara, si la caparroza es para hazer tinta, como dezis vos hermano, que la eche en los guisados? No sè en mi conciencia, replicò Sancho, lo que me echaron encima de las alhondiguillas, que me dieron en casa de Don Carlos en Zaragoça: lo que sè, es, que ellas me supieron riquisimamente. Albondiguillas direis, dixo Barbara, que assi se llamavan en todo el mundo. Poco monta, replicò Sancho, que se llamen de vna suerte, ò de otra: lo que hemos de procurar, es, sembrar muchas en estando en Chipre.

CAPITULO XXIII.

EN QUE BARBARA DA quenta de su vida à Don Quixote, y sus compañeros hasta el lugar, y de lo que les sucediò dessde que entraron, hasta que salieron dèl.

SAlieron del pinar, à lo que Sancho acabava de dezir las referidas simplicidades, juntòseles Don Quixote en el camino Real donde los esperava, haziendo mil discursos acerca del modo que tendria en llevar à la Corte, à la que èl tenia por Reyna Zenobia, y luego que viò que ella llegava al puesto en que la esperava, la dixo con grande respeto, y mesura: Suplico à V. Magestad se sirva poderosissima Reyna de darnos cuenta, de aqui à que con la fresca lleguèmos al vezino lugar, de quienes fueron los follones que la robaron sus ricas joyas, y la desnudaron de sus reales galas, dexandola atada con tanta crueldad en aquel arbol, à lo qual respondiò ella al punto: V. m. señor mio ha de saber, que viviendo yo en Alcalà de Henares, en la calle que llaman de los Bodegones, con mi honrado, y ordinario trato, quiso la fortuna, que siempre es contraria à los buenos, q̃ viniesse alli vn mancebo de muy bonita cara, y harto discreto, el qual entrò dos, ò tres vezes à comer en mi casa: como le vi al principio tan cortès, prudente, y bien ha-

hablado, aficionemele, que no deviera, de tal suerte, que no podia de noche, ni de dia sossegar sin verle, hablarle, y tenerle à mi lado: davale de comer, y cenar todos los dias como à vn principe, compravale medias, zapatos, cuellos, y aun los libros que me pedia, mirandome en èl qual en vn espejo: en fin, èl estuvo en mi casa con esta vida mas de vn año y medio, sin gastar blanca suya, y muchas mias. En este tiempo sucediò, que estando vna noche conmigo en la cama, me dixo, como estava determinado de ir à Zaragoça, adonde tenia parientes muy ricos, y que me prometia si queria ir con èl, que en llegando alla se casaria conmigo por lo mucho que me amava, y yo que soy vna bestia, creyendo sus engañosas palabras, y falsas promessas, le dixe, que era contentissima de seguirle, y luego comencè à vender mis alhajas, que eran dos camas de buena ropa, dos pares de vestidos mios, vna grande arca de cosas de lienço, y finalmente, todo lo demàs que en mi casa tenia, de lo qual hize mas de ochenta ducados, todo en reales de à ocho. Con ellos, y notable gusto, nos salimos juntos vna tarde de Alcalà, y llegados al segundo dia, à la entrada del bosque de quien aora acabamos de salir, me dixo nos entrassemos à sestear en èl, que se queria holgar conmigo (assi mala holgura le dè Dios en el alma, y en el cuerpo, pero no le quiero maldezir, porque quizà algun dia nos toparèmos, y me pedira perdon de lo hecho, y como le quiero tanto, facilmente le perdonarè) seguile, (creyendo en sus razones) que no deviera, y en viendome sola, y en lugar tal, y tan secreto, metiò mano à vna daga, diziendome, que sino sacava alli todo el dinero que traìa conmigo, que èl me sacaria el alma del cuerpo con aquel puñal: yo que vi vna furia tan repentina, en la prenda que mas queria en el mundo, no supe que le responder, sino llorando, suplicarle que no hiziesse tal alevosìa: pero començòme à apretar tanto, sin hazer caso de mis justas razones, y lorosas palabras, que viendo tardava en darle los ochenta ducados, mas de lo que su codicia permitia, empeçò a dezirme à vozes colerico, acabe de darme presto el dinero, la muy puta vieja bruja hechizera. Sancho que estava escuchando con mucha atencion à Barbara, quándo le oyò referir tantos, y tan honrados epitetos, le dixo: Y digame señora Reyna, era acaso verdadero, todo este Calendario que le dixo el estudiante, porque de sus hechos colijo que era tan hombre de bien, que por todo el mundo no diria vna cosa por otra, sino la verdad pura. Como verdad, replicò ella, à lo menos en lo que dixo de bruja, mintiò como vellaco, que si vna vez me pusieron à la puerta mayor de la Iglesia de San Iuste, en vna escalera, fue por testimonio, que vnas vezinas mias embidiosas, por no mas que sospechas, me levantaron, assi levantadas tengan las almas del coraçon, pues por ello me hizieron echar en la trena, donde gastè lo que

Dios ſabe: pero vaya en hora buena, con ſu pan ſe lo coman, que à fe que me venguè à lo menos de la vna de ellas muy à mi ſalvo, pues à vn perro que ella tenia en caſa, y con quien ſe entretenia le di zaraças, en vengança del dicho agravio. Rieronſe todos del dicho de Barbara, y Sancho la replicò, diziendo: Pues cuerpo de Poncio Pilatos, ſeñora Reyna, què culpa tiene el pobre perro? Fueſſe èl acaſo a quexar de V.m. à la juſticia, ò levantòla el falſo teſtimonio que dize? Que el perro ſeria muy bueno, y no haria mal à nadie, y por lo menos ſabria caçar alguna olla por podrida que fueſſe, triſte perro, ſino me quiebra el coraçon de dolor ſu homicidio: Don Quixote le dixo: Oyete pecora, por ventura conociſte, ni viſte aquel perro? Que ſe te da à ti dèl. Pues no quiere que ſe me dè, replicò Sancho, ſino sè ſi el honrado, y mal logrado, y yo, eramos primos hermanos, que el diablo es ſutil, y donde no ſe pienſa ſe caza la liebre: y como dizen, do quiera que vayas, de los tuyos ayas, y de aqui començò à enſartar refranes, de ſuerte, que no le podian acallar: mas Don Quixote ſuplicò à la Reyna Zenobia paſaſſe adelante, y no hizieſſe caſo de Sancho, que era vn animal. Pues como digo (proſiguiò ella) mi bueno de Martin (que aſsi ſe llamava la lumbre de mis ojos, nombre para mi bien aziago, pues tanta parte tiene Martin de Martes) començò à darme priſa por el dinero, acompañando cada palabra injurioſa que me dezia, con vn piquete en eſtas pecadoras nalgas, tal, que me hazian poner el grito en el Cielo, y aſsi viendome tan apretada, y conſiderando que ſino hazia lo que me pedia, podria ſer darme algun golpe peor q̃ el q̃ otro tal, qual èl me avia dado en la cara, por menos que eſſo: ſaquè todo mi dinero, y diſelo, mas no contento con èl, me quitò vna ſaya, y corpiño, y vn faldellin harto bueno, que traìa veſtido, y atandome à vn pino me dexò de la manera que Vs.ms. me han hallado, à quien pague Dios la merced que me han hecho. Pues en buena fe, dixo Sancho, que ſi la deſnudàra vn dedo mas adentro, que la dexàra hecha vn Adàn, y Eva: ò y de puta ſocarron vellaco, no ſera bueno ſeñor Don Quixote, que yo vaya por eſſos mundos en mi rucio, buſcando à eſſe deſcomunal eſtudiante, y que le deſafie à batalla campal, y en cortandole la cabeça, la trayga eſpetada en el hierro de algun lançon, y con ella entre en las juſtas, y torneos con aplauſo de quantos me vieren; pues es cierto, que admirados han de dezir, quien es eſte Cavallero andante, y con argullo creo les ſabrè reſponder: yo ſoy Sancho Pança, eſcudero andante del invicto Don Quixote de la Mancha, flor, nata, y eſpuma de la andanteſca eſcuderia: pero no quiero meterme con eſtudiantes, dèlos à Berzebu, que el otro dia quando fuimos à las juſtas de Zaragoça, yo, y el cozinero cojo, llegamos à hablar à vno dellos al Colegio, y me diò vn demonio de otro, vn tan infernal peſcozon,

en esto del gaznate, que casi me hizo dar de ojos, y como me abaxè por la caperuça, acudiò otro à las assentaderas con vna coz, tal, que toda la ventosidad que avia de salir por alli, me la hizo salir por arriba, embuelta en vn regueldo, segun dixo èl mismo olia à ravano serenado, y no huve bien levantado la cabeça, quando començò à llover sobre mi, tanta multitud de gargajos, que sino fuera porque sè de nadar como Leandro, y Nero: pero vn cara relamido que parece que aun aora me le veo delante, me arrojò tan diestramente vn moco verde, que le devia tener represado de tres dias, segun estava de quajado, que me tapò de suerte este ojo derecho, que me huve de salir corriendo, y gritando, ha de la justicia, que han muerto el escudero del mejor Cavallero andante, que han conocido quantos visten cueras de ante. Llegarò en esto al lugarcillo, lo qual atajò las razones de Sancho, y llegados à su meson, se apearon en èl todos, por mandado de Don Quixote, el qual se quedò en la puerta, hablando con la gente que se avia juntado à vèr su figura. Entre los que alli à esto avian acudido, no avian sido de los postreros, los dos Alcaldes del lugar, el vno de los quales que parecia mas despierto con la autoridad de la vara, y el concepto que èl de sì tenia le davan, le preguntò mirandole: Diganos V.m. señor armado, para donde es su camino, y como và por este, con esse sayo de hierro, y adarga, tan grande, que le juro en mi conciencia, que ha años s que no he visto à otro hombre con tal librea, qual la que V.m. trae, solo en el retablo del Rosario ay vn tablon de la Resurrecion, donde ay vnos judiazos despavoridos, y enjaezados al talle de V.m. si bien no estan pintados con essas ruedas de cuero que V. m. trae, ni con tan largas lanças. Don Quixote, bolviendo las riendas à rocinante, àzia la gente que le tenia cercado en corrillo, dixo à todos con voz reposada, y grave, sin reparar en lo que el Alcalde le avia dicho: Valerosos Leoneses, reliquias de aquella ilustre sangre de los Godos, que por entrar Muza por España, perdida por la alevosia del Conde Julian, en vengança de Rodrigo, y de su incontinencia, y en desagravio de su hija Florinda, llamada la Cava, os fue forçoso averos de retirar à la inculta Vizcaya, Asturias, y Galicia, para que se conservasse en las inaccesibles quiebras de sus montes, y bosques, la nobilissima, y generosa sangre que avia de ser, como ha sido, açote de los Moros Africanos, pues alentados del invencible, y glorioſisimo Pelayo, y del esclarecido Sandoval su suegro, amparo, y fidelissima defensa, à cuyo zelo deve España la succesion de los Catholicos Reyes de que goza, pues dèl naciò el valor con que los filos de vuestras cortadoras espadas, tornaron cumplidamente à recobrar todo lo perdido, y à conquistar nuevos Reynos, y mundos, con embidia del mismo sol, que solo hasta que vosotros les assaltastes, sabia dellos, y los cono-

cia: ya veis inclitos Guzmanes, Quiñones, Lorençanas, y los demàs que me oìs, como mi tio el Rey D. Alonso el Casto, siendo yo hijo de su hermana, y tan nombrado, quanto temido por Bernardo, me tiene à mi padre el de Saldaña preso, sin quererme le dar: demàs de lo qual, tiene prometido al Emperador Carlo Magno, darle los Reynos de Castilla, y Leon, despues de sus dias, agravio por el qual no tengo de passar de ninguna manera, pues no teniendo èl otro heredero sino à mi, à quien toca por ley, y derecho, como à sobrino suyo legitimo, y mas propinquo à la casa Real, no tengo de permitir que estrangeros entren en possession de cosa tan mia: por tanto señores partamos luego para Ronces Valles, y llevarèmos en nuestra compañia, al Rey Marsilio de Aragon, con Bravonèl de Zaragoça, que ayudandonos Galalon con sus astucias, y con el favor que nos promete, facilmente matarèmos à Roldàn, y à todos los doze Pares: y quedando en aquellos valles mal ferido Durandarte se saldràn de la batalla, y por el rastro de la sangre que dexarà, irà caminando Montesinos por vna aspera montaña, acontecièndole mil varios sucessos, hasta que topando con èl le saque por sus manos, à instancia suya, el coraçon, y se le lleve à Belerma, la qual en vida fue gavilàn de sus cuydados. Advertid, pues, famosos Leoneses, y Asturianos, que para el acierto de la guerra, os prevengo en que no tengais dissensiones sobre el partir de las tierras, y señalar de mojones: y bolviendo en esto las riendas à rocinante, y apretandole las espuelas, se entrò furioso en el meson, gritando al arma, al arma, que con los mejores de Asturias, sale de Leon Bernardo, todo à punto de guerra, à impedir à Francia el passo. Toda la gente se quedò passmada de oìr lo que el armado avia dicho, y no sabian à que se lo attribuir: vnos dezian que era loco, y otros no, sino algun Cavallero principal, que su trage esso mostrava, tras lo qual querian todos entrarse dentro à tratar con èl: pero el Hermitaño se puso à la puerta en resistencia, diziendoles: Vayanse señores con Dios, que este hidalgo està loco, y le llevamos à curar à la casa de los orates de Toledo, no nos le alteren mas de lo que èl se està: Oydas estas raçones al venerable Hermitaño, se fueron al punto quantos allì estavan, y llevando Sancho à rocinante à la cavalleriza, se entraron D. Quixote, y los demàs de su compañia en vn aposento, donde le ayudaron à desarmar Bracamonte, y el Hermitaño, con cuyo manto buriel estava cubierta la buena Barbara, sentada en su presencia en el suelo, à la qual viendo Don Quixote, dixo: Soberana señora, tened vn poco de paciencia, que muy en breve sereis llevada à vuestro famoso Imperio de las Amazonas, siendo primero coronada por Reyna, del vicioso Reyno de Chypre, en cuya pacifica possession os pornè en matando su tyrano dueño, el valiente Bramidan de Tajayunque, en la Cor-

te

te Eſpañola, que para eſſo con toda diligencia entrarèmos mañana en la fuerte, y bien murada Ciudad de Siguença, en la qual os comprarè vnos ricos veſtidos, en cambio de los que aquel alevoſo Principe Don Martin os quitò contra toda ley de razon, y corteſia. Señor Cavallero, reſpondiò ella, beſo à V.m. las manos, por la buena obra que ſin averle ſervido me haze, yo quiſiera ſer de quince años, y mas hermoſa que Lucrecia para ſervir con todos mis bienes avidos, y por aver à V. m. pero puede creer, que ſi llegamos à Alcalà le tengo de ſervir alli como lo verà por la obra con vn par de truchas, que no paſſen de los catorce, lindas à mil maravillas, y no de mucha coſta. Don Quixote que no entendia la muſica de Barbara, le reſpondiò: Señora mia, no ſoy hombre que ſe me dè demaſiado por el comer, y beber, con eſſo a mi eſcudero Sancho Pança: con todo, ſi eſſas truchas fueren empanadas, las pagarè, y las lleuarèmos en las alforjas para el camino, aunque es verdad, que mi eſcudero Sancho, en picandoſele el molino, no dexarà trucha à vida. La buena ſeñora, como viò que Don Quixote no le avia entendido, ſe bolviò al ſoldado que ſe eſtava riendo, y le dixo: Ay amarga de mi, y que moſcatel es eſte Cavallero, mucho quiza ha comido, meneſter avrà ſi va à Alcalà, acepillar vn poco el entendimiento, que le tiene muy gordo. Què dize V. A. de gordo, dixo Don Quixote? Que no lo eſtà V.m. mucho, reſpondiò ella, dezia Señor, coſa que me maravillo de quien tiene tan buena condicion. Señora, replicò D. Quixote, de tres generos de gente murmuraba mucho vn Philoſofo moderno que yo conoci del medico ſarnoſo, del letrado engañado, y del que emprende largos caminos, y pleytos ſiendo gordo, y pues yo emprendo por mi profeſsion de Cavallero andante, las dos vltimas coſas dichas, no ſerà bien que eſtè gordo, porque el eſtarlo es de hombres ociosos, y que viven ſin cuydados, y aſsi no es poſsible engordar mas de lo que lo eſtoy, teniendo tantos como tengo. Tratando deſto entrò Sancho corriendo, dando vna mano con otra, y diziendo: Albricias ſeñor Don Quixote, albricias, buena nueva, buena nueva. Yo te las prometo, dixo Don Quixote, hijo Sancho, y mas ſi ſon las nuevas de que ha parecido aquel eſtudiante que robò à la gran Reyna Zenobia. Mejor, reſpondiò Sancho, es la nueva. Es por ventura, añadiò Don Quixote, que el gigante Bramidan de Taja, yunque eſtà en el lugar, y me buſca para acabar la batalla que entre los dos tenemos aplazada? Mejor ſin comparacion es, replicò Sancho. Dinosla, pues, preſto, dixo Don Quixote, que ſi es de tanta importancia como dizes, no te faltarán buenas albricias. Han de ſaber Vs. ms. reſpondiò Sancho, que dize el meſonero, (y no burla, porque yo lo he viſto por mis ojos) que tiene para que cenemos vna riquiſsima olla, con quatro manecillas de vaca, y vna libra de

tocino, con bofes, y livianos de carnero, y con sus nabos: y es tal en fin, que en dandole cinco reales de contado, y à letra vista, se vernà ella misma à cenar por sus pies con nosotros. Don Quixote le diò vna coz, diziendo: Miren el tonto goloso, las nuevas de importãcia que nos traìa, las albricias dellas, le diera yo de muy buena gana con vn garrote, si por aqui le huviera à mano. Entrò quando esto dezia Don Quixote con colera, muy sin ella el mesonero, diziendo: Què es lo que vuessas mercedes quieren cenar señores, que se les darà luego al punto. Don Quixote le dixo, que para èl le traxesse dos pares de huevos asados blandos, y para aquellos señores, lo que à ellos les pareciesse, pero que adereçasse algun fayssan si le tenia à mano para la Reyna Zenobia, porque era persona delicada, y regalada, y le haria daño otra cosa. Mirò el mesonero à la que Don Quixote llamava Reyna, y dixo: No es V.m. la que cenò anoche con vn estudiante, y nos dixo que iba à casarse con èl à Zaragoça? Pues como ayer, como este Cavallero dize, no era Zenobia (aunque si nobia, del tan falto de barbas, quanto de verguença) y agora lo es? A fe que anoche no cenò de fayssan, sino de vn plato de mondongo, que consigo traxo de Siguença, embuelto en vna servilleta nõ muy limpia, ni tampoco se nos hizo Reyna. Hermano, respondiò ella, yo no os pido nada, traed de cenar, que lo que todos estos señores cenaren, cenarè yo tambien, pues este Cavallero nos haze a todos merced. Fue el mesonero, y pusoles la mesa, y cenaron todos con mucho contento de Sancho, que servia, yendosele los ojos, y el alma tras cada bocado de sus amos. Levantados los manteles mientras èl se fue à cenar, quedando todos sobre mesa, dixo el Hermitaño à Don Quixote: V. m. señor nos la ha hecho grandissima à mi, y al Señor Bracamonte en este camino, y por ella quedamos ambos obligadissimos: pero porque ya nos es forçoso irnos por otra parte de aqui à Avila de donde es natural, y yo à Cuenca, avrà V.m. de servirse de darnos licencia, y mandarnos en dichas Ciudades, en quanto se le ofreciere, y viere le podemos servir, pues lo harèmos como lo devemos, y con las veras posibles, y lo mismo ofrecemos a su diligente escudero Sancho. Don Quixote le respondiò, que le pesava mucho perder tan buena compañia, pero que sino se podia hazer otra cosa, que fuessen sus mercedes con la bendicion de Dios, mandando à Sancho que les diesse vn ducado à cada vno para el camino, el qual ellos recibieron con mucho agradecimiento, y Don Quixote les dixo: Por cierto señores, que entiendo verdaderamente, que à duras penas se podrán hallar tres sugetos tales como los tres que avemos caminado desde Zaragoça, hasta aqui, pues cada vno de nosotros merece por sì grande honra, y fama, porque como sabemos, por vna de tres cosas se alcançan en el mundo las dos dichas, ò por la sangre, ò

por las armas, ò por las letras, incluyendo en si cada vna de ellas la virtud, para que sea perfecto cumplimiento. Por la sangre, èl señor Bracamonte es famoso, pues la suya es tan conocida en toda Castilla. Por las armas yo, pues por ellas he adquirido tanto valor en el mundo, que ya mi nombre es conocido en toda su redondez: y por las letras el Padre, de quien he colegido, que es tan grande Theologo, que entiendo sabrà dar cuenta de sì en qualesquier Vniversidades, aunque sean las Salmantina, Parisiense, y Alcaladina. Sancho que en acabando de cenar se avia puesto en pie detràs de Don Quixote, à escuchar la conversacion, saliò, diziendo: Y yo de què tengo fama? No soy tambien persona como los demàs? Tu, respondiò Don Quixote, tienes fama del mayor tragon golosо que se aya visto. Pues sepan, replicò Sancho, burlas à parte, que no solamente me toca à mi vno de los nombres que cada vno de vuessas mercedes tiene, y con que se hazen famosos, sino que lo soy por todos tres juntos, por armas, y por letras. Riòse Don Quixote, diziendo: O simple, y como, ò quando mereciste tu tener alguno de los renombres que nosotros por excelencia tenemos, para que buele tu fama como la nuestra por el Orbe. Yo se lo dirè à vuessas mercedes, dixo Sancho, y no se me rian cuerpo de mi sayo: lo primero, yo soy famoso por sangre, porque como sabe mi señor Don Quixote, mi padre fue carnicero en mi lugar, y qual tal siempre andava lleno de la sangre de las vacas, terneras, corderos, ovejas, cabritos, y carneros q̃ matava, y siempre traìa llenos della, los braços, manos, y delantal: por las armas tambien soy famoso, porque vn tio mio, hermano de mi padre, es en mi tierra espadero, y agora està en Valencia, ò donde èl se sabe, y siempre èl anda limpiando espadas, montantes, dagas, puñales, estoques, cuchillos, cuchillas, lanças, alabardas, chuzos, partesanas, petos, y morriones, y todo genero armorum: por las letras tambien, vn cuñado mio es enquadernador de libros en Toledo, y siempre anda con pergaminos escritos, y embuelto entre libraços tan grandes como la albarda de mi rucio, llenos de letras goticas. Levantaronse todos riendo de las necedades de Sancho, y fueronse à acostar cada vno donde el hueped los llevò.

CAPI-

CAPITULO XXIV.

DE COMO DON QUIXOTE, Barbara, y Sancho llegaron à Siguença, y de los ſucesſos que alli todos tuvieron particularmente Sancho, que ſe viò apretado en la carcel.

EN amaneciendo Dios ſe deſpertò Don Quixote, que el chaos que tenia en ſu entendimiento, y confuſion de eſpecies, de que traìa embutida la imaginativa, le ſervian de tan deſconcertado deſpertador, que apenas le dexaban dormir media hora ſeguida, puſoſe en deſpertando en pie, dando gritos à Sancho, que apenas podia deſpegar los ojos: pero fuele forçoſo hazerlo por la priſa que ſu amo le dava, con ella, pues, enſillò à rocinante, y jumento, mientras Don Quixote pagava la cama, y cena de todos. Hecha eſta diligencia, y ſalidos juntos de la poſada, ſe deſpidieron de Don Quixote, el Hermitaño, y Bracamonte, y lo meſmo hizieron tambien de Sancho Pança, el qual andava ocupado en ſubir à Barbara, en vna borrica vieja del hueſped, que ſe la alquilò Don Quixote haſta Siguença, juntamente con vna ropa aſsimiſmo vieja de ſu muger, que lo era harto, y aviendo caminado los quatro de eſta ſuerte, lo mas del dia, llegaron à la Ciudad, y ſe fueron à vn meſon, al qual les encaminò ſu hueſped que les guiava, entrando en èl bien acompañado de muchachos, que iban detras diziendo à gritos, al hombre armado muchachos, al hombre armado: En apeandoſe Don Quixote, pidiò al Meſonero tinta, y papel, y encerrandoſe con ello en vn apoſento, eſcriviò media dozena de Carteles, para poner en los cantones que dezian deſta manera.

CARTEL.

El Cavallero deſamorado, flor, y eſpejo de la nacion Manchega, deſafia à ſingular batalla, aquel, ò aquellos que no confeſſaren que la gran Zenobia, Reyna de las Amazonas, que conmigo viene, es la mas alta, y fermoſa fembra, que en la redondez del vniverſo ſe halla, que ſerà defendida con los filos de mi eſpada, ſu rara, y ſingular belleza en la Real Plaça deſta Ciudad, deſde mañana à medio dia, haſta la noche: y el que intentare ſalir en batalla con dicho Cavallero deſamorado, ponga ſu nombre en el pie de eſte cartel.

Hechas las copias dèl, llamò à Sancho, diziendo, toma Sancho eſtos papeles, y buſca vn poco de engrudo, ò cera, y ponlos en las eſquinas de la Ciudad, de manera, que puedan ſer leidos de todos, y advierte con toda diligencia, en quanto los Cavalleros que llegaren à leerlos dixeren, y en ſi ſe meten en colera, bolviendo por ſus amantes damas, y en ſi dizen algun improperio, porque la virtud ſiempre es embidiada, ò en

ſi

si se alegran por la honra que ganan de solo entrar conmigo en batalla, y finalmente, en si te preguntan donde estoy, ò donde esta la Reyna mi señora. Vè volando Sancho mio, y por tus ojos que lo adviertas, y notes todo, para que me sepas dàr quando buelvas, cumplida cuenta, y razon dello, que yo si fuere necessario no haziendo caso de la cena, irè luego à la hora à castigar su sandez, y atrevimiento, para que de aqui adelante no le tengan otros tales como ellos, para dezir semejantes desvarios, contra quien tambien sabe castigarlos. Sancho estuvo vn rato con los papeles en la mano pensativo, porque hazia èl esto de incar carteles de desafio, de muy mala gana, y quisiera mas que Don Quixote, le imbiàra por vna pierna de carnero, porque traìa razonable apetito de cenar, y assi con la cabeça baxa, le dixo: Valganme las parrillas del señor San Lorenço, mi señor Don Quixote, es imposible, que pudiendo nosotros vivir en haz, y en paz de la Santa Madre Iglesia Catholica Romana, gustemos de meternos de nuestro proprio caletre en pendencias, y guerreaciones necias, que no nos và, ni nos viene, y sin para que quiere V.m. que salga algun Barrabas de Cavallero, que aviendo estado muy descansado, y regalado en esta Ciudad èl, y su cavallo, y queriendo her batalla con nosotros que venimos cansados, y con rocinante, que de puro molido no puede comer bocado, permita la misericordia de Dios que nos vença, y demos con toda nuestra cavalleria en casa de Judàs, no serà mejor yà que tal intente, pedir licencia al Alcalde de este lugar, para poner estos papeles: puesto me veo ya de este hecha en quatro mil peligros, desastres, y desventuras. Don Quixote le dixo, ò necio, ò pusilanime, ò covarde, y eres tu el que piensas recebir el orden de Cavalleria en Madrid con publico honor en presencia de la S. C. y R. Magestad del Rey nuestro Señor? Pues sabete que no es la miel para la boca del asno, ni el orden de Cavalleria se suele, ni puede dàr, sino à hombres de brio, animosos, valientes, y esforçados, y no à golosos, ni pereçosos como tu. Vè luego, y haz lo que te digo sin mas rèplica: Sancho que viò tan enojado à su amo, callò, y fuesse maldiziendo mil vezes à quien con èl le avia juntado, y comprò en casa de vn zapatero vn quarto de engrudo, y llevandole puesto sobre la suela de vn zapato viejo, se fue à la Plaça, en la qual como era sobre tarde, estavan algunos Cavalleros, y Hidalgos, y otra mucha gente tomando el fresco, con el Corregidor. Llegòse Sancho sin dezir palabra à nadie à la Audiencia, y començò à pegar en sus mismas puertas vn papelon de aquellos: pero vn Alguazil que estava detras del Corregidor, viendo fijar à aquel labrador en la Audiencia, vn cartel de letras goticas, pensando que fuessen papeles de Comediantes, se le llegò, diziendo, que es lo que aqui poneis hermano, sois criado de algunos Comedian-

tes?

tes? Reſpondiò Sancho, que Comediantes, ò que no nada, eſto que aqui ſe pone majadero, no es para vos, que mas alto pica el negocio, para aquellos de las capas prietas ſe haze, y mañana lo vereis. Leyò el cartel el Alguazil confuſo, y bolviendoſe luego à Sancho que eſtava alli junto, poniendo otro en vn poſte, le dixo: Ven acà hombre del diablo, quien os ha mandado poner aqui eſtos papelones? Reſpondiò Sancho, llegaos vos acà hombre de Satanàs, que no os lo quiero dezir: à las porfias, y vozes, que Sancho, y el Alguazil davan, ſe bolvieron, el Corregidor, y los que con èl eſtavan, y preguntando que era aquello, llegò el Alguazil, diziendo: ſeñor aquel labrador anda fixando por la Plaça vnos carteles, en que deſafia no ſe quien, à batalla à todos los Cavalleros deſta Ciudad. Deſafios pone, dixo el Corregidor, pues eſtamos aora en Carneſtoliendas, andad, y traednos vn papel de aquellos, veremos que coſa es: no ſea algun diſlate que llegue à oìdos del Obiſpo, antes que tengamos acà noticia dèl. Llegò el Alguazil, y quitò el primero que hallò fixado en vn poſte, para llevarle al Corregidor, lo qual viſto por Sancho, ſe encendiò en tanta colera, que ſe fue para èl con vn guijarro en la mano, diziendo: O ſandio, y deſcomunal Alguazil, por el orden de Cavalleria que mi amo ha recebido, que ſino fuera porque tengo miedo de ti, y deſſe Rey que traes en el cuerpo, te hiziera que pagàras con la primer pedrada todas las Alguazilerias que haſta aqui has hecho, para que otros tales como tu, y la puta que te pariò, no ſe atrevieran de aqui adelante à ſemejantes locuras. Como viò el Corregidor aquel labrador con la piedra en la mano para tirar al Alguazil, mandò que le prendieſſen, y llevaſſen alli en ſu preſencia, llegaron media dozena de corchetes à hazello, y èl con ſu guijarro en la mano, no ſe dexava aſir de ninguno: pero quando viò que el negocio iba de veras, y que ya deſembaynavan las eſpadas contra èl, ſoltò la piedra, y pueſta la caperuça ſobre las dos manos, començò à dezir: à ſeñores, por reverencia de Dios que me dexen ir à dezir à mi amo, como vnos follones, y malendrines, no me dexan poner los papelones del deſafio, que verán como viene hecho vn ciſne encantado, y no dexa ningun pagano dellos à vida. Los corchetes que no entendian aquel lenguaje, tenian à Sancho agarrado delante del Corregidor, mientras acabava de leer el papel, y quando lo huvo leìdo, le comunicò con todos los circunſtantes, que le celebraron infinito, y buelto à Sancho le preguntò: Veni acà buen hombre, quien os ha mandado poner eſtos papelones en la Audiencia, porque à fe de higalgo, que os ha de coſtar à vos, y à quien os ha embiado à fixarlos, mas caro que penſais. Ha deſventurada de la madre que me pariò, y de la ama que me diò leche, dixo Sancho, ſeñor, mi amo, que mal ſiglo aya, me los ha mãdado poner, y bien

bien ſe lo dezia yo, que no tuvieſſemos guerreaciones en eſta tierra, haſta que primero huvieſſemos muerto aquel gigantonazo del Rey de Chipre, adonde avemos de llevar à la ſeñora Reyna Zenobia, ſueltenme, que les juro à ſe de Sancho Pança, que irè à dezirle corriendo lo que paſſa, y verán como ſe viene èl aqui por ſus pies, ò por los de rocinante, à hazer vna carnizeria, tal, que jamàs otra como ella ſe aya oydo, ni viſto. Preguntòle el Corregidor, como ſe llama tu amo? Sancho le reſpondiò, que ſu proprio nombre era Martin Quijada, y que el año paſſado ſe llamava Don Quixote de la Mancha, y por ſobre nombre el Cavallero de la triſte figura: pero que ogaño, porque ya avia dexado à Dulçinea del Toboſo (ingrata, cauſa de la exceſsiva penitencia que avia hecho en Sierra Morena, ſi bien deſpues mereciò en premio della la conquiſta del precioſo yelmo de membrino) ſe llama el Cavallero deſamorado. Bueno por Dios, dixo el Corregidor, y vos como os llamais? Yo ſeñor, reſpondiò èl, hablando con perdòn de las barbas honradas que me oyen, me llamo Sancho Pança, que no deviera, eſcudero infeliz del referido Cavallero andante, natural del Argameſilla de la Mancha, engendrado, y nacido de mis padre, y madre, y bautizado por el Cura. Como lo fuera ſi dixerades que erais hijo de aſno, y beſtia, reſpondiò lleno de riſa el Corregidor, mandando juntamente al Alguazil, y corchetes que le llevaſſen à la carcel, y echaſſen dos pares de grillos haſta que ſe informaſſe de todo el caſo, y hecho eſto fueſſen luego por todas las poſadas del lugar, y buſcaſſen el amo de aquel labrador, y ſe le truxeſſen alli. Llevaron al deſgraciado Sancho al punto à la carcel, y las coſas que hizo, y dixo por el camino, y quando ſe viò en ella, y que le echavan dos pares de grillos, no ay hiſtoriador por diligente que ſea, que las baſte à eſcrivir: pero entre otras muchas ſimplicidades que ſe cuentan dèl, es, que quando ſe los huvieron echado, dixo: Tornenme ſeñores à quitar eſtos demonios de travas de hierro, que no puedo andar con ellas, y no tenian para que ponermelas, porque yo las diera por muy bien recebidas, ſin que tomaran eſſe trabajo. En dexandole en la carcel, ſe le llegaron tres, ò quatro picaros que alli avian preſos, con ciertos cañutillos de piojos en las manos, y como le vieron ſimple, pareciendoles ſano de Caſtilla la vieja, y viendo por otra parte, que à cada paſſo dava de ojos con los grillos, y que de ninguna manera ſabia andar con ellos, le echaron por lo deſcubierto del peſcueço, mas de quatrocientos piojos, con que le dieron bien que raſcar, y ſacar todo el tiempo que en la carcel eſtuvo: y como ellos, y los grillos le davan tanta peſadumbre, no hazia ſino lamentarſe de ſu fortuna, y de la hora en que avia conocido à D. Quixote, meſavaſe las barbas deſpidiendoſe ya de ſu muger, ya del rucio, ya de rocinante, y obligado de la grande peſadum-

ſadumbre que los grillos le davan, dixo à vno de aquellos moços: ha ſeñor picaro, aſsi Dios le dè la ſalud, qual el contento que mueſtra de mi trabajo, que me quite eſtas cormas, que nò me dexan remezer, y ſi eſta noche las tengo en los pies, no podrè de ninguna manera pegar los ojos. Llegò vn moço del carcelero que le oyò, y le dixo: hermano, como vos deis vn real à mi amo, os los quitarà por eſta noche, por hazeros plazer, y buena obra. En oyendo eſto, ſacò Sancho de la faltriquera vna bolſilla de cuero, en la qual tenia ſeis, ò ſiete reales, para el gaſto que aquella noche ſe avia de hazer en el meſon, de la qual ſacò vn real de plata, y ſe lo diò al moço, con que al punto le quitò los grillos. Quatro, ò cinco de aquellos preſos, que eran aguilas en hallarſe las coſas antes que las perdieſſen los dueños, mirando bien adonde avian viſto poner la bolſa a Sancho, ſe concertaron, y llegandoſe vno dellos à èl, le abraço, diziendo, à buen hombre, y como nos holgamos que os ayan quitado aquellos malditos grillos, por muchos años, y buenos, y con eſto guiò la mano con tanta ſutileza, camino de la faltriquera, que ſin errar el golpe, ni ſer ſentido, le ſacò della la bolſa: pero procediò hecho el lance como liberal, y honrado, pues le convidò à ſu miſma coſta, à dos barquillos, fruta, y vino, en que gaſtò el dinero. Mas bolviendo à Don Quixote, como vieſſe que Sancho tardava tanto en poner los papeles por los cantones, ſoſpechando lo que podia ſer, ſe entrò en la cavalleriza, y con toda preſteza enſillò à rocinante, y ſubiendo en èl con ſu adarga, y lançon, caminò para la Plaça, y como entraſſe en ella muy paſſo, à paſſo, bien acompañado de muchachos, y fueſſe viſto por el Corregidor, y todos los que con èl eſtavan, ſe admiraſſen de vèr aquella fantaſma armada, y circuyda de gente, llegandoſe todos para vèr ſu pretenſion, ò lo que hazia, oyeron que Don Quixote concibiendo que eſtava rodeado de Principes, ſin hazer corteſia à nadie, fijando el cuento del lançon en tierra, les començò à dezir con mucha gravedad: O voſotros infançones que fincaſtes de las lides (que no fincarades en de) non ſabedes por ventura que Muça, y Don Julian, maguer que el vno moro, y el otro à mi Real Corona, aleve las tierras talan, por mi luengo tiempo poſſeidas, y que ſincar à demàs, pienſan en ellas tan cuellihergidos eſtàn con las vitorias que aſaz contra razon han ganado, fugiendo noſotros de ſus ayradas fazes, non faziendo la reſiſtencia que à tales infançones, y homes buenos atañen, non conſiderando las cuytas de nueſtras fembras, ni los muchos deſaguiſados, y fuerças, que aqueſtos mal andantes, con infinitos tuertos, cuydan fazer en pro de Mahoma, y en reproche de nueſtra Fe, fablando coſas non deſideras llenas de mil fadezes. Erguid, erguid, pues, vueſtras derrumbadas cuchillas, ſalga Galindo, ſalga Garcilaſo, ſalga el buen Maeſtre, y Machuca, ſalga Rodri-

drigo de Narvaez, muera Muça, Zegri, Gomel, Almoradi, Abencerraje, Tarfe, Abenamar, Zayde, y la demàs gente galguna, mejor para caçar liebres, que para andar en las lides. Fernando soy de Aragon, Doña Isabèl es mi amantisima Esposa, y Reyna, desde este cavallo quiero vèr si ay entre vosotros alguien, tan valiente que me trayga la cabeça de aquel moro renegado, que delante de mi ojos has muerto quatro Christianos: fablad, fablad, nō estedes mudos, que quiero vèr si en esta Plaça se topa entre vosotros home, que teniendo sangre en el ojo, sepa bolver por su dama, contra la grande fermosura de la Reyna Zenobia que conmigo traygo, la qual por sì sola, es bastante como yo sè, por luenga experiencia à daros bien que hazer à todos juntos, y à cada vno por sì: por tanto, dadme luego la respuesta, que vno solo soy, y Manchego, que para quantos sois basta. El Corregidor, y quantos con èl estavan que semejantes razones oyeron dezir à Don Quixote, no sabian à que las atribuir, ni que responderle à ellas. Mas quiso Dios que estando en esta confusion, llegassen à la Plaça dos hidalgos mancebos de la Ciudad, y viendo el estado, y corrillo que hazian al hombre armado, toda aquella gente, y el Corregidor, llegandose à ellos el vno, les dixo: Han de saber vuessas mercedes, que el armado que miran, ha dias que me causò la misma admiracion que à todos les causa, porque avrà como vn mes, poco mas, ò menos que passò por aqui con el mismo trage que le vèn, y posò en el meson del Sol, do viendole yo, y aqui el señor Don Alonso à la puerta, llegamos à hablarle, y de sus palabras colegimos que es loco, ò falto de juizio, porque èl nos dixo tantos dislates, y con tales afectos, y visages yà del Imperio de Trapisonda, ya de la Infanta Micomicona, yà de las inmensas heridas, que en diferentes batallas avia recebido, y de quien avia salido curado por el milagroso balsamo de Fierabras, que jamàs le podimos acabar de entender: pero informandonos de vn labrador harto simple que traìa consigo, y èl le llamava su escudero, nos dixo, como su amo era de vn lugar de la Mancha, hidalgo muy honrado, y rico, y muy amigo de leer libros de Cavallerias, y por imitar los antiguos Cavalleros andantes, avia dos años que andava de aquella manera, y con esto nos contò muchas cosas que le avian sucedido a èl, y à su amo en la Mancha, y Sierra Morena: de lo qual quedamos maravillados sin saber à que poderlo atribuir, sino solo à que el triste se avrà desvanecido, leyendo libros de Cavallerias, teniendolos por autenticos, y verdaderos, assi que de quanto aqui dixere, no hagan vuessas mercedes caso, antes si quieren gustar dèl, preguntemosle algo, y verān como habla con tal reposo, que parece algun gran Principe de los Antiguos, y lea V.m. señor Corregidor las letras que trae en la adarga, que son tan ridiculas que confirmān bastantemente quanto he dicho.

cho. Oyendo esto el Corregidor, bolviò la cabeça, y llamando à vn Alguazil, le mandò fuesse bolando à la carcel, y que sacando della, y de las prisiones en que estava aquel labrador q̃ poco ha avia llevado à ella por su orden, se lo traxesse suelto à su presencia, y bolviendose à Don Quixote que estaba aguardando la respuesta, lleno de coraje, le dixo: Señor Cavallero, yo el Emperador, y todos estos Duques, Condes, y Marqueses que conmigo estàn, agradecemos mucho à V.m. su buena venida à esta Corte, pues merecemos tener en ella oy la flor de la Cavalleria Manchega, y el desfazedor de los agravios del mundo, por tanto, respondiendo à la su demanda dezimos que ninguno se atreve à entrar en batalla con V.m. porque su valor es conocido, y su nombre es manifiesto en este Imperio, como lo es en todos los del vniverso, y assi nos damos por vencidos, y confessamos la hermosura de essa señora Reyna, que dize: Solo pedimos à la su merced, sea servido de nos la hazer, quedandose en esta Corte, quinze, ò veinte dias, en los quales toda ella le servirà, y regalarà no conforme V.m. merece, sino segun nuestra possibilidad permitiere, y tenga V. m. por bien que yo, y todos estos Principes vamos à vèr à su casa essa señora Reyna, para que mereciendo besarle las manos, le ofrezcamos nuestras vidas, y haziendas. Don Quixote, le respondiò: señor Emperador, de hombres sabios, y discretos es, arrimarse siempre al mejor, y mas sano consejo, y assi vuessas mercedes como tales, reconociendo el valor de mi persona, la fuerça de mi braço, y la razon que llevo en defender la grandissima fermosura de la Reyna Zenobia, han dado en la cuenta, y caido en el punto de la verdad: no como otros fieros jayanes, que fiandose del furor de sus indomitos coraçones, y de las fuerzas de sus braços, y de los filos de sus cortadoras espadas, han presumido como locos entrar en batalla conmigo: pero ellos han llevado, y llevaràn (quantos los imitaren) el justo pago que merecieron sus sandezes, y locas arrogancias: por tanto, respondiendo à lo que vuessa serenidad, y essos potentados me piden, de que les honre con mi persona esta Corte por quinze dias, digo que no lo puedo hazer por agora, de ninguna manera, porque tengo aplazada vna fiera batalla para la Corte del Rey Catholico, contra el arrogante, y membrudo Gigante Bramidan de Tajayunque, Rey de Chypre, y se acerca el plazo de ella: pero en acabandola, doy palabra à todas vuessas Altezas, que no estorvandolo otra alguna importante, y nueva aventura, como suele suceder muchas vezes, bolverè à visitarles, y à ennoblecer este grandioso Imperio con mi persona. Estando en estas platicas llegò el Alguazil con el bueno de Sancho, el qual como viesse à Don Quixote en medio de tanta gente, se llegò à èl diziendo: A señor Don Quixote, no sabe cuerpo non de Dios, como vengo de passar

ña de las mas terribliſsimas aven-
uras, que el Preſte Juan de las Indias,
ni el Rey Cuco de Antiopia, ni quan-
os Cavalleros andantes ſe crian en
oda la andanteſca provincia puede
ver paſſado: ello es verdad, que vnos
ſantiguos, ò picaranções, que eſta-
an allí preſos, me han hurtado la
olſa por arte de encantamiento, y
chado por el peſcueço abaxo inviſi-
lemente mas de ſetecientos mil mi-
ones de piojos: pero à ſe que que-
an buenos, pues los dexo acomoda-
os como ellos merecen, para q̃ otros
les no ſe arrevan à tal de aqui ade-
ante, con eſcuderos tan andantes, y
e eſtofa como yo, ſino que tomen
xemplo, y viendo la barba de ſu
migo remojar, hechen la ſuya à que-
ar. O mi Sancho, dixo Don Quixo-
e, que has avido, y que te ha ſucedi-
o con eſſos malendrines, y ladrones
ue dizes? Cuentamelo con el caſti-
o que les has dado. Diſtesles acaſo
todos de palos? Peor, dixo Sancho.
ortaſtesles las cabeças? Peor, reſ-
ondiò èl. Partiſteslos por medio?
eor hize, reſpondiò. Hiziſte ſus car-
es tajadas muy pequeñas, para he-
harlas à las aves del Cielo? Peor, re-
licò Sancho. Pues què caſtigo, dixo
. Quixote, les diſte. El caſtigo, añа-
iò Sancho, que les di (à pobre de
los, y quales quedan) que comença-
os à jugar al que es coſa, y coſa, y
uando huvieron dicho todos, les
reguntè yo, ques coſa, y coſa, que
arece burro en pelo, cabeça, ore-
s, dientes, cola, manos, y pies, y lo
ue mas es, haſta en la voz, y realmẽ-
no lo es, y no me ſupieron jamàs
dezir que era la burra. Mire V.m. ſi
les parè buenos, pues de corridos
quedan hechos vnas monas, ſin ſaber
que les ha ſucedido, y aun ſino me
llamàra tan por la poſta aqui el ſeñor
Alguazil, yo les dexàra como nuevos
con otra peſcuda, que tenia ya en el
pico de la lengua. Rieronſe todos los
que la ſimpleza de Sancho oyeron,
pero D. Quixote ſin hazer caſo della
haziendole ſeñas con las manos, les
dixo, que quantos quiſieſſen vèr, y be-
ſar las hermoſiſsimas manos de la
Reyna Zenobia, ſe fueſſen tras èl. Hi-
zierólo todos aſsi, yendo ſiempre por
el camino el Corregidor hablando
con Sancho, y riendo mucho dé las
boverias que dezia. Llegaron, pues,
al meſon del Sol, y entrando delante
Don Quixote, baxò de rocinante, y
llamando à Barbara por ſu nombre
de invictiſsima Reyna Zenobia. Sa-
liò luego ella de la cozina, donde
eſtava, con vna capa vieja del hueſ-
ped por ſaya: porque, como arri-
ba queda dicho, avia quedado la
pobre eñ el boſque en camiſa, y fal-
tavale el reparo que le avia hecho
el manto del Hermitaño, y deſpues
el de la ropa vieja de la muger del
meſonero, que haſta alli la avia trai-
do. Apenas la viò Don Quixote,
quando con grande meſura le di-
xo: Eſtos Principes ſoberana ſe-
ñora, quieren beſar las manos à
vueſſa Alteza, y entrandoſe con
eſto con Sancho en la cavalleri-
za para hazer deſenſillar, y dar
de comer à rocinante. Saliò ella à
la puerta del meſon, con la figura
ſiguiente, deſcabellada con la ma-

dexa medio caſtañã, y medio cana, llena de liendres, y algo corta, por detras la capa del huesped que diximos, traìa atada por la cintura en lugar de faldellin, era viegiſsima, y llena de agujeros, y ſobre todo, tan corta, que deſcubria media pierna, y vara y media de pies llenos de polvo, metidos en vnas rotas alpargatas, por cuyas puntas ſacavã razonable pedaço de vñas ſus dedos, las tetas q̃ deſcubria entre la ſucia camiſa, y faldellin dicho, erã negras, y arrugadas: pero tan largas, y flacas, que le colgavan dos palmos, la cara traſudada, y no poco ſucia del polvo del camino, y tizne de la cozina de do ſalia, y hermoſeava tan bello roſtro el apazible lunar de la cuchillada que ſe le atraveſava; en fin, eſtava tal, q̃ ſolo podia aguardar vn galeote de quarẽta años de buena boya. Apenas huvo ſalido a la puerta, obligada de las vozes de ſu bien hechor Don Quixote, quãdo viendo en ella al Corregidor, Cavalleros, y Alguaziles q̃ le acompañavan, quedò tan corrida, que ſe quiſo bolver à entrar, mas detuvola el Corregidor, diziendole: (diſsimulando quanto pudo la riſa q̃ le cauſò el verla) Sois vos acaſo la hermoſa Reyna Zenobia, cuya ſingular hermoſura defiende el ſeñor D. Quixote el Manchego, porque ſi ſois vos, èl anda muy necio en eſta demãda, pues con ſola vueſtra figura, podeis defẽderos, no digo de todo el mundo, pero aun del infierno que ſacara de requien, y talle luciferino, con eſſe raſguño que le amplifica, y eſſa boca tan poco ocupada de dientes, quãto baſtante para ſervir de poſtigo de muladar, à qualquier honrada Ciudad, y eſſas tetas carilargas, adornadas de las pocas, y pobres galas que os cubren, y deſcubren, que mas pareceis criada de Proſerpina, Reyna del Eſtigio largo, q̃ perſona humana, quanto menos Reyna. Turbada la triſte Barbara de oìrle, y ſoſpechando q̃ la querria llevar à la carcel, porque acaſo abria ſabido el mal trato de hechizera, q̃ (como abaxo dirèmos) avia vſado en Alcalà, le reſpondiò llorando: Yo mi ſeñor Corregidor, no ſoy Reyna, ni Princeſa, como eſte loco de D. Quixote me llama, ſino vna pobre muger, natural de Alcala de Henares, llamada Barbara, q̃ ſiendo engañada por vn eſtudiãte, me ſacò de mi caſa, y à feis, ò ſiete leguas de Siguença, me dexò deſnuda, y desbaliſjada como eſtoy, atada de pies, y manos à vn arbol, y me llevò quanto tenia, y quiſo Dios q̃ eſtando en tal conflicto, paſſarõ por junto de aquel pinar eſte D. Quixote, y el labrador que le ſirve de eſcudero, y me deſataron trayendome conſigo, y prometiendome bolver à mi tierra. Como el Corregidor le oyò dezir que era de Alcalà, llamò à vn pajecillo ſuyo que detràs dèl eſtava, y dixo à Barbara: Veis aqui eſte muchacho que ha venido de allà no ha vn mes. El paje mirandola bien, la conociò, y dixo: Valate el diablo Barbara de la cuchillada, y quièn te ha traìdo à Siguença? Su amo le preguntò ſi la conocia, y èl reſpondiò que ſi, y que era mondonguera en la calle de los Bodegones de Alcalà, con fama de harto eſ-

peſa,

pesa, y que avia dos meses q̃ la avian puesto à la puer.. de la Iglesia en San Iusté, en vna escalera, con vna coroça por alcahueta, y hechizera, y q̃ se dezia por Alcalà, sabia bravamente de revender donceilas destroçadas, por enteras, mejor que Celestina. Como ella oyò lo que el paje dezia, y viò q̃ se reian todos, le respondiò con mucha colera, diziendo: Por el siglo de mi madre, que miente el picaro desvergonçado, que si me pusieron en la escalera como dize, fue por embidia de vnas vellacas vezinas q̃ y o tenia, quanto, y mas, que por hazer bien a ciertos amigos, que me lo rogarõ, me vino todo esse mal: pero à fe, que no podràn dezir de mi otra cosa, pues no estuve alli por la Corona, como otras q̃ sacan à azotar cada dia por essas calles: por hazer bien, sea Dios alabado, y començò à llorar tras esto, al compàs que los demàs à reir. Saliò luego D. Quixote, y como la viò llorando de aquella manera, la asiò de la mano, diziendola: Non vos cuytades fermosissima, è poderosa Reyna Zenobia, que asaz seria yo mal andãte Cavallero, si non vos fiziesse tambien vẽgada de las sandezes de aquel Estudiante, y de las alevosias que vos han fecho, que podais dezir sin reprothe, que si sois fermosa fembra, que tambien el Cavallero que desfizo tal tuerto, es vno de los mejores del mũdo: y bolviendose al Corregidor, y à los que con èl venian, les dixo: Soberanos Principes, yo me parto mañana para la Corte, si por algun tiempo, como suele suceder, algun Cavallero Tartaro, ò Rey tyrano viniere à quereros perturbar la paz, cercãdo cõ su fuerte exercito, esta vuestra imperial Ciudad, y llegare à teneros tan apretados, y puestos en tal estremo, q̃ os vierades compelidos por la grandissima hambre, y falta de bastimentos en el duro cerco, à comer los hõbres, los cavallos, jumentos, perros, y ratones, y las mugeres sus amados hijos, embiadme à llamar dõde quiera que estuviere, que os juro, y prometo por el orden de Cavalleria que recebi, de venir solo, y armado como veis, y entrar por el campo del pagano de noche, haziendo en dos, ò tres dellas en èl vna espantossisima riza, passando en la vltima dellas à fuerça de mi braço, por medio de todo el exercito del contrario, y entrando à pesar de sus centinelas, escaramuças, y armas, en la Ciudad, de la qual luego saldreis todos con mucha alegria al son de vna suave musica, à recebirme, acompañados de muchas hachas, y estando las ventanas llenas de luminarias, y de assombrados Serafines de mi valor, mas hermosos todos q̃ las tres bellas damas que viò desnudas el venturoso Parais en el monte Yda, siendo imposible contener sus regaladas vozes, y dexar de dezirme, bien venga el valentissimo Cavallero, y porque no sè si serà entonces mi apellido del Sol, ò de los fuegos, ò de la ardiente espada, ò del escudo encantado, no asiguro el que me daràn: pero sin duda sè que al que me dieren, añadiràn: bien venga el deseado de las damas, el Phebo de la discrecion, el norte de los galanes, el açote de nuestros enemigos, el libertados

tador de nueſtra patria, y finalmente, la fortaleça de nueſtros muros, tras lo qual me llevarà el Rey à ſu real caſa, do regalandome èl, y ſirviendome ſus grandes, y ſobre todo, requeſtandome importunamente ſu hija, vnica en ſucceſsion, y mas en beldad, y prudencia, dando exemplo al mundo, y à los Cavalleros andantes, que en èl me ſuccedieren de continencia, corteſia, y fuerças, emplearè las mias en atropellar los nuptiales deleytes, que toda la Corte, y la miſma infanta me ofreceràn, obligado de algun benevolo Planeta, que para mayores, y mas grandioſas empreſſas, me llamarà en gloria de los dichoſos Coroniſtas, y mas de mi grande amigo Alquife, vno de los mayores ſabios del mundo, que con ellos merecerà en los ſiglos dorados, que eſtan por venir, hiſtoriar mis invencibles hechos. Salìo en eſto muy apriſa de la cozina Sancho, diziendo: Venga V.m. ſeñor, peſia à quantos hiſtoriadores han tenido todos los Cavalleros andantes, deſde Adàn, haſta el Antecriſto, que mal ſiglo le dè Dios al muy hijo de puta, que es tarde, y dize el meſonero que tiene para V.m. y la Reyna Zenobia, aſada à las mil maravillas con ajos, y canela, vna hermoſiſsima pierna de carnero, y ſi ſe tarda, temo no ſe buelva en pierna de cabron, ſegun ſe va poniendo ya dura de canſada de aguardarnos. Fueronſe en oyèndo el recado el Corregidor, y los que con èl venian, llenos de riſa, y aſſombro, vnos de oìr los diſlates del amo, y ſimplicidades del eſcudero, y otros de vèr el eſtraño genero de locura de el triſte Manchego, efeto maldito de los nocivos, y perjudiciales libros de fabuloſas Cavallerias, y aventuras, dignos ellos, ſus autores, y aun ſus lectores, de que las republicas bien regidas, igualmente los deſterraſſen de ſus confines: pero de lo que mas ſe fueron admirados, era de vèr la facilidad que tenia D. Quixote en hablar el lenguage, que antiguamente ſe hablava en Caſtilla, en los candidos ſiglos del Conde Fernan Gonçalez, Peranzules, Cid Ruydiaz, y de los demàs antiguos. Cenaron Don Quixote, la Reyna Zenobia, y Sancho con grande guſto los dos por la buena cena, y hambre con que llegaron à ella, y D. Quixote por la vana gloria con que quedò, de vèr el aplauſo con que à ſu parecer le avian recebido los Principes de aquella Ciudad: y deſpues de cena llamando al meſonero, dixo le traxeſſe alli vn ropavejero, porque queria comprar luego vn curioſo veſtido para la Reyna Zenobia, y diziendole el meſonero, que era impoſſible hazerlo entonces, por ſer ya muy tarde, pero que en amaneciendo ſe levantaria, y le iria à buſcar, ſe fueron à acoſtar cada vno en ſu apoſento.

Aquì dà fin la ſexta parte del ingenioſo hidalgo Don Quixote de la Mancha.

SE-

SEPTIMA PARTE
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

CAPITULO XXV.

DE COMO AL SALIR NUESTRO CAVALLERO DE SIGUENZA encontrò con dos eſtudiantes, y de las gracioſas coſas que con ellos paſſaron haſta Alcalà.

LUego que huvo amanecido, ſe fue el meſonero à llamar, como Don Quixote le avia mandado, vn ropavejero, y traxo conſigo el mas hazendado del lugar, que vino cargado de dos, ò tres veſtidos de muger, para que quien le mandava llamar eſcogieſſe el que mas le contentaſſe. Llegados à caſa, hallaron à Don Quixote, y à Sancho que ſe acabavan de levantar, y dando aviſo el meſonero à ſu hueſped, de como eſtava alli quien traìa las ropas de muger que le avia mandado buſcar: ſaliò à verlas, y ſaludandole corteſmente, mandò ſalir à la Reyna Zenobia, para que eſcogieſſe la que fueſſe mas de ſu guſto, y mirandolas todas, à la poſtre, por mejor, y de mas gala (que es la que Don Quixote tenia mas puesta la mira) eſcogieron vna ſaya, jubon, y ropa colorada, con gorbiones amarillos, y verdes, y vivos de raſo azul, y dandole al dueño por todo doze ducados, ſe lo mandò veſtir alli en ſu propria preſencia à la ſeñora Barbara, à la qual como vieſſe Sancho veſtida toda de rojo, dixo lleno de riſa: Por vida de mi amantiſsima muger Mari Gutierrez, que es ſola mi conſorte, por no permitir otra coſa nueſtra madre la Igleſia, ſeñora Reyna Zenobia, que quando la miro con tan vellaca cara, y en ella con eſſe raſguño mal igual, veſtida por otra parte toda de colorado, me parece que veo pintiparada vna yegua vieja, quando la acaban de deſſollar, para hazer

de su duro pellejo arneros, y cribas: fuesse el ropavejero contento de la venta, y quedandolo el huesped tambien de la que hizo à Don Quixote de vna mula razonable que tenia de alquiler, en veinte y seis ducados, en que determinò llevar con el mayor toldo que le fuesse possible à la Reyna Zenobia, hasta la Corte, donde pensava hazer maravillas, defendiendo su rara belleza, y hermosura, en publico palenque. Almorçaron essa mañana todos con mucho contento, hechas las dichas compras, y aviendose armado Don Quixote, se salìo de la posada, dexandola pagada, diziendo à Sancho Pança, que se viniesse poco à poco con la Reyna, cuydando solo de su regalo, y comida, que èl los iria aguardando sin adelantarse demasiado. Albardò Sancho su rucio, y acomodò sobre èl la maleta del dinerò, y la demàs ropa, y llamando luego à Barbara, le dixo: Venga acà señora Reyna, que por vida de nuestra madre Eva, que puede ser vuessa Magestad, segun està de colorada, Reyna de quantas amapolas ay, no solo en los trigos de mi lugar, pero aun en los de toda la Mancha: y poniendose tras esto à gatas como solia, bolviò la cabeça, diziendo: Suba, subid, la vea yo en la horca à ella, y à quien acà nos traxo tan gentil carga de abadejo. Barbara subiò, diziendo: O Sancho que gran vellaco eres, pues calla, que si la fortuna nos lleva con bien à Alcala, yo te regalarè mejor que piès. Con que me ha de regalar, replicò Sancho, porque sepa, que sino ha de ser cõ cosas de comer, y dessas con abundancia, no le daria vn higo de oro, tamaño como el puño, por todo lo demas que me puede dar. Mal gusto teneis, dixo Barbara, Sancho mio, pues poneis el vuestro en cosas, mas de brutos, que de hombres: lo conque yo amigo os regalarè, si llegamos à Alcalà con la salud que deseo, y paramos alli algunos dias, serà con vna mocita como vn pino de oro, con que os divertais mas de dos siestas, que las tengo alli muchas, y bonissimas, muy de manga, y aun si vuestro amo quisiera otra, y otras, se las darè à escoger, como en botica. Pues à fe señora Reyna Zenobia, dixo Sancho, que me holgaria mucho, de que me endilgasse alguna buena zagala, pero ha de ser (si lo haze) hermosa, y de linda pesuña, y amostachada, para que nadie me la aoje, ni desencamine dando que reir al diablo, que sudar à alguna partera, y que hazer à algun Vicario, ò Cura, en christianar algun *fructus ventris*. Necio sois, dixo Barbara, en quererla amostachada, pues no ay barrabas que se llegue à muger que lo sea: dexadme à mi la eleccion, que yo la buscarè de tan buena carne, que no sea mas comer della, que comer de vna perdiz. Oxte puto, dixo Sancho, esso no, allà daràs sayo que no en mi rayo, como dizen los Sabios, que no soy yo de los negros de las Indias, ni de los luteranos de Constantinopla, de quienes se dize que comen carne humana, no me faltava otro, para que sabiendo-

lo

lo la justicia me castigàra, pues sin duda me echaran à provarseme tal delito, tan à galeras como à las trecientas de Juan de Mena. A là que ambos iban en esto, emparejaron con Don Quixote, que yendoles aguardando, avia encontrado con dos mancebitos estudiantes que iban à Alcalà, con quienes avia travado platica, hablandolos en vn latin macarronico, y lleno de solocismos, olvidado con las negras leturas de sus libros de Cavallerias, del bueno, y congruo, que siendo muchacho avia estudiado. Y si bien los compañeros estavan para rebentar de risa, por vèr los disparates que dezia, toda via no le osavan contradezir, temerosos del humor colerico, que las armas con que le veìan armado, pronosticavan devia gastar. Quando llegò Sancho à ellos, y les viò hablar de aquella manera, dixo à su amo: Guardese V.m. mi señor destos vestidos como tordos, porque son del linage de aquellos del Colegio de Zaragoça, que me echaron mas de setecientos gargajos encima: pero con su pan se lo coman, que à fe que les costò poco menos caro que la vida, porque como dizen, haz mal, y no cates à quien, haz bien, y guardate. Al revès lo avias necio de dezir, dixo Don Quixote: pero veamos que vengança tomaste dellos, y si sera mejor que la que tomaste en la carcel de Siguença, de los que tan mal te pararon ella. Mucho mayor es, replicò Sancho, aunque à fe que aquella no fue mala, pero oygan esta otra que gustaràn de mi animo. Erase que sentra, que nora buena sea. Quando D. Quixote le començò à oìr, le dixo riendo: Por Dios que eres simple de marca mayor, pues comienças à fuer de conseja, la narracion de tu vengança. Razon tiene por vida mia, dixo Sancho, y corrigiendome digo, que como aquellos hideputas de estudiantes, progenitores sin duda destos dos señores barbiponientes, me començaron à gargajear, y à darme de pescoçones, recebido aquel cruel gargajo, con que como dixe, vn grandisimo vellaco me tapò este pobre ojo, comencè à enhilar àzia la puerta, pero luego otro demonio de aquellos como me viò ir corriendo, con solo vn ojo me puso el pie atravesado delante, con que di vn tan terrible tropeçon, que vine à dar con èl de manos fuera de la puerta, aunque de todo quanto tengo dicho, me vengue muy à mi gusto, pues alçando la caperuça que se me avia caìda, la tirè à otro que vi estava cerca de mi, con la qual le di vn porraço tal en su capa negra, que lo fuera no poco su ventura, si el golpe que le di con ella, se lo diera con vna culebrina. Diablo sois señor Sancho, dixo vno de los estudiantes, y si assi tratais à los de mi habito, aunque no fueron aquellos cosa mia como dezis, no quiero con vos guerra, sino mucha paz, y serviros lo que nos durare este camino, por mi, y por mi compañero, que sè dèl ajustara su gusto al mio en cosa tan justa. Seralo, dixo Don Quixote, que vuessas mercedes nos hagan merced de contar, y referir las curiosas Enigmas de que me venian

dando noticia, que lo serán siendo parte dessos secundos ingenios, que los que professamos el orden de la Cavalleria andantesca, movidos de fervorosos deseos espoleados ellos de las prendas de alguna hermosissima dama, tambien gustamos de cosas de poesìa, y aun tenemos voto en ellas, y nuestra punta nos cabe del furor divino, que dixo Oracio *est Deus in nobis*. Tales quales fuerón los borrones nuestros, replicò el estudiante, servirèmos à Vs. ms. con referirlos. Y serà, dixo Don Quixote, con no poca calificacion de sus prendas de Vs.ms. el hazerlo en presencia de la gran Reyna Zenobia, que aqui assiste, pues su raro discurso bastarà à dar eterno valor, à quanto ella alabare, y haralo como discretissima en las cosas de Vs.ms. Miraron en esto à Barbara los estudiantes, con no poca risa suya, y corrimiento della, que conociò el humor de los moscateles, en las lisonjas, y aplauso con que de fisga se le ofrecieron ambos, tras lo qual dixo el vno: Con condicion, que declare Sancho con su eminente ingenio los siguientes versos, ya de enigma.

ENIGMA.

Metido en dura cadena,
me tiene sin culpa alguna,
sujeta acaso, y fortuna,
colgada sin culpa, y pena.
La forma tengo del viento,
aunque del soy maltratada,
muerta no soy estimada,
vivo, y muero en vn momento.
Con agua estoy de contino,
aunque es causa de mi muerte,
si caygo en tierra por suerte,
pierdo la forma, y me fino.
Estoy baxa, y estoy alta,
cercana à Dios verdadero,
y en comiendo lo postrero,
luego la vida me falta.
Soy resplandeciente, y clara,
alegro la vista al hombre,
y el fin de mi proprio nombre,
se viene à acabar en para.

Don Quixote se la hizo repetir otras dos vezes, y la vltima le dixo: Por cierto señor estudiante, que la enigma es bonissima, y aun el serlo tanto, deve de ser la causa de que no dè alcance à su significacion, y assi suplico à V.m. me la declare, porque en llegando à la noche en la posada, la pienso escrivir, para encomendarla à la memoria. Sancho que siempre avia estado callando, y oyendola con mucha atencion, puesto el dedo en la frente, mientras el estudiante la repetia, salìo muy alegre, diziendo: Ea mi señor Don Quixote, victoria, victoria, que ya yo la sè. El estudiante le dixo luego: Bien lo sospechava yo señor Sancho, y huve por imposible desde el principio que ella, y su inteligencia pudiesse escaparse por los pies, à vn tan agudo juizio como el de V.m. y assi suplicole se sirva de dezirnos lo que sobre ella ha discurrido. Estuvo Sancho pensativo vn rato, y luego dixo: Ella es vna de dos cosas, ò es la montaña, ò el cerrojo. Dieron todos vna grandissima risada con el disparate de Sancho, el qual

qual viendo como se reìan de lo que acabava de dezir, replicò: Pues sino es ninguna cosa de las que he dicho, diganos V.m. lo que es por su vida, que mi señor, y yo nos damos por vencidos. El Estudiante respondiò, diziendo: pues sepan mis señores, que el sugeto de la enigma propuesta es la lampara, la qual està metida entre cadenas sin culpa alguna, de las quales cuelga. Dizese della que tiene la forma del viento, porque como es verdad, y se vè por experiencia, el vidriero la forja à soplos, tiene agua, la qual es causa de su muerte; porque en las lamparas si bien se echa la mitad de agua, ella las apaga luego que no està acompañada de azeyte, de que en cayendo en tierra se quiebra, no ay que provarlo con mas testigos que la experiencia. En lo que dixe, que ya està baxa, ya alta, es llano, pues mientras se dizen los oficios divinos, suele estàr arriba, estando de noche abaxo: tambien es verdad que està cercana à Dios verdadero, pues de ordinario se pone delante del Santissimo Sacramento: tambien es llano, que en comiendo lo postrero le falta la vida, pues en acabandose el azeyte se muere como ya he dicho. Al mismo compàs se vè en ella que es clara, y alegre al hombre, y que finalmente, acaba su nombre en para, que esso es lampara. Por vida de quien me pariò, dixo Sancho, que lo ha desplanado riquissimamente. O hideputo vellaco, el diablo lo podia acertar. Don Quixote le dixo que estava bonissima, y rogò al otro mancebo que dixesse la suya, porque sospechava que no devia de ser menos aguda que là de su compañero, el qual sin hazerse de rogar, començò à dezir desta manera.

ENIGMA.

Yo tengo de andar encima,
por ser como soy ligero,
de oveja nacì primero,
solo el Turco no me estima.
De mil formas, y señales,
redondo estoy sin cantones
cubro mas de diez millones,
y ay entre ellos animales.
Adorno al pobre, y al rico,
sin guardar costumbre, ò ley,
sobre Emperador, y Rey
me asiento, y soy grãde, y chico.
Si ay canicula excessiva,
me suelo andar en las manos,
y me traen los cortesanos
con la merced boca arriba.
Luego torno à entronizarme,
mas hueco que vna vacia
aunque viento y cortesia
bastan para derribarme.

No la huvo bien acabado el cuerdo Estudiante, quando saliò muy agudo Sancho, diziendo, señores essa esgrima, ò como la llamã es muy clara, y desde la primera copla vì que no podia ser otra cosa sino el tocino, porque dize, solo el Turco no me estima, y el Turco es claro, que ni lo come, ni haze caso dello, porque assi se lo mandò el çancarron de Mahoma. Don Quixote rogò al Estudiante que sin hazer caso de los dislates

tes de su escudero se la declarasse al punto, que deseava infinito entendella, y assi dixo Vs.ms. han de saber que la propuesta enigma es del sombrero, y assi empieça diziendo, que anda encima, verdad llana, pues se pone en las cabeças, es su principio de ovejas, por lo que de ordinario se haze de lana dellas, no le precia el Turco, porque entre ellos no se vsan sombreros, sino turbantes: dizese tambien que es de muchas formas, y señales, y sin cantones, porque si bien yà se vsan altos, ya baxos, ya boleados, ya romos, todos vienen à tener las alas redondas, y sin esquinas: cubre muchos millares, lo qual se verifica de los cabellos, entre los quales se crian los piojos como vn bosque proprio de tales animales, sientase sobre el Rey, y Emperador, y à vezes es de dos palmos de alto como los de Francia, y otras chicos como los de Saboya, traenle los hombres en las manos quando haze calor, y los Cortesanos boca arriba, quando saludan con besa manos: tras lo qual le buelven à entronizar sobre sus cabeças, de do basta derribar el viento si viene rezio, y la cortesia quando se passa por delante de quiẽ se debe hazer. Agora digo, respondiò Sancho, que es mas vellaca de entender esta que la passada: pero apostemos con todo lo que quisieren, que si las tornan à dezir, las acierto de la primera vez. Miren el ignorante, dixo Don Quixote, dessa manera qualquier hombre del mundo si se lo dizen antes, lo acertara. Pues quando, dixo Sancho, cosa que no se la dixessen antes, repliò Barbara: pero esso no es maravilla, pues nunca nadie acertò à dezir lo que primero no lo aya aprendido, y estudiado: y fino, diganme quien ay, que sepa nombrar cosa por su nombre aunque sean las mas comunes, ni aun el Pater noster, que es la cartilla de nuestra Fè, si primero no se le dizen, y repiten. Holgò infinito Sancho con el cuerdo abono que de su respuesta avia dado Barbara, y celebrandole todos por agudo, y èl por soberano con mil agradecimientos: dixo Don Quixote, no se admiren Vs.ms. de la agudeza de su Magestad, porque los filos de mi espada fueron tan agudos como los conceptos de su divino entendimiento, no estuviera su real persona sin la pacifica possession de su Reyno, y Amaçonas, ni yo tuviera por conquistar el Reyno de Chypre, ni en que enfuciar aun mis manos en el sobervio Bramidan de Taja, yunque: pero dexemos esto para hasta que me vea en la Corte, pues son memorias que me provocan, de suerte, à colera, que temo della no me haga hazer por las tierras que voy mas muertes que hizo Dios en el mundo con el diluvio vniversal, y bolviendo à nuestra apacible platica, suplico à Vs.ms. se sirvan de darme por escrito las enigmas si tienen sus copias, y diziendo el vno que en la posada se la escriviria por no traer en papel la suya, metiò el otro mano à la faltriquera, y sacò della la de la lampara, diziendo to-

me

me V.m. la mia que yà le tengo à punto : tomala Don Quixote con mucho comedimiento, y al darsela se le cayò al Estudiante otro papel de la mano, y preguntandole Don Quixote, que era aquello, le respondiò que vnas coplillas que acabava de hazer en su lugar à vna donzella parienta suya, à quien queria mucho, la qual se llamava Ana, por cuya causa las avia hecho con tal artificio, que todas ellas començavan en Ana: Don Quixote, le rogò con notable instancia se las leyesse, seguro de que siendo suyas no podian dexar de ser curiosissimas, y el Estudiante con no pequeña vanagloria propria (propriedad inseparable de los Poetas) y rara atencion de los circunstantes, las fue leyendo, y dezian desta manera: Segun fielmente las he sacado de la historia de nuestro ingeniòso hidalgo, la qual traduzgo, y en que se refieren.

COPLAS A VNA DAMA llamada Ana.

Ana, amor me cautivò
con vos, cuyo nombre tiene
dos aes, entra vna ene,
que es dos almas entre vn no.
A nadie, dize la ene,
que ameis, sino solo à mi
advirtiendo, os ofrecì
lo mejor que mi alma tiene.
Anaxarte fue entre sabios
ilustre por homicida,
qual lo sois vos de mi vida
Ana, con mover los labios.
Anade, es vna avezilla
que nada con gran primor,
yo Ana en el mar de amor
tras vos nado, bella orilla.
Anatema es en la Iglesia
quien de la Fè està apartado,
no yo, que con fè he amado
en vos otra Diana Efesia.
Anastasia fue su Esposa
de vn Rey que en el Cielo reyna,
y desta alma Ana sois reyna
vos, que en todo sois hermosa.
Ananya, y sus consortes
cantaron dentro de vn horno,
y vos Ana qual bochorno
me abrasais con essos nortes.
Analogia se llama
lo que dize proporcion,
como vuestra perficion,
que la tiene con su fama.
Anabatistas professan
ser dos vezes bautizados
que yo duplicar cuydados
professo Ana, sin que cessen.
Anacoretas imito
en lo que es llanto, y silencio
con què Ana reverencio
esse valor infinito.
Anales, qualquiera historia
son, que algun curioso escrive,
y qual en Anales vive
Ana en mi, vuestra memoria.
Anamur, dizen ser Villa
rica, fuerte, y de beldad,
mas vos Ana sois Ciudad
que qualquiera ha de servilla.

Por cierto dixo Don Quixote, quando acabò de leer el Estudiante las coplas, que ellas son curiosas, y vnicas à mi ver en su genero: tras lo qual saliò Sancho como solia, diciendo

ziendo, señor Estudiante, en mi conciencia le juro que son lindissimas: si bien me parece les falta la vida, y muerte de Anàs, y Cayfàs, personas de quienes hazen copiosa memoria, todos los quatro santos Evangelios, y no fuera malo la hiziera V.m. tambien dellos siquiera para lisonjear los muchos, y honrados descendientes, que aun tienen oy en el mundo: pero dexando esto à parte, no me haria plazer de hazer otras, que como essas comiençan por Ana, començassen por Mari Gutierrez, la qual con perdon de Vs. ms. y à pesar mio, es mi muger, y lo sera mientras Dios quisiere: pero advierta si determina hazerlas, en que de ninguna manera la llame Reyna, sino Almiranta, porque mi señor Don Quixote no me parece lleva talle de hazerme Rey en su vida, y assi de fuerça avrè de parar mal que me pese en Almirante, ò Adelantado, quando su merced gane alguna insula, ò peninsula de las que me ha prometido, y à fe que si como èl, y yo hemos dado por lo secular, dieramos por lo Eclesiastico, que quedàramos bien medrados, desde que andamos en busca de avanturas, pues nos han hecho à los dos mas cardenales, y mas colorados que ay en Roma, ni en Santiago de Galicia: mas en fin, bien dizen, que quien mas no dexa, morir se puede. Con este buen entretenimiento llegaron à la noche à la posada, yendo siempre con ellos los dos Estudiantes, por lo poco que Don Quixote caminava, que no era mas que quatro, ò cinco leguas cada dia, ni aun rocinante podia hazer mayor jornada, que no le davan lugar para ello la flaqueza, y años que tenia acuestas. De suerte, que caminaron tres dias sin sucederles cosa de consideracion, aunque en todos los lugares eran bien notados, y reidos, particularmente en Hyta, por las cosas que Don Quixote hazia con la Reyna Zenobia, la qual no era poco conocida de toda aquella tierra, ni menos de los Estudiantes, que cada dia dezian à Don Quixote sus virtudes: si bien, era imposible persuadirle cosa en contrario de lo que della tenia aprehendido su quimera, y loca fantasia.

CAPITULO XXVI.

DE LAS GRACIOSAS COSAS que passaron entre Don Quixote, y una compañia de representantes, con quien se encontrò en una venta cerca de Alcalà.

CAminando Don Quixote en su compañia, y con dos Estudiantes que arriba diximos, sucediò, que llegando à poco mas de dos leguas de Alcalà, se les hizo à Sancho, y à su amo tarde, para poder entrar en ella de dia como desean, y con la pesadumbre que esto le dava, dixo Don Quixote à los Estudiantes, si avia algun lugar antes de Alcalà, donde pudiessen hazer noche, y respondiendo ellos que no (quizà deseo-

sos

sos de que se quedassen en el campo, ò desacomodados) añadieron que solo à vn quarto de legua de alli, avia vna venta, à donde podrian passar razonablemente la noche. Apenas oyò Sancho el nombre de la venta, quando se diò à todos los diablos, y dixo: por las entrañas de la ballena de Jonàs, mi señor Don Quixote, le suplico, que no vamos allà por ningun caso, pues las que estos señores llaman ventas, son los Castillos encantados que V.m. dize, y à donde siempre nos han aporreado invisiblemente los gigantes, duendes, fantasmas, jayanes, estantiguas, ò folletos, ò como los llaman à los que los han dado millares de vezes, tanto que llorar, y curar, quanto saben mis escuderiles huessos, que los de V.m. han siempre mejor librado con el remedio de aquel precioso balsamo, cuya eficacia solo ha faltado para mi, que no soy armado Cavallero. No hizo caso Don Quixote de los miedos, y conjuros de su escudero, sino q animoso dixo, venga lo que viniere, que para todo estamos dispuestos los Cavalleros andantes, y assi vamos allà, en nombre de Dios. Apenas huvieron andado treinta passos, quando descubrieron la venta, y à la que llegavan à tiro de arcabuz della, aviendo hecho Don Quixote hasta alli reflection de lo que Sancho le avia dicho, le dixo: Agora me acabo de acordar Sancho mio, de los grandes trabajos, infortunios, desaforsiegos, trances, peligros, y desatres, que agora vn año passamos en los Castillos semejantes à este que vemos, do nos alojamos, à causa de estar en ellos secretamente escondido aquel sabio encantador mi contrario, el qual siempre ha procurado, y procura hazerme todo el mal que ha podido, y puede, con sus malas, y perversas artes, y lo peos es que tengo agora por sin duda que ha venido de nuevo à este Castillo, para hazerme en èl, algun grave daño como acostumbra, aunque al cabo no han de poder mas sus artes que el valor de mi persona, lo que se puede, y deve, pues, hazer para obviar este gran peligro es, que tu, y mi señora la Reyna, y estos dos señores Estudiantes, os vengais en pos de mi como en retaguardia, poco à poco, que yo quiero ir adelante, si es verdad, para vèr todo lo que he sospechado. Sancho le replicò diziendo: si V.m. me creyera al principio, no nos metieramos en estas travas cuẽtas, y plegue à Dios no lo lloremos todos, pero vaya delante como dize V.m. en hora buena, que acà nos iremos tan detras dèl como podremos, si bien no tanto como querriamos. Adelantòse luego Don Quixote vn poco, y como viesse llegado cerca de la venta, siete, ò ocho personas vestidas de diferente mezcla, bolviò luego turbado las riendas à rocinante, y llegandose à los de su cõpañia, les dixo: Todo el mundo señores calle, y ojo à la puerta del Castillo, y à los vestigios que en ella ay: Miraron todos àzia allà, y como los que en la venta estavan, vieron venir vn hombre armado de aque-

lla

lla fuerte, y con tan grande adarga, cosa por alli poco vsada, y que ya se adelantava, y ya bolvia atras à hablar con vna muger vestida de colorado, salieron à ver maravillados la novedad, fuera de la venta, no siendo pocos los miradores, pues eran los de vna compañia grave de Comediantes de los nombrados en Castilla, los quales con su Autor se avian determinado quedar alli aquella tarde à hazer algunos ensayos de comedias, para entrar con ellas essotro dia con buen pie en Alcalà, teatro de consideracion, y cuenta, por los agudos, y extremados ingenios, que toda España le dan lustre. Pues como Quixote los viesse puestos en hilera, y en su mira, y entre ellos su Autor (hombre moreno, y alto de cuerpo, que estava delante de todos, teniendo en la mano vna varilla, y en la otra vna Comedia que iba leyendo) començò à dezir: Agora hecho de ver amigo Sancho, las grandissimas mercedes, que cada dia recibo de la sabia Vrganda mi benevola, y fidelissima protectora, pues oy me lo ha dado claramente à entender, que en èsta fortaleza està aquel perverso encantador Freston mi contrario, aguardandome con alguna estratagema, ò engaño con sobervio talante entre duras cadenas, en su obscura mazmorra: pero yà que voy del caso bien advertido, me determino acabar de vna vez con èl si puedo, para que de aqui adelante pueda andar mas seguro, y libre por todas las partes del mundo que caminare, y porque creas Sancho, y vos poderosissima Reyna, y vosotros virtuosissimos mancebos, que digo verdad, no veis entre aquellos Soldados que en la puerta del Castillo està haziendo centinela vn hombre alto, y moreno de cara, con vna varilla en la mano derecha, y en la izquierda vn libro: pues aquel es mi mortal enemigo, el qual ha venido à estorbarme la batalla, que con el Rey de Chypre Bramidan de Tajay unque, tenia aplaçada con fin de irse luego por el mundo, baldonandome, y publicando de mi que no me atrevì de puro covarde llegar à la Corte à verme con èl, donde me aguardava para la pelea: y si tal me estorvasse con sus encantamientos, lo sentiria à par de muerte: por tanto, yo me determino de ir, y ver si de alguna manera puedo quitar del mundo, à quien tantos males, y daños ha causado, y causa en èl. Los Estudiantes maravillados de los disparates de Don Quixote, se le llegaron quitados los sombreros, y el vno le dixo: Mire V.m. señor Don Quixote, si es servido en lo que dize, y pien sa hazer, que nosotros sabemos muy bien, que esto es venta, y no fortaleza, ni Castillo, ni ay la guarda en ella de Soldados, que V. m. pien sa, y la gente que està en su puerta, es bien conocida en España, que son Comediantes, y el que V.m. llama encantador, es su Autor Fulano, y el otro del ferreruelo caido sobre el ombro Zutano, y assi fue nombrando casi todos por sus nombres, por conocerlos bien: de lo qual enojado D. Quixote, replicò: esso es lo q

yo

yo digo à pesar de todos los que contradezir me quisieren, y otra vez afirmo que aquel grande es el dicho encantador mi contrario, que con aquella vara que tiene en la vna mano, haze los cercos, figuras, y caracteres en invocacion de los demonios, y con aquel libro que tiene en la otra los conjura, oprime, y atrae à quanto quiere, mal que les pese, y para que veais claramente ser verdad lo que digo, andad vosotros delante, y dezilde como sois pajes del Cavallero desamorado que aqui viene, y vereis lo que passa. Ofrecieronse ellos à ir allà de muy buena gana, y llegados q̃ fueron contaron al Autor, y à su compañia, todo lo que Don Quixote era, y lo que avia hecho, y dicho por el camino, y en Siguença, y como llamava Reyna Zenobia à Barbara, la bodegonera de la cuchillada de Alcalà, bien conocida de todos, con quien se avia encontrado en el viaje, de lo qual rieron el Autor, y sus compañeros bravamente, holgandose infinito de que se les ofreciesse ocasion en que passar el tiempo aquella noche. A la que estavan en esto, fue D. Quixote acercandose poco à poco à la venta, y viendolo Sancho, baxò luego de su rucio, para vèr en que parava aquello que su amo iba à emprender: tambien Barbara le rogò la baxasse de la mula, pues estava tan cerca de la venta, el qual lo hizo tomandola en braços, y como para hazello fuesse forçoso juntar èl su cara con la de Barbara, ella le dixo: Ay Sancho, y que duras, y asperas tienes las barbas, mal aya yo, sino parecen cerdas de zapatero, Jesus mio, y que trabajos tendrà la muger que durmiere contigo todas las vezes q̃ las besare. Pues para què diablos, dixo Sancho, las tengo de besar, beselas la madre que las hizo, ò barrabàs, que no tiene mocos, que para lo deste mundo yo no beso à nadie, sino es à la hogaça quando la cojo por la mañana, ò à la bota qualquiera hora del dia. Ea, replicò Barbara, no se nos haga bovo entre manos, que à fe no le saben mal las mugeres, y sino me acogiesse esta noche en la cama en q̃ tengo de dormir sola, viniendose a ella quedito, y se me metiesse entre las savanas, sin q̃ persona lo sintiesse, mal año, y q̃ tal me pararia: de sola vna cosa me pesaria en tal caso, y es, q̃ no osaria dar vozes por temor de D. Quixote, y los huespedes, que mas vale mal passar, que gritar, y quando algo hiziessemos en fin estariamos à escuras, y nadie lo avia de saber, que en fin claro està, que yo por mi verguença, y vos por ser hombre honrado lo aviamos de callar. Sancho que no entendiò la musica de Barbara, dixo: A fe què tienes razon, q̃ quando no dan vozes, y estamos à escuras, duermo yo muy mejor, y mas à pierna tendida, y de suerte, que no me recordaràn con vn millon de campanas destempladas. Ay amarga de mi, respondiò Barbara, y que lerdo que eres, menester es llevarte por el camino de los carros, dame la mano ladron mio, que estoy entumecida, y no me puedo tener en pies. Diòsela Sancho, diziendole: Tomela con todos los diablos, y vayasse poco à poco

co en esso de ladron, que sepa que no sufro burlas, y podrialo oir tal vez algun Escriva, ò Pharisco de los muchos, y malicioſos que ay en el mundo, y acuſandome dello à la juſticia, hazerme dar dozientos açotes. Bolvieron en esto la cabeça, porque vieron hablar en alta voz à Don Quixote, el qual llegandose bien cerca de la venta, puesto el cuento del lançon en tierra, començò à dezir à los que estavan en su puerta desta manera: O sabio encantador, tu quiẽ quiera que seas, que desde el dia de mi nacimiento, hasta la hora en que estoy, siempre has sido mi contrario, favoreciendo como pagano que eres à aquel, ò aquellos Cavalleros que sabes que yo traygo acoſſados con mi fuerte braço, quitandoles la opinion que por el mundo tienen, alçandome con la fama dellos, siendo pregonero de mis hechos, y de su covardia, la misma que lo fue de los Alexandros, Cesares, Anibales, y Scipiones antiguos, dime perverſo, y luciferino nigromantico, por què hazes tantos, y tan grandes males en el orbe contra toda ley natural, y divina, sabiendo por los anchos caminos, y sus forçoſas encrucijadas, acompañado de los descomunales jayanes que en esta tu fortaleza te fortifican, prendiendo, robando, y maltratando à los amantes Cavalleros que poco pueden, y forçando à las sembras de alta guisa, y dueñas de honor, que acompañadas de astutos enanos, y diligentes escuderos, ván por los caminos reales con algunas cartas de confidencia, y joyas, y preseas de estima, buscando à los Cavalleros, à quien sus señores tiernamente aman, y no solo no te averguenças de hazer lo que digo, pero como inhumano, y tirano cruel las metes en este castillo, y no para regalarlas, y darles buen acogimiento, sino para metelles en crueles, y obſcuras mazmorras con otras muchas Princesas, Cavalleros, pages, escuderos, carroças, y cavallos, que en èl tienes, por tanto, ò sangriento fiero, è indomito Gigante, sacame luego aqui sin rèplica ninguna, toda la gente que digo, bolviendoles à cada vno la oprimida libertad, y quantos tesoros con ellas les has robado, y juro poſtrado en tierra, en manos de la fermoſa, y sin par gran Reyna Zenobia, que conmigo viene, de enmendar, la mala vida passada, y de favorecer de aqui adelante à dueñas, y donzellas, y de desfazer juntamente los tuertos de la gente menesterosa, que con esto, y con darte à merced, te dexare por agora con la vida, que tan justamente muchos años ha te avia de aver quitado, y sino lo quieres hazer, salgan luego à batalla conmigo todos los que en essa tu fortaleza tienes, à pie, ò à cavallo, y con el genero de armas que quisieren, todos juntos como es costumbre de la gente pagana, y Barbara, tal qual vosotros sois, y no pienſes que porque està con esse libro, y vara en las manos, qual encantador, y superſticioſo Mago, que por mas que lo seas han de valer tus hechizos contra los filos de mi espada, porque conmigo traygo invisiblemente al sabio Alquid

quife mi coroniſta, y defenſor en todos mis trabajos, y à la ſabia Vrganda la deſconocida, con cuya eſciencia comparada la tuya es ignorancia: ſalid, ſalid preſto, preſto, y con eſto comenzò à rebolver el cavallo, por acà, y por acullà, haziendo gambetas, de lo qual reìan mucho los Comediantes, à los quales como Sancho vieſſe reir de tan buena gana, tras averles dicho ſu amo las rázones, à ſu parecer, tan dignas de amedrentarlos, les dixo en alta voz. Ea ſobervios, y deſcomunales repreſentantes, oprimidores de las vergonçoſas infantas que eſtàn ay detras de voſotros, haziendo humildes oraciones à los Cielos para que las libren de vueſtra tyranica repreſentante vida, acabemos yà, y ſi os aveis de dàr por vencidos a mi ſeñor Don Quixote de la Mancha, ſea luego, porque queremos entrar en la Venta, yo, y la ſeñora Reyna de Segovia, que à fe que tenemos muy bien picados los molinos, y ſi no eparejaos para embiarnos aqui algunos quartales de pan, en cuya deſtroza nos ocupemos ſu Mageſtad, y yo, mientras mi ſeñor la haze en voſotros, en eſta vezina guerreacion, aſsi garreado le vea yo en caſa de todos los Griegos de Galicia. Los repreſentantes eſtavan tan maravillados, que no ſabian que reſponder à los diſparates del vno, y ſimplicidades del otro: mas el Autor con quatro, ò cinco de los compañeros ſe ſaliò de la Venta, y llegandoſe donde eſtava Don Quixote, le dixo: Señor Cavallero andante, eſtos ſeñores Eſtudiantes nos han informado del gran valor, virtud, y fuerzas de V. m. los quales ſon tales, que baſtan à ſujetar, no ſolamente eſta fortaleza, ò Caſtillo, donde ha mas de ſetecientos años que yo hago mi habitacion, ſino al mas fiero, y bravo Gigante que en toda la gigantea nacion ſe halla: por tanto, yo, y todos eſtos Principes, y Cavalleros que conmigo eſtàn, nos damos por vencidos, y rendimos vaſſallaje à V. m. ſuplicandole ſe apee de eſſe hermoſo cavallo, y dexe la adarga, y lanza, quitandoſe eſſas ricas armas, para que ſin ſu embaraço pueda V. m. recibir el devido ſervicio que eſtos ſus criados le deſean hazer, y viva ſeguro, de que aunque ſoy pagano, como mi morena cara, y membrudo talle mueſtra, todavia ſolo tengo librados mis encantamientos, para hazer mal à quien yo me sè. Venga V. m. entre, y cenarà con noſotros, y verà como ſe huelga de avernos conocido, y entre ſegura tambien la ſeñora Reyna Zenobia, aliàs Barbara, que guſtaremos todos ſaber de ella, qual de las hiervas le dà mas faſtidio de noche, la ruda, ò la verbena que ſe coge la mañana de San Juan. O falſo hechizero, reſpondiò Don Quixote, agora pienſas con tus falazes, y halagueñas palabras engañarme, para que entrando dentro de tu Caſtillo fiado de ellas, cayga en la trampa que à la entrada

de ſu puerta me tienes armada, deſeoſo de hazer luego de mi a tu ſabor? No me engañaràs, que ya te conozco, deſde que en Zaragoça me encerraſte con eſpoſas en las manos, y vn grande tronço en los pies, en aquel duro calaboço que tu ſabes, del qual me ſacò el valeroſo Granadino Don Alvaro Tarfe. Sancho que avia eſtado eſcuchando lo que paſſava, ſe puſo al lado de Don Quixote, diziendo, mirando de hito à hito al Autor. O hideputa paganaço, pienſa que aqui no le entendemos, à otro hueſſo con eſſe perro, que aqui todos ſomos Chriſtianos por la gracia de Dios, de pies à cabeça, y ſabemos que tres, y quatro ſon nueve, que no ſomos bovos, porque nos avemos criado en el Arganeſilla junto al Toboſo: y ſi no quiere creernos, metanos el puño en la boca, y verà ſi le mamamos, deſe por vencido, digo, èl, y todos eſſos Luteranos que le rodean, ſi no quiere que ſe nos ſuba el humo à las narizes, echemos pellillos en la mar, y con eſſo tan amigos como de antes. Don Quixote le dixo colerico, dando de eſpuelas à rocinante: quitate Sancho, no hagas pazes con gente infiel, y pagana, porque los que ſomos Chriſtianos no podemos hazer con eſſos, mas que treguas, quando mucho. Pues ſeñor, dixo Sancho, poniendoſe delante de rocinante, ſi ello es verdad que V. m. es tan Chriſtiano como yo (que eſſo Dios lo ſabe) que ſe que lo ſoy deſdel vientre de mi madre, pues deſde el creo bien, y verdaderamente en Jeſu Chriſto, y en quanto èl manda, y en las Santas Igleſias de Roma, y en todas ſus calles, plaças, campanarios, y corrales à pie juntillas, hagamos eſſas treguas que dize, que parece que es vn poco tarde, y las tripas me andan yà eſpoleando el vientre de hambre: quitate de delante de mis ojos pecora, dixo Don Quixote, quitate digo: y en eſſo baxando la lança, diò vn apreton à rocinante àzia el Autor, el qual le dexò venir, y hurtandole el cuerpo le aſio de la rienda del rocin, que al punto eſtuvo quedo como ſi fuera de piedra: acudieron al punto los demàs compañeros, y vno le quitò la lança, otro la adarga, y otro, aſiendole del pie, le bolcò por la otra parte, tras lo qual acudieron tambien tres, ò quatro mozos, de los que llaman mete muertos, y ſaca fillas, que agarrandole, los vnos por los pies, y los otros por los braços, le llevaron à la Venta, mal de ſu grado, donde le tuvieron buen rato echado en el ſuelo, ſin que ſe pudieſſe levantar: las coſas que el triſte Cavallero deſamorado hizo, y dixo, viendoſe de aquella ſuerte, colijanlas los curioſos, de ſu condicion, y braveza, pues ya la ternan penetrada de las primeras partes de ſu hiſtoria, que no ſe atreve el hiſtoriador de eſta, por ſer tan extraordinarias, y dignas de elegantiſſimas exageraciones, à referirlas. Lo

que

que se dezir es, que el Autor mandò à los mozos le tuviessen de la suerte que estava, sin soltarle de ninguna manera, hasta que el bolviesse, y tras esto salìo con algunos compañeros en busca de Sancho, à quien hallò abraçado con Barbara, mesandose las espessas barbas, llorando amargamente por vèr lo que su amo padecia: al qual dixo, aora don vellaco me pagareis lo de antaño, y lo de ogaño, levantaos que no ay para mi lagrimas, ni ruegos, porque pienso luego à la hora en llegando con vos al Castillo desollaros muy bien, y cenarme esta noche vuestros higadillos, y mañana asar todo lo demàs de vuestro cuerpo, y comermelo, que no me sustento yo de otra cosa, que de carne de hombres. Sancho que oyò aquella crudelissima sentencia, luego se hincò de rodillas, y cruzando las manos debaxo de la caperuça, començò à dezirle. O señor Pagano, el mas honrado que ay en todas las paganerias, por las llagas del señor Lazaro, que santa gloria aya, le ruego que tenga misericordia de mi: y si es servido, antes que me coma, mande V.m. dexarme ir à despedirme de Mari Gutierrez, mi muger, que es colerica, y si sabe que V.m. me ha comido, sin que yo me aya despedido della, me terna por grandissimo descuydado, y no podrè despues verle vna buena cara: basta que le prometo bien, y verdaderamente, de bolver aqui para el dia que V.m. mandare, y plegue à Dios si faltare, que esta caperuça me falte à la hora de mi muerte, que es quando mas la avrè menester. Amigo, respondiò el Autor, no ay remedio de esse negocio, y levantando la voz dixo: Ola à quien digo, criados, traedme luego aqui aquel asador de tres puas en que suelo espetar los hombres enteros, y asadme al punto à este Labrador. El pobre Sancho que tal oyò dezir, bolviò la cabeça, y viò à Barbara que estava hablando con vno de los representantes, llena de risa, y dixola con increìble dolor de su anima: ay señora Reyna Segobia, compassion del pobre de Sancho, su leal Lacayo, y servidor: y mire la tribulacion en que està puesto, y pues es tan impotente, ruege à este señor Moro, que me eche à aquellas partes en que mas de mi se sirva, solo no me mate. Entonces llegò Barbara, diziendo: suplico à V.m. poderosissimo señor Alcayde, y noble Castellano de este Alcaçar, remita por amor de mi esta vez à Sancho, vida, y miembros, que le debo buenos servicios, y salgo por fiadora de su enmienda, obligando, si no lo hiziere, todos sus bienes, muebles, y raizes, avidos, y por aver, al castigo que ordenare V.m. darle. Respondiòle el Autor con gran voato, y fingida colera, V.m. señora Reyna de la calle de los bodegones de Alcalà, me perdone, que de ninguna manera puedo dexar de acabar con este villa-

no, si yà nō es que bolviendose Moro, siguiesse el Alcorān de nuestro Mahoma: digo, respondiò Sancho, señor Turco, que creo en quantos Mahomas ay de Levante à Poniente, y en su Alcorral, de la suerte, y como V.m. lo manda, y como lo permite; y consiente nuestra Madre la Iglesia, por quien darè la vida, y anima, y quanto puedo dezir. Pues es menester, dixo el Autor, que con vn cuchillo muy agudo os cortemos vn poco del plusquam perfecto: respondiò Sancho, que plusquam, señor, es esse que dize, que yo no entiendo essas algaravias: digo, replicò el Autor, que para que seais buen Turco, es menester primero, con vn cuchillo bien afilado retajaros. A señor, por las tenaças de Nicomemos, dixo Sancho, que V.m. no me corte nada de ay, porque lo tiene tan bien contado, y medido mi muger Mari Gutierrez, que por momentos lo reconoce, y pide cuenta de ello, y por poco que le faltasse, lo echaria luego menos, y serìa tocarle en las niñas de los ojos, y me diria que soy vn perdulario, y desperdiciador de los bienes de naturaleza: y si à V.m. le parece esso que me ha de cortar, no sea de ay (porque como digo, bien echa de vèr que es menester todo en casa, y algunas vezes ann falta) si no cortemelo de esta caperuça, que aunque es verdad que hara falta en ella, todavia mejor se podrà remediar que essotro. Bolviò en esto la cabeça àzia atràs, por no poder disimular la risa que le causò la simplicidad de Sancho, y disimulando quanto pudo, le dixo, al cabo de rato, levantaos señor Moro nuevo, dad àcà là mano, y mirad, que de aqui adelante aveis de hablar algaravia como yo, que presto subireis à Arracz, Alfaqui, y à gran Baxan. Par diez señor, dixo Sancho, que aunque me hagan Rebadan, querria mas llegar primero à mi Lugar, à dàr cuenta de mi à dos bueyes que tengo en casa, seis ovejas, dos cabras, ocho gallinas, y vn porquete, y à despedirme de Mari Gutierrez, en lengua Moruna, y à dezirle como me he buelto yà Turco, que quizàs ella tambien se querra tornar Turca: pero hallo vn inconveniente en si lo quisiere hazer, y es, que no sè de adonde la podremos retajar, porque no tiene debaxo del Cielo de adonde: respondiò el Autor, diziendo, esso no importa nada, porque yà la cortaremos el dedo pulgar de la mano derecha, y esto bastarà. A fe, dixo Sancho, que ha dicho muy bien, porque esse dedo no le harà à ella la falta que me harà à mi lo que me quiere cortar, que en efeto es muy mala hilandera: mas con todo he pensado de do serà mejor circuncidarla, porque no le quite el dedo que dize, que todavia es bueno tenga cinco dedos en cada mano, como Dios manda en las obras de misericordia: de donde,

pues,

pues, preguntò el Autor, la circuncidaremos, de la lengua, reſpondiò Sancho, porque la tiene mas larga que la del Gigante Golias, y es la mayor parlera, y repoſtona que aya en todas las parlerias, y tierras de papagayos. Con eſto ſe bolvieron à la puerta de la Venta, adonde tenian al buen hidalgo Don Quixote los mozos del hato, ſentado en vna ſilla, deſarmado, y aſido, de ſuerte que no le dexaban menear, y viendole el Autor, dixo à Sancho: hermano, ya veis como eſtà vueſtro amo, es meneſter que le digais como yà ſois Moro, y le perſuadais à que tambien èl lo ſea, ſi quiere librarſe de la tribulacion en que eſtà pueſto, porque ſino, dentro de dos horas nos le comeremos aſado, en el aſador en que penſavamos aſaros à vos. Dexeme V.m. à mi, dixo, que yo le harè tornar Moro por la poſta. Puſoſe delante de Don Quixote el Autor, diziendole: ques Cavallero, como và, al fin, aveis venido à parar en mis manos, de donde primero que ſalgais aveis de tener las barbas tan largas que os arraſtren por el ſuelo, y las vñas de pies, y manos, tan grandes como vnos colmillos de elefante, tras que os vereis comido de ratones, lagartos, chinches, piojos, pulgas, moſcas, moſquitos, tavanos, y otras aſqueroſas ſavandijas, y maniatado con vna grueſiſsima cadena, en vna lobrega carcel, con otros de vueſtro jaez, que alli eſtàn, con grillos à los pies, y eſpoſas en las manos, haſta que acaben ſus triſtes, y deſventuradas vidas. Don Quixote le reſpondiò, diziendo: no pienſes, ò ſabio contrario mio, que tus locas, y vanas palabras, y perjudiciales obras, han de ſer baſtantes à hazerme quebrar vn punto, à que debo guardar como verdadero Cavallero andante, ni amedrentarme en el debido ſufrimiento, à los vezinos trabajos, y tribulaciones que me amenazan, pues eſtoy cierto que por diſcurſo de tiempo, y al cabo, quando mucho, de ſetecientos años, he de quedar libre de eſte tu cruel encantamiento, en que contra toda ley, y razon, por ſolo tu guſto me tienes pueſto, y no deſeſpero: ò inhumano encantador, de que antes del dicho plazo algun Principe Griego novel me ſaque de aqui, pues vno abra, que ſaldrà de Conſtantinopla de noche, ſin deſpedirſe de nadie de la Corte, y ſin que lo ſepan ſus padres, eſpoleado de ſu honor, y alentado con vn conſejo de vn grande, y ſapientiſsimo Mago, amigo ſuyo, y deſpues de aver paſſado grandiſsimos trabajos, y peligros, y aver ganado mucha honra por todos los Reynos, y Provincias del vniverſo, llegarà aqui à eſte fortiſsimo Caſtillo, y matando los fieros Gigantes, que por prevencion tuya ſu entrada defiendan como guardas de ella, y de la puente levadiza que le fortifica, matarà tambien à los dos rapantes griſos in-

humanos porteros de su primera puerta, y entrando en el primer patio, y no sintiendo rumor, ni viendo persona que se le oponga, se sentarà de cansado en el suelo vn rato, y luego oirà vna furiosa voz, que sin saber quien la pronuncia le dirà: levantate Principe Griego, que en aziaga hora, y para tu daño entraste en este Castillo, y apenas abrà acabado de dezillo, quando saldrà vn ferocisimo dragon echando fuego por la boca, y ponzoña por los ojos, con las vnas crecidas mas que dagas Bizcaìnas, y con vna cola tan aguda, y larga, como vn acicalado montante, con la qual todo quanto encontrare echarà por el suelo, pero matandole el dicho Principe, ayudado de su favorable, y benevolo sabio, con invencibles socorros se desharà à la postre todo este encantamento, y entrando vitorioso: otra puerta mas adentro, se hallarà en vn apacible jardin, lleno de varias flores, poblado de amenisimos fructiferos, y aromaticos arboles, cuyas copas poblaràn cisnes, calandrias, ruiseñores, y mil otras diferencias de jucundisimas aves, fertilizando mil arroyos, dificultosas de discernir sus aguas, si son de cristal, ò leche, en medio del qual se le aparecerà vna hermosisima ninfa, vestida de vna rocegante ropa, sembrada de carbuncos, diamantes, esmeraldas, rubies, topacios, y amatistes: la qual, dandole con rostro benevolo, con la vna mano vn manojo de llaves de oro, y poniendole con la otra en la cabeza vna guirnalda de agno casto, y amaranto, desaparecerà tras vna celestial musica, y luego dicho Principe con las llaves de oro llegarà à abrir las mazmorras, dando libertad jucundisima à todos los presos, y presas de ellas, y à mi el postrero, pidiendome por merced le arme por mis manos Cavallero andante, y le admita por insuperable compañero: lo qual, concediendoselo yo todo, obligado de su hermosura, discrecion, y esfuerzo, iremos por el mundo despues inumerables años juntos, dando fin, y cima à quantas aventuras se nos ofrecieren.

CAPITULO XXVII.

DONDE SE PROSIGUEN los sucessos de Don Quixote con los representantes.

ADmirados quedaron en sumo grado los Comediantes, de vèr el estraño genero de locura de Don Quixote, y los disparates que ensartaba: pero Sancho que avia estado escuchando detras del Autor todo lo que su amo avia dicho, le dixo: pues señor desamorado como và, acà estamos todos por la gracia de Dios: ò Sancho, dixo Don Quixote, què hazes? Hate hecho algun mal este nuestro enemigo? Ninguno, respondiò Sancho, si bien es verdad, que

què me he visto yà casi con vn asador en el rabo, en que queria este señor Moro asarme para comerme, pero hame perdonado, por vèr me he tornado Moro: què dizes Sancho, dixo Don Quixote, Moro te has tornado? Es posible que tan grande necedad has hecho? Pues pese à las barbas del Sacristan del Argamesilla, respondiò Sancho, no fuera peor que me comiera, y que despues no pudiera ser Moro, ni Christiano, calle que yo me entiendo, escapemos vna vez de aqui, que luego despues verà lo que passa. Entonces el Autor, apiadandose de las congojas, y trasudores en que veia à Don Quixote, cansados yà de reir los Estudiantes, Barbara, y toda la compañia, dixo: Aora sus señor Cavallero, no es yà tiempo de mas disimular, ni de traer encubierto lo que es razon que se descubra, y assi, aveis de saber señor Don Quixote, que yo no soy el sabio vuestro contrario de ninguna manera, antes soy vn grande, y fiel amigo vuestro, y qual tal siempre, y en todas partes he mirado, y miro por vuestros negocios, mejor que vos propio, y agora por provar vuestra prudencia, y sufrimiento he hecho todo lo que aveis visto, por tanto dexenle todos luego, y huelgue, y repose en este mi Castillo todo el tiempo que le pareciere, que para tales Principes, y Cavalleros como èl, le tengo yo aparejado: y dadme, è famosissimo Cavallero andante, vn abrazo, que aqui estoy para serviros, y no para hazeros daño alguno como pensastes, y advertid que el venir aqui vos, y la gran Reyna Zenobia, ha sido todo guiado por mi gran saber, porque os importa infinito à vos, y à vuestros servidores, llegueis à la gran Corte del Rey Catolico, en la qual os aguardan por momentos vn millon de Principes, y de do aveis de salir con grande aplauso, y victoria. Soltaronle en esso los mozos, y el Autor le abrazò, y con èl sus compañeros hizieron lo mismo. Quando Don Quixote se viò suelto, assombrado de como èl le tenia por nigromantico, y lo que le avia dicho, teniendolo todo por verdad, se levantò, y abiertos los brazos se fue para èl, diziendo: yà yo me maravillava, de sabio amigo, que en tan grande trabajo, y tribulacion como la en que agora me avia puesto, dexassedes de favorecerme con vuestra prudentissima persona, y eficaces ardides, dadme essos brazos, y tomad los mios desmembradores de robustos Gigantes, y verdugos expertos de enemigos vuestros, y mios. Con esto todos le bolvieron à abrazar con nuevas muestras de alegria, y llegandose la muger del Autor à vèr el rostro de aquel loco à quien todos abrazavan, le dixo, considerada su ridicula figura: Señor Cavallero, yo soy hija de aqueste grande sabio su amigo, mire V.m. que si en algun tiempo huviere menester su favor, ò si al-

gun Gigante, ò Mago me llevare encantada, que no dexe de favorecerme en todo caso, que aquí mi padre se lo pagará, y aun (dixo otra de los representantes que estava à parte riendo) le dexará entrar de balde en la Comedia con solo medio real que le ponga en la mano. Respondiò Don Quixote: no es menester, soberana señora, encargarme à mi, lo que à vuestro servicio toca, teniendo yo tantas obligaciones à vuestro sabio padre, pero creedme, que aunque todo el vniverso se conjurasse contra vuestra beldad, y todos quantos sabios, y Magos nacen en Egypto, viniessen à España para tocaros en vn solo pelo de la cabeça, que yo solo (dexado à parte el gran poder de vuestro padre) bastaria no solo para defenderos, y sacaros à pesar suyo de sus manos, sino para poner en las vuestras sus alevosas, y falsas cabeças. En esto le llamò el Autor, diziendo: señor Cavallero ya la cena esta aparejada, y las mesas puestas, y assi V.m. se sirva de venirnosla à honrar en compañia mia, y de estos señores, porque despues tenemos que hazer vn negocio de importancia. Esto dixo, porque pensavan ensayar en cenando vna Comedia que avian estudiado para Alcalà, y la Corte. Estava Sancho maravillado de vèr à su amo libre de aquella prision, y tan alegre, que llegandose al Autor le dixo: A señor sabio, esto de tornarme yo Moro, ya que su merced nos ha dado à conocer su valor, ha de passar adelante, porque en Dios, y en mi conciencia me parece que no lo puedo ser de ninguna manera. Respondiòle el Autor, diziendo: pues por què no lo podeis ser? Porque quebrantarè, dixo èl, cada dia la ley de Mahoma, que manda no comer tocino, ni beber vino, y soy tan vellaco guardador dessо, que en viendolo à mano, no dexarè de comer, y beber dello, si me aspan. A esto respondiò vn Clerigo, que acaso se hallò en la Venta; si V.m. señor Sancho, ha prometido à este sabio Mago, bolverse Moro, no se le dè nada de la promessa, pues yo, en virtud de la Bula de Composicion, le absuelvo, assi de ella, como de lo hecho, y lo puedo hazer en su virtud, con solo darle de penitencia, que no coma, ni beba, en tres dias enteros, y advierta, que con solo cumplir esta leve penitencia, se quedarà tan Christiano como antes se estava. Esso, señor Licenciado, no me lo mande, respondiò Sancho, pues no digo tres dias, pero aun tres horas no me atreveria à cumplir essa penitencia, aunque supiesse que me avian de quemar no haziendolo: lo que V.m. me puede recetar si le parece es, que no duerma con los ojos abiertos, ni beba los dientes cerrados, ni trayga el sayo baxo la camisa, ni haga mis necessidades atacado. Estas cosas, aunque tienen su dificultad, yo le doy palabra de cumplillas en Dios, y mi conciencia.

Lle-

Llegaron tras estas razones à sentarse à cenar à la mesa, y antes de hazello, estando todos al rededor della en pie, y quitados los sombreros, començò el Clerigo à echar la bendicion en latin, y començaron à cenar; y dixo el Autor: sepan Vs. ms. señores, que la causa porque Sancho no se quitò la caperuça à la bendicion es, porque aun le han quedado las reliquias de quando era Moro, si bien es verdad, que aun està por retajar, y circuncidar: pero he dilatado el hazello, por lo que lleno de lagrimas me rogò denantes que le retajasse (si era forçoso hazello) de la caperuça, y no de la parte en que de ordinario se executa la circuncision por ser essa la de que su muger estava mas celosa, y de quien le pedia mas cuenta; y tras esto fue contando todo lo que con èl le avia sucedido, y acabando de hazello con la cena, levantados ya los manteles prosiguiò bolviendose à Don Quixote, y diziendole: como para hazerle fiesta en aquel su castillo avia mandado hazer vna Comedia, en la qual entrava tambien èl, y la que le dixo que era su hija. Don Quixote se lo agradeciò con mucho comedimiento, y sentandose en el patio de la venta en compañia de Barbara, del Clerigo, de los dos Estudiantes, y de Sancho, y de los de la posada, començaron à ensayar la grave Comedia del testimonio vengado, del insigne Lope de Vega Carpio, en la qual vn hijo levantò vn testimonio à la Reyna su madre en ausencia del Rey, de que acomete aduiterio con cierto criado, instigado del demonio, y agraviado de que le negasse vn Cavallo Cordovès, en cierta ocasion, de su gusto, guardando en negarle el orden expresso, que el Rey su Esposo le avia dado. Llegando, pues, la Comedia à este passo, quando Don Quixote viò à la muger del Autor, à quien èl tenia por su hija tan afligida, por hazer el personage de la Reyna, à quien se levantava el testimonio, y por otra parte advirtiò que no avia quien defendiesse su causa, se levantò con vna repentina coleta, diziendo: esto es vna grandissima maldad, traycion, y alevosia, que contra Dios, y toda ley se haze à la inocentissima, y castissima señora Reyna, y aquel Cavallero que tal testimonio le levanta, es traydor, fementido, y alevoso, y por tal le desafio, y reto luego aqui à singular batalla, sin otras armas mas de las con que aora me hallo, que son sola espada; y diziendo esto, metiò mano con increible furia, y començò à llamar al que levantava el testimonio, que era vn buen representante, el qual riendose con todos los demàs de la necia colera de Don Quixote, se puso en medio con su espada desnuda, diziendole, que aceptava la batalla para la Corte delante de su Magestad, con solos veinte dias de plazo, y mirando si hallava alguna cosa por alli que dalle en gaje, viò ar-

rimada

rimada à vn poste de la venta vna albarda, y sobre ella vn ataharre, y tomandole medio riendo se le arrojò, diziendo: alzad Cavallero cobarde essa mi rica, y preciada liga en gaxe, y señal de que sea nuestra batalla delante su Magestad, para el tiempo que tengo dicho. Don Quixote se abaxò, y la tomò en la mano, y como viò que del hazello se reian todos, dixo: No es de valientes Cavalleros, ni de sabios, y discretos Principes reirse de que vn traydor, y alevoso como este tenga animo para hazer batalla conmigo, antes avian de llorar viendo à la Señora Reyna tan afligida, aunque su ventura ha sido no poca en averme hallado yo presente en tal trance, para que semejante traycion no passe adelante, y bolviendo la cabeça, dixo à Sancho: ò mi fiel escudero, toma esta preciada liga del hijo del Rey, y metela en nuestra maleta, hasta de oy en veinte dias, que tengo de matar à este alevoso Principe, que tal testimonio ha levantado à mi señora la Reyna. Sancho la tomò, y dixo à su amo: Para què quiere V. m. que metamos este ataharre en la maleta entre la ropa blanca, estando tan sucio? Dele al diablo, que yo le atarè en la cincha del rucio, y alli irà hasta que topemos cuyo es. O necio, dixo Don Quixote, y esto llamas ataharre. Pues què diablos, dixo Sancho, es, sino ataharre. No vès animalazo, replicò Don Quixote, que es vna riquissima liga del hijo del Rey, como lo dizen estos rapazejos de oro, de cada vno de los quales cuelga, ò vna esmeralda, ò vn rubì, ò vn diamante. Lo que yo veo aqui, respondiò Sancho, sino estoy borracho, es vna empleyta de esparto, con dos cordeles à los cabos harto sucios, y sirve de ataharre de algun jumento. Ay tal locura semejante, dixo Don Quixote, como la de este escudero, que vna liga de tafetan doble encarnado, diga que es ataharre. Digo, respondiò Sancho, vna, y dozientas vezes, que es tan ataharre, como mi Aguelo, no tiene que porfiar. Maravillaronse todos de la porfia del amo, y del criado, sobre el ataharre, y llegando el Autor, la tomò en la mano, diziendo: Señor Sancho, mire V.m. bien lo que dize, y abra los ojos, que este ataharre, para lo deste mundo, es liga, y de grandissimo valor, para lo del otro no digo nada. Ello serà lo que yo digo, respondiò Sancho, que no soy ciego, y tengo gastados mas atahartes destos, que ay estrellas en el limbo. En esto saliò vn Labrador de la cavalleriza, cuya era la albarda, y ataharre, y llegandose à Sancho, le dixo: Hermano dad acà mi ataharre, que no està ay para que vos os alceis con èl. Holgò Sancho infinito de oìr esto, y bolviendose lleno de risa à los circunstantes, les dixo: Bendito sea Dios señores, que estaràn contentos, à fe que aora, aunque les pese, han de confessar mi buen juizio, pues ven que acertè de la primera vez, que este era ataharre, cosa en que jamàs supieron caer tantos, y tan buenos entendimien-

tos,

tos, y diziendo esto diò el ataharre al Labrador, lo qual viendolo Don Quixote se llegò à èl, y tirando reziamente se le quitò, diziendo: Ha villano soez, y de quando acà fuiste tu digno de traer vna tan preciada liga como esta, ni todo tu safio linage: tras lo qual se le iba à meter en la faltriquera, pero impediolselo el Labrador, que no sabia de burlas, asiendole del braço, y porfiando Don Quixote que se lo contradezia. El Labrador, en fin, como era hombre membrudo, y de fuerça, y essas le faltaban à Don Quixote, por estàr tan flaco, pudo darle vn empellon tal, en los pechos, que le hizo caer con èl de espaldas, y saltandole encima, le quitò por fuerça el ataharre de la mano. Llegò Sancho en esto à ayudar à su amo, dando dos, ò tres crueles muchicones en la cabeça al Labrador, el qual rebolviendo hecho vn Leon contra Sancho, le cinchò dos, ò tres vezes el ataharre por la cara. La risa de los Comediantes era notable, grande la prisa de los Estudiantes en despartilles, notable la diligencia de Barbara en ayudar à levantar à Don Quixote, cuya colera infinita, y mayor el sufrimiento del pobre Sancho, el qual puesta la mano sobre las narizes, de las quales le salia mucha sangre, por averle alcançado el Labrador con el ataharre en ellas, començò à ir furioso tras èl àzia la cavalleriza, diziendo: aguarda, aguarda descomunal harriero, y verás si te hago confessar mal que te pese, que eres mejor que yo, con ser vn grandissimo vellaco, puto, y hijo de otro tal. Don Quixote le diò vozes, diziendo: buelvete hijo Sancho, y dexale ir que harto trabajo lleva consigo, pues como infame ha huydo de la batalla, sin ofar atendernos; pero què ha de ofar atender vn sandio, tal qual èl es, y yà te he dicho muchas vezes, que al enemigo que huye, la puente de plata; y si nos lleva la preciada liga, no ay que espantar dello, porque muchos ladrones yo he leydo en libros, que han robado à Cavalleros andantes, no solo à sus preciados cavallos, sino tambien sus ricas armas, ropa, y joyas. No me espanto del hurto, dixo Sancho, que avezado està V.m. à que ladrones se le atrevan à hurtar joyas preciosas; que yà en Zaragoça otro me hurtò de las manos, con las vñas de las suyas, las reales agujetas del ave Fetrix, ò como se llama, que V.m. ganò por su buena lança en la fortija. Encolerizòse Don Quixote de esta nueva, diziendo: Pues como villano, si tal passò, no me lo dixiste luego alli, para que hiziera añicos al ladron atrevido. Por ahorrar de pesadumbre à V.m. respondiò Sancho, lo he callado, y por temor de que no le causasse alguna passacolera el enojo: pero balte el que he tenido por ello, y las lagrimas que me han costado las negras agujetas; y diziendo esto, començò à llorar, repitiendo, ay agujetas de mi anima, desdichada de la madre que os pariò, pues tal desgracia ha visto passar por vosotras, no os olvideis

videis os ruego por las entrañas de Christo, deste vuestro fiel, y leal servidor, pues yo mientras viviere no me olvidare de vosotras, ni de vuestra bonissima condicion; assi mal provecho le hagan al ladron vuestra dulçura, y sabor. Acallòle Don Quixote, dandose por pagado de sus lagrimas, y del perdon que tras ellas le pidiò, por la perdida, y saliendo de su assiento el Autor, lleno de risa, le tomò por la mano, y le dixo: V.m. señor Cavallero lo ha hecho muy bien en esta batalla, y assi trás ella será razon nos vamos a acostar por ser ya tarde, y estar V.m. cansado, y quedese la Comedia en este punto, y llevandole con Sancho a vn mal aposento, que les avia prevenido, no se quiso salir de èl, hasta que los dexò à ambos acostados, y cerrados, temiendo no echassen sus moços al pobre de Sancho, vna melecina de agua fria, como sabia lo tenian pensado. Llegada la mañana se saliò, sin dezirles nada, por consejo de los Estudiantes, el Autor, con toda su compañia de la venta, y se fue para Alcalà. Levantòse algo tarde, por el cansancio de las pendencias passadas Don Quixote, abriendole la puerta el ventero; y la primer cosa que hizo en despertar, fue preguntar à Sancho por la Reyna Zenobia, y si la avian dado cama, y todo recado la noche passada, con la decencia que su Real persona merecia. Yo señor, respondiò Sancho, como estuve tan ocupado en la sangrienta batalla que tuvimos, con aquel que nos hurtò el atahorre, ò liga, ò como es su gracia, no me acordè della, mas que sino fuera Reyna: pero à lo que entendì, dos moços de aquellos de los representantes la hizieron merced de llevalla consigo, con no poco gusto della, por no dar que dezir à malas lenguas. Estando en esto subiò Barbara con los Estudiantes, adonde estava Don Quixote, y Sancho, diziendo: Muy buenos dias tenga la flor de los Cavalleros, como le ha ido à V.m. esta noche. O señora Reyna, respondiò Don Quixote, la V. m. perdone el descuydo que con su Real persona esta noche se ha tenido, porque la culpa tiene el negligente Sancho, que teniendole mandado, que ande siempre delante de V.m. para ver lo que se le antoja, mirandola a la cara, se ha descuydado de puro molido de las batallas passadas, segun aora me acabava de dezir. A esto, respondiò Sancho: Yo señor harto la miro à la cara: pero como la tiene tan vellaca, todas las vezes que la miro, y la veo, con aquel sepan quantos en ella, me provoca à dezirle: cocale marta, cancion que dezian los niños à vna mona vieja, que estos años atràs tenia en la puerta de su casa, el Cara de nuestro lugar. Malos dias vivas, respondiò Barbara, y no llegues vellaconazo à los mios plegue à Christo: pero calla que à fe no lo vayas à penar al otro mundo, que hartas pesadumbres se yo dar de noche, à otros mas agudos que tu, y en manos està el pandero que le sabrà

ſabrà bien tañer. Los Eſtudiantes dixeron à Sancho: ſeñor Sancho, no moleſte V.m. à la ſeñora Reyna, que ſabe hazer lo que dize, mejor de obras que de palabras, para què (diga) quiere verſe alguna noche bolando por las chimineas entre baſares, platos, y aſadores, donde ſe vea, y ſe deſee, y llore el no aver querido obedecerla. Pues ſi ella, reſpondiò Sancho, me haze bolar por los baſares, yo me quexarè à quien por toda ſu vida le haga vogar en las galeras. Pues no vè V.m. replicò el vno de los Eſtudiantes, que las mugeres no reman. Y que ſe me dà à mi que no remen, reſpondiò Sancho, baſta que ſi ella no remare, à lo menos ſervirà de dàr refreſco à la chuſma, que para eſſo yo ſe que no le faltarà gracia, y eſtando alli con mas comodidad podrà parecerſe de veras en todo à las nubes, yà que por muger en algo les aya de parecer. Pues en què, dixo el Eſtudiante, les ha de parecer, ò como les parece en todo? Reſpondiò Sancho, en que cargarà en la mar como hazen las nubes, lo que deſpues à pura fuerça de truenos, y relampagos, deſcargarà en lluvia ſobre la tierra, que eſſo harà ſi ſe empreñàre en el agua: pues à fuerça de gritos, y ſuſpiros, avrà deſpues de vaciar ſu cargaçon, que en lo demàs llano es, que todas las mugeres ſe parecen à las nubes, de las quales por experiencia ſabemos donde, y como deſcargan lo miſmo que ignoramos, donde, y como ſe entrò en ellas. Rieron los Eſtudiantes, y la miſma Barbara, de la aſtrologa aplicacion de Sancho: pero Don Quixote, que no tenia de riſible mas que la raìz, y potencia remota, dixo con deſpego, y zuño à Barbara: la V. m. no haga caſo yà mas de lo que dixere eſte necio, pues lo es tanto, que jamàs dirà ſino badajadas: lo que por agora importa es, que tratemos de partir de aqui, porque oy pretendo entrar en la Corte, ſino es que ſe me ofrezca en contrario alguna forçoſa ocupacion, y peligroſa aventura, que me detenga en Alcalà, y llamando al hueſped, rematò con èl las cuentas, con ſolo agradecerle el hoſpedage, y ſuele facil ſalir de ſu venta èl, y ſus compañeros con tan ligera paga, por averla yà hecho cumplida por todos el Autor de la dicha compañia, apiadado de la locura de Don Quixote, y ſimplicidad de ſu eſcudero, y dandoſe por pagado con los malos ratos que les avia dàdo, y buenos, y entretenidos, que èl, y ſu compañia avian recebido. Subiò Don Quixote en rocinante armado como ſolia, Sancho en ſu rucio, y Barbara en ſu mula, quedandoſe los Eſtudiantes atràs por eſtàr yà tan cerca de Alcalà, do por ſu honra no quiſieron entrar acompañados de compañia tan ocaſionada, para bayas, y ſiſgas, y matracas, como la de Don Quixote, à quien dixò Barbara en començando à caminar: ſeñor Cavallero V.m. me la ha hecho muy grande en averme traìdo deſde Siguença haſta aqui, y en averme veſtido, dado de comer, y cavalgadura, como ſi fuera vna

hermana ſuya; pero ſi V. m. no me manda otra coſa, yo determino quedarme aqui en Alcalà, que es mi patria, do ſi en alguna coſa le pudiere ſervir lo harè, mandandome, con la voluntad que dirán las obras. Señora Reyna Zenobia, reſpondiò Don Quixote, mucho me maravillo de oìr tal reſolucion à perſona tan diſcreta, y que ha hecho tratos tan grandes, y peligroſos caminos, por Reynos incognitos ſolo por hallarme: obligada de la fama de mi valor, y perſona, como es poſsible que aora que tiene mi compañia, que tanto ha deſeado, y procurado, que la quiera aſsi dexar, no reparando en lo mucho que he hecho, y pienſo hazer en ſu ſervicio, ni en las deſgracias que ſe le pueden ofrecer, atreviendoſele ſus enemigos, y rebeldes vaſſallos, ſin el reſpeto devido al gran valor de ſu perſona, viendola fuera de mi amparo, y lado. Por evitar, pues, eſtos, y otros mayores inconvenientes que ſe le pueden ofrecer, ſuplico à la V. m. quan encarecidamente puedo, ſe venga conmigo haſta la Corte, que no paſſaremos de ella en muchos dias, atento que ſabiendo los grandes mi llegada, es fuerça me detengan, regalandome à porfia, por honrarſe de mi lado, y aprender coſas militares, y alli verà V.m. lo que en ſu ſervicio hago, y deſpues que huviere muerto al Rey de Chipre, Bramidan de Tajayunque, con quien tengo aplaçada la batalla, y al otro hijo del Rey de Cordova, que ayer levantò aquel grave falſo teſtimonio à ſu madre, quedarà à la eleccion de V. m. el irſe à Chipre, ò quedarſe en la Corte de Eſpaña: y aſsi por amor de mi ſe ha de hazer lo que agora ſuplico. Sancho que oyò lo que Don Quixote avia dicho à Barbara, ſe llegò à èl con mucha colera, diziendo: Par diez ſeñor, que yo no ſe para què quiere que llevemos con noſotros à la ſeñora Reyna, mucho mejor ſerà que ſe quede aqui en ſu lugar, que tanto nos ahorraremos: para què queremos llevar con ella coſta ſin ningun provecho, gentil carga de vaſura para entrar cargados de ella en la Corte: dèla à Lucifer, y no la ruegue mas, que al ruin quando le ruegan luego ſe enſancha, y no nos faltarà ſin ella la miſericordia de Dios: mirad que cuerpo non de Judas eſcariote con ella, y con quien le pariò, y nos la diò à conocer, pues à fe, que ſi ſe me ſuben las narizes à la moſtaza, y comienço à desbotricar, que no ſea mucho, eſtandoſe en ſu tierra, que la haga echar por la boca, y narizas, mas mocos, y gargajos, que echa vn ahorcado en el rollo. Eſtanle aqui haziendo à la muy cotorra mil regalos, y ſervicios, llamandola Reyna, y Princeſa, ſiendo la que ella ſe ſabe, como aquellos Eſtudiantes han dicho, y agora ſe nos haze de pencas: paguenos la ſaya, y ſayuelo colorado, y la mula, y lo que nos ha hecho de coſta, y à Dios que me mudo, ò como dize Ariſtoteles, alon que pinta la vba, y à fe que ſi yo fuera que mi ſeñor, que ſe lo

lo avia de quitar todo à moxicones, pues no me conoce bien. O villano, dixo Don Quixote, y quien te mete à ti con la señora Reyna, mereces tu por ventura descalçarle su pequeño çapato? Pequeño, respondiò Sancho, en Siguença me dixo suplicasse à V.m. la comprasse vn par de çapatos, y preguntandole yo quantos puntos calçava, me respondiò que entre quince y diez y nueve, poco mas. Pues no vès insensato, que las Amazonas son gente varonil, y como andan siempre en las lides, no son tan delicadas, y hermosas de pies, como las demàs de la Corte, que se estan en sus estrados regaladas, y ociosas: con que son mas tiernas, y femeniles, que las valerosas Amazonas. Con no poca resolucion, replicò Barbara à las malicias de Sancho, de què estava ofendida, diziendo: No pensava señor Don Quixote passar de aqui, pero por saber que doy à V.m. contento, y hago rabiar à este vellaco de Sancho, quiero llegar hasta Madrid, y alli servir à V. m. en quanto me mandare, à pesar de este villano harto de ajos. Villano? (respondiò Sancho) villano sea yo delante de Dios, que para lo de este mundo, importa poco serlo, ò dexarlo de ser: pero es grandissima mentira dezir esse otro, de que estoy harto de ajos, pues no comi esta mañana en la venta, sino cinco cabeças de ellos, que el ladron del ventero me diò por vn quarto, miren si me avia de hartar con ellas: mas dexando esto à parte, digame por su vida señora Reyna, qual es peor, aver estado ella esta noche con aquellos dos moços de los Comediantes, y almorçar con ellos esta mañana vna gentil asadura frita, bevlendose con ella dos açumbres de vino, como me dixo el ventero, que ha hecho su merced, ò comer yo cinco cabeças de ajos crudos. Hermano, respondiò Barbara, si estuve con ellos, no fue por hazer mal à nadie, que libre soy como el cuchillo, y no tengo marido à quien dàr cuenta, gracias à *Domino Dio*, *& vivit Domine*, que mas lo hize porque hazia vn poco de fresco, que no por vellaqueria, como vos sospechais, que sois vn grandissimo malicioso. Malicioso me llamais, replicò Sancho, à fe que no me lo ossarades vos dezir detràs, como me lo dezis delante, pero vaya, que mas longanizas ay, que dias, y bien sabemos aqui mamarnos el dedo aunque bovos.

***

*** *** *** *** *** ***

CAPI-

CAPITULO XXVIII.

DE COMO DON QUIXOTE, y su compañia llegaron à Alcalà, do fue libre de la muerte por vn estraño caso, y del peligro en que alli se viò, por querer provar vna peligrosa aventura.

TOdo su cuydado ponia Don Quixote, en que la Reyna Barbara le honrasse en la entrada, que pensava hazer en la Corte, y en que no hiziesse caso de los atrevimientos de su escudero, y assi le dixo: suplico à V. m. Altissima señora, no repare en cosa que le diga este animal, sino que dissimule con èl como yo hago, dexandole para quien es, si quiera por lo que avemos menester por estos caminos: y pues yà estamos en Alcalà, parecemе marchemos por aqui poco à poco detràs de estas murallas, sin passar por medio del lugar, que es grande, y poblado de gente de cuenta, y pareceme serà acertado tambien que V. m. se cubra el rostro con esse precioso volante, hasta que passemos de la otra parte, por lo que es conocida de todos, que puestos en ella nos podremos quedar, si nos pareciere, en algun meson secretamente esta noche, y à la mañana entrarnos con la fresca en Madrid. Hizose assi, y à la que començaron à rodear el muro, bolviendo la cabeça Barbara à Sancho, le dixo: ea señor galàn, seamos amigos, y no aya mas enojos conmigo por su vida, que yo le perdono todo lo passado. Amigos, respondiò Sancho, antes serè amigo de vn diablo del infierno que de ella, aunque todo se es vno. Pues por el siglo de mi madre, dixo Barbara, que hemos de hazer las amistades antes que lleguemos à Madrid. Pues por el siglo de mi rucio, replicò Sancho, que primero me buelva Poncio Pilatos, que sea su amigo. Barbara le dixo: ea yà leon, y Sancho le respondiò: ea yà sierpe. Pero Don Quixote que viò la enemistad que Sancho, y Barbara tenian, y los remoquetes que se iban echando por el camino, dixo: Aora sus Sancho, tu no eres mi escudero, y no te tengo yo de pagar tu salario, como tenemos entre los dos concertado, sirviendome en todo bien, y puntualmente? Pues en virtud de dicho concierto, quiero, y es mi voluntad, que agora sin replica ninguna, seas amigo de mi señora la Reyna Zenobia, que yo tomo à mi cargo, hazer esta noche vn famoso combite à su merced, y à ti, en señal, y firmeza de las futuras, y perpetuas amistades, pues no es bien que seamos tres, y mal avenidos. Por cierto mi señor, replicò Sancho, que quando no sea por otra cosa mas de por esse combite que V. m. dize, lo abrè de hazer, aunque fuera razon, que guardando mi punto, aguardàra se pusieran de

por

por medio perſonas de cuenta à rogarmelo, qual ſon media dozena de Canonigos de Toledo, ò à lo menos vnos quantos Cardenales, pero vaya pues V.m. lo manda. Ea ſeñora Reyna, arrojeme acà eſſas manos, ſi bien las quiſiera mas de vaca bien cozidas, y con ſu peregil, que ſobre mi, que me hizieran harto mas provecho. Diòle Barbara la mano riendo, y al darſela le dixo: tomad amores eſta mano de Reyna, que yo fio que mas de dos Principes Eſcolaſticos de los de la Corte Alcaladina, en que eſta noche avemos de dormir, preciàran harto recebir eſte favor. Como Don Quixote les viò dadas las manos, ſe fue vn poco adelante, imaginando en ſu fantaſia lo que avia de hazer en la Corte, con la Reyna Zenobia, y batallas del Gigante, y del hijo alevoſo del Rey de Cordova, y como ſe avia de dàr à conocer à los Reyes, y Grandes, lo qual le hazian ir tan abſorto, y fuera de ſi, que no advertia en que à Sancho venia diziendo Barbara: de aqui adelante amigo Sancho, nos hemos de querer con el extremo que dos buenos caſados ſe aman, pues ha ſido el padrino de nueſtras pazes el ſeñor Don Quixote, y en confirmacion de ellas quiero que durmamos eſta noche dambos, en el meſon donde llegaremos, que el corazon me dize no dexarà de correr freſco, que me obligue à procurar cubrirme con guſto, con alguna manta, como la del pelo de V.m. mi ſeñor Sancho: verdad es, que imaginò ſerà meneſter rogarſelo poco, pues tiene mas de vellaco, que de bovo. No entendiò Sancho à Barbara de ninguna manera, y aſsi le reſpondiò: lleguemos vna vez con ſalud al meſon, y cenemos en ſeñal de nueſtras amiſtades, con el cumplimiento que mi amo nos tiene prometido, que en eſſo de la manta no faltaràn dos, y aun tres, que yo ſe las pedirè al hueſped, para que las eche V.m. en ſu cama: quanto, y mas, que no haze agora tanto frio, que obligue à procurallas. Como Barbara viò que no le avia entendido, le dixo, hablando mas claro: Pues Sancho, ſi vueſtro amo ha de alquilar dos camas, vna para mi, y otra para vos, no ſerà mejor que nos ahorremos el real de la vna cama, para comprar con èl vn gentil plato de mondongo, y vn quartal de pan, con que os pongais hecho vn trompo, y vaya el diablo para ruin. A fe que tiene razon, reſpondiò Sancho, ahorremos ſin que mi amo lo ſepa eſſe real de la vna cama, que yo dormirè ſobre vn poyo del meſon, que para mi tambien me dormirè alli, como acullà, atrueque de q̃ nos demos, como dize, vna buena pãçada con eſſe real. Viendo Barbara la rudeza de Sancho, no quiſo tratarle mas de aquella materia, y aſsi alargaron el paſſo tras D. Quixote, haſta q̃ le alcançaro, el qual en viẽdolos junto aſsi, les dixo: pareceme que es tarde para poder oy llegar à Madrid, y q̃ no ſerà malo nos quedemos eſta noche aqui en Alcalà, y mañana proſeguirèmos nueſtro camino, que bien

podrà V.m. señora Reyna estàr encubierta cerrada en vn aposento, tapado el rostro quando le sirvan à la mesa, por no ser conocida. Ella le dixo, que hiziesse lo que fuesse servido, que en todo acudiria à lo que fuesse de su gusto, y llegaron en esto à vn meson fuera de la puerta que llaman de Madrid, y entrando todos en èl, dixo Don Quixote à Sancho, que llevasse las cavalgaduras à la cavalleriza, y las diesse recado, y el huesped pidiò vn aposento secreto, y bien aderezado, do mandò acompañasse luego à la Reyna Zenobia, y quedandose èl passeando por el patio sin desarmarse, oyò tocar à deshora con mucho concierto quatro trompetas, y despues de ellas vn ronco son de atabales, lo qual oìdo por nuestro buen Cavallero, le causò notable suspension, con la qual estuvo atentissimamente escuchando sin saber que cosa fuesse, y al cabo de rato, despues de aver hecho en su fantasia vn desvariado discurso llamò à Sancho, y le dixo: O mi buen escudero Sancho, oyes por ventura aquella acordada musica de trompetas, y atabales? Pues has de saber, que es señal de que ay sin duda en esta Vniversidad algunas cèlebres justas, ò torneos, para alegrar el festivo casamiento de alguna famosa infanta, que se avrà casado aqui: à las quales avrà acudido vn Cavallero estrangero, cuyo nombre no es aun conocido, por ser mancebo novèl: pero no obstante su poca edad, en el principio de sus famosas fazañas, ha ya vencido à todos los Cavalleros de esta Ciudad, y à los que de la Corte han acudido à ella, y à sus fiestas, si yà no ha venido à celebrarlas, y esto es lo mas cierto, ò algun bravo Jayan, que aviendo vencido, y derribado à todos los mantenedores, y aventureros, se ha quedado por absoluto señor de todas las joyas de dichas justas, y no ay Cavallero aora por valiente que sea, que se atreva à entrar segunda vez con èl en el palenque, de lo qual estàn los Principes tan pesarosos, que darian quanto dàr se puede, porque Dios les deparasse vn tal, y tan buen Cavallero, que baxasse la sobervia de este cruel Pagano, con que dexasse alegre toda la tierra, y las fiestas fuessen consumadamente perfetas. Por tanto, Sancho mio, ensillame luego à rocinante, que quiero ir allà, y entrar con gallardia, y gracia por la plaça, pues maravillados de mi presencia, los que ocupan sus dorados balcones, altos miradores, y entoldados andamios, levantaràn entre sì vn alegre murmullo, diziendo: ea que Dios sin duda ha deparado, venga este gallardo Cavallero estrangero, à bolver por la honra de los naturales, viendo que ninguno de ellos ha podido resistir à los incomportables brios de este fiero Jayàn. Tocaràn en esto todas las trompetas, chirimias, sacabuches, y atabales, al son de los quales se començarà mi bueno, y esforçado cavallo à engreir, y relinchar, deseoso de entrar en la batalla, con que callaràn todos, y yo poco à poco me irè llegan-

llegando al cadahalso, adonde estàn los Juezes, y Cavalleros, y haziendo hincar dos, ò tres vezes de rodillas delante de ellos à mi enseñado cavallo, les harè vna cumplida cortesia, haziendole dàr despues terribles saltos, y gallardos corbetes por la ancha plaça: llegandome luego à la parte donde estarà el fiero Jayàn, el qual reconocido por mi, me acercarè adonde estaràn las hastas de duro fresno, y tomando de ellas la que mejor me pareciere, y llegandome cerca del dicho Jayàn, sin hazerle cortesia alguna, le dirè: Cavallero, si te parece, yo querria entrar contigo en batalla: pero con condicion, que fuesse ella à todo trance, que es dezir, que vno de los dos aya de quedar por general vencedor de las justas, quitando al otro la cabeça, y presentandola à la dama que mejor le pareciere: es cierto, que como èl es sobervio, ha de responder que sea assi, tras lo qual bolviendo yo luego las riendas à rocinante, para tomar la parte del Sol que mas me tocare, començaràn à sonar las trompetas, al son de las quales arrancaremos como el viento los dos valerosos guerreros, y èl no errarà el golpe, porque dandome en medio de la adarga, sin poderla passar, me harà con la fuerça de èl torcer vn poco el cuerpo, bolando las pieças de la lança por el ayre: pero yo como mas diestro, le darè por medio de la visera con tal fuerça, que siendole sacada de la cabeça, caerà del atroz golpe en tierra, por las ancas del cavallo: si bien como es ligero, se pondrà luego otra vez en pie, y se vendrà para mi, con la espada en la mano: y yo por no hazer la batalla con ventaja, abaxarè de mi cavallo en el ayre, no obstante que muchos lo juzgaràn à locura, y metiendo mano à mi cortadora espada, començaremos entre los dos el porfiado combate: mas èl no pudiendo atender à mis golpes, me rogarà que descansemos vn poco, por verse algo fatigado, aunque yo sin atender à sus ruegos, tomarè la espada à dos manos, levantandola con vn heroyco despecho, la dexarè caer con tal furia, sobre su desarmada cabeça, que acertandola de llano se la abrirè hasta los pechos, dando del cruel golpe tan horrenda cayda en tierra, que harà estremecer toda la ancha plaça, y aun venir al suelo mas de quatro barreras, y tablados. Los gritos de la gente seràn muchos, la alegria de los Juezes grande, el contento de todos los vencidos Cavalleros estremado, el aplauso del vulgo singular, è inaudita la musica que sonarà en exaltacion de mi buen sucesso: y desde entonces passaràn cosas por mi, que dè bien que hazer à los historiadores venideros en escrivirlas, y exagerarlas. Por tanto, Sancho, presto sacame à rocinante. Sancho, con harto dolor de su coraçon, por vèr se iba dilatando la deseada cena, fue à ensillarle, y entre tanto que lo hazia, se llegò el Mesonero à Don Quixote,

te, al qual avia estado oyendo todo aquel largo, y desvariado discurso, y le dixo: señor Cavallero V. m. se podrà desarmar, que viene cansado, y digame lo que quiere cenar, que este muchacho està aqui, que traerà buen recado. Por Dios, dixo Don Quixote, que estais bien en el caso, veis lo que passa en la plaça, la deshonra de vuestra patria, y la afrenta de vuestros Cavalleros, y que yo voy à remediarlos, y aora me salis con cena: digo que no quiero cenar, ni comer bocado, hasta honrar con mi persona esta Universidad, y matar todos aquellos que lo contradixeren, que es verguença, y muy grande, que vn Jayan solo rinda, y sujete à vna Ciudad como esta: por tanto, andad con Dios, y mirad si viene mi escudero con el cavallo. El Mesonero le dixo: perdone V. m. que yo pensè que lo que contò delante à su criado, era algun cuento de Mari Castaña, ò de los libros de cavallerias de Amadis de Gaula: pero si V. m. quiere ir armado assi como està, à honrar al Catedratico, se lo agradeceràn mucho todos. Què Catedratico, ò que no nada, respondiò Don Quixote. Tres, ò quatro que à la puerta se avian detenido, viendo aquel hombre armado, le dixeron: si V. m. ha de ir al passeo, bien puede, que yà es hora, pues llegarà en esta el Catedratico al mercado, que aqui no ay justas, ni Jayanes de los que V. m. ha dicho, sino vn passeo que haze la Universidad, à vn Doctor Medico, que ha llevado la Catedra de Medicina, con mas de cincuenta votos de exceso, y llevan delante de èl por mas fiesta, vn carro triunfal, con las siete virtudes, y vna celestial musica dentro, y tal, que sino fue la que se llevò el año passado, en el passeo del Catedratico, que llevò la Catedra de prima de Theologia, jamàs se ha visto otra igual: y las trompetas, y atabales que V. m. oye, es que vàn yà passeando por todas las calles principales, con mas de dos mil Estudiantes, que con ramos en las manos vàn gritando, fulano victor. A pesar de todo el mundo, à pesar vuestro, y de quantos contradezir lo quisieren, replicò Don Quixote, es lo que tengo dicho. Sacò Sancho en esto el cavallo, y subiendo Don Quixote en èl, estava tal, y tan cansado, que aun hiriendole con el duro azicate, apenas se podia menear, y no dexava casa, en la qual no procurasse entrarse. Sancho se quedò con Barbara en vn aposento, la qual (como arriba diximos) procurava no ser conocida de persona alguna en Alcalà. Caminò nuestro Cavallero por aquellas calles poco à poco, yendo siempre àzia la parte que sentia el sonido de las trompetas, hasta tanto, que encontrò la bulla de la gente en medio de la calle mayor, la qual, quando vieron aquel hombre armado, y con la figura dicha, pensavan que era algun Estudiante, que por alegrar la fiesta, venia con aquella invencion, y poniendose èl, frontero del carro triunfal,

fal, que delante del Catedratico iba: viendo su gran maquina, y que caminaba sin que le tirassen mulas, cavallos, ni otros animales, se maravillò mucho, y se puso à escuchar despacio la dulce musica que dentro sonava. Iban delante de los musicos en el mismo carro dos Estudiantes con mascaras, con vestidos, y adorno de mugeres, representando el vno la sabiduria, ricamente vestida, con vna guirnalda de laurel sobre la cabeça, trayendo en la mano siniestra vn libro, y en la derecha vn Alcaçar, ò Castillo pequeño, pero muy curioso, hecho de papelones, y vnas letras goticas, que dezian:

Sapientia ædificavit sibi domum.

A los pies de ella estava la ignorancia, toda desnuda, y llena de artificiosas cadenas, hechas de hoja de lata, la qual tenia debaxo de los pies dos, ò tres libros, con esta letra:

Qui ignorat, ignorabitur.

Al otro lado de la sabiduria, venia la prudencia, vestida de vn azul claro, con vna sierpe en la mano, y esta letra:

Prudens, sicut serpentes.

Venia con la otra mano, como ahogando à vna vieja ciega, de quien venia asido otro ciego, y entre los dos esta letra:

Ambo in foveam cadunt.

Pusose Don Quixote delante de dicho carro, y haziendo en su fantasia vno de los mas desvariados discursos, que jamàs avia hecho, dixo en alta voz: O tu Mago encantador (quien quiera que seas) que con tus malas, y perversas artes guias aquesse encantado carro, llevando en èl presas estas damas, y las dos dueñas, la vna con cadenas desnuda, y la otra sin ojos, y con violencia de su esposo, que procura no dexarla de la mano, siendo sin duda ellas, como su beldad demuestra, hijas herederas de algunos grandes Principes, ò señores de algunas Islas, para meterlas en tus crueles prisiones, dexalas luego aqui libres, sanas, y salvas, restituyendoles todas las joyas que les has robado, sino suelta luego contra mi todo el poder del infierno, que à todos se las quitarè por fuerça de armas, pues que se sabe, que los demonios, con quien los de tu profession comunican, no pueden contra los Cavalleros Griegos Christianos, qual yo soy. Passara adelante Don Quixote con su razonamiento, pero la gente de la Catedra, viendo que aquel hombre armado hazia detener el carro, y estorbava que no passasse adelante, hizo se llegassen à èl quatro, ò cinco del acompañamiento, pensando fuesse Estudiante, que venia con aquella invencion, los quales le dixeron: Ha señor licenciado, hagase V.m. por hazernosla à vna parte, y dexe passar la gente, que es muy tarde: pero respondiòles Don Quixote, diziendo: Sin duda sereis vosotros, ò vil canalla, criados deste perverso encantador, que lleva presas aquesas hermosas Infantas, y pues assi es, aguardad, q̃ de los enemigos los menos, y metiendo en esto mano

a su espada, arrojò à vno de aquellos Estudiantes que venia en vna mula, vna tan terrible cuchillada, que si su cuerda prevencion en hurtarle el cuerpo, y la ligereza de la mula no le ayudàran, lo passara harto mal: rebolviò luego sobre otro que detras èl venia, y de revès acertò con tanta fuerça en la cabeça de su mula, que la abriò vna cuchillada de vn geme: començaron al instante todos à gritar, y alborotarse, cesò la musica, y corriendo vnos à pie, otros à cavallo, àzia donde Don Quixote estava con la espada en la mano, viendole tan furioso, apenas nadie se le osava llegar, porque arrojava tajos, y reveses, à diestro, y à siniestro, con tanto impetu, que si el cavallo le ayudàra algo mas, no le sucediera la siguiente desgracia. Fue, pues, el caso, que como vieron todos que en realidad de verdad no se burlava, como al principio penfavan, començaron à cercarle, vnos à pie, otros a cavallo mas de cerca, tirandole vnos piedras, otros palos, otros los ramos que llevavan en las manos, y aun desde las ventanas le dieron con dos, ò tres ladrillos sobre el morrion, de suerte, que à no llevarle puesto, no saliera vivo de la calle mayor: y aunque la gente era mucha, la grita excessiva, y las piedras menudeavan, con todo se le llegaron diez, ò doze de tropel, y asiendole vno por los pies, otro por el freno de rocinante, le echaron del cavallo abaxo, quitandole la adarga, y espada de la mano, tras lo qual le cargaron de gentiles moxicones, y le ahogàran alli en efeto, si la fortuna no le tuviera guardado para mayores trances: pero debiò su vida al Autor de la compañia de Comediantes, con quien se encontrò la noche passada en la Venta el qual à las vozes, y grita que tenia el pueblo, se llegò à èl: viendose à caso passeando por debaxo los soportales de la calle mayor, y viendo llevar aquel hombre armado entre seis, ò siete arraftrando, sospechò que era Don Quixote, como realmente lo era, que à la sazon le avian metido en vna grande casa, donde hazia toda la resistencia que podia, aunque todo era en vano, y viendole tal el Autor, y algunos de su compañia que con èl iban, se apiadaron de èl, y haziendo salir à puros ruegos fuera de la casa à todos los Estudiantes que le maltrataron, se quedaron solos con èl, y passado el catedratico con su triunfante passeo adelante, y descopada la calle de la gente que le seguia, se llegò el Autor à Don Quixote, diziendo: Què es esto señor Cavallero desamorado, què aventura tan desgraciada ha sido esta, y què nigromantico le ha puesto en tal aprieto, es posible se ayan hallado encantos contra su valor: pero paciencia, y buen animo, pues aqui està otro mas sabio Mago su grande amigo, el qual à no hazerle lado hiziera contra la ley de buena amistad, pero hese la hecho tan grande, que à no acudir con mi magico poder, sin duda acabàra V. m. de esta vez con

las

las cavallerias andantes: alcese, pecador de mi, que tiene los dientes bañados en sangre, y està sin adarga, sin espada, y sin cavallo, que todo se lo han llevado los Estudiantes. Levantòse Don Quixote, y quando reconociò al Autor, le dixo alegre: Yà me maravillava yo, ò sabio Alquife, mi buen historiador, y amigo, que dexassedes de favorecerme en esta grande tribulacion, y trabajo en que me he visto, por la gran pereza de mi cavallo, que mala pascua le dè Dios: por tanto, ò sabio fiel, hazedmele tornar, ò dadme otro, para que vaya tras aquellos alevosos, y los rete à todos por traydores, è hijos de otros tales, y tome de ellos la vengança que su soberbia, y viciosa vida merece. En oyendole el Autor, rogò à vno de sus compañeros, que en todo caso fuesse, y traxesse el cavallo, adarga, y espada de Don Quixote, rescatandolo todo por qualquier dinero de donde quiera que estuviesse. Fue el representante preguntando por ello, y sacando el cavallo de vn meson, la adarga, y espada de vna pastelería, donde yà todo estava empeñado, lo bolviò al Autor, y èl à Don Quixote, que se lo agradeciò infinito, atribuyendolo todo al poder de su magica sabiduria: y preguntandole el mismo Autor, adonde estavan su escudero Sancho Pança, y Barbara, le respondiò que fuera del lugar, en vn meson que està junto à la puerta de Madrid los avia dexado. Pues vamos allà luego, dixo el Autor, que yo por agora mando, y V.m. debe obedecerme, que importa mucho. Don Quixote respondiò, que por todo lo del mundo no le dexaria de obedecer como à persona tan sabia, y en cuyas manos tenia yà puestas avia dias todas sus cosas: hizo llevar el Autor delante con vn moço el cavallo, lança, y adarga de Don Quixote, y à èl le mandò que se fuesse à pie en su compañia, mano à mano hasta la posada, adonde le dexò encargado al mesonero, con orden que de ninguna manera le dexasse salir à pie, ni à cavallo aquella tarde, y cumpliòlo el huesped puntualissimamente. Quando Sancho viò à su amo los dientes ensangrentados, le dixo: Cuerpo de San Quintin, señor desamorado, no le he dicho yo quatrocientas mil dozenas de millones de vezes, que no nos metamos en lo que no nos và, ni nos viene, y mas con estos demonios de Estudiantes: apostemos que le han hinchido de gargajos, como à mi en Zaragoça, lavese pecador soy à Dios, que tiene las narizes llenas de sangre. O Sancho, Sancho, respondiò Don Quixote, y como aquellos follones que assi me han parado, se lo pueden agradecer al sabio Alquife mi amigo, que si por èl no fuera, yo hiziera tal carnizeria de ellos, que sus viejos padres tuvieran bien que enterrar, y sus mugeres que llorar todos los dias de su vida; pero yà vendrà tiempo, en que paguen por junto lo de antaño, y lo de ogaño. Respondiò el mesonero oyendole, por su vida, señor Cavallero, que no

no se meta con Estudiantes, porque ay en esta Vniversidad passados de quatro mil, y tales, que quando se mancomunan, y ajuntan, hazen temblar à todos los de la tierra: y dè gracias à Dios pues le han dexado con la vida, que no ha sido poco. O covarde gallina, dixo Don Quixote, y vno de los mas viles Cavalleros que ciñen espada, y piensas en que el valor de mi persona, y las fuerças de mi braço, y la ligereza de mis pies, y sobre todo, el vigor de mi coraçon, es tan pusilanimo como el tuyo: juro por vida de la Reyna Zenobia, que es la que oy mas precio, que solo por lo que has dicho, estoy por tornar à subir en mi cavallo, y entrar otra vez en la Ciudad, y no dexar en ella persona viva, acabando hasta perros, y gatos, hombres, y mugeres, y quantos vivientes racionales, è irracionales la habitan, y despues asolalla toda con fuego, hasta que quede como otra Troya, escarmiento à todas las naciones del Griego furor: Sancho, traeme presto à rocinante, que quiero que vea este Cavallero, ò Mesonero, ò lo que es, que se poner por obra lo que digo, mejor que dezillo de palabra. Esso del cavallo, respondiò el Mesonero, señor Cavallero armado, no llevarà V. m. esta vez, porque el Autor de la compañia de Comediantes, que està aqui, me ha dexado encargado infinitamente, que no se le diesse por ningun caso, y por esso tengo cerrada con llave la cavalleriza. Què Comediantes, ò què no nada, replicò Don Quixote, puede aver en el mundo persona que vaya contra mi gusto? Yo os prometo que lo podeis agradecer à aquel sabio mi amigo que aqui me traxo, cuyo mandamiento no es razon que yo quebrante por ningun caso, que de otra suerte, oy hiziera vn hecho tal, que huviera memoria de èl para muchos siglos. Si hiziera, dixo el Mesonero, pero por agora V.m. se entre à cenar, que haze reir mucho à la gente que està en la puerta, y se nos và hinchendo la casa de muchachos, de suerte, que yà no cabemos en ella, y con esto le asiò de la mano, y le subiò adonde Barbara estava, con la qual passò graciosissimos colloquios, y no poco entremessados con las simplicidades de Sancho. Cenaron juntos bien, y con gusto, y tras ella se fueron todos à reposar, y mas Don Quixote, que lo avia menester por los molimientos passados en la Venta, y calle mayor: solo huvo, que al acostarse estuvo porfiadissimo en querer bolver à hazer el bravaje, ò precioso balsamo, que èl dezia de Fierabras, para curar las mortales heridas que sentia en los dientes: pero fuele imposible hazerlo, porque diò el Mesonero, conociendo su locura, en dezir no se hallaria en el pueblo cosa de quantas pedia.

*** ***
***

CA-

CAPITULO XXIX.

COMO EL VALEROSO DON Quixote llegò à Madrid con Sancho, y Barbara: y de lo que à la entrada le sucediò con vn titalar.

LEvantòse el valeroso Don Quixote de la Mancha la mañana siguiente, bien reposado por averlo hecho la noche, y llamando à Sanchico, mandò aderezasse à rocinante, y palafren de la Reyna con su rucio, echandoles de comer, y ensillandoles mientras el huesped apresta va el almuerzo que la noche antes avian concertado les aprestasse. Hizose todo assi, y almorçando bien de vnos pastelles, y pollos, rematadas las cuentas, y pagadas, subiò Don Quixote en rocinante, como tenia de costumbre, y la Reyna Barbara atapada (con harto cuydado de los de la posada, que procuravan verle la cara, si bien les fue imposible) en su mula, ayudada para ello de Sancho, el qual, repantigandose en el rucio saliò tras su amo, y la Reyna à la posada, y Lugar con harta prisa, y fue tanta la que se dieron en el camino, que à las tres y media de la tarde llegaron junto à Madrid, à los caños que llaman de Alcalà, aviendo salido de ella à mas de las nueve, viendo Don Quixote el calor que hazia, por consejo de Barbara se determinò apear en el Prado de San Geronimo, à reposar, y gozar de la frescura de sus alamos, junto al caño dorado que llaman, do estuvieron todos hasta mas de las seis, cõ descanso de ellos, y de las cavalgaduras, paciẽdo ellas, y durmiendo sus amos à ratos, y à ratos platicando: pero llegadas las seis, como sintiessen la gente q̃ iba saliendo al ordinario passeo del Prado determinaron subir à cavallo, y entrarse en la Corte, y à la que iban cruzando la calle, viò Don Quixote tanta gente, cavallos, y carraças, Cavalleros, y damas, como alli suelen acudir, se parò vn poco, y bolviendo la rienda à rocinante diò en passear el Prado sin dezir nada à nadie: apesarados Barbara, y Sancho de su humor, y siguiendole por vèr si le podrian poner en razõ, y dandose al diablo viendo que llevavã yà tras si de la primer buelta mas de cinquenta personas, y que se les iban allegando muchos Cavalleros de los que por alli paseavan, admirados, y llenos de risa, de vèr aquel hombre armado cõ lança, y adarga, y à leer las letras, y vèr las figuras q̃ en ella traìa, por no saber à que proposito traìa aquello. Iba D. Quixote tanto mas vfano quantos mas se le llegavan, è ibase parando adrede, para que pudiessen leer los motes que traìa en la empressa sin hablar palabra, otros le davan la baya quando le veian con aquella figura, y acompañado de la simple presencia de Sancho, y de aquella muger atapada, vestida de colorado, atribuyendolo todo à disfraz, y à que venian de mascara. Sucediò, pues, que yendo adelante Don Quixote con este passeo, y acompaña-

miento

miento fin que baſtaſſen à ponerle en razon ſus conſortes, viò venir vna rica carroça, tirada de quatro famoſos cavallos blancos, à la qual acompañavan mas de treinta cavalleros à cavallo, y muchos lacayos, y pages à pie, detuvoſe Don Quixote, luego que la viò en mitad del camino por donde avia de paſſar, puesto el cuento de la lança en tierra, eſperando con gentil continente. Los que venian con ella, quando vieron tanta gente junta que tomava media calle, y vieron juntamente aquel hombre, armado de todas pieças, y con ſu grande adarga, ſe llegaron al que dentro venia, que era vn titular grave que avia ſalido à tomar el freſco, y le dixeron: Señor, alli abaxo ſe vè vna grande tropa de gente, y en medio de ella eſtà vn hombre armado con vna adarga tan grande como vna rueda de molino, y no ſabemos, ni nadie ſabe quien es, ò à que propoſito viene de aquella ſuerte. Quando eſto oyò el Cavallero, ſacò la cabeça fuera la carroça, y como le viò llegar yà cerca, dixo à vn Alguazil de Corte, que iba hablando con èl, le hizieſſe plazer de ir à ſaber que era aquello: fue à verlo, y apenas ſe apartò de la carroça, quando llegò à ella vn Lacayo del miſmo ſeñor, y le dixo: ha de ſaber V.S. que aquel hombre armado que alli viene, le vi yo en Zaragoça avrà vn mes, quando fui à llevar el recado del caſamiento de V. S. à mi ſeñor Don Carlos, en cuya caſa comì con ſu eſcudero vn dia, deſpues de vna famoſa ſortija que alli huvo, en la qual fue combidado eſte armado, que es medio loco, ò no sè como me lo diga: ſi bien dezian que es rico, y honrado hidalgo, de no sè que lugar de la Mancha, pero por averſe dado demaſiado à leer los fabuloſos libros de cavallerias, que andan impreſſos, teniendolos por verdaderos, ha quedado deſvanecido, de manera, que ſaliendo de ſu tierra, ſe le ha antojado que es Cavallero andante, y que anda por tierras agenas, de la ſuerte que ſe vè, y trae por eſcudero vn pobre Labrador de ſu miſmo Lugar, que es el que viene à ſu lado en el jumento, vnica pieça, y muy gracioſo, y grandiſsimo comedor: y tras eſto le fue contando todo lo que Don Quixote avia hecho en Zaragoça con el açotado, y lo de la ſortija, y como el Secretario de Don Carlos ſe avia hecho el Gigante Bramidan de Tajayunque, y que ſin duda vernia aora à buſcarle à la Corte para hazer batalla con èl: porque de todo tenia baſtantiſsima noticia el Lacayo, por lo que los criados de Don Carlos le avian referido. Maravillòſe mucho el Cavallero de lo que ſe le dezia de aquel hombre, y propuſo luego llevarſele à ſu caſa aquella noche con la compañia que traìa, para divertirſe con ellos. Eſtando en eſto, bolviò el Alguazil à la carroça, y dixo, es ſeñor aquel hombre, vna de las mas raras figuras que V.S. ha viſto, llamaſſe, ſegun dize, Cavallero deſamorado, y trae en la adarga ciertas

tas letras, y pinturas ridiculas: y juntamente viene con èl vna muger, veſtida toda de colorado: la qual dize que es la gran Zenobia, Reyna de las Amaçonas: pues guien àzia allà la carroça, dixo el ſeñor, y veremos que es lo que dize. Yà que llegavan cerca de èl, tirò Don Quixote de la rienda de rocinante, y llegòſe à vn lado de la carroça, y pueſto en preſencia del Cavallero, dixo con voz grave, y arrogante, que lo oyeſſen los circunſtantes: Inclito, y ſoberano Principe Perianeo de Perſia, cuyo valor, y eſfuerço, tuvo à coſta ſuya bien experimentado, el nunca vencido Don Belianis de Grecia, vueſtro mortal enemigo, y competidor, ſobre los amores de la ſin par Florisbella, hija del Emperador de Babilonia, à quien en muchos, y varios lugares diſtes bien que entender, haziendo con èl ſingular batalla, ſin hallarſe entre los dos jamàs ventaja alguna, aſsiſtiendo de vueſtra parte el prudentiſsimo Sabio Friſton, mi contrario: yo, como Cavallero andante, amigo de buſcar las aventuras del mundo, y probar las fuerças de los bravos, y valeroſos jayanes, y Cavalleros, he venido oy à eſta Corte del Rey Catolico, do aviendo llegado à mis oìdos el gran valor de nueſtra perſona, y ſiendo tal, qual yo he muchas vezes leìdo en aquel autentico libro, me ha parecido, me ſerìa mal contado, ſi dexaſſe de probar mi ventura con vueſtro invencible eſfuerço, oy aqui en aqueſte prado, delante de todos eſtos vueſtros Cavalleros, y de la demàs gente que nos eſtà mirando: y eſto hago, porque ſoy vnico, y ſingular amigo, y aficionado al Principe Don Belianis de Grecia, por muchas razones: la primera, por ſer èl Chriſtiano, y hijo tambien de Emperador Chriſtiano, y vos Pagano, de las caſas, y caſta del Emperador Orhon, gran Turco, y Soldan de Perſia: y la ſegunda, por quitar de delante à aquel grande amigo mio, vn eſtorvo tan grande como vos ſois, para que aſsi con mayor facilidad pueda gozar de los ſabroſos amores que con la Infanta Florisbella tiene, pues ſe vè, y ſabe clariſsimamente, que la merece mucho mejor que vos, à quien no faltaràn otras Turcas hermoſas con quien podais caſar, que no es poſsible dexe de aver muchas en vueſtra tierra, y dexar à Florisbella para Don Belianis de Grecia, mi amigo: y ſino ſalis luego de vueſtra carroça, y ſubis luego en vueſtro preciado cavallo, en poniendoos vueſtras encantadas armas, para pelear conmigo, mañana publicarè delante toda eſta Corte, y de ſu Rey, vueſtra cobardia, y poco animo, deſpues de aver muerto el Gigante Bramidan de Tajayunque, Rey de Chipre, y al hijo alevoſo del Rey de Cordova: por tanto, reſpondedme luego con brevedad, y ſi no daos por vencido, y yo me irè à buſcar otras aventuras. Maravillaronſe todos de los diſparates que avian oìdo dezir à Don Quixote, y començaron à hablar

ſo-

ſobre ellos, vnos con otros, riendo de èl, y de ſu figura: pero Sancho que avia eſtado muy atento à lo que ſu amo avia dicho, ſe llegò, cavallero en ſu aſno, junto à la carroza, diziendo: Señor Perineo, V.m. no conoce bien à mi amo, como yo le conozco, pues ſepa que es hombre que ha hecho guerreacion con otros mejores que V. m. pues la ha hecho con Bizcaynos, Yangueſes, Cabreros, Meloneros, Eſtudiantes, y ha conquiſtado el hielmo de membrillo, y aun le conocen la Reyna Micomicona, Gineſillo de Paſſamonte, y lo que mas es, la ſeñora Reyna Segobia, que aqui aſiſte, y aun es hombre que en Zaragoça acometiò à mas de dozientos que llevavan vn açotado, como yà ſabràn por acà, por tanto mire que tenemos mucho que hazer, y las cavalgaduras vienen canſadas: yo, y la ſeñora Reyna vamos con alguna poquilla de hambre: deſe, pues, por las entrañas de Dios, por vencido, como mi amo le ſuplica, y tan amigo como de antes, y no buſque tres pies al gato: pues ſi los de eſta tierra ſon como los de la mia, no tienen menos que quatro: dexenos ir con Barrabas à nueſtro Meſon: y V.m. y eſtos Hereges de Perſia ſu patria, quedenſe mucho de noramala. El Cavallero dixo al Alguazil, que con èl iba, le reſpondieſſe de ſu parte, y ſe le llevaſſe aquella noche à ſu caſa: èl lo hizo, diziendo à Don Quixote: Señor Cavallero deſamorado, en eſtremo holgamos todos los circunſtantes de aver viſto, y conocido oy en V.m. à vno de los mejores Cavalleros andantes, que en el felice tiempo de Amadis, y el Febo, hallarſe pudieron en Grecia: y doy gracias à los Dioſes, pues ſiendo paganos noſotros, como denantes dixo, avemos merecido vèr en eſta Corte, al que tanta fama, y nombre tiene en el mundo, y excede à todos quantos haſta oy ayamos oìdo, viſten duras armas, y ſuben en poderoſos cavallos: por tanto, excelſo Principe, aqui el ſeñor Periano aceta de muy buena gana la batalla con V. m. no porque de ella pretenda ſalir con victoria, ſino para poderſe alabar donde quiera que ſe hallare (dexandole empero V.m. con la vida) de aver entrado en batalla con el mejor Cavallero del mundo: y de quien el ſer vencido reſultarà infinita gloria ſuya, y luſtre de ſu linage: pero la batalla, ſi à V.m. le parece, ſerà el dia que eſta noche concertaremos en ſu caſa, en la qual, èl, y yo hemos de recibir merced de que vueſa Alteza, y toda ſu compañia ſe vayan à alojar, donde los regalarà, y ſervirà con mucho cuydado, en particular à la ſeñora Reyna Zenobia, à quien deſea en eſtremo conocer, y aſsi la ruega, que para que todos demos gracias à los Dioſes, en vèr ſu peregrina hermoſura, ſea ſervida de deſcubrir el roſtro, y quitar la nube que de aqueſſos ſus dos bellos ſoles eſtà pueſta, para que ſu reſplandor alumbre la redondez de la tierra, y haga detener al dorado Apolo, en ſu luminoſa eſfera, admira-

rado de vèr tal belleza, baſtante à darle nueva luz à èl, pues es cierto vencerà la de ſu bella Daphne. Don Quixote ſe llegò à ella, diziendo, que en todo caſo deſcubrieſſe el roſtro, delante del Principe Perianeo de Perſia, que importaba mucho: revſabala ella, como diſcreta, quanto podia. Pero Sancho que avia eſtado repantigado en el aſno, ſin quitarſe jamàs la caperuça, ſe llegò al eſtribo de la carroça, y dixo: Señor Pagano, yo, y mi ſeñor Don Quixote de la Mancha, Cavallero deſamorado, por mar, y tierra, dezimos que beſamos à V. m. las manos por el ſervicio que nos haze en combidarnos à cenar à ſu caſa, como lo hizo en Zaragoça Don Carlos, que buen ſiglo aya, y digo que iremos de muy buena gana todos tres en cuerpo, y en alma, aſsi como eſtamos: pero la ſeñora Reyna Segobia, deſde alli donde eſtà me haze del ojo, diziendo que no puede por aora deſcubrir la cara, haſta que ſe ponga la otra de las fieſtas, que es muy mejor que la que agora tiene, por tanto V.m. perdone. En eſto ſe llegò mas cerca por el otro lado à la carroça Don Quixote, tirando de la rienda à la mula de Barbara, à la qual mal de ſu grado traìa yà deſcubierta la cara, mas propria para hazer acallar niños por ſu mala cara, que para ſer viſta de gentes, à la qual como vieſſen todos los circunſtantes, tan fea, y arrugada, y por otra parte, con el ciñcharron mal curcido, y peor apuntado, no pudieron detener la riſa: y viendo Sancho que el Cavallero de la carroça ſe la eſtava mirando de eſpacio, y ſe ſantiguava, viendo ſu fealdad, y la locura de Don Quixote, dixo: bien haze V.m. de perſinarſe, porque no ay coſa en el mundo mejor (ſegun dize el Cura de mi lugar) para hazer huir à los demonios, aunque la ſeñora Reyna no lo es por agora, podria ſer ſi Dios le dieſſe diez años de vida, ſobre los que tiene, faltarle poco para ſerlo. El Cavallero, diſſimulando quanto pudo, dixo à Barbara: por cierto ſeñora Reyna Zenobia, que aora digo muy de veras, que todo lo que el ſeñor Cavallero deſamorado nos ha dicho de V.m. es mucha verdad, y que el ſe puede tener por dichoſo en llevar conſigo tanta nobleza por el mundo, para afrentar, y correr à todas las damas que ay en èl, eſpecialmente en eſta Corte: por tanto, V. m. nos diga de adonde es, y adonde và con eſte valiente Cavallero, ſi es ſervida, porque eſta noche V.m. y èl, y eſte buen hombre, que dize las verdades deſnudas, han de ſer mis hueſpedes, y combidados. Barbara le reſpondiò: ſeñor, ſi V.m. es ſervido, yo no ſoy la Reyna Zenobia, como eſte Cavallero dize, ſino vna pobre muger de Alcalà, q̃ vivo del trabajo de mi honrado oficio de mondonguera, y por mi deſgracia vn vellaco de Eſtudiante me ſacò, ò por mejor dezir, ſonſacò de mi caſa, y llevandome à la de ſus padres, con nombre de que ſe queria caſar conmigo, me robò quanto tenia en vn pinar, de-

dexandomẽ atada à vn pino en camisa, y passando este Cavallero con cierta gente, me desataron, y llevaron à Siguença, y el señor Don Quixote, que es el que viene armado (andava en esto Don Quixote enseñando à vnos, y à otros las pinturas de su adarga, vsano de que tantos le mirassen) à quien falta tanto de juizio, quanto le sobra de piedad, me hizo este vestido, y me comprò esta mula en que llegasse à Alcalà, llamandome por todos los Lugares, caminos, y Ventas, la Reyna Zenobia, y sacandome algunas vezes à las plaças, para defender, como èl dize, mi hermosura, siendo tal por mis pecados como V. S. vè: y agora, queriendome quedar en mi tierra, me ha persuadido à que venga à la Corte, donde dize, que ha de matar à vn hijo del Rey de Cordova, y à vn gigante, que es Rey de Chipre, y que à mi me ha de hazer Reyna de aquel Reyno, y yo por no ser desagradecida a las mercedes que me ha hecho, he venido con èl, con intento de bolver lo mas presto que pudiere à mi tierra, y mire V.S. si manda otra cosa, que me quiero ir, que parece que estos señores que estàn presentes se rien mucho, y podrian dàr ocasion à Don Quixote con su risa, à que como loco hiziesse alguna necedad. Bolviò en esto la rienda à la mula, y fuesse para donde Don Quixote estava, y Sancho dixo al Titular: yà vè V.m. señor mìo, como la señora Reyna es vna buena persona, à quien Dios eche en aquellas partes, en que mas de ella se sirva, y perdonenos, si ella no tiene tan buen ozico como mi amo ha dicho, y V.m. merece, pues suya es la culpa, suya es la gran culpa, porque yo le he dicho muchas vezes, que por què no procurava que aquel persignum Crucis que tiene en la cara, se le dieran en otra parte, pues fuera mejor donde no se echàra tanto de vèr, y ella dize, que à quien dàn no escoge: por tanto V. m. se venga luego que yà se acerca la noche para cenar, y à fe que por la gracia de Dios, no he menester yo agora mas mostaza, ni perigil para hazello famosamente, que el apetito que traygo. Con esto, sin mas cortesia, començò à harrear su asno, y fuesse para donde estava Barbara, y Don Quixote con toda aquella gente, à la qual tenia suspensa con vn largo razonamiento de Rasura, y Laincalvos, diziendo, que les avia conocido, y que era gente muy honrada, y para mucho: pero que ninguno de ellos llegava à su persona, porque èl era Rodrigo de Vibar, llamado por otro nombre el bravo Cid campeador. Oyòle Sancho estas vltimas razones, y dixo: O reniego de quantos Cides ay en toda la cideria, venga señor, pecador soy yo à Dios, que estas pobres cavalgaduras estàn de suerte, que no pueden echar la palabra del cuerpo, segun llegan de cansadas, y muertas de hambre. Què mal, ò Sancho, respondiò Don Quixote, conoces tu à este cavallo, yo te juro, que si le preguntasses, y èl

te

te supiesse responder, qual quiere mas, estàr escuchando lo que yo digo de guerras, batallas, y noblezas de Cavalleros, ò media anega de cevada, que el diria que gusta sin comparacion mas de que hable de aqui al dia del juizio, que no de comer, ni beber: y es cierto se estaria dias, y noches, escuchandome con mucha atencion. Estando en esto llegò vn criado del titular, diziendo à Don Quixote, señor Cavallero desamorado, mi señor le suplica se venga conmigo à su casa, porque quiere que V.m. y la Reyna Zenobia, y su fiel escudero sean sus huespedes, y combidados esta noche, y en todos los demàs dias que à V.m. le pluguiere, hasta que se remate el desafio à que le tiene aplaçado. Señor cavallero, respondiò Don Quixote, con notable gusto iremos à servir al Principe Perianeo, por tanto no ay sino guiar àzia allà, que todos iremos siguiendo.

CAPITULO XXX.

DE LA PELIGROSA, Y dudosa batalla que nuestro Cavallero tuvo con vn page del titular, y vn Alguazil.

EL criado, Don Quixote, Sancho, y Barbara, començaron à caminar àzia casa del titular que les avia combidado, con no poca admiracion de quantos los topavan por las calles, ni menor trabajo del criado, en dezir à vnos, y à otros el humor, y nombre del armado, y calidad de la dama, y adonde, y para que fin los llevava. Con esta molestia los entrò en casa de su señor, y mandando dàr recado à las cavalgaduras, los subiò luego à los tres à vn rico aposento, diziendo à Don Quixote, aqui señor Cavallero, puede V.m. reposar, y quitarse las armas, y asentarse en esta silla, hasta que mi señor venga, que no puede tardar mucho: à lo qual respondiò Don Quixote, que no estava acostumbrado à desarmarse jamàs por ningun caso, y menos en tierra de paganos, donde no sabe el hombre de quien se ha de fiar, ni lo que puede facilmente suceder à los Cavalleros andantes, en deshonor del valor de sus personas. Señor, replicò el criado, aqui todos somos amigos, y deseamos servir à los Cavalleros de la calidad de V.m. y assi, bien puede estàr en esta casa, sin cuydado, ni rezelo de contraria fortuna: pero viendo que todavia porfiava en no quererse desarmar, se fue, diziendo hiziesse su gusto, y aguardasse à que su señor viniesse, dexandolos con vn page de guarda para mayor seguridad de que no saliessen de casa. Començòse Don Quixote à passear por la sala, y viendose Barbara con buena ocasion, y à solas para hablarle, lo hizo, diziendole: Yo, señor Don Quixote, he cumplido mi palabra, en venir con V.m. hasta la Corte, y pues ya estamos en ella le suplico me despache lo mas presto que pudiere, porque tengo de bolverme en mi tierra à negocios que me importan, tras que

teño, lo que Dios no quiera, que aquel Alguazil que iba con el señor de la carroça, à quien V. m. llamava Principe de Persia, nos ha hecho traer à esta casa para saber quien es V.m. y quien soy yo, y es cierto, que viendo como ando en compañia de V.m. ha de pensar que estamos ambos amancebados, y nos hará llevar à la carcel publica, donde temo seremos rigorosamente castigados, y afrentados, y V. m. creame, y guardese no le pongan en ocasion de gastar en ella esse poco dinero que le queda, y despues, quando quiera, bolviendo sobre sì, meterse en su tierra, no se vea forçado à aver de mendigar: por esso mire lo que en este negocio debemos hazer, pues en todo seguirè de bonissima gana su parecer. Señora Reyna Zenobia, dixo Don Quixote, yo se claramente que el Cavallero que iba en la carroça, es el Principe Perianeo de Persia, y el que llama Alguazil, es vn escudero honrado suyo, por tanto, pierda V. m. el miedo, y estese conmigo por me hazer plazes, siquiera seis dias en esta Corte, que despues yo proprio la bolverè a su tierra con mas honra que piensa. Par Dios, señor Don Quixote, dixo Sancho, estando en estas razones, que aquel que iba en la carroça, que nosotros llamamos pagano, oì dezir à no se quantos, que era vn no se quien si se quien, hombre bonissimo, y Christiano, y à fe que me lo parece, lo vno por su caridad, pues nos ha combidado à cenar, y à comer con tanta libera-

lidad, lo otro, porque si el fuera Pagano, claro esta que estuviera vestido como Moro, de colorado, verde, ò amarillo, con su alfange, y turbante: pero èl està qual Dios le hizo, y su madre le pario, y V.m. ha visto, todo vestido de negro, y todos quantos le acompañaban iban de la misma suerte, y mas, que ninguno hablaba en lengua paganuna, si no en romance como nosotros. Porfiò à esto Don Quixote con colera, diziendo, pues aunque tu, y la Reyna digais lo que quisieredes, èl es sin falta ninguna el que yà tengo dicho. Entonces Barbara, llamò al paje que estava à la puerta, y le dixo: diganos señor mancebo, aquel señor que iba en la carroça por el Prado, acompañado de tanta gente, à quien este Cavallero, y yo hablamos, quien es? El page le respondiò quien era, y su calidad, y como los avia mandado expressamente traer à su casa: y què nos quiere hazer? replicò Sancho, no nos veamos en otra tribulacion como en la que yo me vì en la carcel de Siguença, tan cargado de piojos, que aun de los que me quedan desde entonces podria hinchir media dozena de almohadas: Ninguna cosa pretende mi señor, respondiò el page, sino tener con Vs. ms. algun buen rato de entretenimiento, y regalarles. Veni acà page, dixo Don Quixote, vuestro amo no se llama Perianeo de Persia, hijo del gran Soldàn de Persia, y hermano de la Infanta Imperia, competidor del nunca vencido Don Belianis de Grecia. Riòse

muy

muy de proposito el page, quando oyò tantos disparates, y respondiòle: Ni mi señor es Principe de Persia, ni Turco, ni en su vida estuvo allà, ni viò à Don Belianis de Grecia, cuyo libro mentiroso tengo yo en mi aposento. O page vil, y de infame ralea, dixo D. Quixote, y mentiroso llamas à vno de los mejores libros, que los famosos Griegos escrivieron: tu, y el barbaro Turco de tu amo sois los mentirosos, y mañana se lo harè yo confessar à èl mal que le pese, delante del Rey, con los filos de esta espada. Digo, respondiò el page, que mi señor es buen Christiano, Cavallero de lo bueno, y conocido en España, y quien lo contrario dixere miente, y es vn vellaco. Don Quixote que tal oyò, metiò mano à su espada, y se fue hecho vn rayo para el page. El en viendolo, se baxò por la ancha escalera en la calle, y saliendo à su puerta, dezia à vozes: salga el vellaco que pone lengua en mi señor, que yo harè que le cueste caro, y diziendo, y haziendo, tomò vna piedra de la calle cõtra Don Quixote, el qual saliò tambien à ella armado como estava, y con la espada en la mano, y cubierto con su adarga se fue contra el page, el qual anticipandose en la ofensa, le tirò la piedra que tenia, con tal furia, que le diò con ella tal, y tan desatinado golpe, que à no hallarle el pecho armado, le pusiera la vida en contingencia. Al ruydo, y vozes que todos davan, se llegò mucha gente, y como vieron aquel hombre armado, con la espada, y adarga, amenaçando, y aun arremetiendo al page del conocido titular, no sabian que se dezir. Llegaron dos Alguaziles con sus corchetes luego al corrillo, y viendo lo que passava, se le acercò el vno, è intentando quitarle la espada, le dixo: Què hazeis hombre de Barrabàs, estais loco, en tal puesto, y contra page de persona de prendas tales, qual es el dueño de èl, y de esta casa meteis mano, venga la espada luego, y venios à la carcel, que à fe que os acordareis de la burla mas de quatro pares de dias. No respondiò palabra Don Quixote, sino que echando vn pie atràs, y levantando la espada diò al bueno del Alguazil vna gentil cuchillada en la cabeça, de la qual le començò à salir mucha sangre. Viendo èsto el herido Alguazil, començò à dàr vozes, diziendo: favor à la justicia, que me ha muerto este hombre. Llegaronse al ruydo mil corchetes, y Alguaziles, y otras personas, metiendo todos mano à sus espadas, contra Don Quixote, el qual con mucha alegria, dezia: salga Perianeo de Persia, con todos sus aliados, que yo les darè à entender, que èl, y quantos en esta casa viven son perros, enemigos de la ley de Jesu Christo, y con esto arrojava à dos manos cuchilladas à todas partes. El pobre Sancho estava à la puerta mirando lo que su amo hazia, y dixo en voz alta: Esso si señor Don Quixote, no se dè por vencido à essos vellacos de Turcos, que le llevaràn al Alcoran, y le circuncidaràn mal

que le pese, y despues le pondràn à los pies vnas travas de hierro, como à mi en Siguença. En esto cargò tanta gente sobre nuestro buen hidalgo, que à pesar suyo le quitaron la espada, y agarrandole media dozena de corchetes, le ataron las manos atràs. Acertò à passar por alli, quando andava en esta refriega, que era al anochezer, vn Alcalde de Corte en su cavallo, el qual viendo tanta gente junta, preguntò que era la causa de aquello, y vno de los circunstantes le dixo: señor, vna grandissima desverguença, que vn hombre armado de todas pieças ha entrado en esta casa, do vive, como V.m. sabe tal titular, y ha querido matar en ella vn page suyo, y queriendole prender ciertos Alguaziles por ello, y la resistencia que les hazia, temerariamente ha dado à vno de ellos vna muy buena cuchillada. Mal caso, respondiò el Alcalde de Corte, y llegando donde los corchetes tenian à Don Quixote sin poderle llevar, segun se resistia, mandò que le dexassen: y assi le levantaron de tierra, y puesto en pie, atadas las manos atràs, le dixo el Alcalde, maravillado de verle de aquella suerte, y con tanta colera: Veni acà hombre del diablo, de donde sois, y como os llamais, que tanto atrevimiento aveis tenido, en casa de dueño de tan ilustres calidades? Don Quixote le respondiò: Y vos hombre de Lucifer que esso preguntais, quien sois: Lo que aveis de hazer es, ir vuestro camino adelante mucho de noramala, y no meteros en lo que no os và, ni os viene, que yo, quien quiera q̃ fuera, soy cien vezes mejor que vos, y la vil puta que os pariò, y os lo harè confessar aqui à vozes, si subo en mi preciado cavallo, y tomo la lança, y adarga, que aquesta soez, y vil canalla me ha quitado: pero yo les darè el castigo, que su loco atrevimiento merece, en matando al Rey de Chipre, Bramidan de Tajayunque, con quien tengo aplaçada batalla, delante del Rey Catholico: y juntamente tomarè vengança del Principe Perianeo de Persia, cuyas son estas cosas, sino castiga la descortesia que los de su real Palacio me han hecho, siendo yo Fernan Gonçalez, primero Conde de Castilla. Maravillòse el Alcalde de Corte, de oìr los disparates de aquel hombre, pero vno de los corchetes dixo: V.m. señor crea, que este hombre es mas vellaco, que bovo, y aora que ha hecho el disparate, y lo conoce, se haze loco, para que no le llevemos à la carcel. Aora sus, dixo el Alcalde de Corte, llevenle à ella, y ponganle à buen recado hasta mañana, que salga à la Audiencia, y se vea su pleyto. Con esto le començaron à asir los corchetes, resistiendose èl quanto podia. Sucediò, pues, que à esta hora, que yà eran cerca de las nueve, llegò el titular à la puerta de su casa con mucho acompañamiento, y como viò tanta gente junta en su calle, preguntò la causa, y llegandose à èl el Alcalde de Corte, le contò quanto aquel hombre armado avia hecho,

cho, y dicho. En oyendolo, se riò mucho el titular de ello, y refiriendo al Alcalde lo que Don Quixote era, y como por su orden le avian traìdo à su casa, le suplicò le soltasse, dandosele como en fiado, que èl se obligava à entregarsele siempre que le requiriesse, ò constasse, que no era lo que le contava, obligandose juntamente à todos los daños, y costas de la cura del Alguazil, y à satisfazerle bastantemente. Lo mismo le rogaron todos los circunstantes que le acompañavan deseosos de passar la noche con el entretenimiento, que les prometia el humor del preso, y de los que venian en su compañia. Viòse obligado el Alcalde, viendo los ruegos, y seguridades que le davan gente tan principal, à condecender con su deseo, y assi mandò à los corchetes le soltassen, y entregassen al dicho titular, el qual viendole libre, le dixo: Què es esto señor Cavallero desamorado, què aventura es esta que le ha sucedido? Respondiò Don Quixote: O mi señor Perianeo de Persia, no es nada, que como toda esta gente es gente bahuna, no he querido hazer batalla con ella, aunque creo, que alguno ha llevado yà el pago de su locura. En esto llegò Sancho, el qual estava de lexos mirando todo lo que su amo avia padecido, y quitandose la caperuça, dixo: O señor Principe, su merced sea bien venido, para que libre a mi señor de estos grandissimos vellacos de Alcaldes, peores que el de mi tierra, pues se han atrevido à quererle llevar agarrado à la carcel, qual sino fuera tan bueno como el Rey, y Papa, y el que no tiene capa: que he visto el negocio de suerte, que sino fuera por V. m. creo que sin duda lo efectuaran, y aun yo à no temerles, les diera dos mil mochicones. Bien podeis creer amigo, dixo el Cavallero, que sino lo fuera yo tanto del Alcalde de Corte, como lo soy, y el respeto que èl como tal me tiene, que lo passara mal el señor Don Quixote, à quien asiendo de la mano tras esto, dixo: Venga V.m. señor Principe de Grecia, y entre en mi casa, que en ella todo se harà bien, y los vellacos de sus contrarios, serán castigados como merecen: y despidiendose con mucho comedimiento de algunos de los que le acompañavan, como lo avia hecho yà del Alcalde, se subiò arriba con Don Quixote, y con Sancho. Quedaronse los corchetes hechos vnos matachines en la calle, sin la presa, y pasmados de vèr que el titular llevasse aquel hombre à su lado, llamandole Principe.

CAPITULO XXXI.

DE LO QUE SUCEDIO A nuestro invencible Cavallero, en casa del titular, y de la llegada que hizo en ella su cuñado Don Carlos, en compañia de Don Alvaro Tarfe.

EN subiendo arriba, diò orden el señor à su mayordomo, llevasse à cierto quarto à Don Quixote, Barbara, y à Sancho, y les diesse bien, y abundantemente de cenar, y aviendolo ellos hecho, y lo mismo èl, mandò al mismo mayordomo le sacasse en su presencia à Barbara, para dàr principio al entretenimiento que pensavan tener èl, y los que avian cenado en su compañia, que eran algunos Cavalleros, con los dislates de Don Quixote, confiando les daria cuenta de su principio, y causa la dicha Barbara. Baxò, pues ella, no poco turbada, y medrosa de verse llamar à solas, y puesta en presencia de los Cavalleros, la dixo el que la avia hospedado: Diganos la verdad desnuda, señora Reyna Zenobia, de su vida, y de la de este galan, y valeroso Cavallero andante, que tanto la zela, y defiende. La mia, señores ilustrissimos, es la que tengo dicha en el prado, breve, y llena de altos, y baxos, como tierra de Galicia. Barbara de Villatobos me llamo, nombre heredero de vna aguela q̃ me criò, buen siglo aya, en Guadalajara, vieja soy, moça me vi, y siendolo, tuve los encuentros que otras, no faltandome quien me rogasse, y alabasse, ni à mi me faltaron los ordinarios desvanecimientos de las demàs mugeres, creyendo aun mas de lo que me dezia de mi talle, y gracia, el poeta que me la celebrava, pues lo era el vellacon, que à cargo tiene mi pudicicia, entreguesela, y entreguemele amandole, y mintiendo à las personas que me pedian de derecho cuenta de mis passos. Supieronse presto en Guadalajara los en que andava, q̃ no ay cosa mas parlera, que vna muger perdido el recato, pues en lengua, manos, pies, ojos, meneos, trage, y galas, trae escrita su propria deshonra: sintiò mi aguela la mia à par de muerte, y muriò presto del sentimiento: tuvele yo grande por ello, y mas porque mi escarraman me avia ya dexado. Huve de heredarla, vendi los muebles, y hize todo el dinero que pude de ellos, con que me baxè à Alcalà, do he vivido mas de veinte y seis años, ocupada en servir à todo el mundo, y mas à gente de capa negra, y habito largo, que en efeto soy naturalmente inclinada à cosa de letras: si bien las mias no se estienden à mas que à hazer, y deshazer bien vna cama, à adereçar bien vn menudo, por grande que sea, y sobre todo, à dàr su punto à vna olla podrida, y abahar de populo barbaro, vna escudilla de repollo, sopas, y caldo. Lo demàs de la desgracia vltima, que me sacò de aquella vita bona, yà se lo tengo dicho à V.S. en el prado, y le he dado

do

do cuenta de como creì al ſocarron del Aragonès, que me diò à entender ſe caſaria conmigo, ſi vendidos mis muebles le ſeguia haſta ſu tierra, mejor le ſiga la deſgracia, que èl cumpliò lo prometido: yo ſi que fui tonta, y aſsi es bien, que quien tal haze, que tal pague. Metiòme en vn pinar, y hurtòme quanto llevava, dexandome aporreada, y maniatada en camiſa: paſsò por alli eſte locaço mentecato de Manchego, con el tonto de Sancho Pança, y otros que iban con ellos, y ſintiendo mis lamentos, me deſataron, y ampararon, trayendome conſigo haſta Siguença, do me viſtiò Don Quixote de la ropa que traygo, con que me veo obligada à acompañarle, haſta que ſe canſe de llamarme Reyna Zenobia, y de ſufrir èl, y ſu eſcudero los porraços, è injurias, que los he viſto ſufrir en Siguença, y en la Venta vezina de Alcalà, do el Autor de tal Compañia de Comediantes, les apurò de ſuerte, que por poco acabàran con ſus deſventuradas aventuras. Refiriò tras eſto, quanto en la Venta, y en Alcalà les avia ſucedido, haſta llegar al prado; con vn deſenfado, y donayre, que à todos les admirò, y provocò à riſa. Mandaron para cumplimiento de la farſa baxar à Don Quixote, y à Sancho, y pueſtos ambos en ſu preſencia, el amo armado, y el criado encaperuçado, dixo el titular à Don Quixote: Bien ſea venido el nunca vencido Cavallero deſamorado, defenſor de gente meneſteroſa, desfazedor de tuertos, y endilgador de juſticias, y aſſentandole junto aſsi, y à Barbara à ſu lado, que no ſe quiſo aſſentar de otra ſuerte, proſiguiò eſtando la ſala llena de la gente de caſa, que perecia de riſa: Como le và à V.m. en eſta Corte deſde que eſtà en ella? Denos razon de lo que ſiente de ſu grandeza, y perdoneme el atrevimiento que he tenido en querer alojar en mi caſa, perſonas de tan ſingular valor, qual ſon V.m. y la ſeñora Reyna de las Amazonas, recibiendo la voluntad con que le ſirvo, pues ella ſuple la falta de las obras. Eſſa recibo, reſpondiò Don Quixote, invicto Principe Perianeo, y lo miſmo haze la poderoſa Reyna Zenobia, que aqui aſsiſte, honrando eſta ſala, y tiempo vendrà, en q̃ yo pague tan buenos ſervicios con vẽtaja, y ſerà quando yendo con eſſe Duque Alfiron Perſiano, à la gran Ciudad de Perſepolis, le haga caſar à V.m. à peſar de todo el mundo, con ſu bella hermana, llamandome entonces yo por la imagen que traerè en el eſcudo, el Cavallero de la rica figura, pues ſerà la que llevarè pintada al vivo, en el de la Infanta Florisbella de Babylonia. Suplico à V.m. dixo el titular, que eſtà hombre de gallardo humor, no toque eſſa tecla de la Infanta Florisbella, pues ſabe que yo ando muerto por ſus pedaços, y hagame merced de que ſe quede eſte negocio aqui, que preſto ſe averiguarà la juſticia de mi pretenſion en eſta parte, entrando con V. m. en la batalla campal,

que tengo aplaçada. Su execucion inſto, replicò Don Quixote, y barras derechas. Saliò Sancho Pança en oyendo eſto, y dixo: Par diez, ſeñor Pagano, que V.m. estan hombre de bien, como yo aya viſto en toda la paganìa: otro, dexando à parte que es mal Chriſtiano, por ſer como todo el mundo ſabe Turco, y aſsi no querria puſieſſe la vida al tablero, entrando en batalla con mi ſeñor, que ſerìa mal caſo vinieſſe à morir à ſus manos, quien en ſu caſa nos ha hecho ſervicio de darnos à cenar como à vnos papagayos, tantos, y tales guiſados, que baſtavan à tornar el cuerpo al alma de vna piedra. Sabe con quien querria yo que Don Quixote mi ſeñor hizieſſe pelea, con eſtos demonios de Alguaziles, y Porteros, que nos hazen à cada paſſo terribles deſaguiſados, y tales, qual es el en que nos acabamos de vèr aora, pues nos han pueſto à amo, y criado en el mayor aprieto que nos avemos viſto, deſde que andamos por eſſos mundos à caça de aventuras, y ſino fuera porque vino à buen tiempo V.m. mi ſeñor, ſe viera como en Zaragoça, à medio açotar: pero yo le juro por vida de los tres Reyes de Oriente, y de quantos ay en el Poniente, que ſi cojo alguno de ellos en deſcampado, y de ſuerte, que pueda hazer de èl à mi ſalvo, que me tengo de hartar de darle de moxicones, dandole moxicon por aqui, y moxicon por alli, eſte por arriba, y eſte otro por abaxo. Dezia eſto Sancho con tal colera, dando moxicones por el ayre, como ſi verdaderamente ſe aporreàra con el Alguazil, dando mil bueltas al derredor, haſta que cayendoſele la caperuça en el ſuelo la levantò, diziendo: à fe que lo puede agradecer à que ſe me cayò la caperuça, que à no ſer eſto, llevara ſu merecido el muy guiton, para que otra vez no ſe atreviera à otro tal qual èl, à tomarſe con vn eſcudero andante, tan honrado como yo, y de tan valeroſo dueño, como mi ſeñor Don Quixote. Rieron quantos en la ſala eſtavan, de vèr la necia colera de Sancho, al qual dixo el Titular: yo ſeñor Sancho, no puedo dexar de ſalir en batalla con el ſeñor Cavallero deſamorado, de la qual ſaldrè ſin duda con vitoria, porque mi valor es conocido, y ſingular es el favor que cierto Mago que tengo de mi parte, me dà ſiempre. Eſſo ſe verà, replicò Don Quixote, à las obras à que me remito. Parecièles en eſto à todos, que era bien dàr lugar à la noche, y levantandoſe de la ſila el Titular, dixo à Don Quixote: mire V.m. ſeñor deſamorado, lo que emprende, en emprender à pelear conmigo, y duerma ſobre ello. Sobre vna muy buena cama dormirán mejor, mi ſeñor, reſpondiò Sancho, y yo, y la ſeñora Reyna otro que tal. No faltaràn eſſas, dixo el Titular, y mandando llevarlos à ellas, ſe fueron à acoſtar todos. Dos, ò tres dias tuvieron los del palacio ſemejantes, y mejores ratos de entretenimiento, à todas horas, con los tres hueſpedes, que jamàs los de-

dexaron ſalir de caſa, conociendoles el humor, y quan ocaſionados eran para alborotar la Corte. Al cabo de ellos, quiſo Dios que llegaſſen à ella Don Carlos, con ſu amigo Don Alvaro, à quien por guardar que convalecieſſe de vna mala gana, que le avia ſobrevenido en Zaragoça, no quiſo dexar à Don Carlos, y eſta fue la cauſa de no aver llegado mucho antes. Alborotòſe, y regozijòſe toda la caſa con ſu venida, que la deſeavan para celebrar, y concluir el caſamiento del dueño de ella todos, y al cabo de rato que eſtavan los hueſpedes en ella, à caſo les dixo el Titular, como les daria muy buenos ratos de entretenimiento, con tres interlocutores que tenia, de lindo humor, para hazer ridiculos entremeſes de repente, y diziendoles quien eran, y del modo que los avia hallado, y llevado à ſu caſa, y lo que en ella con ellos le avia ſucedido. Holgaron infinito Don Carlos, y Don Alvaro de la nueva, porque venian igualmente deſeoſos, y cuydadoſos de Don Quixote, à quien deſpues de cena mandaron ſalir como ſolian à la ſala con Sancho, y Barbara, de cuya vida yà avia dado el Titulo tambien noticia à Don Carlos, y à Don Alvaro, como ellos ſe la avian dado à èl de quanto les avia paſſado en Zaragoça con èl, y ſu eſcudero Sancho, y en particular Don Alvaro, que ſe le diò de los ſuceſſos del Argameſilla. Determinaron los dos no darſeles à conocer al principio, y calandoſe los ſombreros, ſentados al lado del Titular. A la que ſe entraron por la ſala los tres, Reyna, amo, y criado, empeçò à hablar del tenor ſiguiente el fingido Perianeo: Preſto, valeroſo Manchego, medirè mi eſpada con la vueſtra, ſi perſeverais en vueſtros trece de no rendirmeos, dexando de favorecer à D. Belianis de Grecia, y es cierto quedareis en la batalla infamemente vencido, pues tengo de mi parte aqui à mi lado el ſabio Friſton mi diligentiſsimo hiſtoriador, y gran agente de mis partes, y diziendo eſto ſeñalò à Don Alvaro, el qual cubriendoſe lo mejor q̃ pudo, ſe puſo luego en pie, entre Don Quixote, y Sancho (que Barbara yà ocupava ſu ordinario aſsiento) dixo con voz hueca, y arrogãte: Cavallero deſamorado de la Infanta Dulcinea del Toboſo, à quien tanto vn tiempo adoràſte, ſerviſte, eſcriviſte, y reſpetaſte, y por cuyos deſdenes hiziſte tan aſpera penitẽcia en Sierra Morena, como ſe cuenta en no ſe q̃ Anales, q̃ andan por ay en humilde idioma eſcritos de mano, por no ſe q̃ Alquife: eres tu por ventura Don Quixote de la Mancha, cuya fama anda eſparcida por las quatro partes del mundo: y ſi lo eres, como eſtàs aqui tan covarde quãto ocioſo. D. Quixote oyendo eſto, bolviò la cabeça à Sancho, diziendole: Reſponde tu Sancho à eſte ſabio Friſton, porque no merece el oìr la reſpueſta q̃ pretende de mi boca, pues no me tiro, ni pago, con gente que no tiene mas de palabras, qual eſtos encantadores, y nigromanticos.

Quedò Sancho muy alegre de oìr lo que su amo le mandava, y poniendose frente à frente de Don Alvaro, cruzados los braços, le dixo con voz furiosa de esta manera: Sobervio, y descomunal sabio, nosotros somos essos de las quatro partas del mundo, por quien preguntas, como tu eres hijo de tu madre, y nieto de tus abuelos. Pues esta noche, replicò Don Alvaro, tengo de hazer vn tan fuerte encantamiento, en daño vuestro, que llevando por los ayres à la Reyna Zenobia, la porne en vn punto en los montes Perineos, para comermela alli frita en tortilla, bolviendo luego por ti, y tu escudero Sancho Pança, para hazer lo mesmo de ambos. Pues nosotros dezimos, respondiò Sancho, que no queremos ir allà, ni nos passa por la imaginacion: si quiere llevar à la Reyna Segovia, hagalo muy en hora buena, que nos harà mucho plazer en ello, y el diablo lleve à quien lo contradixere, pues no nos sirve de otra cosa por essos caminos, mas que de echarnos en costa, que yà avemos gastado con ella en mula, y vestidos mas de quarenta ducados, sin lo que ha comido: y lo bueno es, que quien despues se lleva la mejor parte, son los moços de los Comediantes: solo le advierto como amigo, que si ha de llevarsela, mire bien como la come, porque es vn poco vieja, y estarà dura como todos los diablos, y assi lo que podrà hazer, serà echalla en vna olla grande (si la tiene) con sus yervas, nabos, ajos, cebollas, y tocino, dexandola cozer tres, ò quatro dias, estarà comedera algun tanto, y serà lo mesmo comer de ella, que comer de vn pedaço de vaca, si bien no le tengo embidia à la comida. No pudo Don Alvaro oyendo esto dissimular mas, viendo que todos se reìan, y assi se fue para Don Quixote los braços abiertos, diziendole: O mi señor Cavallero desamorado, deme essos braços, y mireme bien à la cara, que ella le dirà como el que le habla, y tiene delante, es Don Alvaro Tarfe, su huesped, y gran amigo. Don Quixote le conociò luego, y abraçandole, le dixo: O mi señor Don Alvaro V.m. sea bien venido, yà me espantava yo que el sabio Fristron se desvergonçara tanto conmigo: pero no ha estado mala la burla que V.m. nos ha hecho à mi, y à Sancho mi criado. Sancho que oyò lo que su amo dezia à Don Alvaro, luego le conociò, y hincandose de rodillas à sus pies, puesta la caperuça en las manos, le dixo: O mi señor Don Tarfe, V. m. sea tan bien venido, como lo fuera agora por esta sala vna olla, qual la que yo acabo de guisar de la Reyna Segobia, y perdoneme la cosera, que como dixo que era aquel maldito sabio, que nos queria llevar à los montes Perineos, mil vezes he estado tentado con estos, aunque pecadores puños cerrados para cargalle de moxicones, antes que saliera de la sala, confiado de que al primero repiquete de broquel, me avia de ayudar mi señor Don Quixote. Don Alvaro le respondiò: yo le agradez-

co

co mucho señor Sancho, la buena obra que me queria hazer, pues à fe que no se las he hecho yo tan malas en Zaragoça en mi casa, y en la del señor Don Carlos, do les davamos aquellos regalados platos que V.m. sabe. Donde, replicò Sancho, està el señor Don Carlos? Aqui està para serviros, respondiò el mismo, levantandose de su asiento à abraçar à Don Quixote, como realmente lo hizo, con igual retorno de èl, y de su criado, y luego le dixo: no llegara à esta Corte, señor Don Quixote, si no fuera por apadrinarle en la batalla que ha de hazer con el Rey de Chipre Bramidan, sacandole del mundo: pues me dizen dèl està en la plaça mayor, desafiando cada dia à quantos Cavalleros la pasean, y venciendolos à todos, sin aver quien le resista, cosa que tiene al Rey, y Grandes del Reyno, no poco corridos, y estàn por momentos aguardando à que Dios les depare vn tal, y tan buen Cavallero, que sea bastante à vencer, y cortar la cabeça à tan infernal monstruo. Don Quixote le respondiò: Yà me parece, mi señor Don Carlos, que los pecados, y maldades del Rey de Chipre, los quales dàn vozes delante de Dios, han llegado à su vltimo punto, y assi, esta tarde sin falta se le darà el castigo que sus malas obras piden: haga cuenta V.m. dixo Sancho, señor Don Carlos, que oy acabamos con esse demonio de Gigante, que tan cansados nos tiene: pero porque entienda mi señor Don Quixote, que no he recibido en vano el orden de escuderia, digo que yo tambien quiero hazer batalla delante todo el mundo, con aquel escudero negro que dicho Gigante trae consigo, à quien yo vi en Zaragoça, en casa del señor Don Alvaro, porque me parece que no tiene espada, ni otras armas ningunas, y que esta de la manera que yo estoy, y assi, digo que se las quiero tener tiesas, y hazer con èl vna sanguinolenta pelea de coces, moxicones, pellizcos, y bocados, que si es escudero èl de vn Gigante Pagano, yo lo soy de vn Cavallero andante Christiano, y Manchego, y escudero por escudero, Valladolid en Castilla, y amo por amo, Lisboa en Portugal. Mirad que cuerpo non de Dios con èl, y con la negra de su madre, pues: guardese de mi como del diablo, que si antes de entrar en la pelea me como media dozena de cabeças de ajos crudos, y me espeto otras tantas vezes del tinto de Villarobledo, orrojarè el moxicon que derribe vna peña: ò pobre escudero negro, y que vellaca tarde se te apareja, mas te valiera averte quedado en Monicongo, con los otros hermanos fanchicos que allà estàn, que no venir à morir à moxicones en las manos de Pança: y Vs.ms. se queden con Dios, que voy à efetuarlo. Detuvole Don Carlos, diziendo, aguardad amigo, que aun no es hora de pelear, y descuydad, y dexad el negocio en mis manos. Esso harè de bonissima gana, dixo Sancho, y aũ se

las

las beſo por la merced que me haze, que manos beſa el hombre, que las querria vèr cortadas. O Sancho, dixo Don Carlos, tanto mal os he hecho yo, que querriades verme cortadas las manos. No lo digo por eſſo, reſpondiò èl, ſino que me vino à la boca eſſe refràn, como ſe me vienen otros: y antes plegue à Dios vea yo manos tan honradas, embueltas entre aquellos benditos platos de alhondiguillas, y pieles de manjar blanco, que eſtavan en Zaragoça, pues confio que me iria mal en ello. Bolviòſe Don Quixote, acabadas eſtas razones, al Titular, diziendo: aqui tengo Principe Perianeo la flor de mis amigos, y quien darà noticia baſtante de mi valor, y hazañas à V.m. y le deſengañaràn de quan temerario es en no rendirſeme, deſiſtiendo de la pretenſion de la infanta Florisbella, en bien de Don Belianis, mi intimo familiar. Pues pretende, reſpondiò Don Alvaro, eſte Principe entrar con V.m. ſeñor Don Quixote, en batalla? Es tan grande ſu atrevimiento, replicò èl, que ſe quiere poner en quintas conmigo: coſa que ſiento en el anima, porque no querria verme obligado à ſer verdugo de quien tan honrada, y cumplidamente me ha hoſpedado: pero lo que podrè hazer por èl, ſerà, para que tenga mas largo el plazo, para deliberar lo que mas le conviniere, entrar primero en batalla con el Rey Bramidan de Tajayunque, y luego con el alevoſo hijo del Rey de Cordova, en defenſa de la inocencia de ſu Reyna madre. No es poca merced la que ſe nos haze à todos, le dixo Don Carlos, en diferir eſta batalla, que en efecto à todos nos importa ſe ahorren peſadumbres entre dos Principes tan poderoſos, como el Perianeo, y V. m. y con las largas confio componer ſus pretenſiones, ſin agravio de ninguna de las partes. Las del ſeñor Principe Pagano, reſpondiò Sancho, ſon tales, que me obligan à deſearle ſervir, aun en la miſma pelea: y aſsi haziendolo deſde aqui, le doy por conſejo que no ſalga à ella ſino es bien comido, que en fin la tarde es larga, y aun ſerà acertado llevarſe alguna coſa fiambre, para mientras deſcanſaren, por ſi acaſo le diere gana de comer el canſancio: yo deſde aqui le ofrezco llevarlo todo, ſi quiſiere ſobre mi rucio, en vnas alforjas grandes que tengo, y mas me ofrezco à mandar à mi à amo, que quando le aya vencido à ſu merced, y le tenga derribado en tierra, y eſtè para cortarle la cabeça, ſe la corte poco à poco, porque le haga menos mal. Agradeciòle el Principe Perianeo los buenos ſervicios que deſeava hazerle: y à ſu amo le acetò la dilacion de la batalla, moſtrando deſeava mucho ſu amiſtad, y que temia el aver de ſalir en campaña con èl: ſupueſto, el abono que de ſu valor davan Don Carlos, y Don Alvaro, el qual dixo à todos: parece me ſeñores que eſtos negocios quedan en buen punto, y aſsi razon ſerà irnos à repoſar, que harto tendre-

dremos que hazer mañana en dàr aviso a toda la Corte, de la venida del señor Don Quixote, y del fin que le trae à ella, que es el deseo grande que tiene de libertalla de las molestias del insolente Rey Bramidan. Parecièles à todos bien la aguda traça de atajar la prolixa conversacion: y encaminandose cada vno para su quarto, salieron todos de la sala. Apenas estuvo fuera de ella el pobre Sancho, quando le cogieron los criados de Don Alvaro, y de Don Carlos, à quien es conocia èl bien: y preguntando del cozinero coxo, y dandose la bien venida entre sì, le dixo vno de ellos, à fe señor Sancho que và V.m. medrando bravamente, no me desagrada que al cabo de sus dias, dè en rufian: por mi vida que no es mala la moça, rolliza la ha escogido, señal de buen gusto: pero guardela de los gavilanes de esta Corte, y V.m. vaya sobre el aviso, no le coja algun Alcalde de Corte con el hurto en las manos, que à fe que no le faltaràn docientos, y galeras, que liberalissimamente se dàn essas prebendas en la Corte. No es mia la moça, respondiò Sancho, si no del diablo, que nos la endilgò en camisa en medio de vn bosque, y de essa suerte: y por el tanto, la podràn tomar Vs. ms. siempre que quisieren, que la ropa que trae, nuestro dinero nos cuesta, y juro non de Dios, que si por ella me diessen, no digo docientos açotes, y galeras: sino quatro mil Obispados, que la diera, y Barrabas, à ella, y à todo su linage: y que hiziera que se acordara de mi mientras viviera. En esto se le subieron à dormir à sus aposentos, haziendole dezir dos mil dislates, à barato de los relieves que de la cena les avian quedado.

CAPITULO XXXII.

EN QUE SE PROSIGUEN las graciosas demostraciones que nuestro hidalgo Don Quixote, y su fidelissimo escudero Sancho, bizieron de su valor en la Corte.

PAreciòles al titular, y à Don Carlos, que la primera cosa que avian de hazer, salidos de casa, y oìda Missa, era besar las manos à su Magestad, y à algunos señores de calidad, y del Consejo: dandoles parte del estado del casamiento. Efectuaronlo, pues, assi, saliendo acompañados de Don Alvaro, y de otros amigos que avian venido à visitar à Don Carlos. Yà estavan levantados sus huespedes, Don Quixote, Barbara, y Sancho: y à la que salian de casa q̃ no tuvieron poco en que entender con ellos en hazerles quedar en ella, que no avia remedio con Don Quixote, sino que les avia de honrar con su compañia, subido en rocinante, y à puras promesas de que embiarian luego por èl, dada razon de su venida à los grandes, le hizieron quedar, aunque no sin guardas, para que de ninguna suerte le dexassen, à èl, ni à los de su compañia salir de casa. A la que

los

los señores salian de ella, se asomò de prisa Sancho à vna ventana, diziendo à vozes: señor Don Carlos, si acaso topare por ay aquel escudero negro, mi contrario, digale que le beso las manos, y que se apareje para esta tarde, ò mañana, para acabar aquella batalla que sabe, con vno de los mejores escuderos que tiene barbas en cinta: y mas, que le desafio para despues de la pelea, à quien segarà mejor, y mas aprieſſa, y aun le darè dos, ò tres gabillas de ventaja, con tal condicion, que comamos primero vn gentil gaçapo con su ajo, que yo sè hazer à las mil maravillas. Tirole en esto Don Quixote del sayo con colera, diziendo: Es posible Sancho, que no ha de aver para ti guerra, conversacion, ni passatiempo, que no sea de cosas de comer: dexa estàr el escudero negro, que sobre mi que el te venga sobrado à las manos: y aun à fe que entiendo que avràs bien menester las tuyas para èl. No avrè, replicò Sancho, porque pienso ir prevenido a la pelea, llevando en la mano çurda vna gran bola de pez blanda de zapatero, para quando el negro me vaya à dar algun gran moxicon en las narizes, reparar el golpe en dicha bola, pues es cierto, que dando èl el golpe en ella, con la furia que le darà, se le quedarà la mano pegada, de manera que no la pueda desasir: y assi, viendole yo con la mano derecha menos, y que no se puede aprovechar de ella, le darè à mi salvo tantos, y tan fieros moxicones en las narizes, que de negras se las bolverè coloradas à pura sangre. Hizieron sus visitas el titular, Don Carlos, y Don Alvaro, teniendo ventura en poder besar las manos de espacio à su Magestad, y de poder tratar de sus negocios con èl, y con los demàs señores à quienes tenian obligacion de dar los primeros avisos del casamiento: y en la vltima visita que hizieron à vn personage de su calidad, y muy familiar, y amigo, casado con vna dama de buen gusto, dieron cuenta de los huespedes que tenian en casa, y de los buenos ratos que passavan con ellos, pues eran los mejores que señor podia passar en el mundo. Encarecieron tanto los humores de ellos, que el marido, y muger les rogaron con notables veras se los llevassen à su casa aquella tarde, para passarla buena. Ofrecieronlo de hazer, con condicion, que se avia de fingir èl, gran Archipampano de Sevilla, y su muger Archipampanesa: diziendo, que Don Quixote era hombre que solo se pagava de Principes de nombres campanudos, porque el thema de su locura, era ser Cavallero andante, desfazedor de agravios, y defensor de Reynos, Reyes, y Reynas: y que assi se le avia puesto en la cabeça, que vna feissima mondonguera de Alcalà, que traìa por fuerça en su compañia, era la Reyna Zenobia, que no la avia dexado menos perenal la vana, y ordinaria letura de los libros de fabulosas Cavallerias, à la qual se avia dado por el credito que da-

dava à todas las quimeras que en ellos se cuentan, teniendolas por verdaderas. Con este concierto se bolvieron à su casa à comer, dando de parte del grande Archipampano vn recado à Don Quixote sobre mesa, y diziendole juntamente, como todos avian de ir, caìdo el Sol, à besarle las manos, èl, y Sancho, metidos en coches por ser muy de Principes, passear la Corte aquellos meses en carroças, y no en cavallos, aceptò la ida Don Quixote, y lo mismo hizo Sancho. En pareciendoles à los señores hora, mandaron apressar los coches, y metiendose todos dentro con Don Quixote, armado, y embroquelado con su adarga, y con Sancho, caminaron àzia la casa del fingido Archipampano, à quien dieron los pages luego aviso de las visitas que llegavan. En sabiendolo se puso baxo vn dosel, en vna gran sala à recebilles, y entrando el titular, Don Carlos, y Don Alvaro en ella, le saludaron con notable cortesia, y disimulacion, y asentandose por su mandado junto à èl llena la sala de la gẽte que los acompañava, y de la de casa. Y estando en otro cabo de ella en vn buen estrado la muger con algunas dueñas, y criadas, se levantò Don Alvaro, y tomando de la mano à Don Quixote, le presentò con notable cortesia delante del Archipampano, diziendo: Aqui tiene vuessa Alteza, señor de los fluxos, y refluxos del mar, y poderosissimo Archipampano de las Indias Oceanas, y Mediterraneas, del Elesponto, y gran Arcadia, la nata, y la flor de toda la Cavalleria Manchega, amigo de vuessa Alteza, y gran defensor de todos sus Reynos, Insulas, y Peninsulas. Dicho esto se bolviò à asentar, y quedando Don Quixote puesto en mitad de la sala, mirando à todas partes con mucha gravedad, puesto el cuento de la lança (que vn criado le traxo) en tierra, estuvo callando, hasta que viò que todos avian visto, y leìdo las figuras, y letras de su adarga: y quando viò que callavan, y estavan aguardando à que èl hablasse, con voz serena, y grave començò à dezir: Magnanimo, poderoso, y siempre Augusto Archipampano de las Indias, decendiente de los Heliogavalos, Sardanapalos, y demàs Emperadores antiguos, oy ha venido à vuestra Real presencia el Cavallero desamorado, si nunca le oìstes dezir, el qual, despues de aver andado la mayor parte de nuestro emisferio, y aver muerto, y vencido en èl vn numero infinito de jayanes, y descomunales gigantes, desencantando castillos, libertando donzellas, tras aver desecho tuertos, vengados Reyes, vencidos Reynos, sujetado Provincias, libertado Imperios, y traìdo la deseada paz, à las mas remotas Insulas, mirando con los ojos de la consideracion à todo lo restante del mundo, he visto que no ay en toda la redondez dèl, Rey, ni Emperador que mas digno sea, y mejor merezca mi amistad, cõversacion, y trato, que vuessa Alteza, por el valor de su persona, lustre

de

de sus progenitores, grandeza de su Imperio, y patrimonio, y principalmente por el esfuerço que muestra su bella, y robusta presencia: por tanto yo he venido, magnanimo Monarca, no à honrarme con vos, que asaz tengo de honra adquirida, ni à procurar vuestras riquezas, ni Reynos, que ay tengo yo el Imperio de Grecia, Babylonia, y Trapisonda, para cada, y quando que los quisiere, ni à deprender cortesias, ni otras qualesquier gracias, ni virtudes de vuestros Cavalleros, que mal puede aprender, quien es conocido, y respetado por todos los Principes de buen gusto, por espejo, y dechado, de virtud, criança, y de todo prudencial, y buen orden militar: sino à que desde este dia me tengais por verdadero amigo, pues dello os resultarà, no solamente honra, y provecho, sino juntamente summo contento, y alegria, que llano es, que todos los Emperadores del mundo, en viendome de vuestra parte, os han de rendir, mal que les pese, vassallaje: embiar Parias, multiplicar Embaxadores, à fin solo de hazer con vos inviolables, y perpetuas treguas, mientras yo en vuestra casa estuviere, compelidos del temor que con el trueno de mi nombre, y con la gloria de mis fazañas les entrarà por los oìdos, hasta lo intimo del corazon: y porque veais que la fama que de mis obras aveis oìdo, no es solamente voz que se la lleve el viento, sino valentias heroycas, y conquistas celebres, acabadas con suma felicidad: y felicidad en gloria de orden de la Cavalleria andantesca. Quiero que luego en vuestra presencia venga conmigo à las manos aquel sobervio Gigante Bramidan de Tajayunque Rey de Chipre, con quien ha mas de vn mes que tengo aplaçada batalla, para delante de vos, y de todos vuestros Grandes, en cuya presencia le he de quitar la monstruosa cabeça, y ofrecerla à la gran Zenobia, Reyna hermosissima de las Amazonas, con cuyo lado me honro, y à quien pienso dar el dicho Reyno de Chipre; entre tanto que este brazo la restituye en el suyo, que el gran Turco le tiene vsurpado: quedandome atras esta victoria, la que tambien espero alcançar de cierto hijo del Rey de Cordova, tan alevoso, que en mi presencia levantò vn falso testimonio à vna Reyna, de quien es alnado, y por remate hazer desistir de la vida, ò de su pretension, al Principe Perianeo de Persia, en los amores de la Infanta Florisbella, pues los solicita mi grande amigo Belianis de Grecia, y no cumpliria con lo que à quien soy debo, sino le dexasse sin pretendiente tan importante en tan grave pretension. Vuessa Alteza, pues, mande luego à los tres venir por orden à esta Real sala, que de nuevo les reto, desafio, y aplazo. Dicho esto quedaron, èl callando, y todos los de sala tan suspensos de oìr los concertados disparates de aquel hombre, y la gravedad, y visajes con que los dezia, que no sabian quien, ni como saliesse respon-

ponderle. Pero al cabo de rato el mismo Archipampano, le dixo, infinito huelgo, invicto, y gallardo Manchego, de que ayais querido hazer election de mi Corte, y de los servicios que en ella os pienso hazer para bien suyo, gloria vuestra, y aumento de mis estados, y mas de que aya sido vuestra venida à ellos, en tiempo que tan oprimidos me los tiene esse Barbaro Principe de Tajayunque que dezis: pero porque es ardua la empressa del duelo, que con èl teneis aplazado, quiero para deliberar sobre ello con mas acuerdo, que se dilate hasta que lo consulte con mis grandes, que essotros desafios de los Principes Perianeo, y de Cordova, son de menos consideracion, y facilmente se compondran, ò rendiran ellos despues, quando vean triunfais del Rey de Chipre. La dilacion, pues, de su batalla, os pido consintais en primer lugar, y en segundo os ruego, os retireis quanto pudieredes de las damas de mi casa, y Corte, pues estando vos en ella, y siendo el Cavallero desamorado, y tan galan, dispuesto, bien hablado, y valiente, de fuerça han de estar todas ellas con grandissima vigilancia, y aun competencia, sobre qual ha de ser la tan dichosa, y bien afortunada, que os merezca, y no es mi intencion caseis con ninguna de ellas, porque pretendo casaros con la infanta mi hija, que alli veis, luego que os vea coronado Emperador de Grecia, Babylonia, y Trapisonda, y de aqui adelante recebirè à merced de que como yerno mio en espera, tengais esta casa por propria, sirviendoos de ella, y de mis proprios Cavalleros, y criados. Don Carlos llamò en esto por vn lado de la silla à Sancho, y le dixo: Aora es tiempo, amigo Sancho, de que el poderoso Archipampano os conozca, y vea vuestro buen entendimiento, y assi no perdais la ocasion que teneis, antes dezidle con mucha, y buena retorica, se sirva de mandaros dar, à vos tambien licencia para hazer la batalla con aquel escudero negro que sabeis, pues venciendole, es cierto os darà el orden de Cavalleria, quedando tan Cavallero, y famoso para toda vuestra vida, como lo es Don Quixote. Apenas huvo oido Sancho tal consejo, quando se puso en medio de la sala, delante de su amo de rodillas, teniendo la caperuça en las manos, y diziendole en voz alta: Mi señor Don Quixote de la Mancha, si alguna merced le he hecho en este mundo, le suplico por los buenos servicios de rocinante, que es la persona que mas puede con V.m. me dè en pago della, y dellos, licencia para hablar à este señor Arcadepampanos, media dozena de palabras de grandissima importancia, pues visto por èl mi ingenio, sin duda verna andando dias, y viniendo dias, à darme el orden de Cavalleria, con los azes, y ennueses que V.m. le tiene. Don Quixote le dixo, Sancho, yo te le doy: pero con condicion, que no hagas, ni digas necedad alguna de las que sueles: para esso, dixo Sancho, buen re-

remedio, pongaſe V.m. tras de mi, y en viendo que ſe me ſuelta alguna, que no podrà ſer menos, tireme de la halda del ſayo, y verà como me deſdigo de quanto huviere dicho. Llegòſe inmediatamente Don Quixote al Cavallero que tenia por Archipampano, y dixole: para que vueſſa Alteza, ſeñor mio, vea, que como verdadero Cavallero andante traygo conmigo eſcudero de calidad, y fideliſsimo para llevar, y traer recados à las Princeſas, y Cavalleros con quien ſe me ofrece comunicar, ſuplicòle oyga eſte que aqui le preſento, llamado Sancho Pança, natural del Argameſilla de la Mancha, hombre de boniſsimas partes, y reſpetos, porque tiene que hablar con vueſſa Alteza vn negocio de importancia ſi para ello ſe le diere licencia. El Archipampano le reſpondiò, que ſe la dava muy cumplida, pues avia echado de ver en ſu talle, traje, y fiſonomia, que no podia ſer menos diſcreto que ſu amo. Puſoſe Sancho luego en medio, y bolviendo la cabeça dixo à Don Quixote: deme V.m. eſſa lança para que me ponga como V.m. eſtava quando hablava al Arcapampanos. Don Quixote le reſpondiò, para que diablos la quieres, no vès que no eſtas armado como yo, yà comienças à hazer necedades: pues vaya V.m. contando, replicò Sancho, que yà tengo vna, y poniendo las manos en arco, ſin quitarſe la caperuça, con no poca riſa de los que le miravan, eſtuvo vn buen rato ſin hablar, haſta que viendolos callar començò à dezir, procurando empeçar como ſu amo Don Quixote, à cuyas razones avia eſtado no poco atento: magnanimo, poderoſo, y ſiempre Agoſto Arte de pampanos, Don Quixote le tirò del ſayo, diziendo, di Auguſto Archipampano, y habla con tiento, y èl bolviendo la cabeça dixo: que mas tiene Auguſto que Agoſto, y eſſotro de Pampanos, todo no ſe và allà, y proſiguiò diziendo, avrà V. m. de ſaber, ſeñor decendiente del Emperador Eliogallos, y Sarganapalos, que yo me llamò Sancho Pança, el eſcudero, marido de Mari Gutierrez por delante, y por detràs, ſi nunca le oiſtes dezir, el qual por la gracia de Dios, y de la Santa Sede Apoſtolica, ſoy Chriſtiano, y no Pagano, como el Principe Perianeo, y aquel vellaco de eſcudero negro, y ha dias que ando en mi rucio con mi ſeñor, por la mayor parte de eſte nueſtro: y bolviendo la cabeça à ſu amo, le dixo: como diablos ſe llama aquel O maldito ſeas, replicò Don Quixote, emisferio, ſimple. Pues que quiere agora, replicò Sancho, haga cuenta que tengo dos necedades à vn lado, pienſa que el hombre ha de tener tanta memoria como el Miſſal, digame como ſe llama, y tenga paciencia, que yà ſe me ha tornado à deſgarrar del caletre. Yà te he dicho, reſpondiò Don Quixote, que ſe llama emisferio. Digo, pues, proſiguiò Sancho, que tornando à mi quento, ſeñor Rey de Emisferio, yo no he haſta agora muerto, ni diſpilfarrado

aque-

aquellos Gigantones que mi amo dize, antes huyo de ellos como de la maldicion, porque el que vi en Zaragoça en casa del señor Don Carlos, era tal, que mal año para la torre de Babylonia que se le igualasse, y assi no quiero nada con el, allà se las aya con mi señor: con quien quiero provar mis vñas es, con el escudero negro que trae, que negra Pascua le dè Dios, que en fin es mi mortal enemigo, y no tengo de parar hasta que me lave las manos con su negra sangre en esta sala, en presencia de todos Vs. ms. que haziendolo, confio que vuessa Altura me harà Cavallero, si bien es verdad, que puesto en mi rucio tanto me lo soy como qualquiera: solo advierto, que en la pelea no me han de faltar del lado mi amo, el señor Don Carlos, y Don Alvaro, por lo que pudiere ofrecerse, tras que no hemos de renir con palos, ni espadas, pues con ellas nos podriamos hazer algun daño sin querer, teniendo que curar despues, sino que ha de ser à finos moxicones, ò cachetes, y el que se pudiere aprovechar de alguna coz, ò bocado San Pedro se lo bendiga: bien es verdad, que aun en esto tendrà no poca ventaja el vellaco del negro, porque ha mas de dos años y medio, que no he andado à moxicones con nadie, y esto sino lo vsan se olvida facilmente como el Ave Maria, pero el remedio està en la mano del señor Don Alvaro: à quien digo, lleguese aca pesie à mi sayo. Diga señor Sancho, respondiò Don Alvaro, que bien le oygo, y harè todo lo que fuere de su gusto. Pues lo que ha de hazer, prosiguiò Sancho, es, echarmele vnos antojos de cavallo quando salga à la pelea, porque no viendome con ellos errarà los golpes, y llegando yo pasito, yà por este lado, yà por essotro, le darè mil porraços, hasta que le haga ir à presentarse de rodillas delante de Mari Gutierrez mi muger, pidiendole me ruegue le perdone. He aqui señor Rey Agosto, yà vencida la batalla, y rendido el escudero negro, y assi no ay sino armarme Cavallero, que no sufro burlas, y à perro viejo no cuz, cuz. Por cierto que mereceis Sancho, dixo el Archipampano, el orden que pedis de Cavalleria, yo os le darè el dia que se concluyere la batalla con el Rey de Chipre, haziendoos otras mercedes, pero contadme por darme gusto las hazañas del señor Don Quixote, y las aventuras con que se ha topado por essos emisferios, que yo, y la Archipampanesa mi muger, mi hija la Infanta, y todos estos Cavalleros holgarèmos mucho de oyros. Apenas le dieron pie para hablar à Sancho, quando tomò tan de veras la mano à su amo en referir quanto les avia sucedido, que jamàs le dexò hazer vaza, por mas que con colera le porfiava, contradezia, y desmentia; y assi fue contando lo de Atheca, de ida, y buelta, y quanto les avia passado en Zaragoça, y con la Reyna Segobia en el bosque, Siguença, Venta, Alcalà, y hasta

la misma Corte. Tratòle mal su amo de palabras, quando acabò de dezir, y passaron lindos cuentos sobre la averiguacion del de la atabarre, de que rieron de suerte los circunstantes, que se viò obligado Don Quixote à dezirles: Por cierto señores, que me maravillo mucho, de que gente tan grave se ria tan ligeramente, de las cosas que cada dia acontecen, ò pueden acontecer à Cavalleros andantes: pues tan honrado era como yo el fuerte Amadis de Gaula, y con todo me acuerdo aver leydo, que aviendole echado preso por engaño vn encantador, y teniendole metido en vna obscura mazmorra, le echò invisiblemente vna melecina de arena, y agua fria, tal, que por poco muriera de ella. Levantòse, acabadas estas razones, el Archipampano de su asiento, temeroso de que tras ellas no descargasse Don Quixote algun diluvio de cuchilladas sobre todos (que se podia temer de èl, segun se iba poniendo en colera) y llegandose à su muger, le preguntò que le parecia del valor de amo, y criado, y celebrandolos ella por pieças de Rey, le dixo Don Carlos: pues lo mejor falta por vèr à vuessa Alteza, que es la Reyna Zenobia, y sino digalo Sancho, el qual replicò, mirando a las damas circunstantes: Par diez señoras, que pueden sus mercedes ser lo que mandaren, pero en Dios, y en mi conciencia le juro, que las excede à todas en mil cosas la Reyna Segobia, porque primeramente tiene los cabellos blancos, como vn copo de nieve, y sus mercedes los tienen tan prietos como el escudero negro mi contrario: pues en la cara no se las dexa atràs? Juro non de Dios, que la tiene mas grande que vna rodela, mas llena de arrugas que greguescos de soldado, y mas colorada que sangre de vaca, salvo que tiene medio geme mayor la boca que Vs. ms. y mas desembaraçada, pues no tiene dentro de ella tantos huessos, ni tropiezos para lo que pusiere en sus escondrijos: y puede ser conocida dentro de Babylonia, por la linea Equinoccial que tiene en ella: las manos tiene anchas, cortas, y llenas de barrugas: las tetas largas, como calabaças tiernas de verano: Pero para què me canso en pintar su hermosura, pues basta dezir de ella, que tiene mas en vn pie, que todas Vs. ms. juntas en quantos tienen: y parece, en fin, à mi señor Don Quixote pintipintada, y aun dize de ella èl, que es mas hermosa que la estrella de Venus, al tiempo que el Sol se pone: si bien à mi no me parece tanto, como media noche era por hilo los gallos querian cantar. Celebraron mucho todos el dibuxo que Sancho avia hecho de la Reyna Zenobia, y rogaron à Don Carlos la traxesse alli el dia siguiente à la misma hora, prometiendolo èl, y llamando al titular su cuñado, q̃ estava apartado à vn lado, apaziguando à D. Quixote, les suplicaron à ambos les dexassen

xaſſen aquella noche en caſa à Sancho. Condecendieron con los ruegos del Archipampano, y en particular Don Quixote, à quien el titular, Don Alvaro, y Don Carlos, dixeron no podia contradezir: tras lo qual, deſpidiendoſe todos de ſus Altezas, ſe bolvieron à ſu caſa, con el acompañamiento que avian venido, y con no poco conſuelo de Don Quixote, por ver empeçavan yà à conocerle, y temerle los de la Corte.

CAPITULO XXXIII.

EN QUE SE CONTINUAN las hazañas de nueſtro Don Quixote, y la batalla que ſu animoſo Sancho tuvo con el eſcudero negro del Rey de Chipre, y juntamente la viſita que Barbara hizo al Archipampano.

QUedaron con Sancho contentiſsimos aquella noche, el Archipampano, y ſu muger, porque dixo donoſas ſimplicidades, y no fue la menor dezir, quando viò ſubir la cena, y que le mandavan aſſentar en vna meſilla pequeña, junto à la de los ſeñores, en la qual eſtava vna niña muy hermoſa, hija de ellos: pues cuerpo non de Dios, por què han de ſentar à eſta rapaça, tamaña como el puño, en eſſa meſa tan grande, y la ponen delante eſſos platos, mayores que la arteſa de Mari Gutierrez, dexandome à mi en eſſa meſilla, menor que vn harnero, ſiendo yo tamaño como la taraſca de Toledo, y teniendo tantas barbas como Adàm, y Eva: pues ſi lo hazen por la paga, tan buenos ſon los dos reales y medio que tengo en la faltriquera, para pagar lo que cenare, como quantos tenga el Rey, y los que dieron por Jeſu Chriſto los Judios à Judas, y ſino mirenlos: y diziendo eſto ſe levantò, y ſacò haſta tres reales de quartos ſucios, y vntados, y echolos ſobre la ſervilleta de la ſeñora: pero apénas lo huvo hecho, quando viendo que ella los iba à dàr con la mano, penſando èl que los queria tomar, los bolviò à coger con furia, diziendo: Por Dios no los darà golpe ſu merced, que no aya yo muy bien cenado: à fe que le avian yà hinchido el ojo, como à la otra gordona moça Gallega de la Venta, à quien mi ſeñor llamava Princeſa: y ſino fuera porque no traìa ella tan buenos veſtidos como V. m. ni eſſa rueda de molino que trae al gaznate, juràra à Dios, y à eſta cruz, que era V.m. ella propria. Solenizaron mucho la ledanìa de ſimplicidades que avia enſartado, y diziendole el Maeſtre ſala, calla Sancho, que para que ceneis mas à vueſtro plazer, os hemos pueſto eſſa meſa à parte. Quanto mayor fuere la que me tocare de eſſos avechuchos, replicò Sancho, mas à mi plazer cenarè. Pues empeçad por eſte plato de ellos, le dixo luego, dandole vn buen plato de palominos, con ſopa

dorada: comiò esse, y los demàs que le dieron, tan sin escrupulo de conciencia, que era bendicion de Dios, y entretenimiento de los circunstantes: y viendo acabada la cena, y que la señora afloxava la gorguera, ò arandela, le dixo: No me dirà por vida de quien la mal pariò, à que fin trae essas carlancas al cuello, que no parecen sino las que traen los mastines de los pastores de mi tierra: pero tal deven de molestarla todos estos podencos de casa, para que no sea menester esso, y mas, para defenderse de ellos. Dicho esto, sacò otra vez el dinero, diziendo: tome V. m. aora, y pagese lo que fuere de la cena, que no quiero irme à acostar sin rematar cuentas, que assi lo haziamos siempre por el camino, mi señor Don Quixote, y yo, que esto me dezia el Cura mandan los mandamientos de la Iglesia, quando mandan pagar diezmos, y primicias. Tomolos el señor, diziendo: Yo me doy por satisfecho con lo que ay aqui, de lo que deveis de cena, y cama, y aun mañana os darè tambien de comer à medio dia por ello, sin mas paga. Yo le beso las manos por la merced, respondiò Sancho, que para essas cosas con hilo de arambre me haràn estàr mas quedo, que vna veleta de texado: y mire que le tomo la palabra, que aunque se que hago harta falta à mi señor, yo me disculparè con èl, diziendo, que no acertè la casa: quanto, y mas, que quando el hombre lleve media dozena de palos, por vna buena comida, no es tanta la costa, que no le salga demasiado de barato, y otras vezes nos los han dado à mi, y à èl de balde, y sin comida alguna. Dieron orden en que le llevassen à acostar, haziendo lo mismo ellos, como tambien lo hizieron despues de bien cenados en su casa, el titular, Don Carlos, Don Alvaro, Don Quixote, y Barbara, si bien sobre mesa tuvièron su pedaço de pendencia, porque diziendole à ella el titular se apresstasse para ir à visitar el dia siguiente al Archipampano, y Archipampanesa, que la aguardavan. Respondiò ella escusandose, no la mandassen salir en publico delante personas, que era correrla demasiado, y darla mucha prisa, que bien se conocia, y sabia era como les avia dicho vna triste mondonguera Barbara, en nombre, y en cosas de policia, y que les suplicava se diessen por satisfechos, de la paciencia con que hasta alli avia passado, con las pesadas burlas, y fisgas que el señor Don Quixote hazia, y queria hiziessen todos de ella. No huvo oìdo esto èl, quando le dixo: Por quanto puede suceder en el mundo, no niegue vuessa Magestad le suplico señora Reyna Zenobia su grandeza, ni la encubra diziendo vna blasfemia tan grande, como la q̃ agora ha dicho, q̃ yà estoy cansado de oìrsela repetir otras vezes, y no tenemos en la boca esso de mondonguera, q̃ aun para mi se yo claramente quien es, y su valor, con todo es necessario la conoz-

ca

ca todo el mundo: vaya vuessa Alteza ha hablar con quien el señor Principe Perianeo, y estos Cavalleros la ruegan, que entre damas tales qual la Archipampanesa, y la Infanta su hija ha de campear su beldad, pues yo salgo fiador que en viendola la estimen, y respeten en lo que merece, y todos deseamos. No se hizo como cuerda de rogar mas, conociendo lo que devia à Don Quixote, y que hasta entonces no le avia ido sino bien, en condecender con sus locuras, de que se llevava por lo menos el passar buena vida, y assi ofreciò el ir. Venida la mañana, el Archipampano saliò à Missa, llevando consigo à Sancho, al qual preguntò por el camino, si sabia ayudar à Missa, y respondiò, diziendo: si señor, aunque es verdad, que de vnos dias à esta parte, como andamos metidos tanto en este demonio de aventuras, se me ha bolado de la testa la confession, y todo lo demàs, y solo me ha quedado de memoria el encender las candelas, y el escurrir las ampollas, y aun à fe que solia yo tañer invisiblemente los organos por detràs en mi pueblo divinamente, y en no estando yo en ellos, todo el pueblo me echava menos. Rieronlo de gana, y acabada la Missa bolvieron à casa à comer, y despues de averlo hecho, no sin muy buenos ratos que passaron con Sancho, le dixo el Archipampano: yo en resolucion quiero señor Sancho, que de aqui adelante os quedeis en mi casa, y me sirvais, ofreciendome à daros mas salario del que os dà el Cavallero desamorado, que tambien soy yo Cavallero andante como èl, y he menester seros virme de vn escudero tal qual vos, en las aventuras que se me ofrecieren: y assi, para obligaros desde luego, os mando vn buen vestido por principio de paga: pero deziderme, quanto es lo que os dà por año el señor Don Quixote. A esto respondiò Sancho: señor mi amo me dà nueve reales cada mes, y de comer, y vnos çapatos cada año, y fuera de esso me tiene prometido todos los despojos de las guerras, y batallas que vencieremos, aunque hasta agora por bien sea, los despojos que avemos llevado, no han sido otros que muy gentiles garrotaços, como nos los dieron los meloneros de Atheca: mas con todo esso, aunque V. m. me añadiesse vn real mas por mes, no dexaria al Cavallero desamorado, porque à fe que es muy valiente, à lo menos segun le oygo dezir cada dia, y lo mejor que tiene es, ser esforçado sin perjuizio, ni daño de nadie: pues hasta agora no le he visto matar vna mosca. Replicò el Archipampano, diziendo: Es posible Sancho, q̃ si yo os regalasse mas que vuestro amo, y os diesse cada mes vn vestido, y vn par de çapatos, y jũtamẽte vn ducado de salario, no me serviriades? Respõdiòle èl: no es esso malo, pero con todo no le serviria sino con condicion, q̃ me comprasse vn gentil rucio para ir por essos

caminos, que sepa que soy muy mal caminante de à pie, y mas que aviamos de llevar muy buena maleta con dineros, porque no nos viessemos en los desafortunios, que agora vn año nos vimos por aquellas Ventas de la Mancha, tras que juntamente V. m. me avia de jurar, y prometer hazerme por sus tiempos Rey, ò Almirante de alguna insula, ò peninsula, como mi señor Don Quixote me tiene prometido, desde el primer dia que le sirvo, que aunque no tengo muy buen expediente para governar, todavia sabriamos Mari Gutierrez, y yo juntos, deslindar los desaforismos que en aquellas Islas se hiziessen: verdad es, que ella tambien es vn poco ruda, pero creo que desde que ando por acà, no dexarà de saber algo mas. Pues Sancho, dixo el fingido Archipampano, yo me obligo à cumpliros todas essas condiciones, con que quedeis en mi casa, y traygais à ella juntamente vuestra muger, para que sirva à la gran Archipampanesa, que me dizen sabe lindamente ensartar aljofar. Ensartar açumbres dixera V. m. mejor, que à fe que los enfila tambien como la Reyna Segobia, que no lo puedo mas encarecer. Pusieron en esto los señores fin à la platica, por festear vn rato, aviendo dado aviso à algunos señores amigos, para que acudiessen aquella tarde à gozar del entretenimiento, que se les esperava, con el Cavallero andante, su dama, y su escudero. La misma prevencion hizieron Don Carlos, el titular su cuñado, y Don Alvaro. Llegada, pues, la hora, y apreftados los coches, se metieron en ellos, con Barbara, à la qual quiso llevar Don Quixote à su lado, y con este entremes, y no poca risa de los que los vian en el coche, llegaron à casa del Archipampano, y subidos à ella, y ocupando los ordinarios asientos los Cavalleros, y las damas, entrò por la sala Don Quixote, armado de todas pieças, trayendo con gentil continente à la Reyna Zenobia de la mano. En viendolos entrar Don Alvaro Tarfe, se levantò, y postrado delante del Archipampano, le dixo: El Cavallero desamorado, poderoso señor, y la sin par Reyna Zenobia, vienen à visitar à vuestra Alteza. Apenas oyò Sancho el nombre de su amo, quando se levantò del suelo en que estava assentado, y corriendo para su amo, arrodillandose delante de èl, le dixo: sea mi señor muy bien venido, y gracias à Dios que acà estamos todos, mas digame V. m. acordòse de echar de comer al rucio la noche passada, que estarà el pobre de asno con gran pena, por no averme visto de ayer acà, y assi le suplico, le diga de mi parte quando le vea, que les beso las manos muchas vezes à èl, y à mi buen amigo rocinante, y que por aver sido esta noche combidado à cenar, y dormir, y oy à comer, por solos dos reales y medio (ahorcado sea tal barato plegue à la madre de Dios) del señor Arcapampanos, no los

he

he ido à vèr, pero que aqui en el ſeno les tengo guardadas para quando vaya, vn par de piernas de ciertos mochuelos reales. No hizo caſo Don Quixote de eſtos diſparates, ſino que fue caminando con gravedad, de la ſuerte que avia entrado con la Reyna Zenobia, haſta ponerſe en preſencia del Archipampano, do preſentado dixo: Poderoſo ſeñor, y temido Monarca, aqui en vueſtra preſencia eſtà el Cavallero deſamorado, con la Excelentiſsima Reyna Zenobia, cuyas virtudes, gracias, y hermoſura, con vueſtra buena licencia, tengo de defender deſde mañana à la tarde en publica plaça, contra todos los Cavalleros, por rara, y ſin par. Con eſto la ſoltò de la mano, y mientras los circunſtantes, admirados entre ſi, celebravan vnos con otros la locura de èl, y fealdad de ella, ſe bolviò el amo al eſcudero à preguntarle como le avia ido aquella noche con el Archipampano, y que le avia dicho de ſu buen brio, fortaleza, y poſtura: en eſto ſe llegò Barbara, llamada adonde los Cavalleros, y damas eſtavan, do pueſta de rodillas callava vergonçoſiſsima, aguardando à vèr lo que le dirian, los quales tenian tanto que hazer en admirarſe de la fealdad que en ella miravan, y mas viendola veſtida de colorado, que no acertavan à hablarla palabra de pura riſa: con todo, mòrtificandola quanto pudo, le dixo el Archipampano: levantaos ſeñora Reyna Zenobia, que agora echo de vèr el buen guſto del Cavallero deſamorado que os trae, porque ſiendo èl deſamorado, y aborreciendo tanto à las mugeres, como me dizen que las aborrece, con razon os trae à vos conſigo, para que mirandoos à la cara, con mayor facilidad conſiga ſu pretenſion, ſi bien ſe podria dezir por èl el rèfràn, de que *qui amat ranam, credit ſe amare Dianam*: pero con todo eſtoy en opinion, de que ſi fueran qual vos todas las mugeres del mundo, todos los Cavalleros de èl aborreceria ſu amor en ſumo grado. El que eſtava mas cerca de ſu eſpoſa, le preguntò que le parecia de la ſeñora Reyna Zenobia, que el Cavallero deſamorado traìa conſigo, por dechado de hermoſura. Yo aſſeguro, reſpondiò ella, que le dèn pocas ocaſiones de pendencias los competidores de ſu beldad. En eſto proſiguiò el Archipampano la converſacion con la Reyna, preguntandole de ſu vida, y enterado de ſu boca, de como ſe llamava Barbara, y de lo demàs tocante à ſu eſtado, y oficio, y de la ocaſion porque ſeguia al loco de Don Quixote, le dixo èl, ſi ſe atreveria à quedar por camarera de ſu muger, que neceſsitava de quien le acallaſſe vna vaa niña que le criaban, oficio que le parecia que ninguno le haria mejor que ella, la qual eſcuſandoſe con ſu poca capacidad, y experiencia en coſas de palacio, tuvo luego al lado por abogado à Sancho, el qual ſaliò à la cau-

ſa, diziendo: no tiene ſeñor V.m. que peſcudarla, que no ſaldrà el diablo de la Reyna del camino carretero, de adereçar vn vientre de carnero, y cozer vnas manecillas de vaca, pues no ſabe otra coſa: y llegandoſe à ella, y tirandola de la ſaya colorada, que le venia mas de palmo y medio corta, dixo: abaxe ſeñora Segobia eſſa ſaya con todos los ſatanaſſes, que ſe le parecen las piernas haſta cerca de las rodillas: como, digame, quiere que la tengan por Reyna tan hermoſa, ſi deſcubre eſſas piernas, y zancajos, con las calças coloradas llenas de lodo, y bolviendoſe al Archipampano, le dixo: por què pienſa V.m. que mi amo ha mandado à la Reyna Segobia, que trayga las ſayas altas, y deſcubra los pies? Ha de ſaber que lo haze, porque como vè que tiene tan mala catadura, y por otra parte trae aquel borron en el roſtro, que la toma todo el moſtacho derecho, quiere con eſſa invencion hazer vn *noverint universi*, que declare à quantos la miraren à la cara como no es diablo, pues no tiene pies de gallo, ſino de perſona, de que ſe podràn deſengañar mirandole los pies, pues por la bondad de Dios los trae harto à la verguença, y aun con todo Dios, y ayuda. Don Quixote le dixo: yo apoſtarè Sancho, que tienes bien llena la barriga, y cargado el eſtomago, ſegun hablas, guarda no ſe me ſuba la moſtaça à las narizes, y te cargue otro tanto à las eſpaldas, por igualar la ſangre. Reſpondiò Sancho: ſi tengo lleno el eſtomago, buenos dos reales y medio me cueſta. Llegò à la que eſtavan en eſtos dares, y tomares Don Alvaro, y haziendo apartar à Sancho, y à Don Quixote à vn lado, dixo al Archipampano, haziendole vn grande acatamiento à la puerta de la Real ſala: aqui eſtà excelſo Monarca vn eſcudero negro, criado del Rey de Chipre Bramidan de Tajayunque, el qual trae vna embaxada à vueſſa Alteza, y viene à hazer no ſe que deſafio, con el eſcudero del Cavallero deſamorado. En oyendolo, reſpondiò à priſa Sancho, perdido el color: pues diganle luego por las entrañas de Jeſu Chriſto, que no eſtoy aqui, y que no me hallo agora para hazer pelea: pero cuerpo del anima de Ante Chriſto, vayan, y digaule que entre, que aqui eſtoy aguardandole, y que venga mucho de noramala, èl, y la puta negra de ſu madre, que yo, ſi me ayudan mi amo, y el ſeñor Don Carlos, que me quiere del alma, me atrevo a hazerle que ſe acuerde de mi, y del dia en que el negro de ſu padre le engendrò, mientras viva. Haſe de advertir aqui, que Don Alvaro, y Don Carlos, avian dado orden à ſu Secretario ſe tiznaſe el roſtro, como lo hizo en Zaragoça, y entraſſe en la ſala à preſentarſe à Sancho, de la ſuerte que allà ſe le preſentò à èl, y à ſu amo, continuando el embuſte del deſafio. Entrò, pues, dicho Secretario, tiznada la cara, y las manos, y veſtido vna lar-

larga ropa de tercio pelo negro, con vna grande cadena de oro en el cuello, trayendo juntamente muchos anillos en los dedos, y grueſſos zarcillos atados à las orejas: en viendole Sancho, como yà le conocia de Zaragoça, le dixo: Seais muy bien venido monte de humo, què es lo que quereis, que aqui eſtamos mi ſeñor, y yo, y guardaos del diablo, y mirad como hablais, que por vida de mi rucio, que no pareceis ſino vno de los montes de pez que ay en el Toboſo, para empegar las tinajas. El Secretario ſe puſo en medio de la ſala, y ſin hazer corteſia à nadie, bolviendoſe à Don Quixote, deſpues de aver eſtado vn rato callando dixo de eſta manera: Cavallero deſamorado, el Gigante Bramidan de Tajayunque, Rey de Chipre, y ſeñor mio, me manda venir à ti, para que le digas quando quieres acabar la batalla, que con èl tienes aplaçada en eſta Corte, porque èl acaba de llegar aora de Valladolid, de dàr zima à vna peligroſa aventura, en que ha muerto èl ſolo mas de dozientos Cavalleros, ſin mas armas que vna maça que trae de azero colado, por tanto mandadme dàr luego la reſpueſta, para que buelva con ella al Gigante mi ſeñor. Antes que Don Quixote reſpondieſſe, ſe llegò Don Carlos à ſu negro, y diſfraçado Secretario, diziendole: ſeñor eſcudero, con licencia del ſeñor Don Quixote os quiero reſponder como perſona à quien tambien toca ſer vengado de las ſobervias palabras de vueſtro amo, y aſsi, digo por ambos, que la batalla ſe haga el Domingo en la tarde, en el pueſto que ſus Altezas ſeñalen, en cuya preſencia ſe ha de hazer, y ſea de la ſuerte, y con las armas que vinieren à èl mas à propoſito, y con eſto os podeis ir con Dios, ſi otra coſa no ſe os ofrece. El Secretario reſpondiò, diziendo: pues antes que me vaya quiero tomar luego en eſta ſala vengança de vn ſobervio, y deſcomunal eſcudero del Cavallero deſamorado llamado Sancho Pança, el qual ſe ha dexado dezir, que es mejor, y mas valiente que yo: por tanto, ſi eſtà entre voſotros ſalga aqui para que haziendole con los dientes menudiſsimas tajadas, le eche à las aves de rapiña para que ſe lo coman. Todos callaron, y viendo Sancho tan general ſilencio, dixo: no ay vn diablo que aora que es menester hable por mi, en agradecimiento, y pago de lo mucho que yo otras vezes hablo por todos, y llegandoſe al Secretario le dixo: Señor eſcudero negro, Sancho Pança, que ſoy yo, no eſtà aqui por agora, pero hallarleheis à la puerta del Sol, en caſa de vn paſtelero, do eſtà dando cabo, y zimo à vna grande, y peligroſa avéntura de vna hornada de paſteles: id por tanto à dezille de mi parte, que digo yo que venga luego à la hora à hazer batalla con vos. Pues como, replicò el Secretario, ſiendo vos Sancho Pança mi contrario, dezis que no eſtà aqui: vos ſois vna gran gallina: y vos vn gran gallo, reſpondiò Sancho, porque quereis que yo eſtè aqui, à peſar mio, no que-

riendo eſtàr por mas que ſea Sancho Pança eſcudero del Cavallero deſamorado, y marido de Mari Gutierrez: y ſi niego lo que ſoy, mas honrado era San Pedro, y negò à Jeſu Chriſto, que era mejor que vos, y la puta que os pariò, mal que os peſe, y ſi no, dezid al contrario. No pudieron detener la riſa los circunſtantes, del diſparate: y cobrando nuevo animo, proſiguiò: y ſabed, ſi no lo ſabeis, que eſtoy aguardando, poco à poco, à que me venga la colera para reñir con vos, y creed bien, y caramente, que ſi deſeais con eſſa cara de cozinero del infierno, hazerme menudiſsimas tajadas con los dientes, para echarme à los gorriones, que yo con la mia de Paſqua, deſeo hazeros entre eſtas viñas, revanadas de melon para daros à los puercos à que os coman: por tanto manos à la labor, pero de que manera quereis que ſe haga la pelea? de que manera ſe ha de hazer, replicò el Secretario, ſino con nueſtras cortadoras eſpadas. Oxtepato, dixo Sancho, eſſo no, porque el diablo es ſutil, y donde no ſe pienſa, puede ſuceder facilmente vna deſgracia, y podria ſer darnos con la punta de alguna eſpada en el ojo ſin quererlo hazer, y tener què curar para muchos dias. Lo que ſe podrà hazer, ſi os parece, ſerà hazer nueſtra pelea à puros caperuçaços, vos con eſſe colorado bonete que traeis en la cabeça, y yo con mi caperuça, que al fin ſon coſas blandas, y quando hombre la tire, y dè al otro, no le puede hazer mucho daño, y ſino hagamos la batalla à moxicones, y ſino aguardemos al invierno què aya nieve, y à puras pelladas nos podemos combatir, haſta tener bonete, deſde tiro de moſquete. Soy contento, dixo el Secretario, de que ſe haga la batalla en eſta ſala à moxicones, como me dezis. Pues aguardaos vn poco, reſpondiò Sancho, que ſois demaſiado de ſupito, y aun no eſtoy del todo determinado de reñir con vos. Enfadòſe Don Quixote, y dixole: Por cierto Sancho, que me parece tienes ſobrado temor à eſſe negro, y aſsi entiendo es impoſsible ſalgas bien de eſta hecha. O mal aya quien me pariò, replicò Sancho, y aun quien me mete en guerreaciones con nadie, V.m. no ſabe que yo no vengo en ſu compañia, para hazer batallas con hombres, ni mugeres, ſino ſolo para ſervirle, y echar de comer à rocinante, y à mi aſno, por lo qual me dà el ſalario que tenemos concertado: tanto me harà, que dè à Judas las peleas, y aun à quien acà me traxo: mirad, que cuerpo non de tal con V. m. eſtaſe ay el ſeñor Arcapampanos, y ſu muger, con todo ſu abolorio, y el Principe Perianeo, y el ſeñor Don Carlos, y Don Alvaro, con los demàs, deſquixarandoſe de riſa, y V. m. armado como vn San Jorge, contemplandoſe à ſu Reyna Segobia, y no quiere que tenga temor eſtando delante de mi enemigo, con la candela en la mano, como dizen: igual fuera que ſe puſieran de por medio to-

todos, y nos compusieran: pues saben fuera hazer las siete obras de misericordia. Bien dizes, Sancho, dixo Don Alvaro: y assi por mi respeto señor escudero aveis de hazer pazes con èl, y desistir de vuestra pretension, y desafio, pues basta el que tiene hecho vuestro amo con el suyo, para que en virtud de èl, quede por vencido el escudero del señor que lo fuere de su contrario. A mi se me haze, respondiò el Secretario, muy grande merced en esso: porque si va à dezir verdad, yà me bamboleava el anima dentro las carnes de miedo del valeroso Sancho: y replicò el Secretario, no terne las treguas por firmes, si juntamente no nos damos los pies: los pies, dixo Sancho, y quanto tengo os darè, à trueque de no veros de mis ojos: y diziendo esto levantò el pie para darsele: Pero apenas lo huvo hecho, quando lo tuvo asido el Secretario de èl, de suerte que le hizo dar vna gran caìda: ricron todos y saliòse corriendo el Secretario: tras lo qual se llegò Don Quixote à levantar à Sancho, diziendole, mucho siento tu desgracia, Sancho: pero puedeste alabar de que quedas vencedor, y de que à traycion, y sobre treguas: y lo que peor es, huyendo ha hecho tu contrario esta alevosia: pero si quieres te le trayga aqui para que te vengues, dilo, que irè por èl, hecho vn rayo. No cuerpo de tal, dixo Sancho, pues peor liorara si pelearamos mano à mano: y como V. m. dize, al enemigo que huye, la puente de plata. Avisaron tras esto, que yà era hora de la cena, porque se les avia passado el tiempo sin sentir, en oìr, y vèr estos, y otra infinidad de disparates: y obligando el Archipampano à todos, que se quedassen à cenar con èl, lo hizieron con mucho gusto, passando graciosissimos chistes en la cena: tras la qual se fueron todos à reposar, vnos à sus quartos, y otros à sus casas. Solo Sancho, que se huvo de quedar en la del Archipampano, medio mal de su grado.

CAPITULO XXXIV.

DEL FIN QUE TUVO la batalla aplazada, entre Don Quixote, y Bramidan de Tajaymque, Rey de Chipre: y de como Barbara fue recogida en las arrepentidas.

MUchos, y buenos dias tuvieron, no solo aquellos señores, con Don Quixote, Sancho, y Barbara, sino otros muchos, a quien dieron parte de sus buenos humores, y de los dislates del vno, y simplicidades del otro: y llegò el negocio à termino, que yà eran vniversal entretenimiento de la Corte. El Archipampano, para mayor recreacion, hizo hazer vn gracioso vestido à Sancho, con vnas calças atacadas, que èl llamava çaraguelles de las Indias, con que parecia estremadamente de bien, y mas puesto con espada al lado, y caperuça nueva: siendo menester para persuadir

dirle ſe la ciñeſſe, dezirle le armavan Cavallero andante vna tarde, por la victoria que avia alcançado del eſcudero negro, dandole el orden de Cavalleria, cõ mucho regocijo, y fieſta: pero iba empeorando tan por la poſta Don Quixote, con el aplauſo que veia celebrar ſus hazañas, à gente noble, y mas deſque viò armado Cavallero à ſu eſcudero, que movidos de eſcrupulo, ſe vieron obligados, el Archipampano, y Principe Perianeo à ceſſar de darle priſa, y à dàr orden en que ſe curaſſe de propoſito, apartandole de la compañia de Barbara, y de converſaciones publicas, que Sancho, aunque ſimple, no peligrava en el juizio. Comunicaron eſta determinacion con Don Alvaro, y pareciendole bien ſu reſolucion, les dixo, que èl ſe encargava con induſtria del Secretario de Don Carlos, quando dentro de ocho dias ſe bolvieſſe à Cordova, donde yà ſus compañeros eſtarian, por averſe ido allà por Valencia, llevarſele en ſu compañia haſta Toledo, y dexar muy encargada, y pagada alli en caſa del Nuncio ſu cura, pues no le faltavan amigos en aquella Ciudad, à quien encomendarle. Añadiò que ſe obligava à ello, por lo que tenia eſcrupulo de aver ſido cauſa de que ſalieſſe del Argamaſilla para Zaragoça, por averle dado parte de las juſtas que alli ſe hazian, y averle dexado ſus armas, y alabado ſu valentia: pero que era de parecer no ſe le trataſſe nada, ſin dexarle ſalir à la batalla de Tajayunque, porque ſegun la tenia en la cabeza, le parecia impoſsible perſuadirle nueva aventura, no rematada aquella que tan deſvanecido le traìa, y que lo que ſe podia hazer, era dàr orden en que ſe aplazaſſe, y fueſſe el dia ſiguiente, y para mas aplauſo en la caſa del campo, donde ſe podria cenar para mas recreacion, combidando muchos amigos, pues tenia por cierto ſeria graciosiſsimo el remate de la aventura, que no eſperava menos del ingenio del Secretario. Agradòles à todos el voto de Don Alvaro, y mas el Archipampano; el qual tomò à ſu cargo el proveer la cena, y prevenir el pueſto: ſolo rogò à Don Carlos le hizieſſe placer de procurar perſuadir à Sancho ſe quedaſſe en ſu caſa, y de traer juntamente à Mari Gutierrez que èl ſe encargava de ampararles, y valerles, mientras vivieſſen, porque guſtava mucho èl, y ſu muger del natural de Sancho, y eſtavan certificados que no era de menos guſto el de Mari Gutierrez, y porque ninguno de los valedores de Don Quixote, y ſu compañia quedaſſe ſin cargo en orden à procurar ſu bien, le diò al Principe Perianeo, de que procuraſſe con Barbara aceptaſſe el recogimiento que le queria procurar en vna caſa de mugeres recogidas, pues èl tambien ſe obligava à darle la dote, y renta neceſſaria, para vivir honradamente en ella. Encargados, pues, todos, y cada vno de por sì, de hazer quanto pudieſſe en el perſonaje que ſe le encomendaba, llegado el plazo ſeñalado para la batalla de Bramidan, ſe

se fueron los dichos señores con otros muchos de su propria calidad à la casa del campo, do estavan yà otros haziédo estrado à las damas, que con la muger del Archipampano avian ido à tomar puesto. Llevaronse los señores consigo à Don Quixote, armado de todas pieças, y mas de coraje, y con èl à la Reyna Zenobia, yà Sancho, llevando vn lacayo del diestro à rocinante, que con el ocio, y buen recado estava mas luzio, y vn paje llevava la lança. Estava y à prevenido el Secretario de Don Carlos de vno de los gigantes, que el dia del Sacramento se sacan en la procesion en la Corte, para continuar la quimera de Bramidan. Llegados al teatro de la burla, y ocupados los asientos (tras vn buen rato de conversacion, y passeo por la huerta) que dentro la casa estavan prevenidos, y puesto Don Quixote en el suyo, se le llegò Sancho diziendo, que es señor Cavallero desamorado como và, estàn buenos el honrado rocinante, y mi discreto rucio no le han dicho nada que me dixesse, yo asseguro que no les ha dado mis recados, que no dexaran de responderme: pero yo sè el remedio, y es desocuparme de los negocios de Palacio, y buscar tinta, y papel, y escrivilles media dozena de renglones, que no faltarà vn paje, ò pajaro, ò como los llaman, que se los lleve. Don Quixote le respondiò, rocinante esta bueno, y ay le veràs presto hazer maravillas luego que enfronte con el cavallo indomito que traxere Bramidan, del rucio no te digo hijo, sino que gusta mucho de la Corte, por lo poco que en ella trabaja, y por lo bien que le và. A esso replicò Sancho, por ay echo de vèr que somos medio parientes, pues tenemos vna misma condicion, porque le juro mi señor, que en mi vida he comido mejor, ni tenido mejor tiempo, que desde que estoy con el Arcapampanos, porque èl no se le dà mas de gastar ocho y nueve reales cada dia en comer, que à mi de comermelos, y ha me dado vna cama en que duermo, que juro non de Dios no la tienen mejor las animas del Limbo, por mas que sean hijas de Reyes: solo ay malo que con tanto regalo se me olvidan los negocios de aventuras, y peleas; pero què me dize de estos çaraguelles de las Indias, la mas mala cosa son q̃ se pueda pensar, porque por vna parte, si no les poneis treinta agujetas se os caen por los lados, y por otra si les poneis todas las que ellos piden, no se comediràn à caerse en vna necesidad sino las desatais de vna en vna, aunque se lo supliqueis con el bonete en la mano, por mas que os vean con el alma en los dientes traseros, tras que no se puede vn hombre con ellas rebullir, ni abaxar à cogèr del suelo las narizes por mas que se le caygan de mocos. O hideputa, y que vellaca cosa son para segar, no me atreveria yo à segar con ellos doze aças el dia por todo el mundo, yo no sè como pueden los Indias segar con ellos, ni re-

remecerse sin dar de ojos à cada passo, yo creo que los pages del Arcapampanos deben de nacer allà en las Indias de Sevilla con estos diablos de pedorreras segun saltan, y brincan con ellas, yo no se los Cavalleros andantes si las traian en aquellos tiempos, lo que se dezir de mi es, que todas las vezes que he de mear, he menester quitar vna agujeta de delante, y aun despues con todo esso por mas que haga se me cae lo medio adentro: linda cosa son zaraguelles de mi tierra, pues si os dà trayendolos alguna corrença, apenas aveis desatado vna lazada, quando yà estàn abaxo, mil vezes le he rogado al Arcapampanos se haga vnos para èl, como los mios, tan abiertos abaxo como arriba de buen paño de Ilori, pues quando mucho no le costaràn mas de veinte reales, y con ellos andarà hecho persona, y diziendome que lo harà, nunca veo que lo efetua. Estando en estas razones, sintieron vn grande rumor de los pages que estavã à la puerta, y soffegandolos à todos, Don Alvaro mandò asentar à Sancho en el suelo à los pies del Archipampano, tras lo qual entrò por la sala el Secretario de Don Carlos metido dentro del gigante, el qual traìa vna espada de palo entintada, de tres varas de largo, y vn palmo de ancho. Apenas le viò Sancho assomar, quando dixo à vozes: vèn aqui señores vna de las mas desaforadas bestias que en toda la bestieria se puede hallar, este es el demonio de Tajayunque, que solo para perseguir à mi amo, à mas de quatro meses que ha venido del cabo del mundo, y son tan endiabladas sus armas, que solo para que se las traygan ha menester diez pares de bueyes, y sino mirenle la espada con que dizen que suele cortar vn ayunque de herrero por medio. Miren, pues, que harà del pobre mi señor Don Quixote, por las llagas de Dios, mande à todos me hagan plazer de echarle de aqui con Barrabas, à que vaya à tener guerreacion allà con la muy puerca de su madre, y no piense nos và poco en ello, pues assi partirà de vn reves à diez, ò doze de nosotros, como yo con vn papirote partiria el anima de Judas, si delante de mi viniesse. Mandole Don Quixote callar hasta vèr que era lo que queria, pues conforme à ello se le daria la respuesta: puesto en medio el crecido gigante dixo con mucha pausa, despues de aver obligado à todos à que le diessen silencio, con bolver buen rato la cabeza à todas partes: Bien avras echado de vèr Cavallero desamorado Don Quixote de la Mancha en mi presencia como he cumplido la palabra que te di en Zaragoça, de venir à la Corte del Rey Catholico à acabar delante de sus grandes la singular batalla que de tu persona a la mia tenemos aplaçada. Oy, pues, es el dia en que los de tu vida han de acabar à los filos de esta mi temida espada, porque oy tengo de triunfar de ti, y hazerme señor de todas

tus

tus victorias, cortandote la cabeça, y llevandola conmigo à mi Reyno de Chipre, do la pienso fijar en la puerta de mi casa con vn letrero, que diga, la flor Manchega, muriò à manos de Bramidan, y oy es el dia en que quitandote à ti del mundo me coronarè pacificamente por Rey de todo èl: pues no avra fuerças que me lo impidan, y oy finalmente es el dia en que me llevarè todas las damas que en esta sala, y Corte estàn à Chipre, para que haga de ellas à mi gusto en mi rico, y grande Reyno, pues oy començarà Bramidan, y acabarà Don Quixote de la Mancha: por tanto si eres Cavallero, y tan valeroso como todo el orbe dize, vente luego para mi que no traygo otras armas ofensivas, ni defensivas mas que esta sola espada hecha en la fragua de Vulcano, herrero del Infierno, à quien yo adoro, y reverencio por Dios, juntamente con Neptuno, Marte, Jupiter, Mercurio, Pallas, y Proserpina. Dicho esto callò, pero no Sancho, que se levantò diziendo: pues à fe Don Gigantazo, que si os burlais en llamar dioses à todos essos borrachos que dezis, y lo sabe la Santa Inquisicion que enoramala venisteis à España. Mas Don Quixote lleno de saña, y pundonor se puso de pies en su presencia, y empuñada la espada con mucha pausa, y gravedad, començò à dezirle: No pienses, ò sobervio gigante, que las arrogantes palabras con que sueles espantar à los Cavalleros de poco vigor, y esfuerço, han de ser bastantes de poner vn pelo de temor en mi indomito coraçon, siendo yo el que todo el mundo sabe, y tu has oìdo dezir por todos los Reynos, y Provincias que has passado, y echaraslo de vèr en que he venido à esta Corte solamente à buscarte, con fin de darte en ella el castigo que ha tantos años que tus malas obras tienen tan merecido: pero yà me parece no es tiempo de palabras sino de manos, pues ellas suelen ser testigo, y prueba de la fineza de los corazones, y del valor de los Cavalleros. Mas porque no te alabes de que entre contigo en batalla con ventaja, estando armado de todas piezas, y tu de sola tu espada, quiero para mayor demostracion, de quan poco te estimo desarmarme, y pelear contigo en cuerpo, y solo tambien con espada: que aunque con la tuya como se vè es mas grande, y ancha que la mia, por esso es esta regida, y governada de mejor, y mas valerosa mano que la tuya: bolviòse à Sancho tras esto, diziendole: levantate mi fiel escudero, y ayudame à desarmar, que presto veras la destruicion que de este gigante tu enemigo, y mio hago. Levantòse Sancho respondiendole: no seria señor mejor que todos los que en esta sala estamos, que somos mas de dozientos, le arremetiessemos juntos, y vnos le asiessen de los arrapieços, otros de las piernas, otros de la cabeza, y otros de los braços, hasta hazelle dar en el suelo vna gran gigantada, y despues le metiessemos

por las tripas, todas quantas eſpadas tenemos cortandole la cabeça, deſpues los braços, y tras eſto, las piernas que le aſſegurò, que ſi deſpues me dexan à mi con èl, le darè mas cozes que podran conger en ſus faltriqueras, y me lavarè las manos en ſu alevoſa ſangre. Haz lo que te digo Sancho, replicò Don Quixote, que no ha de ſer el negocio como tu pienſas: en fin Sancho le deſarmò quedando el buen hidalgo en cuerpo, y feiſsimo, porque como era alto, y ſeco, y eſtava tan flaco, el traer de las armas todos los dias, y aun algunas noches, le tenian conſumido, y arruynado, de ſuerte, que no parecia ſino vna muerte hecha de la armazon de hueſſos que ſuelen poner en los cimenterios que eſtàn en las entradas de los Hoſpitales. Tenia ſobre el ſayo negro ſeñalados el peto, eſpaldar, y gola, y la demas ropa, como jubon, y camiſa, medio podrida de ſudor, que no era poſsible menos, de quien tan tarde ſe deſnudava. Quando Sancho viò à ſu amo de aquella ſuerte, y que todos ſe maravillavan de vèr ſu figura, y flaqueza, le dixo: por mi anima le juro ſeñor Cavallero deſamorado, que me parece quando le miro ſegun eſtà de flaco, y largo pintiparado vn rocinaço viejo de los que echan à morir al prado. Con eſto Don Quixote ſe bolviò para el gigante diziendo: ea tirano, y arrogante Rey de Chipre, echa mano à tu eſpada, y prueva à que ſaben los agudos filos de la mia, hizoſe dichas eſtas razones dos paſſos atràs, y ſacando la eſpada medio mohoſa, ſe fue poco à poco acercando al gigante, el qual viendole venir, fue promptiſsimo en ſacudir de ſus ombros la aparente maquina de papelon, que ſobre ſi traìa en medio de la ſala, y quedò el Secretario que la ſuſtentava veſtido riquiſsimamente de muger, porque era mancebo, y de buen roſtro, y en fin, tal, que qualquiera que no le conociera ſe podia engañar facilmente. Eſpantaronſe todos los que el caſo no ſabian: pero Don Quixote ſin hazer movimiento alguno ſe eſtuvo quedo, puеſta la punta de la eſpada en tierra, aguardando lo que aquella doncella que el penſava ſer gigante dezia, la qual reconocidos los circunſtantes dixo à Don Quixote, ſin moverſe. Valeroſo Cavallero deſamorado, honra, y prez de la nacion Manchega, maravillado eſtaras ſin duda de vèr buelto oy à vn tan terrible gigante, en vna tan tierna, y hermoſa doncella qual yo ſoy: pero no tienes q̃ aſſombrarte, que has de entẽder que yo ſoy la Infanta Burleriana, ſi nunca la oiſte dezir: hija del deſdichado Rey de Toledo, el qual ſiendo perſeguido, y cercado del alevoſo Principe de Cordava, levantador de falſos teſtimonios à ſu propria madraſta, le ha embiado à dezir muchas vezes eſtos dias, que ſolo alçaria el cerco, y le reſtituiria todas las tierras que ſu padre de ella avia ganado, cuyo campo dicho Principe como General regia,

ſi

si le embiava luego à su hija Burlerina, que soy yo, para servirse de mi en lo que fuesse de su gusto, con condicion de que avia de ir acompañada de doze doncellas, las mas hermosas del Reyno, y juntamente de doce millones de oro fino, el mas fino que la Arabia cria, para ayuda de los gastos que en la guerra, y cerco avia hecho, jurando sino lo cumplia por los dioses immortales, de no dexar en Toledo persona viva, ni piedra sobre piedra. Viendose reducido el afligido de mi padre à tanta necessidad, y que no podian sus fuerças resistir à las del contrario, sino que le era forçoso morir èl, y todos sus vassallos, en las crueles manos de tan poderoso enemigo, ò condecender con su iniqua condicion, le embiò à dezir le diesse quarenta dias de plaço, para buscar en ellos las doze doncellas que pedia, y aquella gran suma de dinero, y q̃ si passado dicho termino no acudia con dicha cantidad, executasse en su Reyno el rigor con que le amenaçava: costandole, pues, ò invicto Manchego, à vn tio mio, grande encantador, y nigromantico, notable aficionado tuyo, llamado el sabio Alquife, el gran peligro en que mi padre, su hermano, yo, y su sobrina estavamos, hizo vn fortissimo encantamiento, metiendome en este aparente gigante que aquì està tendido, y embiandome encubierta en èl por assegurar assi mi honestidad, à buscarte à ti por todo el mundo, sin dexar Reyno, Insula, ò Provincia, en que no te aya buscado, y fue tanta mi ventura, que hallandote en Zaragoça, no hallè mejor medio para sacarte de alli, y traerte à esta Corte, que solo dista doze leguas de Toledo, que fingir el aplaçado desafio: por tanto, ò magnanimo Principe, si ay en ti algun rastro de piedad, y sombra del infinito amor, que à la ingrata Infanta Dulcinea del Toboso tuviste, aunque yà eres el Cavallero desamorado, por las leyes de amistad, que à mi tio Alquife deves, y por lo que las esperanças que en ti he puesto merecen, te suplico, que dexadas à parte todas las aventuras, que en esta Corte se te pueden ofrecer, y todas las honras que en ella sus Principes te hazen, acudas luego conmigo à la defensa, y amparo de aquel afligido Reyno, para que entrando en singular batalla con el maldito Principe de Cordova, le venças, y dexes libre de su tirania à mi venerable padre, pues te juro, y prometo por el Dios Marte, de ser yo mesma el premio de tus trabajos. Callò dichas estas razones, aguardando las que Don Quixote le daria de respuesta: pero Sancho, que estava totalmente maravillado, antes que su amo respondiesse, dixo: Señora Reyna de Toledo, no tiene V. m. que jurar por el Dios Martes, ni Miercoles, que mi amo irà sin falta à matar à esse vellaconaço del Principe de Cordova, y yo sin falta irè con èl, por el tanto vayasse vn poco delante, y digale al señor su padre como yà vamos, que nos tenga

bien de cenar, y que à esse Principillo nos le tenga para quando lleguemos muy bien atado à vn poste en cueros, que yo le asseguro, si lo haze, de hazerle con esta pretina que se acuerde mientras viva del nombre suyo, y aun de los de su padre, y madre. Diò à todos notable gusto la disparatada respuesta de Sancho, pero supliò su simplicidad el peso de la que diò Don Quixote, diziendo à la dama: Por cierto señora Infanta Burlerina, que no os ama, ni estima, quien assi os haze andar, en lo que yo, por mas que sea mi grande amigo el sabio Alquife vuestro tio, pues con menos prevenciones las hiziera yo, para defender el Reyno de su hermano vuestro padre Rey de Toledo, obligado de lo que le devo: pero yà que se interpone el peligro de la libertad de vuestra noble, y hermosissima persona, mayores serán las obligaciones que me moverán à acudir con gusto al remedio de la referida necessidad: por tanto respondo, que iré en persona à dàr favor, y socorro à vuestro padre: lo que queda que hazer es, que veais quando, y como quereis que partamos, que pronto, y dispuesto estoy yo de mi parte, para ir luego con vos, para hazeros vengada de esse tirano Principe que dezis, que yà nos conocemos los dos, y aun deseo esta ocasion, para que vea à que saben mis manos, que desafiado le tengo, pero qual covarde ha huydo de ellas. El Principe Perianeo, viendo la nueva aventura què se le avia ofrecido à Don Quixote, y lo presto, y bien que Don Alvaro avia entablado con el Secretario de Don Carlos, el modo con que se podia facilitar el llevar à la casa del Nuncio de Toledo à Don Quixote, le dixo: desde aqui desisto señor Cavallero desamorado, de la pretension de la Infanta Florisbella de Grecia, sin querer entrar en batalla con quien puede dàr seguridad de vitoria à Reynos enteros, estando aun ausente: y assi en publico me doy por vencido de esse valor, con no poca gloria de V.m. corrimiento mio, y contento del Principe Don Belianis de Grecia. Holgò mucho Don Quixote de estas razones, y agradeciòselas, dandosele por amigo, y lo mismo Sancho, que deseava se escusasse esta pendencia, el qual por mãdado del Archipampano se levantò, y fue con mucho respeto, por la Infanta Burlerina, trayendosela por la mano, de cuya vista rieron los Cavalleros, y damas en estremo, conociẽdo era el Secretario de D. Carlos, y no muger, como pensayan D. Quixote, y su escudero, que viendo la risa de todos, no pudiendo sufrirla, dixo: de que se rien ellos, y ellas cuerpo non de quien las pariò: nunca han visto à vna hija de vn Rey puesta en trabajo, pues sepan, que cada dia nos rozamos yo, y mi amo con ellas por essos caminos, y sino digalo la gran Reyna Segobia. Lo que Vs. ms. señoras han de hazer, es, tenerse por dicho, que ha de dormir esta Infanta con vna de

Vs.

Vs. ms. esta noche, sino ay està mi cama à su servicio, que le beso las manos. Levantaronse todos tras estas razones à cenar, desaparecien-do el Secretario. Huvo gran cena, y mucha continuacion en ella de los disparates de Don Quixote, y de Sancho: pero alabaron todos el parecer del Archipampano, quando supieron tratava de embiar à Tole-do à curar en la casa del Nuncio à Don Quixote: y bolviendose à sus casas en los coches como avian ve-nido, se quedò en la del Archipam-pano Sancho como solia, y Barba-ra, y Don Quixote se fueron con Don Carlos, y Don Alvaro à la del Principe Perianeo, el qual apenas estuvo en ella, quando tomò tan à pechos el persuadir à Barbara se re-cogiesse en vna casa de mugeres de su calidad, supuesto le estava tan bien, y era gusto del Archipampa-no, que salia à pagar la entrada, y à darle suficiente renta con que passar la vida todo lo que le duras-se, que ella (convencida de sus buenas razones, y conociendo quan mal le estava bolver à Alcalà, do yà todos sabian su trato, tras verse sin tener que comer, ni partes para ganarlo con ellas) diò con no po-ca alegria el si, de hazer lo que se le pedia, y perseverar donde quie-ra que la pusiessen, con que se efec-tuò su recogimiento dentro de dos dias, sin que Don Quixote pudies-se entendello: y quando la halla-ron menos sus diligencias, le per-suadieron, que las de sus vassal os avian podido sacarla encubierta secretamente de la Corte, y bolver-la à su Reyno.

CAPITULO XXXV.

DE LAS RAZONES QUE entre Don Carlos, y Sancho Pan-ça corrieron, acerca de que èl se queria bolver à su tierra, ò es-crivir vna carta à su muger.

ESTava yà Don Carlos en vigi-lia de celebrar las bodas de su hermana con el titular, y que-ria por gusto del Archipampano, y mayor solemnidad de ellas te-ner de assiento en Madrid à San-cho, y assi para obligarle à que trayendo alli su muger, no pen-sasse mas en su tierra, le dixo vn dia que se hallò con èl en casa del Archipampano: Yà sabeis mi buen Sancho, el deseo que de vuestro bien he tenido, desde que os vi en Zara-goça, y el cuydado con que os regalè de mi mano en la mesa, la primer noche que entrastes en mi casa, y quanta merced os han hecho siempre en ella mis cria-dos, particularmente el cozine-ro cojo: pues aveis de saber, que lo que me ha movido siempre à esto, ha sido el veros tan hom-bre de bien, y de buenas entra-ñas, teniendo lastima, de que vna persona de vuestra edad, y

buenas partes padecieſſe, y mas en compañia de vn loco, tal qual es D. Quixote, en el qual, por ſerlo tanto, no podiades dexar de dàr en mil deſgracias, porque ſus locuras, deſatinos, y arrojamientos, no pueden prometer buen ſuceſſo à èl, ni à quien ſe le acompañare, y no digo coſa de que yà no tengais eſperiencia vos deſde el año paſſado: y ſino, dezidme, que ſacaſtes de las antiguas aventuras, ſino muchos palos, garrotaços, malas noches, y peores dias, tras mucha ambre, ſed, y canſancio: tras veros manteado de quatro villanos, con tantas barbas como teneis: pues monta, que es menos lo que aveis padecido en eſta vltima ſalida, en la qual las Inſulas, Peninſulas, Provincias, y governaciones, que aveis conquiſtado vos, y vueſtro amo, ſon aver ſido terrero de deſgracias en Atheca, blanco de deſdichas en Zaragoça, recreacion de picaros en la carcel de Siguença, irriſion de Alcalà: y vltimamente, moſa, y eſcarnio de eſta Corte. Pero pues ha querido Dios que entraſſeis en ella al fin de vueſtra peregrinacion, agradeced-ſelo, que ſin duda lo ha permitido, para que ſe remataſſen aqui vueſtros trabajos, como lo han hecho los de Barbara, que recogida en vna caſa de virtuoſas, y arrepentidas mugeres, eſtà yà apartada de Don Quixote, y paſſa la vida con deſcanſo, y ſin neceſsidad, con la limoſna, que le ha hecho de piedad el Archipampano, la qual es tan grande, que no contentandoſe de ampararla à ella, trata de hazer lo meſmo con vueſtro amo: y aſsi le perdereis preſto, mal que os peſe, porque dentro de quatro dias lo embia à Toledo, con orden de que le curen con cuydado en la caſa del Nuncio, hoſpital conſignado para los que enferman del juizio qual èl, y no contenta ſu grandeza en amparar à los dichos, trata con mas veras, y mayor amor de ampararos à vos mas de cerca, y de las puertas adentro de ſu caſa, en la qual os tiene con el regalo, abundancia, y comodidad que eſperimentais tantos dias ha: lo que queda q̃ hazer es, que vos de vueſtra parte procureis conſervaros en la privança que eſtais, que es notable, como lo es lo que èl, ſu muger, y caſa os aman, de la qual no ſaldreis vos, y vueſtra muger Mari Gutierrez mientras viviais, à quien de mi conſejo aveis de traer à ella, embiandola à buſcar, que yo darè menſagero ſeguro, y pagarè los gaſtos, pues guſtarà de ello, y de teneros en eſte palacio el Archipampano, dandoos en èl à ambos vn quarto, y ſalario, y muy honrada racion todos los dias de vueſtra vida, con que la paſſareis alegre, y deſcanſadamente, en vno de los mejores lugares del mundo: por tanto, lo que aveis de hazer es, condecender con lo que os pido, y darme en breve la reſpueſta, qual merece el zelo que de vueſtro bien tengo. Callò Don Carlos dichas eſtas razones, y deſpues de aver eſtado

do Sancho ſuſpenſo vn buen rato de oyllas, le reſpondiò à ellas: muy grande es por cierto ſeñor Don Carlos, el ſervicio que V. m. y el Arcadepampanos me ha hecho eſtos dias, ſi bien les pido perdon de ello, por ſi à caſo no ha ſido tanto como yo merezco, que eſſo yà me lo veo, y no me lo podràn pagar con quanta moneda tienen todos los ropavejeros de eſta tierra, pero con todo ſe lo agradezco, y ay eſtàn para hazelles merced en la Argameſilla veinte y ſeis cabeças de ganado que tengo, dos bueyes, y vn puerco tan grande como los de por acà, el qual avemos de matar ſi Dios quiere para el dia de San Martin, para el qual eſtarà hecho vna vaca: aſsi que digo, que para reſpondelle me dè ſi le parece algunos meſes de termino, que no ſon coſas eſtas de mudar de tierra, que ſe ayan de hazer de repente: lo que yo harè ſerà ir à comunicallo con mi Mari Gutierrez, ò quando mucho le eſcrivirè quanto V. m. me dize, y ſi ella dize con vna mano que ſi, yo dirè lo meſmo con ambas de boniſsima gana: buſque, pues, vueſſa merce tinta, y papel ſi le parece, y eſcrivamosla luego al punto vna carta, en que ſe le diga como el Ave Maria todo eſſo, y digo eſcrivamos, porque harto haze quien haze hazer, que yo por mis pecados no ſe eſcrivir mas que vn muerto, aunque tuve vn tio que eſcrivia lindamente, pero yo ſali tan grandiſsimo vellaco, que quando ſiendo muchacho me embiavan à la eſcuela, me iba à las higueras, y viñas à hartarme de vbas, y higos, y aſsi ſali mejor comedor de ellos, que no eſcrivanador. Quedò contento de la reſpueſta Don Carlos, y difirieron el eſcrivir la carta haſta deſpues de comer, y aviendole hecho con el Archipampano, le dixo ſobre meſa Don Carlos, como yà tenia el ſi de Sancho, en lo que era traer à la Corte ſu muger ſi à ella le parecia, y que ſolo faltava el eſcrivirſelo, y que aſsi traxeſſen tinta, y papel, para que alli fueſſe ſecretario de la carta que le avia de dictar Sancho. Traxoſe todo al punto, y apenas avia empeçado Don Carlos à doblar el pliego, quando le dixo Sancho: Saben ſeñores lo que me parece, que à fe mia que ſerìa harto mejor, y mas acertado bolverme yo à mi caſa, y quitarme de aqueſtos cuentos, pues ha que ſali de ella cerca de ſeis meſes, andandome hecho vn haragan tras de mi ſeñor Don Quixote, por vnos triſtes nueve reales de ſalario cada mes, ſi bien haſta agora no me ha dado blanca, lo vno porque dize darà el rucio en cuenta, y lo otro porq̃ harto me pagarà, pues me ha de dàr la governaciõ de la primera Inſula, ò Peninſula, Reyno, ò Provincia que ganare, pero pues à èl le llevã Vs. ms. como ha dicho D. Carlos à ſer Nuncio de Toledo, y yo no puedo ſer de Igleſia, deſde agora renuncio todos los derechos, y pertinencias, que en quanto conquiſtare me pueden per-

tenecer por herencia, ò tema de juizio, y me determino bolver à mi tierra agora que viene la sementera, en que puedo ganar en mi lugar cada dia dos reales y medio, y comida, sin andarme à caça de gangas: por tanto, burlas à parte, V.m. señor Arcapampanos me mande bolver luego mis çaraguelles pardos, y tome allà estos suyos de las Indias, quemados ellos sean, y denme juntamente mi sayo, y la otra caperuça, y à Dios que me mudo, que yo se que mi Mari Gutierrez, y todos los de mi lugar me estaràn aguardando, que me quieren como la lumbre de sus ojos: quien me mete à mi con pages, que no me dexan en todo el dia, sin otros demonios de Cavalleros, que no hazen sino molerme con Sancho acà, Sancho acullà, y aunque aqui se come lindamente, sino siempre con la boca, à lo menos siempre con los ojos, todavia lo que son salarios se paga muy mal, y muchas vezes veo, que se fingen culpas en los criados para negarseles, ò quitarles la racion, ò despedilles mal pagados, y quando no suceda en salud, es cierto que en enfermedad no ay señor que mande, ni mayordomo que execute obra de caridad con los pobres criados: en fin, bien dizen dos picaros de la cozina, que la vida de palacio es vida bestial, do se vive de esperanças, y se muere en algun Hospital: ello es echo señor Don Carlos, no ay que replicar, que mañana en resolucion pienso tomar las de Villadiego, verdad es, que si el señor Arcapampanos me asseguraste vn ducado cada mes, y dos, ò tres pares de çapatos por vn año, con cedula, de que no me lo avia de poner despues en pleyto, y V.m. salieste por fiança de ello, sin duda ternia moço en mi para muchos dias, por esso si lo determina hazer, no ay sino efetuarlo, y encomendarme su par de mulas, y dezirme cada noche lo que tengo de hazer à la mañana, y adonde tengo de ir à arar, ò à dar tal buelta à tal, ò tal restrojo, y de lo demas dexeme el cargo à mi, que no se descontentarà de mi labor, verdad es que tengo dos faltas, la vna es, que soy vn poco comedor, y la otra, que para despertarme à las mañanas algunas vezes, es menester que el amo se llegue à la cama, y me dè con algun çapato, que con esso despierto luego como vn gamo, y echado de comer à mi vientre, y à las mulas, voy à la fragua à sacar la reja, alço los fuelles mientras el herrero la machaca, buelvome à casa vna hora antes que amanezca, contando por el camino siete, ò ocho siguidillas que se lindissimas, do por refrigerar el aliento pongo à asar quatro cabeças de ajos, tomandolas con dos, ò tres vezes de la bota que tengo de llevar à la labrança, y à la que alborea subo, hecha esta prevencion, en la mula castaña, que està mas gorda: y de allì iba a prosiguir, pero atajòle D. Carlos, maravillado de su simple discurso, y dixole: ello se ha de hazer puntualmente

mente lo que os tengo aconsejado, pues se os cumplirán todas las condiciones que pedis. A fe que lo dudo, replicò Sancho, de quien no tuvo verguença de tomar de vn escudero como yo dos reales y medio, por la primer cena que me diò, y assi no quiero nada con èl, sino que Dios le eche à aquellas partes en que mas de èl se sirva. Dixole el Archipampano, viendo que dezia las dichas razones por èl: estad cierto Sancho, que cumpliré quanto en mi nombre os ha prometido el señor Don Carlos, mejor de lo que vos lo sabreis desear, y estad cierto de que no os faltará en mi casa la gracia de Dios. La gracia de Dios, dixo Sancho, es en mi tierra vna gentil tortilla de huevos, y torreznos, que la se yo hazer à las mil maravillas, y aun de los primeros dineros que Dios me depare, he de hazer vna para mi, y el señor Don Carlos, que nos comamos las manos tras ella. Mucho gustarè de comella, respondiò Don Carlos, pero ha de ser con condicion, de que por amor de mi os pongais sombrero, como lo vsamos en la Corte, y dexeis la caperuça. En todos los dias de mi vida, replicò Sancho, no he gustado de sombreros, ni se à que saben, porque se me assienta la caperuça en la cabeça, que es bendicion de Dios, porque en fin es bonissimo porage, pues si haze frio se la mete el hombre hasta las orejas, y si ayre, se cubre con su buelta el rostro, qual si llevàra vn papahigo, yendo tan seguro de que se le cayga, como lo està la rueda de vn molino de moverse, y no se bambalea à todas partes, como lo hazen los sombreros, que si les dà vn torvellino ruedan por essos campos, qual si les tomàra la maldicion, y mas que cuestan doblado vna dozena de ellos, que media de caperuças, pues no passa cada vna de ellas de dos reales y medio con hechura, y todo. Bien parece Sancho, le dixo el Archipampano, que conoceis la necessidad que tengo de vos, y que no tengo de reparar en cosa, atrueque de que quedeis en mi casa, pues pedis tantas gullorias, pero para que conozcais mi liberalidad, mañana os mandarè pagar dos años de salario adelantados à vos, y à vuestra muger, y en llegando ella os vestirè à ambos muy de Pascua. Beso à vuessa merced las manos, le respondiò Sancho, por esse buen servicio. Agora solo resta saber, si las tierras de V. m. que tengo de sembrar este Otoño estàn lexos, tras que como no las se, serà menester ir à ellas el Domingo que viene, y tambien conocer las mulas, y saber que resabios tienen, y si tienen buenas coyundas, y todo el demàs aparejo, porque no quiero diga despues de mi V.m. que soy descuydado. Todo està Sancho, le replicò D. Carlos, de la manera que deseais: lo que se ha de hazer es, que escrivamos la carta à vuestra muger. Escrivamos por cierto, respondiò èl, con la bendicion de Dios, pero V.m. advier-

vierta, que ella es vn poco sorda, y será menester que la escrivamos vn poco rezio para que la oyga. Haga la Cruz, y diga: carta para Mari Gutierrez mi muger, en el Argamesilla de la Mancha, junto al Toboso. Aora bien, digale que con esto cesso, y no de rogar por su anima. Què es lo que dezis Sancho, le dixo Don Carlos, aun no le avemos dicho cosa, y yà dezis con esto cesso? Calle, respondiò èl, que no lo entiende, quiere saber mejor que y o lo que tengo de dezir: el diablo me lleve, sino me ha hecho quebrar el hilo que llevava con la mas linda estrologia que se podia pensar, pero diga que yà me acuerdo. Aveis de saber, que desde que yo sali del Argamesilla hasta agora no nos hemos visto, mi salud dizen todos que es muy buena, solo me duelen los ojos de puro vèr cosas del otro mundo, plegue à Dios que tal sea de los vuestros. Avisadme de como os và del bever, y si ay harto vino en la Mancha para remediaros la sed que mi presencia os causava, y mirad por vida vuestra escardeis bien el huertecillo de las malas yervas que le suelen affligir. Embiadme los çaraguelles viejos de paño pardo, que estàn sobre el gallinero, porque acà me ha dado el Arcapampanos vnos çaraguelles de las Indias, que no me puedo remecer con ellos, guardarlos he para vos, que quiçàs se os assentaràn mejor, y mas que sin mucho trabajo traereis guardado el hornillo de vidrio, pues tienen por delante vna puerta què se cierra, y abre con vna sola agujeta: si quereis venir, yà os tengo dicho lo que nos darà el Arcapampanos cada mes de salario, y assi os mando, que antes que esta carta salga de aqui, os vengais à servir à la Arcapampanesa, trayendo todos los bienes, muebles, y raizes con vos, que ay estàn, sin dexar vn palmo de tierra, ni vna sola hoja del huerto, y no me seais reposona, que me canso yà de vuestras impertinencias, y tanto serà lo de mas, como lo de menos, y no os aya de dezir, como acostumbro, con el palo en la mano: Xo que te estriego burra de mi suegro. Bolviòse escritas estas razones à Don Carlos, diziendole: sepa V. m. señor, que las mugeres de ogaño son diablos, y en no dandoles en el caletre no haràn cosa buena, si las queman. Pues à fe que lo ha de hazer, ò sobre esso oxte morena. Esto dixo quitandose el cinto, y tomandole en la mano con mucha colera, añadiendo que èl sabia de la suerte que se avia de tratar Mari Gutierrez, mejor que el Papa. Maravillado estava el Archipampano, y quantos en la sala assistian, de vèr tan natural simpleza, y aun aguardavan à quando avia de dàr con el cinto à Don Carlos, pero sin hazerlo prosiguiò, diziendo, escriva: yà os digo Mari Gutierrez, que estarèmos aqui lindamente, que aunque vos seais enemiga de estàr en casa de estos hidalgotes, todavia el Arcapampanos esta tan hombre de bien, que me ha

ha jurado que en eſtando vos aqui nos veſtirà à ambos, y nos darà el ſalario de dos años adelantado, que es vn ducado por beſtia cada mes, el vno à mi, y el otro à vos: mirad, pues, ſi por lo menos vivimos mil meſes, ſi ternemos harto dinero: del ſeñor Don Quixote, ſolo os digo, que eſtà mas valiente que nunca, y le han hecho Nuncio de Toledo, ſi le aveis meneſter en dichas caſas le hallareis, y no poco acompañado quando paſſeis por allì: la Arcapampaneſa vueſtra ama, con quien aveis de eſtàr os beſa las manos, y tiene mas deſeo de eſcriviros, q̃ de veros, es muger muy hontada ſegun dize ſu marido, ſi bien à mi no me lo parece, por lo que la veo holgazana, pues deſde que eſtoy aqui jamàs le he viſto la rueca en la cinta. Rocinante me dizen eſtà bueno, y que ſe ha buelto muy perſona, y corteſano, no creo lo ſea tanto el rucio, ò à lo menos no lo mueſtran ſus pocas razones, ſi yà no es que calla enfadado de eſtar tanto tiempo en la Corte. Parece-me que no ay mas que eſcrivir, pues aqui ſe le dize quanto le importa tambien como ſe lo podria dezir el mejor Boticario del mundo, y yo traſſudo de puro ſacar letras del caletre. Ved vos Sancho, dixo Don Carlos, ſi quereis dezille otra coſa que aqui eſtoy yo para eſcrivillo, pues ay harto papel gloria à Dios. Cierrela reſpondiò Sancho, y horro Mahoma. Mal ſe puede cerrar, replicò Don Carlos, carta ſin firma, y aſsi dezid de que ſuerte ſoleis firmar. Buen recado ſe tiene, reſpondiò Sancho, ſepa que no es Mari Gutierrez amiga de tantas retoricas, no ay que firmar para ella, que cree bien firme, y verdaderamente todo lo que tiene, y cree la Santa Madre Igleſia de Roma, y aſsi no neceſsita ella de firma, ni firmo. Leyòſe la carta, hecho eſto, en voz alta con increìble riſa de los circunſtantes, y atencion del miſmo Sancho, à quien dixo el Archipampano luego: como llevarà Don Quixote el quedaros Sancho vos en mi caſa? Que no querria ſe enojaſſe, y vinieſſe deſpues à ella deſafiandome à ſingular batalla, con que mal de mi grado me obligaſſe à hazeros bolver con èl. No tenga V. m. miedo, reſpondiò Sancho, que yo le hablarè claro antes que vaya à Toledo, y le bolverè ſu rucio la maleta, y juntamente el deſaforado guante del gigante Bramidan, que puſe guardado en ella la noche que èl ſe le arrojò deſafiandole en caſa del ſeñor Don Carlos, para que le buelva à la Infanta Burlerina, ò le dè en preſente al Arzobiſpo quando entre por Nuncio en Toledo, q̃ yo no quiero nada de nadie, y mas q̃ le dirè, ſe vaya cõ Dios: pues deſde aquì al dia del juizio reniego de las peleas, ſin querer mas coſa con ellas: pues tã pelado, y apaleado ſalgo de ſus vñas, qual ſaben mis pobres eſpaldas; y librè tã mal avra dos meſes en vna venta, q̃ por poco me hizierã bolver Moro vnos Comediãtes y añ me circũcidarã, ſino les rogara

con

vivas lagrimas no tocaſſen en aquellos arrabales, pues ſeria tocar à las niñas de los ojos de Mari Gutierrez: y deſpues me coſtò muy gentiles golpes la defenſa de vn ataharre, que mi amo llamava preciosa liga: y aunque èl me quiere tanto, que entiendo me daràdo que me tiene prometido, que es la governacion de algun Reyno, Provincia, Inſula, ò Peninſula: todavia dirè mañana, como no puedo ir allà con èl, por eſtàr yà concertado con V.m. y que lo què podrà hazer, ſerà embiarmela, que tan hombre ſerè para govetnalla acà como allà: pero ſabe V.m. que me parece, que pues para de aqui el Argameſilla no ſe hallarà menſajero acertado, ſerà cierto que yo q̃ ſe el camino lleve la carta: pues le aſſeguro que no harè mas de darla fielmente en manos de mi muger, y bolverme luego: pues para eſſo Sancho, dixo el Archipampano, que era meneſter eſcrivirla, ſi vos avias de ir allà en perſona: no cuydeis de ella, que yo buſcarè quien la lleve con brevedad, y trayga luego reſpueſta: aunque dudo ſea ella tan elegante como vueſtra carta, en que moſtrais aver eſtudiado en Salamanca toda la eſciencia eſcrival que alli ſe profeſſa, ſegun la aveis enriquecido de ſentencias. No he eſtudiado, reſpondiò Sancho, en Salmalanca: pero tengo vn tio en el Toboſo, que ogaño es yà ſegunda vez Mayordomo del Roſario: el qual eſcrive tan bien como el Barbero, como dize el Cura: y como yo he ido muchas vezes à ſu caſa, todavia me he aprovechado algo de ſu buena habilidad: porque como dizen, quien es tu enemigo, el de tu oficio: en la arca abierta, ſiempre el malo peca: y finalmente, quien hurta al ladron, harto digno es de perdon: y aſsi de èl sè eſcrivir cartas, y ſi le hè hurtado algo de lo que èl ſabe de eſto, como ſe vè en eſſe papel: no importa, que bien me lo devia: pues dia y medio anduve à ſegar con èl, y lleve el diablo otra blanca me diò, ſino vn real de aquatro: y à mi muger que fue à eſcardar doze dias en ſu heredad, el mes de Março, no le diò ſino vn real amarillo, que no ſabemos quanto vale: por eſſo eſtoy yo mejor con los quartos, y ochavos, que ſon moneda que corre, y los han de tomar haſta el miſmo Rey, y Papa, aunque les peſe. Levantaronſe en eſto de la meſa, para ſalir à paſearſe: dexando el Archipampano orden al Secretario, de que embiaſſen èl, y el Mayordomo luego, dos criados con aquella carta al Argameſilla, con mandato de que no vinieſſen ſin la muger de Sancho en ningun caſo, procurando traerla regalada, y con brevedad. Hizoſe aſsi, llegò Mari Gutierrez à la Corte con ellos dentro de quinze dias: do la recibiò Sancho con donoſos favores, y el Archipampano fue el ſeñor mas bien entretenido que avia en la Corte aquellos dias: y no ſolo èl, ſino muchos de ella con toda ſu caſa, tuvieron alegriſsimos ra-

ratos de conversacion, y passatiempo, muchos meses con Sancho, y su Mari Gutierrez, que no era menos simple èl. Los sucessos de estos buenos, y candidos casados, q̃ remito à la historia que de ellos se harà andando el tiempo, pues son tales q̃ piden de por sì vn copioso libro.

CAPITULO XXXVI.

Y VLTIMO, DE COMO nuestro buen Cavallero Don Quixote de la Mancha fue llevado à Toledo, por Don Alvaro Tarfe, y puesto alli en prisiones, en la casa del Nuncio, para que se procurasse su cura.

QUando tuvo apressada su buelta para Cordova Don Alvaro, y estuvo despedido de todos los señores de quienes tenia obligacion hazello en la Corte: traçò la noche antes de la partida, que para arrancar de ella à Don Quixote, entrasse vn criado del Archipampano en casa, quando acabassen de cenar, vestido de camino, y con galas, como que venia de Toledo, en nombre de la Infanta Burlerina à buscarle, para que fuesse en su compañia, luego, con toda diligencia ha decercar la Ciudad, y libralla de las molestias que le hazia el alevoso Principe de Cordova. Tuvole tambien instruìdo, assi de lo que avia de hazer, y dezir à Don Quixote, quando le diesse el recado: como por el camino, y en Toledo, (donde por orden del Archipampano le avia de acompañar, para mayor encubrir el engaño, y traerle nuevas de èl, y del modo que quedaba) que llegando la señalada noche, y hora: à la que acabavan de cenar en casa del Principe Perianeo con èl en su mesa, Don Carlos, Don Quixote, y Don Alvaro: apenas èl huvo dado aviso à Don Quixote, de como se partia el dia siguiente para Cordova, diziendole si mandava algo para Toledo, donde avia de passar: quando entrò por la sala el dicho paje del Archipampano, gallardamente adereçado, el qual despues de aver saludado cortesmente à todos los circunstantes, se bolviò à Don Quixote, y le dixo: Cavallero desamorado, la Infanta Burlerina de Toledo, cuyo paje soy, te besa las manos humilmente, y suplica quan encarecidamente puede, que te sirvas de partir mañana sin falta conmigo, à la ligera; y sin ruìdo, à la gran Ciudad de Toledo, donde ella, y su afligido padre, y lo mejor, y mas luzido del Reyno te està por momentos aguardando: pues no faltan mas de tres dias para cumplirse los quarenta que el enemigo Principe de Cordova les tiene dado de plazo, para deliberar, ò la entrega de la Ciudad, ò el rendimiento de las inhumanas parias que les tiene pedido: y si tu con tu valeroso braço no los socorres, sin duda serán miserablemente todos muertos, la Ciudad saqueada, quemados los

los templos, y los cimientos de torres, y las menas ocuparàn las alegres calles, sirviendoles sus piedras de calçada, y empedrado: la Infanta mi señora, y el Rey, por cierto postigo que el enemigo no sabe, te està esperando cõ todos los mejores Cavalleros de su Corte, para que otro dia antes que amanezca, tocando de repente al arma, con la voz, y favor de Santiago, les demos, cogiendolos descuydados, vn assalto, tal que quede el enemigo (como sin duda lo quedarà) vencido, y tu vencedor, tras lo qual seràs si te pareciere (aunque sea corto premio de tus inauditas grandezas) casado con la hermosissima Infanta Burlerina: la qual ha desechado à otros muchos hijos de Reyes, y Principes, solo por casar contigo: por tanto valeroso Cavallero, vete luego à reposar, para que tomando la mañana, lleguemos à buena hora à la Imperial Ciudad de Toledo, que espera tu favor por momentos. Don Quixote con mucha pausa le respondiò, diziendo: à muy buen tiempo aveis llegado venturoso paje, pues podrè ir en esta ocasion acompañando al señor Don Alvaro, que me acaba de dezir, que tambien por la mañana ha de partir para Toledo: por tanto no ay sino que adereceis todo lo necessario, para que en amaneciendo partamos juntos, y pueda yo llegar con tan honrada compañia, à socorrer al Rey vuestro señor, y à la Infanta Burlerina, sobrina del sabio Alquife, mi buen amigo. Verdad es que no soy de parecer de que se me trate de esso que dezis, de casarme con dicha Infanta, despues de vencido, y muerto el alevoso Principe de Cordova su contrario, y saqueado su campo: que en efecto siendo conocido en el mundo por Cavallero desamorado, no sera razon que ande en amores hasta passar primero algunas dozenas de años: pues podria suceder como ha sucedido muchas vezes à otros Cavalleros andantes, que andando yo por tanta, y tan varia multitud de Reynos, y Provincias me encontrasse, y aun enamorasse de alguna Infanta de Babilonia, Transilvania, Trapisonda, Tolomayda, Grecia, ò Constantinopla, y si esto me sucede qual confio, desde aquel dia me tengo de llamar el Cavallero del amor, pues passarè notables trabajos, peligros, y dificultades, por el que à dicha Infanta tendrè, hasta que despues de aver librado su Reyno, ò Imperio del fortissimo enemigo que le tendrà cercado, le descubrirè mi amor à dicha Infanta en su mismo aposento, do entrarè bien armado con atentados passos por vn jardin, guiado por vna sabia Camarera suya vna noche obscura: y si bien al principio por ser pagana se azorara de oirme soy Christiano, todavia prendada de mis partes, y obligada de las razones con que le persuadirè la verdad de nuestra santa Religion, se casarà conmigo, con publicas fiestas bautizada ella, y todo su Reyno: pe-

ro

ro ſuceder me han tales, y tan notables guerras por ciertos motines de embidioſos vaſſallos, que daràn bien que contar à los hiſtoriadores venideros. Viendo Don Alvaro que yà començava à diſparatar, ſe levantò diziendo: Vamonos à repoſar ſeñor Don Quixote, porque hemos de madrugar mucho para llegar con tiempo à Toledo, por lo que ay de peligro en la tardanza, y dicho eſto ſe bolviò al paje diziendole, y vos diſcreto Embaxador de la noble Infanta Burlerina, idos luego à cenar, y deſpues a acoſtar en la cama que el Mayordomo os ſeñalarè. Salioſe el paje de la ſala, y con èl los demàs, yendoſe todos à ſus camas ſin reparar Don Quixote mas en Sancho, que ſi nunca le huviera viſto, que fue particular permiſsion de Dios, verdad es, que la mañana en levantandoſe à la que enſillavan los criados de Don Alvaro, y paje del Archipampano, preguntò por el eſcudero, mas divirtiòle el humor Don Alvaro, diziendole que no cuydaſſe de èl, porque yà ſe apreſtava para ſeguirles, y que poco à poco ſe vernia detràs como otras vezes ſolia. Tras eſto, y tras almorçar bien, y deſpedirſe del Principe Perianeo, y de Don Carlos ſe ſalieron de la Corte, y caminaron para Toledo, ofreciendoſeles por el camino gracioſiſsimas ocaſiones de reìr, particularmente en Getafe, y Yleſcas: llegados à la viſta de Toledo, dixo Don Quixote al paje de la Infanta Burlerina, pareceme amigo, que ſeria bien antes de entrar en la Ciudad, dàr vna gentil ruciada al campo del enemigo, pues vengo yo bien armado, y èl muestra eſtar deſcuydado del açote, que tan cerca tienen ſobre sì ſus arrogancias en mi eſfuerço, pues ſerìa empezar à hazerle baxar la creſta que tan engrayda tiene. El paje le reſpondiò, el orden ſeñor que del Rey, è Infanta traygo es, que ſin rumor alguno vamos à donde nos eſtàn eſperando. Diſcretiſsimo es eſſe orden añadiò Don Alvaro, pues no ay duda, ſino que ſerìa poner en contingencia la victoria, ſi les dieſſe V.m. la menor ocaſion del mundo para prevenirſe, y tendrian la grande de hazello con el rumor que hariamos, pues es cierto, que en ſintiendonos darian aviſo las deſpiertas centinelas de q̃ ay enemigos. Digo, dixo Don Quixote, que quiero ſeguir eſſe parecer como mas acertado, pues por lo menos me aſſegura de que los cogere de repente, y aſsi, ſi vos paje de la Infanta Burlerina, guiad por donde avemos de entrar ſin ſer ſentidos: pero id prevenido de que ſi ſolos ſomos, tengo de hazer antes que entre en la Ciudad vna ſanguinolenta riza de eſtos Andaluzes paganos, que ſe han atrevido à llegar à los ſacros muros de Toledo. El paje fue caminando vn poco adelante guiando derecho azia la puerta que llaman del Cambron, dexando à la mano izquierda la de Viſagra. Mas como Don Quixote, no vieſſe rumor de gente de guerra

al

al rededor de la Ciudad, y vieſſe por otra parte entrar, y ſalir libremente por la puerta de Viſagra todos quantos querian, dixo maravillado al paje: dezidme amigo, el Principe de Cordova donde tiene aſſentado ſu campo, que no veo por aqui ningun aparato de guerra. Señor, reſpondiò èl, es aſſuto el enemigo, y aſsi ſe ha alojado à la otra parte del rio, adonde nueſtra artilleria no le puede hazer mal, ni ofender. Por cierto dixo Don Quixote, que èl ſabe poco del arte militar, pues no echa de vèr el necio, que dexando eſtas dos puertas libres, y deſembaraçadas, pueden los de adentro meter facilmente los ſocorros, y proviſiones que les pareciere, como en efecto lo meten todo oy con ſola mi entrada: pero en fin, no todos ſaben todas las coſas. Entraron por la puerta del Cambron como digo, y Don Quixote iba por las calles mirando à todas partes, quando, y por donde le ſaldrian à recibir el Rey, Infanta, y grandes de la Corte. Don Alvaro fingiò a la entrada del lugar que ſe queria quedar à aguardar à Sancho, por poderſe entrar libremente, y ſin el acompañamiento de muchachos que Don Quixote llevava en la poſada do avia de apoſentarſe, como en efecto lo hizo: embiando dos, ò tres criados ſuyos en compañia del paje del Archipampano, y de Don Quixote, con los quales, y con vna multitud increible de niños que le ſeguian, viendole armado llegò el triſte ſin penſar à las puertas de la caſa del Nuncio, y quedandoſe en ellas para ſu guarda los criados de Don Alvaro, ſe entrò ſolo con èl, y vn moço de mulas (que le tuvo a rocinante,) el paje del Archipampano, en apeandoſe dixo à Don Quixote: V. m. ſeñor Cavallero ſe eſtè aqui mientras ſubo arriba à dar cuenta à la ſeñora Infanta de ſu ſecreta, y deſeada venida, y ſubiendoſe vna eſcalera arriba, ſe quedò ſolo en medio del patio Don Quixote, y mirando à vna parte, y à otra, viò quatro, ò ſeis apoſentos con rejas de hierro, y dentro de ellos muchos hombres: de los quales vnos tenian cadenas, otros grillos, y otros eſpoſas, y de ellos cantavan vnos, lloravan otros, reian muchos, y predicavan no pocos, y eſtava en fin alli cada loco con ſu tema. Maravillado Don Quixote de verlos, preguntò al moço de mulas, amigo que caſa es eſta, ò dime porque eſtàn aqui eſtos hombres preſſos, y algunos con tanta alegria, el moço de mulas à quien yà avian inſtruìdo Don Alvaro, y el paje del Archipampano, del como ſe avia de aver con èl, le reſpondiò, ſeñor Cavallero V. m. ha de ſaber, que todos eſtos que eſtàn aqui ſon eſpias del enemigo, à los quales avemos cogido de noche dentro de la Ciudad, y los tenemos preſos para caſtigarlos quando nos diere guſto. Proſiguiò Don Quixote preguntandole, pues como eſtan tan alegres, reſpondiòle el moço, eſtanlo tanto porque les han di-

dicho que de aqui à tres dias se entrega la Ciudad al enemigo, y assi la esperada victoria, y libertad les haze no sentir los trabajos presentes. Estando en esto saliò de vn aposento con vn caldero en la mano vn moço, el qual era de los locos que iban yà cobrando vn poco de juizio, y quando oyò lo que el moço de mulas avia dicho à Don Quixote, diò vna grandissima risada diziendo: señor armado, este moço le engaña, y sepa que esta casa es la de los locos que llaman del Nuncio, y todos los que estan en ella están tan faltos de juizio como V.m. y sino aguardese vn poco, y vera como bien presto le meten con ellos, que su figura, y talle, y el venir armado no prometen otra cosa, sino que le traen engañado estos ladrones de guardianes para echalle vna muy buena cadena, y dalle muy gentiles tundas, hasta que tenga seso aunque le pese, pues lo mismo han hecho conmigo. El moço le dixo que callasse que era vn borracho, y que mentia. En buena fee replicò el loco, que si vos no creeis que yo digo la verdad, tambien apostarè que venis à lo mesmo que este pobre armado. Con esto Don Quixote se apartò de èl riendo, y se llegò bien à vna de aquellas rejas, y mirando con atencion quien estava dentro, viò à vn hombre puesto en tierra en cuclillas, vestido de negro con vn bonete lleno de mugre en la cabeça, el qual tenia vna gruessa cadena al pie, y en las dos manos vnos sutiles grillos que le servian de esposas, estava mirando de hito en hito al suelo, tan sin pestañear que parecia estava en vna profundissima imaginacion, al qual como viesse Don Quixote dixo: a buen hombre que hazeis aqui, y levantando el encarcelado con gran pausa la cabeza, y viendo à Don Quixote armado de todas pieças, se fue poco à poco llegando à la reja, y arrimado à ella se estava sin hablar palabra mirandole atentissimamente, de lo qual el buen Cavallero estava maravillado, y mas viendo que à mas de veinte preguntas que le hizo, a ninguna respondia, ni hazia otra cosa mas que miralle de arriba abajo: pero al cabo de vn gran rato se puso en seco à reìr con muestras de grande gusto, y luego començò à llorar amargissimamente, diziendo: A señor Cavallero, y si supiesseis quien soy, sin duda os moveria à grandissima lastima, porque aveis de saber que en profession soy Theologo, en ordenes Sacerdote, en Philosofia Aristoteles, en medicina Galeno, en Canones Ezpilcueta, en Astrologia Ptolomeo, en leyes Curcio, en retorica Tulio, en poesìa Homero, en musica Enfion, finalmente en sangre noble, en valor vnico, en amores raro, en armas sin segundo y en todo el primero, soy principio de desdichados, y fin de venturosos. Los Medicos me persiguen porque les digo con Mantuano: *His etsi tenebras palpent est data potestas exercitiandi ægros hominesq; impune ne-*

cari

candi. Los poderosos me atormentan, porque con Cassaneo les digo, *omnia sunt hominum, tenui pendencia filo, & subito casu, quæ valuere ruunt.* Los temerosos, odiosos, y avaros me querian vèr abrasado, porque siempre traygo en la boca *quatuor ista, timor odium, dilectio, sensus, sæpe solent hominum rectos pervertiti sensus.* Los detractores no me dexan vivir, porque les digo han de restituir la fama qualquier que dize cosa que la tizna *imponens, augens manifestans in malum vertens, qui negat, aut minuit, tacuit, laudet ve remisse.* Los Poetas me tienen por herege, porque les digo del afecto con que leen sus versos, lo de Oracio. *Indoctum, doctumq; fugat recitator acerbus, quem vero arripuit tenet, occiditq; legendo. Non missura cutem nisi plena cruoris hirudo*, y con ellos me aborrecen los Historiadores porque les digo, *exijt in immensum fecunda licentia vatum, obligat Historica nec sua verba fide.* Los Soldados no pueden llevar que les anteponga las letras, y les diga lo de Alciato, *cædunt arma togæ, & quamvis durissima corda, elloquio pollens ad sua vota trahit.* Los Letrados no pueden tolerar les dè en rostro (viendolos hablar en cosas de leyes tan sin guardar la de Dios) con el recato de sus predecessores sabios que dezian, *erubescimus dum sine lege loquimur.* Las damas me arman mil çancadillas porque publico de ellas, *sydera non tot habet cœlum, nec flumina pisces, quot celerata gerit fœmina mente dolos.* Las casadas reniegan de que aya quien diga de ellas, *pessima res uxor, poterit tamen utilis esse si propere moriens det tibi quidquid habet.* Las niñas no toleran oìr *verba puellarum folijs leviora caducis irritaq; vt vissum est ventus, & aura ferunt*, y tambien *vt corpus teneris sic mens infirma puellis.* Las hermosas fisgan de oìr que *formosis levitas semper amica fuit.* Con ser verdad que de todas se puede dezir, *quid sinet inausum fœmine præceps furor.* Los ociosos amantes querrian se desterrasse del mundo mi lengua que les repite, *otio si tollas periere cupidinis artes, contemptæque iacent, & sine luce faces.* Los Sacerdotes se averguençan de que les repita lo que dixo Iudich à los de su vieja ley, *& nunc fratres quoniam vos estis Presbiteri in populo Dei, & ex vobis pendet anima illorum ad eloquium vestrum corda eorum erigite.* La Real potencia que (como el amor) no admite compañia, *non bene cum sociis regna venusq; manet*, es tal que se verifica bien de ella lo que dixo Ovidio en cierta Epistola, respondiò vna Reyna requestada à su galan, *sic meus hinc vir abest vt me custodiat absens, an nescis longas regibus esse manus:* essas, pues, ò valerosissimo Principe, son las que me tienen aqui porque reprehendo la raçon de estado, fundada en conservacion de bienes de fortuna, à los quales llama el Apostol estiercol con quebrantamiento de la ley de

de Dios, como si guardandola de humildes principios no huviera subido à ser David poderoso Rey, y Capitan invicto el gran Macabeo Judas, ò como si no supieramos que todos los Reynos, Naciones, y Provincias, que con prudencia de carne, y de hijos de este siglo han tratado de ensanchar los estados los han destruìdo miserablemente. Proseguia el loco su tema con tan grande assombro de Don Quixote, que viendo no le dexaba hablar, le dixo à gritos. Amigo sabio, yo no os conozco, ni he visto en mi vida; pero ha me dado tanta pena la prision de persona tan docta, que no pienso salir de aqui hasta daros la preciosa libertad, aunque sea contra la voluntast del Rey, y de la Infanta Burlerina su hija, que este Real Palacio ocupan, por tanto traedme vos que estais con esse caldero en la mano las llaves luego aqui de este aposento, y dexad salir libre, sano, y salvo de èl, à este gran sabio, porque assi es mi voluntad: luego que esto oyò el loco del caldero, comenzò à dezir riendo, ea, que cierto son los toros, à fee que aveis venido à purgar vuestros pecados en buena parte, en mala hora acà entrastes: y dichas estas razones se subiò la escalera arriba, y el loco Clerigo dixo à Don Quixote: no crea señor à persona de esta casa, porque no ay mas verdad en ninguno de ella, que en impresion de Cinebra; pero si quiere que le diga la buena ventura en pago de la buena obra que me ha de hazer con darme la libertad que me ofrece, deme la mano por esta reja, que le dirè quanto le ha sucedido, y le ha de suceder, porque sè mucho de quiromancia. Quitòse Don Quixote la manopla, creyendole senzillamente, y metiò la mano por entre la reja, pero apenas lo huvo hecho, quando sobreviniendole al loco vna repentina furia, le diò tres, ò quatro bocados crueles en ella, asiendole à la postre el dedo pulgar con los dientes, de suerte, que faltò harto poco para cortarsele à cercen. Comenzò con el dolor à dàr vozes, à las quales acudieron el mozo de mulas, y otros tres, ò quatro de la casa, y tiraron de èl tan recio, que hizieron que el loco le soltasse, quedandose riendo muy à su plazer en la gabia. Don Quixote en sentirse herido, y suelto, se hizo vn poco à fuera, y metiendo mano à su espada, dixo: Yo te juro, ò falso encantador, que sino fuera porque es mengua mia, poner manos en semejante gente, qual vosotros sois, que tomara bien presto venganza de tamaño atrevimiento, y locura. A esta sazon baxaron con el paje del Archipampano cinco, ò seis de los que tenian cuenta de la casa, y como vieron à Don Quixote con la espada en la mano, y que le corria mucha sangre de ella, sospechando lo que podia ser, se llegaron à èl, diziendole: no muera mas gente señor Cavallero armado, tras lo qual,

vno le asiò de la espada, y otros de los brazos, y los demàs comenzaron à desarmarle, haziendo èl toda la resistencia que podia: pero aprovechole poco, con que en breve rato le metieron en vno de aquellos aposentos muy bien atado, do avia vna limpia cama con su servicio, y estando algo sossegado, despues de averle encomendado el paje del Archipampano à los Mayordomos de la casa con notables veras, y dicholes su especie de locura, y las calidades de su persona, y de donde, y quien era, aviendoles dado para mas obligarles alguna cantidad de reales, le dixo à Don Quixote: Señor Martin Quixada, en parte està V.md. à donde miraràn por su salud, y persona, con el cuydado, y caridad posible: y advierta que en esta casa llegan otros tan buenos como V. md. y tan enfermos de su proprio mal; y quiere Dios que en breves dias salgan curados, y con el juizio entero que al entrar les faltaba: lo mismo confio serà de V.md. como buelva sobre sì, y olvide las leturas, y quimeras de los vanos libros de Cavallerias, que à tal estremo le han reducido, mire por su alma, y reconozca la merced que Dios le ha hecho en no permitir muriesse por essos caminos à manos de las desastradas ocasiones en que sus locuras le han puesto tantas vezes. Dicho esto se saliò, y fue con los criados de Don Alvaro en la posada en que estava, à quien diò cuenta de todo, como hizo al Archipampano buelto à la Corte. Detuvose Don Alvaro algunos dias en Toledo, y aun visitò, y regalò à Don Quixote, y le procurò sossegar quanto le fue posible, y obligò con no pocas dadivas à que hiziessen lo mesmo à los sobrestantes de la casa, y encomendò quanto le fue posible à los amigos graves que tenia en Toledo, el mirar por aquel enfermo, pues en ello harian grandissimo servicio à Dios, y à èl particularissima merced. Tras lo qual diò la buelta felizmente à su Patria, y casa. Estas relaciones se han podido solo recoger con no poco trabajo de los archivos Manchegos, à cerca de la tercera salida de Don Quixote, tan verdades ellas, como las que recogiò el Autor de las primeras partes que andan impressas. Lo que toca al fin de esta prision, y de su vida, y de los trabajos que hasta que llegò a èl tuvo, no se sabe de cierto: pero barruntos ay, y tradiciones de viegissimos Manchegos, de que sanò, y salió de dicha casa del Nuncio: y passando por la Corte, viò à Sancho, el qual como estava en prosperidad, le diò algunos dineros para que se bolviesse à su tierra, viendole yà al parecer assentado: y lo mismo hizieron el Archipampano, y el Principe Perianeo, para que mercase alguna cavalgadura, con fin de que se fuesse con mas comodidad, porque rocinante dexolo Don Alvaro en la casa del Nuncio, en servicio de la qual acabò sus honrados dias; por

mas que otros digan lo contrario: pero como tarde la locura se cura, dizen que en saliendo de la Corte bolviò à su tema, y que comprando otro mejor cavallo, se fue la buelta de Castilla la vieja, en la qual le sucedieron estupendas, y jamàs oìdas aventuras, llevando por escudero à vna moza de soldada que hallò junto Torre de Lodones, vestida de hombre, la qual iba huyendo de su amo, porque en su casa se hizo, ò la hizieron preñada sin pensarlo ella, sì bien no sin dàr cumplida causa para ello, y con el temor se iba por el mundo. Llevòla el buen Cavallero, sin saber que fuesse muger, hasta que vino à parir en medio de vn camino, en presencia suya: dexandole sumamente maravillado el parto, y haziendo grandissimas quimeras sobre èl, la encomendò hasta que bolviesse à vn Mesonero de Valde Estillas, y èl sin escudero passò por Salamanca, Avila, y Valladolid, llamandose Cavallero de los trabajos, los quales no faltarà mejor pluma que los celebre.

***

Aqui dà fin la segunda parte de la Historia del ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha.



TABLA
DE LOS CAPITULO DEL presente libro.

QUINTA PARTE DEL INGENIOSO hidalgo Don Quixote de la Mancha, y de su tercera salida en prosecucion de su andantesca Cavalleria.

CApitulo primero, de como Don Quixote de la Mancha bolviò à sus desvanecimientos de Cavallero andante, y de la venida à su lugar del Argamesilla ciertos Cavalleros Granadinos, pag. 1.

Cap. II. De las razones que passaron entre Don Alvaro Tarfe, y Don Quixote sobre cena, y como le descubre los amores que tiene con Dulcinea del Toboso, comunicandole dos cartas ridiculas, por todo lo qual el Cavallero cae en la quenta de lo que es Don Quixote, pag. 8.

Cap. III. De como el Cura, y Don Quixote se despidieron de aquellos Cavalleros, y de lo que a èl le sucediò con Sancho Panza despues de ellos idos, pag. 16.

Cap. IV. Como Don Quixote de la Mancha, y Sancho Panza su escudero salieron tercera vez del Argamesilla de noche, y de lo que en el camino de esta tercera, y famosa salida le sucediò, pag. 22.

Cap. V. De la repentina pendencia que à nuestro Don Quixote se le ofreciò con el huesped al salir de

de la venta, pag. 30.

Cap. VI. De la no menos estraña que peligrosa batalla que nuestro Cavallero tuvo con vna guarda de vn melonar que èl pensava ser Roldan furioso, pag. 34.

Cap. VII. Como Don Quixote, y Sancho Panza llegaron à Ateca, y como vn caritativo Clerigo llamado Mossen Valentin los recogiò en su casa, haziendoles todo buen acogimiento, pag. 42.

Cap. VIII. De como el buẽ hidalgo Don Quixote llegò à la Ciudad de Zaragoza, y de la estraña aventura que à la entrada de ella le sucediò, con vn hombre que llevaban azotando, pag. 49.

Cap. IX. De como Don Quixote por vna estraña aventura se libre de la carcel, y de la verguenza à que estaba condenado, pag. 56.

Cap. X. Como Don Alvaro Tarfe combidò ciertos amigos suyos à comer, para dar con ellos orden à las libreas que avian de sacar en la sortija, pag. 60.

Cap. XI. De como Alvaro Tarfe, y otros Cavalleros Zaragozanos, y Granadinos jugaron la sortija en la calle del Coso, y de lo que en ella sucediò a Don Quixote, pag. 65.

Cap. XII. Como Don Quixote, y Don Alvaro Tarfe fueron combidados à cenar con el juez que en la sortija les combidò, y de la estraña, y jamàs pensada aventura que en la sala se le ofreciò aquella noche à nuestro valeroso hidalgo, pag. 74.

SEXTA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO DON Quixote de la Mancha.

Cap. XIII. Como Don Quixote saliò de Zaragoza para ir à la Corte del Rey Catolico de España, à hazer la batalla con el Rey de Chipre, pag. 83.

Cap. XIV. De la repentina pendencia que tuvo Sancho Panza con vn Soldado, que de buelta de Flandes iba destrozado en compañia de vn pobre hermitaño, pag. 92.

Cap. XV. En que el Soldado Antonio de Bracamonte dà principio à su cuento del rico desesperado, pag. 100.

Cap. XVI. En que Bracamonte dà fin al cuento del rico desesperado, pag. 110.

Cap. XVII. En que el hermitaño dà principio à su cuento de los felizes amantes, pag. 118.

Cap. XVIII. En que el hermitaño cuenta la baxa que dieron los felizes amantes en Lisboa por la poca moderacion que tuvieron en su trato, pag. 128.

Cap. XIX. Del sucesso que tuvieron los felizes amantes hasta llegar à su amada Patria, pag. 135.

Cap. XX. En que dà fin al cuento de los felizes amantes, pag. 144.

Cap. XXI. De como los Canonigos, y Jurado se despidieron de Don Quixote, y su compañia; y de lo que à èl, y à Sancho les passò con ella, pag. 150.

Cap. XXII. Como prosiguiendo su camino Don Quixote con toda su compañia, toparon vna estraña, y peligrosa aventura en vn bosque, la qual Sancho quiso ir à provar como buen escudero, pag. 155.

Cap. XXIII. En que Barbara dà cuenta de su vida à Don Quixote, y sus compañeros hasta el lugar, y de lo que les sucedió desde que entraron hasta que salieron de èl, pag. 162.

Cap. XXIV. De como Don Quixote, Barbara, y Sancho, llegaron à Siguenza, y de los successos que alli todos tuvieron, particularmente Sancho que se viò aprisionado en la carcel, pag. 170.

SEPTIMA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO DON Quixote de la Mancha.

Cap. XXV. De como al salir nuestro Cavallero de Siguenza, encontrò con dos estudiantes, y de las graciosas cosas que con ellos le passaron hasta Alcala, pag. 181.

Cap. XXVI. De las graciosas cosas que passaron entre Don Quixote, y vna compañia de representantes, con quien se encontrò en vna venta cerca de Alcalà, pag. 188.

Cap. XXVII. Donde se prosiguen los successos de Don Quixote con los representantes, pag. 198.

Cap. XXVIII. De como Don Quixote, y su compañia llegaron à Alcala, do fue libre de la muerte por vn estraño caso, y del peligro en que alli se vió, por querer probar vna peligrosa aventura, pag 208.

Cap. XXIX. Como el valeroso Don Quixote llegò à Madrid con Sancho, y Barbara, y de lo que à la entrada les sucediò con vn Titular, pag. 217.

Cap. XXX. De la peligrosa, y dudosa batalla que nuestro Cavallero tuvo con vn paje del Titular, y vn Alguazil, pag. 223.

Cap. XXXI. De lo que sucediò à nuestro invencible Cavallero en casa del Titular, y de la llegada que hizo en ella su cuñado Don Carlos en compañia de Don Alvaro Tarfe, pag. 228.

Cap. XXXII. En que se prosiguen las graciosas demonstraciones que nuestro hidalgo Don Quixote, y su fidelissimo escudero Sancho hizieron de su valor en la Corte, pag. 235.

Cap. XXXIII. En que se continuan las hazañas de nuestro Don Quixote, y la batalla que su animoso Sancho tuvo con el escudero negro del Rey de Chipre, y juntamente la vilita que Barbara hizo al Archipampano, pag. 243.

Cap. XXXIV. Del fin que tuvo la batalla aplazada entre Don Quixote, y Bramidan de Tajayunque Rey de Chipre, y de como Barbara fue recogida en las arrepentidas, pag. 251.

Cap. XXXV. De las razones que entre Don Carlos, y Sancho Pan

TABLA.

Panza corrieron à cerca de que èl le queria bolver à su tierra, ò escrivir vna carta à su muger, pag. 259.

Cap. XXXVI. Y vltimo, de como nuestro buen Cavallero Don Quixote de la Mancha fue llevado à Toledo por Don Alvaro Tarfe, y puesto alli en prisiones en la casa del Nuncio, para que se procurasse su cura, pag. 267.

LAUS DEO.

